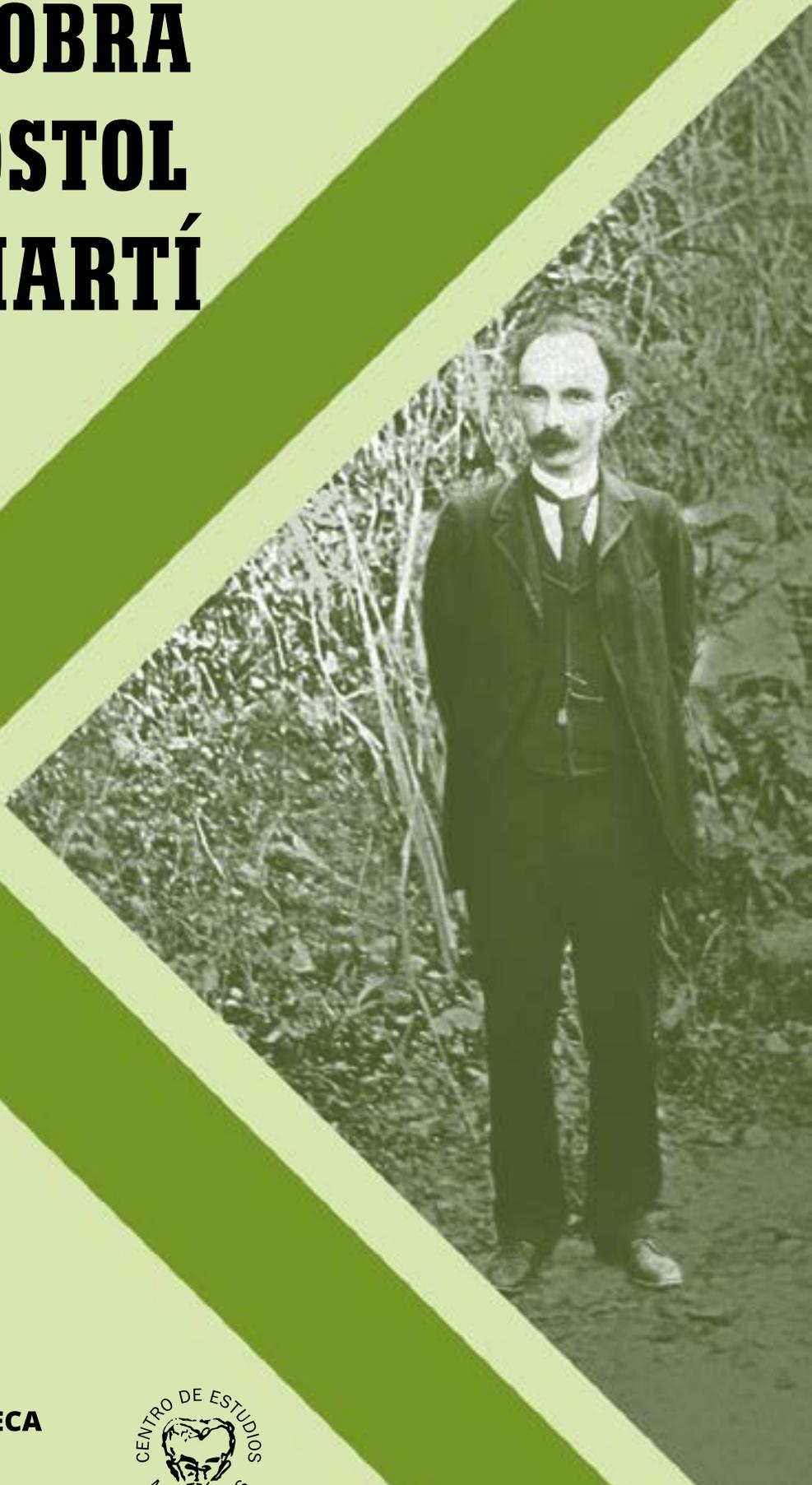


# **VIDA y OBRA del APÓSTOL JOSÉ MARTÍ**

**CINTIO  
VITIER**



**B  
P** BIBLIOTECA  
DEL  
PUEBLO  
LITERATURA CUBANA



## SOBRE CINTIO VITIER

(Florida, Estados Unidos, 25 de septiembre de 1921-La Habana, Cuba, 1 de octubre de 2009). Destacado poeta, narrador, ensayista y crítico cubano. Hijo del ensayista y educador Medardo Vitier. Se doctoró en Derecho Civil en 1947, aunque nunca ejerció como abogado. Durante sus años universitarios hizo amistad con José Lezama Lima y Fina García Marruz, con quien contraería matrimonio en 1947. Fue, junto a ellos, miembro de la redacción de la revista *Orígenes*, una de las más importantes revistas de la historia literaria cubana.

Su obra dio un giro hacia el compromiso político y social a partir de los años 60, en parte debido a la influencia del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal.

Recibió numerosos premios y distinciones, entre los que destacan el Premio Nacional de Literatura en 1988, el Premio Juan Rulfo en el año 2002, el título de Oficial de Artes y Letras de Francia, y la medalla de la Academia de Ciencias de Cuba; Doctor *Honoris Causa* de la Universidad Soka de Japón, de la Universidad de La Habana y de la Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas.

Entre sus obras publicadas. — **Poesía:** *Vísperas* (compilación), La Habana, 1953. *La luz del imposible*, La Habana, 1957. *Nupcias*, La Habana, 1993. *Antología de mis versos*, México, 2002. **Ensayo:** *Lo cubano en la poesía*, La Habana, 1958, 1970, 1998. *Temas martianos*, con Fina García Marruz, La Habana, 1969, Puerto Rico, 1981. *Crítica cubana*, La Habana, 1988. **Narrativa:** *De Peña Pobre* (Trilogía), Madrid, 1997. *Los Papeles de Jacinto Milanés*, La Habana, 1984. *Rajando la leña está*, La Habana, 1986 (Premio de la Crítica), La Habana, 1994. **Antologías:** *Diez poetas cubanos*, La Habana, 1948. *Cincuenta años de poesía cubana*, La Habana, 1952. **Otras ediciones críticas:** *Obra poética de Emilio Ballagas*, La Habana, 1955. *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa, La Habana, 1960. **Educación:** *Cuadernos martianos*: I. Primaria, La Habana, 1995. II. Secundaria Básica, La Habana, 1997. III. Preuniversitario, La Habana, 1997. IV. *Martí en la Universidad*, La Habana, 1997.

Tomado de la edición del Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2004

Dirección editorial: SILVIA ÁGUILA FONSECA

Edición: TIURKA PRIETO HERNÁNDEZ

Diseño, cubierta y composición: ILEANA FERNÁNDEZ ALFONSO

Selección de fotografías: RENIO DÍAZ TRIANA

© Herederos de Cintio Vitier Bolaños, 2021

© Sobre la presente edición:

Centro de Estudios Martianos, 2021

ISBN: 978-959-271-369-7

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Calzada 807, esquina a 4,

El Vedado, CP 10400,

La Habana, Cuba

Telf.: (53) 7 836 4966 al 69

Fax: (53) 7 833 3721

E-mail: cem@josemarti.co.cu

editorial@josemarti.co.cu

www.josemarti.cu

## ÍNDICE

*Este libro/ 6*

CAPÍTULO I

*Imagen de José Martí/ 7*

CAPÍTULO II

*Trayectoria revolucionaria/ 19*

CAPÍTULO III

*Oratoria/ 65*

CAPÍTULO IV

*Poesía/ 85*

CAPÍTULO V

*Teatro/ 119*

CAPÍTULO VI

*Novela/ 130*

CAPÍTULO VII

*Crítica/ 140*

CAPÍTULO VIII

*Periodismo/ 158*

CAPÍTULO IX

*Ciencia y Educación/ 168*

CAPÍTULO X

*Diarios/ 179*

CAPÍTULO XI  
*Cartas*/ 192

CAPÍTULO XII  
*El legado martiano*/ 249

ANEXO  
*Nuestra América*/ 269

CRONOLOGÍA MARTIANA

BIBLIOGRAFÍA  
*Bibliografía activa*/ 296

*Bibliografía pasiva*  
*(En libros, folletos y revistas)*/ 305

TESTIMONIO GRÁFICO/ 321

## *Este libro*

Muchos años de estudio se acumulan y concentran en este libro, articulado para ofrecer una visión de conjunto de la polifacética obra de José Martí. No pretende ser biografía, ni pone su mayor acento en ella, sino en los rendimientos perdurables de una vida entregada por entero a la liberación de la patria, a la realización histórica de Latinoamérica y a la causa universal del “mejoramiento humano”. Es esa vida (cuya dimensión más íntima se transparenta en versos y cartas), convertida en acto de creación, en obra proyectada hacia adelante, lo que fundamentalmente nos interesa. Cuando digo “nos” lo hago incluyendo, desde luego, a Fina García Marruz, inseparable de los mencionados estudios y presente siempre, por modo tácito o explícito, en las páginas que siguen. Dar testimonio del Martí fundador, actual y sobreabundante de futuridad: tal es nuestro propósito.

CINTIO VITIER

*La Habana, marzo de 1998*

## CAPÍTULO I

### *Imagen de José Martí*

7

**E**l hombre que vamos a presentar en estas páginas es de aquellos que nos obligan a poner en tensión todas nuestras fuerzas intelectuales y afectivas. Estas últimas son desde luego las primeras en acudir, porque la persona de José Martí, excepcionalmente dotada del don de conmover y mejorar, se nos entra en el alma mucho antes de que hayamos podido comprender a cabalidad la trascendencia de su obra. Ciertamente que su persona viva, tal como la conocieron directamente los que gozaron de ese privilegio y como se transparenta y perpetúa en la encarnación de su verbo escrito, es en definitiva la más profunda obra que nos dejó. Para acercarnos a ella, no solo por las vías del deslumbramiento y el amor, que serán siempre esenciales, sino también por las sendas del análisis histórico y crítico, nos vemos gustosamente forzados a recorrer muchas dimensiones de la realidad: tantas, que el hecho mismo de ese periplo nos va revelando la magnitud de un hombre cuyo mayor secreto fue la insólita completez de sus capacidades. Alguna vez él dijo que no quería seguir más carrera que la de hombre, como si todas las otras especialidades en que se fragmenta la vocación humana implicaran el rebajamiento de una dignidad que reside en la integridad del ser, en la indivisible unidad de la imagen que el hombre debiera proyectar de sí mismo. Esa imagen, lo sabemos, está rota, desgarrada e incluso significativamente *atomizada* en nuestros días. Por eso el conocimiento de Martí resulta hoy tan necesario y aleccionador. No se trata solo de que fuese un gran hombre, sino, en primer término, de que fue sencillamente *un hombre*, en la más cabal y olvidada acepción del término: es decir, una criatura moral sin mutilaciones y por lo tanto sin deformaciones, que supo asumir armoniosamente la totalidad de la imagen humana y proyectarla como paradigma salvador.

Cuando Martí nace a la luz del Nuevo Mundo el 28 de enero de 1853, en el aposento alto de una humilde casita cercana a las murallas habaneras, Cuba era desde hacía más de tres siglos, en la cruda facticidad de la historia,

una posesión del imperio español, sujeta a los hábitos despóticos que se imponen en toda tierra ocupada por conquista. La única tradición de gobierno era la fuerza, la arbitrariedad y el abuso, ejercidos primero sobre los indígenas hasta exterminarlos, después sobre los esclavos africanos en cruenta explotación, finalmente sobre la población criolla, mestiza o no, que en sus diversas capas iba formando el *humus* social de una nueva nacionalidad.

A finales del siglo XVIII, durante el período gubernativo de don Luis de las Casas, ligado a la corriente iluminista y liberal que atraviesa a la España de Carlos III, empiezan a hacerse visibles, en la porción más lúcida del patriado criollo, los primeros síntomas culturales de esa incipiente nacionalidad, con hombres como el sagaz economista Francisco de Arango y Parreño, ideólogo de la naciente sacarocracia, y el ilustrado presbítero José Agustín Caballero, que en la Sociedad Económica de Amigos del País y en el Seminario de San Carlos realiza la obra de piedad y saber por la cual Martí lo llamó “padre de los pobres y de nuestra filosofía”.<sup>1</sup> Los síntomas irán cristalizando en definido y variable sentimiento patriótico a través del padre Félix Varela, reformador de los estudios filosóficos e introductor de la ciencia experimental, sacerdote cultísimo, evangélico y revolucionario; José María Heredia, primer poeta de la patria; José Antonio Saco, batalloso reformista, sólido impugnador de los vicios coloniales, especialmente la *trata* negrera, y de la corriente que propugnaba, ya desde principios del siglo y con más fuerza entre los años 45 y 55, la anexión a Estados Unidos: todos, en una forma u otra, desterrados de la isla; y José de la Luz y Caballero, varón de tan vasta sabiduría como honda espiritualidad, afinador de la conciencia cubana, maestro de la generación que iba a lanzarse a la Guerra del 68.

En el plano de la acción política, las tres corrientes fundamentales que se disputarían el campo a lo largo del siglo (independentismo, reformismo, anexionismo) estaban perfectamente definidas cuando Martí, precoz adolescente, comienza a asistir al colegio de Rafael María de Mendive, en el cual se concentraban las esencias de la tradición cubana de Heredia, Varela y Luz. Ya habían derramado su sangre por la libertad los camagüeyanos Francisco Agüero Velazco y Manuel Andrés Sánchez, en prematura y heroica intentona (1826), a la que precedieron y siguieron otras conspiraciones como las de la *Cadena Triangular*, los *Soles y Rayos de Bolívar* (en la que apareció complicado Heredia) y la *Gran Legión del Águila Negra*; ya se habían producido levantamientos de esclavos, como el encabezado por el negro libre habanero José Antonio Aponte, ahorcado en 1812, los de Matanzas en 1843 y la llamada conspiración de La Escalera, pretexto para una feroz represión en la que

<sup>1</sup> José Martí: “Antonio Bachiller y Morales”, *El Avisador Hispano-americano*, Nueva York, 24 de enero de 1889, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 5, p. 145. [En lo adelante, OC y JM para referirse a José Martí (N. de la E.)].

cayó fusilado el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*, mestizo de la clase artesanal (1844); ya se habían sucedido los fracasados desembarcos de Narciso López, al cabo muerto en “garrote vil” en 1851, el mismo año del alzamiento de Joaquín de Agüero en Camagüey y de Isidoro Armenteros en Trinidad; ya se había producido la inmolación de Eduardo Facciolo, impresor del periódico revolucionario *La Voz del Pueblo Cubano*, y se habían descubierto, entre otras, las conspiraciones de Vuelta Abajo y la de Ramón Pintó, ejecutado en 1855.

Toda esta agitación insurreccional, con frecuencia de fondo anexionista, iba madurando las condiciones subjetivas para un movimiento de mayor envergadura. Fracasado el anexionismo, el partido reformista parecía tener el terreno expedito hacia 1865, año en que termina la Guerra de Secesión de los Estados Unidos con la victoria del Norte sobre los Estados esclavistas del Sur, fomentadores de la anexión. Los principales voceros del reformismo, con el Conde de Pozos Dulces, director de *El Siglo*, a la cabeza, se dirigen entonces al capitán general Serrano, auspiciador en la presidencia del Senado español de las fórmulas conciliadoras, solicitando, en esencia, tres cosas: reforma arancelaria, cesación de la *trata* negrera y representación política de Cuba en las Cortes (de las que había sido expulsada en 1837), mediante escrito firmado por más de veinticuatro mil personas. Sin embargo, la Junta de Información, creada por la Metrópoli para estudiar y aconsejar las reformas, no arribó a ninguna solución efectiva, y, por otra parte, la situación demográfica y económica del país lo llevaba objetivamente a las puertas de la revolución.

En efecto, hacia 1862, Cuba era una colonia de aproximadamente 601 160 criollos blancos, 594 488 negros y solo 116 114 españoles, lo que hacía un total de 1 311 762 habitantes (sin contar los extranjeros blancos, chinos y yucatecos).<sup>2</sup> Los creadores efectivos de la riqueza del país, estaban totalmente despojados de derechos políticos, frente a una exigua minoría de oligarcas militares y funcionarios españoles. Si a esto se añade que por aquellos años la dependencia económica de Cuba respecto a Estados Unidos, hacia donde iba más del 42 % de las exportaciones especialmente azucareras, empezaba a competir con la dependencia política respecto a España, lo que provocaba crisis como la del año 66 (en cuya raíz, observa Manuel Moreno Fraguinals, se descubre el problema tecnológico de los ingenios),<sup>3</sup> se comprende que en el substrato de una breve pero intensa tradición de cultura patria, cuyas dos

<sup>2</sup> Fernando Portuondo del Prado: *Historia de Cuba*, La Habana, Editorial Minerva, 1957, p. 386.

<sup>3</sup> “Ya vimos en el cuadro III que entre los ingenios semimecanizados y los de fuerza motriz animal se produjo el 91.7 % de la zafra de 1860: por lo tanto *en ellos está la clave de la gran crisis azucarera que culmina en la Guerra de los Diez años. La raíz económica de esta crisis solo puede explicarla la tecnología*”. Manuel Moreno Fraguinals: *El Ingenio, el complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964, t. 1, p. 86.

principales ramas eran el romanticismo poético y el libre examen filosófico, sociológico y político, la realidad nacional estaba clamando por cambios sustanciales que pusieran el poder en manos cubanas. Esas manos, desde luego, no podían ser entonces otras que las de aquella parte de la burguesía criolla, terrateniente y culta, dispuesta al sacrificio patriótico que simbólicamente se inició, en la región oriental de la Isla, con la libertad dada a sus esclavos por Carlos Manuel de Céspedes, en su finca La Demajagua, el 10 de octubre de 1868.

Tal es el contexto histórico dentro del cual, hacia sus quince años, surge Martí a la vida pública. Primogénito de una familia pobre, de padres españoles inmigrantes, a esa edad era ya cubano completo desde la raíz telúrica hasta la flor altiva. Quizás por eso creyó siempre en el espíritu de la tierra, al que atribuyó consecuencias y resonancias históricas, extensivas incluso hasta la raza indígena extinguida. “La tierra está llena de espíritus. El aire está lleno de almas. Así es como se hacen las naciones”,<sup>4</sup> dijo, y esa fe suya, que como otras análogas, se fundaba en experiencias no por inexplicables menos positivas, lo acompañó en su peregrinación y prédica revolucionaria. En su sentir, las almas que llenaban el aire de la isla irredenta clamaban por justicia con no menos fuerza que sus prójimos y contemporáneos. La contemporaneidad de los mártires nada tiene que ver con la línea divisoria de la vida y la muerte: es una contemporaneidad moral en la injusticia que solo puede ser compensada por el sacrificio voluntario. Así lo intuyó Martí desde edad tan temprana como los nueve años, cuando frente al cuerpo de un negro ahorcado, en la zona del Hanábana, donde estuvo ayudando a su padre en los papeles del cargo de Juez Pedáneo, juró “lavar con su vida el crimen”.<sup>5</sup>

Fijémonos que no dice con su sangre solo, según la frase más usual, sino con su vida entera, con toda su conducta. Para articular ese propósito, y para que la redención fuese históricamente efectiva, serían necesarias muchas experiencias vitales, que en él eran las semillas del pensamiento. Aunque los problemas eternos de la filosofía le interesaron, especialmente en su juventud de estudiante en España, Martí no fue nunca un pensador abstracto. Su condición esencial de revolucionario, es decir, de transformador de la realidad, se revela ya en el hecho de que la experiencia, las circunstancias vitales, el contexto histórico y biográfico, fueron siempre decisivos para su interpretación del mundo y la dirección de su conducta. No queremos insinuar con esto que fuera el prisionero de un determinismo de las circunstancias. Como bases innatas o apriorísticas de su carácter tenía el sentido absoluto de la eticidad, la pasión por la belleza y la vocación redentora. A partir de estos principios asimilaba y encauzaba, a la vez libre y necesariamente, los datos de la realidad múltiple y sucesiva. Por eso en las etapas fundamentales

<sup>4</sup> JM: “Rafael Pombo”, *Nuestra América*, OC, t. 7, p. 407.

<sup>5</sup> JM: *Versos sencillos*, XXX, OC, t. 16, p. 107.

de su vida descubrimos una especie de dialéctica que conduce a la articulación de su pensamiento revolucionario, de tal modo, que si desbrozamos lo anecdótico, si vamos al sentido formador de cada una de esas etapas y a la relación de todas entre sí, se nos revela la correspondencia de biografía y pensamiento, como a Ezequiel Martínez Estrada, en intuición memorable, se le reveló la identidad última de historia nacional y biografía personal que le confiere a la figura de Martí la sustancia del mito.<sup>6</sup>

Al estallar la Guerra de los Diez Años, según vimos, Martí es discípulo y protegido de Rafael María de Mendive, gallardo mantenedor de las más hondas aspiraciones del patriciado cubano y del irradiante colegio de Luz. Este legado cultural y patriótico, que hemos intentado resumir a grandes trazos, él lo recoge sin esfuerzo, como algo que nativamente, y desasido de encuadres clasistas, le pertenece por derecho propio. Identificado a plenitud con el ideal independentista (sin la menor vacilación y por eso mismo dramáticamente, por el choque fatal con el padre), escribe el soneto “¡10 de Octubre!”, participa en sucesos insurreccionales ocurridos en el Teatro Villanueva y en medio de la represión española, aprovechando la libertad de imprenta dictada poco antes, publica el editorial de *El Diablo Cojuelo* y el poema dramático “Abdala” en *La Patria Libre* (enero del 69). Estos textos subversivos, acompañados de su participación directa en la agitación habanera de aquellos días, significan que entre los quince y los dieciséis años Martí es ya un combatiente urbano de la guerra iniciada por Céspedes. Como tal, en definitiva, más allá de incidentes episódicos,<sup>7</sup> será condenado a presidio político. El sentido que para su formación revolucionaria tiene esta etapa es doble: de una parte, emocionalmente queda vinculado de por vida a la gesta del 68, lo que dará una vibración humana auténtica a su tesis política

<sup>6</sup> “El destino personal de Martí —precisa Martínez Estrada— es una prolongación del destino familiar y este lo es del destino nacional. Los antiguos mitos lo reconocían así. Toda la vida de Martí es epítome de la historia de Cuba; por eso su biografía puede ser leída hermenéuticamente, como mitologema, relato personal de una generación histórica”. Y añade: “El sino de Cuba gravita sobre las familias de emigrados, criollos y desterrados y, como en las leyendas épicas, el primogénito recibe la herencia de su ananké: es el receptáculo de la Némesis tribal. Todo se articula y configura con un sentido cerrado de tragedia y de inevitabilidad”. Ezequiel Martínez Estrada, *Martí revolucionario*, t. I, La Habana, Casa de las Américas, 1967, p. 43.

<sup>7</sup> El primer “incidente” fue el paso frente al hogar de los hermanos Valdés Domínguez de una escuadra de Voluntarios, que se consideraron objeto de burla. Esto provocó el registro de la casa, donde se encontró una carta acusando de “apóstata” a un condiscípulo alistado en el ejército español, firmada por Martí y por Fermín Valdés Domínguez. Acusados de “infidencia”, durante el juicio Martí se declaró único autor de dicha carta, lo que le valió la condena de seis años de presidio, mientras a Fermín se le impusieron seis meses de arresto mayor. Por razones de salud se obtuvo el indulto de Martí. Para estos y otros datos biográficos, ver la Cronología al final de este volumen.

de la continuidad de la lucha revolucionaria como eje de la nación; de otra parte, la experiencia del presidio le hizo conocer, sin paliativos ni disfraces, la injusticia básica e irremediable del sistema colonial, injusticia que en él, además, resonó hasta planos trascendentes. Diríase que esta experiencia del infierno histórico lo marcó al rojo vivo como a un esclavo de la libertad. Esa marca indeleble lo condujo a Dos Ríos.

Esta primera etapa se especifica, pues, en dos planos: la patria, la colonia. “Abdala” es la prefiguración del conflicto fundamental de Martí con el mundo de la madre, las hermanas, la esposa. *El Presidio Político en Cuba* (Madrid, 1871) es el testimonio y la denuncia que brotan del conocimiento directo, abisal, de la colonia. La vinculación entrañable con el 68, a que aludimos como fundamento de la tesis de la continuidad histórico-revolucionaria, será patente en los discursos conmemorativos del 10 de octubre en Nueva York y en numerosos artículos de *Patria*. A la cara adorable de la patria se opone su cara profanada y ultrajada, que es la colonia. Martí en las canteras la mira de frente y experimenta, mezclado al horror y a la indignación, un extraño júbilo de vencedor: se siente *libre* de odio. Todo *El Presidio Político en Cuba* gira en torno al vencimiento del odio y a la trascendencia de la vida humana, no como ideas de evasión sino como raíces, en él, de la lucha anticolonialista. Allí, encadenado, descubre la libertad del espíritu, la sustancia del bien y el sentido del sufrimiento:

Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien. Sufrir es quizás gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera. / ¡Cuánto, cuánto pensamiento extraño agitó mi cabeza! Nunca como entonces supe cuánto el alma es libre en las más amargas horas de la esclavitud. Nunca como entonces, que gozaba en sufrir. Sufrir es más que gozar: es verdaderamente vivir.<sup>8</sup>

Allí nos habla de sus “horas de Dios”<sup>9</sup> y de “las excelencias puramente espirituales de las vidas futuras”<sup>10</sup>; allí nos dice: “Si yo odiara a alguien, me odiaría por ello a mí mismo”;<sup>11</sup> allí confiesa haber sentido una compasión profunda hacia los flageladores del anciano Nicolás del Castillo; allí, en fin, se define: “yo, para quien la venganza y el odio son dos fábulas que en horas

<sup>8</sup> JM: *El Presidio Político en Cuba, Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, 2009, t. 1, p. 72. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.).]

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 76

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 63.

malditas se esparcieron por la tierra. Odiar y vengarse cabe en un mercenario azotador de presidio”.<sup>12</sup>

Por todo esto, y por sus consecuencias políticas, que llegarán hasta el *Manifiesto de Montecristi*, no será posible identificar totalmente a Martí, no obstante anticiparse a ellos, con ideólogos posteriores de la lucha anticolonialista, como Frantz Fanon y Albert Memmi. Leyendo sus análisis (señaladamente, del primero, *Les damnés de la terre*, y del segundo, *Portrait du colonisé*), verificamos que constituyen la racionalización de un justificado odio y que, en consecuencia, están rigurosamente condicionados por el mundo del colonizador: “ces hommes” — escribe Fanon de los intelectuales de las colonias —, “la rage au coeur et le cerveau fou, s’acharnent à reprendre contact avec la sève la plus ancienne, la plus anti-coloniale de leur peuple”.<sup>13</sup> Al describir con absoluta lucidez los mecanismos de la colonización económica, política, cultural y psicológica, ellos parten del planteamiento inicial del colonizador, e incluso de su dialéctica y metodología, invirtiéndoles el filo hasta convertirlas en armas de liberación. Desmontar una máquina es aceptarla según sus leyes, aunque sea para destruirla. Al retrato del colonizador, en el libro de Memmi, corresponde exactamente el retrato del colonizado. Sin discutir su justificación regional y epocal, ni mucho menos su eficacia combativa, dichos libros nos parecen las paradójicas obras maestras del colonialismo cultural: su reducción *ad absurdum*. Martí, en cambio, no reacciona frente al enemigo, sino que *actúa* frente y contra él *desde su libertad*, que en principio puede redimir también al enemigo; de ahí su *mayor eficacia*; es esto lo que le permite *liberarse* del odio, que es el signo de la verdadera colonia. Su planteamiento, radicalmente ético, parte de una autoctonía del ser. Esa profunda originalidad le permite señorear la situación, no devolver odio lúcido por odio ciego, no ser un resentido histórico, una irremediable víctima intelectual y emocional de la colonia. Le permite ser un pensador revolucionario de lo que se llamará el Tercer Mundo, no un sectario del Tercer Mundo; y, sobre todo, eso tan raro, casi milagroso en la historia de las luchas políticas: un hombre libre, dentro de la esclavitud; por lo tanto, un auténtico libertador.

Después de conocer la colonia por su lado más oculto y terrible, Martí va a conocer por dentro la metrópoli: la metrópoli que, precisamente al pasar de la monarquía a la república, revela su inmutable esencia de metrópoli. El destierro en España, consecuencia del presidio, junto a la formación humanística que pudo adquirir en las universidades de Madrid y Zaragoza, el indudable influjo del krausismo español en su pensamiento juvenil y la intensa

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 76.

<sup>13</sup> Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, Maspero, 1968, p. 144. El punto más cercano de Fanon a Martí parece hallarse en las agónicas y extraordinarias páginas finales —“A modo de conclusión”— de su libro *Piel negra, máscaras blancas* (La Habana, Instituto del Libro, 1968).

lectura que entonces hizo de los clásicos de la lengua, le aporta la convicción definitiva de que no hay nada que esperar de los gobiernos españoles, republicanos o monárquicos, es decir la confirmación viviente, del lado de la metrópoli, de la radical alternativa que ya había planteado en su primer escrito político en *El Diablo Cojuelo*: “O Yara o Madrid”.<sup>14</sup> Pero al mismo tiempo aprende por vivencia (sobre todo en Zaragoza, donde participó emocionalmente en la defensa popular de la república) que en el pueblo español hay valores humanos y democráticos que pertenecen a la mejor tradición ética del mundo y que por lo tanto el cubano, rescatando lo mejor de su linaje, no tiene por qué odiar a ese pueblo en cuanto tal.

De esta vivencia, injertada en la autorrevelación del presidio, procede una de las mayores originalidades y grandezas de la prédica política martiana, de la que hay en su obra múltiples testimonios. Recordaremos aquí solamente tres. En primer lugar, la estrofa que en Cuba todos nos sabemos de memoria, desde la infancia: “Para Aragón, en España, / Tengo yo en mi corazón / Un lugar todo Aragón, / Franco, fiero, fiel, sin saña”.<sup>15</sup> Enseguida el estremecedor pasaje del discurso pronunciado en Tampa el 26 de noviembre de 1891 (“Con todos, y para el bien de todos”):

¿Al español en Cuba habremos de temer? [...] ¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: — ¡Mienten!”.<sup>16</sup>

Finalmente, hay que aludir siquiera al pasaje del *Manifiesto de Montecristi*, declaración de guerra al colonialismo español, que termina con la grandiosa pregunta: “¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos?”.<sup>17</sup>

Las raíces de la prédica martiana de una guerra sin odio, única quizás en la historia de la humanidad, hay que buscarlas en sus credos morales y trascendentes, visibles ya en *El Presidio Político*, pero también en las entrañables relaciones de Martí con sus padres y con otros españoles en Cuba y la emigración,

<sup>14</sup> JM: “El Diablo Cojuelo”, OCEC, t. 1, p. 20.

<sup>15</sup> JM: *Versos sencillos*, VII, OCEC, t. 14, p. 309.

<sup>16</sup> JM: Discurso en el Liceo Cubano, Tampa, 26 de noviembre de 1891, OC, t. 4, p. 277.

<sup>17</sup> JM: Manifiesto de Montecristi, Montecristi, 25 de marzo de 1895, OC, t. 4, p. 99.

y en las vivencias que tuvo del pueblo de España, donde rompió su corola “la poca flor” de su vida, de que nos habla en los *Versos sencillos*.<sup>18</sup>

El tercer momento fundamental de la biografía de Martí lo configura su peregrinación por los países de América Latina, centralmente México, Guatemala y Venezuela. La estancia en estos países le aportó el conocimiento vivo de los problemas básicos de los pueblos latinoamericanos: la trágica situación de la enorme masa indígena; las consecuencias históricas de la pésima tradición española en lo que se refiere a los hábitos de gobierno (caudillismo, burocracia, retórica, desprecio de lo nativo); la connivencia de la oligarquía, el ejército y el clero más allá de la gesta independentista; el atraso educacional, económico y técnico. Los problemas, en suma, de lo que hoy llamamos Tercer Mundo o esfera del “subdesarrollo”, que él adivinó en su vinculación afroasiática<sup>19</sup> y en la fraternidad planetaria de “los pobres de la tierra”, por lo que Roberto Fernández Retamar lo caracteriza muy atinadamente como el primer pensador revolucionario del Tercer Mundo.<sup>20</sup> Esos problemas palpitan, dentro de una visión a la vez espiritual y práctica, en los muchos artículos que dedicó a examinar los conflictos, necesidades y aspiraciones de las menguadas repúblicas hispanoamericanas. Conocerlos directamente, casi diríamos físicamente, le sirvió para configurar el perfil solidario de esta familia de pueblos y para prever los peligros que acechaban a Cuba.

Después de esta peregrinación, solo quedaba un espacio por llenar en su experiencia magna: el conocimiento cabal, prolongado y profundo de Estados Unidos. La estancia en Nueva York durante casi quince años, con breves lapsos viajeros, le permitió a Martí, por la confrontación de su meditada vivencia de las dos Américas, obtener una visión cenital de sus diferencias históricas y espirituales, tal como se definen en el discurso “Madre América” y en el ensayo “Nuestra América”; y simultáneamente, por el análisis del crecimiento económico y de la política interna e internacional de Estados Unidos, reflejado en su enorme obra periodística, llegar a la comprensión

<sup>18</sup> JM: *Versos sencillos*, VII, ob. cit., t. 16, pp. 74 y 75.

<sup>19</sup> Martínez Estrada, en su libro citado (nota 6), observa, a propósito de “Abdala”: “El pueblo africano de Nubia es el de Cuba, evidentemente. El nombre árabe de Abdala, que los españoles llamaban Boabdil el Chico, es el último rey moro de Granada. [...] Abdala, adolescente, encendido en heroico amor a la patria, es Martí [...] Abdala en el drama es negro, con lo que une dos condiciones cubanas de africano y enemigo de la España católica y conquistadora. Si el Abdala nubio es Boabdil el moro, muere combatiendo por el ideal de Martí”. (p. 69) Por otra parte, en el número 4 de *La Edad de Oro* (1889), Martí publicará su sorprendente artículo titulado “Un paseo por la tierra de los anamitas”, donde ilumina para los niños de América esa remota tierra del futuro Viet Nam, identificándose con sus dolores y adivinando su lucha anticolonialista como cosa propia.

<sup>20</sup> “Martí en su (tercer) mundo”, prólogo de Roberto Fernández Retamar a José Martí, páginas escogidas, La Habana, Editora Universitaria, 1965.

cabal del fenómeno imperialista, según aparece con especial lucidez en sus crónicas sobre la Conferencia Internacional Americana del invierno de 1889-90 y como se revela categóricamente en su última carta, trunca, a Manuel A. Mercado, fechada el día antes de su muerte.

Si resumimos las enseñanzas extraídas por Martí de los cuatro períodos fundamentales de su vida (iniciación revolucionaria, destierro en España, peregrinación por América Latina, residencia en Estados Unidos), encontramos los puntos básicos de su campaña concreta por la liberación de Cuba, a saber: 1. Continuidad de la tradición patriótica y de la lucha revolucionaria (los próceres, los protomártires, el 68, lo que sería el 95...). 2. La lucha armada es la única vía para destruir el sistema colonial, si bien después habrá que liquidar la herencia colonial con un gobierno autóctono (que debe iniciarse ya en la dirección democrática de la guerra) y una educación renovada, científica y americanista. 3. La lucha es contra el sistema, no contra el pueblo español. 4. La guerra ha de hacerse sin odio, impulsada por un sentimiento de justicia, no de venganza. 5. Frente al peligro imperialista que representa Norteamérica, la lucha cubana adquiere un sentido continental, ya que el destino histórico de “nuestra América” es solidario. Tales son los principios, explícitos o tácitos, del Partido fundado por Martí en 1892 para la liberación de Cuba y Puerto Rico. En cuanto Partido de miembros activistas, de base obrera (formada en su mayoría por los tabaqueros de la emigración) y vanguardia revolucionaria (el Delegado, el Tesorero, los Cuerpos de Consejo), creado para dirigir políticamente una revolución nacionalista y antimperialista, con proyecciones continentales, es una absoluta novedad histórica.

Ahora bien, todo lo expuesto, con ser tanto, no agota por cierto el alcance del mensaje martiano. Uno de los errores que con más frecuencia se han cometido es el de desconectar su pensamiento revolucionario de sus credos trascendentes. La lectura atenta y desprejuiciada de su obra revela que esto es imposible. Aunque no confunda los planos de la realidad en su manera de afrontarlos, Martí no es por una parte un político y por otra un creyente en la sustantividad y trascendencia del espíritu. Muy por el contrario, es un revolucionario apostólico porque cree en el sentido del cosmos, y cree porque es un revolucionario. La primera prueba de esta profunda interrelación la tenemos en las páginas de *El Presidio Político*, testimonio catártico de la experiencia que en su horno lo forjó, a la vez y para siempre, como revolucionario y como creyente libre, no adherido a ningún dogma. Allí, en efecto, leemos: “El orgullo con que agito estas cadenas, valdrá más que todas mis glorias futuras; que el que sufre por su patria y vive para Dios, en este u otros mundos tiene verdadera gloria”.<sup>21</sup> “El martirio por la patria es Dios mismo”.<sup>22</sup> Lo

<sup>21</sup> JM: *El Presidio Político en Cuba*, ob. cit., p. 73.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 80.

que Martí descubre o confirma y consagra en el presidio es el sentido misional de su vida: la relación dialéctica del sacrificio y la injusticia dentro de una realidad que abarca lo visible y lo invisible, lo histórico y lo trascendente. La necesidad del sacrificio, nos dice muchas veces en prosa y en verso, constituye la suprema ley compensatoria, ley esencialmente referida a un drama espiritual que se decide en la trascendencia de la vida, o las vidas y, por lo tanto, para cada ciclo personal y para la humanidad como ser colectivo y progresivo, en las luchas históricas. El hombre, cada hombre, es el protagonista de ese drama cuyos polos son la injusticia y el sacrificio: los dos polos, también, de la eticidad revolucionaria. El quehacer histórico, político, es en el fondo para Martí una misión religiosa del hombre en la tierra, porque la sustancia de ese quehacer en último grado es espiritual, y el espíritu, condicionado a la materia, no muere con ella.<sup>23</sup> Su artículo sobre Darwin es categórico a este respecto. La misión revolucionaria, pues, se inserta dentro de un plan trascendente. Siendo así la realidad, ¿cómo transformarla sino por el amor, aunque sea a través de las batallas? Siendo así el hombre, ¿cómo definirlo solo por su nacionalidad o por su clase o por su raza? Los postulados políticos de Martí se conectan íntimamente con sus creencias, en las que integró, ecuménicamente, aspectos cristianos e hindúes. Frente a esa conexión que en él forma un todo unitario, pueden adoptarse dos posiciones: o bien dejar a un lado (sin negarlos en él) los credos trascendentes; o bien, compáranse o no los contenidos específicos del espiritualismo martiano, asumir dicha conexión como una esperanza, proyectada revolucionariamente hacia el futuro, de real integración de todas las necesidades del hombre: las objetivas y las subjetivas, las sociales y las íntimas, las que se refieren al pan material y las que piden, también, el pan espiritual (no solo “cultural”). Lo que Martí propone, en suma, es una revolución íntegra del ser que, girando sobre el eje del sacrificio y la justicia, conduzca a la historia hacia la cabal integración de todos los derechos y potestades del hombre, y a cada hombre hacia el enfrentamiento con el sentido último de su vida y de su muerte. Ante esa proposición, que reviste los caracteres de un desafío, cada uno de nosotros, según sus luces y su conciencia, tiene la palabra.

<sup>23</sup> “Allá, en otros mundos, en tierras anteriores, en que firmemente creo, como creo en las tierras venideras, — porque de aquellas tenemos la intuición pasmosa que puesto que es conocimiento previo de la vida revela vida previa — y a estas hemos de llevar este exceso de ardor de pensamiento, inempleada fuerza, incumplidas ansias y desconsoladoras energías con que salimos de esta vida; — allá, en tierras anteriores, he debido cometer para con la que fue entonces mi *patria* alguna falta grave, por cuanto está siendo desde que vivo mi castigo, vivir perpetuamente desterrado de mi natural país, que no sé dónde está, — del muy bello en que nací, donde no hay más que flores venenosas, — de ti y de él”. (Cuaderno de Apuntes no. 8, OC, t. 21, p. 246.) “Es el efecto de la cultura en la mente humana mirar a lo real como fenómeno, y no como sustancia: lo real, accidente y efecto: y el espíritu, de indispensable existencia”. (Otros fragmentos, OC, t. 22, p. 305.).

¿Quién era, en suma, este hombre al que Gabriela Mistral llamó “el hombre más puro de nuestra raza”,<sup>24</sup> y a quien pudiéramos también llamar el más completo? Pasamos sin sentirlo de su prosa a su verso, de su palabra a su acción, de su vida pública a su intimidad; podemos estudiar su doctrina política, filosófica, educacional, poética, crítica y aún estilística, como un todo continuo. Cuando nos habla de la sociedad nos dice las mismas cosas que cuando nos habla del poema. No hallamos en él fisura, y no acabamos nunca de ver todos los aspectos de su rostro, que sin embargo nos mira desnuda y sencillamente a los ojos. Lo vemos en el blancor infernal de las canteras de San Lázaro, aherrojado con la cadena y el grillete que solo pudo arrancarse de veras en sus últimos días, transfigurados por el cumplimiento del destino, en el seno de la naturaleza *patria*. Lo vemos en la tribuna de la emigración, en medio de la “magia infiel” del hielo, rodeado del arrobo de sus pobres, fulgurando en la noche la palabra sagrada que es el único hogar de espíritu que han tenido los cubanos. Lo vemos, en fin, en el terrible y radiante mediodía, lanzándose en su caballo blanco para firmar con sangre todas sus palabras. Ninguna imagen puede agotar su imagen. En el retrato de Jamaica, de pie contra la huraña manigua, siempre vestido como de luto y el rostro manándole luz, nos mira secretamente, con extraña lejanía y pasión entrañable, pidiéndonos siempre *más*.

---

<sup>24</sup> Gabriela Mistral: Prólogo a *José Martí, Versos sencillos*, La Habana, Secretaría de Educación, 1939, p. 34. Por su parte Ezequiel Martínez Estrada, en *Martí revolucionario*, ed. cit., p. 151, lo llamó “uno de los espíritus más libres que ha conocido la historia, sin duda el más puro de todos ellos”.

## CAPÍTULO II

### *Trayectoria revolucionaria*

#### I

19

Según observamos en el capítulo anterior, al producirse, el 10 de octubre de 1868, el alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en el ingenio La Demajagua, dando inicio a la insurrección que será conocida como Guerra de los Diez Años, Martí adolescente ya se sentía identificado con la causa emancipadora. Varios meses después, a principios de 1869, publica su soneto “10 de Octubre” en un periódico manuscrito, titulado *El Siboney*, que circulaba clandestinamente entre los estudiantes de segunda enseñanza de La Habana. El soneto, no desprovisto de gallardías de entonación, termina así:

Gracias a Dios que ¡al fin con entereza  
Rompe Cuba el dogal que la oprimía  
Y altiva y libre yergue su cabeza!<sup>1</sup>

Aprovechando la libertad de imprenta decretada por el capitán general Domingo Dulce, publicó Martí, en unión de su condiscípulo Fermín Valdés Domínguez, el único número de *El Diablo Cojuelo* (19 de enero de 1869), cuyo artículo de fondo es indudablemente suyo. Está al cumplir los dieciséis años; no ha conocido aún ese “dolor infinito” con que se abre *El Presidio Político en Cuba*, que muy pronto va a sellar su vida. Con un tono ligero y travieso dispara sus primeros tiros periodísticos: “Nunca supe yo lo que era público, ni lo que era escribir para él, mas a fe de diablo honrado, aseguro que ahora como antes, nunca tuve tampoco miedo de hacerlo”. El articulillo consiste en una serie de reticentes ironías sobre la libertad de imprenta, que “permite que hable usted por los codos de cuanto se le antoje, menos de lo que pica”, y de atrevidas críticas al gobierno arbitrario y despótico del capitán general anterior, Francisco Lersundi. Pero el párrafo más importante, el que anuncia

<sup>1</sup> José Martí: ¡10 de Octubre!, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 15, p. 55. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

ya, entre bromas y veras, la línea categórica de su conducta, es aquel en que, refiriéndose a los fríos e indecisos, establece la tajante disyuntiva que años más tarde planteará al diputado español Cristino Martos:

Otros de esos que llaman sensatos patricios, y que solo tienen de sensatos lo que tienen de fría el alma, reúnen en sus casas a ciertos personajes de aquellos que han fijado un ojo en Yara y otro en Madrid, según la feliz expresión de un poeta feliz, y que con solo este título pretenden imponer sus leyes a quien tiene muy pocas ganas de sufrir tan ridícula imposición. A ser yo orador, o concurrente a Juntas, que no otra cosa significa entre nosotros la tal palabra, no sentaría por base de mi política eso que los franceses llamarían afrentosa *hésitation*. O Yara o Madrid.<sup>2</sup>

En conjunto *El Diablo Cojuelo* es una publicación típica de “bijiritas”, como llamaban entonces los españoles, con ánimo despectivo, a los jóvenes mambises. Toda ella tiene el sesgo liviano, nervioso, menudo, de esos pajaritos nuestros.

Muy distinta entonación es la del drama “Abdala”, publicado en el único número de *La Patria Libre*, que bajo la dirección de Martí vio la luz el 23 de enero de 1869. Tenemos la sensación de que con los versos ingenuos y altivos de esta obrita, toca Martí un umbral sagrado, entra ya en la espiral trágica de su destino. ¿No están aquí, en candoroso planteamiento, los conflictos supremos de su existencia, la prefiguración de su conducta? Verdad que falta la voz de la esposa, pero en esencia ¿no es la voz de la madre? Espirita le dirige a Abdala, el joven héroe de Nubia, los eternos argumentos maternos. La respuesta de Abdala es ya una caracterización profunda del amor a la patria:

El amor, madre, a la patria,  
No es el amor ridículo a la tierra,  
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;  
Es el odio invencible a quien la oprime,  
Es el rencor eterno a quien la ataca;  
Y tal amor despierta en nuestro pecho  
El mundo de recuerdos que nos llama  
A la vida otra vez, cuando la sangre  
Herida brota con angustia el alma;  
La imagen del amor que nos consuela  
Y las memorias plácidas que guarda!<sup>3</sup>

La patria es ya, para Martí a sus quince años, sustancia espiritual, ligada a la memoria. En estos versos de adolescente se expresa un pensamiento nada

<sup>2</sup> JM: *El Diablo Cojuelo*, OCEC, t. 1, p. 20.

<sup>3</sup> JM: “Abdala”, *La Patria Libre*, La Habana, 23 de enero de 1869, OCEC, t. 1, p. 29.

convencional, más bien complejo, sin duda muy meditado. La patria, aquí, es algo que se revela a través de la agresión, de la injusticia. Cuando nos la oprimen, o nos la atacan — provocando ese odio primario que será definitivamente vencido a través de la experiencia del presidio — es cuando sentimos esa entidad que no consiste solo en sus elementos físicos, sino en “el mundo de recuerdos” que ellos enmarcan o suscitan. La sangre del alma, la angustia, es la que nos ilumina “la imagen del amor” y “las memorias plácidas” en que la idea de patria se sustenta. Mucho habrá de elaborar Martí este concepto: aquí está su intuición prístina. Y los versos que cierran el drama, si pensamos en su muerte en Dos Ríos, y en su concepto del tránsito como liberación cuando “se ha cumplido bien la obra de la vida”,<sup>4</sup> adquieren un carácter profético sobrecogedor:

Silencio!... Quiero oír... Oh! Me parece  
 Que la enemiga hueste derrotada  
 Huye por la llanura... oid!... silencio!  
 Ya los miro correr... a los cobardes  
 Los valientes guerreros se abalanzan...  
 Nubia venció! muero feliz: la muerte  
 Poco me importa, pues logré salvarla...  
 Oh! qué dulce es morir, cuando se muere  
 Luchando audaz por defender la patria!<sup>5</sup>

Con estos antecedentes político-literarios, no es raro que Martí resultara muy pronto sospechoso a las autoridades españolas. Un suceso en el que no participó, y que no tuvo más fundamento que la irritada susceptibilidad de los voluntarios españoles, provocó el registro de la casa de su fraterno Fermín. Allí encuentran la carta a Carlos de Castro y Castro, fechada el 4 de octubre de 1869: “Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos tu contestación, que no puede faltar a su patria ni a sus deberes como cubano un discípulo de Rafael María de Mendive. Te abrazamos.— José Martí. Fermín Valdés Domínguez”.<sup>6</sup>

Carlos de Castro, antiguo discípulo de Mendive, se había inscripto en un regimiento español. El hallazgo de esta carta bastó para que se ordenara la detención de Martí, quien al cabo resulta condenado a seis años de presidio por el delito de “infidencia”. Después de varios meses de cárcel, ingresa en el presidio el 4 de abril de 1870. Allí se quebranta para siempre su salud.

<sup>4</sup> JM: “Pilar Belaval”, *El Federalista*, edición literaria, México, 5 de marzo de 1876, OCEC, t. 3, p. 163.

<sup>5</sup> JM: “Abdala”, ob. cit., p. 33.

<sup>6</sup> JM: A Carlos de Castro y de Castro, OCEC, t. 1, p. 38.

Después de más de seis meses de inhumano sufrimiento físico y moral, es trasladado a Isla de Pinos, por indulto, el 13 de octubre. Al fin sale deportado en el vapor correo *Guipúzcoa*, con destino a Cádiz, el 15 de enero de 1871, pocos días antes de cumplir los dieciocho años.

El testimonio de esta experiencia, ya en parte comentado, es *El Presidio Político en Cuba*, folleto publicado en Madrid a raíz de su llegada. Se trata de un alegato, de una sucesión de lienzos, de un poema. El alegato, denunciador de los horrores del sistema colonial español, va directamente al alma de la raza, al tuétano de lo hispánico, al concepto ancestral de la honra. Los lienzos — los retratos desgarradores, a la vez realistas y poemáticos, de Nicolás del Castillo, de Lino Figueredo, de Juan de Dios, del negrito Tomás — pertenecerían con pleno derecho a la inspiración goyesca, si a esta pudiera quitársele el sarcasmo, la ironía sangrienta, y en su lugar estuviese empapada de una inmensa piedad. El horror le revela a Martí la sustantividad invencible del bien. El infierno testimonia a Dios: “Dios existe”, es el estribillo de la primera página. El dolor, el espanto, la ira, desembocan siempre en la piedad: “dejadme que os compadezca en nombre de mi Dios”.<sup>7</sup> Comprende la ley de la fecundación de los contrarios en el seno del espíritu.

Se le revela también la imagen sacrificial de la patria, porque es ella, el reverso terrible de aquella “imagen del amor” que tan musicalmente definía en “Abdala”, la que lo arranca ahora de los brazos de la madre, no para la muerte fúlgida y limpia del héroe, sino para sufrir el inmundo rebajamiento de la condición humana: “Volvió el día 5 severa, rodeó con una cadena mi pie, me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos, y me alargó en la mano un corazón”.<sup>8</sup>

En cuanto a lo anecdótico, que aquí cobra rasgos simbólicos, ningún pasaje más conmovedor que aquel en que Martí cuenta el desgarramiento de su padre al ver las llagas que cubrían sus pies. Don Mariano, simple policía del gobierno español, había sido un padre áspero e injusto en los últimos tiempos, desde que empezó el “laborantismo” del muchacho. Hay una carta de Martí a su maestro Mendive en la que nos da idea de la dureza del trato paterno. La carta es de octubre de 1869 y en ella leemos: “Trabajo ahora de seis de la mañana a 8 de la noche y gano 4 onzas y media que entrego a mi padre. Este me hace sufrir cada día más, y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a Ud. con toda la franqueza ruda que Ud. me conoce que solo la esperanza de volver a verle, me ha impedido matarme. La carta de Ud. de ayer me ha salvado”.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> JM: *El Presidio Político en Cuba*, ob. cit., p. 63.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>9</sup> JM: A Rafael María de Mendive, *OCEC*, t. 1, p. 42.

Pero ahora la situación ha cambiado enormemente. Las limitaciones rudas de don Mariano ocultaban una capacidad de ternura que se derrama ante las llagas del hijo:

¡Y qué día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grillos, y vio al fin, un día después de haberme visto paseando en los salones de la cárcel, aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo, de materia y fango, sobre la que me hacían apoyar el cuerpo, y correr, y correr! ¡Día amarguísimo aquel! Prendido a aquella masa informe, me miraba con espanto, envolvía a hurtadillas el vendaje, me volvía a mirar, y al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada rompió a llorar! Sus lágrimas caían sobre mis llagas; yo luchaba por secar su llanto; sollozos desgarradores anudaban su voz, y en esto sonó la hora del trabajo, y un brazo rudo me arrancó de allí, y él quedó de rodillas en la tierra mojada con mi sangre, y a mí me empujaba el palo hacia el montón de cajones que nos esperaba ya para seis horas. ¡Día amarguísimo aquel! Y yo todavía no sé odiar.<sup>10</sup>

23

Estilísticamente, *El Presidio Político* es una pieza única en la obra de Martí. Jamás, como si fuera un vaso sagrado que había que romper después de usarlo, volvió a utilizar esta prosa desollada y obsesiva como el ciclo diario de las canteras; esta prosa sin más color que el blanco de la cal reverberando y el negro del sombrero que llamaban “estampa de la muerte”; esta prosa con el ritmo del silencio ignominioso, de los palos y cadenas del presidio. La fuente de su elocuencia está en los profetas, no solo por las expresiones de evidente raíz bíblica, sino por el paralelismo de los párrafos cortos, que más bien parecen versículos al estilo hebraico. El conjunto, sin perder su carácter de indignada acusación, es un inmenso poema de la desolación y la piedad, compuesto de mano maestra, que termina con una alucinante recapitulación en que las descripciones se tornan visiones, al golpe del verbo implacable que las anuncia: “Mirad! Mirad!”.

Durante su estancia en España, a más de algunos artículos y polémicas periodísticas, publicó Martí otro folleto de importancia: *La república española ante la revolución cubana*. El 11 de febrero de 1873 se había producido la abdicación del rey Amadeo de Saboya y la proclamación de la República con Estanislao Figueras de presidente y Emilio Castelar, Nicolás Salmerón, Francisco Pi y Margall y otros liberales españoles de ministros. Según el testimonio de Nicolás Heredia, ese día Martí sacó al balcón de “su modestísima posada”, en la calle de Concepción Jerónima, para celebrar el advenimiento de la república española, una bandera cubana que el pueblo miró

<sup>10</sup> JM: *El Presidio Político en Cuba*, ob. cit., p. 77.

“con extrañeza, mas sin ira”.<sup>11</sup> En ese gesto del joven estudiante está la argumentación central de su alegato: si España se torna republicana ¿cómo, sin negarse a sí misma, no ha de reconocer a la república cubana, sustentada por las armas insurrectas? El estilo, despojado y enérgico, se apoya naturalmente en el recurso de la antítesis, a que lo conducen por su propio peso las contradicciones internas de la república española, que ya se vislumbran y habrán de llevarla al fracaso bajo la presidencia de Castelar:

“Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta [...] ¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva a negar para un pueblo derecho que él usó para sí? [...] La República no puede usar del derecho de la fuerza para oprimir a la República”.<sup>12</sup>

¿En nombre de qué principios — además de la lógica misma del ideal republicano — dice Martí que estas cosas, que de hecho sucedían, no “pueden” suceder? En nombre de “la voluntad del pueblo” y de “la honra universal”. La primera se estaba manifestando en Cuba, desde hacía cuatro años, en la insurrección: “¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?”.<sup>13</sup> La segunda, superior a la “honra *patria*” mezquinamente entendida en el argumento del “integrismo”, consistía en el ideal republicano, que abarcaba el universo y quería que todos los pueblos vivieran al fin, por la fraternidad y el amor, “como un solo pueblo, como una provincia de Dios”.<sup>14</sup> Es este el concepto más grandioso, de resonancia krausista, que encierran estas páginas juveniles: ¡todos los pueblos viviendo como *una provincia de Dios*! Por eso habla enseguida, identificándolos, del “derecho del mundo” y de “la divinidad futura”,<sup>15</sup> verdaderas concepciones de visionario político, ante las que el empecinamiento despótico de España revelan toda su pequeñez, toda su ruindad. Son, pues, argumentos racionalistas del “deber ser”, con fuerte venero del iusnaturalismo y del krausismo, los que emplea Martí; pero al mismo tiempo la energía de sus visiones políticas — y por eso lo son de veras — está enraizada en los datos de la realidad.

No se conforma él, sin embargo, con los principios generales, y va a las razones que pudieran oponerse, y que de hecho se oponían, al reconocimiento por la república española de la independencia de Cuba. La primera es que “puesto que España da a Cuba los derechos que pedía, su insurrección no tiene ya razón de existir”.<sup>16</sup> Este argumento se refería al proyecto de conceder

<sup>11</sup> Cf. Emilio Roig de Leuchsenring: *Martí en España*, La Habana, Cultural S.A., 1938, p. 170.

<sup>12</sup> JM: *La República Española ante la Revolución Cubana, La Cuestión Cubana*, Sevilla, 12 de abril de 1873, OCEC, t. 1, pp. 101, 103 y 109.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 104.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 110.

<sup>15</sup> *Ídem*.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 105.

a Cuba una serie de reformas y derechos que llegaron, después de proclamada la república federal y elegido presidente Francisco Pi y Margall, hasta el deseo de convertir a Cuba y Puerto Rico en estados autónomos de la nación española. Como dijo el nuevo presidente ante la Cámara, “donde quiera que haya hombres sometidos a nuestras leyes, allí debemos llevar nuestras libertades” — declaración en la que, a pesar de su buena voluntad probada, apunta la irreductible contradicción de los republicanos españoles. Pero aquel proyecto, al igual que el gobierno de Pi y Margall, fracasó. Martí se adelanta a todo ello y responde altivo: “¿Cómo ha de consentir la revolución cubana que España conceda como dueña derechos que tanta sangre y tanto duelo ha costado a Cuba defender?”.<sup>17</sup> En realidad, según recuerda al final, “Cuba ha llegado antes que España a la República”, y no tiene por qué “aceptar de quien en son de dueño se lo otorga, República que ha ido a buscar al campo de los libres y los mártires”. En una palabra, los derechos ya no pueden ser concesiones. Otra cosa haría inútil y sin sentido el sacrificio de los insurrectos, en cuyo nombre, aunque sin ninguna representación oficial, él habla.

El segundo argumento es el de la “integridad del territorio”. “El Océano Atlántico — dice Martí, recordando quizás la famosa estrofa de Heredia en *El himno del desterrado* — destruye este ridículo argumento”.<sup>18</sup> Pero además, la patria no es solo la tierra. Ya lo había dicho en “Abdala”, subrayando el lado íntimo y sentimental del concepto. Ahora lo redondea como concepto político y su definición recuerda la de Renan en *Qu’est-ce qu’une Nation?* Renan dice: “Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho juntos grandes cosas, querer hacer otras más; he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo... En el pasado, una herencia de glorias y remordimientos; en el porvenir, un mismo programa que realizar... La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano”.<sup>19</sup> Martí escribe: “Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”.<sup>20</sup> En cuanto al plebiscito, refiriéndose a Cuba insurrecta, ya lo ha dicho: “Su plebiscito es su martirologio”.<sup>21</sup> Y entre España y Cuba no existía comunidad real de historia, de costumbres, de aspiraciones, de fines, de recuerdos. Todo las separaba, desde el océano hasta ese “espíritu cubano” que invoca Martí, que venía cobrando clara conciencia desde los días de Heredia y el Padre Varela. Solo unían a los dos países “recuerdos de luto y de dolor” y el vínculo — este sí irrompible — de la lengua. Pero ese don, que el propio Martí, con su obra de poeta y escritor,

<sup>17</sup> Ídem.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 106.

<sup>19</sup> Traduzco directamente del texto francés (1887). Otra versión puede verse en la edición española prologada por Roberto F. Giusti (Buenos Aires, Elevación, 1947, p. 40).

<sup>20</sup> JM: *La República Española ante la Revolución Cubana*, ob. cit., p. 106.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 104.

iba a devolver enriquecido, no podía legitimar la injusticia y el crimen. Y Cuba, dice, no sin un dejo de ironía, raro en él, dedicado tal vez a los pomposos casticistas, “cree que paga cara la sonoridad de la lengua española con las vidas ilustres que España le ha hecho perder”.<sup>22</sup>

No faltan desde luego, para reforzar la argumentación teórica, alusiones al régimen de barbarie que imperaba en la isla, y aquí sentimos pasar la sombra del presidio político. Pero en el fondo Martí sabe cuál es la falla decisiva: que los gobernantes españoles “no han llegado a entender el ideal de la República” tal como él la concibe, a la luz de “la gloria inefable y eterna de los tiempos que vendrán”.<sup>23</sup> Quítese la exaltación romántica, y el enfoque sigue siendo cierto. La falta de profundidad, de pureza, de energía, de visión de largo alcance de los políticos españoles, con la honrosísima excepción de Pi y Margall, que poco pudo hacer, precipitaron la caída de la República española. Previendo las causas del desastre, Martí aprovecha la ocasión para agitar su bandera, para decir las razones de Cuba en pleno Madrid, para dar fe pública de sus convicciones políticas, de su independentismo militante.

## II

Terminados sus estudios de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, después de un breve viaje a París, salió Martí de Le Havre, vía Inglaterra, hacia México, a donde llegó, después de una estancia de 13 días en Nueva York, en febrero de 1875. Vinculado muy pronto a la mejor intelectualidad mexicana, enseguida comenzó a colaborar en la *Revista Universal*, de cuyo cuerpo de redacción formó parte, publicando la sección de *Boletines* que firmaba con el seudónimo de *Orestes*. En México, además, se da a conocer como conferencista y como autor dramático. Allí conoce al que va a ser su gran amigo y confidente, Manuel A. Mercado, y a la que va a ser su esposa, Carmen Zayas Bazán.

En la *Revista Universal* publicó Martí algunos artículos sobre Cuba: comentarios a noticias aparecidas en periódicos norteamericanos o respuestas polémicas a periódicos defensores de la causa de España, como *La Colonia Española* y *La Iberia*. En “El parte de ayer”, por ejemplo, se refiere a un telegrama publicado por el *Sun* de Nueva York, según el cual veintidós jóvenes residentes en Cienfuegos habían sido “fusilados fuera de muralla sin juzgarlos”. Martí escribe: “Mi mano se puso con ira sobre este telegrama sangriento; ¡quién me diera abrir, con mis manos, heridas en el pecho matador, y verter en él caridades y nobleza, y volver con ellas la vida a mis hermanos que murieron! ¡Quién me diera con sangre de este

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 107.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 109.

cuerpo infame que no lucha, redimir la sangre de esos desventurados que no lucharon tampoco!”.<sup>24</sup>

En otro artículo comenta un número de *La Estrella Solitaria*, periódico que se publicaba en los campos de la insurrección. Allí apunta un estilo que va a llegar a su plenitud muchos años después, en *Patria*: el estilo de “Cuentos de la guerra”. Léase, para comprobar la analogía, la evocación del rescate de Julio Sanguily:

Tenía ya perdida la pierna derecha: la pierna izquierda fue arrancada por una bala de cañón: atábanlo ya al caballo para que pudiese pelear: lo sorprendió una columna de españoles y lo llevaba prisionero: cayó sobre la columna Ignacio Agramonte, atravesó por ella a escape con sus treinta hombres, arrancó a Julio Sanguily de la silla de un sargento, se clavó una bala en la mano derecha de Sanguily, y en el arzón de una silla, y a escape tendido rompieron con él por entre el resto de la columna los jinetes rápidos como el instante, sueño para los españoles sorprendidos; allá se fueron por el camino de la gloria el héroe vuelto a la patria, el atrevido y valiente salvador, los hijos de la osadía y la libertad.<sup>25</sup>

27

El remate de estas evocaciones es siempre, con distintas palabras, el mismo: “¡Ira y vergüenza para los que no luchamos a su lado!”.<sup>26</sup> Leyendo estos artículos de 1875 y 1876, cuando Martí contaba entre veintidós y veintitrés años, comprobamos, no solo la marcha segura de su estilo hacia la madurez, sino también que su admiración por los hombres del 68 no estaría dictada, ya en Nueva York, por una actitud “política” en el mal sentido de la palabra, sino que tenía sinceras y hondas raíces. Contestándole a *La Colonia Española* sobre las virtudes de aquellos patricios, escribe el 27 de mayo de 1875:

Cierto que sus virtudes son grandes. Eran ricos, y hoy trabajan pobres y despojados en países extranjeros: eran dueños de hombres, y hacen libres a todos los hombres de que el gobierno español los hacía dueños; tenían toda clase de holgura en la vida material, y absolutamente todas desdeñan, y los emigrados las buscan nuevas con un trabajo penoso y rudo, y los que luchan en los campos las truecan contentos, — el hogar tranquilo por la lucha desesperada, la vida opulenta por la existencia miserable, — el cuerpo vestido por el cuerpo llagado, — el lecho cómodo por el lecho del suelo — todas las riquezas por todas las miserias, toda la abundancia por todas las escaseces, toda

<sup>24</sup> JM: “El parte de ayer”, *Revista Universal*, México, 21 de marzo de 1875, OCEC, t. 1, p. 247.

<sup>25</sup> JM: “Cuba”, *Revista Universal*, México, 22 de mayo de 1875, OCEC, t. 1, p. 257.

<sup>26</sup> Ídem.

la paz infame y esclava por la muerte en la defensa de la patria, valiente, honrada y libre.<sup>27</sup>

Identificado con el régimen liberal de Sebastián Lerdo de Tejada, su derrocamiento por el general Porfirio Díaz decide la salida de Martí de México en enero de 1877. Ya en esa fecha ha decidido casarse y trabajar como profesor en Guatemala. Así le escribe a Mercado, desde Veracruz, rumbo a Cuba, a donde se dirige bajo el nombre de Julián Pérez: “Parece que Guatemala me tiende los brazos: — el alma es leal, y la mía me anuncia ventura. Voy lleno de Carmen, que es ir lleno de fuerza”.<sup>28</sup> Después del viaje a La Habana, desde abril de 1877 se instala en Guatemala, donde es nombrado catedrático en la Escuela Normal y despliega una intensa actividad literaria y docente. Son sus meses de energía nupcial. Cree que va a ser feliz y pone toda su inmensa voluntad en serlo. Vuelve a México para contraer matrimonio y regresa con su mujer a Guatemala. De pronto, sin embargo, cambia otra vez el giro de su vida. La deposición injusta del cubano José María Izaguirre como director de la Escuela Normal lo obliga, en conciencia, a renunciar a su cargo. De otra parte, el 10 de febrero de 1878 se había firmado en Cuba el Pacto del Zanjón, que oficialmente significaba el fin de la guerra, aunque Antonio Maceo y otros jefes resistieron aún varios meses. El artículo II del Pacto promulgaba una amplia amnistía para “cuantos hubiesen tomado parte directa o indirectamente en el movimiento revolucionario”. Martí, no sin escrúpulos, decidió regresar con su esposa en agosto de 1878.

Esta nueva estancia en Cuba, entre sus veinticinco y veintiséis años, fue decisiva: aquí le nació su único hijo, que iba a ser el centro de su drama familiar, a la vez que el asunto de un libro que iniciaría la renovación de la lírica hispanoamericana; aquí se le dibujaron claramente los caminos que su vida podía seguir: el camino apacible de la vida privada, llena de los éxitos sin riesgos del abogado, el profesor, el literato; el camino un tanto más tortuoso, pero siempre seguro y hasta con nobles perspectivas para un alma poco ambiciosa, de la vida pública oficialmente permitida por la metrópoli; el camino, en fin, escarpado y mortal, de la rebeldía, de la conspiración, del sacrificio. Este fue el que escogió sin vacilación, aunque seguramente no sin angustia, porque significaba la ruina de su hogar y la perspectiva de nuevos holocaustos para un país que, desangrado e impotente, acababa de inmolar a lo mejor de su juventud durante diez largos y cruentos años.

<sup>27</sup> JM: “A La Colonia”, *Revista Universal*, México, 27 de mayo de 1875, OCEC, t. 1, p. 260.

<sup>28</sup> JM: *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1993, t. I, pp. 61-62. Ver también: JM: A Manuel Mercado, OCEC, t. 5, p. 14.

A los pocos meses de llegar a Cuba, ya estaba Martí conspirando activamente con Juan Gualberto Gómez, en conexión con el Comité Revolucionario de Nueva York. El 26 de agosto del 79 se produjo el alzamiento de José Maceo, Guillermo Moncada y Quintín Banderas en Santiago de Cuba. El 17 de septiembre Martí es detenido y pocos días después, el 26, deportado a España a bordo del vapor *Alfonso XII*. Pero no era Martí hombre de agotarse en la mera actividad conspirativa. Él era esencialmente, sin mengua de la riquísima intimidad, un hombre público, que tenía que adoptar actitudes y expresiones simbólicas, representativas de profundas corrientes de opinión o sentimiento. Esa dualidad del sigilio del conspirador y la evidencia del orador, la mantendrá toda su vida; y es en estos días de La Habana cuando, decidido el rumbo de su acción, pronuncia Martí las primeras oraciones que lo señalan a los cubanos como un guía espiritual nato. De esos discursos nos ocuparemos en otro capítulo, y especialmente del brindis en el banquete al periodista Adolfo Márquez Sterling, que resultó una raya trazada en la arena política, donde la altivez independentista mostró caballerescamente sus armas a la prudencia autonomista.

### III

Recién publicado su folleto *La república española ante la revolución cubana*, Martí le encomienda a Néstor Ponce de León, en Nueva York, la distribución de los ejemplares que le envía. En esa carta es evidente su ansiedad por entrar en contacto con los núcleos revolucionarios de la emigración, y su desasosiego y tristeza “por no tener esfera real en que moverse”.<sup>29</sup> En México, donde tantas veces se dolió de su inactividad revolucionaria, en una de las respuestas a *La Iberia* confiesa que “todas las opiniones que sobre Cuba exprese yo en *La Revista*, tienen un carácter exclusivamente particular”.<sup>30</sup> Ya vimos, en fin, cómo, tan pronto conoció a Juan Gualberto Gómez en La Habana, se ligó a los afanes conspirativos del Comité Revolucionario de Nueva York. Buscaba, sin hallarla aún, “esfera real en que moverse”.

A los pocos meses de su segunda deportación a España, en enero de 1880, desembarca Martí en el puerto de Nueva York, ciudad que va a ser durante quince años, con breves intervalos, el centro de sus operaciones políticas. Enseguida se vincula de nuevo a las actividades del Comité Revolucionario, del que había sido subdelegado en La Habana, y que se halla empeñado en la difícilísima tarea de llevar adelante los planes insurreccionales del general Calixto García. De hecho reinaban la confusión y la incoherencia en los preparativos. Máximo Gómez no secundaba el movimiento. Antonio Maceo, jefe indudable, había sido preterido por el brigadier Gregorio Benítez. Los fondos eran escasos y la atmósfera, de celos y suspicacias. Sin embargo, el movimiento,

<sup>29</sup> JM: A Néstor Ponce de León, *OCEC*, t. 1, p. 112.

<sup>30</sup> JM: “A *La Iberia*”, *Revista Universal*, México, 9 de junio de 1875, *OCEC*, t. 1, p. 266.

por la defraudación que había significado el Pacto y por el prestigio incólume del general García, ganaba ya un impulso y una fuerza que no era lícito contrarrestar con razonamientos, y menos venidos de un joven civil, de un literato inexperto en las luchas militares, recién incorporado a las tareas revolucionarias. Lo sensato y lo patriótico en aquellas circunstancias era poner su inteligencia y su palabra al servicio de una causa que él no había iniciado, que él no tenía autoridad para retrasar o modificar, y que desde luego respondía a las más vivas inclinaciones de su temperamento. Ganada, pues, la confianza del general García, y aceptada — seguramente en medio de múltiples reservas — la tesis de que “decir es un modo de hacer”,<sup>31</sup> compareció Martí el 24 de enero de 1880, en Steck Hall, ante un numeroso público de emigrados, para pronunciar su primera oración política de gran envergadura, que comentaremos en las páginas dedicadas a sus discursos.

Cuando al fin, después de muchos obstáculos, el general García parte hacia Cuba, Martí queda como presidente interino del Comité Revolucionario de Nueva York y en ese carácter dirige varias Circulares y Proclamas, siendo la más importante la que redacta con motivo del arribo del general García a las costas de Cuba, hecho que ocurrió el 7 de mayo de 1880. En este documento, por debajo del entusiasmo ante la feliz noticia, el elogio de los expedicionarios y la ardiente exhortación a los emigrados, late ya incontenible el pensamiento civilista y democrático de Martí. Así leemos: “Con el general García han ido a Cuba la organización militar y política que nuestra *patria* en lucha requería; con el hombre de armas ha ido un hombre de deberes; con la espada que vence, la ley que la modera; con el triunfo que autoriza, el espíritu de la voluntad popular que enfrena al triunfador”.<sup>32</sup>

“Freno y caldera”, dirá varios años después que necesita la revolución. Y continúa: “A vencer y a constituir ha ido el caudillo; no solo a batallar. No a abarcar en sus manos un poder omnímodo, cualesquiera que puedan ser las razones que para ello le dieran los amigos de semejantes soluciones”.<sup>33</sup>

Había pues, quienes tal aconsejaban, y tenían suficiente rango para que Martí los aludiera en un momento en que la alusión podía parecer inoportuna. Completa en fin su pensamiento: el general García va “a convocar al país para que se dicte su ley” y a ofrecer que, después del triunfo, la espada “en sus manos no volverá a lucir sino para romperla en el ara de las leyes”.<sup>34</sup>

<sup>31</sup> JM: “Asuntos cubanos. Lectura en Steck Hall”, Nueva York, 24 de enero de 1880, OCEC, t. 6, p. 133.

<sup>32</sup> JM: “El Comité Revolucionario Cubano en Nueva York”, OCEC, t. 6, p. 174. Los subrayados, en este y en los textos siguientes, son míos. C.V.

<sup>33</sup> Ídem.

<sup>34</sup> JM: “El Comité Revolucionario Cubano de Nueva York”, OCEC, t. 6, p. 174.

Su republicanismo democrático está perfectamente definido, aun en un instante que solo parecía pedir la exaltación guerrera y caudillista, si bien el héroe de *Báguanos* en verdad respondía a las virtudes señaladas por Martí. También está perfectamente definida su concepción social de la guerra. Por eso aclara: “No es la guerra de Cuba un problema de clases, ni de comarcas, ni de grupos”,<sup>35</sup> desmintiendo también enérgicamente el infundio, propagado por las autoridades españolas y acogido por algunos cubanos, de que se trataba de una insurrección de intenciones racistas. En la proclama “Al pueblo cubano”, firmada por Calixto García pero escrita por Martí, se insiste en este tema candente (“Por la libertad de todos los hombres, blancos y negros, combatimos”).<sup>36</sup> y se define otro de los conceptos martianos fundamentales, cuando pone en boca del general García estas palabras: “No es el odio el que a la guerra me conduce”.<sup>37</sup> Por cierto que en los finales de esta proclama y de la dirigida “Al ejército cubano”, hallamos el antecedente de las imágenes que utilizará Martí en una de sus últimas arengas a las tropas, en mayo de 1895. La referencia de esta última, recogida oralmente, puede hallarse en el capítulo que sigue. Los pasajes a que aludimos son los siguientes:

De los bosques haremos el mampuesto de nuestra libertad y nuestra gloria, y en los bosques, con troncos de árboles, trabajaremos armas nuevas para luchar por el honor!<sup>38</sup>

¡No envainaremos los aceros, ni daremos descanso a los fusiles, sino en el umbral de los palacios donde los enemigos forjan nuestros hierros!<sup>39</sup>

La falta de preparación y de recursos, la dispersión de los jefes y la indiferencia general de un pueblo exhausto, llevó rápidamente al fracaso la intentona de Calixto García, quien tuvo que entregarse a los españoles en el mes de agosto. Emilio Núñez, el último rebelde de esta campaña, reclama instrucciones del Comité de Nueva York. Martí cumple el dolorosísimo deber de pedirle que deponga las armas. Si comparamos el tono de las Circulares y Proclamas anteriores con el de esta carta de 13 de octubre de 1880, notaremos en aquellas, por encima del auténtico fervor, un cierto entusiasmo sobrepuesto, no desprovisto incluso, como hemos visto, de aclaraciones y reservas. En la carta al general Núñez, en cambio, está Martí

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 175.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 180.

<sup>37</sup> *Ídem*.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 181.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 182.

entero, en toda la franqueza y majestad de su pensamiento y de su estilo. Ahora habla claramente de “una redención radical y solemne” que ha de estar “inspirada en propósitos grandiosos”. Ahora desconfía abiertamente de los que se empeñan en proseguir la guerra: “Con lo que vendríamos, llevando a la Isla un nuevo caudillo, a hacer una guerra mezquina y personal, — potente para resistir, más no para vencer, — manchada probablemente de deseos impuros, estorbada por los celos, — indigna, en suma, de los que piensan y obran rectamente”.<sup>40</sup>

Y sobre todo, lo que constituye su pensamiento fundamental, que los hechos habían comprobado trágicamente: “Un puñado de hombres, empujados por un pueblo, logra lo que logró Bolívar; — lo que, España y el azar mediante, lograremos nosotros. Pero, abandonados por un pueblo — un puñado de héroes puede llegar a parecer — a los ojos de los indiferentes y de los infames — un puñado de bandidos”.<sup>41</sup>

Aconsejándole al general Núñez que desista de su gallarda pero estéril y aún, de prolongarse, dañina actitud, Martí demostró su verdadera grandeza, poniendo en práctica, por primera vez de modo visible, su entrañable convicción, que había adquirido ante la imagen sacrificial de la patria en el presidio político, de que “la patria es ara”. Así termina su memorable carta, que cierra el episodio de la llamada “Guerra chiquita”:

Duro es decirlo y toda la hiel del alma se me sube a los labios al decirlo, pero si es necesario — estéril como es la lucha, — indigno hoy, porque es indigno, el país, de sus últimos soldados — *deponga Ud. las armas.* — No las depone Ud. ante España-sino ante la fortuna. No se rinde Ud. al Gobierno enemigo — sino a la suerte enemiga. — No deja Ud. de ser honrado: siendo el último de los vencidos, será Ud. el primero entre los honrados.<sup>42</sup>

#### IV

Dos años más tarde, en carta a Máximo Gómez, Martí declara el verdadero sentido de su participación en aquella intentona. Presentándose al glorioso general, le confiesa que llegó a presidir el Comité de Nueva York “más para salvar de una mala memoria nuestros actos posteriores que porque tuviese fe en aquellos”.<sup>43</sup> Con esta carta, fechada el mismo día que la dirigida a Antonio Maceo, el 20 de julio de 1882, y enviadas ambas personalmente

<sup>40</sup> JM: A Emilio Núñez, *OCEC*, t. 6, p. 223.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, p. 224.

<sup>42</sup> *Ibíd.*, p. 224.

<sup>43</sup> JM: Al General Máximo Gómez, *OCEC*, t. 17, p. 326.

con Flor Crombet de viaje hacia Honduras, inicia Martí una especie de exploración y cauteloso acercamiento a los generales Gómez y Maceo,<sup>44</sup> que se habían mantenido al margen de la intentona del año 80. La esencia de estas cartas es mostrarles a los dos héroes cómo el país está de nuevo madurando para la acción, cómo vuelve los ojos hacia las organizaciones de emigrados y hacia “aquel grupo escaso de hombres que ha merecido su respeto y asombro por su lealtad y valor”; y decirles que se cuenta en primer término con ellos, con su consejo y aprobación. Pero en ambas cartas es evidente que se cuenta también con “elementos nuevos”, con métodos distintos y con una orientación ideológica precisa: “Nuestro país — escribe a Gómez — abunda en gente de pensamiento, — y es necesario enseñarles que la Revolución no es ya un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra detallada y previsoramente de pensamiento”.<sup>45</sup>

La carta misma, ávida de matices salvadores, ansiosa por no dejar hilo suelto, es un ejemplo elocuente de la nueva orientación. No olvida Martí la lección del 80: abiertamente condena las “perniciosas camarillas” y las “jefaturas espontáneas, tan ocasionadas a rivalidades y rencores”. Y más adelante: “Violentar el país sería inútil, y precipitarlo sería una mala acción”. Pero cree que ya se acerca la hora de hacer “una revolución seria”, una revolución que se presente en forma “moderada, racional y verdaderamente redentora”, organizada en un partido “elocuente, erguido, moderado, profundo”. Nótese la insistencia en la moderación, que parece referirse, no solo a los límites que han de imponerse al personalismo, sino también al modo de afrontar los problemas políticos y sociales. Así, después de caracterizar con ánimo justo la tendencia anexionista, y desde luego condenarla, observa: “Pero como esa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas”.<sup>46</sup> Y a Maceo, a quien le trata muy especialmente el problema racial, le dice que su solución solo puede lograrse “con aquel amor y perdón mutuo de una y otra raza, y aquella prudencia siempre digna y siempre generosa de que sé que su altivo y noble corazón está animado”, y que la obra revolucionaria adquiere una “nueva forma” que consiste en “crear, por una guerra pronta de triunfo posible, un país en que a pesar de estar muy

<sup>44</sup> Gómez le contestó el 8 de octubre de 1882 desde San Pedro, Honduras, y Maceo el 19 de noviembre del mismo año desde Puerto Cortés, ofreciéndose ambos, sin reparos, para volver a la lucha tan pronto la revolución estuviese bien organizada. (*El Archivo Nacional en la conmemoración del Centenario del natalicio de José Martí y Pérez, 1853-1953*, La Habana, 1953, pp. 454-457.)

<sup>45</sup> JM: Al General Máximo Gómez, ob. cit., p. 328.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 329.

trabajado de odios, entren desde su fundación a gozar de verdaderos derechos, y en verdaderas condiciones de larga y quieta vida, todos sus diversos elementos". Este es el nuevo heroísmo que se exige ahora, el de ser justos y equilibrados, el de respetar y recomponer todas las fuerzas legítimas del país, y no solo el heroísmo de las batallas. De este modo se medirá ahora la verdadera importancia y fidelidad de los hombres a la causa de Cuba, "sin necesidad de jurar obediencia a un grupo aislado o a un hombre solo".<sup>47</sup>

No debió ser muy aquiescente la reacción profunda de ambos generales a los planteamientos ideológicos de estas cartas, cuando dos años después se hallaban en Nueva York trazando un nuevo plan al que Martí definitivamente negó su concurso. Según el doctor Eusebio Hernández, la ruptura se debió a un incidente personal con Gómez, en que la excesiva susceptibilidad de Martí fue herida.<sup>48</sup> Enrique Trujillo, en cambio, asegura que "no había duda de que los planes de Gómez envolvían una dictadura militar, con su cohorte de jefes", y que el doctor Hernández "estaba identificado con los procedimientos". "El caso fue —añade— que Martí rompió relaciones con el general Gómez, y le envió una carta de protesta por la dictadura que ejercía".<sup>49</sup> La carta, en rigor, es más que una protesta: es un documento político que los hispanoamericanos no nos debemos cansar de releer. A través de toda ella se siente la inmensa estimación y el profundo afecto que ya sentía Martí por el general Gómez, a quien creía "sincero y bueno" y con cualidades para llegar a ser "verdaderamente grande":

Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Ud. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente: y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.<sup>50</sup>

Enseguida la sentencia que ha hecho famosa esta carta del 20 de octubre de 1884: "Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento", iniciando el párrafo rítmico, elástico, de escansión versicular, donde se dicen cosas tan duras y reales como si se entonara un amargo parlamento. La referencia

<sup>47</sup> *Ibíd.*, p. 324.

<sup>48</sup> Eusebio Hernández y Pérez: "El período revolucionario de 1879 a 1895", en *Dos conferencias históricas*, La Habana, Cultural, s. f.

<sup>49</sup> Enrique Trujillo: *Apuntes históricos. Propaganda y movimientos revolucionarios cubanos en los Estados Unidos desde enero de 1880 hasta febrero de 1895*, Nueva York, 1896.

<sup>50</sup> JM: Al General Máximo Gómez, *OCEC*, t. 17, p. 384.

a la intervención del general Maceo en la entrevista que motiva la carta, la hace más amarga aún, hasta que remata: “La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto solo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia”. El heroísmo ahora está en la modestia. Nadie, por grande que sea, es la patria. Tal pretensión invalida la grandeza anterior. Él sabe que Gómez es un hombre de “corazón sencillo”, que la culpa es imputable a las intrigas y ambiciones que lo rodean, pero no tiene “ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas ni deshaciéndolas”. Le niega pues su ayuda, sin paliativos, a una empresa que, de tener éxito, desembocará a su juicio en “una invasión despótica”, en “una guerra de baja raíz y temibles fines”.<sup>51</sup>

Comienzan con esta carta los años de retraimiento político de Martí. Cuando en 1885 le escribe a J. A. Lucena declinando la invitación de los emigrados de Filadelfia para hablar en el aniversario del 10 de Octubre, reitera y precisa sus razones:

La tiranía es una misma en sus varias formas, aun cuando se vista en alguna de ellas de nombres hermosos y de hechos grandes.<sup>52</sup>

La independencia de un pueblo consiste en el respeto que los poderes públicos demuestren a cada uno de sus hijos.<sup>53</sup> [...] en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de manera que se respete como la persona sagrada la persona de cada cubano, y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país.<sup>54</sup>

La independencia, en suma “de extraños y propios”: tal es su ideal irreducible.

## V

Por múltiples causas que no es del caso reseñar aquí, el plan Gómez-Maceo también se frustró. Martí, aparte de sus muchas actividades periodísticas y literarias, entra en un período de consciente espera y maduración ideológica, de la que es ejemplo la carta que en mayo de 1888 dirige a Ricardo Rodríguez Otero, quien en un libro de impresiones de viaje había dado una versión inexacta de unas palabras suyas sobre la suerte política de la isla. El equívoco, que parecía inclinarlo hacia la solución autonomista, es lo de menos en el fondo. Martí aprovecha la ocasión para discurrir serenamente sobre los problemas de Cuba, para referirse a la ineficacia del “académico recato

<sup>51</sup> *Ibíd.*, p. 386.

<sup>52</sup> JM: A José Alfonso Lucena, *La Discusión*, La Habana, 9 de octubre de 1922, *OCEC*, t. 23, p. 167.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 168.

<sup>54</sup> *Ídem.*

y equivocada parsimonia” de los autonomistas en las Cortes españolas; para defender la tesis de la espera y de la previsión: “Azuzar es el oficio del demagogo y el del patriota es precaver”; para insistir en el respeto a la voluntad del país; para definir su concepto de la política, que consiste en “tratar de frente y estudiar a tiempo los problemas todos y los componentes todos que influyen en la suerte del país con su silencio o con su acción”; y, más que nada, para arrojar clarísima luz en torno a dos cuestiones fundamentales: la relación con los españoles residentes en la isla, y la actitud de los anexionistas. Sobre lo primero aclara que no comparte el “odio pueril a todo lo español, y nimio gusto en denigrar o satirizar sus cosas y hombres”. Llama a la España oficial “madre filicida”, pero observa con aguda penetración lo siguiente: “que el español ha echado en Cuba raíces más hondas que en ninguna otra posesión de España; y que en país alguno de Hispano América en la época de la guerra de independencia estuvo tan ligado al corazón mismo del país, ni había adelantado tanto en aquella conquista que no hay modo de reivindicar: la conquista de la familia”.<sup>55</sup>

36

En cuanto a la anexión, el largo pasaje es cita indispensable. Desde 1881 estaba escribiendo Martí sus ya famosas *Escenas norteamericanas*, donde ponía lo mejor de su genio y de su prosa. Había publicado ya, entre otros, el elogio estupendo de Emerson. Por eso puede decir con verdadera autoridad, refiriéndose a la pretensión anexionista:

Solo el que desconozca nuestro país, o este, o las leyes de formación y agrupación de los pueblos, puede pensar honradamente en solución semejante: o el que ame a los Estados Unidos más que a Cuba. Pero quien ha vivido en ellos, ensalzando sus glorias legítimas, estudiando sus caracteres típicos, entrando en las raíces de sus problemas, viendo cómo subordinan a la hacienda la política, confirmando con el estudio de sus antecedentes y estado natural sus tendencias reales, involuntarias o confesas, quien ve que jamás, salvo en lo recóndito de algunas almas generosas, fue Cuba para los Estados Unidos más que posesión apetecible, sin más inconveniente que sus pobladores, que tienen por gente levantisca, floja y desdeñable; quien lee sin vendas lo que en los Estados Unidos se piensa y escribe desde la odiosa carta de instrucciones de Henry Clay en 1828, cuando los Estados Unidos “estaban satisfechos con la condición de Cuba, y por el interés de ellos no deseaban cambio alguno”, hasta lo que de sí propio dicen en su conversación y en su poesía, hasta el “Somos los romanos de este continente”, de Holmes: “Somos los romanos, y llegarán a ser ocupación constante nuestra la guerra y la conquista”; quien sabe de cerca que aquellas agitaciones periódicas de la prensa que pudieran sernos favorables, y en lo aparente lo son, responden lo mismo que los alardes

<sup>55</sup> JM: Carta abierta a Ricardo Rodríguez Otero, Nueva York, 16 de mayo de 1886, OC, t. 1, p. 194.

patrióticos en España, al interés pasajero de los partidos; [...] quien ama a su *patria* con aquel cariño que solo tiene comparación, por lo que sujetan cuando prenden y por lo que desgarran cuando se arrancan, a las raíces de los árboles, –ese no piensa con complacencia, sino con duelo mortal, en que la anexión pudiera llegar a realizarse; y en que tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil nos deje desangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas.<sup>56</sup>

La estructura del pasaje, basada en la repetición de la palabra *quien* y en la subordinación oracional, como se ve, es naturalmente oratoria, y anuncia ya las grandes parrafadas de sus discursos en las conmemoraciones del 10 de Octubre. Los argumentos, irrefutables. La previsión, absoluta.

No faltaron en esta etapa nuevos amagos de organización revolucionaria. Era mucha la inquietud cubana. Una carta del brigadier Juan Fernández Ruz, fechada en Cayo Hueso el 1.º de octubre de 1887, provoca una larga y reflexiva respuesta de Martí, en la que examina minuciosamente todos los lados del problema cubano y reafirma sus criterios anteriores. Una idea que tomará cada vez más fuerza en él, se desliza subrepticamente en esta carta, y es que “los sucesos históricos no pueden prepararse ni llevarse a cabo sin un cuidado exquisito”. La exquisitez “artística” en la composición de los elementos y en el cuidado de los detalles, incluso de los matices, que han de preparar los cambios históricos profundos, es preocupación obsesiva de Martí, en la que se funden el artista y el revolucionario. Por lo demás, le dice a Fernández Ruz, “la hora [...] está acercándose, pero no parece llamarnos todavía”. Y más adelante: “Yo presiento que llegan los días grandes, y no hago por mí más que vigilar y estremecerme”.<sup>57</sup> Llegado el brigadier a Nueva York, Martí propició una reunión de patriotas en casa de Enrique Trujillo, a la que sucedió otra en la que, ya sin la asistencia de Ruz, se designó una Comisión Ejecutiva presidida por Martí. Al menor avivamiento, se levantaba la llama. Se estableció un plan de trabajo, sometido a cinco fines, que resumían las ideas martianas de equilibrio y democracia civilista, expresadas en la comunicación que, “por encargo de los cubanos de Nueva York excitados y acompañados por los de Cayo Hueso y Filadelfia”, dirige Martí a Máximo Gómez el 16 de diciembre de 1887. Entrañablemente tierno en la relación personal, Martí era inflexible en cuestión de principios. Así las que en 1884 eran objeciones, ahora se las dirige “a lo más noble de su corazón” como proposiciones de cuya previa aceptación depende todo, y la más dura, alusiva a la desafortunada frase de Maceo en la última entrevista, va por delante: que “la guerra de un pueblo por su independencia, fruto de un siglo

<sup>56</sup> *Ibíd.*, p. 195.

<sup>57</sup> JM: A Juan Ruz, Nueva York, 20 de octubre de 1887, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 1, p. 204. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

de trabajo patriótico y de la cooperación de todos sus hijos, no puede ser la empresa privada ni la propiedad personal de uno que debe a la obra de todo el país la parte que el heroísmo le dio en la gloria común".<sup>58</sup> Gómez, aunque sin referirse a Martí, contestó noblemente a la Comisión. Todas estas gestiones disgustaron a Fernández Ruz, que no participó en ellas y acabó lanzando un manifiesto lleno de falsedades, muy bien acogido por la prensa integrista. Martí tuvo que salirle al paso desde *El Avisador Cubano*, semanario que dirigía Enrique Trujillo. La iniciativa se fue disolviendo entre incoherencias y resquemores. Martí seguía teniendo razón: ni los tiempos ni los ánimos estaban aún maduros.

Al año siguiente publicó en forma de folleto su respuesta, titulada *Vindicación de Cuba*, a un vejaminoso artículo publicado en *The Manufacturer* de Filadelfia y comentado en *The Evening Post* de Nueva York, sobre las ventajas y desventajas de la compra de Cuba por los Estados Unidos. Pocas lecturas pueden ser más penosas e indignantes para un cubano que las de este cínico artículo y su repulsivo comentario, reproducidos por Martí en su folleto *Cuba y los Estados Unidos*. Lo notable, sin embargo, es la mesura y amplitud de la respuesta. La ocasión se prestaba para devolver injuria por injuria, y sobre todo para escarnecer a los anexionistas sin distinción de casos. Pero Martí, aún en medio de la pasión, distingue siempre, matiza sus juicios, da a cada uno lo que en justicia le corresponde. Y en esta coyuntura más, pues no se trata solo de defender a los independentistas, sino de defender a los cubanos como pueblo y como tipo humano, de las infamantes opiniones vertidas en los artículos citados. Por eso incluso disculpa a los anexionistas de buena fe, a los que actúan "por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión". E incluso se enorgullece, como cubano, de la admiración suscitada por los oradores autonomistas en las Cortes españolas, y dice de sus acérrimos enemigos: "Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos en las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa".<sup>59</sup> No puede pedirse más a su espíritu de justicia; pero él no lo hace solo por justicia, sino también por amor entrañable a todo cubano de valer, cualquiera que sea su clase, raza o filiación política, aunque es lógico que la mayor ternura y el mayor orgullo se le vayan hacia los que más han sufrido. Y así, en medio de la profusa defensa de los méritos cubanos, patentes en los propios Estados Unidos, se destacan su ardiente evocación de los jóvenes mambises del 68, que supieron morir, "estos hombres de dieciocho años, estos herederos de casas poderosas, estos

<sup>58</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Nueva York, 16 de diciembre de 1887, OC, t. 1, p. 221.

<sup>59</sup> JM: "Vindicación de Cuba", Nueva York, 21 de marzo de 1889, OC, t. 1, p. 240.

jovenzuelos de color de aceituna — de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta”;<sup>60</sup> y su apología de las mujeres de aquella generación:

Y las mujeres [...] llegaron aquí recién venidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: la “señora” se puso a trabajar; la dueña de esclavos se convirtió en esclava; se sentó detrás de un mostrador; cantó en las iglesias; ribeteó ojales por cientos; cosió a jornal; rizó plumas de sombrerería; dio su corazón al deber; marchitó su cuerpo en el trabajo: ¡este es el pueblo “deficiente en moral”!<sup>61</sup>

Se anuncia aquí el tono de la sección “En casa”, de *Patria*. Pero, volviendo a lo central de la *Vindicación*, la medida no excluye desde luego la energía, mucho menos la penetrante claridad, y cuando Martí se refiere a las razones que tienen los cubanos para desconfiar de Estados Unidos, sus palabras adquieren la categoría de una sentencia histórica:

Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norte-Americana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.<sup>62</sup>

La más importante actividad política de Martí en estos años no radica sin embargo en este género de escritos, sino en la serie de discursos que a partir de 1887 pronuncia anualmente en las conmemoraciones del 10 de Octubre. Otros dos sucesos deben subrayarse al final de este período: uno es la celebración, en el invierno de 1889-90, de la primera Conferencia Internacional Americana, a cuyos delegados dirige Martí el bellísimo y sustantivo discurso conocido por “Madre América” y sobre cuyas sesiones publica en *La Nación* de Buenos Aires una serie de crónicas de clarividente antimperialismo; otro es la fundación de *La Liga*, sociedad patriótica de hombres de color, que surge

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p. 238.

<sup>61</sup> *Ibíd.*, p. 239.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 237. A. K. Cutting, periodista que en 1886 provocó conflictos en la frontera con el gobierno mexicano, tendientes a excitar los ánimos anexionistas yanquis.

en Nueva York, en enero de 1890, bajo la inspiración de Martí. El extraordinario tacto con que participó en las tareas educacionales y patrióticas de esta sociedad, así como la correspondencia con sus principales animadores, Rafael Serra, Juan Bonilla, Manuel J. González, que constituye un dechado de ternura, penetración y delicadeza, eran modos profundos y evangélicos de ir a la solución de uno de los problemas cubanos más difíciles de afrontar y resolver sin lastimaduras. En cuanto a la Conferencia, digna precursora del dudoso Panamericanismo posterior, fue tanta la preocupación que causaron a Martí las mal disimuladas intenciones del águila norteamericana, que en el emblema de la convención “apretaba en sus garras los pabellones de América”, que cayó enfermo y tuvo que ir a reponerse a las montañas Catskill. “Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos”.<sup>63</sup> Estos versos, que son su *Versos sencillos*, publicados en 1891, cierran la producción estrictamente literaria de Martí. Por otra parte, hacia octubre de ese año, todo converge en su vida para lanzarlo definitivamente al torbellino de la organización revolucionaria. El padre había muerto en 1887, cuando ya se había producido entre ellos como una tácita y entrañable reconciliación; doña Leonor regresó a Cuba, después de acompañarlo dos meses, en enero del 88: “el día que tuve que despedirme — escribe — [...] ella me iba detrás de un cuarto a otro, y yo iba huyéndole”.<sup>64</sup> Carmen lo abandona definitivamente, llevándose al hijo en agosto de 1891. Un incidente con el cónsul español determina su renuncia a los consulados de Argentina y Uruguay, así como a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana. Libre ya de ataduras públicas y privadas, en esos mismos días recibe la invitación del club “Ignacio Agramonte” de Tampa: lo llaman para que hable en la velada del 26 de noviembre, dedicada a recaudar fondos. Martí contesta enseguida: “¿Es la patria quien nos llama? Obedecemos, pues, que de seguro ella nos alienta para algo grande”.<sup>65</sup> Esa simple carta de Néstor Leonelo Carbonell, es la llamada del destino. La hora ha llegado.

## VI

Las noches del 26 y el 27 de noviembre de 1891 pronuncia en el Liceo Cubano de Tampa dos de sus más grávidos discursos, conocidos por “Con todos, y para el bien de todos” y “Los pinos nuevos”, que le valieron la más clamorosa y popular consagración. En medio del raptó de entusiasmo, logra un acuerdo organizativo preliminar, titulado *Resoluciones tomadas por la emigración cubana de Tampa*. La resonancia de su éxito, y una carta a José Dolores Poyo que es modelo de noble y amorosa habilidad, lo llevan enseguida a Cayo Hueso, de tan larga y acendrada tradición revolucionaria, de tan indestructible

<sup>63</sup> JM: [Mis amigos saben], *Versos sencillos*, ob. cit., p. 297.

<sup>64</sup> JM: A Rafael Serra, 1890, OC, t. 20, p. 370.

<sup>65</sup> JM: A Néstor L. Carbonell, Nueva York, 18 de noviembre de 1891, OC, t. 1, p. 267.

entusiasmo, siempre vibrante como las páginas de *El Yara*. En aquella ciudad construida por los cubanos, a pesar de haber llegado enfermo, pronuncia también ardorosas arengas; pero, sobre todo, disipados los prejuicios y suspicacias que siempre, no obstante su pureza y seducción arrasadoras, lo rodean, escribe allí mismo, en “el Cayo querido”, las *Bases*, al fin, del Partido Revolucionario Cubano, que van a ser aprobadas, junto con los *Estatutos secretos*, por todos los *clubs*. El 21 de enero de 1892 *La Liga* celebra un acto de desagravio a Martí, con motivo de la carta llamada de “Roa-Collazo”, incidente suscitado por un pasaje del primer discurso de Tampa.<sup>66</sup> El 17 de febrero pronuncia en Nueva York su *Oración de Tampa y Cayo Hueso*, verdadero aleluya de la revolución. El 14 de marzo aparece el primer número de *Patria*, vocero del Partido Revolucionario Cubano. El 10 de abril se produce la proclamación oficial del Partido, fundado para lograr “la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”,<sup>67</sup> y la elección de Martí como Delegado.

Tanto en las *Resoluciones y Bases* como en el sustancioso manifiesto inicial de *Patria*, titulado “Nuestras ideas”, todo se articula a partir del eje central de su pensamiento político: la búsqueda de un equilibrio de factores y fuerzas.

En las *Resoluciones* advierte que la organización revolucionaria no ha de trabajar “por el predominio actual o venidero de clase alguna; sino por la agrupación, conforme a métodos democráticos, de todas las fuerzas vivas de la patria”.<sup>68</sup> En las *Bases* precisa más, y habla, no solo del “equilibrio de las fuerzas sociales”, sino también del “equilibrio americano”,<sup>69</sup> para el cual la fundación de la nueva República es indispensable, idea que va a reaparecer en varios documentos. En “Nuestras ideas”, después de defender con las más minuciosas y transidas razones la tesis de “la guerra inevitable”, la idea matriz del equilibrio se reitera en sus dos formas principales: social y política. Equilibrio social, porque la guerra no ha de ser “el predominio de una entidad cualquiera de nuestra población, con merma y desasosiego de las demás”, sino “el modo de ajustar en el respeto común las preocupaciones de la susceptibilidad y las de la arrogancia”. Y así como más tarde dirá: “enoja oír

<sup>66</sup> Se trata del párrafo que comienza: “¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra...?”, en el que alude al libro de Ramón Roa *A pie y descalzo*. Con este motivo Enrique Collazo le dirigió una violenta e injusta carta, a la que Martí contestó, en forma dolido y enérgica, el 12 de enero de 1892. Más detalles sobre este incidente pueden hallarse en las cartas a Eligio Carbonell del 10 de enero, a Fernando Figueredo del 15 de enero y en las dirigidas a Ángel Peláez y a Serafín Bello en enero de 1892, y a Fernando Figueredo el 9 de febrero del mismo año.

<sup>67</sup> JM: “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, *OC*, t. 1, p. 279.

<sup>68</sup> JM: “Resoluciones tomadas por la emigración cubana de Tampa el día 28 de noviembre de 1891”, *OC*, t. 1, p. 272.

<sup>69</sup> JM: “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, *ob. cit.*, p. 280.

hablar de clases”, aquí puntualiza las razones de su repulsa a una concepción clasista que, en su criterio, vicia y daña tanto a los acomodados como a los obreros:

Apena ver a hermanos de nuestro corazón negándose, por defender aspiraciones pecuniarias, a defender la aspiración primera de la dignidad. Apena ver a los hombres reducirse, por el mote exclusivo de obreros, a una estrechez más dañosa que benigna; porque este aislamiento de los hombres de una ocupación, o de determinado círculo social, fuera de los acuerdos propios y juiciosos entre personas del mismo interés, provocan la agrupación y resistencia de los hombres de otras ocupaciones y otros círculos; y los turnos violentos en el mando, y la inquietud continua que en la misma república vendría de estas parcialidades, serían menos beneficiosos a sus hijos que un estado de pleno decoro en que, una vez guardados los útiles de la labor de cada día, solo se distinguiera un hombre de otro por el calor del corazón o por el fuego de la frente.<sup>70</sup>

42

El equilibrio social incluye desde luego la equidad en la convivencia de las razas, pero no se trata de una falsa equidad, abstracta, programática y forzada, que obligaría al blanco a considerar al negro, por el hecho de ser negro (lo que conlleva la discriminación), con una inalterable simpatía que de fijo no siente hacia todos los blancos. Es preciso salvar “los derechos de simpatía y conveniencia”: de lo contrario tal presunta “igualdad social”, advierte, “sería injusta para quien la hubiese de sufrir, e indecorosa para los que quisiesen imponerla”. Se trata en su concepción de la verdadera equidad, que consiste simplemente en no hacer intervenir en las relaciones humanas el color de la piel. Pues lo mismo que quiere disolver la idea enconada de clase, quiere destruir por la base el prejuicio racial. Y desde luego, también, como siempre, disipar el posible odio al español: “La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España”.<sup>71</sup>

A partir de la confirmación del Partido, realizada en Hardman Hall el 17 de abril, dos son los objetivos primordiales de Martí: unir y organizar efectivamente, ya con fines inmediatos, a la emigración, lo que implicaba incorporar a los hombres de la Guerra Grande a la nueva empresa; y establecer contactos eficaces con los revolucionarios de la isla. Aunque mucho se ha adelantado, la tarea por hacer es gigantesca, si se tiene en cuenta la dispersión de los grupos, las viejas rencillas, el espionaje español, las campañas autonomistas y la pobreza de los elementos más ardientes y activos dentro de las filas revolucionarias. El comienzo de esta obra unificadora y organizativa, que va a consumir sus tres últimos años, coincide con un grave quebranto de su salud, siempre en precario. Ya en carta de 24 de marzo a Serafín Bello,

<sup>70</sup> JM: “Nuestras ideas”, *OC*, t. 1, p. 320.

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 321.

le dice: “Ni me muero, Bello. Hay quien quiere hacer creer que me voy a morir. Diga que no”.<sup>72</sup> Un mes más tarde, en carta a José Dolores Poyo, le confirma su gravedad:

Todavía no he podido salir de la cama, y desde ella le escribo. Pero el domingo sigo viaje [...] Es imposible que este cuerpo mío no oiga mis ruegos. Que me deje andar. Que me deje pensar. Que me deje escribir. A veces la angustia es mucha y creo que acabo. Quisieron tasajearme, pero no era preciso: yo me dejaba para poder seguir andando. Ni el mejor médico sabe ahora lo que tengo: los intestinos rotos, y una postración que no me deja levantar la mano.<sup>73</sup>

En esas condiciones, y llagado por la difamación que ya lo muerde, se apresura Martí a su magna obra. La impaciencia lo come. “Quisiera relámpagos a mi lado”,<sup>74</sup> le dice a Poyo; y meses más tarde a Serafín Sánchez: “Montado en un relámpago le escribo”.<sup>75</sup> Lo primero será el viaje de propaganda y organización por La Florida: Cayo Hueso, que es “la yema de nuestra República”;<sup>76</sup> Tampa, donde vio, conmovido, la procesión de los españoles partidarios de la independencia que “pasaban, en la sombra, con sus estandartes blancos”; Ocala, “que es tierra de delicias, donde los cubanos viven dichosos”<sup>77</sup> y donde por vez primera habla en público en inglés, recibiendo la adhesión de nobles norteamericanos; Jacksonville, San Agustín, donde rinde honor a los restos venerados de “aquel patriota entero”<sup>78</sup> que fue el Padre Varela. En todas partes estimula la fundación de *clubs*, disipa temores, junta voluntades, levanta entusiasmos, fija principios. En esto último es especialmente infatigable. Su caballo de batalla sigue siendo la norma de equidad, de equilibrio, el huir de los excesos y de los planteamientos clasistas. El 30 de abril escribe en *Patria*: “Viven en el Cayo, ya como en casa propia, los hombres de más diversos orígenes sociales, y a todos los hermana el orgullo justo del trabajo común, el recuerdo de la gloria creadora, la esperanza de la que acabará de crear. Allí viven, juntos, en el gran taller, los más desdichados orígenes y los más empinados apellidos”.<sup>79</sup>

<sup>72</sup> JM: A Serafín Bello, 24 de marzo de 1892, *OC*, t. 1, p. 350.

<sup>73</sup> JM: A José Dolores Poyo, *OC*, t. 1, p. 404.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 405.

<sup>75</sup> JM: A Serafín Sánchez, *OC*, t. 2, p. 82.

<sup>76</sup> JM: A Fernando Figueredo, Nueva York, 15 de enero de 1892, *OC*, t. 1, p. 295.

<sup>77</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, julio de 1892, *OC*, t. 2, p. 69.

<sup>78</sup> JM: “Ante la tumba del padre Varela”, *OC*, t. 2, p. 96.

<sup>79</sup> JM: “Del Cayo ejemplar”, *Patria*, Nueva York, 30 de abril de 1892, *OC*, t. 1, pp. 426 y 427.

Cuando al fin, en cumplimiento del segundo de los fines apuntados, sale hacia Cuba el primer comisionado del Partido Revolucionario, el comandante Gerardo Castellanos, entre las instrucciones precisas que le imparte, escribe Martí el 4 de agosto de 1892:

Que de ningún modo queremos promover, ni una guerra parcial de arriba, que deje sin representación suficiente a los elementos populares sin los cuales es imposible, ni en Cuba ni en parte alguna, la revolución, — ni una guerra parcial de abajo; que para hacerse de prosélitos, contraiga compromisos inmorales y funestos con unas clases de la sociedad contra otras, y con las incultas contra las cultas.<sup>80</sup>

Y cuando él mismo emprende viaje hacia Santo Domingo, para entrevistarse con Máximo Gómez, en las “Recomendaciones” que publica *Patria* el 3 de septiembre, resumiendo los objetivos de la revolución, insiste: “Que continuemos la revolución para el beneficio equitativo de todas las clases, y no para el exclusivo de una sola, por lo que se ha de recomendar a los soberbios el reconocimiento fraternal de la capacidad humana en los humildes, y a los humildes, la vigilancia indulgente e infatigable de su derecho, y el perdón de los soberbios”.<sup>81</sup>

La visita a Gómez era punto esencial en el plan de incorporar a la generación del 68. La heroica e inmaculada figura era, además, una garantía para todos, por su enorme prestigio militar y su desinterés probado. Había llegado la hora de olvidar los disentimientos anteriores, y en esta coyuntura Gómez demostró una vez más su extraordinaria calidad humana. Cuando Martí sale hacia Santo Domingo, ya contaba con la actitud favorable del magnífico y sencillo héroe de *Palo Seco*. Gómez anota en su *Diario*, el 11 de septiembre de 1892, la llegada de Martí a su casa de “La Reforma” en Montecristi, recuerda las discrepancias del 84 y escribe:

Muchos hombres prominentes del Partido Separatista, con aparente razón, temían ahora que guardando yo desde entonces algún resentimiento contra Martí por su conducta pasada, negase a la Revolución, que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios. No podía suceder así, pues Martí viene a nombre de Cuba; anda predicando los dolores de la patria; enseña sus cadenas; pide dinero para comprar armas y solicita compañeros resueltos que le ayuden a libertarla, y como no hay un motivo, uno solo, por qué dudar de la honradez política de Martí, yo, sin tener que hacer ningún esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me sentí decididamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la

<sup>80</sup> JM: A Gerardo Castellanos, 4 de agosto de 1892, *OC*, t. 2, p. 86.

<sup>81</sup> JM: “Recomendaciones”, *Patria*, Nueva York, 3 de septiembre de 1892, *OC*, t. 2, pp. 155 y 156.

gran empresa que acometía. Así fue que Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.<sup>82</sup>

Ambos patriotas acordaron escribir sendas cartas para darlas a la publicidad. La de Martí, no obstante este propósito y su carácter oficial, está vetada de acentos entrañables. No puede ofrecerle otra cosa, dice, que “el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”.<sup>83</sup>

De Santo Domingo pasa a Haití, después a Jamaica, donde visita a la madre y la esposa de Antonio Maceo. De regreso en Nueva York, no bien ha dado cuenta de sus viajes en la reunión de los *clubs* y en *La Liga*, parte otra vez hacia Cayo Hueso y Tampa. En esta ciudad, donde se encuentra el 15 de noviembre, alguien trata de envenenarlo. Había recibido un aviso, pero evidentemente no quiso atenderlo. El testimonio indudable lo hallamos en una carta a Serafín Sánchez:

Solo para que vea letra mía le escribo sin poder. A usted puedo decirle que mi enfermedad de Tampa no fue natural, — que el aviso expreso que recibí de antemano sobre el lugar, y casi sobre la persona, fue cierto, — y que padezco aún de las consecuencias de una maldad que se pudo detener a tiempo. Sofoqué el escándalo, y aquí lo he desviado. Pero he padecido mucho, Serafín. Aún no puedo sostener la pluma. Mi estómago no soporta aún alimento, después de un mes.<sup>84</sup>

Los efectos de esta grave intoxicación quebrantaron de nuevo seriamente su salud, lo que no le impidió acudir a la solemne reunión pública del 15 de enero de 1893, en la que comenzó su discurso, principalmente dedicado a fustigar a los autonomistas, con esta exclamación profética: “¡Todavía me ha de alcanzar la vida para tenderme al lado de los que murieron por defender mi libertad!”<sup>85</sup>

Las noticias del comandante Castellanos, que había regresado de la isla después de desempeñar satisfactoriamente, por segunda vez, su difícil comisión, demostraban la necesidad de oponer al auge autonomista una vigorosa campaña. Martí no había desaprovechado nunca la ocasión de refutar las razones, los objetivos y los procedimientos del único partido que, por el talento de sus hombres y la astucia española, podía realmente contrarrestar la prédica independentista. En *Patria* pueden leerse, antes del momento que comentamos, varios artículos dedicados a ese fin: “La agitación autonomista”,

<sup>82</sup> Máximo Gómez y Báez: “Martí”, en *Revoluciones, Cuba y hogar*, La Habana, Rambla Bouza, 1927, p. 62.

<sup>83</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Santiago de los Caballeros, Santo Domingo, 13 de septiembre de 1892, *OC*, t. 2, p. 163.

<sup>84</sup> JM: A Serafín Sánchez, diciembre de 1893, *OC*, t. 2, p. 467.

<sup>85</sup> JM: “Solemne reunión pública”, *Patria*, Nueva York, 21 de enero de 1893, *OC*, t. 2, p. 207.

“Autonomismo e independencia”, “Política insuficiente”. La discusión ahora en las Cortes de una ley electoral aceptada por los autonomistas, aconseja redoblar la ofensiva, tan vehemente en lo ideológico cuanto respetuosa siempre para las personas, y a ello dedica su artículo “Ciegos y desleales” del 28 de enero y su discurso en Hardman Hall de 31 de enero. Todo esto lo hace deshecho aún por lo de Tampa, como le confiesa a José Dolores Poyo en carta del 2 de febrero, en la que también se nos revela el revés de la trama, el trabajo duro, amargo, inacabable de organizar a los cubanos, “de poner en orden de acción práctica y disciplinada a esta emigración que hay que ganarse ojalá a ojalá, y tener junta con esfuerzos inauditos”. Y también le escribe, como a borbotones, porque ya entra en su calvario verdadero:

Rodaré por el suelo, sin cuerpo y sin premio, — sin el premio siquiera de que mis amigos me entiendan y acompañen en hora de verdadera agonía, — pero habré hecho cuanto cabe en alma y cuerpo de hombre. El martes fue la junta: cómo fui, no sé: sé que la sala, llena por fin de los reacios, oyó, — la sala magnífica de empinados y pobres, la declaración absoluta de nuestra total independencia de la propaganda autonómica, insincera y fantástica e inútil, por no decir más, y todo se dijo.<sup>86</sup>

46

Da cuenta incesante del manejo de los fondos, prosigue su labor en *Patria*. Allí se lee “Pobres y ricos”, donde reitera su idea constante: “El mundo es equilibrio, y hay que poner en paz a tiempo las dos pesas de la balanza”,<sup>87</sup> y hace el elogio de un pobre ejemplar, obrero de “La rosa española”, y de un rico ejemplar, don Miguel Cantos, el que pagó la expedición de Calixto García. Allí se lee “Puerto Rico y Cuba”, identificación entrañable de la aspiración a la independencia de las dos islas, con estas palabras tremendas, que revelan el estado profundo de su espíritu: “Al servicio de la patria se sale desnudo, a que el viento se lleve las carnes, y las fieras se beban el hueso, y no quede de la inmolación voluntaria más que la luz que guía y alienta a sus propios asesinos”.<sup>88</sup> Allí tiene que aclarar interminablemente, en “Persona y patria”, como si le hablara a sordos, que “no es Martí el que va a desembarcar: es la unión magnífica de las emigraciones”.<sup>89</sup> Allí, a propósito de las nuevas reformas prometidas por la metrópoli, remata con salida impaciente y pintoresca: “Todo eso es entretenimiento y fantasmagoría, miga para recién nacidos y Málaga para chochos: parche y espanto es todo eso”.<sup>90</sup> Allí, en fin, se lee

<sup>86</sup> JM: A José Dolores Poyo, 2 de febrero de 1893, *OC*, t. 2, p. 222.

<sup>87</sup> JM: “Pobres y ricos”, *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1893, *OC*, t. 2., p. 251.

<sup>88</sup> JM: “¡Vengo a darte patria!”, *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1893, *OC*, t. 2., p. 255.

<sup>89</sup> JM: “Persona, y Patria”, *Patria*, Nueva York, 1 de abril de 1893, *OC*, t. 2., p. 278.

<sup>90</sup> JM: “¿Conque consejos, y promesas de autonomía?”, *Patria*, 10 de abril de 1893, *OC*, t. 2., p. 289.

“Mi raza”, página definitiva sobre el tema: “Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro”.<sup>91</sup>

El 1.º de abril ha habido que desmentir supuestos alzamientos, pero hallándose otra vez de viaje hacia Nueva Orleans, con rumbo a Centro América, para entrevistarse con Maceo, lo sorprende el movimiento iniciado el 24 en Oriente por los hermanos Ricardo y Manuel Sartorio. Enseguida se dirige al Cayo “a encarar dificultades”, como le dice a Gonzalo de Quesada, a cuyo cargo quedaba *Patria*. No obstante lo impreparado del alzamiento, destinado al fracaso, la noticia levanta el fervor y en tres días – como le dice a Gómez, a quien escribe tranquilizándolo – se reúnen en el Cayo treinta mil pesos. Pero también recae de su enfermedad, y desde la cama tiene que atender a todo. De regreso en Nueva York, pronuncia en Hardman Hall, el 24 de mayo de 1893, el discurso que le oyó Rubén Darío, precisando el carácter improvisado de aquel movimiento, sin conexión con los planes del Partido, pero a la vez la voluntad de este de auxiliarlo si hubiese adquirido fuerza suficiente. Y otra vez la larga, vehemente, infatigable declaración de principios y decisiones en *Patria*, el 27 de mayo, que también circuló en hojas sueltas como manifiesto del Partido Revolucionario al país.

Emprende su segundo viaje a Santo Domingo, a donde llega el 3 de junio, para conferenciar con Máximo Gómez, ya elegido General en Jefe del Ejército Libertador. Aparte los acuerdos que se toman, esta entrevista asegura y profundiza la mutua comprensión y cariño de los dos hombres. En carta a Serafín Sánchez dirá Martí: “De Gómez vengo enamorado, y no puedo recordarlo sin ternura”,<sup>92</sup> y en *Patria* – que durante su ausencia queda esta vez al cuidado del puertorriqueño Sotero Figueroa – le dedicará uno de los más fervientes y hermosos retratos que escribió. De Montecristi pasa a Cabo Haitiano y a Port au Prince, siguiendo viaje hacia Costa Rica, a donde llega a fines de junio. Allí se entrevista con Maceo y pronuncia una conferencia en la Escuela de Derecho sobre la originalidad de la vida americana. En la misma carta citada, escribe: “Maceo no me ha puesto el menor obstáculo, me llevó él mismo al Presidente de Costa Rica, se ha libertado del contrato que lo entrababa, ha dejado ajustado conmigo su modo especial de ir”.<sup>93</sup> Y a Maceo también dedicará en *Patria* un memorable artículo.

Vuelto a Nueva York, en su informe a los *clubs*, Martí puede escribir: “Somos un ejército de luz, y nada prevalecerá contra nosotros”.<sup>94</sup> Sobreviene entonces la aguda crisis económica que en gran medida afecta a los emigrados y especialmente a los tabaqueros. Martí saca de la crisis nuevos argumentos: “El Norte se cierra y está lleno de odios. Del Norte hay que ir

<sup>91</sup> JM: “Mi raza”, *Patria*, 16 de abril de 1893, OC, t. 2., p. 299.

<sup>92</sup> JM: A Serafín Sánchez, Nueva York, 25 de julio de 1893, OC, t. 2, p. 357.

<sup>93</sup> Ídem.

<sup>94</sup> JM: A los presidentes de los clubs, julio de 1893, OC, t. 2., p. 362.

saliendo. Hoy más que nunca cuando empieza a cerrarse este asilo inseguro, es indispensable conquistar la patria”.<sup>95</sup> Léanse “La crisis y el Partido Revolucionario Cubano”,<sup>96</sup> “Pobreza y patria”,<sup>97</sup> “A la raíz”,<sup>98</sup> donde se encuentran algunos de sus más enérgicos rechazos al sistema de vida norteamericano y los más poderosos y oportunos argumentos para la conquista de la patria libre. Por esos días escribe también extensamente al general Gómez, informándole de su satisfactoria entrevista con Maceo y del magnífico avance de la organización revolucionaria de la isla, según las noticias de los comisionados. Se refiere a planes expedicionarios muy detallados y cree que ya es tiempo “de ir llegando — y en dos meses podemos hacerlo todo sin escándalo — a la hora final”.<sup>99</sup>

Pero los acontecimientos, no obstante su febril vigilancia, escapan de su mano: las anunciadas Reformas de Maura requieren su presencia en Tampa; el 10 de octubre hay que aprovecharlo para responder a la maledicencia y la infamia que vienen de La Habana; un nuevo imprevisto alzamiento, el de Federico Zayas en la zona de Cienfuegos, obliga a nuevas declaraciones del Partido y a incesantes explicaciones epistolares. En diciembre de 1893 parte de nuevo hacia la Florida. Visita Filadelfia, Tampa, Cayo Hueso, Jacksonville. En el Cayo todos los *clubs* le ofrecen un voto de gracias “por el celo, actividad y acierto” con que desempeña las funciones de Delegado, lo que provoca su admirable carta a José Dolores Poyo del 20 de diciembre. A raíz de su salida del Cayo, se produce la huelga de la fábrica de tabacos “La rosa española”, en la que se introducen obreros españoles traídos de La Habana. Aparte del problema legal, de cuya atención encarga Martí al abogado Horatio Rubens, lo que más le preocupa es la posible división en las obreras. Cuando la fábrica es trasladada a Tampa, dejando sin empleo a más de 400 obreros, escribe en español y en inglés el vibrante artículo “¡A Cuba!”, en el que pinta la desesperada indignación de los trabajadores desplazados y perseguidos, ante la inicua connivencia de los intereses norteamericanos y españoles en aquel conflicto: “¡Ellos, los republicanos de América, con la insignia del asesinato al pecho!”;<sup>100</sup> y reitera los criterios vertidos con ocasión de la crisis: “Quien desee patria segura, que la conquiste. Quien no la conquiste, viva a látigo y destierro, oteado como las fieras, echado de un país a otro”.<sup>101</sup> Y al final, no sin resonancias de éxodo bíblico: “¡Otra vez cubanos, con la casa

<sup>95</sup> JM: “La crisis y el Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, Nueva York, 19 de agosto de 1893, OC, t. 2, p. 368.

<sup>96</sup> *Ibidem*, pp. 367-370.

<sup>97</sup> *Ibidem*, pp. 370-372.

<sup>98</sup> *Patria*, Nueva York, 26 de agosto de 1893, OC, t. 2, pp. 377-380.

<sup>99</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Nueva York, 29 de agosto de 1893, OC, t. 2, p. 389.

<sup>100</sup> JM: “¡A Cuba!”, *Patria*, Nueva York, 27 de enero de 1894, OC, t. 3, p. 50.

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 51.

a la espalda, con los muertos abandonados, andando sobre la mar! Cubanos, ¡a Cuba!”.<sup>102</sup>

Los tratos epistolares, en los que Martí se consumía, ya iban resultando insuficientes entre los jefes, y el centro indudable de la organización estaba en Estados Unidos. A Nueva York llega Máximo Gómez, acompañado de su hijo Francisco, el 8 de abril de 1894. Coincide su llegada con las nuevas elecciones, que confirman al Delegado y al Tesorero (Benjamín Guerra) en el tercer año del Partido Revolucionario Cubano. Con ese motivo publica Martí en *Patria* un importante documento titulado “El alma de la revolución y el deber de Cuba en América”, donde reitera su concepción del “equilibrio americano”, que ya vimos en las *Bases*, con razones y palabras indelebles:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, — mero fortín de la Roma americana: — y si libres, — y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora — serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio — por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles — hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.<sup>103</sup>

Acompañado de Francisco Gómez Toro sale de nuevo hacia la Florida, con resultados de extraordinaria exaltación. Refiriéndose a la clamorosa noche del Cayo, le dice a Gonzalo de Quesada: “se sentía el cielo, como de acero encendido, del resplandor de las almas”.<sup>104</sup> Y haciéndole el elogio de su joven compañero: “a mí me llena el corazón, porque es como si me hubieran devuelto el hijo que he perdido”.<sup>105</sup> Y al padre le escribe, sobre el muchacho, uno de los más bellos y finos elogios que salieron de su pluma, en carta del 31 de mayo: “Ya él conoce la llave de la vida, que es el deber”.<sup>106</sup> El deber ahora los lleva a San José de Costa Rica, a entrevistarse con Antonio Maceo y Flor Crombet. De Costa Rica a Jamaica, en actividad infatigable. El viaje ha sido fructífero, pero a su regreso le espera una gran decepción, que se trasluce en estas palabras a Poyo: “Y por ahí ¿cómo hemos andado? Ni un peso

<sup>102</sup> *Ibíd.*, p. 54.

<sup>103</sup> JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, OC, t. 3, p. 142.

<sup>104</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, mayo de 1894, OC, t. 3, p. 188.

<sup>105</sup> *Ibíd.*, p. 189.

<sup>106</sup> JM: Al General Máximo Gómez, 31 de mayo de 1894, OC, t. 3, p. 202.

del Cayo, según las listas que veo, ha entrado en Tesorería. Y por la cuenta, pasaban de \$3,000 los suscritos".<sup>107</sup>

Empieza su gran agonía por la pobreza de los fondos. Decide ir enseguida a México, donde lo recibe su entrañable amigo y confidente Manuel Mercado y obtiene alguna ayuda pecuniaria. Pero a su regreso la gran pobreza persiste, y lo tiene tan desvelado y febril como puede verse en las incesantes cartas de estos meses, hasta la más desesperada de todas, la que en octubre le escribe a Eduardo Hidalgo Gato, pidiéndole los \$5,000 indispensables para llevar adelante los planes inmediatos:

¿Y me habré de echar por esas calles, despedazado, con náuseas de muerte, venciendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuando Ud. con este gran favor, puede darme el medio de bastar a todo con holgura, y de encubrir con mi serenidad mis movimientos? Como un perro infeliz vivo, y no me quejo, desde que empecé este trabajo de salvación: y Ud., que lo ve todo, que lo sabe todo, que ama a Cuba, que me ve padecer, ¿me dará estos momentos, — acaso los últimos de mi vida, — de gloria y de respiro, o me dejará solo en mi dolor y responsabilidad, rodeado de hombres que ya han hecho cuanto podían hacer, arrastrándome y mendigando, por salvarle a su *patria*, suplicando en vano, lamiendo la tierra, lo mismo que un perro? Lo haré, si Ud. quiere. Ojalá no lo tenga que hacer.<sup>108</sup>

Hidalgo Gato, dueño de una tabaquería en el Cayo, respondió facilitando la suma necesaria. Martí le escribe, desollado: "Aquí me tiene. No me desdeñe: que pocos lo conocerán en toda su verdad ni lo querrán con mayor ternura".<sup>109</sup> Pero ahora la angustia es otra, la de que, por demora excesiva, vayan a caer los planes, tan minuciosamente concebidos, en manos enemigas.

La complejidad del llamado "plan de Fernandina" provenía de la férrea coherencia del pensamiento y la acción de Martí. Él había predicado siempre el respeto a las circunstancias y la voluntad del país, la subordinación de las actividades revolucionarias de los emigrados a las demandas espontáneas y reales de la isla. El país, después de la estafa de las Reformas, estaba maduro para la insurrección (véase el artículo "Las reformas en Cuba"<sup>110</sup>). Enorme y finísimo era el tejido realizado por Martí entre los núcleos conspirativos de la isla y la organización de los emigrados. Llegada la hora de actuar, era preciso urdir un plan que coordinara el alzamiento simultáneo en varias

<sup>107</sup> JM: A José Dolores Poyo, Nueva York, 7 de julio de 1894, OC, t. 3, p. 226.

<sup>108</sup> JM: A Eduardo H. Gato, Nueva York, 27 de octubre de 1894, OC, t. 3, p. 311.

<sup>109</sup> JM: A Eduardo H. Gato, Nueva York, 10 de noviembre de 1894, OC, t. 3, p. 345.

<sup>110</sup> JM: "Las Reformas en Cuba", *Patria*, Nueva York, 8 de diciembre de 1894, OC, t. 3, pp. 425 y 426.

provincias de Cuba con el envío de las expediciones, pero en forma tal que ambas empresas, estrictamente concertadas, se ignoraran entre sí en cuanto a los detalles. Y en este caso, como en el ajuste de un doble engranaje minucioso, cada detalle era esencial. Solo Martí conocía la totalidad de los hilos que se manejaban. El desciframiento por la investigadora Rebeca Rosell Planas de *El plan de alzamiento* del 8 de diciembre de 1894, firmado por José María Rodríguez en representación de Máximo Gómez, Enrique Collazo por la Junta de La Habana y José Martí como Delegado del Partido Revolucionario, nos revela en toda su magnitud la extraordinaria capacidad organizativa de que dio muestras en estos meses. Dicho plan, en clave, dirigido a los responsables de la isla, según le escribe Martí a Maceo, “no revela el de las expediciones y se ajusta en plazo y lugares a él”.<sup>111</sup> Después de las instrucciones prácticas, vienen las ideológicas, que ratifican las tesis de la guerra sin odio y anticipan la formulación de un Manifiesto. En cuanto al plan simultáneo de las expediciones, consistía en enviar tres barcos (el *Amadís*, el *Lagon-da*, el *Baracoa*) cargados de armamentos en el puerto de Fernandina, en la Florida: uno de los barcos recogería en Costa Rica a Maceo y sus hombres para conducirlos a Oriente; otro, con Martí y Mayía Rodríguez, iría en busca de Gómez a Santo Domingo para llevarlos a Camagüey; el tercero saldría de la Florida con Serafín Sánchez y Carlos Roloff hacia Las Villas. En cada una de estas provincias los jefes respectivos debían estar listos, esperando solo el aviso del exterior, que consistiría en un cablegrama final.

La relación del fracaso del plan de Fernandina está en la carta de Martí a Maceo de 19 de enero de 1895, cuando ya se había repuesto de aquella catástrofe, que sin embargo sirvió para darle un súbito prestigio y empuje a la Revolución, por el asombro que produjo, tanto entre los españoles como entre los cubanos, y aún en los propios Estados Unidos, la magnitud del movimiento que con su delación se revelaba. Martí comprende el inesperado efecto y enseguida reacciona. A Gómez, resumiendo, le escribe:

La cobardía, y acaso la maldad, de [Fernando] López Queralt, escogido por Serafín Sánchez para guiar su expedición, entregó nuestro plan entero: nuestros tres barcos rápidos, salidos a la vez, para llegar casi a un mismo tiempo, con armas para 400 hombres. Acaso se salvará el cargamento. Pero hemos salvado más: la disciplina y el respeto de la Isla, asombrada de este esfuerzo, — y el cariño de las emigraciones, encendido con esta villanía patente. — Ahora, a otras formas. Se nos espera, — y será.<sup>112</sup>

Ya no es posible rehacer la trama destrozada. No hay fondos ni tiempo. Restablecido el contacto con la isla, hay que aprovechar los pocos recursos que se

<sup>111</sup> JM: Al General Antonio Maceo, Nueva York, diciembre de 1894, OC, t. 3, p. 443.

<sup>112</sup> JM: Al General Máximo Gómez, enero de 1895, OC, t. 4, p. 18.

allegan y el estremecimiento que ha recorrido a las fuerzas revolucionarias dentro y fuera de Cuba. Así el día 29 de enero de 1895 los mismos firmantes del 8 de diciembre dirigen “al ciudadano Juan Gualberto Gómez, y en él a todos los grupos de Occidente” una nueva *Orden de levantamiento*, en la que “se autoriza el alzamiento simultáneo, o con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del exterior será ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena, no antes, del mes de febrero”.<sup>113</sup> Los jefes en Cuba acordaron que fuese el 24. De este modo fatalmente precipitado y descompuesto, aunque con impulso ya indetenible, comenzó la guerra tan minuciosamente preparado por Martí, la guerra de espíritu popular unitivo que ya no podría ser fulminante como él la quería, y que tres años más tarde, con la intervención final norteamericana, pondría término a la dominación española en Cuba para entregarnos, inermes, a las determinaciones políticas y económicas de Estados Unidos.

Escribir en la historia la estrofa que faltaba al poema libertario americano de 1810: eso quería Martí.<sup>114</sup> El plan de Fernandina era el magnífico proyecto de esa estrofa, el ejemplo máximo de la fusión en él de los dones del poeta y del revolucionario. De haberse cumplido aquel plan en su momento justo, de haber vivido Martí para llevar la guerra hasta su consumación, otra hubiera sido la suerte de Cuba. Pero la realidad no se deja manejar como los elementos de un poema. Hay en ella factores imprevisibles, ingobernables, oscuros, malignos, y “el mal”, como ha dicho un gran poeta francés, “no compone”. Allí, en aquella traición que desbarató el plan de Fernandina, se sitúa el origen de innumerables desdichas nuestras, porque en aquel acto se concentraron, como en un solo hombre que Martí no pudo encender, todas las fuerzas negativas que se oponen a la luz.

## VII

El 7 de febrero de 1895 ya se encuentra Martí, acompañado de Mayía Rodríguez, Enrique Collazo y Manuel Mantilla, en Santo Domingo, de donde habrá de salir con Gómez hacia Cuba. En las cartas de esos días, junto a la decisión inquebrantable de sacar adelante lo que se pueda en medio de la confusión y la impaciencia, sentimos el latir desolado de su intimidad. A Juan Gualberto le escribe: “Es mucha la vileza humana, más que la virtud”.<sup>115</sup> A Gonzalo de Quesada, a quien en tiernísima carta le da instrucciones cuidadosas sobre *Patria*, le pide: “Si vuelvo, será la hora de enseñar a la niña a que junte sus manecitas para que vuelva a los cobardes el valor,

<sup>113</sup> JM: “Orden de alzamiento”, *OC*, t. 4, p. 41.

<sup>114</sup> “Se sabe que al poema del 1810 falta una estrofa, y yo, cuando sus verdaderos poetas habían desaparecido, quise escribirla”. Fragmento del discurso pronunciado en el Club del Comercio, Caracas, Venezuela, el 21 de marzo de 1881, *OC*, t. 7, p. 284.

<sup>115</sup> JM: A Juan Gualberto Gómez, febrero de 1895, *OC*, t. 4, p. 57.

y junte yo a los hombres en la paciencia y la piedad".<sup>116</sup> Y al mismo Quesada, días más tarde, en explosión incontenible de amargura:

Ya Ud. sabe que llevo los ojos claros por este camino sangriento: si me dejan poner vivo el pie en nuestro país ¿quiere que le diga desde ahora cómo y de quiénes, uno por uno, será la campaña, implacable, de la codicia burlada, del miedo de no ser ayudado de mí en el apetito del poder, del desamor natural en ciertos hombres a una honradez más enérgica que su tentación? Viejos y jóvenes, de una región y de otra, odiándose entre sí, y solo unidos en celarme, se están ya afilando los dientes. Aquí está la carne.<sup>117</sup>

En Montecristi, el 26, reciben la noticia del alzamiento en los campos de Cuba. Ese mismo día se entera Martí de que Maceo estima indispensable, para su salida de Costa Rica, la suma de cinco mil pesos oro, cuando solo se cuenta con dos mil, cantidad igual a aquella de que disponen él y Gómez para su viaje, "y está enfrente, ardiendo ya, la revolución en Cuba".<sup>118</sup> Tiene que escribir enseguida una carta difícil, espinosa, a Maceo, comunicándole el traspaso de la responsabilidad de la expedición a Flor Crombet, quien se comprometía a hacerla con el dinero disponible. El fracaso del plan de Fernandina seguía evidenciando sus venenosas consecuencias. Este incidente sin duda influirá en la actitud áspera de Maceo cuando se encuentre con Martí en "La Mejorana".

Pero en medio de las amarguras y contratiempos, no pierde la fe. "Lo hemos hecho", les dice a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, "y aun me parece un sueño". Y enseguida: "Recio, pues, y sin noche, sobre las mismas líneas: caridad, energía y vigilancia".<sup>119</sup> Al romper la guerra, lo primero que aconseja es caridad. Otra vez les repasa el "catecismo" de normas y objetivos de la revolución, que hay que martillar en *Patria*; y sobre todo el deber de "ser generosos y dignos en nuestra amarga y grande alegría".<sup>120</sup> Y no puede despedirse sin dar una vez más, como en cifra, los mandamientos de su "alma celadora y humilde": "Unanimidad, solemnidad; magnanimidad, precisión. Que en todo vaya esto".<sup>121</sup>

El 25 de marzo fecha tres escritos cenitales, íntimamente relacionados entre sí: el *Manifiesto de Montecristi*, la carta a Federico Henríquez Carvajal

<sup>116</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, febrero de 1895, OC, t. 4, p. 58.

<sup>117</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, 19 de febrero de 1895, OC, t. 4, p. 64.

<sup>118</sup> JM: Al General Antonio Maceo, OC, t. 4, p. 70.

<sup>119</sup> JM: A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, Montecristi, 26 de febrero de 1895, OC, t. 4, p. 71.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 75.

<sup>121</sup> *Ídem*.

y la despedida a la madre. En el *Manifiesto*, resume en forma exhaustiva y solemne los principios y fines de la guerra, tal como los venía predicando desde la lectura en Steck Hall, quince años atrás. En primer término, la identificación esencial con la gesta de Yara, que inició la “fusión sublime” de los elementos sociales del país, cuya “congregación cordial”, a través de una “conmovedora y prudente democracia”, se propone este “nuevo período de guerra”. En segundo término, sus incansables aclaraciones: la guerra no es “el insano triunfo de un partido cubano sobre otro”, y se caracterizará por “su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos, equivocados”, y por “su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimientto de la república”; la guerra no es un movimiento de violencia irreflexiva y caprichosa, sino un producto de la experiencia y la energía de una revolución “pensadora y magnánima, que busca en la propia libertad las virtudes necesarias para mantenerla”; la guerra no es contra “el español neutral y honrado” y se funda en “su limpieza de todo odio”. ¿No le dice ese mismo día a su madre española: “jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza”?<sup>122</sup> La república que salga de esta guerra deberá estar libre de los males que viciaron la independencia de los otros pueblos hispanoamericanos, que provenían del “error de ajustar a moldes extranjeros la realidad ingenua de los países”, y de otros vicios que enumera sagazmente. La larga experiencia del 68 y de la emigración, así como el proceso del mundo, hacen que Cuba pueda esquivar esos peligros, porque vuelve a la guerra “con un pueblo democrático y culto”. Cuba cuenta con las virtudes de la moderación en sus guerreros, en sus artesanos, en sus intelectuales, en sus campesinos, en sus libertos. La guerra y el destierro han contribuido a una “rápida e inevitable uniformación de las diversas secciones del país”, a un tránsito salvador de “las diferencias de la esclavitud” a la “hermandad del sacrificio”. Y nada hay que temer de la raza negra, como lo demuestra su heroica y noble actitud en la guerra y en la emigración, y porque los mejores cubanos, en la lucha y el trabajo comunes, están ya “olvidados para siempre” del color de la piel, y porque si le surgen a la raza negra demagogos, “la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro”. “Solo los que odian al negro ven en el negro odio”, concluye.

Y vuelve a la carga de respeto y amor a los españoles que viven en Cuba, profundamente vinculados por el trabajo y la familia a los destinos del país. “Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio”. Jamás se conoció en medio de “la guerra inextinguible”, un llamamiento de esta nobleza. En la primera orden de levantamiento se prohibía “toda medida de pura nacionalidad o de terror”. En el *Manifiesto* el signo negativo — no terror — está a punto de convertirse en signo positivo — amor —. Su deseo profundo sería terminar juntos, cubanos y españoles,

<sup>122</sup> JM: A la madre, Montecristi, 25 de marzo de 1895, OC, t. 20, p. 475.

la guerra contra la opresión y la injusticia. Porque él sabe que en el fondo ni el ejército, ni los quintos, ni la masa de artesanos y dependientes, ni los fundadores de familias y de industrias cubanas, en cuanto pueblo honrado, sometido a “un cetro inútil” y a “una patria codiciosa”, pueden ser enemigos de la libertad. Y él conoce la tragedia íntima de la familia cubana, desgarrada por las culpas de la España oficial, y el anhelo de todos de obtener una patria donde “el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor”. Y aquí las dolorosas relaciones con su propio padre, eje moral de su prédica de una guerra sin odios, aún más, de una guerra amorosa, se revelan en forma trágica, monumental, definitiva: “¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos?”.

Pasa enseguida a otra preocupación fundamental suya: la de “los errores formales” en el tránsito de la guerra a la república. Vuelve al ejemplo de América para observar que la dificultad ha estado sustancialmente “en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención y las prácticas necesarias a la guerra”. Todo lo que ha expresado anteriormente se refiere al contenido moral de la revolución, a su “espíritu de redención”, que va más allá de la mera nacionalidad para tocar lo humano universal, y que es lo único que puede justificar su necesaria crueldad. Ahora se refiere al problema de las formas, de los procedimientos, en que es también inflexible y que lo van a hacer sufrir hasta el final. La clave está en lograr un equilibrio entre las necesidades de la dignidad republicana y las necesidades de la acción: si estas últimas priman y sofocan a las primeras, la república nace viciada. La guerra tiene que ser ya, ella misma, una forma republicana y democrática. “Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas”. La guerra no ha de ser solo heroicamente “inextinguible”, ha de ser también “cult” y “sana”. Porque no es el hecho el que crea la idea, sino “la realidad de las ideas” la que “produce o apaga los hechos”, que “nacen de las ideas”. Y porque se trata de hacer la revolución saturada de sentido espiritual, la revolución, simultáneamente, “del decoro, el sacrificio y la cultura”. La revolución, en suma, de la piedad: “el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo” que gime entre “la patria sofocada” y “los destierros esparcidos”.

Y esta revolución se fundará en la ley de equilibrio, porque en lo interior creará una patria más “a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo”, sin exclusión de ningún elemento útil, aunque ideológicamente sea adverso, y en lo exterior prestará un servicio oportuno “al equilibrio aún vacilante del mundo”. El documento se cierra volviendo a los orígenes, invocando otra vez a los “magnánimos fundadores” y declarando que la nueva empresa revolucionaria se suma a “la obra idéntica de dos generaciones”, representadas por los dos firmantes del *Manifiesto*.<sup>123</sup>

<sup>123</sup> OC, t. 4, pp. 93-101.

La carta de igual fecha a Federico Henríquez Carvajal es como un eco, veteadado de tono confesional, de los temas americanos tratados en el *Manifiesto*. Allí vuelve la preocupación por la forma de la guerra; allí, casi con las mismas palabras, se examinan las dificultades de nuestros movimientos de independencia y de “nuestros pueblos amos y literarios”; en fin, se reitera el servicio de la guerra de Cuba al equilibrio y decoro de América y del mundo. Pero a través de las ideas, encarnando en ellas, se siente la agonía de un hombre sufriente, acosado por viejas e irreductibles incomprensiones, por intrigas y villanías que ni siquiera nombra. A todo ello se mezcla otra especie de tormento: la responsabilidad, trágica en un hombre de su exquisita constitución, de haber desatado la violencia. Las obsesiones de la guerra y la muerte recorren toda la carta:

Lo menos que [...] puedo yo hacer [...] es encarar la muerte [...] Un pueblo no se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida [...] Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio [...] Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora.<sup>124</sup>

56

El contrapunto de fervores y congojas hace de esta carta una de las páginas de más complejidad emocional que escribió. El máximo de tensión lo hallamos en la contigüidad, sin explicación ni enlace, de estas dos sentencias: “De mí espere la deposición absoluta y continua” y “Yo alzaré el mundo”. Pero el elemento ígneo y anagógico de su personalidad se impone a todo abatimiento, y lo que sale vibrando del abismo de sus dolores es la idea de una cruzada de amor americano, el propósito de una fraternidad indestructible: “Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino”.<sup>125</sup>

Durante estos dos meses en Santo Domingo y Haití, ocupado en tender otra vez los hilos necesarios y en los preparativos del viaje a Cuba, escribió Martí otras cartas de valor definitivo, siempre en un tono entrañable de despedida: las preciosas a María y Carmen Mantilla, la carta testamento literario, de 1.º abril, a Gonzalo de Quesada, y las patéticas que dirige a Tomás Estrada Palma, especialmente la que comienza: “Es Manuel carta viva”,<sup>126</sup> reveladora

<sup>124</sup> JM: A Federico Henríquez y Carvajal, Montecristi, 25 de marzo de 1895, OC, t. 4, pp. 110 y 111.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 112.

<sup>126</sup> JM: A Tomás Estrada Palma, Montecristi, 16 de marzo de 1895, OC, t. 4, p. 86.

de los tremendos conflictos que en secreto afrontaba, y del estado desolado de su ánimo. Simultáneamente, desde el 14 de febrero hasta el 8 de abril, de Montecristi a Cabo Haitiano, llevaba un *Diario* que dedicó a María y Carmen Mantilla, en el que se encuentran algunas de las páginas más jugosas y bellas que escribió.

Al fin, después de múltiples vicisitudes y nuevas traiciones, logran salir de la isla inglesa de Inagua en un barco frutero alemán, el *Nordstrand*, rumbo a Cuba. Ya de noche cerrada, bajo la lluvia, el barco detiene la marcha frente a las costas de la isla y descienden a un bote los seis expedicionarios: José Martí, Máximo Gómez, Ángel Guerra, Francisco Borrero, César Salas y Marcos del Rosario. Tres versiones tenemos del desembarco. Una, del general Gómez en su *Diario de campaña*:

*Día 11.* — [...] A las 2 de la tarde se levantó el ancla, y tres horas después, a las 5, las montañas de Cuba se levantan a nuestra vista; dijimos al Capitán acortase la máquina mientras fuera de día, para verlo todo bien. Navegamos sin novedad, y ya a las 8 de la noche nos dijo el Capitán que estábamos a tres millas de la costa, pero que él se acercaría más — lo que creo no haría. — Nos encontramos en el Sur de Cuba, al Este de Baitiquirí. La noche es tenebrosa; el mar se siente agitado, la obscuridad es tal, que el mar parece un negro crespón en donde nos debemos envolver para siempre.

Ni una estrella alumbra el firmamento. El chubasco se afirma y hubo un momento de indecisión en que hasta el Capitán parece que vacilaba en dejarnos abandonados en situación tan angustiosa; pero yo fui el primero que dije, ya detenido un poco el vapor: ¡A tierra! El vapor se detuvo entonces de una vez y rápidamente se deslizó al agua un bote al que bajan seis hombres con sus equipajes de guerreros. Yo no sabía lo peligroso que era la arrancada de un vapor para una embarcación menor que esté arrimada a su costado. Por poco zozobramos en aquella pavorosa atroz. ¡Quién hubiera dado noticias de nosotros! Ninguno de los seis entendíamos nada de marinería y, sin embargo, con entusiasmo, cuatro de nuestros compañeros agarraron enseguida los remos, y yo y el General Borrero nos quedamos de reserva, pero yo echándola de marino, me puse a manejar el timón, que al fin un golpe de mar me arrebató de las manos y se pierde; formamos con un remo lo que los marinos llaman *cola de pato*, y continuamos casi sin rumbo. La oscuridad es profunda y el chubasco arrecia. Hemos perdido el rumbo y no es posible divisar bien la tierra. Por fin, dos fogatas en el lado de tierra, que si bien nos marcan la costa, pueden ser guardias españolas. Sin embargo, al centro de las dos fogatas dirigimos nuestro rumbo. La Providencia que dirige siempre el destino de los hombres, hizo sin duda que el chubasco, que mantenía la mar picada, calmara; la noche aclaró; la luna empieza a alzarse por Oriente, que salía esa noche a las 10 y minutos; y muy pronto la fortuna nos depara en un recodo de la costa, un

lugar llamado las “Playitas”, donde atracamos sin novedad ni peligro. Como Colón, besé aquella tierra.<sup>127</sup>

La otra versión es la del propio Martí, en su *Diario “De Cabo Haitiano a Dos Ríos”*:

11. — Salimos a las 11. Pasamos rozando a Maisí, y vemos la farola. Yo en el puente. A las 7½, oscuridad. Movimiento a bordo. Capitán conmovido. Bajan el bote. Llueve grueso al arrancar. Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubasco. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevo el remo de proa. Salas rema segundo. Paquito Borrero y el General ayudan de popa. Nos ceñimos los revólvers. Rumbo al abra. La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, *La Playita*, (al pie de *Cajobabo*.) Me quedo en el bote el último, vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos Málaga. Arriba por piedras, espinas y cenegal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca, por el suelo.<sup>128</sup>

58

La tercera versión es la del “bravo dominicano negro”, Marcos del Rosario, recogida oralmente y transcrita por el licenciado Freddy Prestol Castillo, en entrevista publicada el 2 de abril de 1940:

Tuvimo en Inagua y al fin jallamo un barco que nos puso cerca de la costa de Cuba, pa los lao de Baracoa... El barco nos dejó en la mar y bía una marejá terrible... Una noche oscura... No se vía na... Martí tenía la brújula del bote y el general el timón. Un golpe de agua le arrancó el timón... y también se llevó el agua una cosa que el general traía en un bulto... el mar taba terrible. La noche taba negra... no víamo ná... Y entonces vimo unas luce lejo... y creíamo que era tropa española; pero eran pescadores... Y luchábamos con el mar que nos quería tragá... y no nos quería dejá llegar a tierra de Cuba... y al fin, así... de viaje veo unos farallones y pego un brinco y me trepo y seguío le doy el brazo y subo a Martí, dipué al general Gome... y dipué lo otro... Y el general Gome saltó de la roca a la playa; y cuando vido la tierra firme, de viaje besó la tierra y cantó como gallo!... cantó como gallo, eso dígalo uté...

Y yo, cuando lo oí que cantó como gallo, me dije: ¡No salvamo!... Yo creía que taba hecho to lo que vaníamo a hacé... Y Martí taba muy contento.<sup>129</sup>

<sup>127</sup> Máximo Gómez, ob. cit., pp. 70-71.

<sup>128</sup> José Martí: *Diario de campaña*, Edición crítica, presentación y notas de Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, Casa Editora Abril, La Habana, 1996, p. 242. Se completan las palabras abreviadas.

<sup>129</sup> Emilio Rodríguez Demorizo: *Martí en Santo Domingo*, Ucar García, S.A., La Habana, 1953, pp. 422-425.

La primera versión es la del guerrero; la segunda, la del poeta doblado en hombre de acción; la tercera, la del hombre mágico del pueblo. Gómez gradúa sobriamente los peligros, retiene los detalles, siente la solemnidad histórica del momento. Martí sintetiza con trémula urgencia; donde Gómez ve al capitán vacilante, él lo ve conmovido; sus alusiones a la lluvia, al abra, a la luna, son más íntimas y como filiales; el que toca la playa no es el guerrero ni el héroe, es el hijo, el niño: "Salto. Dicha grande". Marcos siente la oscura acechanza cósmica del mar y la noche, el animismo ancestral de los elementos queriendo tragárselos; el resorte de su instinto, su agilidad montaraz; y el viejo guerrero que canta como gallo, seguridad mágica de la salvación y del triunfo sobre las fuerzas enemigas.

El contacto con la naturaleza cubana y con los mambises, unido a la sensación de sentirse plenamente útil, redimido del cargo de incapaz para los duros trabajos de la guerra y sus peligros, produce en Martí una especie de transfiguración. Cargado con rifle, machete, revólver, cartera de cien cápsulas, tubos con mapas y a la espalda la mochila de dos arrobas de medicinas, ropa, hamaca, frazada y libros, marcha durante catorce días por los campos tupidos y montuosos de la región de Baracoa. Gómez se asombra de su resistencia. Él escribe: "Solo la luz es comparable a mi felicidad".<sup>130</sup> "Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño".<sup>131</sup> El 14 de abril se habían encontrado con la guerrilla de Félix Ruenes, el 15 es proclamado Mayor General, el 25 toman contacto con las fuerzas de José Maceo, que acaban de batir al enemigo. El mayor interés de Martí es llegar hasta Antonio Maceo, para, reunidos los tres jefes, echar las bases de la constitución jurídica de la República en armas. La preocupación de toda su vida se confirma otra vez amargamente. La entrevista tiene lugar el 5 de mayo en el ingenio "La Mejorana". Maceo viene de prisa, cortante, ya alterado. Habla primero solo con Gómez. Su idea del gobierno es "una junta de los generales con mando, por sus representantes, —y una Secretaría General". Después de tantos años de prédica republicana y civilista, cuajada en el *Manifiesto de Montecristi*, el problema reaparece idéntico. Martí observa inflexible en su *Diario*: "—la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del ejército". Sigue el cuadro nervioso, dolido, palpitante, de la desafortunada entrevista:

Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: "¿pero Ud. se queda conmigo o se va con Gómez?". Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido —"lo quiero — me dice — menos de lo que lo quería" — por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los representantes que se

<sup>130</sup> JM: Cartas a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, 2, OC, t. 20, p. 224.

<sup>131</sup> *Ibíd.*, 4, p. 228.

reúnan a elegir gobierno. No quiere que cada jefe de operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: “dentro de 15 días estarán con Ud. — y serán gentes que no me las pueda enredar allá el Doctor Martí”. — En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadano de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo: el Ejército, libre, — y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir.<sup>132</sup>

Algo peor ocurrió, si se tiene en cuenta la jerarquía de General en Jefe que ostentaba Máximo Gómez, y fue que Maceo, teniendo muy cerca de allí sus numerosas fuerzas, no llevó a Gómez y Martí a verlas, despidiéndose rápidamente con estas palabras: “Por ahí se van Uds” ., lo que los obligó a seguir, “con la escolta mohina” hacia “otro rancho fangoso, fuera de los campamentos, abierto a ataque”. “Y así — apunta Martí —, como echados, y con ideas tristes, dormimos”.<sup>133</sup>

El incidente, sin embargo, no debe exagerarse. Aquellos hombres estaban por encima de tales contingencias. Al día siguiente, el 6 de mayo, escribe Gómez en su *Diario*:

Al marchar rumbo hacia Bayamo, confusos y abismados con la conducta del General Antonio Maceo, tropezamos con una de las avanzadas de su campamento de más de dos mil hombres y fuerza nos fue entrar. El General se disculpó como pudo, nosotros no hicimos caso de las disculpas como no lo habíamos hecho del desaire y nuestra amarga decepción de la víspera quedó curada con el entusiasmo y respeto con que fuimos recibidos y vitoriados por aquellas tropas.<sup>134</sup>

En el *Diario* de Martí faltan precisamente las hojas que corresponden al día 6, pero en carta fechada en Altagracia, Holguín, el 9 de mayo, dirigida probablemente a la familia Mantilla, escribe sin la más leve sombra de rencor:

Vamos a Masó, venimos de Maceo. ¡Qué entusiasta revista la de los 3,000 hombres de a pie y a caballo que tenía a las puertas de Santiago de Cuba! ¡Qué erguido en su hermoso caballo el valiente Rabí! ¡Qué lleno de triunfos y de esperanza Antonio Maceo!

<sup>132</sup> JM: *Diario* “De Cabo Haitiano a Dos Ríos”, ob. cit., p. 229.

<sup>133</sup> Ídem.

<sup>134</sup> Máximo Gómez: *Diario de campaña*, La Habana, Comisión del Archivo de Máximo Gómez, 1941, p. 333.

[...]

Les hubiera enternecido el arrebato del Campamento de Maceo y el rostro resplandeciente con que me seguían de cuerpo en cuerpo los hijos de Santiago de Cuba.<sup>135</sup>

Por su parte Maceo, poco más de dos meses después, en carta de 14 de julio a Bartolomé Masó, aceptará expresamente el criterio de Martí, propugnando un gobierno en el que “el pueblo esté dignamente representado” y justificando su discrepancia anterior por razones de oportunidad: “pues si bien es verdad que a la llegada del general Gómez y Martí creí un lujo prematuro la formación del Gobierno, también lo es el que lo crea hoy de imperiosa necesidad como prestigio y conveniencia de la Revolución ya desenvuelta; hecho que pide toda la gente de esta provincia”.<sup>136</sup>

En sus días de campaña, sin duda los más felices que vivió, Martí despliega, junto a los rigores de la guerra, una infatigable actividad epistolar. “Las guerras —había escrito años atrás— van sobre caminos de papel”.<sup>137</sup> “Por los documentos incluso —les dice ahora a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, a los que da minuciosa relación, consejos e instrucciones sobre el envío de armas— verán que no he levantado de mi tablón de palma la cabeza”.<sup>138</sup> Pinta las emociones de la marcha, los tiernos cuidados de Gómez, el cariño de los humildes campesinos, la devoción de la tropa. Reitera sus ideas de siempre en cartas y Circulares. Al *New York Herald* dirige el 2 de mayo un largo y sustancioso manifiesto, destinado a “expresar de modo sumario al pueblo de los Estados Unidos y al mundo las razones, composiciones y fines de la Revolución”.<sup>139</sup> La lectura de este mensaje nos da una magnífica síntesis de la concepción que tenía Martí de todo el proceso revolucionario cubano. Asoma allí, en forma discreta y conjetural, pero enérgica, la condena de todo entrometimiento de Estados Unidos —aludido como “un poder extraño” — “en la natural lucha doméstica de la Isla favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población matriz y productora”. Por vía de supuesto ejemplo, dice lo que tiene que decir:

Los Estados Unidos, por ejemplo, preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama, y les abrirá sus licencias todas, a ser cómplice de una oligarquía pretenciosa

<sup>135</sup> JM: Cartas a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, ob. cit., p. 230.

<sup>136</sup> Manuel Isidro Méndez: *Acerca de la Mejorana y Dos Ríos*, La Habana, 1954, p. 11 (Cuadernos de historia habanera, 56.)

<sup>137</sup> JM: A Ángel Peláez, enero de 1892, OC, t. 1, p. 297.

<sup>138</sup> JM: A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, Filipinas, 30 de abril de 1895, OC, t. 4, p. 143.

<sup>139</sup> JM: Al *New York Herald*, 2 de mayo de 1895, OC, t. 4, p. 151.

y nula que solo buscarse en ellos el modo de afincar el poder local de la clase, en verdad ínfima de la Isla, sobre la clase superior, la de sus conciudadanos productores. No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía.<sup>140</sup>

La intensa y meditada preocupación que estas palabras, no obstante el comedimiento de una declaración oficial, revelan, será el nervio de su carta inconclusa a Manuel A. Mercado, la víspera de su caída en Dos Ríos. Al amigo más íntimo, la confesión política más profunda, la revelación del sentido último de su obra. Como el caballero que al ir a morir se quita la visera, le declara a Mercado:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber — puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo — de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.<sup>141</sup>

Y arrojando una luz súbita sobre sus quince años en los Estados Unidos, valiéndose de las reminiscencias bíblicas que siempre le acuden en sus grandes intuiciones, concluye: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David”.

No ha querido él nunca azuzar demagógicamente los odios de clases. Todavía en carta del 15 de abril a Quesada y Guerra, insiste en que la insurrección se hace con “igual respeto a las exigencias del culto y a la justicia con el humilde”; y en el escrito al *Herald* declara una vez más que la Revolución cubana no es “el prurito insignificante de una clase exclusiva de cubanos pobres en el extranjero”. Sin embargo, frente a las posibles pretensiones de una “clase oligárquica e inútil” que sería creada y favorecida por la intromisión norteamericana, tiene que preferir la “población matriz y productora”; frente a los que solo quieren que “haya un amo yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante”, tiene que preferir, como le dice a Mercado, “la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, — la masa inteligente y creadora de blancos y de negros”.

<sup>140</sup> JM: *Al New York Herald*, mayo de 1895, OC, t. 4, p. 156.

<sup>141</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, 102, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, OC, t. 20, p. 161.

En cuanto al espinoso problema del gobierno interior, en esta carta se le ve tranquilo y confiado: “Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo”. Su decisión personal está tomada: la de deponer “ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas”. A la exaltación y embriaguez de los primeros días, veteada luego de amargura, sucede ahora una gran serenidad, que le viene de la paz del deber cumplido y del despojamiento absoluto: “En mí, solo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad”.<sup>142</sup>

Al día siguiente, 19 de mayo, después de arengar a las tropas de Bartolomé Masó, fue muerto Martí en una violenta escaramuza con la columna al mando del coronel Ximénez de Sandoval. Tenía cuarenta y dos años. Las circunstancias de su muerte, según los relatos existentes, revisten caracteres insólitos, que recuerdan las palabras de una de sus últimas cartas: “Auxilio rápido, un gran revuelo, y gloria – y martirio”.<sup>143</sup> Todos los testimonios, en efecto, coinciden en un punto: que, alejado del grueso de las fuerzas cubanas, desobedeciendo la orden de Gómez de quedar en la retaguardia, se lanzó al combate en su caballo blanco, acompañado solo por su joven ayudante Ángel de la Guardia, y cayó atravesado por las balas entre un dagame y un fustete.

Su cadáver, en poder de las fuerzas españolas, fue conducido sobre el caballo del delator de las tropas cubanas, el campesino español Carlos Chacón.

A las dos leguas, bajo una gran aguacero, habiéndose aflojado las cuerdas que lo ataban, lo depositaron en la tierra.

Fue enterrado, sin ataúd, en la fosa común de Remanganaguas, en la mañana del día 20.

Con el propósito de divulgar su muerte, su cadáver fue exhumado y se le hizo la autopsia el 23, embalsamándolo para trasladarlo a Santiago de Cuba.

Fue conducido en parihuelas de Remanganaguas a Palma sin que las fuerzas cubanas, a pesar de intentarlo varias veces, pudieran rescatar el cadáver.

Fue expuesto en el parque de Palma el día 24.

En San Luis, el 25, fue depositado en un vagón de carga.

Llegó a Santiago de Cuba el 26 a las seis de la mañana.

A las ocho de la noche quedó expuesto en el Cementerio de Santa Ifigenia.

El 27 por la mañana, el coronel Ximénez de Sandoval, reunido con otros oficiales españoles, preguntó ante el cadáver: “¿No hay aquí ningún pariente,

<sup>142</sup> *Ibidem*, p. 163.

<sup>143</sup> JM: Cartas a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, ob. cit., p. 230.

allegado o amigo del finado?”. Nadie contestó. Enseguida el coronel Sandoval despidió el duelo con breves palabras, invocando la hidalguía de los militares españoles frente al enemigo muerto en batalla.

Finalmente el cadáver fue depositado en el nicho número 134 de la galería sur del Cementerio de Santa Ifigenia.

El lugar donde cayó Martí era conocido como Boca de Dos Ríos, por ser la confluencia del Cauto y el Contraмаestre. Días antes había escrito: “Ya es la última agua, y del otro lado el sueño”.<sup>144</sup>

---

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 229.

## CAPÍTULO III

### *Oratoria*

65

**V**ivió Martí en tiempos de auge para la oratoria en Europa y en América, y fue orador extraordinario, aparte de que una zona importante de su capacidad creadora en otros géneros — poesía, novela, crónica — estuvo vinculada a su don de elocuencia. El fenómeno tribunicio, además, le interesó enormemente como objeto de estudio y como espectáculo: en Guatemala y en Caracas dio clases de oratoria, recordadas con admiración por sus discípulos, y son incontables, y siempre animadísimas, sus caracterizaciones de los oradores españoles y norteamericanos que escuchó. El tema es tan persistente a través de su obra, que no sería difícil establecer una martiana “teoría del orador”. No es ese nuestro propósito en estas páginas, pero sí queremos señalar algunos puntos esenciales para comprender la actitud oratoria en Martí.

De los elementos enumerados por Cicerón en sus *Diálogos del orador*,<sup>1</sup> parecen interesarle especialmente cuatro: conocimiento de las pasiones, instrucción universal, dominio del asunto y dignidad de la vida. Lo primero lo expresa en sus “Notas sobre la oratoria” con estas palabras: “Se tiene un involuntario respeto hacia el que penetra en nuestra alma”. “El espíritu humano es la única Retórica que debe estudiar el orador”. De la necesidad de una instrucción abarcadora, rica en enlaces y relaciones, dice: “Orador sin instrucción es palmera sin aire”. “El orador necesita un conocimiento general de la Historia que prueba, de la Literatura que ameniza, de las artes que embellecen, de las ciencias políticas que fundan”. Sobre el dominio del tema recuerda que “esa seguridad del asunto” es el “misterio y resorte del éxito e influencia verdadera de un discurso”.<sup>2</sup> En cuanto a la dignidad de la vida

<sup>1</sup> Marco Tulio Cicerón: *Diálogos del orador*, traducidos por Marcelino Menéndez Pelayo, Libro Primero, Emecé, Buenos Aires, 1943.

<sup>2</sup> José Martí: “Sobre la oratoria”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 19, p. 449. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

— la tesis clásica del *vir bonus*, acogida por Quintiliano<sup>3</sup> como requisito indispensable —, no hay que decir que de ella hacía Martí depender la virtud de la elocuencia. Así de Ignacio Agramonte dice: “tenía la única elocuencia estimable, que es la que arranca de la limpieza del corazón”.<sup>4</sup> Y en su discurso del 10 de Octubre de 1890: “Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más, cuando no fundan”.<sup>5</sup>

Pero hay rasgos más específicos en su concepción: uno es el ardor, otro la elocuencia como arma del héroe. Ambos están, desde luego, ligados. En las “Notas” aludidas insiste en la condición ardiente de la expresión oratoria. Verdad que siempre el ardor es característico de su prosa y de su verso, que su palabra vive siempre en una temperatura muy superior a la común. Desde esa temperatura, normal en él, nos dice que la oratoria “es la ardiente manera de expresar”,<sup>6</sup> que el orador es “el hombre virtuoso instruido que expresa ardientemente la pasión”.<sup>7</sup> De esta concepción procede la forma de los discursos de Martí. En vano buscaremos en ellos las partes que tradicionalmente se atribuían a la pieza oratoria: exordio, proposición, división, narración, confirmación, refutación, peroración.<sup>8</sup> Sus discursos, mezcla de inmensos períodos y oraciones aforísticas, tienen la forma libre de la llama. No podrá alabarse en ellos la composición arquitectónica, ni el tipo de armonía, elegancia y majestad que alabó Sanguily en los discursos de Rafael Montoro,<sup>9</sup> su perfecta antítesis en política y en oratoria; pero siempre podrá decirse de su palabra lo que dijo él de Bolívar: “Quema, y arroba”. Y ese ardor, desde luego, no es un fin en sí mismo, quiere encender a los hombres con su fuego apostólico, porque brota del volcánico seno de una conmoción histórica, del agravio secular a la dignidad humana que en él hace crisis. En el ensayo sobre Wendell Phillips escribe: “La Tierra tiene sus cráteres;

<sup>3</sup> M. Fabio Quintiliano: *Instituciones oratorias*, traducidas por Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier, t. II, Libro Duodécimo, Capítulo Primero, Madrid, 1911-1916.

<sup>4</sup> JM: “Céspedes y Agramonte”, *El Avisador Cubano*, Nueva York, 10 de octubre de 1888, OC, t. 4, p. 361.

<sup>5</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall”, Nueva York, 10 de octubre de 1890, OC, t. 4, p. 248.

<sup>6</sup> JM: “Sobre la oratoria”, ob. cit., p. 449.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 450.

<sup>8</sup> Contradiendo estas apreciaciones, véase el magnífico estudio de Luis Álvarez Álvarez: *Estrofa, imagen, fundación. La oratoria del José Martí*, Premio Extraordinario sobre José Martí, La Habana, Casa de las Américas, 1995. A este propósito, no obstante la utilización que hiciera Martí de las estructuras oratorias clásicas, recordamos otra declaración suya en las referidas “Notas”: “El águila no tiene más que una ley: el espacio, el alma inflamada, que esto es la Oratoria”. *Ídem* nota 7.

<sup>9</sup> Manuel Sanguily: *Los oradores de Cuba*, A. Dorrbecker, La Habana, 1926, pp. 215-281. (Obras, t. III).

la especie humana, sus oradores. Nacen de un gran dolor, de un gran peligro o de una gran infamia". Y más adelante: "La fuerza oratoria, como la fuerza heroica, está esparcida acá y allá por los pechos de los hombres".<sup>10</sup> He aquí ya establecido el vínculo que presentíamos: el sentido heroico y redentor de su oratoria, destinada, no a las lides parlamentarias y académicas, sino a la orientación de un pueblo en el destierro. Por eso dice Unamuno: "Su estilo era un estilo profético, bíblico, hablaba mejor, mucho mejor como Isaías que como Cicerón".<sup>11</sup>

Su primer arranque oratorio se produjo ante el tribunal militar que lo condenó a presidio. En España habló en reuniones y logias de Madrid y en el Teatro Principal de Zaragoza; en México, en un congreso obrero y en varias sociedades literarias, conservándose testimonios del efecto de su intervención en un debate sobre espiritismo y positivismo, ocurrido en el Liceo Hidalgo en abril de 1875. En Guatemala mereció el apodo de *Doctor Torrente*, por la afluencia y facundia que lo caracterizaban. Pero fue en La Habana, durante su estancia después del Pacto del Zanjón, donde pronunció los primeros discursos que entusiasmaron a los cubanos y lo descubrieron como un guía político y espiritual.

La calidad de su palabra, en efecto, se revela en el sepelio del poeta Alfredo Torroella, consagrándose en la velada que el Liceo de Guanabacoa dedica unos días después — el 28 de febrero de 1879 — a la memoria del infortunado poeta. La índole de esta segunda pieza, única que se conserva, no aconsejaba la manifestación de criterios políticos. El discurso, sin embargo, está preñado de alusiones patrióticas y caldeado interiormente por una impaciencia, un fervor, un fuego cubano que no pasó inadvertido y fue sin duda una de las causas del clamoroso éxito. Una semana después participa Martí en los debates que venían celebrándose en el Liceo sobre "El idealismo y el realismo en el Arte". El solo anuncio de su participación basta para colmar hasta el patio de la casona. Como dice Jorge Mañach: Martí "había estrenado en Cuba un modo de oratoria distinto del usual: una elocuencia nerviosa, brillante, difícil y embriagadora".<sup>12</sup> Pero la pieza decisiva, la que abre como un rasgo incandescente su ejecutoria de orador político, es el brindis pronunciado en el banquete que el Partido Liberal ofreció el 26 de abril de 1879 al periodista Adolfo Márquez Sterling. Se trataba de un acto de perfiles cívicos. Aquí no había de ser inoportuna — aunque sí temeraria, por la vigilancia española y el sesgo ideológico de los autonomistas que ofrecen el homenaje — la definición de criterios políticos. Y la definición

<sup>10</sup> JM: "Wendel Phillips", *La América*, Nueva York, febrero de 1884, OC, t. 13, p. 57.

<sup>11</sup> Miguel de Unamuno: "Sobre el estilo de Martí", *Archivo José Martí*, La Habana, ene. -dic., 1947, p. 12.

<sup>12</sup> Jorge Mañach: *Martí el Apóstol*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933, p. 138.

es dramática, tajante. Si la política cubana ha de ser profunda, amplia, nacional, desinteresada, altiva y heroica, él brinda por la política cubana:

Pero si entrando por senda estrecha y tortuosa, no planteamos con todos sus elementos el problema, no llegando, por tanto, a soluciones inmediatas, definidas y concretas; si olvidamos, como perdidos o deshechos, elementos potentes y encendidos; si nos apretamos el corazón para que de él no surja la verdad que se nos escapa por los labios; si hemos de ser más que voces de la patria, disfraces de nosotros mismos; si con ligeras caricias en la melena, como de domador desconfiado, se pretende aquietar y burlar al noble león ansioso, entonces quiebro mi copa: no brindo por la política cubana.<sup>13</sup>

Aparte la fuerza y la belleza del brindis, todo el acto tuvo un valor simbólico que los espectadores de aquella noche no pudieron apreciar, porque les faltaba un dato fundamental: saber *quién era* realmente José Martí, que se presentaba como un joven avasallador pero casi desconocido, sin representación visible de ningún partido, oscuro y febril, frente a la ya imponente figura, llena de reposo, armonía y prestigio, de don Rafael Montoro. Las dos grandes personas emblemáticas de la política y la oratoria cubana, en plena juventud, se enfrentaban aquella noche de un modo inesperado e indescifrable para ellos mismos. Es este uno de esos raros momentos en que la realidad se detiene cargada de sentido y nos ofrece una ilustración viva, tanto más impresionante cuanto menos preparada y consciente, de la historia de las ideas y la batalla de los destinos.

Poco después de su llegada a Nueva York en enero de 1880, inició Martí su labor revolucionaria entre los emigrados, con el discurso de Steck Hall. Este discurso, que en realidad fue una lectura de dos horas de duración, es el primer examen a fondo de las causas y objetivos de la guerra que se prepara. No resulta difícil imaginar el asombro y el entusiasmo que produjo por la penetrante claridad de sus razones y la tumultuosa belleza de su forma. Pero seguramente más aún por el tono arrasador, profético y apostólico de aquel predicador que venía “a animar con la buena nueva la fe de los creyentes”. En primer término, interesa a Martí establecer la continuidad profunda con la Guerra del 68: halago noble a los veteranos de la emigración y creencia suya en las leyes de la justicia histórica, que en él tiene dimensión trascendente, pues abarca los reinos de lo visible y lo invisible. Así exclama: “¡Ni era posible que muriesen, de tan oscura muerte, tales hombres y sucesos tales!”<sup>14</sup> Y después, como resumen sobrepasador de toda mera causalidad histórica, esta frase

<sup>13</sup> JM: “Brindis en el banquete celebrado en honor de Adolfo Márquez Sterling, en los altos de *El Louvre*”, La Habana, 21 de abril de 1879, *OC*, t. 4, p. 178.

<sup>14</sup> JM: “Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall”, Nueva York, 24 de enero de 1890, *OC*, t. 4, p. 184.

tremenda: “Y los muertos entonces cobran forma”.<sup>15</sup> La búsqueda de la forma, de la coherencia, del sentido, es lo que centralmente aporta Martí a la oscura inquietud de las fuerzas que se mueven en Cuba y en la emigración. Por eso este discurso no es solo una prédica exaltada, sino también — y de aquí su carácter híbrido — una primera configuración política, y aun filosófica, del hecho revolucionario cubano. Por eso, junto al reiterado ataque a la “urbana y financiera manera de pensar” de los autonomistas, junto a la exaltación de las energías radicales y puras del país, llega enseguida el reclamo de la unidad de los pobres y los ricos, de los blancos y los negros, la unidad inclusive de las potencias enemigas que batallan en el hombre: la reflexión y el entusiasmo; y no tarda en subir, sin esfuerzo, al plano de las grandes intuiciones morales: “Creemos y sabemos que la naturaleza humana, mala por accidente y por esencia noble”.<sup>16</sup> Lo que pudiéramos llamar su optimismo doloroso y trascendente, síntesis de los contrarios que trabajaron su alma hasta el final, se manifiesta ya con lucidez en este discurso: la fe en la naturaleza humana, que tanto lo hizo sufrir; la utilidad de la virtud: “Solo las virtudes producen en los pueblos un bienestar constante y serio”;<sup>17</sup> el sentido compensatorio del sacrificio: “A muchas generaciones de esclavos tiene que suceder una generación de mártires”.<sup>18</sup> Incluso apunta su constante idea de que la vida buena nos salva de la serie purgativa de las vidas, al decir: “¡Se sale de la tierra tan contento cuando se ha hecho una obra grande!”.<sup>19</sup> En la crónica sobre Emerson dirá: “Va a reposar, el que lo dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo, el que hizo mal su trabajo en esta vida”.<sup>20</sup>

Lo distintivo de este primer discurso en los Estados Unidos, es su exceso, la plétora de asuntos, ideas y sentimientos. Se ve que Martí quería volcar en una sola pieza el cúmulo de meditaciones que había atesorado en sus años de destierro; que quería decirlo todo de una vez: lo que pensaba de los autonomistas, de España, de Cuba y de América, de Estados Unidos, de la necesidad de encauzar las fuerzas violentas de la Revolución, de las diferencias de clase y de raza, del llamado “peligro negro”, contra el que se alzó enérgico y amoroso; lo que pensaba, en fin, de los temas eternos del hombre: la consistencia moral, el sentido del sacrificio. Y todo ello en un acto cuyas pretensiones no iban más allá de la propaganda para una guerra destinada al fracaso, por la mala organización económica y militar, pero, sobre todo, por la insuficiente preparación ideológica del país. Cuando ya el fracaso es inculcable, cuando el general Núñez, último en rendirse, reclama instrucciones

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 185.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 188.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 189.

<sup>18</sup> *Ídem.*

<sup>19</sup> *Ídem.*

<sup>20</sup> JM: “Emerson”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 19 de mayo de 1882, OC, t. 13, pp. 17-18.

del Comité de Nueva York, Martí le escribe una carta, según vimos en el capítulo anterior, en la que se trasluce la experiencia que de todo este episodio ha sacado, la experiencia de la inmadurez y la impreparación en que no es posible reincidir; la lección, también, de las intrigas y ruindades con que durante quince años tendrá que batallar.

De todos modos la lectura de Steck Hall, a más de un discurso de enorme aliento y pasajes bellísimos, es un documento político donde se bosquejan las ideas maestras que van a ser fijadas en el *Manifiesto de Montecristi*. Aunque se trataba de “dar matiz y forma a un movimiento que no era posible ya impedir”,<sup>21</sup> Martí echa también las bases ideológicas del movimiento definitivo con que sueña. Esas bases pueden sintetizarse así: revolución popular, democrática, sin distinciones rencorosas de clase ni raza, enemiga por la raíz de la violencia oscura y desbordada tanto como del caudillismo militar o político, pues “el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones”.<sup>22</sup>

Cuando, cuatro años más tarde, Gómez y Maceo inician otro movimiento insurreccional de rasgos militaristas, y sin fundamento bastante en el país, Martí ya tiene suficiente experiencia y autoridad para negarles su concurso. Escribe entonces la memorable carta del 20 de octubre de 1884 al general Gómez. Firme en su actitud, un año después declina la invitación que le hacen los emigrados de Filadelfia para conmemorar el 10 de Octubre. Ya hemos citado algunas sentencias de esa importantísima carta a J. A. Lucena, en las que brillan conceptos perennes sobre el sentimiento cubano y americano de libertad. La recordamos ahora solo para que se vea cuán inflexibles, a la vez que matizados, eran los escrúpulos de Martí. Se niega a pronunciar la oración patriótica “porque reunidas en una la conmemoración del 10 de Octubre y el acto político que en estas circunstancias va envuelto en ella, parecería hoy y parecerá mañana que yo había aprobado con mi presencia en él aquello mismo que por la salud de mi *patria* condeno. O si tomase parte en él, tendría que explicar esta posición personal mía, lo que sería indigno de la majestad del acto”.<sup>23</sup> ¡Cuántos miramientos, cuánta respetuosa y minuciosa delicadeza, sin mengua de la virilidad de una actitud que pudo costarle a Martí, de triunfar los planes que en aquellos momentos fraguaban Gómez y Maceo, la exclusión de un suceso capital en la historia de Cuba: es decir, nada menos que la frustración de su destino!

Después de varios años de retraimiento, al fin se dirige Martí a los cubanos en la conmemoración del 10 de Octubre de 1887, en el Masonic Temple de Nueva York. Y este sí es ya un discurso típico suyo, sin mezcla ni exceso de asuntos, concebido como en un raptó y de una sola pieza, en torno a la idea obsesiva de la patria. El sustento ideológico, depurado en sus líneas

<sup>21</sup> JM: “Lecturas... en Steck Hall”, ob. cit., p. 194.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 193.

<sup>23</sup> JM: A J. A. Lucena, Nueva York, 9 de octubre de 1885, *OC*, t. 1, p. 187.

esenciales, procede entero de su temor a las acciones prematuras, al caudillismo sin freno y a un nuevo peligro que ya se perfila, el de las “esperanzas cobardes de ayudas extrañas, peligrosas e imposibles”. Sobre esta renovada amenaza del anexionismo su opinión es concluyente. Refiriéndose a la experiencia de veinte años de emigración, exclama: “¡Aquí, en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos retiene, por única causa, la cercanía a nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa e infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña a sus habitantes!”.<sup>24</sup>

Exalta las virtudes de la emigración, pero no para deprimir las del pueblo de la isla, sino para que todos se sientan hermanos, incluso los tibios e indecisos, incluso los que no piensan como él pero son capaces de servir a la patria “con aquel supremo sentido de justicia que puede únicamente equilibrar en lo futuro tenebroso el resultado natural de las injusticias supremas”. Siempre el equilibrio y la previsión, en medio de la llama. ¿Quién más apasionado que él? ¿Y quién más equilibrado en sus juicios, en la mirada que quiere siempre, ávida y justa, abarcar todos los factores? En mil formas advierte: “Precipitar ¿cuándo fue salvar?”. Encarece los beneficios de la espera, de la maduración histórica. No se ocupa él en llevar a Cuba “invasiones ciegas, ni capitanías militares, ni arrogancias de partido vencedor, sino en amasar la levadura de república que hará falta mañana”. Su tarea no es agitar (“agitar, lo pueden todos”) sino encauzar y prever. Su obra es “la recomposición de los elementos históricos” de la isla, “la preparación de la guerra posible”, el enfrenamiento de los impacientes y temerarios, la obediencia, sobre todo, a la voluntad del país. Con exquisita ponderación advierte que no basta que el país “necesite” la conmoción, “sino que la deseé”. En esta actitud de servicio, de desprendimiento absoluto, llega a decir: “si otra solución política fuera superior a la nuestra. [...] ¡Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra *patria* sea feliz!”. Toda la pieza está dedicada a rendir tributo de adoración a la idea, el sentimiento y la imagen de la patria; y aunque nos habla de las virtudes del estadista — y es lo cierto que él las tuvo en alto grado, y en este propio discurso se evidencian —, la patria aquí se nos aparece como la revelación de un visionario, de un hombre que se halla poseído por el rapto poético y sagrado. “Sus ojos — dice —, como los ojos de un muerto querido, nos siguen por todas partes”. Y enseguida el pasaje bellísimo:

Cuando el sol brilla para todos, menos para nosotros; cuando la nieve alegra a todos, menos a nosotros; cuando para todos, menos para nosotros, tiene la naturaleza cambios y fragancia, — un aire sutil viene por sobre el mar, cargado de

<sup>24</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868”, en Masonic Temple, Nueva York, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 27, pp. 22 y 23. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

gemidos, a hablarnos de dolores que todavía no han logrado consuelo, de vivos que desaparecen en el misterio, de derechos mutilados, más tristes de ver que los mismos hombres muertos. El alma no duerme, ni sabe del día: ásperos, y como soldados sin armas, salen de la mente, llenos de vergüenza, los pensamientos. ¿Qué importa el sol? ¿qué importa la nieve? ¿qué importa la vida? La patria nos persigue, con las manos suplicantes: su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohíbe el beso de amor.”<sup>25</sup>

Y al final, cogido otra vez por la misteriosa música, en uno de los arranques más imponentes y desgarrados de su oratoria:

Dicen que es bello vivir, que es grande y consoladora la naturaleza, que los días, henchidos de trabajos dichosos, pueden levantarse al cielo como cantos dignos de él, que la noche es algo más que una procesión de fantasmas que piden justicia, de mejillas que chispean en la oscuridad, de hombres avergonzados y pálidos. Nosotros no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. ¡Nosotros solo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo a que lo guíe, a que lo aflija, a que lo muerda, a que lo desconozca la patria!<sup>26</sup>

72

He aquí ya, junto al *pathos* visionario y apostólico, la vocación prometeica que rompe los bordes armoniosos del discurso y lo lanza a otra dimensión trágica, como a la playa abrupta del sacrificio.

Pero este discurso, como los otros que pronunció en sucesivas conmemoraciones del 10 de Octubre, renovando siempre el prodigio de su catártica elocuencia, es todavía un discurso de prédica y avivamiento, no de llamada inminente a las filas. Como en torno a una hoguera en medio de la nieve, que concentraba en sus nocturnas, ávidas, alucinantes llamas toda la luz y el calor de la isla añorada, se reunían anualmente los cubanos emigrados, a pesar de las intrigas y ruindades, con el instinto de los desdichados que buscan el sentido de su dolor y de su invencible esperanza, en torno a las oraciones patrióticas de Martí. Evitar la dispersión y el desaliento, mantener vivo el fervor, articular las altivas y confusas aspiraciones en un credo republicano de profundas raíces morales: tales eran los objetivos básicos de aquellos discursos, que además tenían la virtud de despertar a muchos hombres y mujeres, humildes o pudientes, a lo mejor de su naturaleza.

A aquellos discursos de asunto específicamente revolucionario es preciso sumar otros que, como el dedicado a Heredia y el dirigido a los delegados de la Conferencia Internacional Americana, ambos de finales de 1889, están preñados de alusiones al destino de Cuba y América. En el de Heredia quisiéramos destacar uno de los más hermosos ejemplos del anticausalismo, de la

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 15.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 24.

fuerza de irrupción y salto poético, típicos de la ideación y el estilo martianos. Mientras el evolucionismo dialéctico de Montoro se refleja elocuentemente en las formas armoniosas y progresivas de su oratoria, el separatismo, el independentismo radical de Martí está presente en el *pathos* de *impromptu* y raptos de sus discursos, fundados en una movilidad espiritual incesante, en una originalidad absoluta, en una invención perenne. Así en el homenaje a Heredia, pieza en que se funde la justicia y la misericordia, en medio de la bellísima evocación de los estudios infantiles del poeta, dirigidos sabiamente por su padre, cuidados amorosamente por su madre, tan distintos de aquellos que hicieron los que, según dice Martí aludiendo quizás a su propia infancia, “han tenido que componer sus primeros versos entre azotes y burlas, a la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice”, de pronto hay un cambio de tono, de registro en la voz y la intención, y ya no son el padre y los amigos del niño Heredia los que se preguntan estupefactos “quién era aquel, que lo traía todo en sí”, sino el propio Martí, que enfrentándose al prodigio como en un ámbito poético, como en una escena imaginaria, simbólica y fabulosa, le pregunta directamente y sin transición lógica: “Niño ¿has sido Ossían, has sido Bruto?”. Y cómo olvidar la semblanza del que fue llamado por su mejor amigo, en el trance amargo de la claudicación política, “ángel caído”, y al que Martí levanta, sin un reproche, de la antesala de un alguacil habanero, alzándolo en sus piadosas palabras como a un hermano vencido por la enfermedad y el infortunio: “y allí estaba, sentado en un banco, esperando su turno, transparente ya la mano noble y pequeña, con la última luz en los ojos, el poeta que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas”.<sup>27</sup>

Ligada a la prédica revolucionaria estaba la exaltación de nuestro primer poeta civil, porque “todo el que sirvió, es sagrado”. Pero Heredia no era solo para Martí el poeta de Cuba sino también el primer poeta de América y en su profundo acierto crítico, en su intuición de *lo herédico* — “ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como una capa de batalla y se pliega como un manto real”, pero sobre todo ese “modo de disponer como una batalla la oda” — descubre la raíz americana y bolivariana de la poesía de Heredia, que supo poner en sus versos, mejor que Olmedo — aunque este cantó mejor a Bolívar — “la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza”.<sup>28</sup> Y la prédica revolucionaria de Martí no puede entenderse cabalmente si no se la sitúa en el contexto de su concepción de la historia y el destino de América. Fuerza es, pues, referirnos también al discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana el 19 de diciembre de 1889, dirigido a los delegados de la Conferencia Internacional, sobre la que tan lúcidas, previsoras y amargas

<sup>27</sup> JM: “Heredia”, discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, 30 de noviembre de 1889, *OC*, t. 5, pp. 174 y 175.

<sup>28</sup> JM: “Heredia”, *OC*, t. 5, p. 136.

crónicas escribió, y de cuyas angustias y agonías continentales iba a saltar, como una chispa de oro consolador, el milagro de los *Versos sencillos*.

Este breve, intenso, sintetizador, fulminante discurso, es uno de los prodigios de su palabra: no ya específicamente de su oratoria, sino de su palabra, pues en él se funden indisolublemente el estilo del discurso y el estilo de la crónica. La capacidad de resolver en rápidas imágenes y escenas inolvidables la historia paralela de las dos Américas, la maestría y gracia verbal, llegan en esta página a un grado incomparable. Si la cita de un pasaje cualquiera no es arrasadora para el lector o el oyente, el comentario nada puede añadir. Veamos el memorable resumen que hace Martí del proceso histórico de la formación de los Estados Unidos, desde el “May Flower” hasta Lincoln:

Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propios; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el consejo, por sobre él lo convocaban los “hombres libres”. Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen

el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados!<sup>29</sup>

¡Cuántas cosas hay, además del prodigio total, en esta visión por donde van pasando, como en un sueño, los siglos y los territorios! Cada vez que leemos aquello de: “suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos”, recordamos el *Canto a la Argentina* de Rubén Darío, escrito en 1910; toda la poesía de la emigración europea en América está latente aquí. Lo que hemos llamado, no imaginación, sino *imaginización*,<sup>30</sup> es el eje del discurso, y nos basta poner un ejemplo mínimo y encantador: en las mansiones del Sur, dice Martí lanzándonos desde los bosques salvajes hacia la inmensa nostalgia de la noche, — “todo es minué y bujías”. En lugar de nombrar a Washington, presenta una escena *patriarcal*, emblemática: “A su héroe, le traen el caballo a la puerta”. Y para el retrato absoluto de Lincoln en cuerpo y alma no le hacen falta más de cinco breves palabras, que lo levantan del polvo como hubiera podido hacerlo Velázquez: “el leñador de ojos piadosos”.

No menos calidad artística, y más amor entrañable, hay desde luego en la evocación de los orígenes de la América española, siempre en ese estilo visionario y sintetizador, de remate aforístico: “Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa”. Y otra vez el *pathos* de la irrupción, que ahora revela su profunda causa americana, pues hay para Martí en la esencia de América una capacidad misteriosa de salto, de ruptura del causalismo histórico, de originalidad y libertad que surgen de sí mismas, como surgió, en su visión, la gesta bolivariana de las entrañas telúricas del continente, y esa capacidad de súbito arranque y transfiguración está en su palabra, y se ejemplifica ahora en uno de los pasajes más deslumbrantes de su obra:

¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar?  
 ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano,  
 el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la  
 vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los  
 flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera!  
 Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por  
 montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México.

<sup>29</sup> JM: “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, 19 de diciembre de 1889, OC, t. 6, pp. 134-136.

<sup>30</sup> Es decir, no lo que inventa la imaginación, sino la realidad misma convertida en imágenes. Cf. C. V. *Poética*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997, p. 118.

Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.<sup>31</sup>

Así quería él que luchara y venciera Cuba, para completar “la última estrofa del poema de 1810” y para asegurar “el equilibrio del mundo”; pero no pudo ser.

Por los años de estas piezas de conmemoración y homenaje, Martí no vislumbraba todavía la posibilidad de una acción inmediata. Cuando esto comenzó a ocurrir, el súbito giro de las circunstancias se refleja nítidamente en los discursos, a partir del primero de Tampa: “Con todos, y para el bien de todos”, pronunciado en el Liceo Cubano de aquella ciudad, el 26 de noviembre de 1891.<sup>32</sup> La prédica entonces se contagia de inminencia; la hora de la acción ya se aproxima; es preciso organizar rápidamente — sobre las bases echadas en los años anteriores —, antes que el ejército visible, las fuerzas ideológicas y espirituales que constituyen la osatura del movimiento. De una parte, en este discurso, las ideas profusas, encendidas, ambiciosas, cuajan en doctrina sustantiva y frugal, como en código viviente y abreviado que se lleva en la mochila; de otra, el estilo visionario y metafórico tiende a comprimirse en grandes símbolos resumidores, que la intuición popular puede asimilar sin análisis. La función que más tarde, en la oratoria política del siglo xx, han de llenar las consignas, la cumplen aquí los símbolos. La consigna se dirige solo a la voluntad: si toca otros resortes, es para que ellos la muevan en el sentido previsto. El símbolo es siempre una apertura, una irradiación, que mueve, sí, pero no solo a la fuerza fáctica y militante de la masa, sino a la totalidad poética y sobreabundante de la persona.

En cuanto a doctrina, muchos son los ejemplos de síntesis ideológica que pueden citarse. Recordemos solo la majestuosa sentencia: “yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”, y la famosa disyuntiva, que debe siempre sopesarse palabra por palabra:

<sup>31</sup> JM: “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, ob. cit, pp. 137-138.

<sup>32</sup> JM: “Discurso en el Liceo Cubano”, Tampa, 26 de noviembre de 1891, OC, t. 4, pp. 269-279. Todas las citas de este discurso, en estas páginas.

O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, —o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos.

La guerra no se hará para cambiar de apariencias, sino de espíritu, y ese nuevo espíritu ha de crear *de sí propio* nuevas formas originales, fundadas en “la esencia y realidad de un país republicano nuestro”. Cambio de “meras formas” sería “la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yankee”: exactamente lo que ocurrió a partir de 1902. Cambio de “meras formas” sería caer en la dictadura de la demagogia: “aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella”. Prevé con claridad al demagogo, y la infamia del egoísta que lo hace posible, y exclama: “¡Clávese la lengua del adulator popular, y cuelgue al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira: —y al lado de la lengua de los aduladores, clévese la de los que se niegan a la justicia!”.

Sin impecinada injusticia no habría demagogia posible. ¿Y cuál es el antídoto, el exorcismo de la demagogia? La balanza, la equidad. Insiste pues en la idea matriz de su concepción política: la idea del equilibrio, de la compensación de fuerzas, del juicio abarcador de todos los lados del problema, aun a riesgo de no parecer bastante radical o revolucionario. Pero él sí es un radical, porque va a la raíz humana, y no solo al esquema teórico; él sí es un revolucionario, porque quiere que el mundo, contra su gravitación de siglos, gire en torno a la justicia, “ese sol del mundo moral”,<sup>33</sup> como había dicho su admirado José de la Luz. Leámosle:

No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado: no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos

<sup>33</sup> “Antes quisiera yo ver desplomadas, no digo las instituciones de los hombres, sino las estrellas todas del firmamento, antes que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral”. José de la Luz y Caballero: *Aforismos*, Editorial de la Universidad de La Habana, 1945, p. 161.

Citado en la versión oral de Manuel Sanguily en mi libro *Ese sol del mundo moral; para una historia de la eticidad cubana*, México, Siglo XXI Editores, 1975, p. 34; La Habana, Ediciones Unión, 1990, p. 32.

de los otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su mástil, si no hubiera de amparar por igual a todas las cabezas!

Esa es la idea clave de todo el discurso, y de toda su concepción del problema social. Ella ha de servirle para rematarlo en forma inolvidable: “Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: ‘Con todos, y para el bien de todos’”.

Insiste también en una convicción suya central: la autoctonía, que en otros sitios defiende como ley estética, debe ser igualmente sustancia de la política, de los credos e instituciones que ha de adoptar el país. Por eso dice: “Hombres somos, y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país”.

¿Peligros? Muchos había, sin duda, y uno especialmente grave, al que alude con palabras que anticipan las que utilizará Enrique José Varona en plena República. “Cuba republicana – dirá Varona en 1915 – parece hermana gemela de Cuba colonial”.<sup>34</sup> Y Martí, ya en 1891: “la mano de la colonia que no dejará a su hora de venírse nos encima, disfrazada con el guante de la república”. En la previsión nadie lo aventajó. Pero también se agitan falsos peligros, temores infundados, y a rebatirlos dedica Martí la segunda mitad del discurso que comienza preguntando: “¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer?”. Y va pasando revista, y descabezando con un “¡Mienten!”. que debió señalar un *crescendo* electrizante en la noche del delirio cubano en Tampa, los argumentos falaces del escepticismo, del realismo, de los pusilánimes, de los racistas, de los enemigos cerriles del español, de los anexionistas, y en fin, de los “lindoros, olimpos y alzacolas”. El efecto de esta tirada, cuya simple lectura quita el aliento, debió ser arrebatador. Hoy sin embargo, en la relectura, hay siempre un pasaje que es el que más nos detiene y enamora, porque toca los centros más entrañables y trágicos de Martí en su relación con lo hispánico, y es el que empieza: “¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril”, hasta que exclama: “A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, le decimos: ¡Mienten!”. Conclusión realmente inaudita, por el salto lógico que solo podía dar la temeridad del amor. ¿Qué era entonces un cubano para Martí? Ya él había hablado de “la fuerza gloriosa de las islas, que parecen hechas para recoger del ambiente el genio y la luz”;<sup>35</sup> ahora advierte que hay en Cuba “una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva”. El cubano, entonces, en su concepción, es un ser especialmente dotado para todo lo que signifique apertura, independencia, libertad; pero no solo libertad

<sup>34</sup> Enrique José Varona: *Textos escogidos*, Ensayo de interpretación, acotaciones y selección por Raimundo Lazo, México, Editorial Porrúa, 1968, p. 57.

<sup>35</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Masonic Temple”, Nueva York, OCEC, t. 27, p. 23.

política, sino esa “libertad original que cría el hombre en sí”, anterior y superior a todas las leyes, ley ella misma del ser, y de la cual el deseo de independencia política es una manifestación. Libertad ontológica, en suma, ligada al genio y la luz de la naturaleza en que ha nacido. Por eso “no hay palabra que se asemeje más a la luz del amanecer [...] que esta palabra inefable y ardiente de cubano!”. Genio de la luz, apertura, amanecer. “Cubano” se convierte entonces, a sus ojos, en el signo de una categoría del espíritu: la del hombre vocado esencialmente a la vida de la libertad. Por eso los españoles que la aman son otros tantos “cubanos”. Por eso las diferencias de raza no significan nada, por eso “no hay razas”, porque frente a esa vocación común se desvanecen, y él sabe que el negro “está poniéndose de columna firme de las libertades patrias”. Por eso, en fin, se levanta al nivel de la prosa poemática para decirnos de la palabra “cubano”: “¡Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza!”.<sup>36</sup>

79

Volviendo a la función resumidora del símbolo, que a partir de este discurso —en el que ya no se habla de “la guerra posible” sino de “la guerra inevitable” — cobra caracteres de imperiosa gráfica, los ejemplos acuden enseguida. Recordemos algunos, que rápidamente se grabaron en el alma popular: “Yo traigo la estrella, y traigo la paloma en mi corazón”. “Las palmas son novias que esperan”. “Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano, y la caldera en la otra”.

Ivan A. Schulman ha señalado el proceso por el cual el tropo “pino”, utilizado desde un período que puede situarse entre 1878 y 1880, se incorpora al simbolismo martiano en el discurso llamado de *Los pinos nuevos* y en otros textos posteriores.<sup>37</sup> Este discurso lo pronuncia al día siguiente del anteriormente comentado, también en el Liceo Cubano de Tampa, con motivo de la conmemoración del fusilamiento de los estudiantes el 27 de noviembre de 1871.<sup>38</sup> Entre uno y otro media el acuerdo logrado por Martí de preparar las bases organizativas del Partido Revolucionario Cubano. Toda la breve oración

<sup>36</sup> JM: “Discurso en el Liceo Cubano”, ob. cit., p. 271.

<sup>37</sup> Ivan A. Schulman: *Símbolo y color en la obra de Martí*, Gredos, Madrid, 1960, pp. 64-68.

<sup>38</sup> Acusados, sin pruebas, de haber profanado la tumba del periodista español Gonzalo Castañón, ocho jóvenes estudiantes de Medicina fueron fusilados en La Habana el 27 de noviembre de 1871. Este crimen, provocado por la saña anticubana del Cuerpo de Voluntarios, fue noble y valientemente impugnado por dos oficiales españoles: el capitán Federico Capdevila, defensor de los estudiantes, y el capitán Nicolás Estévez, que rompió públicamente su espada en señal de protesta. Desterrado entonces en Madrid, Martí escribió, al recibir la trágica noticia, un memorable poema. Su discípulo Fermín Valdés Domínguez, a quien llamó “el vengador sin ira”, demostró la inocencia de aquellos mártires en su libro *Los Voluntarios de La Habana en el acontecimiento de los estudiantes de medicina. Por uno de ellos condenado a seis años de presidio*. Madrid, Imp. de S. Martínez, 1873, con varias ediciones posteriores.

está recorrida por las ideas maestras de su optimismo trascendente: “Otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida”. “¡Así, de esos enlaces continuos invisibles, se va tejiendo el alma de la patria!”. “Por lo invisible de la vida corren leyes magníficas”. Y hasta la evocación de la escena trágica se le transfigura aquella noche en una visión de la paz, y ligereza y dicha del sacrificio, en uno de los pasajes más venturosos de toda su obra:

¿Quién, quién era el primero en la procesión del sacrificio, cuando el tambor de muerte redoblaba, y se oía el olear de los sollozos, y bajaban la cabeza los asesinos; quién era el primero, con una sonrisa de paz en los labios, y el paso firme, y casi alegre, y todo él como ceñido ya de luz? Chispeaba por los corredores de las aulas un criollo dadivoso y fino, el bozo en flor y el pájaro en el alma, ensortijada la mano, como una joya el pie, gusto todo y regalo y carruaje, sin una arruga en el ligero pensamiento: ¡y el que marchaba a paso firme a la cabeza de la procesión, era el niño travieso y casquivano de las aulas felices, el de la mano de sortijas y el pie como una joya!<sup>39</sup>

80

Esos son sus “cubanos”, los que no se meten “en la sangre hasta la cintura”, los que no viven “como el chacal en la jaula, dándole vueltas al odio”, los que suben sonriendo, llenos de aire y luz, ingrávidos y erguidos, al sacrificio. Y como en la muerte se esconde el triunfo de la vida, como aquel sacrificio le da fundamento y savia a la esperanza, termina la fulminante oración con el súbito símbolo, natural, afortunado, elocuentísimo: “Rompió de pronto el sol sobre un claro del bosque, y allí al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos: ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!”.<sup>40</sup>

Los tabaqueros de Tampa, las gentes sencillas que oyeron de viva voz aquel final deslumbrante — ¿cuándo se habló con tanto primor a los humildes? —, no eran seguramente capaces de discernir sus elementos artísticos, estudiados hoy por la filología, pero les llegó la onda poderosa del amor, el impulso del símbolo iluminando sus vidas con un rayo de belleza.

De regreso a Nueva York, pronuncia Martí, en Hardman Hall, el 17 de febrero de 1892, la llamada *Oración de Tampa y Cayo Hueso*, porque en ella resume, con el júbilo de quien viene de confirmar la intuición del prodigio, sus impresiones del viaje a aquellas dos ciudades. Si antes oyó, y dijo, “el himno de la vida”, ahora canta el aleluya de las virtudes de la emigración: “Lo que tengo que decir, antes de que se me apague la voz y mi corazón cese

<sup>39</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 27 de noviembre de 1871”, Tampa, 27 de noviembre de 1871, *OC*, t. 4, p. 284.

<sup>40</sup> *Ibíd.*, p. 286.

de latir en este mundo, es que mi patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad".<sup>41</sup>

A los escépticos se dirige, y a los menguados de corazón... Pero es imposible glosar este discurso rapsódico, sin puntos de soldadura ni enlace, todo él una oda enteriza, como de un solo aliento gigantesco, a las virtudes de su pueblo. Para dar una idea de su calidad literaria, de su impulso poemático, recordemos solo este pasaje:

En la niñez, cuando le nace al corazón ingenuo la flor primera de la maravilla, y la educación necia nos aparta, en Cuba como en todas partes, de la joyería viva del jardín, y del templo grave y solemne de la naturaleza póstrase el alma de admiración y poesía al oír en la iglesia, que rehuirá después, resonar, por entre las arañas que remedan los luminare del cielo, y las cortinas que imitan los caprichos que borda en las nubes el sol, las notas que parecen cernerse por las naves pomposas como bandadas del alma. Y el viajero sorprendido por la puesta de la luz en la cumbre del monte, olvida atónito un momento el afán y el pecado de la vida, y rodeado de llamas se sumerge en el himno glorioso de la naturaleza: — ¡pues digo que jamás tuve un goce tan puro, y de tan íntima majestad, como entre los míos, entre mis cubanos, entre mis guerreros y mis ancianos y mis trabajadores: — jamás, ni en la iglesia de niño, ni en la cumbre del monte!<sup>42</sup>

81

Para terminar este repaso de la oratoria martiana, quisiéramos siquiera aludir al último gran discurso que se conserva de Martí, el pronunciado en honor de Bolívar el 28 de octubre de 1893, oración breve, a la vez que deslumbrante. En ella debemos subrayar — además de su absoluta devoción filial por la figura del Libertador — tres ideas rectoras del pensamiento martiano: la absoluta originalidad de la América que él concebía, expresada de nuevo en la categórica exclamación: “¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!”;<sup>43</sup> la combinación de equilibrio y expansión en que para él consistía el secreto de la libertad política, por lo que dice de Bolívar: “acaso [...] buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, solo constante cuando se fía a la expansión”;<sup>44</sup> y su idea del mundo como Pasión: “suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos”.<sup>45</sup> Pero lo que preside a este discurso, y se alza de él para siempre, es el retrato, nada menos que ígneo

<sup>41</sup> JM: “Discurso en Hardman Hall”, Nueva York, 17 de febrero de 1892, *OC*, t. 4, p. 293.

<sup>42</sup> *Ibidem*, pp. 296 y 297.

<sup>43</sup> JM: “Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar”, 28 de octubre de 1893, *ob. cit.*, p. 244.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 246.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 243.

y profético, desde que leemos: “Vivió como entre llamas, y lo era”, hasta que pregunta: “¿A dónde irá Bolívar?”, y sentencia: “¡A los pueblos callados como un beso de padre!”.<sup>46</sup> Páginas son estas de inspiración y lección inolvidables.

Muchos discursos de Martí se han perdido, conservándose de algunos de ellos versiones y fragmentos. La lectura de estos borradores, quizás por ofrecernos como el hervor aun no fraguado de su palabra, nos aviva una impresión que difusamente nos acompaña en la lectura de sus discursos. Hay en ellos todo un ideario político perfectamente articulado. La sintaxis, aunque generalmente compleja y personalísima siempre, si se le desmontan los resortes, revela una fábrica también perfecta. Martí es un escritor y un orador cenital, en todo momento lúcido, dominante, que tiene en el puño las riendas de sus ideas, de sus sentimientos, de sus imágenes, aunque la cuadriga sea naturalmente impetuosa y ávida. Pero hay en sus discursos — y en los fragmentos, al faltar la articulación lógica, lo sentimos con mayor claridad — un soterrado elemento “pítico” que es el que les da lo que llamaríamos la desmesura cualitativa, la sobrecarga de intensidad.

Sentimos que el borbotón de su elocuencia a ratos bordea lo inexpresable. Unas veces esto ocurre porque, al cabo de una vehemente acumulación de efectos emotivos y tropológicos, cuando esperamos que la tensión se alivie, irrumpe otra imagen inesperada y sobrecogedora, como cuando dice: “Por el portón del muelle oscuro, henchido de cabezas, salía como una virgen, el estandarte patrio”.<sup>47</sup> Sabemos que este hecho ocurrió en el Cayo, pero la imagen queda desprendida y como flotando en un sueño. Otras veces es lo súbito y apretado del lenguaje simbólico lo que le da al pasaje un aspecto sibilino, como cuando exclama: “¡La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra[...]!”.<sup>48</sup> Otras veces, en fin, es la reunión en un raptó, de cosas tan heterogéneas como una turba, un arca, un tahalí, un arenal, juntas mágicamente por el frenesí de la elocuencia: “¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé y se ama!”.<sup>49</sup>

De que Martí orador llegaba a estar poseído por el raptó verbal, en el sentido en que esto puede decirse de los grandes poetas y profetas, no cabe duda. A este propósito es del mayor interés una anécdota relatada a José de la Luz León por César Zumeta, que fue de los fascinados por el discurso del Club del Comercio de Caracas y asistió a las clases de oratoria de Martí en aquella ciudad. “Me contaba — dijo Zumeta a Luz León — que el orador más elocuente que había conocido fue un zapatero cubano que estaba en España.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, p. 247.

<sup>47</sup> JM: “Discurso en Hardman Hall”, *ob. cit.*, p. 298.

<sup>48</sup> *Ibíd.*, p. 301.

<sup>49</sup> JM: “Discurso en el Liceo Cubano”, *ob. cit.*, p. 278.

Hubo un alboroto y este zapatero se encaramó en la caja de betunes y comenzó a arengar al público. Le faltaba léxico, no tenía acervo completo de palabras; inventaba un bisílabo, un trisílabo para el ritmo, y a pesar de que eran palabras que acababa de inventar se comprendía perfectamente lo que quería decir". "Fue el orador, decía Martí, que más me impresionó".<sup>50</sup> La raíz sibilina, de Pitia verbal y rapsódico entusiasmo, está patente en esta anécdota. Lo que impresionó a Martí fue el borbotón de la elocuencia natural, incontenible, que poseía pintorescamente a aquel hombre inculto, cuyo instinto le dictaba la importancia del ritmo en la elocuencia, la continuidad mágica de un sentido que se apoyaba en palabras inventadas, esa médula de coherencia supralógica, de mensaje oracular esencialmente misterioso. A esa fuerza catártica solo puede llegar el sentimiento primigenio, remontado a las fuentes originales y sagradas del corazón humano. ¿No dijo él una noche que su elocuencia era la de la Biblia, "que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón?"<sup>51</sup> ¿No habló de una "extraña oratoria [...] rebotante y soberbia", de una "oratoria que es llama y sentencia",<sup>52</sup> que no era la de los modestos oradores de Tampa y el Cayo a la que entonces se refería, sino la suya propia? ¿No confesó que quería "encender a los hombres"? Y en sus juveniles *Notas sobre la oratoria* había escrito: "calienta la lengua una especie de fuego sibilítico; truécase el hombre en numen, y anonada, convence, reivindica, destruye, reconstruye, exalta, quema!"<sup>53</sup> En esa celeridad alarmante de los verbos, con la avidez del incendio que se propaga, está su elocuencia. "¡Oh, oratoria, león encendido!"<sup>54</sup> escribe al final de su examen de los oradores norteamericanos. Y sus discursos, tan lejos del armonioso oleaje de Montoro como de la voluptuosa opulencia de Castelar, hijos íntegros del sacrificio de su ser, son precisamente del linaje de aquellas "benéficas oraciones" que él añoraba, "que quedan por largo tiempo visibles y suspendidas en el aire, como aquellos escudos de los caudillos que levantados por los nervudos brazos, servían, como de punto de reunión y signo de victoria a las cohortes desbandadas".<sup>55</sup>

Hoy vemos el escudo vibrante, indivisible, milagrosamente en el aire; pero vemos solo la mitad del milagro, porque no vemos ni oímos al sustentador de esos cuerpos gloriosos del idioma. Y quienes lo vieron y oyeron, ¿qué nos dicen? Los testimonios pueden multiplicarse. A Varona, en su juventud,

<sup>50</sup> José de la Luz León: "Lo que de Martí me dijo su amigo Zumeta", Archivo José Martí, La Habana, jul.-dic. 1945, p. 278.

<sup>51</sup> JM: "Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana", ob. cit., p. 133.

<sup>52</sup> JM: "Discurso en Hardman Hall", ob. cit., pp. 294 y 304.

<sup>53</sup> JM: "Sobre la oratoria", ob. cit., p. 449.

<sup>54</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 22 de febrero de 1885, OC, t. 10, p. 152.

<sup>55</sup> *Ibíd.*, p. 151.

lo deslumbró. A Darío, en su madurez, lo colmó de admiración. Juvenal Anzola, que fue su discípulo en Caracas, dice comentando el discurso sobre el pueblo de Israel, que se ha perdido: “su elocuencia fue nueva, sorprendente, y lo sublime parecía poco ante aquel espíritu”.<sup>56</sup> Pero aún más nos interesa el recuerdo de los humildes. Un mambí exclama: “¡No lo comprendíamos, pero estábamos dispuestos a morir por él!”. Otro asegura: “Me glorifico de haber nacido, tan solo por el placer de haberlo oído”. Un tercero, capitán del Ejército Libertador, declara: “Su verbo era prodigioso, sus palabras parecía que venían de un ser sobrenatural”. Y recuerda las sentencias finales de una de las últimas arengas improvisadas, ya en los campos de la Revolución: “Tendremos – dijo – tanta pólvora y tantos rifles como palos tienen nuestros montes; y llegaremos victoriosos hasta las puertas de la capital del crimen”.<sup>57</sup>

No llegó él, pero sí su palabra incesantemente fundadora.

---

<sup>56</sup> Juvenal Anzola: “José Martí”, *Revista Cubana*, “Los que conocieron a Martí”, La Habana, jul. 1951-dic. 1952, p. 165.

<sup>57</sup> Manuel Ferrer Cuevas: “Ante los restos de Martí”, *Revista Cubana*, núm. cit., pp. 464-465.

## CAPÍTULO IV

### Poesía

85

**E**n su carta testamento literario a Gonzalo de Quesada y Aróstegui (Montecristi, 1.º de abril de 1895) Martí le escribió al que iba a ser el primer editor de sus obras: “Y de versos podría hacer otro volumen: *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, y lo más cuidado o significativo de unos *Versos libres*, que tiene Carmita.<sup>1</sup> No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características”.<sup>2</sup> Pocas líneas después añadió: “Versos míos, no publique ninguno antes de *Ismaelillo*: ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros”.<sup>3</sup>

Estas disposiciones testamentarias, en las que se revela el rigor autocrítico de Martí, no se han cumplido al pie de la letra por ninguno de sus editores, lo que es tan comprensible como agradecible. Ello ha permitido conocer el proceso de su expresión poética desde sus primeros versos en Cuba —incluyendo la conmovedora dedicatoria de la foto en *el presidio político*— pasando por España, México y Guatemala, todavía en la línea de un romanticismo depurado y transicional, siempre con tono propio y a veces con destellos precursores, hasta la irrupción en Caracas, 1881, de una “musa nueva”, la de *Ismaelillo*, publicado en Nueva York el año siguiente.

Como pruebas del valor perdurable de textos anteriores, baste recordar, en España, “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre” (1872), por su emoción y elocuencia trascendentes a toda escuela; en México, el poema titulado “Muerto” (1875), de recia inspiración cristiana, anunciador (junto a “Vida”, del mismo año), no obstante la rima, del tono de los *Versos libres*; en Guatemala, “María” (“Esa que ves, la del amor dormido...”), con imágenes e inflexiones premodernistas, ya en 1877.

---

<sup>1</sup> Carmen Miyares, viuda de Manuel Mantilla, en cuya casa de huéspedes en Nueva York residió Martí. Con ella y sus hijos (Manuel, Ernesto, Carmita y María, especialmente esta última) llegó a tener Martí una profunda relación afectiva.

<sup>2</sup> José Martí: A Gonzalo de Quesada, Montecristi, 1 de abril de 1895, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 20, p. 477 [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

<sup>3</sup> Ídem.

Mucha expresión pujante o preciosa, siempre original, se encuentra también en los poemas sueltos posteriores a *Ismaelillo*, ni qué decir en los que forman parte de *La Edad de Oro* (1889), como esa encantadora obra maestra de poesía “para niños” – drama social en verso impresionista – que es “Los zapaticos de rosa”; y en diversos apuntes o bocetos, como el que comienza “Mi padre era español...”, del que dijimos en *Lo cubano en la poesía* (1958): “Solemne, sobrecogedora página; líneas escritas con sangre; de un desaliño, de un despojamiento ya supraliterario”. Las reproducimos aquí, al frente de este capítulo, porque son “letras donde está la síntesis desnuda y desgarrante, el drama completo del pobre viejo español y el hijo cubano rebelde, que lo ve, que *los* ve ahora, en el recuerdo, con los ojos arrasados de una insondable piedad”:

Mi padre era español: ¡era su gloria  
 los domingos, vestir sus hijos!  
 Pelear, bueno; no tienes que pelear, mejor:  
 aun por el derecho, es un pecado  
 verter sangre, y se ha de  
 hallar al fin el modo de evitarlo. Pero, si no  
 santo sencillo de la barba blanca.  
 Ni a sangre inútil llama tu hijo,  
 ni servirá en su *patria* al extranjero.  
 Mi padre fue español: era su gloria,  
 rendida la semana, irse el Domingo,  
 conmigo de la mano.<sup>4</sup>

86

La primera edición como libro aparte de *Polvo de alas de mariposa* (1994), con esclarecedor prólogo de Luis Álvarez, pone de manifiesto una vez más la conveniencia de no obedecer las indicaciones testamentarias de Martí en lo que a sus versos se refiere. En este capítulo, sin embargo, que solo pretende resaltar los aportes esenciales de su obra lírica, sí las obedecemos, ateniéndonos a los únicos tres libros explícitamente aprobados por él.<sup>5</sup>

### *Ismaelillo*

Con los quince poemas de este librito comienza la poesía moderna en lengua española. Sin haberse propuesto, como años después Darío, la fundación de una nueva escuela literaria, y partiendo de principios vitales y estilísticos muy diversos, Martí realiza, de un plumazo de fuego de amor dolido,

<sup>4</sup> Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, Universidad Central de Las Villas, 1958, pp. 226-227.

<sup>5</sup> En el prólogo a la edición crítica de sus *Poesías completas* demostramos que “Martí no compuso ningún libro titulado *Flores del destierro*”. Este título fue utilizado por Gonzalo de Quesada y Miranda para editar en 1933 un conjunto heterogéneo de composiciones que figuran en Cuadernos de Apuntes y hojas dispersas, de las cuales catorce pertenecen obviamente, por razones estilísticas, a *Versos libres*, en *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 14, pp. 79-293.

la palingenesis del verso hispanoamericano. Mientras Darío utilizará con fines propios, en *Azul...*, (1888), la alquitara francesa parnasiano-simbolista, Martí en *Ismaelillo* (1882) propone una renovación de estirpe enteramente hispánica, con la vitalidad, la rapidez y el gusto por el juego idiomático al servicio de emociones humanas profundas, que dio carácter a los siglos de oro en sus poetas profanos y místicos. Gil Vicente, Valdivieso, Lope, andan cerca de estas páginas, y también muy lejos, en el trasfondo de la raza, sujetos a fecundas metamorfosis. Si muchos giros nos remiten claramente a esa tradición, hay audacias que sugieren otro mundo, hijo de aquel, pero sustancialmente distinto, no solo por la “extrañeza” visionaria de Martí, sino porque a su vez, como lo han demostrado los estudios de Manuel Pedro González e Iván A. Schulman, desde años atrás había asimilado y practicado las innovaciones sensitivas cifradas en los sonetos “Vocales” de Rimbaud y “Correspondencias” de Baudelaire. Por otra parte, la ausencia de propósito de fundar “escuela” o “movimiento”, no implica irresponsabilidad ante el sentido de una renovación a fondo, que por los mismos días en que este libro se escribió, alcanzaba sus primeras formulaciones doctrinales en las páginas de presentación y defensa de la *Revista Venezolana*, publicada por Martí en Caracas en julio de 1881. Hallamos allí, no solo esas tangencias que delatan la contigüidad del trabajo poético, incluso los literales “penachos vívidos” de *Ismaelillo*, sino la conciencia de estar creando una expresión nueva americana, que a la alarma de los rezagados opone ese “deleite de alba”, impulsor de un estilo impetuoso, ávido y cambiante según las atmósferas del alma; estilo participante, musical y colorista, cuya esencia es la libertad unida a la fidelidad.

Cuando decimos fidelidad la referimos en este caso, más aún que a las creencias sintetizadas en la dedicatoria de *Ismaelillo*, en primer término, y siempre, a la vida misma. La madre de Martí, en carta de julio del 82, respondiendo al envío del poemario mínimo y encendido, le dice: “De versos no entiendo; para mí está en prosa porque está escrito en la realidad”.<sup>6</sup> No puede darse, desde la ignorancia de letras, penetración crítica mayor (“Amar: he aquí la crítica”,<sup>7</sup> había dicho Martí en la presentación de su *Revista*), porque a través del tejido simbólico que enlaza el título con la profusión de metáforas que hacen el texto de *Ismaelillo*, ciertamente este libro “está escrito en la realidad”: no se aparta de ella para entrar en un reino artístico autónomo, según la tendencia general del modernismo, sino que, más cerca en esto y en tantas cosas de poetas posteriores como Vallejo y la Mistral, más cerca de la mejor poesía de hoy, y, creemos, de mañana, no pierde nunca el vínculo entrañable con la realidad, con la situación vital de donde los versos han nacido. La vida, por el contrario, se traspone en símbolos por el exceso mismo que hay en ella.

<sup>6</sup> Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada), III, La Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1953, p. 18.

<sup>7</sup> JM: “Propósitos”, *La Revista Venezolana*, Caracas, 1 de julio de 1881, OC, t. 7, p. 199.

La catarsis metafórica no se verifica para olvidar ni superar lo vivido, sino justamente para afrontarlo en su mayor autenticidad.

En cuanto a la situación vital de que surge *Ismaelillo*, puede resumirse en pocas palabras. Fracasada la Guerra Chiquita en 1880, a finales de octubre la esposa de Martí, Carmen Zayas Bazán, descontenta con la existencia inestable, de sacrificios y estrecheces, elegida por aquel hombre cuyo verdadero anillo nupcial estaría hecho con el hierro del grillete del presidio político, parte de Nueva York hacia Cuba llevándose al hijo de ambos, próximo entonces a cumplir dos años. En los comienzos de 1881 Martí viaja a Caracas, donde rápidamente se hace de un círculo de amigos fascinados, pronuncia estupendos discursos, da clases de oratoria y funda la *Revista Venezolana*. Sintiendo menos desamparado, reclama insistentemente a su mujer y a su hijo, pero Carmen no acude, y poco después los hechos le dan la razón a su realismo maternal cuando Martí, en pugna con los modos dictatoriales de Guzmán Blanco, tiene que volver a Nueva York. Allí, en 1882, colaborando ya regularmente en *La Nación* de Buenos Aires, el hogar maltrecho, minado por la incomprensión, logra rehacerse provisionalmente hasta que, después de varias crisis, en 1891 llega la ruptura definitiva. En el momento de mayor soledad del padre acongojado, en los días de Caracas, nacen los versos de *Ismaelillo*. Según le dice a Diego Jugo Ramírez en diciembre del 81, serán sus amigos venezolanos Juan Antonio Pérez Bonalde y Jacinto Gutiérrez Coll quienes le animarán, en Nueva York, a imprimir este librito, que aparecerá en los primeros meses de 1882.

Ahora bien, ¿por qué el título de *Ismaelillo*? Ya en marzo de 1879, en los apuntes para los debates del Liceo de Guanabacoa sobre “El idealismo y el realismo en el Arte”, leemos en una nota de Martí acerca de Harpagón — “ser copiado” — y Prometeo — “personificación idealista” —, la siguiente observación: “Rían los hechos para reír; y copien los que solo saben copiar; ¡que yo amo más ver a un hombre en lucha con el cielo, como Ismael de Grecia!”.<sup>8</sup> Puede parecer forzado ese acercamiento de la figura bíblica de Ismael a la mitológica de Prometeo, pero por lo mismo revela una concepción personal de la primera. Cabe preguntarse si Martí, tan aficionado a los símbolos de los árabes, considerados descendientes de Ismael, conocía la versión de estos según la cual el sacrificio impuesto a Abraham por Jehová, no recayó sobre Isaac sino sobre Ismael. En todo caso, lo que él parece subrayar en ambos personajes es la condición de “hombre en lucha con el cielo”: Prometeo encadenado por su rebeldía, Ismael despojado de su herencia y expulsado al desierto. El año siguiente, en una de sus primeras “Impresiones de América” (*The Hour*, Nueva York, 23 de octubre de 1880), vuelve Martí a referirse a la figura de Ismael, atribuyéndole rasgos que tampoco se deducen del texto bíblico, como si fuese imagen sobre la cual siguiera en lo íntimo acumulando

<sup>8</sup> JM: “Apuntes para los debates sobre ‘el idealismo y el realismo en el arte’”, *OC*, t. 19, p. 427.

precisiones ideales, pero esta vez secretamente ligada al drama conyugal que estaba viviendo en aquellos mismos días. Refiriéndose a las mujeres amantes del lujo, echa de menos en ellas las virtudes que “solo puede conservar en alto un hogar sacudido por la desventura, e inspirar a los hijos el desprecio de los placeres naturales y el amor por las satisfacciones internas que hacen a los hombres felices y fuertes, como hicieron a Ismael, para afrontar los días de pobreza”.<sup>9</sup> Diríase que Ismael, de cuya educación tan poco sabemos por el texto del Génesis, convirtiéndose para Martí en un paradigma ideal de la relación madre-hijo, quién sabe por qué intuiciones imaginativas, a las que tal vez no fueron ajenos algunos de los muchos cuadros pintados sobre el tema.

Lo cierto es que la identificación simbólica con su propio hijo ya aparece fijada en un Cuaderno de Apuntes de 1881: “Porque es necesario que ese hijo mío, sobre todas las cosas de la tierra, y a par de las del cielo, y ¡sobre las del cielo!, amado; – ese hijo mío a quien no hemos de llamar José sino Ismael – no sufra lo que yo he sufrido”.<sup>10</sup> Se refiere seguramente al sufrimiento de la incompreensión, de la soledad, terrible en ser tan amoroso; y la fijación simbólica vino a ser completada por el poema XLII de los *Versos sencillos*, en el año de la ruptura definitiva de su mujer, a la que llama consecuentemente Agar, la madre de Ismael, es decir, en hebreo, “la fugitiva”, “la sierva”. Ajeno al sentido teológico que en la exégesis de San Pablo adquiere la historia de Sara y de Agar,<sup>11</sup> Martí utiliza libremente los contenidos simbólicos que intuye como aplicables a su drama. El niño que en sus visiones encarna la esperanza y la pureza, escudo y arma espiritual del padre, será Ismaelillo, quizás porque Ismael en hebreo significa “Dios oirá” (ya que su grito fue oído en el desierto); quizás porque, al caer en el ámbito de la madre, ha sido espiritualmente desheredado como Ismael por Jehová; porque es el hijo de una mujer que ha escogido la servidumbre, que pudiendo ser Sara (la libre, la Princesa) prefiere ser Agar, la sierva vanidosa, la que en el poema de los *Versos sencillos* dilapidada el amor precioso, “la perla triste y sin par”.<sup>12</sup>

Tantos símbolos no le hacen perder pie en la realidad. El niño concreto que tiene abrazado como un escudo en una fotografía de estos años, es el motivo único de su festejo verbal. “Para un príncipe enano / Se hace esta fiesta”.<sup>13</sup> En otro apunte de estos años leemos: “Para Pepe, un vestido de terciopelo negro con ligeros vivos rojos. Y el gorro, tres fajas: dos negras: la del centro, de seda roja: botines negros, medias rojas”.<sup>14</sup> El mismo espíritu

<sup>9</sup> JM: “Impresiones de América”, *The Hour*, Nueva York, 23 de octubre de 1880, OC, t. 19, p. 124.

<sup>10</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 7, OC, t. 21, p. 216.

<sup>11</sup> Gálatas 4, 22-31, Génesis 16, 1-16; 21, 9-21.

<sup>12</sup> JM: *Versos sencillos*, XLII, OC, t. 16, p. 120.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>14</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 8, OC, t. 21, p. 242.

de ternura paterna que le hace detallar ese trajecillo principesco para su hijo, preside la fantasía de su homenaje poético. En carta a Manuel Mercado enviándole *Ismaelillo*, le dice: “Sí quiero que lo conozcan, por mi hijo. Gozo en verle famoso, y en que le hagan versos, y en que luzca como caballero de importancia, y príncipe de veras, en diarios y revistas”.<sup>15</sup> Uno de los primeros ejemplares lo remitió en mayo de 1882 a su amigo venezolano Agustín Aveledo, ofreciéndole otros cien, con esta nota: “es el regalo pobre que mi hijo hace a los huérfanos de su Asilo”.<sup>16</sup> Toda la vergüenza que siente como autor (“en cada letra veo una culpa”,<sup>17</sup> escribe a Mercado); su miedo a ser considerado “poeta en versos” antes que “poeta en actos” o a ser juzgado por esa “sencillez”, por ese “juguete”, cuando se sabe capaz de enormes obras en la palabra y en la historia, se deshacen ante la imagen de su “reyecillo”, siempre que se retrotrae al temple anímico de que surgieron los versos, estado que pudiera calificarse de ternura visionaria. El orgullo de padre lo devuelve a la humildad de poeta, consciente de la originalidad como de un deber. “Si alguien te dice (escribe en la dedicatoria) que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así”.<sup>18</sup> Esa originalidad no es motivo de presunción porque siente que le viene impuesta por un mundo de visiones imperiosas. “Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos”.<sup>19</sup> Muchas veces lo repite en las cartas de este año, y muy especialmente en la que escribe el 23 de mayo de 1882 a su amigo Diego Jugo Ramírez:

He visto esas alas, esos chacales, esas copas vacías, esos ejércitos. Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. Mi trabajo ha sido copiar, Jugo. No hay ahí una sola línea mental. Pues ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen a mí sin que yo las solicite? Yo no he hecho más que poner en versos mis visiones. Tan vivamente me hirieron esas escenas, que aún voy a todas partes rodeado de ellas, y como si tuviera delante de mí un gran espacio oscuro, en que volaran grandes aves blancas.<sup>20</sup>

Esa condición casi física y exterior, en el sentido de no mental, sobre la cual insiste Martí encarnizadamente, no debemos subestimarla. La fidelidad a la vida (si aceptó estos versos, le dice a Gabriel de Zéndegui, fue porque los halló semejantes a los rizos rubios de su hijo) se le torna fidelidad a las visiones que la vida suscita por la fuerza de amor y el dolor de la ausencia. Ese

<sup>15</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, Nueva York, 14 de septiembre de 1882, OC, t. 20, pp. 66 y 67.

<sup>16</sup> JM: A Agustín Aveledo, Nueva York, 23 de mayo de 1882, OC, t. 20, p. 296.

<sup>17</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, ob. cit., p. 64.

<sup>18</sup> JM: *Ismaelillo*, OC, t. 16, p. 17.

<sup>19</sup> Ídem.

<sup>20</sup> JM: A Diego Jugo Ramírez, Nueva York, 23 de mayo de 1882, OC, t. 7, p. 271.

“gran espacio oscuro” en el que vuelan “grandes aves blancas” es el ámbito mismo de la visión poética primigenia, radical, de la que surgen no solo los poemas de *Ismaelillo* sino también los *Versos libres*. Frente a esa pantalla oscura, donde parece que otro proyecta sus imágenes (“De mis imaginaciones”, dice a Zéndegui, “culpable es quien me las pone ante los ojos”), el poeta es un espectador estremecido por su responsabilidad (“pero de mi modo de vaciarlas en el papel, yo soy culpable”).<sup>21</sup> Espectador, vaciador, pintor verbal de las vertiginosas visiones, en la dedicatoria dice a su hijo: “Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte”; pero también añade: “Esos riachuelos han pasado por mi corazón”,<sup>22</sup> porque lo que parecía más exterior en el sentido de no elaborado por la imaginación mental, se revela lo más íntimo de la vida, el corazón como abismo oscuro donde relampaguean las imágenes, o como *medio* por donde pasa el extraño río de las visiones. En todo caso, su sueño es “con los ojos abiertos”; y lo que primero nos impresiona en esas “grandes aves blancas” es su energía solar; en ese “riachuelo” que pasa por su corazón, la rapidez, el hervor acumulativo de la corriente.

“La corriente infinita”, uno de los títulos constantes de Juan Ramón Jiménez, parece tener antecedente inmediato en la palabra de Martí. Su poesía nunca se cristaliza; fluye siempre, hervorosa o serena, *hacia adelante*. Dos rasgos detectados en su prosa por la estilística: la presentación sistemática del efecto antes que la causa (Mme. Claude Bochet-Huré)<sup>23</sup> y la prolepsis del verbo con relación al sujeto (Giovanni Meo Zilio),<sup>24</sup> son reflejos involuntarios de esa tendencia espiritual suya, que en forma conceptual, si bien tácita, se manifiesta en la dedicatoria de *Ismaelillo*. Parte en ella de una premisa — el espanto de todo — para refugiarse en el hijo, que encarna lo contrario de ese “todo” que es “el mundo”; es decir, que encarna la inocencia, pero también otra fuerza dinámicamente vinculada con el mundo: el futuro. Este “refugio”, por lo tanto, no es (como el Arte en Casal), un “asilo” en el que se pretende vivir aislado de las fuerzas mezcladas de la vida, sino un ir precisamente a la fuente de la vida misma (y por lo tanto, en la concepción martiana, del Arte), para volver a la batalla con más fuerza, — batalla cuyo sentido se ilumina en las líneas siguientes: “Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti”.<sup>25</sup> La capacidad de contradicción

<sup>21</sup> JM: A Gabriel de Zéndegui, Nueva York, 14 de octubre de 1882, OC, t. 20, p. 302.

<sup>22</sup> JM: *Ismaelillo*, ob. cit., p. 17.

<sup>23</sup> Claude Bochet-Huré: “Les dernières notes de voyage de José Martí. Quelques remarques sur leur style”, *Les Langues Neo-Latines*, París, no. 161, 1962, p. 62-81. Traducción de Cintio Vitier en *Anuario martiano 1*, Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, 1969, pp. 9-32.

<sup>24</sup> Giovanni Meo Zilio: “Prolepsis, imágenes e ideología en un texto martiano”, *Anuario martiano 2*, 1970, pp. 70-82.

<sup>25</sup> JM: *Ismaelillo*, ob. cit., p. 17.

espiritual acrecedora, de salto de lógica poética, es una de las claves de la ideación martiana. Entre los innumerables ejemplos, siempre nos impresiona el primero y fundamental que descubrimos en su obra, cuando en *El Presidio Político* escribe: “Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien”.<sup>26</sup> De modo análogo en esta dedicatoria, sin aparente enlace, salta del “espanto” de “todo” al plano de un Credo no menos absoluto, de optimismo trascendente. ¿Cómo puede uno estar “espantado de todo” y tener “fe en el mejoramiento humano”? El pensamiento de Martí no sigue los pasos de una lógica causalista. Gusta y necesita de esos saltos en el vacío, emparentados con el grito inmortal de Tertuliano: “lo creo, porque es imposible”.<sup>27</sup> Su Credo tiene tres dimensiones: una social (“el mejoramiento humano”), otra histórica y/o religiosa (“la vida futura”) y otra moral (“la utilidad de la virtud”). Las tres están vinculadas por un dinamismo de futuridad que late, como vimos, en la idea misma del “hijo”: no solo antídoto, por su inocencia, contra el veneno del mundo, sino también, en cuanto esa inocencia es fuerza germinal de la vida, impulsor de futuro. Así la corriente del “mejoramiento humano”, en principio infinita, no se cierra en los límites de la historia, o bien estos límites se abren impulsados por una futuridad intrínseca, cuya plenitud, no término, solo puede alcanzarse en esa “vida futura” de la que tantas veces habló Martí con un sentido inequívocamente trascendente. Y si la virtud es “útil”, ello es precisamente porque trabaja en el sentido de esa futuridad, de ese “mejoramiento humano” que, por el camino coral de la historia o por el íntimo de la conciencia, o por ambos, aspira a aquella “vida futura” de la que es vislumbre y promesa la inocencia del hijo. Inocencia-futuro: la fuerza imantadora de estos polos no previsible, está en el fondo de alba de *Ismaelillo*.

La actividad y la luz rigen estos versos. Ya el eje métrico y rítmico dominante, la seguidilla, contribuye al efecto alado y fulmineo. La acumulación de verbos en sus tiempos de mayor movimiento y urgencia, el uso de los sustantivos como ávidas concentraciones simbólicas, los adjetivos en perenne función de expresionismo pictórico, indican siempre el impulso primero de *Ismaelillo*, tendiente a llenar un vacío, una ausencia, una soledad irremediable. Pero ese impulso no avanza sin obstáculos. El espíritu de Martí revela siempre la libertad dentro de un destino. Su situación vital básica, la más profunda, fue la del hombre libre aherrojado en un presidio —lo cual nos ilumina el sentido oculto de las aves blancas en el espacio oscuro. La huella estilística de esa forma de su vida la hallamos aquí como en tantas otras zonas de su verso y prosa, transfigurada por la gracia musical del arte, en la estructura de *ritornello* y en la que nos gustaría llamar su “sintaxis de tensión”. Frenado por esas contracorrientes, su dinamismo expresivo se hace más

<sup>26</sup> JM: *El Presidio Político en Cuba*, ob. cit., p. 54.

<sup>27</sup> José Ferrater Mora: *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958, p. 1320.

complejo y agónico, más fiel por lo tanto a una realidad espiritual que se define por sus contradicciones, de las que el hijo carnal es el eje dramático y el hijo “visto” por la poesía quiere ser el conjurador supremo. Esa conjuración por el hijo se presenta bajo dos aspectos discernibles pero íntimamente ligados: un Arte Poética y una Ética, concentradas principalmente en los dos poemas centrales del libro: “Musa traviesa” y “Tábanos fieros”.

A Vidal Morales, enviándole *Ismaelillo*, escribe Martí: “Fue como la visita de una musa nueva”;<sup>28</sup> y a Enrique José Varona: “Fue como una visita de rayos de sol”.<sup>29</sup> Ambos juicios confluyen, porque la novedad de su musa es siempre de raíz solar, como podría comprobarse con el censo de signos luminosos, de encendimiento, pureza, crisopeya, fuerza y realeza, que en estas páginas se oponen triunfantes a los signos negativos de antro, impureza, envejecimiento y palidez. En “Musa traviesa”, identificado el niño con el diablillo angélico de la poesía, dedica Martí la primera sección del poema a evocar sus emociones de viajero por lo inefable, como un Quijote a lomos de un Clavileño sin ironía. No es sin embargo un viaje nocturno, sino que lo lleva a conocer los talleres de “la luz madre”, de donde extrae su optimismo doloroso, su sabiduría del sacrificio, su fe en la vida ultraterrena. Pide el viaje ser contado, y entonces empieza el descendimiento de la expresión, que viene a caer en el “papel amarillo”. No importa: mientras duran el cuento y el canto, “un gozo grave” lo inunda. El espíritu es como un monte que, al alba, encendido, desata sus fuentes: así el poeta se conmueve y crea, lleno de un sentimiento litúrgico de contagio solar, como si la luz, volviendo a sus raíces, no se resolviera en claridad sino en materia de ignición: “¡Y estallo, hiervo, vibro, / Alas me nacen!”.<sup>30</sup> (nueva versión del molde troquelado desde el primer poema, en el que hablando de los ojos del niño exclama: “Vuelan, brillan, palpitan, / Relampaguean!”.<sup>31</sup>).

El poema parece haber llegado a su clímax, pero entonces, como un duende silencioso, entra el niño en la estancia de la creación poética. No obstante la fuerza irruptura y matinal de esa creación, la llegada del niño trae una novedad mayor, su retozo es el mensaje más vivo de la luz. El niño entra en la estancia del sueño desordenándola con un aire salvaje, virgen; reordenando sus elementos según una causalidad distinta, imprevisible; haciendo de juegos, caprichos y besos una escala que sube hasta el cielo de la ternura: “¡Oh, Jacob, mariposa, / Ismaelillo, árabe!”. El juego, la alegría, la risa del niño revelan una poesía mayor de la vida encarnada, de la luz real. Aquí empieza –debiera absolutamente empezar– la poesía “nueva” de nuestra lengua. Frente a ella las hojas de “papel amarillo” vuelan como

<sup>28</sup> JM: A Vidal Morales, 8 de julio de 1882, OC, t. 20, p. 297.

<sup>29</sup> JM: A Enrique José Varona, 28 de julio de 1882, OC, t. 20, p. 298.

<sup>30</sup> JM: *Ismaelillo*, ob. cit., p. 28.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 19.

mariposas de oro; el incunable se torna cabalgadura del niño; los “versillos frágiles” ruedan por tierra junto con la cultura de biblioteca: “Brumosos pensadores, / Lópeos galanes”. ¿Es la del niño una actividad destructiva, iconoclasta? No, más bien libertadora. Se trata, simbólicamente, de devolverlo todo a su libertad, a su fuerza original y estado naciente. El niño es la luz en la estancia del polvo. Vencedor de los polvorientos libros, rey de los objetos poéticos —el paño árabe, el plumaje indio, la pluma de oro: todos emblemas solares—, al cabo se sienta “magnífico / Sobre el desastre” como un minúsculo emperador cuyo poder es la risa que en su cuello “gruesa onda hace”. Así vio Martí, en su hijo, el renacimiento de la poesía, la renovación americana por ese Orbe nuevo de que también nos habla en el primer texto de los *Versos libres*. Lo viejo está manchado y mancha; hay que cambiar la tinta. Bien está que el niño la derrame, porque él es un vaso vivo que puede hartar la “sed de pureza”, y lo que da en lugar de la tinta vieja es la risa nueva, incondicionada, prístina: risa que es como un caldo de luz bullendo. Y así el hijo recrea al padre, lo saca de su osamenta pálida de siglos a la resurrección de una mañana perenne:

¡Hete aquí, hueso pálido,  
Vivo y durable!  
Hijo soy de mi hijo!  
Él me rehace!<sup>32</sup>

Con estos versos entramos en la dimensión ética de *Ismaelillo*, que lo atraviesa todo, pero que podemos ver cifrada en “Tábanos fieros”. Nada más lejos que este poema de una proposición moral abstracta. Plásticamente sugiere un cuadro alegórico y onírico sobre las tentaciones, pintado por un primitivo medieval. Musicalmente es un fogoso *scherzo*, donde la acumulación de verbos en formas imperativas y con frecuencia esdrújulas, la construcción jadeante y el ritmo acelerado de la seguidilla, cortan la respiración, ofuscan la mirada. Ni siquiera en la relectura analítica hay modo de detener ese desfile vertiginoso, esas miríadas de violentas imágenes, ese torbellino con chispazos de colores demoníacos: verde de la bilis, oro del dinero, rojo de furia, pardo animal. La lucha del alma es feroz, cual de “tigre a bisonte”. Lejos de rehuir-la, el poeta la azuza y exacerba, seguro de su triunfo. La horda de los atacantes, enmascarados (tábanos, chacales) o a cara descubierta (la envidia, la carne, los celos, el oro), capitaneados por el diablo con su espada de plata, se caracteriza por la furia ciega, la confusión y el exceso: no solo “sitian”, además “saltan” como dotados de una energía irreprimible; nos parece que gesticulan infinitamente. Otro carácter infernal tienen: son a la vez gigantescos y diminutos. La lucha se objetiviza en atmósfera de cataclismo, como si la naturaleza, misteriosamente ligada al alma humana, también se descuajase.

<sup>32</sup> JM: “Musa traviesa”, *OCEC*, t. 14, pp. 27 y 60.

Nos sentimos de pronto en plena épica de lo íntimo, como asistiendo a una batalla homérica en los senos del alma. La derrota del proteico mal es segura: en la tercera estrofa, con su modo estilístico habitual (estudiado por Mme. Claude Bochet-Huré<sup>33</sup>) de presentar el efecto antes que la causa, se ven ya las legiones infernales errando vencidas “por desiertos y calcinados valles”. Los demonios expulsados, en efecto, yerran por lo árido, nos dice el Evangelio. ¿Quién los ha vencido en la descomunal batalla?

Recordemos aquí que Ismael, según el Génesis, se hizo en el desierto tirador de arco y hombre fiero. Esos rasgos le son simbólicamente atribuidos a *Ismaelillo*, pero llenos de gracia angélica, de ligereza y de luz. En efecto el niño, en lo que tiene de pureza y de esperanza, en cuanto significa para el padre la concentración de sus fuerzas creadoras más profundas y trascendentes, aparece como el batallador alígero contra las legiones del mal. El hijo es lo mejor del padre, purificado y renacido en una criatura sobre la cual proyecta su propia niñez perdida, intacta en el fondo de su alma. El hijo es, en suma (sin dejar de ser otro, un otro inocente), el alma radiante del padre. Viene por eso en su ayuda como ángel guardián guerrero, ligerísimo Cupidillo invencible, gracioso Euforión de la milicia angélica, minúsculo San Jorge matador de dragones:

¡Hijos, escudos fuertes  
De los cansados padres!  
¡Venga mi caballero,  
Caballero del aire!<sup>34</sup>

La imagen del caballero es una constante de *Ismaelillo*. Desde niño el propio Martí, según sabemos por una carta de sus nueve años, fue aficionado a jinetear. En su imaginación, por los cuentos de la Guerra del 68, por la ya legendaria gesta bolivariana, fulgía la estampa del jinete libertador que tantas veces dio alimento metafórico a su palabra. El jinete para él fue siempre un símbolo solar. Jinete habría de morir en la guerra libertadora, en pleno sol. A *Ismaelillo* lo ve a horcajadas sobre su pecho, forjando bridas con sus cabellos, espoleándolo con sus pies desnudos, montado en un incunable, sentado sobre su hombro, amansando el bridón de sus pensamientos, cabalgando en las ondas de la luz; y lo llama, con diminutivos teresianos, en los más lindos requiebros de su ternura, “mi jinetuelo”, “caballeruelo mío”. En esta línea de mimos paternos pudiera indicarse también la constelación de símbolos de realeza, concentrados en “Mi reyecillo”.

En la dedicatoria del libro a Charles Dana, escribió Martí: “c’est le roman de mes amours avec mon fils: on se fatigue de lire tant de romans d’amour

<sup>33</sup> Ver nota 21.

<sup>34</sup> JM: “Tábanos fieros”, *OCEC*, t. 14, p. 41.

avec des femmes”,<sup>35</sup> — y así es, pero ya hemos visto que la relación con el hijo no se limita al homenaje, a la exaltación del cariño, sino que también encierra otros dramáticos contenidos, cuyo centro ético está en la lucha de la pureza con la impureza (“¿Vivir impuro? / ¡No vivas, hijo!”<sup>36</sup>). En esta lucha, el niño batalla por el padre, y triunfa de las tentaciones, no solo con su fuerza, como en “Tábanos fieros”, sino también con su debilidad, con esas “dos alitas” que lo llaman temblando al final de “Tórtola blanca”.<sup>37</sup> Por otra parte, el constante tema martiano de las energías sin empleo válido, del hambre de amor que no puede saciarse, del ansia redentora vagando impotente por el ámbito sin injusticias de la naturaleza, expresado en “Amor errante”, solo halla sosiego en el hijo: provisional sosiego, ya lo sabemos, porque el aplacamiento únicamente podrá venirle del sacrificio total de los últimos días, cuando llegue a sentir *en sí* “algo como la paz de un niño”.<sup>38</sup> En el momento de *Ismaelillo*, el “hijo del alma”, más que de la carne, flota sobre todo como salvador todopoderoso, capaz de resucitar al hombre muerto por la incompreensión de la mujer, por “la pena del mundo”, por el “espanto” de todo: ese *otro* muerto de que nos hablará con acentos tremendos en los *Versos sencillos*, y que aquí se ofrece íntegro al hijo, y en él, al futuro, al amor sin mancha, al sol del mundo.

No cabe en estas páginas, ni lo pretenden, un comentario exhaustivo de *Ismaelillo*. Su brevedad, como la aparente simplicidad de los *Versos sencillos*, resulta engañosa, porque es la brevedad de la síntesis simbólica, cuyo análisis puede tomar un tiempo insospechado. Nos quedamos, pues, con las ganas de estudiar la estructura de “Penachos vívidos”, poema en que el desborde, el exceso, el *más* de inspiración solar, logra una formulación perfecta; o bien, en el polo opuesto, el encanto como de nocturna flor vaga de “Valle lozano”, cuyo aroma viene de las canciones tradicionales retomadas por los místicos. Mejor así: la poesía solo soporta gustosa sus propias redes, y aún estas, en el caso de Martí, solo valen como alusiones a la libertad. Con nuestras palabras hemos querido únicamente situar el librito en su contexto espiritual y abrir algunas perspectivas al trasluz del texto mismo.

*Ismaelillo* es, no solo poesía altamente concentrada, sino además, en las páginas de su primera edición, un objeto poético precioso, por el esmero almado de su composición tipográfica y por los grabadillos deliciosamente alegóricos que, sin causalismo previsible, ilustran o adornan los poemas. Años después, en las páginas de *La Edad de Oro*, Martí desplegaría su arte de escoger grabados encantadores, a la vez escolares y poéticos, para una publicación destinada a los niños. En esta dedicada a “su” niño, el racimo

<sup>35</sup> *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 13, pp. 107. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

<sup>36</sup> JM: “Mi reyecillo”, *Ismaelillo*, OCEC, t. 14, p. 30.

<sup>37</sup> OCEC, t. 14, pp. 42 y 43.

<sup>38</sup> JM: Cartas a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, ob. cit., p. 228.

de uvas que parece un corazón, la paloma junto al arco y las flechas, el infante dormido en la hoja, son como emblemas serenadores de las candentes palabras. Nuestra atención es invitada a entrar, no solo en unos poemas, sino también en su paisaje ideal, sugerido por fragmentos agrestes y enigmáticos. No faltan la esfinge ni alusiones a la historia de Agar, la egipcia. *Ismaelillo* es también Cupido, el flechador, que llora misteriosamente, echado por tierra. La ardilla, la mariposa, la grulla, están en los blancos de estas páginas como en su casa, porque este librito, que es una joya de arte ardiente, no ha querido dejar de ser vida, realidad, naturaleza. El poemario se cierra, en el último grabado, con el grito del ánade salvaje, que Juan Clemente Zenea, en una de las intuiciones más profundas de la poesía cubana, oyó suscitando los ecos de la soledad nocturna, “llamado al Hijo errante de la mar”.<sup>39</sup>

### *Versos libres*

Ostentan los grandes poetas el don de ofrecernos ejemplo y riqueza de lo que anhelamos. Si uno busca primor, ellos lo esconden exquisito; si otro llaneza, ellos la entregan radiante y grave; si otro aún prefiere el tumulto imaginativo, solo verá en el escogido la cetrería de visiones. Martí es así para nosotros, no a causa de la obra perfecta o plenamente realizada, sino por el tono y el impulso, y por la integración de sus vislumbres. Como César Vallejo, tan distinto de él y a quien tanto hubiera amado, resulta mayor en sus intuiciones que en lo estrictamente poemático; y más nos penetra su voz que su escritura, con ser esta honor del idioma. Como poeta grande, no fanatizado con ninguna dimensión específica del hombre ni la letra, caritativo de esencias, descubre a cada uno, en sus versos, lo que mejor puede vivificarlo. Porque no hay un modo, sino mil, de leerle; y no vale hacerlo con el ojo crítico y la atención tasada, sino que, o nos levanta y nos enciende, o lo dejamos, con respeto, para sus afortunados amadores.

He aquí, pues, para nosotros, los versos de batalla, de tajo y minería, la lucha con el ángel del destino y de lo poético absoluto, en la obra de Martí. He aquí sus *Versos libres*. Escaleras, desgarrones, caos de luz, parece este libro que guarda siempre el calor de los borradores, de los papeles donde la tinta es sangre; y en efecto nunca cayó, en nuestra lengua, tan violento remolino de luz espiritual sobre la palabra como en estas páginas atestadas de visiones. Por eso nos llaman una y otra vez; por eso no acabamos nunca de atravesar ese paisaje fantástico y abrupto, con valles de tan intensa y dolorosa dulzura. Menos acabamos nunca de configurarlo.

Tiene siempre el surgir de la palabra de Martí una calidad de acumulación que parece referida no solo a la propia intimidad sino también a la suma de fuerzas, sensaciones y sentimientos que se agolpan en lo oscuro ancestral de la especie y hace estallar a cada instante su poder y fruición expresivos.

<sup>39</sup> Juan Clemente Zenea: “Recuerdo”, en *Cantos de la tarde*, Imp. La Antilla, La Habana, 1860.

No es ya la dimensión intuitiva del pensador y el poeta lo que primero nos asombra, sino sencillamente su don absoluto, gracioso, nato, de sacar a la luz más viva cuanto piensa, siente o ve. ¿Acaso puede decirse que hay una distancia discernible entre estas funciones? Quiero decir: ¿no reside el secreto de su estilo en una cierta rapidez interior, que continuamente tiende a vislumbrar la integridad de la persona, y en la que no solo pensamiento y sentimiento buscan un registro de equivalencia deslumbrante, sino que el paso de la visión a la expresión se verifica como en un solo tiempo del alma y el espíritu? Lo que Martí ve, en su interior y en el mundo, lo ve ya en sí mismo, y por sí mismo, sustancialmente, expresado. La sensación que él tiene no es que su mirada y su voz configuren, sino que el mundo está lleno, desborda de forma y sentidos.

Y, sin embargo, en los *Versos libres* lo vemos a veces — y es cuando más secretamente nos apasiona — luchar a brazo partido con la expresión, hacer saltar en astillas y lascas de luz las palabras, como si un sentido inabarcable, como si un hambre de lo inaudito, de la mística ventura de la posesión poética, lo encendiera y devorara.

Forman estos versos la región volcánica de su poesía. En el prólogo dice que ama el verso “ardiente y arrollador como una lengua de lava”.<sup>40</sup> El símil es perfecto. Y aún a sí mismo el poeta se ve incandescente de agonía, “roto en pedazos encendidos”, y nos invita a mirar su intimidad como un Hades humeante y furioso, como un infierno donde reinan la sequedad y el fuego. Véase, entre otros, el poema titulado “¡No, música tenaz, me hables del cielo!”. Pero ese infierno heraclíteo no es tanto una morada de castigo como una dolorosa fragua de vida mayor que irrumpe: “Empieza el hombre en fuego y para en ala”, escribe.

La fuerza irruptora de esta poesía, lo que pudiera llamarse su *pathos* volcánico, no tiene quizás paralelo en la lírica española. Hay poetas exclamativos del éxtasis, de la contemplación o de la ira. Martí es de estos, pero sus exclamaciones no se difunden en la tensión de un discurso poemático, sino que saltan como piedras o vapores empujados por un fuego secreto, abriendo un vacío en la sucesión. Hay también grandes poetas de lenguaje especular o contemplativo; el de Martí está siempre de pie, vibrando inmóvil o avanzando hacia las centelleantes visiones.

Con este libro nos sentimos ante el chisporroteo y el crepitar del verso en su horno. A veces, entre las chispas y los bloques ígneos, se vislumbra un fragmento bien fraguado, un trozo unido y radiante como joya tersa, o arma que aún vibra por la empuñadura, o flor que sale del fuego, sonriente y misteriosa. Pero lo común es que se agriete el molde por la fuerza expansiva del fuego que lo habita.

<sup>40</sup> JM: “Mis versos”, *Versos libres*, OCEC, t. 14, p. 81.

Otras veces no es fuego sino viento: “como el verso / Vivo en los aires, por la lira rota / Sin dar sonidos desolado pasa!”.<sup>41</sup> Es entonces el verso terrible y sin sonido, dominador e inapresable, que rompe el idioma del verso factual como un juguete y nos atraviesa dejándonos abrasados, impotentes, y vibrantes. ¡Qué fiebre de posesión, qué ira de impotencia salta a veces de este idioma! ¡Y qué capacidad de vibración tiene la palabra de Martí! Cruje como un bosque ardiendo, estalla como un oleaje grueso, corre destellando como el torrente por las piedras. Venga en buena hora el filólogo a desmontar los misterios fonéticos, a medir la respiración de este endecasílabo cuya interior, central y quemante libertad es tan distinta de las renovaciones modernistas. Pero habrá siempre que utilizar imágenes de la naturaleza — el potro, la llama, el torrente — para aludir a su fuerza y a su hechizo.

Esas imágenes, además, corresponden no solo a un estilo sino también a un pensamiento. Los *Versos libres* parten de la idea y la vivencia de que es preciso vencer el artificio con la naturaleza, la convención con la sinceridad. La poética de Martí, a ese respecto, es de estirpe claramente romántica, aunque logra una dimensión de inmediatez en lo humano que el romanticismo como escuela no conoció. Aquí el símbolo del verso es el caballo pujante y libre. Al invocarlo, en “Académica”, la idea de la libertad se une espontáneamente con la fragancia y novedad americana: “Y al sol del alba en que la tierra rompe / Echa arrogante por el orbe nuevo”. O en otro poema, equivalentemente: “Contra el verso retórico y ornado / El verso natural”.<sup>42</sup>

Esta poética simple y profunda del verso natural americano, que nos sueña más cerca de Whitman que de Darío, implica otras oposiciones y consecuencias. La primera y más típica, el contraste campo-ciudad, que Martí resuelve desde luego, al revés del esteticista Casal, con su apasionada vocación por lo agreste y lo cósmico, y que en los *Versos sencillos* dará su tono más acendrado. Muchos son los versos en que expresa la amargura de lo urbano: “Mi mal es rudo: la ciudad lo encona”,<sup>43</sup> “¡Me espanta la ciudad!”.<sup>44</sup> No se le escapa, sin embargo, y aquí es preciso recordar sus prodigiosas *Escenas norteamericanas*, la inmensa poesía de la ciudad moderna, que tanto encendió también a Whitman. Su acercamiento a los Estados Unidos, donde pasó los 15 años más intensos de su vida, no fue retórico y ocasional como el de Rubén Darío en el canto “A Roosevelt”, sino vivo y entrañable. Por eso nos sorprende en una estrofa de natural y cósmica exaltación esa imagen cuyo último verso enceguece por la premura de palabras atestadas de realidad, como borradas por la visión de lo inmediato, que es lo más lejano y lo más difícil

<sup>41</sup> JM: [Estrofa nueva], *Versos libres*, ob. cit., p. 168.

<sup>42</sup> OCEC, t. 14, p. 233.

<sup>43</sup> JM: “Hierro”, *Ismaelillo*, ob. cit., p. 106.

<sup>44</sup> JM: “Amor de ciudad grande”, *Versos libres*, ob. cit., p. 155.

de ver; y que encierran una escena de poesía tan urbana: “En fango, y nieve, y diario o flor pregona”.<sup>45</sup>

Y es que si en el campo Martí ve la cura de sinceridad y de pureza, la comunión con las fuerzas reales de la vida, en la ciudad descubre, más allá de la hipocresía, el artificio y el pecado, el rostro de los pobres, de la multitud que sufre, ríe y trabaja. Esa vasta poesía de lo simultáneo que se ha observado en las “Escenas norteamericanas”, y que solo tiene paralelo en los cantos mayores de Whitman, asoma a ratos en los *Versos libres*, ligada aquí al misterio de los pobres, y precisamente en el sentido whitmaniano de la superioridad de la inmediatez humana sobre las herencias de cultura. Habría que esperar más de medio siglo, a la plenitud de poetas como César Vallejo y Pablo Neruda, para encontrar en nuestro idioma la continuación del tono de ese fragmento que empieza: “Un obrero tiznado, una enfermiza / Mujer, de faz enjuta y dedos gruesos”.<sup>46</sup> Tono presente también en cierta página magistral y prevallejiana: “Yo respeto / la arruga, el callo, la joroba, la hosca / Y flaca palidez de los que sufren”.<sup>47</sup>

Pero sin duda sus acentos más apasionados y constantes son para la “Naturaleza siempre viva”, para la actividad de la imaginación cósmica, “de minotauro yendo a mariposa”.<sup>48</sup> fuente inagotable de formas, esplendores y simpatía. Ella, y no la mujer, es el único vaso que apaga la “sed de hermosura y amor”. Y el arte poética debe imitar, en el ímpetu y la delicadeza, su novedad siempre virgen, su misteriosa fantasía.

El pensamiento moral y religioso de los *Versos libres* ofrece, en un primer plano, íntima relación con este sesgo de su pensamiento estético. La naturaleza, sin embargo, es un poder esencialmente ambiguo, y raro es el amante de ella que, junto a la exaltación de la castidad y la plenitud espiritual, no experimente a su sombra las tentaciones de un panteísmo erótico. Por eso Martí escribe el poema titulado “Pomona”, único en esta colección que muestra indudable afinidad con el erotismo pagano de Darío.

Tan súbito canto de amor sensual y panteísta, donde se habla del “ritmo” y la “melodía” y el “filtro dulce” de la carne, y que termina con la evocación del “armónico gesto de Pomona”, tiene un sentido ejemplar de excepción en los *Versos libres*. El poeta incluso justifica el desahogo como ruptura de una tensión que era fatiga de impotencia, desempleo árido de sus fuerzas vitales. La idea de una energía creadora que se desperdicia, la encontramos de continuo en la prosa y el verso de Martí. Él nos habla de su “virtud inútil” y de las “fuerzas / Que cual tropel famélico de hirsutas / Fieras saltan de mí

<sup>45</sup> JM: “Media noche”, *Versos libres*, ob. cit., p. 138.

<sup>46</sup> JM: “[Estrofa nueva]”, *Versos libres*, ob. cit., p. 165.

<sup>47</sup> JM: “[Bien: yo respeto]”, *Versos libres*, ob. cit., p. 256.

<sup>48</sup> JM: “[Estrofa nueva]”, *Versos libres*, ob. cit., p. 167.

buscando empleo”.<sup>49</sup> Y se pregunta: “¿Dónde, Cristo sin cruz, los ojos pones? [...] ¿En pos de quién derramaré mi vida?”.<sup>50</sup> El hervor angustiado y convulso de los *Versos libres* — escritos entre los 25 y los 30 años — se debe cabalmente a que la forma del destino todavía no aparece diáfana a sus ojos.

Comprendemos que el sufrimiento y la aridez lo han hecho vulnerable a ese misterioso refrigerio, pero el tono jamás tiene la blandura y la cadencia de Darío en poemas como aquel que empieza: “¡Carne, celeste carne de mujer!”.<sup>51</sup> Darío es un poeta pánico, dionisiaco, por eso su visión del amor, que oscila entre la galantería, la lujuria y el panteísmo, acaba en “Lo fatal” abriendo la visión trágica de la muerte. En Martí se interpone siempre, como contradicción profunda a los poderes y encantos de la armoniosa naturaleza, el sentimiento de renuncia, deber y sacrificio. Esto lo lleva a ver la muerte como “clemente amiga” o “eterna madre invisible”, pero también a una intuición de lo femenino más aguda y luminosa. Y así, amador en el fondo de mayor ambición, descubre (como Juan Ramón, como Claudel) que “no es hermosa / La fruta en la mujer, sino la estrella”.<sup>52</sup>

En un segundo estrato, pues, el pensamiento ético y religioso de los *Versos libres* completa la idea de naturaleza, incluso como fuente de libertad y comunión, mediante el vislumbre de la función espiritual del dolor y el sacrificio. Martí siente la presencia de leyes en lo oculto. Toda su vida y su obra se explican por esa fe en una legalidad trascendente del mundo. De esa fe brota su confianza metafísica, que nada tiene que ver con la ilusión ni el optimismo, sino que está fundada en la seguridad de pertenecer a un orden esencialmente justo. Como Rimbaud descubría una fatalidad de ventura en el hombre, Martí descubre una fatalidad de justicia en el universo. Esa justicia, cuyas leyes abarcan la materia y el espíritu, puede ser amarga por nuestra culpa o espléndida por nuestro amor:

Hay leyes en la mente, leyes  
Cual las del río, el mar, la piedra, el astro,  
Ásperas y fatales: ese almendro  
Que con su rama oscura en flor sombrea  
Mi alta ventana, viene de semilla  
De almendro; y ese rico globo de oro  
De dulce y perfumoso jugo lleno  
Que en blanca fuente una niñuela cara,  
Flor del destierro, cándida me brinda,  
Naranja es, y vino de naranjo: —

<sup>49</sup> JM: “Hierro”, *Versos libres*, ob. cit., p. 107.

<sup>50</sup> JM: “Isla famosa”, *Versos libres*, ob. cit., p. 144.

<sup>51</sup> Rubén Darío: *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1952, p. 737.

<sup>52</sup> JM: “Hierro”, ob. cit., p. 106.

Y el suelo triste en que se siembran lágrimas  
 Dará árbol de lágrimas. La culpa  
 Es madre del castigo.

(“Pollice Verso”)<sup>53</sup>

Ved que no acaba el drama de la vida  
 En esta parte oscura! ved que luego  
 Tras la losa de mármol o la blanda  
 Cortina de humo y césped se reanuda  
 El drama portentoso!

(“Canto de Otoño”)<sup>54</sup>

La naturaleza, la historia, el espíritu: todo responde a leyes; un orden lo corona todo; el azar no existe. Esta idea es en él tan profunda, que en su dimensión religiosa la esperanza parece sustituida por la confianza. Confía en coincidir con las leyes de la luz, y cuando leemos las páginas de sus últimos Diarios, estamos seguros de que su poderoso candor trascendente no lo engañó. No podía engañarlo, porque esa confianza estaba entrañablemente unida al sacrificio, lo que le quitaba todo viso de paganismo para llenarlo, por vía natural y no dogmática, de las esencias de la revelación cristiana.

Martí piensa, y lo repite en los *Versos libres*, que el dolor debe ser gozosamente aceptado, y que solo por la aceptación sin condiciones ni flaquezas de la vida dolorosa, podemos salvarnos de volverla a vivir:

Porque el que en huelga y regocijo vive  
 Y huye del dolor, y esquiva las sabrosas  
 Penas de la virtud, — irá confuso  
 Del frío y torvo juez a la sentencia,  
 Cual soldado cobarde que en herrumbre  
 Dejó las nobles armas: y los jueces  
 No en su dosel le ampararán, no en brazos  
 Lo encumbrarán, mas lo echarán altivos  
 A odiar, a amar y batallar de nuevo  
 En la fogosa sofocante arena!  
 Oh! qué mortal que se asomó a la vida  
 Vivir de nuevo quiere?...

(“Canto de Otoño”)<sup>55</sup>

<sup>53</sup> OCEC, t. 14, p. 95.

<sup>54</sup> OCEC, t. 14, p. 116.

<sup>55</sup> *Ibidem*, pp. 116 y 117.

Idea extraña, que parece conciliar la actividad y mística alegría del sacrificio cristiano con creencias orientales en la vida cíclica según designios de castigo y purificación. El dolor es útil, de utilidad trascendente, porque nos redime de la vida, como si la vida fuera la materia combustible y el dolor el fuego que la transfigura. Hay en Martí un pragmatismo espiritualista y teleológico que nos recuerda una expresión común en la mística española: el “negocio del alma”. Para él, como para los místicos, hay que ser virtuosos y aceptar el sufrimiento, no porque estos sean “méritos”, sino porque son lo que realmente “nos conviene”, y lo que conviene a la invisible economía del orden en cuyo seno estamos. La belleza, el bien, el sacrificio, son antes que nada y en una medida incomparable, útiles. En la dedicatoria de *Ismaelillo* dice que tiene fe en “la vida futura” y en “la utilidad de la virtud”. Y en la última carta a la madre habrá de escribirle, como si este fuera su testamento religioso: “Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura”.<sup>56</sup>

Esa seguridad axiológica no le impedía ver la maldad o la corrupción del hombre, y sufrir con ella. Muy pronto la conoció. Estuvo siempre a su lado, bajo múltiples disfraces, hasta el final. En los *Versos libres* hallamos numerosas resonancias de su angustia, o, como él prefería decir, con palabra más activa, de su “espanto”. Ya en el segundo poema nos habla de memorias del presidio, como si esos recuerdos fueran secreta quemadura: “¡Zarzal es la memoria: mas la mía / Es un cesto de llamas!”.<sup>57</sup> En la página ese fragmento diríase un pedazo de idioma incandescente. Pasa el poeta enseguida de la anécdota de los recuerdos a la esencia de la memoria, para volver a aquella con enriquecimiento poético y doblada emoción histórica. ¡Qué vivacidad física cobran aquí los movimientos del alma! Pero hay sobre todo un poema terrible que deben leer los que se hagan una idea ligera de eso que hemos llamado la seguridad axiológica de Martí. Es el que comienza: “Yo sacaré lo que en el pecho tengo / De cólera y de horror”.<sup>58</sup>

Si tal es, a grandes trazos, el pensamiento de los *Versos libres*, ¿cuáles son los caracteres de su estilo? Desde luego se nota la preponderancia del verbo y el adjetivo como factores dinámicos de la expresión. La afluencia verbal es incesante, y por lo común el verbo aparece en presente, infinitivo o imperativo: como vehículo de la actualidad, la acción pura o la actividad urgente. No es Martí poeta de estados, sino de pasiones que acometen y batallas íntimas que súbitamente se le objetivan. Poco o ningún sitio hay aquí para las formas indefinidas o pasivas, para la vaguedad sentimental ni la evocación deleitosa o melancólica. Triste o colérico puede ser Martí, casi nunca melancólico. El presente y el infinitivo con frecuencia aparecen entre exclamaciones, como

<sup>56</sup> JM: A la madre, Montecristi, 25 de marzo de 1895, OC, t. 20, p. 475.

<sup>57</sup> JM: “Pollice verso”, *Versos libres*, ob. cit., p. 90.

<sup>58</sup> JM: “Yo sacaré lo que en el pecho tengo”, *Versos libres*, ob. cit., p. 221.

para darles mayor autoridad. Es imperioso siempre su verso libre. Hasta las añoranzas y las quejas tienen en él un tono directo y dominante. Los imperativos se enardecen aislados para la imprecación o la visión, o se agolpan y despeñan por la ruptura del endecasílabo, haciendo esas estrofas que parecen peñascos de inmóvil dinamismo, de capricho salvaje.

La adjetivación es siempre recia, con frecuencia sorpresiva, a ratos genial. Usa Martí el adjetivo sustantivador, el que alumbra la epifanía poética de una cosa, no el que acaba en pintoresca gala; o prefiere quedarse en una adjetivación prudente y sólida. No teme decir “el arrogante lomo”, “la fontana pura”, “yerba nueva”, o “llano oliente”, porque conoce el temple de sus clásicos latinos. Mejor aún tiene en la sangre a su Quevedo y su Cervantes, y escribe “añejas chupas”, “comido blasón”, “seca encía”, o: “Así, hueco y roído, al viento floto”.<sup>59</sup> Pero también se atreve a la creación graciosa, a la búsqueda de un absoluto personal en la adjetivación, y con soltura puede hablarnos de esos “Alegres recaderos de mañana, / Las lindas aves, cuerdas y gentiles”,<sup>60</sup> en un final inesperado. Sus adjetivos claves son: “oscuro”, “ígneo”.

La impulsión, la celeridad, la temperatura humana de los *Versos libres* no resultan propicias para el regodeo metafórico. La metáfora es órgano más bien de temperamentos voluptuosos, aunque sean de voluptuosidad o fruición “a lo divino”. Martí es a veces preciosista, por su gusto natural de las formas primorosas o magníficas, y su vivo sedimento de los clásicos. No desdeña decir: “del rizado jaspe / En que las ondas de la mar se cuajan”; o bien: “Tras los párpados blancos se veían / Aves de plata, estrellas voladoras”; ni aún escribir su línea calderoniana: “Pez que en ave y corcel y hombre se torna”. Pero lo más fuerte y decisivo en él son las imágenes que parecen imponérsele desde afuera como visiones. Cuando, al final de los *Versos libres*, nos habla del advenimiento de la poesía, rechaza la tentación del lujo preciosista y hasta de esos deliciosos “cuartetines / De flores campesinas”: toda la “obra, en fin, de suprema joyería”, para decirnos como ante la *presencia exterior* de una fuerza desconocida — ¡y qué entrañablemente actual y nuestro sentimos este cambio de registro en su voz!:

Mas de pronto una lumbré silenciosa  
Brilla; las piedras todas palidecen,  
Como muertas, las flores caen en tierra  
Lívidas, sin color [...]  
[...] apenas siento  
Por cierta voz del aire que conozco  
Su próxima llegada.<sup>61</sup>

<sup>59</sup> Ídem.

<sup>60</sup> JM: “Estrofa nueva”, ob. cit., p. 168.

<sup>61</sup> JM: “Mi poesía”, *Versos libres*, ob. cit., p. 229.

Ese silencio que brilla, esas piedras que palidecen, esa “cierta voz del aire” que él conoce, son los heraldos de la secreta y desconocida poesía, de la que luego dice, conmoviéndonos ya en nuestro propio idioma: “Baja; vierte en mi mano unas extrañas / Flores ”.<sup>62</sup> Porque una de las sorpresas de la poesía de Martí, es el surgimiento (junto a la abundancia natural de esos versos que salen “como las lágrimas de los ojos y la sangre a borbotones de la herida”), de lo que él mismo ha llamado “la extrañeza” de sus visiones.<sup>63</sup> Naturalidad y extrañeza, libertad y secreto, ese extraño contrapunto ahonda su poesía en una medida inesperada, y hace posible versos como, en “Homagno”: “Mis ojos solo, los mis caros ojos / Que me revelan mi disfraz, son míos”;<sup>64</sup> o al final del mismo poema: “Y la tierra en silencio, y una hermosa / Voz de mi corazón, me contestaron”.<sup>65</sup> Pero es en los *Versos sencillos*, por otra parte los más naturales y límpidos que escribió, donde la calidad de extrañeza cobra también mayor dimensión en las visiones.

La imagen nos deja impasibles, desligados. Ocurre en otro mundo. La vemos por una apertura que es como una silenciosa indiscreción. Las visiones en cambio, aunque también separadas esencialmente de nuestra vida, se agolpan contra nuestra mirada como contra un cristal, en un intento imposible de relacionarse activamente con nosotros. La imagen es silenciosa y desinteresada; la visión, muda e intencionada: viene para algo. Hay siempre un sabor dramático e imposible en las visiones. Por eso el poeta de imágenes — como Rimbaud, mientras no cae en el reverso infernal de las alucinaciones — goza de una especie de beatitud que detiene la sucesión; en tanto el poeta de visiones luce móvil, activo e integrador como Whitman en sus cantos simultáneos, o dramático y jadeante como a veces Martí: “¡Oh, qué visión tremenda! ¡oh, qué terrible / Procesión de culpables!”.<sup>66</sup> Pero es sobre todo extraordinario aquel momento de “Canto de Otoño” en que se abre un vacío en el impulso y el hervor poemático, y de golpe, como si el poeta se viera obligado a volver la mirada hacia *otro sitio* porque ha sentido la palidez, el brillo y el silencio de la aparición, exclama:

¡Hijo!... ¿Qué imagen miro? ¿qué llorosa  
 Visión rompe la sombra, y blandamente  
 Como con luz de estrella la ilumina?  
 ¡Hijo!... ¿qué me demandan tus abiertos  
 Brazos? ¿a qué descubres tu afligido  
 Pecho? ¿Por qué me muestras tus desnudos

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 230.

<sup>63</sup> JM: “Mis versos”, *ob. cit.*, p. 81.

<sup>64</sup> JM: “Homagno”, *Versos libres*, *ob. cit.*, p. 139.

<sup>65</sup> *Ibíd.*, p. 141.

<sup>66</sup> JM: “Pollice verso”, *ob. cit.*, p. 92.

Pies, aun no heridos, y las blancas manos  
 Vuelves a mí, tristísimo gimiendo?...  
 Cesa! calla! reposa! vive!<sup>67</sup>

Nótese el lenguaje angustioso de la visión: cómo abre los brazos, descubre el pecho, muestra los pies desnudos, vuelve las manos, gime sin sonido, y todo ello con una lejana elocuencia impedida, con una inmediatez intocable, con una lentitud de aparición que no puede entrar en el tiempo psicológico del poeta. Siento, me atrevo a decirlo, algo imponderablemente shakespiriano en este pasaje.

¡Pero cuántos pasajes espléndidos no habrá en los *Versos libres*! Precisamente Martí es poeta de relámpagos y carbunclos más que de poemas perfectos, aunque también los haya en esta colección bruñidos y radiosos, como “Árbol de mi alma”, de tan unida dulzura, isla clara de su verbo, que no podemos dejar de reproducir íntegro:

Como un ave que cruza el aire claro  
 Siento hacia mí venir tu pensamiento  
 Y acá en mi corazón hacer su nido.  
 Ábrese el alma en flor: tiemblan sus ramas  
 Como los labios frescos de un mancebo  
 En su primer abrazo a una hermosura:  
 Cuchichean las hojas: tal parecen  
 Lenguaraces obreras y envidiosas,  
 A la doncella de la casa rica  
 En preparar el tálamo ocupadas:  
 Ancho es mi corazón, y es todo tuyo:  
 Todo lo triste cabe en él, y todo  
 Cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!  
 De hojas secas, y polvo, y derruidas  
 Ramas lo limpio: bruño con cuidado  
 Cada hoja, y los tallos: de las flores  
 Los gusanos y el pétalo comido  
 Separo: oreo el césped en contorno  
 Y a recibirte, oh pájaro sin mancha!  
 Apresto el corazón enajenado!<sup>68</sup>

Para el amante de las glorias súbitas, de los instantes sorprendidos en la poesía, los *Versos libres* guardan mucho tesoro.

Y finalmente nos preguntamos: si no son modernistas (al menos del modernismo del primer Darío, único que él conoció), ¿son acaso románticos

<sup>67</sup> JM: “Canto de otoño”, ob. cit., pp. 117 y 118.

<sup>68</sup> JM: “Árbol de mi alma”, *Versos libres*, ob. cit., p. 202.

estos versos? La filiación romántica de Martí, ya lo hemos visto, no puede ser negada, en principio. Del romanticismo tiene el culto de la libertad, la naturaleza y la imaginación grandiosa; también el énfasis y la tendencia a filosofar en verso. Tales rasgos están a su vez contrapesados por otros que, si bien pudieran considerarse consecuencia del romanticismo, no pertenecen a este como escuela. En él, por ejemplo, la inmediatez cotidiana e íntima de lo humano vence a las generalizaciones retóricas; el desgarró en la expresión imposibilita la cadencia, la redondez de la pompa. El pulso entrecortado, el encabalgamiento incesante de los versos, llevan en todo caso la libertad a un grado de calor confesional, a una calidad de batalla del alma, que ningún poeta romántico había conocido en nuestra lengua. Se siente el sabor de las lágrimas, el brillo de la cólera. A ratos diríase un hombre que se vuelve súbito y airado para responder a una ofensa.

Mis versos van revueltos y encendidos  
 Como mi corazón: bien es que corra  
 Manso el arroyo que en el fácil llano  
 Entre céspedes frescos se desliza:  
 Ay!: pero el agua que del monte viene  
 Arrebatada; que por hondas breñas  
 Baja, que la destrozan; que en sedientos  
 Pedregales tropieza, y entre rudos  
 Troncos salta en quebrados borbotones,  
 ¿Cómo, despedazada, podrá luego  
 Cual lebrel de salón, jugar sumisa [...]?<sup>69</sup>

107

Si reunimos “revueltos y encendidos”, “arrebatada”, “hondas breñas”, “la destrozan”, “sedientos pedregales”, “salta en quebrados borbotones”, todo ello a la luz de la irrupción entrañable de la queja, y sentimos el ávido despeñarse de esos versos, tendremos, más que un mundo romántico, un mundo barroco.

Cierto que existen por lo menos dos barroquismos: uno vital o de la intimidad, otro formal o de la creación. En ambos, vida y obra se determinan mutuamente, pero hablamos de los rasgos decisivos. El primero, barroquismo del alma, tiene modelo hispánico en Lope; el segundo, barroquismo del espíritu, en Góngora. Lo barroco en Góngora, sin embargo, parece ser más el impulso creador que los resultados ofrecidos en las cimas de su expresión: unidad metáfora-imagen detenida en la luz. Martí en *Ismaelillo* y en los *Versos libres* está desde luego mucho más cerca del barroquismo humano de Lope, y de lo que Dámaso Alonso ha llamado el “desgarrón afectivo” en Quevedo.<sup>70</sup>

<sup>69</sup> JM: “[Mis versos van revueltos y encendidos]”, *Versos libres*, ob. cit., p. 210.

<sup>70</sup> Dámaso Alonso: “El desgarrón afectivo en la poesía de Quevedo”, en *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Editorial Gredos, Madrid, 1950, pp. 531-618.

El paisaje romántico de la noche cruzada de relámpagos y la visión apocalíptica de la naturaleza se trasladan aquí a las honduras reales del alma. El verso es recargado, pero no de metáforas, volutas ni ornamentos, sino, literalmente, de cosas: de cosas físicas y espirituales. Martí es, no sabría decirlo de otro modo, un poeta poderosamente *físico*: de luz y movimiento físicos. En él todo se mueve, brama o rompe, con la vivacidad de los elementos más rápidos: el viento, el agua y el fuego. ¿No hay, pues, un barroquismo natural? Ese sería el de Martí en los *Versos libres*: lo oscuro y lo ígneo, lo espumoso y lo volcánico, lo abrupto y lo extraño, el espanto, la ternura y la ira, buscando en la batalla de contrarios, en las agonías del alma, la unidad dolorosa del destino.

### *Versos sencillos*

Los tres primeros poemas de *Versos sencillos* son poemas que pudiéramos llamar de tema total, resúmenes aparentemente inconexos de una sabiduría donde lo personal y lo anónimo se funden. Aparentemente inconexos, decimos, porque el sistema de Martí, según hemos observado en otro sitio, consiste en “atacar un mismo asunto por varios lados o planos, sin transición ni enlace, en fuego graneado. Este modo aparece especialmente en los poemas I y III de la colección. En el primero, inmediatamente después de los versos: ‘Yo soy un hombre sincero / De donde crece la palma’, sin transición declara: ‘Yo vengo de todas partes / Y hacia todas partes voy’. Enseguida dice lo que sabe y lo que ha visto (‘yo sé’, ‘yo he visto’): el ápice de su experiencia en chispazos y sentencias que buscan siempre un sentido mayor, un *sobrepensamiento* intuitivo de la anécdota. Cada estrofa constituye unidad cerrada. El acento es categórico. Se han suprimido los enlaces y las comparaciones; desaparece (cumpliéndose uno de los ideales de Mallarmé) la servidumbre del ‘como’. La actividad verbal rige los versos; y entre dos verbos posibles, Martí prefiere el más activo, el más enérgico: donde pudiera decir: ‘Sacar mis versos del alma’, dice: ‘Echar mis versos del alma’. El asunto es uno: la unidad contradictoria y dolorosa de la vida; pero no hay transiciones, discurso, secuencia. En esa reducción a lo esencial está la madurez poética de Martí. En ese atacar cada vez desde un ángulo distinto, en ese despegar de toda continuidad lógica y retórica, está para mí la cubanidad intrínseca de su madurez”.<sup>71</sup> Diríase el estilo de estos poemas un símbolo de la guerra de guerrillas.

A estas observaciones quisiera añadir las de Fina García Marruz, que van más lejos, sobre la función del enlace invisible o trascendente en estos versos. Según ella: “en realidad los *Versos sencillos* son décimas truncas, décimas a las que se les hubiera suprimido el enlace de los dos versos centrales para dejarlas convertidas en cuartetos reveladoras no ya de un enlace visible sino

---

De Quevedo dijo Martí: “que ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos, con su lengua hablamos”. (JM: “El centenario de Calderón”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 28 de junio de 1881, OCEC, t. 8, p. 131.).

<sup>71</sup> Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, ob. cit., pp. 220-221.

de un enlace trascendente". Después de estudiar el proceso de esta idea en Martí, desde su artículo titulado "Las Reformas" (1873) hasta su discurso "Los pinos nuevos" (1891), Fina concluye comentando una frase de este discurso ("la muerte da lecciones"), con palabras que a mi juicio aclaran el sentido espiritual del libro:

Por eso puede escribir a la entrada de los *Versos sencillos*: "Yo sé..." con la superior sencillez de las ondas que nada más dicen que todo se enlaza. Pero no solo el sufrimiento o la muerte dan lecciones sino también la Naturaleza, "maga que hace comprender lo que no dice", le ha enseñado una correspondencia armónica en las distintas esferas de lo real.

Ya ha aprendido el papel del sufrimiento en el orden. "El diamante, ante que luz, es carbón". Por eso no vemos ya aquí los carbunclos de los *Versos libres*. Su poesía ya no increpa, ya no proclama, sino que, transida, se serena y comprende: "Callo y entiendo".

De ahí el paralelismo de las imágenes en tantas estrofas de los *Versos sencillos* – el oro en el crisol como el sol en el bosque eterno, el arroyo y los pobres –, imágenes que se relacionan sin tocarse, a manera de los círculos concéntricos, en que el enlace lógico queda suprimido para dejar abierta la alusión trascendente o el enlace invisible, y como si la realidad natural prefigurase, sin saberlo, una realidad del espíritu:

Yo sé de un amo aterrado  
Que vuelve al redil y expira, –  
Y de un corazón cansado  
Que muere oscuro y sin ira.<sup>72</sup>

A partir del número IV, encontramos poemas de tema específico, dedicados a unidades de experiencia que exigen un tratamiento lineal o contrapuntístico, pero ceñido a su asunto único. Ese asunto puede ser amoroso, plástico, simbólico, patriótico, filial, onírico. Lo que los unifica es la forma sencilla, transparente y popular (aunque a veces el contenido no lo sea): la entonación de la voz, la melodía. He aquí, precisamente, lo que ahora en verdad nos interesa. Mas para llegar a ello tendremos que hablar, quién lo diría, de política y revolución.

Lo primero que llama la atención en estos versos de la madurez de Martí, es la coyuntura histórica, la ocasión en que fueron escritos. Él mismo lo hace constar en el prólogo: "Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos".<sup>73</sup> Es decir, fue aquel

<sup>72</sup> Cf. Fina García Marruz: "Los versos de Martí", en *Temas Martianos* (con Cintio Vitier), Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969, pp. 258-259.

<sup>73</sup> JM: "[Mis amigos saben]", *Versos sencillos*, ob. cit., p. 297.

invierno de 1889 a 1890 en que se celebró en Washington la Conferencia Internacional Americana, primera maniobra diplomática de penetración imperialista continental, dirigida por el Secretario de Estado, James G. Blaine. En marzo del 89 había salido Martí al encuentro de las injuriosas consideraciones sobre nuestro país aparecidas en *The Manufacturer* de Filadelfia y *The Evening Post* de Nueva York, con su vibrante artículo *Vindicación de Cuba*. El 19 de diciembre de ese año pronunció en la Sociedad Literaria Hispano-Americana, en honor de los delegados a la mencionada Conferencia, el relampagueante discurso que es un paralelo histórico de la gestación de las dos Américas y una toma de conciencia de nuestra América frente a la otra; el discurso en que se dice, con acento profético que rebasa los tiempos de Bolívar: “¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola”,<sup>74</sup> y se declara ya clarísimamente: “No vivimos, no, como siervos futuros”.<sup>75</sup> ¿Y de quién podríamos ser “siervos futuros” sino de los Estados Unidos que organizaban aquella Conferencia bajo el signo del “águila de López y de Walker”? Aquel artículo, este discurso, eran ya proclamaciones antimperialistas, como lo fueron, en grado aún mayor, las crónicas que sobre el Congreso envió a *La Nación* de Buenos Aires, especialmente la fechada el 2 de noviembre de 1889. Allí se leen estos juicios premonitorios, de una lucidez asombrosa:

110

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite [es decir, del Congreso], urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

[...]

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarles el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora. ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo [...]

[...]

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear

<sup>74</sup> JM: “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, ob. cit., p. 138.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 140.

sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?

[...]

¿A qué invocar, para extender el dominio en América, la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning, para impedir en América el dominio extranjero, para asegurar a la libertad un continente? ¿O se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro?<sup>76</sup>

Puntualiza Martí en este artículo las maniobras expansionistas de Norteamérica y concluye adelantando la idea clave de sus últimas cartas a Henríquez Carvajal y a Mercado, con la cual toda esta crónica tiene íntima relación: la idea de nuestra América como el punto más sensible, en el futuro, del “equilibrio del mundo”.

Ahora bien, ¿qué tienen que ver estas ideas y angustias, estas certeras premoniciones antimperialistas, con los *Versos sencillos*? Aquella “agonía” en que vivió durante los días del Congreso, nos dice Martí en el prólogo, lo obligó a una breve cura de reposo campestre. “Me echó el médico al monte: corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos”.<sup>77</sup> En lo más inmediato y visible, estos versos nada tienen que ver con aquella agonía política. Si alguien los leyera sin conocer el prólogo ni el autor, quizás no pudiera descubrirles más significación que la estrictamente lírica; quizás, incluso considerando la mayoría de sus poemas, calificase al autor de poeta puro o desasido de los problemas políticos. Cierta crítica de raíz demagógica pretende que el poeta que no habla explícita y combativamente de su pueblo y del sufrimiento y la lucha de los humildes, no ama a su pueblo ni le importan ese sufrimiento y esa lucha, ignorando el valor transpositivo de la poesía, su capacidad para librar la batalla en otros planos y, sobre todo, la trasmutación (no traición) de la realidad en que ella consiste siempre, incluso cuando parece expresarla por modo directo. Si pensamos, no solo en estos versos, sino en toda la poesía de Martí, sorprende el poco lugar que en ella ocupa la lucha política y social como tema. ¿Se trata de que Martí era, por un lado, un revolucionario y por otro un cultivador del verso? Todo lo contrario: se trata de que Martí era tan sustantivamente revolucionario que no tenía que convertir la revolución en tema, porque todo lo que él escribía era sustancialmente revolucionario, en un plano u otro, pues la revolución de la expresión en él se conectaba íntimamente con la revolución histórica y política.

Volviendo al prólogo de los *Versos sencillos*, pudiera también pensarse que esa conexión, en este caso, se reducía a la que puede haber entre un gran sufrimiento y un alivio, compensación o consuelo. Algo de esto hay, pero cuando Martí nos dice: “Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos

<sup>76</sup> JM: “Congreso Internacional de Washington”, *La Nación*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1889, OC, t. 6, pp. 46, 56, 57, 61.

<sup>77</sup> JM: “Prólogo a los *Versos sencillos*”, Nueva York, 1891, OC, t. 6, p. 143.

del corazón”,<sup>78</sup> y pensamos que ese corazón es el mismo que se angustiaba por los peligros de América, empezamos a sospechar otra conexión más profunda, que no se refiere solo a los asuntos sino también a la forma y el acento. Es como si, después del artículo vindicador, después del discurso definidor, después de la crónica premonitoria, Martí contestara de otro modo a los incipientes imperialistas con un canto de esencia americana, entonado en la inocencia de la naturaleza, único ámbito intocado por la ambición, única realidad mediadora entre las dos Américas. Y desde allí cantara como no lo ha hecho nadie desde el seno del paisaje de nuestra América, proponiendo completo el tipo de plenitud humana a que apuntan por sus rasgos y posibilidades nativas nuestros pueblos, con argumento tan inesperado y profundo contra el imperialismo como pudiera serlo el canto de un sinsonte, la belleza de un palmar, el rostro de una guajira. Sí, del dolor de los peligros continentales surgieron estos versos, mas también como encarnación viva de América, como ejemplo de lo que en su mejor esencia puede ser. Y si con algo tienen que ver en lo más íntimo es con el decisivo ensayo, publicado en *El Partido Liberal* de México el mismo año 1891, que tituló Martí “Nuestra América”, en el que leemos: “¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y reborando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos”. O bien: “El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América”.<sup>79</sup> Porque estos versos, por el impulso, el sabor y el acento esencialmente populares, lo primero que ofrecen es una imagen prístina y en cierto modo arquetípica del hombre americano, de su sabiduría primigenia, frente al hombre de Europa y frente al hombre de la América sajona.

112

Yo soy un hombre sincero  
De donde crece la palma,  
Y antes de morirme quiero  
Echar mis versos del alma.<sup>80</sup>

¿Qué es esto? Muy poco, al parecer, y sin embargo, todo. Todo el acento, toda la melodía, todo el ser y el alma de una inmensa región del planeta. La contrastación que Darío quiso hacer un tanto didácticamente en su oda “A Roosevelt”, Martí la realiza sin decirlo, sumiéndose sencillamente en su propia voz, asumiendo la voz del pueblo sin tipicismo, como sustancia y esencia, en versos de absoluta oralidad y que piden desde su fuente misma la guitarra, la guajira, la tonada eterna. Este fue el acierto intuitivo de Julián

<sup>78</sup> Ídem.

<sup>79</sup> JM: “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891, OC, t. 6, pp. 21 y 22.

<sup>80</sup> JM: *Versos sencillos*, I, ob. cit., p. 299.

Orbón hacia los años 50 cuando descubrió la posibilidad y maravilla de cantar esos versos con la música de la Guantanamera; y no deja de ser significativo que esa música se refiera a la región de Cuba donde está clavada la expansión imperialista que Martí denunció, hace más de un siglo; y no es raro que en nuestros días la conjunción de estos versos y esta música, al popularizarse en el mundo, se haya convertido en tonada revolucionaria: tan revolucionaria, por cierto, cuando dice “Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar”<sup>81</sup> como cuando canta “Si dicen que del joyero / Tome la joya mejor, / Tomo a un amigo sincero / Y pongo a un lado el amor”.<sup>82</sup> Porque lo revolucionario de estos versos, entrañablemente unidos a esa tonada, no es tanto lo que dicen como lo que *son*: su ser americano, del cual el antimperialismo surge como una necesidad intrínseca, como una consecuencia inexorable.

No se trata, además, simplemente, de un regionalismo frente a otro. Sin perder nunca el sabor precioso de la tierra propia, y como flor de ella misma, esta cubanidad y americanidad sustancial martiana se caracteriza por la transparencia y la apertura:

Yo vengo de todas partes,  
Y hacia todas partes voy:  
Arte soy entre las artes,  
En los montes, monte soy.<sup>83</sup>

He aquí formulada la universalidad específicamente americana, cuyas raíces habría que buscarlas en el mestizaje de sangres y culturas que nos funda y en la teluricidad abierta, comunicante, del espacio de nuestras islas y nuestro continente, al que Martí llamó “el continente de la luz”.<sup>84</sup> Universalidad que, a la hora de la asimilación y la creación cultural, no reconoce fronteras ni contradicciones de escuelas y modas, sino que todo lo integra en un fecundo sincretismo; y que, a la hora de la militancia junto a “los pobres de la tierra”, se torna sin dificultad, sin precisar fundamentaciones teóricas, fraternidad universal: “Yo vengo de todas partes / Y hacia todas partes voy”. Y en los dos versos que siguen, ese “yo” que es Martí y es nuestra América, se declara tan hijo del Arte (es decir, de la Cultura) como de la Naturaleza, sin dualidades, rencores ni complejos, revelando otra de las facetas de su diamante original: la vocación absoluta de libertad. Porque, en el falso planteamiento de “civilización y barbarie”, tan esclavos seríamos fanatizándonos con la Cultura como fanatizándonos con la Naturaleza: “Arte soy entre las artes, / En los montes, monte soy”.

<sup>81</sup> JM: *Versos sencillos*, III, ob. cit., p. 303.

<sup>82</sup> JM: *Versos sencillos*, I, ob. cit., p. 300.

<sup>83</sup> *Ibíd.*, p. 299.

<sup>84</sup> JM: “Nuestra América”, ob. cit., p. 20.

El ser de ese “monte”, en definitiva, sustenta en el americano toda posible cultura, todo arte válido, por el jugo de sus raíces telúricas, por la apertura de su luz comunicante, por la magia y la imaginación de su humanidad indígena y mestiza. “El mestizo autóctono — dice Martí en “Nuestra América” — ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.<sup>85</sup> Lo verídico, para él, es siempre natural, y, por otra parte, la naturaleza no es enemiga de la imaginación ni del espíritu. Por eso en el ensayo sobre Emerson declara: “Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza”.<sup>86</sup> Hay que ver con qué naturalidad, en el poema III de los *Versos sencillos*, pasa de la idea del templo natural a las imágenes oníricas del obispo que sale de noche a cantar en una carroza tirada por dos pájaros azules. El bosque ¿no es la patria de los gnomos y las hadas? La naturaleza ¿no es la madre de la magia y el sueño? Pero es también la que da las más altas lecciones espirituales:

Todo es hermoso y constante,  
 Todo es música y razón  
 Y todo, como el diamante,  
 Antes que luz es carbón.<sup>87</sup>

En estos cuatro versos está formulada la filosofía de los *Versos sencillos*. Lo que ellos dicen, lo dice también la forma misma del libro: el 4 de la cuarteta, que pitagóricamente significa la plenitud de la creación; el octosílabo, que es la medida más espontánea y natural, la célula métrica primigenia del verso y la prosa, del habla popular castellana; la rima alterna, que es la que mejor corresponde a los ritmos de la naturaleza: el de las olas en la playa, el de las ramas movidas por el aire. Dentro de cada verso, los pies caminan también con la mayor naturalidad y ajuste al pulso normal del universo: al correr de los arroyos y las nubes, al ritmo de los días y las noches, al ciclo anual de las estaciones, al giro de los astros. Hay en los *Versos sencillos* una coincidencia total del hombre con la naturaleza. A partir de esa coincidencia, de ese centro que es lo que hemos llamado *el fondo de la forma* de estos versos, Martí puede diversificar su canto en temas específicos como “la niña de Guatemala” o “la bailarina española” o “Yo tengo un paje muy fiel” o “Estoy en el baile extraño”, pero toda esa gama pasional, plástica, onírica o simbólica, no logra romper el ritmo fundamental, el flujo perenne de la armonía cósmica que es el hallazgo incommovible de Martí en estos versos. Toda esa gama, en suma, no es más que facetas del diamante que antes que luz fue

<sup>85</sup> *Ibíd.*, p. 16.

<sup>86</sup> JM: “Emerson”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 19 de mayo de 1882, OC, t. 13, p. 26.

<sup>87</sup> JM: *Versos sencillos*, I, ob. cit., p. 301.

carbón. El orden justiciero del mundo, lo que él mismo llamó en “Nuestra América” (a propósito de la “identidad universal del hombre”, negadora de todo racismo), “la justicia de la naturaleza”,<sup>88</sup> es la intuición más profunda de este libro, intuición que venía agónicamente vislumbrando desde los *Versos libres*. La libertad, allí, era una batalla con los enigmas del destino; aquí, una entrega amorosa al destino, ya develado, como lucha no solo contra la opresión española sino también contra el agazapado enemigo de la América de Juárez y Bolívar, y en definitiva, del “equilibrio del mundo”. Hay que tener la audacia de ver ese “equilibrio del mundo” en correspondencia con la “justicia de la naturaleza”. Hay que tener el valor intelectual de comprender que para Martí historia y naturaleza, es decir el reino secular de la injusticia y el reino inmutable de la justicia, tenían que ser llevadas a un ajuste, a una comunión, y que ese era el fin último de su poesía, de sus creencias religiosas, de su posición antimperialista, de su acción y su pensamiento revolucionario.

La palabra “revolución”, no lo olvidemos, significa en primer término el giro de los astros. Ese giro ha simbolizado siempre, desde los tiempos más remotos, la justicia del ser. La intuición original de esa justicia se basa en la idea del sacrificio. Cada cosa se sacrifica en algo para que las otras sean; de lo contrario todo sería fuego, o todo agua, o todo pájaro, o todo hombre. “El sol – dice Heráclito – no rebasará sus medidas”.<sup>89</sup> Y en el libro de Job leemos: “¿Quién encerró con puertas la mar?”.<sup>90</sup> El mismo Dios se retira para que la creación exista, de lo contrario todo sería Dios; y, en la revelación cristiana, envía a su Hijo, que es Él mismo, para que se sacrifique por los hombres. De esa justicia fundada en el sacrificio de todas las cosas, es ejemplo y símbolo el armonioso giro de los astros, la platónica música de las esferas que emana de la justicia del número, enseñada por Pitágoras, presente en las más antiguas teogonías. Donde decimos “número” podemos decir, desde luego, “ley” o “razón”. “Lo que es ley en el curso de un astro por el espacio – dice Martí –, es ley en el desenvolvimiento de una idea por el cerebro. Todo es idéntico”.<sup>91</sup> O bien: “Todo es música y razón”. He aquí el verso platónico y pitagórico, que apunta a la armonía del cielo estrellado; pero esa armonía es el fruto de un sufrimiento, de un sacrificio, de una combustión, como lo sabían Anaximandro y Heráclito y los estoicos. Como lo sabe, en el más alto grado, Cristo.

Estas ideas elementales, es decir radicales, ¿no son la esencia de todas las revoluciones históricas? Sí, porque el fin último que la revolución histórica persigue es alcanzar, en el mundo humano, la justicia y la armonía que reinan en la naturaleza: dicho metafóricamente, hacer coincidir la revolución política

<sup>88</sup> JM: “Nuestra América”, ob. cit., t. 6, p. 22.

<sup>89</sup> José Gaos: *Antología filosófica*, La Casa de España en México, 1940, p. 83.

<sup>90</sup> Job, 38, 8.

<sup>91</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 9 de mayo de 1885, OC, t. 10, p. 197.

con la “revolución” de los astros; expresado con palabras del propio Martí, hacer coincidir “el equilibrio del mundo” con “la justicia de la naturaleza”. Y esas ideas, por lo mismo, ¿no son la esencia del antimperialismo? ¿No es la esencia del imperialismo el leviatánico poder, la fuerza ciega que se opone a que los otros sean, el impulso incoercible de Roma o Norteamérica a derramarse por el orbe, a que todo sea Roma o Norteamérica? ¿No es la lucha antimperialista una lucha por la justicia, por el orden y la equidad suma del ser?

Todo eso, me diréis, ¿está en los *Versos sencillos*? Y yo contesto: sí, como está en los Salmos de David la concepción hebrea del mundo; como está en el *Quijote* la vocación de España; como está en Whitman el traicionado ímpetu de la democracia norteamericana. No se trata de comparar grandezas, sino de entender signos. El signo de estas “flores silvestres” es la naturaleza americana, entendiendo por naturaleza: 1) lo popular nativo, abierto y comunicante, que da la melodía de la tonada eterna; 2) la equidad, el equilibrio, la justicia del ser que corresponde a esa espontánea y perenne frescura de lo popular; 3) el templo donde el hombre ha de consumir la plenitud de su conciencia. Comprenderlo cabalmente sería comprender tanto la naturaleza como el espíritu. Entre las muchas dualidades que superó —el arte y la vida, lo culto y lo popular, el individuo y la comunidad, la palabra y la acción—, esta de la naturaleza y el espíritu es sin duda la fundamental. Si es cierto, como pensaba José Ortega y Gasset, que el hombre no tiene naturaleza sino historia (idea explícita o implícita en toda la filosofía contemporánea), Martí pensaba que la historia del hombre tenía que ser una conquista de la naturaleza, no solo como fuente de recursos y energías, sino además como fuente de su propio ser, de su propio espíritu. Esa conquista de la naturaleza por la historia no implica ninguna vuelta a estadios primitivos, sino todo lo contrario, el acceso a una justicia caracterizada por la comunidad de la conciencia. Cuando Martí dice, en el prólogo al “Poema del Niágara” de Pérez Bonalde, que “el genio va pasando de individual a colectivo”,<sup>92</sup> quiere decir lo mismo que el Padre Teilhard de Chardin cuando este como paleontólogo afirma que de lo Individual, la antropogénesis pasa a lo Colectivo.<sup>93</sup> El sentimiento de comunidad humana planetaria, como vivencia personal y como visión profética, late en estos sencillos versos de Martí:

Duermo en mi cama de roca  
Mi sueño dulce y profundo:  
Roza una abeja mi boca  
Y crece en mi cuerpo el mundo.<sup>94</sup>

<sup>92</sup> JM: “El poema del Niágara”, Nueva York, 1882, *OCEC*, t. 8, p. 150.

<sup>93</sup> Teilhard de Chardin: *La aparición del hombre*, Taurus, Madrid, 1967, pp. 155-158.

<sup>94</sup> JM: *Versos sencillos*, ob. cit., p. 304.

Mas para llegar a esa plenitud, para gozar de esa justicia y merecer ese descanso y ese crecimiento, es necesario el heroísmo. Hacia el final de los *Versos sencillos*, rompiendo por única vez la armonía del libro, irrumpe “a la luz del alma”, la pavorosa visión de los héroes tutelares. La relación entre la historia y la naturaleza se ilumina aquí de un modo cegador. Al fondo del bosque de las “flores silvestres”, estaban los “claustros de mármol” en cuyas galerías los héroes terribles exigen que su sacrificio no haya sido inútil; y cuando oyen al poeta visionario decir que el heroísmo ha muerto, iracundos lo arrasan y saltan colosales de la piedra, blandiendo en el espantoso blancor de esa visión onírica, la espada vengadora. El ritmo dichoso de la tonada se ha roto para recordarnos que todo lo anterior era, no evasión, pero sí, por la esencia de la forma, profecía; y que lo que nos espera, para realizar esa profecía, es una lucha inexorable. Porque los enemigos de la justicia solo podrán ser vencidos en batalla:

Échame en tierra de un bote  
 El héroe que abrazo: me ase  
 Del cuello: barre la tierra  
 Con mi cabeza: levanta  
 El brazo, ¡el brazo le luce  
 Lo mismo que un sol!: resuena  
 La piedra: buscan el cinto  
 Las manos blanca: ¡del soclo  
 Saltan los hombres del mármol!<sup>95</sup>

117

Finalmente, para que no queden dudas acerca de la identificación integral de estos versos y Martí, en el último poema los sella con la Poética de la absoluta encarnación humana de la poesía. El verso aparece allí como el Cireneo de la cruz de la vida:

Yo te quiero, verso amigo,  
 Porque cuando siento el pecho  
 Ya muy cargado y deshecho,  
 Parto la carga contigo.<sup>96</sup>

Y no solo Cireneo, sino Cristo verbal, asumidor sufriente de las pasiones, medio catártico donde ellas se desfogan para dejar purificada la vida:

Mi vida así se encamina  
 Al cielo limpia y serena,  
 Y tú me cargas mi pena  
 Con tu paciencia divina.<sup>97</sup>

<sup>95</sup> *Ibíd.*, p. 351.

<sup>96</sup> *Ibíd.*, p. 352.

<sup>97</sup> *Ídem.*

Nada de esto podría hacerlo el verso si no se hubiese convertido en el poeta mismo, en el hombre mismo. Martí revolucionario se hace uno con su verso. Es ya el verso hecho carne, el *hombre-poesía*, la integración ontológica de la palabra, la acción y el destino:

Verso, o nos condenan juntos,  
O nos salvamos los dos!<sup>98</sup>

Esta inaudita Poética, solo alcanzada también por César Vallejo, es el punto más alto del espíritu de Nuestra América.

---

<sup>98</sup> *Ibíd.*, p. 353.

## CAPÍTULO V

### *Teatro*

119

**Y**a tuvimos ocasión de comentar, en los Capítulos I y II, el “poema dramático” escrito por Martí, significativamente, “para *La Patria Libre*”, a sus quince años, cuando apuntaba esa natural confluencia de la vocación literaria y la vocación política que los años profundizarán y enriquecerán.

De “Abdala” ha dicho Fina García Marruz: “el drama se despliega con excesiva rapidez porque en realidad no está sucediendo en más tiempo que en el de la conciencia del joven atormentado por estas imágenes dolorosas de la patria, la madre, las hermanas, enamorado ya de un destino glorioso y trágico”. Y más adelante:

Importa leer esta obra primeriza, más que por su valor literario, por su valor de documento para entender la perfecta coherencia de su escritura y de su vida en la que no hay hilo suelto, palabra sin consecuencia, promesa sin consumación. El nervio, el fuego, de sus mejores páginas posteriores partirán de este radical eticismo. En cuanto a la importancia humana, no ya literaria, de la obra, está en que lo que promete el niño, lo cumplirá el hombre. Como bien dice Abdala, solo un rayo podría detenerlo.<sup>1</sup>

Durante su primera deportación en España, entre 1872 y 1874, aborda Martí un teatro muy distinto, teatro de ideas y conflictos morales íntimos, con su drama en prosa *Adúltera*, sobre cuyo tema anotó: “todos presentan este amor simpático; yo lo presento repugnante. Todos, contagiados del espíritu infame, hacen natural, y, en cierto modo lógica consecuencia de pasiones atenuantes, el amor de la mujer. Yo lo hago, como casi siempre es, frío, brutal y carnal. Lo desnudo de belleza porque no la tiene, ni la merece”. Tampoco acepta el lugar común de que el amante sea “el predilecto amigo”: “¿por qué no ha de

---

<sup>1</sup> Fina García Marruz: “Martí y el teatro”, en *Temas Martianos* (con Cintio Vitier), Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969, p. 271.

haber amigos fieles? Mi amigo es como deben ser y como algunos son". En cuanto al amante "es un brillante imbécil, con lo que resalta más la enormidad de la culpa". No menos atípica es la forma, por lo que dice: "Es un drama apasionado y extraño en la forma, real en la esencia y en la observación de caracteres".<sup>2</sup> Y en su segunda versión, a la vez que insinúa una nueva dimensión (la del teatro dentro del teatro), pone en boca de Grosman, el marido, estas caracterizadoras y en cierto modo alucinantes palabras:

Hiciera yo para el teatro obra tal, que conmoviese de espanto y de amor: llamaría *Carne* a la mujer, *Vileza* al amante, *Respeto* al engañado esposo. No cuidaría yo de entradas y salidas, ni de preparar dramáticas situaciones: entren y salgan los personajes por donde puedan, con tal que diga yo lo que en tales instantes se sufre.

No trabaaría una acción: pintaría un hombre.<sup>3</sup>

Es decir, el protagonista principal sería el autor de la obra que estamos presenciando o leyendo: dramaturgo y pintor de sí mismo: el drama como autorretrato: la escritura como *otro teatro*. Y, desde luego, teatro para ser leído es sobre todo *Adúltera*, si bien en su segunda versión, parcialmente abreviada y con tan importante añadido, gana en posible eficacia escénica.

"Este desdén por las trabazones, enredos, cuidado de entradas y salidas —nos dice Fina García Marruz—, este dejar a las pasiones desnudas que hablen y digan lo suyo, recuerda el teatro de Unamuno. La pregunta de Freud: '¿qué hombre mata a una mujer?' la pudiera hacer el Alejandro de *Todo un hombre*. Es como un teatro sin teatro, interior, despojado". Y resume así su juicio, después de señalar el visible influjo de Echegaray, sobre el cual escribió y habló varias veces Martí en sus años juveniles:

*Adúltera*, no obstante cierta atmósfera nórdica, ibseniana, que la envuelve, es quizás la obra más española que escribió Martí. Presenta uno de esos casos de "honra" tan caros al teatro hispano. Su fuerte eticismo da por momentos en una dureza rara en su autor. El conflicto lo anticipa y casi lo agota el título, permaneciendo inalterable a partir de él, sin que depare más sorpresa que la del gesto final de Grossermann, que "se vuelve y tiende lentamente y sollozando los brazos hacia Fleish". Este silencioso gesto parece equilibrar la excesiva presencia de la palabra en este drama, en que casi no hay acción, y la unilateralidad moral del personaje. La anotación "lentamente" da idea no de un impulso irreflexivo sino de un gesto casi sacramental de rescate a la caída de la esposa, de un rescate doloroso. La escena pierde la rigidez calderoniana para revelar una situación de doble desamparo, y "el esposo ofendido" no mata a la infiel, como era de rigor, sino que "se vuelve y tiende lentamente

<sup>2</sup> José Martí: "[Notas relacionadas con *Adúltera*], *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 1, p. 243. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

<sup>3</sup> JM: "Adúltera", OCEC, t. 1, p. 206.

y sollozando” los brazos hacia ella. Es un gesto desgarrado, que contiene más sustancia dramática que la obra toda.<sup>4</sup>

No hay que olvidar que es obra de los 19 o 20 años, inspirada en experiencia que el propio autor describe así:

A los 18 años de mi vida, estuve por las vanidades de la edad, abocado a una grave culpa: — Lo rojo brilla y seduce, y vi unos labios muy rojos en la sombra; pero interiormente iluminado por el misterioso concepto del deber, llevé la luz a la tiniebla, y vi de cerca todos sus horrores. — Entonces, espantado, pensé en todo lo que habría de sufrir un alto hombre si con él se intentase lo que con otro hombre había osado yo pensar; y por intuición del sufrimiento bárbaro, sin haberlo en mí sentido, ni vivido jamás, ni conocido jamás, ni esbozado jamás en plática alguna semejante alteza en el dolor, pinté fogosamente en tipo eterno, si no por lo que ha de durar, porque el tipo que le dio origen dura, — aquel humano abismo en que se cae cuando del cielo de la creencia, trocados en brazos de barro los que creíamos cintos de rosas, caemos a los infiernos de las dudas.<sup>5</sup>

121

Esta confesión parece haberla escrito Martí durante los debates que sobre el idealismo y el realismo en el arte tuvieron lugar en el Liceo de Guanabacoa, villa próxima a La Habana, en marzo de 1879. Reiterando su preferencia por “el teatro de arquetipos”, en aquella misma ocasión, que debió traerle a la memoria el “tipo eterno” a que aspiró en *Adúltera*, anotó también: “Harpagón, ser copiado, nos hace cambiar de objeto y mirar a otro.

Prometeo — personificación idealista — nos hace mirar a lo hondo de montes y llevar luego los ojos a lo hondo de los negros cielos. ¡Oh! Rían los hechos para reír: y copien los que solo saben copiar”.<sup>6</sup> Así como en el Liceo Hidalgo, en México, le salió al paso a cierto materialismo positivista, propenso al determinismo biológico-social, que a la larga se revelaría reaccionario, en el Liceo de Guanabacoa refutó un cierto realismo de mera copia o de exageración morbosa e inútil, corrientes que ya había censurado en el teatro mexicano y que podían convertirse en máscara estética, importada de Europa con los atractivos de la moda, para el mantenimiento solapado o inconsciente del *status quo*. Sus figuras dramáticas preferidas fueron Prometeo, Fausto, Hamlet, Segismundo: todos, arquetipos trágicos de rebeldía. El idealismo que defendió el joven Martí frente a Varona y a Montoro, frente al positivismo y al autonomismo en Cuba, como frente a los “científicos” mexicanos, nada tenía que ver con la filosofía germánica del *yo*, sino con los ideales revolucionarios que, a la altura de su tiempo, pedían un arte rebelde, creador y trascendente.

<sup>4</sup> Fina García Marruz: “Martí y el teatro”, ob. cit., pp. 278, 279.

<sup>5</sup> JM: “[Notas relacionadas con *Adúltera*]”, ob. cit., p. 244.

<sup>6</sup> JM: “[Apuntes para los debates acerca del idealismo y el realismo en el arte]”, *OCEC*, t. 6, p. 53.

En circunstancias objetivas y subjetivas muy diversas a las señaladas para *Adúltera*, el 19 de diciembre de 1875 estrenó Martí en el Teatro Principal de México el proverbio en un acto *Amor con amor se paga*, juguete improvisado en un día para complacer a su amigo el actor Enrique Guasp de Peris, quien lo representó con la actriz Concepción Padilla. Tiene esta obrita dos méritos: la versificación gentil y la introducción (ya no solo insinuación, como en *Adúltera*, pero sin ninguna trascendencia) de un “teatro dentro del teatro”. A la seca eticidad española sucede aquí — como si pasáramos del ámbito calderoniano a la ligereza lopesca — un “juego de donaires” que se sitúa en un contexto criollo juvenil, por primera vez, para Martí, libre y excepcionalmente feliz, en el que — nos dice Fina García Marruz — “el humor y la cortesía dan a las relaciones casi un aire de madrigal y corte, pero con el encanto de la atmósfera liberal, limpiamente republicana, del México del Presidente Lerdo”.<sup>7</sup> *Ella y Él* juegan a escenificar el mismo proverbio que están representando, con el dichoso desenlace previsible, y este final transparente:

122

Mas piensa, público amigo,  
 Que cuando el alma se espanta  
 Y se tiene en la garganta  
 Fiero dogal por testigo,  
 La inteligencia se abraza  
 Y el alma se empequeñece,  
 Y cuanto escribe, parece  
 Obra mezquina y escasa.  
 En este juguete mira  
 Caprichosa distracción  
 De un mísero corazón  
 Que por hallarse suspira.  
 [...]
 Nada mejor puede dar  
 Quien sin *patria* en que vivir,  
 Ni mujer por quien morir,  
 Ni soberbia que tentar,  
 Sufre, y vacila, y se halaga  
 Imaginando que al menos  
 Entre los públicos buenos  
 Amor con amor se paga.<sup>8</sup>

“Se lee sonriendo, se termina sin darnos cuenta. Se ve que esa mano tiene mucha más fuerza, pero que no ha querido en esta ocasión emplearla toda, como no la emplea el que carga una jarra con flores. [...] Es una obrilla de

<sup>7</sup> Fina García Marruz: “Martí y el teatro”, ob. cit., p. 273.

<sup>8</sup> JM: “Amor con amor se paga”, *OCEC*, t. 3, p. 233.

‘entretenimiento’, al ‘modo clásico’, incluso con esa ligera afectación que daba su encanto al teatro anterior al de pretensión realista. Pero a pesar de ser un ‘juguete’ hay en él una atmósfera auténticamente teatral, en el sentido de ‘farsa’. Sentimos una atmósfera de entreacto, de candilejas, de voz fuerte de actriz resonando en un teatro pequeño”.<sup>9</sup> A Concha Padilla se le atribuyeron amoríos con Martí, que ella desmintió. Desde un palco contemplaba el éxito del cubano la hermosa compatriota – “la erguida pasionaria” – que iba a ser su esposa: Carmen Zayas Bazán.

Por encargo escribió también Martí “en unos cinco días” el drama indio *Patria y libertad* sobre la independencia de Guatemala, representado por los alumnos de la Escuela Normal el 21 de abril de 1877. En este “borrador dramático”, como él lo calificó, de inspiración americanista y propósito escolar, se encuentran ya algunas de las ideas revolucionarias claves de Martí, surgidas al contacto con las realidades sociales y con la naturaleza de México y Centroamérica. Así, en primer término, la idea de irrupción ético-telúrica en la voz del Indio vitoreado por el pueblo:

La conciencia dormita, no está muerta,  
Y el día que tremenda se sacuda,  
Catedrales y encajes dan en tierra.<sup>10</sup>

Más adelante aparece la idea de moderación (“¡Mil veces se ha perdido la justicia / por la exageración de la violencia!”) que conduce al planteamiento consagrado muchos años después en el discurso “Con todos, y para el bien de todos” y en el *Manifiesto de Montecristi*. Dice Martino, figura central del drama, tras haberse declarado voz de Hidalgo, “mirada ardiente de Bolívar”, “rayo / de la eterna justicia, en que abrasada / América renace, / desde las fuentes donde el Bravo nace / hasta el desierto bosque paraguayo”:<sup>11</sup>

Mas este continente de Bolívar,  
Rompiendo el yugo que nuestra alma agobia,  
Abre los brazos generosamente  
Al español, y su grandeza invoca;  
Al español que en la defensa nuestra  
De España muere en las terribles horcas.  
A ese español yo lo honraré en mi mesa,  
Y le daré a mi hermana por esposa.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Fina García Marruz: “Martí y el teatro”, ob. cit., pp. 273, 274.

<sup>10</sup> JM: “Patria y libertad”, OCEC, t. 5, p. 119.

<sup>11</sup> JM: “Fragmentos de *Patria y Libertad*”, OCEC, t. 5, p. 145.

<sup>12</sup> JM: “Patria y Libertad”, ob. cit., p. 129.

Asoma ya aquí, en la Escena VI del Acto Primero, la expresión “nuestra América”, que Martí saturará de sentido histórico y profético. La voz de Martino, la más recia del drama, increpando a Don Pedro parece anunciar algunas de las reflexiones del ensayo que con ese título, en 1891, diagnosticará los males crónicos de Hispanoamérica:

Serviles nos hicisteis, ignorantes,  
 Insípidos doctores,  
 Teologuillos y míseros danzantes,  
 De manos insolentes besadores, —  
 Y ¿queréis que a la cumbre de la vida  
 Llegue próspera y libre nuestra suerte  
 Si la tierra dejáis estremecida  
 Con las semillas todas de la muerte?<sup>13</sup>

Llama la atención que en la ya citada carta testamento literario a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, tan drástica en la exclusión de versos anteriores a *Ismaelillo*, recuerda sin embargo que el guatemalteco Antonio Batres guardaba el manuscrito inédito de *Patria y libertad*, cuya versificación, por lo demás, quedaba muy lejos de la “musa nueva” que lo visitara por primera vez en 1881. Tampoco por sus valores dramáticos era notable *Patria y libertad*, y Martí ni siquiera nombra a *Adúltera*, su mayor empeño teatral. Lo que nos parece explicar aquella mención es el planteamiento que en dicha obra se hace de un cristianismo popular y revolucionario frente a la Iglesia aliada al poder colonial. Sea esto cierto o no, dicho planteamiento es lo que hoy más nos interesa.

En unas notas donde esboza el argumento del “drama indio”, Martí llama al protagonista, Martino (su evidente heterónimo), “Amor de Jesús”.<sup>14</sup> Ese “Amor de Jesús”, el indio Martino, es el que, al escandalizarse el padre Antonio (representante de la Iglesia colonialista) ante sus ideas subversivas y exclamar “¡Jesús!”, le replica:

¡El nombre del Sublime  
 Blasfemia me parece en vuestras bocas! —  
 ¡El que esclavos mantiene, el sacerdote  
 Que fingiendo doctrinas religiosas  
 Desfigura a Jesús, el que menguado  
 Un dueño busca en apartada zona;  
 El que a los pobres toda ley deniega,  
 El que a los ricos toda ley abona;  
 El que, en vez de morir en su defensa,

<sup>13</sup> JM: “Fragmentos de *Patria y Libertad*”, ob. cit., p. 146.

<sup>14</sup> JM: “Nota de Martí sobre el Drama indio”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 18, p. 155. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

El sacrificio de una raza explota,  
Miente a Jesús, y al manso pueblo enseña  
Manchada y criminal su faz radiosa!<sup>15</sup>

Haciéndose el sordo, el padre Antonio vuelve a exclamar: “¡Criminal el Señor!”, lo que da pie a Martino para expresar a plenitud su posición; la misma que, con diversos modos, lenguajes y acciones, defienden hoy tantos teólogos y cristianos revolucionarios:

¡Criminal fuera  
Si apoyara tu borla y tu corona! —  
Si mi padre Jesús aquí viniese  
Dulce la faz en que el perdón enflora;  
Si al indio viera mísero y descalzo,  
Y al Santo Padre que salud rebosa;  
Si de los nobles en las arcas viera  
Trocada sin esfuerzo en rubias onzas  
La carga ruda que a la espalda trajo  
India infeliz que la fatiga postra;  
Si en las manos de uno el oro viera  
Y la llaga en la mano de la otra,  
¿De qué partido tu Jesús sería: —  
De la llaga o del arca poderosa?  
¡Responde! No: — respondes Jesús mismo,  
Tu sentencia la ha dicho por mi boca.<sup>16</sup>

125

Tremendo pasaje, en el que (a pesar de un verso infortunado, el que se dedica al Santo Padre, explicable por la prisa con que se hizo esta obrita) hay tres aspectos que señalar. Primero, la idea del trabajo como mercancía, de su conversión en riqueza física para el explotador (lo que está en la Epístola Universal de Santiago 5, 4). Segundo, la elocuencia del planteamiento final, que pudiera ser el título simbólico de una obra en que se resumiera la historia humana: *El oro y la llaga*. Tercero, la identificación de Martino, “Amor de Jesús”, con Jesús mismo, en el espíritu de las palabras de Cristo en Mateo 25, 34-46.

La pregunta sigue resonando: “¿De qué partido tu Jesús sería?”. De nada vale decir: no tomo partido por unos ni por otros, sino por Jesús, porque Jesús prefirió a “los pobres de la tierra”, con los que Martí echó su suerte, lo cual no significa odiar la *persona* (el alma) del rico, pero sí condenar (y combatir) al rico en cuanto explotador, defraudador (“matador”, es la idea recurrente en las Escrituras y la Patrística) que convierte la llaga en oro. En este punto no hay escapatoria y el ajuste de las palabras de los profetas y de Cristo y sus

<sup>15</sup> JM: “Patria y Libertad”, ob. cit., p. 131.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 132.

discípulos con las de Martí en *Patria y libertad* es innegable y de una sobrecogedora actualidad.

No hay, pues, que confundir el anticlericalismo de Martí, consecuencia orgánica de su anticolonialismo en una época en que la Iglesia Católica, por el llamado Patronato Regio, resultaba de hecho inseparable de la Corona española, con ningún género de anticristianismo ni de antirreligiosidad.<sup>17</sup> Por el contrario, distinguió claramente “la religión de Jesús, toda grandeza, pureza y verdad de amor”, de sus “malos sectarios” y de “los olvidos de la caridad cristiana a que, para afirmar un poder que han comprometido, se han abandonado los hijos extraviados del gran Cristo”. Y para que no queden dudas afirmó: “Todo pueblo necesita ser religioso. No solo lo es esencialmente, sino que por su propia utilidad debe serlo”.<sup>18</sup>

Su rechazo de lo que llamó “el edificio impuro del Papado”<sup>19</sup> tampoco lo llevó a una antipatía sistemática. Cuatro años después de *Patria y libertad*, en una de sus crónicas sobre Italia, publicadas por *La Opinión Nacional*, de Caracas, hace un amable retrato de León XIII, “el humilde y trémulo anciano”, y exclama a propósito de una ceremonia de canonización: “¡Oh! ¡qué misterio, un alma de Pontífice!”.<sup>20</sup> Ese mismo año, 1881, y en el mismo periódico, escribe: “Solo los seres superiores saben cuánto es racional y necesaria la vida futura. Pues vivir, ¿qué es más que ser águila, encerrada en ruin jaula, en que viven a par búhos y palomas? ¡Ha de venir la atmósfera radiante donde puedan, camino del sol, volar las águilas!”.<sup>21</sup>

Seis años después, defendiendo apasionadamente la conducta del padre McGlynn, hostilizado por el Obispo de Nueva York a causa de su prédica favorable a las ideas sociales de Henry George, y apoyado por la feligresía

<sup>17</sup> El texto más señaladamente anticlerical de Martí, “Hombre del campo” (quizás escrito también en Guatemala y que permaneció inédito) está dirigido a liberar al campesino de la sujeción supersticiosa al cura indigno. La situación que allí se describe era frecuente y lamentable. Los argumentos, sin embargo, se debilitan al olvidarse que la eficacia del bautismo, como de todos los sacramentos, no reside para el creyente en la dignidad personal del sacerdote. La mayor fuerza la alcanza esa página en sus líneas finales: “Ese Dios que regatea, que vende la salvación, que todo lo hace en cambio de dinero, que manda las gentes al infierno si no le pagan, y si le pagan las manda al cielo, ese Dios es una especie de prestamista, de usurero, de tendero. / ¡No, amigo mío, hay otro Dios!”. (JM: “Hombre del campo”, OC, t. 19, p. 383.)

<sup>18</sup> Cf. “Hay en el hombre...”, en OC, t. 19, pp. 391-392. Véanse también los apuntes titulados “Que el Papa viene...”, en OC, t. 19, p. 392, y “La Iglesia es astuta...”, en OC, t. 19, p. 393, este último en relación con los juicios que más adelante se citan en torno al caso del padre McGlynn.

<sup>19</sup> JM: “La excomunión del padre McGlynn”, *El Partido Liberal*, México, 1887, OC, t. 11, p. 244.

<sup>20</sup> JM: “Italia”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 1881, OC, t. 14, p. 288.

<sup>21</sup> JM: “Francia”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 1 de abril de 1882, OC, t. 14, p. 247.

irlandesa, Martí demuestra una vez más su ausencia de sectarismo al declarar:

Se ve cómo pueden haber, sin alarma de la libertad, la poesía y virtud de la Iglesia en el mundo moderno. Se siente que el catolicismo no tiene en sí propio poder degradante, como pudiera creerse en vista de tanto como degrada y esclaviza; sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jerarcas de la Iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe. Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república. ¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente a la iniquidad hombro a hombro, y echan a volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! ¡La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen! ¡Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!<sup>22</sup>

Volviendo al género teatral, por el que Martí sintió tanta atracción como repulsión por su tendencia al “efectismo”, en uno de sus Cuadernos de Apuntes registra el proyecto de “tragedia simbólica de los tiempos presentes”, con el tema del secuestro de la estatua de Chac Mool por el arqueólogo norteamericano Augustus Le Plongeon, suceso al cual dedicó numerosos comentarios. El argumento lo resume, dentro del *pathos* de irrupción de la conciencia a que ya aludió en *Patria y libertad* (“Espíritu del país, dormido aparentemente, pero capaz por su propia energía, de surgir y obrar en un momento crítico”, dice ahora), con el siguiente esquema: “Acto I. Aparición de la estatua. — Júbilo, frenesí de los indios. Fanatismo. A besar la mano. Le p. Acto II. A la guerra llaman. Intervención de la raza del Norte para su propio provecho. Rapiña. Acto III. El indio se despierta. Las razas se levantan”.<sup>23</sup> Todo ello en el espíritu de lo que afirma en “Autores americanos aborígenes” (1881) y otros escritos: “Hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América”.<sup>24</sup> En cuanto a la forma, sugiere algo del mayor interés: “Un verso

<sup>22</sup> JM: “El cisma de los católicos en Nueva York”, *El Partido Liberal*, México, OC, t. 11, p. 139. El 20 de julio de 1887 fechó Martí su crónica titulada “La excomunión del padre McGlynn”, aparecida en *El Partido Liberal* de México y en *La Nación* de Buenos Aires. La excomunión llegó al Arzobispo de Nueva York el 1.º de julio, provocando la dolorosa indignación que Martí asume y expresa con tanta elocuencia. El proceso, sin embargo, no estaba definitivamente cerrado, y el 23 de diciembre de 1892 el padre McGlynn fue restablecido “en la plena comunión con la Iglesia”, lo que celebraron multitudinariamente sus feligreses la víspera de Navidad. Cf. Manuel Maza Miquel, sj., “León XIII, José Martí y el padre McGlynn. Un esforzado luchador social en Nueva York a fines del siglo XIX”, en *Estudios Sociales*, Santo Domingo, abr.-jun. 1991, pp. 43-63.

<sup>23</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 16, OC, t. 21, p. 359.

<sup>24</sup> JM: “Autores americanos aborígenes”, *La América*, Nueva York, abril de 1884, OC, t. 8, p. 337.

silbante, singular, distinto. —Verso de acento. —Todo lo que los indios ignoran, verso de acentos graves, ligeros: poesía nueva”.<sup>25</sup> Lástima grande que no pudiera llevar Martí esta “poesía nueva”, de raíz sin embargo indígena, al teatro americano, por cuya autoctonía tanto abogó desde su periodismo de México hasta las páginas de *Patria*; y más si se considera que Chac Mool, con cuya figura en posición fetal se dibujó el propio Martí, era para él figuración mítica de la unidad de *todas las razas*.<sup>26</sup> Indígena, sí, pero no “indigenista”.

En su carta testamento también apuntó: “*Mis escenas*, núcleos de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a la luz”.<sup>27</sup> Por las pocas que se han rescatado en las *Obras completas* tenemos la impresión de una gran originalidad. Se trata de dramas comprimidos, expuestos en poquísimas escenas de gran intensidad, sin desarrollo. Se trata de esencializar el teatro, de dar solo momentos de clímax. En varios casos se refieren a experiencias personales, o parten de ellas. Experiencias que pueden ser imaginarias, como cuando una mujer vista al pasar, “la de los grandes ojos, fea infeliz, en el almacén de Front St. viniendo de Bath”, le sugiere la transformación, la dicha y belleza de que sería capaz si fuese amada “sin brutalidad ni maldad ni violencia”.<sup>28</sup> En 1978 se dio a conocer otro apunte “Para las *Escenas*” que Martí presenta así: “Y ahora viene la cuestión toral —la cuestión del matrimonio. La eterna pregunta. Y ¿tú casarías a tu hija con un negro?”. Después de minuciosas consideraciones sobre tema tan espinoso para la época, en las últimas líneas parece sugerirse la posible solución teatral:

¿Por dónde empezará la fusión? Por donde empieza todo lo justo y lo difícil, por la gente humilde. Los matrimonios comenzarán entre las dos razas entre aquellos a quienes el trabajo mantiene juntos. Los que se sientan todos los días a la misma mesa,<sup>29</sup> están más cerca de elegir en la mesa su compañera, que los que no se sientan nunca en ella. De abajo irán viniendo de esa manera.<sup>30</sup>

<sup>25</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 16, OC, t. 21, p. 360.

<sup>26</sup> Cf. Cintio Vitier: *Temas Martianos*, segunda serie, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1982, p. 70.

<sup>27</sup> JM: Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Montecristi, 1 de abril de 1895, OC, t. 1, p. 26.

<sup>28</sup> JM: “Fragmentos”, OC, t. 18, p. 181.

<sup>29</sup> Se refiere a la mesa de trabajo de los tabaqueros en los talleres de esa manufactura en Cuba y en la emigración revolucionaria.

<sup>30</sup> JM: “Para las escenas...”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos* 1, La Habana, 1978, pp. 33-34.

Esta concepción de las *Escenas* (y no se olvide que así llamó también a sus crónicas norteamericanas) se relaciona con el breve y sustancioso artículo “El teatro cubano”, publicado en *Patria* el 26 de marzo de 1892. Allí escribió: “Y nos cuentan que hay quien se ensaya en poner en escena, sin tramas inútiles, los cuadros augustos o típicos de los días únicos por donde el cubano se enseñó en toda su altura: de los días de la guerra”. Viene enseguida el esbozo de tres escenas “mambisas”. Concluye Martí: “Y así, con esa libertad de la naturaleza, puede nacer nuestro teatro épico. ¿Para cuándo habrá acabado su obra nuestro poeta?”.<sup>31</sup> El poeta era él, quien sin duda prefirió escribir su obra con sus actos, como “los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son”,<sup>32</sup> según le escribió a María Mantilla, desde Santiago de los Caballeros, el 19 de febrero de 1895.

---

<sup>31</sup> JM: “El teatro cubano”, *Patria*, 26 de marzo de 1892, OC, t. 5, p. 319.

<sup>32</sup> JM: Cartas a María Mantilla, OC, t. 20, p. 214.

## CAPÍTULO VI

### *Novela*

130

**A** petición de una amiga, Adelaida Baralt, escribió Martí —“durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres” — su única novela, *Amistad funesta*,<sup>1</sup> publicada con el seudónimo de Adelaida Ral en varias entregas de *El Latino Americano* (Nueva York, 1885). Ocurrió esto durante el amargo período de retiro político (1884-1887) que sucedió a la grave desavenencia con los generales Gómez y Maceo. Por el borrador de un proyectado prólogo sabemos que alguna vez pensó editar dicha novela con el nombre de la protagonista: *Lucía Jerez*.<sup>2</sup> Allí el autor la llama “novelucha”, la considera “inútil”, la califica de “grandísima culpa” y dice de sí mismo en tercera persona:

Ya él sabe bien por dónde va, profunda como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás. Menos que todas, tienen derecho a la atención novelas como esta, de puro cuento, en las que no es dado tender a nada serio.

El asunto, dice, se lo dio “un suceso ocurrido en la América del Sur en aquellos días”, unido a la evocación de “sus propias observaciones y recuerdos”. Puntualiza también más adelante los requisitos del encargo: “En la novela había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna

---

<sup>1</sup> Todas las citas de *Amistad funesta* proceden del tomo 18 de las *Obras completas* de José Martí, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, pp. 189-278. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

<sup>2</sup> JM: “Lucía Jerez”, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 22, pp. 229-312. (También se pueden ver aquí las citas señaladas). [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

pasión pecaminosa; y nada que no fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes. Y había de ser hispanoamericana”.

Con tan poco gusto por el género, “sin alarde de trama ni plan seguro”, y obligado a cumplir los requerimientos convencionales de una novela “rosa”, Martí realizó, sencillamente, una pequeña obra maestra, poblada sin embargo, para la futura valoración crítica, de equívocos posibles. Es el primero y más importante el que se refiere a su condición “esteticista”. En un memorable estudio, que inició la revalorización, crítica y especialmente estilística de *Amistad funesta*, Enrique Anderson Imbert subrayó la situación ya aludida en que Martí compuso este “puro cuento”, y dijo: “Fue excepcional que su esteticismo, repentinamente libre de represiones morales, pudiera solazarse en una novela”; y más adelante: “Fue su despedida del esteticismo”, si bien no se le escapa que “la exigencia ética se hace oír por encima del disfrute estético”.<sup>3</sup> A este disfrute, no obstante, se aplica toda la sabiduría del crítico, partiendo de una contradicción que no existió en Martí, para quien la moral no fue nunca una “represión”, sino la raíz misma de la belleza. Esto es lo que, ofuscado el lector o el crítico por el relumbre de tanta belleza “artística” en apariencia autónoma, y por las asimilaciones indudables de maestros como Gautier, Baudelaire, Flaubert y los hermanos Goncourt, no suele percibirse en estas páginas donde la limpieza moral lo preside todo, donde la luz estética y la luz ética se identifican en la “gran necesidad de blancura” que simboliza la magnolia, como la bondad y la belleza frente a la otra pareja inseparable: el mal y la fealdad. Por eso la refinada descripción de objetos de arte y libros preciosos no se contraponen, casualmente, a la “vida”, mucho menos al bien, ni se desliga nunca de su función moral: “Mejora y alivia el contacto constante de lo bello”. “Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo influyó Juan, una impresión de fe y de luz”.

En Juan Jerez puso Martí mucho de sí mismo (como también algo en Manuelillo y en el pianista Keleffy). En su proyecto de prólogo advertía: “Juan empezó con mejores destinos que los que al fin tiene, pero es que en la novela cortó su carrera cierta prudente observación, y hubo que convertir en mero galán de amores al que nació en la mente del novelador dispuesto a más altas empresas”. Esa latente disposición al sacrificio heroico, esa “nostalgia de la acción”, está presente, a pesar de todo, en el Juan Jerez de la novela, joven abogado de casa rica, de quien dice el “novelador” como pudiera decir de sí mismo: “Era de la raza selecta de los que no trabajan para el éxito sino contra él”; “se sentía Juan, allá en sus determinaciones de noble mozo, como un sacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía que ir dándoles perpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del buen uso de su investidura”, y esa investidura era su propia inteligencia, de la que dijo Martí

<sup>3</sup> Enrique Anderson Imbert: “La prosa poética de José Martí. A propósito de *Amistad funesta*”, en *Memoria del Congreso de escritores martianos*, Comisión Nacional del Centenario, La Habana, 1953, pp. 570-616.

en un apunte íntimo: “Poseer inteligencia no es más que el deber de emplearla honestamente”.<sup>4</sup> Como la capacidad artística, la capacidad intelectual está en él sujeta a una eticidad que es el eje de Juan Jerez, cuyas ideas sobre la educación americana y los peligros del desarraigo cultural son las de Martí, así como su poesía es la de los *Versos libres*: “Poeta genuino, que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho”.

Entra Juan Jerez en la casa de su prima y novia Lucía por un zaguán “de baldosas de mármol pulido, espaciosas y blancas como sus pensamientos”. Se ve aquí la fusión de ética y estética que caracteriza a todo el libro desde la emblemática magnolia que preside la casa de Lucía con sus “grandes flores blancas”, de las que dice el novelador ya en el inicio: “El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza”. Tocamos ahora otro equívoco frecuente, el de pensar que la pulcritud caballerosa con que se describe a las muchachas amigas — Ana, Lucía, Adela, Leonor o Sol — puede confundirse con una idealización excesiva y superficial según la cual las mujeres, como opina Anderson Imbert, “han sido angelizadas”. Es cierto que Juan Jerez — como probablemente el joven Martí — veía en la mujer “más el símbolo de las hermosuras ideales que un ser real”. Es cierto que abundan los ejemplos, bien estudiados por Anderson Imbert, de presentación de las muchachas en especies de “cuadros vivos”. Pero no es cierto que la única “pincelada sobre la fealdad humana” esté en el pasaje donde se lee: “Los indios, en verdad, descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecen llagas”. Esto no es, en rigor, fealdad sino contrastante miseria que mueve a piedad, latente en la palabra “llagas”. (Juan Jerez, por otra parte, se caracteriza como un incansable defensor de los derechos de los indios a sus tierras.) La verdadera fealdad está agazapada en el interior de algunos hombres y mujeres blancos, de la clase acomodada. Así de “las muchachas en flor” dice el novelista, inmediatamente después de una escena idílica: “¡ay, en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío o impasible, que les mora en el alma!”. Insistir en lo que de “pájaros azules” hay en *Amistad funesta*, sin ver el bestiario sombrío que los completa, no es justo. Del “sombrero arrogante y amenazador” de Lucía se dice que se le desbordaban “del costurero las cintas carmesíes, enroscadas sobre el sombrero de Adela como una boa sobre una tórtola” (típica muestra del expresionismo martiano); y más adelante, al describirse la merienda de chocolate en tazas de coco, se llega a una identificación emblemática de cada personaje con un animal, *totem* psíquico que

<sup>4</sup> JM: “Otros fragmentos”, OC, t. 22, p. 327.

se anticipa muchos años a la sistematización de esta idea en los relatos simbólicos (“El hombre que parecía un caballo”) y utópicos (*El mundo de los maharachías*), de Rafael Arévalo Martínez:

En tres colas de ardilla se asentaba la taza de Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardillas, como a un mar de nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de cola de tres plumas, larga la del centro como una flecha verde, se asían a los bordes de la taza de Ana; ¡el quetzal noble, que cuando cae cautivo o ve rota la pluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza de Lucía eran dos pumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación de dos enemigos que se acechan: descansaba sobre tres garras de puma, el león americano. Dos águilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro, la del buen mozo Pedro, dos monos capuchinos.

De las tres amigas dice Martí al principio que estaban “en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen”, y aunque esto es cierto y defiende a la novela del reproche que se le ha hecho de no presentar caracteres bien definidos, también es cierto que, dentro de esa imprecisión necesaria y encantadora, en cada una hay, manifestada, a través de imágenes artísticas, como la profecía de su propio destino; y especialmente en Lucía, vencida al cabo por los pumas que la desgarran: ferocidad de los celos que la turban, la obsesionan y la enajenan. Para calar la profundidad de los celos que literalmente poseen a Lucía —y que de modo sobrecogedor prefiguran los que diez años después iban a consumir en la realidad a Juana Borrero, según se comprueba en su alucinado epistolario con Carlos Pío Uhrbach—<sup>5</sup> no puede omitirse el largo pasaje de tan honda penetración en la dialéctica de los celos y su vicioso círculo infernal, expresados por la pluma de Martí con participante desvarío que palabra a palabra va agudizando su implacable, encarnizada precisión:

Juan, yo no sé qué es, ni sé para qué te quiero, aunque sí sé que te quiero por lo mismo que vivo, y que si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismo te estoy mintiendo, yo creo que no sé por qué te quiero, pero debo saberlo muy bien, sin notarlo yo, porque sé por qué pueden quererte los demás. Y como si te conocen, han de quererte como yo te quiero, ¡no me regañes, Juan! ¡Yo no quisiera que tú conocieses a nadie! ¡Yo te querría mudo, y te querría ciego: así no me verías más que a mí, que le cerraría el paso a todo el mundo, y estaría siempre ahí, y como dentro de ti, a tus pies, donde quisiera estar ahora! ¿Tú me perdonas, Juan? Luego, yo no soy soberbia, y no creo que yo solo soy hermosa: ¡tú dices que yo soy hermosa! yo sé que fuera de mí hay muchas cosas y muchas personas bellas y grandes; yo sé que no están en

<sup>5</sup> Juana Borrero: *Epistolario*, prólogo de Cintio Vitier, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 1966, t. 2.

mí todas las hermosuras de la tierra, y como a ti te caben en el alma todas, y eres tan bueno que te he visto recoger las flores pisadas en las calles y ponerlas con mucho cuidado donde nadie las pise, creo, Juan, que yo no te basto, que cualquier cosa o persona, hermosa, te gustaría tanto como yo, y odio un libro si lo lees, y un amigo si lo vas a ver, y una mujer si dicen que es bella y puedes verla tú. Quisiera reunir yo en mí misma todas las bellezas del mundo, y que nadie más que yo tuviera hermosura alguna sobre la tierra. Porque te quiero, Juan, lo odio todo [...] Cuando no estás a mi lado, y pienso en alguien que pueda agrandar tus ojos u ocupar tu pensamiento, créemelo, Juan; ¡ni sé lo que veo, ni sé qué es lo que me posee, pero me das horror, Juan, y te aborrezco entonces, y odio tus mismas cualidades, y te las echo en cara, como ayer, para ver si llegas tú a odiarlas, y a no ser tan bueno, y si así no te quieren! Eso es, Juan, no es más que eso.<sup>6</sup>

Lo que sigue subraya hasta la casi identidad el parecido con pasajes análogos del epistolario de Juana Borrero: “A veces, y te lo diré a ti solo, sufro tanto que me tiendo en el suelo en mi cuarto, cuando no me ven, como una muerta. Necesito sentir en las sienes mucho tiempo el frío del mármol. Me levanto, como si estuviera por dentro toda despedazada”. Si se tiene en cuenta que no había ninguna razón objetiva — hecho real o tendencia visible o latente en el novio — que justificara el desatamiento de esta pasión de los celos, se comprende que lo que Martí está describiendo es un caso psicológico extremo, de raíz tanática, lo que se pone de manifiesto desde el principio en el símbolo de la inexistente “flor negra”, preferida por Lucía. Todos los atributos que a ella se refieren son fieros o luctuosos, así como los de Adela son frescos y frívolos, y los de Ana (destinada a morir joven como la hermana homónima de Martí), serenos, finos y melancólicos.

El “caso Lucía” se va adueñando de la novela a medida que se perfila en su imaginación, como peligro pavoroso, la figura fascinante de la supuesta antagonista Leonor del Valle, a la que también se llama Sol. Pero la fascinación de esta joven depende solo de su deslumbrante hermosura, que conoce una apoteosis pública en la fiesta del músico Keleffy. No hay en ella ninguna complejidad, ninguna desmesura, incluso se anota “cierta incapacidad suya de ser ni muy venturosa ni muy desdichada”. Su encanto es el de “las rosas blancas”, antítesis obvia de Lucía — mientras Ana se define por la flor azul y Adela por las rosas Jacqueminot, cuyo solo nombre suena a “flirt” de aspiración mundana, provincianamente “parisién”, en el fondo ingenuo. He aquí cuatro figuraciones ejemplares del “eterno femenino”: la bella inocente y pacífica; la apasionada en quien amor y muerte a la postre se confunden; la espiritual sensitiva, artista; la sana frívola común. A esta corresponde, como el mimetismo del mono a la inconsciente ligereza de la ardilla, el instintivo Pedro del Real, antítesis a su vez de Juan por la ausencia de eticidad de sus

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 280.

motivaciones y el desarraigo “parisién” a que aspira, aunque en él, como en Adela, hay un fondo sano y sencillo. Cada personaje en su cuerda, las cuatro muchachas y los dos jóvenes, interpretan un “divertimento” de cámara que acaba en tragedia por el endemoniamiento de Lucía, que hace crisis, sacrificando a la inocente, en el baile inspirado por Ana en la casa de campo “para sacudir los espíritus, para expulsar de las almas suspicaces la pena pasada”. Como artista intuye Ana que se trata de expulsar malos espíritus — los que habían entrado a través de la fiesta de un atormentado, el errante húngaro Keleffy — mediante otra fiesta de signo positivo, el baile campestre (“¡Gentes, carruajes, caballos!”). Lleno de febril urgencia (“¡telegramas a los sinsontes!”) y de extraña fantasía (los globos de luz eléctrica “entre cestos de rosas”; “grandes vasos japoneses y chinos con plantas americanas”; “una panoplia de armas indias” que indica el cuarto de los caballeros, “un gran lazo de cintas de colores y un abanico de plumas medio abierto sobre la pared”, el de las señoras, etc.), baile campestre que hoy podemos gustar como una versión anticipada y criolla del fantástico baile de disfraces, también rematado por un pistoletazo, de *El gran Meaulnes* de Alain Fournier. Pero lo que Ana quería detener ya era irremediable, porque Juan “había entrevisto aquel espíritu seco y altanero” que se posesionaba de Lucía, y en plena fiesta delataba “la tristeza de cuando en lo interior hay algo roto, alguna creencia muerta, alguna visión ausente, algún ala caída”; y Lucía, en agónica lucha con esa altanera aridez a que la llevara su amor distorsionado, obsesivo, egocéntrico, idolátrico, su amor que negaba el amor, en las últimas convulsiones de su solitaria, hermética pasión, asesina, espantada de sí misma, a la víctima inocente.

Cuán lejos todo esto de un mero esteticismo impresionista o expresionista, de un mero despliegue de prosa poética o artística. La acuarela ocultaba un abismo. Quizás algo análogo pudiera decirse de otros ejemplos parnasianos o “artepuristas” que suelen aducirse como muestras del “culto de la forma en sí”. Quizás este culto no ha existido nunca, porque, entre otras cosas, la forma misma (como observó el propio Martí a propósito de Hugo) encierra una idea, una concepción del mundo, un fondo;<sup>7</sup> y porque, como el propio Martí observó a propósito de los pintores impresionistas, “toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia”.<sup>8</sup> Quizás, en fin, no ha existido nunca eso que los críticos llaman un escritor “formalista”, creación imaginaria imprescindible, desde luego, para que existan el formalismo crítico y sus no menos teóricos adversarios. En todo caso, bien está que se hayan estudiado y se sigan estudiando las resonancias en Martí de las corrientes literarias francesas de su tiempo y que se sitúe a *Lucía Jerez* como la primera novela

<sup>7</sup> “En Víctor Hugo la idea es una idea, y la forma otra. Su forma es una parte de su obra, y un verdadero pensamiento”. “Mis hijos”, *OC*, t. 24, pp. 15-33.

<sup>8</sup> JM: “Nueva exhibición de los pintores impresionistas”, *La Nación*, Buenos Aires, 17 de agosto de 1886, *OC*, t. 19, p. 305.

modernista (de un modernismo que llega quién sabe hasta dónde), pero que todo ello se haga sin olvidar que estamos ante la novela de un moralista conocedor de los abismos del alma humana. “Cada vez que me asomo a los hombres, me echo atrás como si viera un abismo”, dice Juan Jerez a Lucía cuando todavía no ha entrevistado el de ella, con palabras tan de Martí (es decir, tan despojadas de ficción) que parecen sacadas de sus textos más íntimos, en verso y prosa. Relacionada con ese abismo está la visión onírica – otro ejemplo del expresionismo martiano – que sirve de umbral a la presentación de Keleffy, en que aparece la alegoría de “la necesidad de grandeza” personificada como “un portero soñoliento” al fondo del alma humana:

Mil duendecillos, de figuras repugnantes, manos de araña, vientre hinchado, boca encendida, de doble hilera de dientes, ojos redondos y libidinosos, giran constantemente alrededor del portero dormido, y le echan en los oídos jugo de adormideras, y se lo dan a respirar, y se lo untan en las sienes, y con pinceles muy delicados le humedecen las palmas de las manos, y se les encucillan sobre las piernas, y se sientan sobre el respaldo del sillón, mirando hostilmente a todos lados, para que nadie se acerque a despertar al portero: ¡mucho suele dormir la grandeza en el alma humana! Pero cuando despierta, y abre los brazos, al primer movimiento pone en fuga a la banda de duendecillos de vientre hinchado. Y el alma entonces se esfuerza en ser noble, avergonzada de tanto tiempo de no haberlo sido. Solo que los duendecillos están escondidos detrás de las puertas, y cuando les vuelve a picar el hambre, porque se han jurado comerse al portero poco a poco, empiezan a dejar escapar otra vez el aroma de las adormideras que a manera de cendales espesos va turbando los ojos y velando la frente del portero vencido; y no ha pasado mucho tiempo desde que puso a los duendes en fuga, cuando ya vuelven estos en confusión, se descuelgan de las ventanas, se dejan caer por las hojas de las puertas, salen de bajo las losas descompuestas del piso, y abriendo las grandes bocas en una risa que no suena, se le suben agilísimamente por las piernas y brazos, y uno se le para en un hombro, y otro se le sienta en un brazo, y todos agitan en alto, con un ruido de rata que roe, las adormideras. Tal es el sueño del alma humana.<sup>9</sup>

Keleffy, espíritu genial, atormentado y errante, desgraciado en amores, consciente de su dolorosa superioridad, buscaba en América el Eros de una Naturaleza hiperbólica, lindante con lo monstruoso, representada por esas “flores nuestras, grandes como cabeza de mujer y blancas como la leche, que crecen en los países del Atlántico”, y por esas grandes hojas que “arrancan de la madre tierra y se tienden voluptuosamente sobre ella, como los brazos de una divinidad vestida de esmeraldas, que llamasen, perennemente abiertas, a los que no tienen miedo de amar los misterios y las diosas”. Buen cuidado

<sup>9</sup> JM: “Lucía Jerez”, ob. cit., pp. 268 y 269.

tiene Martí de oponer este Eros grandioso a la “peste amatoria que está enllagando el mundo en los pueblos antiguos”, del que había salvado Keleffy “como una paloma herida, un apego ardentísimo a lo casto”. Precisamente como una diosa de la hermosura casta, aparece entonces Sol del Valle, la deslumbrante niña americana que inspira a Keleffy una improvisación de la que dice Martí, como si hablase de su propia poesía:

Allí sus esperanzas puras de otros tiempos; sus agonías de esposo triste; el desorden de una mente que se escapa; el mar sereno luego; la flota toda americana, ardiente y rica; el encogimiento sombrío del alma infeliz ante la naturaleza hermosa; una como invasión de luz que encendiese la atmósfera, y penetrase por los rincones más negros de la tierra, y a través de las ondas de la mar, a sus cuevas de corales; una como águila herida con una llaga en el pecho que parecía una rosa, huyendo, a grandes golpes de ala, cielo arriba, con gritos desesperados y estridentes.<sup>10</sup>

137

Desdoblado en cronista, como tantas veces lo fue en la realidad, continúa Martí haciendo la crítica impresionista, expresionista y participante de aquella música que se resuelve visualmente en imágenes emparentadas por la raíz con las de sus *Versos libres* (e incluso con los dibujos que a veces improvisaba en sus manuscritos):

Ya era un rayo que daba sobre un monte, como el acero de un gigante sobre el castillo donde supone a su dama encantada; ya un león con alas, que iba de nube en nube; ya un sol virgen que de un bosque temido, como de un nido de serpientes, se levanta; ya un recodo de selva nunca vista, donde los árboles no tenían hojas, sino flores; ya un pino colosal que, con estruendo de gemidos, se quebraba; era una grande alma que se abría.<sup>11</sup>

Y en medio de esa fiesta estremecida por tan agitados espíritus, Lucía conoce a Sol como quien ve, aterrada, la ciega, fatal y paradójica encarnación de su propio demonio. Por eso, nada más de verla, “con dificultad contenía el llanto que se le venía a mares a los ojos abiertos”. Y añade el narrador, situado en el centro de “los misterios y las diosas”: “La conocía en aquel momento, y ya la amaba y la odiaba. La quería como una hermana; ¡qué misterios de estas naturalezas bravías e iracundas! Y la odiaba con un aborrecimiento irresistible y trágico”.

Los capítulos I y III se dedican al *crescendo* pasional de Lucía. En sabio contraste con estas exaltaciones de cepa romántica e idealista (incluso en el sentido germánico de tales términos, filtrado por la versión francesa y el *pathos* criollo), el capítulo II presenta un paréntesis retrospectivo de talante

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 274.

<sup>11</sup> *Ídem*.

realista hispánico, con la historia de D. Manuel del Valle, padre de Sol, inmigrante rebelde sobre el que proyecta Martí toda la simpatía que siempre sintió por los españoles liberales. Junto a la “santa ira” republicana del “buen caballero español” cuando evoca las cosas de su tierra, indignación que se resuelve en nostálgica ternura, comparece el bodegón español en la cocina de “la buena señora doña Andrea”, “poniendo mano en un pisto manchego, o aderezando unas farinetas de Salamanca que a escondidas había pedido a sus parientes en España, o preparando, con más voluntad que arte, un arroz con chorizo”. La realidad material, en suma, con todo su peso, no en función metafórica o simbólica, junto a la eticidad laica y política que va a acendrase en el hijo ya criollo, primogénito rodeado de cinco hermanas en el hogar venido a menos, como fue el del propio Martí, cuyos rasgos se transparentan (a través de un distanciamiento no desprovisto de cierta cariñosa autoironía) cuando dice de Manuelillo que estudiaba “a la luz de la luna” cuando “se le extinguía la vela escasa”; que gustaba de las *Empresas* de Saavedra Fajardo; que era “un enamorado de la buena lengua”; que fue hecho preso porque en verdad tenía en la sangre, “el microbio sedicioso”; que “tuvieron que empeñarse los amigos pudientes de D. Manuel para que en gracia de su edad saliese libre el Pindarito, a quien su padre, riñéndole con los labios, en que le temblaban los bigotes, como los árboles cuando va a caer la lluvia, y aprobándole con el corazón, envió a seguir, en lo que cometió grandísimo error, estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca”; y, sobre todo, cuando describe la partida del muchacho, sin duda evocando su propia partida de Cuba a los dieciocho años, al salir indultado del presidio político hacia España, como un desgarramiento anímico-telúrico:

138

Y sentadito en la popa del barco, fijaba en la costa de su patria los ojos anegados de tan triste manera, que a pesar del águila nueva que llevaba en el alma, le parecía que iba todo muerto y sin capacidad de resurrección y que era él como un árbol prendido a aquella costa por las raíces, al que el buque llevaba atado por las ramas pujando mar afuera, de modo que sin raíces se quedaba el árbol, si lograba arrancarlo de la costa la fuerza del buque, y moría; o como el tronco no podía resistir aquella tirantez, se quebraría al fin, y moría también: pero lo que D. Manuelillo veía claro, era que moría de todos modos.

Muere don Manuel de muy española manera sin que doña Andrea se lo diga a su hijo, por el temor de que, “comido de aquellas ansias de redención y evangélica quijotería” que heredó del padre, peligrara su vida en la tierra irredenta; y muere también Manuelillo en España de unas fiebres malignas, delirando con la visión clamante de “una palma en llamas”, símbolo de su patria. Quedan doña Andrea y las cinco hermanas, como quedaron la madre y las hermanas de Martí durante su primera deportación, sin el apoyo del hijo. “Él será infeliz” (decía doña Andrea como pudo decir doña Leonor), “y nos hará aún más infelices sin quererlo. Él quiere mucho a los demás, y muy

poco a sí mismo. Él no sabe hacer víctimas, sino serlo". Queda la familia, en suma, entregada a la venta de sus pocas reliquias y después a la bondad excepcional de Juan Jerez, pero también a gestos "caritativos" muy proclamados, como el de la directora del Instituto de la Merced, que acoge a las niñas gratuitamente en su colegio rico — "cosa que enseguida vociferó y celebró mucho la prensa" —. Y esta señora directora — dice Martí basado en amargas experiencias y con un agudo sentido de la mentalidad clasista de la época — trató a la madre agradecida "con una hermosa bondad pontificia, y como una mujer inmaculada trata a una culpable, tras lo cual se volvió muy oronda a su colegio, en su arrogante coche".

Dimensión social, pues, en *Lucía Jerez*, completada con la mención de las defensas legales que hacía Juan de los indios despojados de sus tierras, obteniendo con dificultad aplazamientos del juez que "había recibido el día anterior de regalo del gamonal un caballo muy fino". Y dimensión política en el paréntesis de don Manuel y Manuelillo, así como en la descripción del día de los muertos por la independencia de la patria, con la procesión de "los estudiantes que son el baluarte de la Libertad", y la advertencia que parece apuntar a la Revolución cubana del 30, y es válida para toda Hispanoamérica: "Las universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles". Y dimensión popular, encarnada en los indios que reciben agradecidos a Juan, y en la bien pintada, sólida y graciosa figura de Petrona Revolorio.

Nada, pues, de lo que pudiera parecer, y ha parecido: una novela plana, de puras idealidades y figulinas que sirven solo de cañamazo para una exhibición de prosa artística. Toda la posible realidad abarcable en tal asunto y en tan pocas páginas, desde la realidad social vista por dentro y los refinamientos naturales de la burguesía criolla, hasta la realidad psíquica de las pasiones reprimidas y desencadenadas, pasa por el caleidoscopio — romántico, realista, modernista — del siempre participante "novelador". Y si hemos dicho que se trata de la novela de un moralista, ¿cuál es la lección moral que en ella se da, "con la fuerza de lo indirecto", sin moraleja? Quizás pudiera resumirse así: el amor no es nunca una posesión, sino una entrega, una dación de sí. Lucía, sin quererlo, llega al crimen por invertir el objetivo del amor. Frente a ella — y este es el verdadero antagonismo trágico — Juan Jerez representa el amor genuino, el Eros del espíritu, esencialmente fraterno y generoso, semilla de la acción espiritual revolucionaria: el amor "necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito".

## CAPÍTULO VII

### *Crítica*

140

**A**l margen de los dilemas metodológicos tanto como de los sistemas estéticos, el secreto de la obra crítica de Martí hay que buscarlo en su capacidad y voluntad de “participación”. Martí se sitúa intuitivamente *dentro de la obra*, en su centro cordial, y desde allí descubre las leyes que la rigen. Esta verdadera comunión estética le permite comprender las necesidades intrínsecas del creador, el *ser* efectivo de la creación y no el presunto *deber ser* de la crítica normativa, salvo, en todo caso, el *deber ser* que el impulso creador lleva en sí y que no siempre alcanza a realizar. De este modo en Martí la penetración se torna compenetración, lo cual no significa que no haya en él criterios previos, y aún más, toda una teoría de la valoración estética y de la expresión artística y literaria. Pero estas concepciones suyas no le son nunca obstáculo para ponerse en el lugar del otro; antes bien, por la profundidad y amplitud de sus principios, le facilitan una comprensión que no excluye, en segunda instancia, el libre juego de los gustos y rechazos, ni la lucidez “técnica”, que suele desdeñar, ni el señalamiento último de lo que, a su juicio, está en el camino de la mayor plenitud artística y humana.

Los principios rectores de la concepción estética martiana están dispersos en sus caudalosos escritos y no es nada fácil sistematizarlos, aunque a ello nos ayuda el excelente *Esquema ideológico* compilado y glosado por Manuel Pedro González e Ivan A. Schulman.<sup>1</sup> En primer término, para él, no solo porque lo diga en mil formas sino porque así se desprende de su misma obra de creador, el arte es inseparable de la vida, fuente a su vez de toda verdad. Ciertamente que en la vida humana se dan la verdad y la mentira, lo bello y lo feo, pero esto ocurre en cuanto la vida se separa de la naturaleza, entendiendo por naturaleza lo puro, primigenio y nativo del ser humano. Jamás creyó Martí en la fealdad ni en el mal sino como deformaciones, nunca como esencias.

---

<sup>1</sup> Manuel Pedro González e Ivan A. Schulman: *José Martí, Esquema ideológico*, Editorial Cultura, México, 1961.

En la esencia de lo humano “la hermosura es un derecho natural”,<sup>2</sup> un derecho intrínseco a su naturaleza, y en ella está la verdad, que el arte expresa mejor que la razón. Por eso dice que “la verdad quiere arte”,<sup>3</sup> y también: “¿Qué es el arte, sino el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad?”<sup>4</sup> Porque la verdad de que nos habla no es categoría lógica sino lo específico y nativo del hombre, el ser “por sí”, “de sí”: la naturaleza íntima, propia, y a la vez unitiva de los hombres. Aquí entra también la creencia en un carácter o alma nacional, en un ser patrio que no es aldeanismo sino prenda de autenticidad y por lo tanto de universalidad. De la tierra propia de la persona arraigada a una patria que no excluye sino completa la patria universal, nace la expresión artística más valedera. “El Arte ha de madurar en el árbol, como la fruta”, reflejando individualmente el carácter nacional con la misma espontaneidad con que “se sale el alma al rostro”.<sup>5</sup> Ese transparente rostro es la forma, que Martí en un apunte compara a un cáliz “donde se alberga el pensamiento hermoso como para los católicos se alberga en el cáliz el cuerpo de Cristo”.<sup>6</sup> Si recordamos que Cristo para los creyentes es la verdad y la vida, el símil es perfecto. Ese cáliz de la forma, a su vez, posee dos características: en cuanto continente de una sustancia, tiene que consistir en una medida; en cuanto dicha sustancia es preciosa, es justo que también él sea precioso. Lo primero se relaciona con la insistencia de Martí en “la moderación, que es el genio del arte”,<sup>7</sup> —si bien no se trata ya, por suerte, de la moderación programática del “buen gusto” neoclásico y preceptivo (estilo Moratín), sino de la genial medida que, “como en Goethe, ha de ser constante e invisible”.<sup>8</sup> Moderación, medida y, por lo tanto, armonía, cuya raíz no está en la Retórica sino en el reino de las Madres, de las “ideas madres”, donde se superan las contradicciones, donde todo es “análogo”. Lo segundo se relaciona con su insistencia en el aspecto plástico y musical del lenguaje: “En todo gran escritor hay un gran pintor, un gran escultor y un gran músico”.<sup>9</sup> Su mayor belleza, sin embargo, la obtiene la forma de su perfecto ajuste a la idea de la cual es vehículo: “El lenguaje ha de ser matemático, geométrico, escultórico. La idea ha de encajar exactamente en la frase, tan exactamente

<sup>2</sup> José Martí: “Un rostro rehecho”, *La América*, Nueva York, junio de 1884, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 19, p. 250. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

<sup>3</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 21 de octubre de 1883, OCEC, t. 17, p. 143.

<sup>4</sup> JM: “Desde el Hudson”, *La Nación*, Buenos Aires, 23 de febrero de 1890, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 13, p. 395. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

<sup>5</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 13 de junio de 1885, OCEC, t. 22, p. 101.

<sup>6</sup> JM: “Fragmentos”, 59, OC, t. 22, p. 40.

<sup>7</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 13 de marzo de 1880, OC, t. 13, p. 481.

<sup>8</sup> Ídem.

<sup>9</sup> JM: “Fragmentos”, 113, ob. cit, p. 69.

que no pueda quitarse nada de la frase sin quitar eso mismo de la idea".<sup>10</sup> Tal identificación absoluta, orgánica, casi diríamos biológica, y por otra parte, sorprendentemente, común al mundo de la máquina en cuanto creación humana (según el propio Martí lo observó en otro apunte), constituye la clave de la belleza, es decir, de la verdad vital, natural, nativa. Esa verdad de la belleza es históricamente eterna: "Troya está en ruinas: no la *Iliada*",<sup>11</sup> pero además, en cuanto resulta siempre insuficiente para satisfacer el impulso creador y la esperanza humanos, alude a una vida futura o trascendente. Ateniéndonos a esta, en la que hay el deber de librar la batalla por la justicia, también la belleza creada por el hombre es un modo de actuar, aliviando y mejorando. Por eso apunta Martí: "Un objeto bello me conforta como un bálsamo".<sup>12</sup> Y también: "Un canto hermoso es una buena acción".<sup>13</sup>

En cuanto a la crítica, cuando a sus veintidós años empezó a ejercerla en la *Revista Universal* de México, ya tenía esbozados su concepción y su camino. Fueron los dramas de Echegaray la piedra de toque. Al enjuiciar *El libro talonario* y *La esposa del vengador*, experimentó la pugna entre el entusiasmo por las aspiraciones y posibilidades creadoras latentes en esos dramas y la lucidez acerca de sus quiebras y defectos. Sin omitir la gravedad de estos últimos, prefirió conscientemente, no solo la mayor lucidez cognoscitiva de aquel entusiasmo participante, sino la interpretación de las "caídas" como pruebas de la alteza del empeño. El desdén en que hoy tenemos la obra de Echegaray nos empaña la lectura de estos artículos. Encontraremos allí, sin embargo, definido el principal mérito de sus dramas: la "potencia de causalidad",<sup>14</sup> y señalados los defectos capitales, piadosamente redimidos en esta observación que revela ya al crítico de otra estirpe, de otro ámbito: "pero tiene esa confusión de inteligencia que revela entendimiento grande".<sup>15</sup> No falta el símil romántico del águila que antes de alzarse a lo alto "desgarra con sus pies la superficie de la tierra", y ello para pedirnos, en nombre de ese vuelo, que sean "entendidos" e incluso "apreciados" los defectos de Echegaray. Pero es que no se trata aquí de buscar los "puntos vulnerables" codiciados por una "crítica ligera y punzante" sino de afirmar los "motivos de indagación y de esperanza" que desea encontrar "una crítica estudiada y bienhechora".<sup>16</sup>

<sup>10</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 9, OC, t. 21, p. 255.

<sup>11</sup> JM: "Sección constante", *La Opinión Nacional*, Caracas, 22 de mayo de 1882, OCEC, t. 13, p. 75.

<sup>12</sup> JM: A Manuel Mercado, OCEC, t. 22, p. 319.

<sup>13</sup> JM: "Sección Constante", ob. cit., p. 75.

<sup>14</sup> JM: "El libro talonario", *Revista Universal*, México, 9 de noviembre de 1875, OCEC, t. 3, p. 123. t. 15, p. 80.

<sup>15</sup> JM: "Bella Literatura", *Revista Universal*, México, 13 de marzo de 1875, OCEC, t. 3, p. 52.

<sup>16</sup> JM: "El libro talonario", ob. cit., p. 123.

He aquí, ya, conceptos germinales. En otro artículo sobre Echegaray dice Martí: “Creo que la crítica es el examen; sin que obligue a la severidad ni a la censura”.<sup>17</sup> Más tarde habrá de decir que callar era su modo de censurar. Esto es verdad sobre todo en la elección de temas; sin embargo, aún en aquellos elogios suyos que parecen más dictados por la generosidad, hallamos siempre, en adjetivos, frases o giros incidentales que a primera vista no se advierten, los reparos que indican una lucidez incesante. En él, la fusión de lucidez y generosidad es la clave del examen, del estudio. Y aquí tocamos otra dimensión, la apostólica de toda su vida. Hacer bien con la crítica no se limita en él a un mero quehacer literario. Se trata de despertar, aumentar, encender el bien en el mundo. También la crítica, como la creación, ha de ser una buena acción. También ella debe partir del amor, ya que el amor es para él, esencialmente, conocimiento, según lo precisa en un Cuaderno de sus últimos años: “Por el amor se ve. Con el amor se ve. El amor es quien ve. Espíritu sin amor, no puede ver”.<sup>18</sup> Por eso en los “Propósitos” de la *Revista Venezolana* (1881) escribe: “Amar: he aquí la crítica”,<sup>19</sup> apotegma prodigioso. Y en los apuntes para el discurso sobre Echegaray que pronunció en el Liceo de Guanabacoa el 21 de junio de 1879, aparece un párrafo que condensa todas estas ideas rectoras de su concepto y ejercicio de la crítica:

143

A hacer crítica viniera, y no justicia, si por crítica hubiera de entenderse ese mezquino afán de hallar defectos, ese celo del ajeno bien, ese placer del mal ajeno, huéspedes ciertamente indignos de pechos generosos. — *Crítica es el ejercicio del criterio.* — Destruye los ídolos falsos; pero conserva en todo su fulgor a los dioses verdaderos. Criticar no es morder, ni tenacear, ni clavar en la áspera picota; no es consagrarse impiamente a escudriñar con miradas avaras en la obra bella los lunares y manchas que la afean; es *señalar con noble intento el lunar negro, y desvanecer con mano piadosa la sombra que oscurece la obra bella.* — *Criticar es amar:* y aunque no lo fuera, no es esta en que vivimos época favorable a la agitadora y dura crítica: — que *en las horas de riesgo y de combate, cuando las penas de la duda roen y tintan el ánimo sereno, cuando no sobre firme tierra, sino sobre arena movilísima, fresca a trechos y oscura, descansa el pie agitado, es ley suprema, urgente y salvadora la hermosa ley de amor.*<sup>20</sup>

Si seguimos como hilo conductor lo que hemos subrayado en este párrafo, tendremos completa la concepción martiana de la crítica. No fue, como nada lo fue en él, una concepción teórica, abstracta, desligada de las necesidades

<sup>17</sup> JM: “La esposa del vengador”, *Revista Universal*, México, 13 de noviembre de 1875, OCEC, t. 3, p. 131.

<sup>18</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 18, OC, t. 21, p. 419.

<sup>19</sup> JM: “Propósitos”, *Revista Venezolana*, Caracas, 1 de julio de 1881, OCEC, t. 8, p. 57.

<sup>20</sup> JM: “[Apuntes para el discurso sobre Echegaray]”, OCEC, t. 6, p. 67.

éticas de la acción; pero en verdad, como esas necesidades son siempre en principio las mismas: unir y mejorar a los hombres, tiene validez perdurable. Muchos años después, en pleno vórtice de la prédica revolucionaria, publicó Martí en *Patria* un artículo titulado “Sobre los oficios de la alabanza” (3 de abril de 1892), que parece sacado, con otro fulgor, de las *Empresas* de Saavedra Fajardo, y en el cual vuelven madurados los argumentos que hemos visto en su apunte juvenil sobre Echegaray. Probablemente se le censuraba a Martí, tanto en el plano literario como en el político, el exceso de generosidad de sus juicios. El artículo, insertado sin justificación aparente en el periódico del Partido Revolucionario Cubano, tiene el aire de defender una posición frente a ataques más o menos encubiertos. Su defensa muestra dos planos: uno psicológico, otro histórico. En el primero afirma con profundo conocimiento de la naturaleza humana:

La generosidad congrega a los hombres, y la aspereza los aparta. El elogio oportuno fomenta el mérito; y la falta del elogio oportuno lo desanima. Solo el corazón heroico puede prescindir de la aprobación humana; y la falta de aprobación mina el mismo corazón heroico. El velero de mejor maderamen cubre más millas cuando lleva el viento con las velas que cuando lo lleva contra las velas. Fue suave el yugo de Jesús, que juntó a los hombres. La adulación es vil, y es necesaria la alabanza.<sup>21</sup>

144

En el plano histórico, ya especificadas como tarea concreta “las horas de riesgo y de combate” del apunte juvenil, advierte con precisión de guía político y apostólico: “Y cuando a un pueblo se le niegan las condiciones de carácter que necesita para la conquista y el mantenimiento de la libertad, es obra de política y de justicia la alabanza por donde se revela, donde más se las niega, o donde menos se las sospecha, sus condiciones de carácter”.<sup>22</sup> Estas palabras amparan, no solo las reiteradas ponderaciones que hizo Martí en *Patria* de los caracteres cubanos en la emigración, sino también las críticas de escritores cubanos y latinoamericanos que no siempre estaban a la altura de su elogio. Pero sería pueril atribuir a exigencias políticas la fundamentación última de esa actitud realzadora del mérito y piadosa para el defecto: la vimos surgir espontáneamente a propósito de autor tan ajeno a nuestra América como Echegaray; la veremos funcionando siempre que sea menester para el rescate de zonas salvables del espíritu humano. De esta política superior, sin negar la otra inmediata, se trata sobre todo en Martí: de la política de salvación de lo mejor humano, a cuyo servicio han de ponerse “el ejercicio del criterio” y la fuerza cognoscitiva del amor.

<sup>21</sup> JM: “Sobre los oficios de la alabanza”, *Patria*, Nueva York, 3 de abril de 1892, OC, t. 1, p. 369.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 370.

El amor no es solo piedad; es también, y sobre todo, participación. Cuando Martí no tiene que ejercer la primera, que en él nunca es lástima o paternalismo sino respeto, simpatía y entusiasmo sincero por las posibilidades creadoras latentes; cuando tiene que habérselas con un creador entero y verdadero, su capacidad de participación se expande gozosa. La primera vez que asistimos a ese espectáculo, aunque en la forma fragmentaria que corresponde a unos rápidos apuntes, sin duda es en los que durante su segunda deportación a España (1879) dedicó a algunos lienzos de Goya. En esas pocas páginas advertimos la pupila de un crítico poderoso capaz de *entrar* efectivamente en el atormentado mundo goyesco, de *escribirlo* como si volviera a pintarlo con palabras, de sintetizar el misterio de *La Maja* (“voluptuosidad sin erotismo”)<sup>23</sup> y de llegar, después de vivir artística y humanamente los horrores pintados, a este diáfano juicio: “Cada aparente error de dibujo y color de Goya, cada monstruosidad, cada deforme cuerpo, cada extravagante tinta, cada línea desviada, es una áspera tremenda crítica”.<sup>24</sup> Esa crítica en el sentido de censura y sátira (“yo no conozco obra más completa en la sátira humana”), que parte de la bondad indignada y se vierte en convulsa creación, sí la comparte Martí, porque también ella sufre en ansias de salvar al hombre. Si la creación, como en el *Quijote*, la “pintura negra” de Goya o *Bouvard y Pécuchet*, puede ser crítica, ¿no podrá ser la crítica, también, creación? La pregunta nos acude ya leyendo estas líneas de recreación literaria del mundo de Goya y tendremos que responderla afirmativamente cuando, a partir de 1880, desde Nueva York, empiece Martí a desplegar sus dones de crítico genial. Todo lo anterior — los artículos sobre teatro, poesía, pintura y música en la *Revista Universal*, así como sus discursos en el Liceo de Guayabacoa, donde defendió el idealismo artístico frente al realismo — queda como preludio de su obra crítica mayor, cuyo comienzo puede señalarse, aunque todavía sin alcanzar su más alto nivel, en la crónica sobre Pushkin, publicada en inglés en *The Sun* de Nueva York el 28 de agosto de 1880.

Hemos dicho “crónica”, y hay que recordar que la obra crítica de Martí, como buena parte de su pensamiento filosófico, estético y político, debe buscarse en sus trabajos periodísticos de colaborador de grandes diarios norteamericanos (*The Sun*, *The Hour*) y latinoamericanos (*La Opinión Nacional* de Caracas, *El Partido Liberal* de México, *La Nación* de Buenos Aires). El aire de “crónica”, e incluso de “reportaje”, le quita todo profesionalismo a su crítica literaria y estética; le da, en cambio, el calor de la vida, del suceso palpitante, de la experiencia inmediata, aunque muchas veces imaginada, del cronista que se dirige a un vasto público no especializado, al que hay que captar con el relieve noticioso, la resonancia sentimental o el detalle pintoresco. Todas estas exigencias fueron aprovechadas maravillosamente por Martí. Muy pocas veces pudo, como en su propia *Revista Venezolana*, escribir de veras a

<sup>23</sup> JM: “Goya”, OC, t. 15, p. 131.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, t. 15, p. 136.

sus anchas. Allí formuló su teoría de la expresión americana nueva, plástica y cambiante según los asuntos, y dio a la estampa su primer gran retrato crítico, el de Cecilio Acosta (15 de julio de 1881). De aquella teoría queremos solo recordar un pasaje resumidor: “y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje”.<sup>25</sup> Antes había dicho: “Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía”.<sup>26</sup> Por otra parte, en un apunte sobre “lo que por fuerza ha de ser la lengua en América”, escribe: “Reflejo de nuestro carácter autóctono, de nuestro clima y abundancia, de nuestra educación mezclada, de nuestro cosmopolitismo literario, de nuestros hábitos fieros e independientes, de nuestra falta de costumbre de reglas largo tiempo imperantes, de nuestro amor natural, como reflejo de nuestra naturaleza, a la abundancia, lujo y hermosura”.<sup>27</sup> Se refiere también al influjo de Francia, sensible en varios de sus artículos de estos años, como aquel en que habla de Sully-Prudhomme y los parnasianos (*La Opinión Nacional*, 1882), donde repite su idea central del estilo: “El pensamiento ha de encajar en la frase, como joya en corona”.<sup>28</sup> Y en otro apunte titulado “Prosa de próceres” sintetiza su concepción estilística del mundo nuevo americano, en que la sencillez natural y la riqueza nativa no se estorban:

146

El mundo nuevo es terso y sencillo. Cansan el pensamiento churrigueresco, y la sintaxis indirecta. La mujer bella y sana, aunque decir sana es decir bella, no anda con menjurjes y retoques: la frente, lisa. La boca, sin colorete. La oreja, sin aretes. Esos abalorios y transposiciones de la frase son como los pingos que se ponen las pobres solteronas, para conservar el favor fugitivo de los caballeros, o como los encajes y flores de trapo con que le tapan al descote los huesos. Música, en lo natural. Arte, en lo simple. Y la frase, lógica y cerrada, de modo que como quiera que se la ponga, quede completa y gramatical. Ser académico, no da licencia para hablar mal el castellano. Y para hacerlo hablar mal a los otros.<sup>29</sup>

Es evidente el ataque a la prosa rancia española; y la comparación del estilo y la mujer, y las cosas que de ambos dice, indican plena conciencia de la renovación

<sup>25</sup> JM: “El carácter de la *Revista Venezolana*”, *Revista Venezolana*, Caracas, 15 de julio de 1881, OCEC, t. 8, p. 92.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 91.

<sup>27</sup> JM: “La lengua castellana en América”, *OC*, t. 15, p. 443.

<sup>28</sup> JM: Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*, *La Opinión Nacional*, Caracas, 4 de mayo de 1882, OCEC, t. 11, p. 170.

<sup>29</sup> JM: “Prosa de próceres”, *OC*, t. 15, p. 183.

expresiva que está llevando a cabo antes que Darío y adelantándose al segundo modernismo, el de la madurez de Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno y Antonio Machado. Muchos años después, en una de las últimas páginas críticas que escribió (*Patria*, 31 de octubre de 1893), atribuyéndole a Casal lo que solo en parte le correspondía, se refirió sin ánimo de jefatura y sin nombrar escuela, a ese movimiento de renovación americano: “Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo”.<sup>30</sup> Pero en él no hubo esa primera fase del “rebusco imitado” de lo francés, de lo parnasiano y lo simbolista, aunque lo conoció y lo asimiló antes que nadie y como nadie; y si queremos ejemplo sumo de esa prosa nueva que elogia en América, tenemos que señalar sus crónicas o ensayos, a partir de los que en la *Revista Venezolana* dedica a Miguel Peña y a Cecilio Acosta.

Las páginas sobre este último prócer venezolano solo son comparables, por la grandeza, con los retratos de Plutarco o las oraciones fúnebres de Bossuet. Siempre nos ocurre lo mismo con Martí: empezamos aceptando que fue un maestro del modernismo en su más amplia acepción y acabamos comprendiendo que solo se le puede comparar con los clásicos de la Antigüedad o de los siglos de oro. El elogio de Cecilio Acosta es un texto lapidario, lleno de auténtica majestad, compenetrado con su asunto hasta la identificación estilística, y todo él como grabado en tablas de mármol. Sin duda Martí lo venera, no lo hiperboliza; sin duda proyecta en él su imagen a la vez legendaria y profética del hombre magno americano, pero no lo suplanta. Allí está Cecilio Acosta *recibido* en Martí, como en brazos de hijo. Las observaciones críticas que figuran en ese grandioso epitafio, están dominadas por la corriente de fijación y arquetipo que lo impulsa desde la primera hasta la última palabra: “No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resumen, opinión que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo; y asombra aquella naturalísima manera de dar casa a lo absoluto, y forma visible a lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande”.<sup>31</sup> En Cecilio Acosta halló Martí oportunidad para la crítica que más le placía, la de total alabanza, e incluso afinidad con su modo natural de ver el mérito ajeno: “Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid; un orador, un Demóstenes; un buen prelado, un San Ambrosio. Su timidez era igual a su generosidad”. No por categórico resulta falso el retrato, porque está cogido por dentro, desde el temblor del alma; y no faltan las notas pintorescas personales que hacen verosímil, y animan, su monumental sencillez: “Visto de cerca ¡era tan humilde!: sus palabras, que — con ser tantas que se rompían unas contra otras como aguas de torrente — eran menos abundantes que sus ideas, daban a su

<sup>30</sup> JM: “Julián del Casal”, *Patria*, 31 de octubre de 1893, *OC*, t. 5, pp. 221-222.

<sup>31</sup> JM: “Cecilio Acosta”, *OCEC*, t. 8, p. 103

habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso, y hacía tartamudez la sobra de dicción”.<sup>32</sup> Entregado a ese viril enamoramiento de la veneración absoluta y del orgullo nobilísimo ante un hombre equilibrado, sabio y bueno de nuestra América, Martí transfigura el análisis en himno, la síntesis en código de humanidad, la crítica en creación.

El mismo tránsito se advierte, con las diversas características que exige el tema, cuando años después se enfrenta con “El poeta Walt Whitman”, en crónica publicada en *La Nación* de Buenos Aires el 26 de mayo de 1887. “Solo los libros sagrados de la antigüedad — escribe allí — ofrecen una doctrina comparable, por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido”.<sup>33</sup> Lo que primero lo cautiva en él, como antes en Víctor Hugo, es la fuerza de irrupción natural: “Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte”.<sup>34</sup> Refiriéndose a la lectura que hizo Whitman de su elegía por la muerte de Lincoln, escribe: “Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, trenos vibrantes, himnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina, académica o francesa, no podrían acaso entender aquella gracia heroica”.<sup>35</sup> Percibimos enseguida los puntos de contacto de la Poética Whitmaniana con la Poética de los *Versos libres*. Lo que a Martí entusiasma de Whitman es *lo americano* común al norte y al sur, lo salvaje, franco y virgen de su canto. Intuye lo que mucho después la estilística, por boca de Leo Spitzer, llamará la “enumeración caótica” en el verso de Whitman, y lo expresa en el párrafo recreador del poema dedicado a Lincoln. Asume su tema multitudinario, cósmico y profético de tal modo, que sentimos *la equivalencia* de su prosa, como si leer estas páginas fuese repasar *Hojas de yerba*, sin perder el fuego de sus emociones e imágenes, en dimensión conceptual. Porque aquí las imágenes tienen también un sentido exegetico, como cuando dice:

En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería: otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo, a la hora en que el humo se pierde en las nubes: suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 106.

<sup>33</sup> JM: “Un poeta Walt Whitman”, *Cartas de Martí*, *La Nación*, Buenos Aires, 26 de mayo de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 262.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 264.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 266.

del cuero reseco que revienta al sol: pero jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola.<sup>36</sup>

De pronto la observación, desprovista de imágenes, alcanza una agudeza inolvidable: “Por repeticiones atrae la melancolía, como los salvajes”.<sup>37</sup> O bien la síntesis crítica, en medio del párrafo tumultuoso de aciertos, resplandece: “Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía”.<sup>38</sup> Pero no son los aciertos de esta crónica lo que más nos deslumbra, sino la participación entrañable de que ellos surgen, ese recibir y asumir y comprometerse hasta los tuétanos con la palabra del viejo rapsoda que nunca supo quién fue su más amoroso defensor, ni quién hizo, en su nombre, la más vehemente defensa de la esencial utilidad de la poesía:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida.<sup>39</sup>

Otro ejemplo memorable de la crítica literaria en Martí, ya dentro del ámbito cubano, es su enjuiciamiento de Heredia en el artículo (1888) y el discurso (1889) que le dedicó. Sobre Heredia había caído, por su carta a Tacón y venida a Cuba en 1836, la cómoda desaprobación de Del Monte y varios de sus amigos; por otra parte, aunque siempre se le reconoció su eminencia poética, fue víctima también, desde los tiempos de Lista hasta los de Menéndez Pelayo, de la tradicional crítica española, imitada por los hispanoamericanos, basada en el “buen gusto” y en el señalamiento de aciertos, defectos e influencias. La primera mezquina actitud la supera Martí de un plumazo en su artículo cuando al referirse a la patria dolorosa e imposible de Heredia, exclama: “¡Mucho han de perdonar los que en ella pueden vivir a los que saben morir sin ella!”<sup>40</sup> y en el discurso, con la piadosa evocación del poeta “que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver a ver a su madre

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 275.

<sup>37</sup> JM: “Correspondencia particular de *El Partido Liberal*”, *El Partido Liberal*, México, 17 de mayo de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 261.

<sup>38</sup> *Ídem*.

<sup>39</sup> JM: “Un poeta Walt Whitman”, *ob. cit.*, p. 267.

<sup>40</sup> JM: “Heredia”, *El Economista Americano*, Nueva York, julio de 1888, *OC*, t. 5, p. 133.

y a sus palmas”.<sup>41</sup> Lo fundamental, lo inolvidable, lo que vence a toda flaqueza, es que Heredia fue “el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad”.<sup>42</sup> En cuanto al aspecto literario, Martí rompe y supera también toda la trama analítica tradicional, a la que seguirá atado Enrique Piñeyro refutando años más tarde los juicios de Menéndez Pelayo. Martí sencillamente descubre, de un solo golpe intuitivo, la categoría de lo *herédico*, frente a la cual toda la crítica hereditana anterior y posterior necesariamente palidece. Impónese aquí la cita completa:

Lo que es suyo, lo herédico, es esa tonante condición de su espíritu que da como beldad imperial a cuanto en momentos felices toca con su mano, y difunde por sus magníficas estrofas un poder y esplendor semejantes a los de las obras más bellas de la Naturaleza. Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como una capa de batalla y se pliega como un manto real, eso es lo herédico, y el lícito desorden, grato en la obra del hombre como en la del Universo, que no consiste en echar peñas abajo o nubes arriba la fantasía, ni en simular con artificio poco visible el trastorno lírico, ni en poner globos de imágenes sobre hormigas de pensamiento, sino en alzarse de súbito sobre la tierra sin sacar de ella las raíces, como el monte que la encumbra o el bosque que la interrumpe de improviso, a que el aire la oreo, la argente la lluvia, y la consagre y despedace el rayo. Eso es lo herédico, y la imagen a la vez esmaltada y de relieve, y aquella frase imperiosa y fulgurante, y modo de disponer como una batalla la oda, por donde Heredia tiene un solo semejante en literatura, que es Bolívar. Olmedo, que cantó a Bolívar mejor que Heredia, no es el primer poeta americano. El primer poeta de América es Heredia. Solo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. Él es volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.<sup>43</sup>

150

La plétora de imágenes y la complejidad sintáctica suelen ocultar el pensamiento de Martí. No nos perdamos, en este pasaje magistral, las *especies* críticas realmente iluminadoras. *Lo herédico*, como expresión íntima y formal de la naturaleza americana, consiste en la fusión de caracteres generalmente contrapuestos: el arrebatado y la armonía, lo volcánico de las entrañas y la serenidad de las cumbres, el estilo cuya imagen visible está dada por el Iztaccihuatl y el Popocatepetl del poema antológico de su adolescencia. Por eso en el discurso dice Martí: “Desde los primeros años habló él aquel lenguaje a la vez exaltado y natural, que es su mayor novedad poética”.<sup>44</sup> Junto a esa

<sup>41</sup> JM: “Heredia”, discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, OC, t. 5, p. 175.

<sup>42</sup> JM: “Heredia”, ob. cit., p. 165.

<sup>43</sup> JM: “Heredia”, ob. cit., p. 136.

<sup>44</sup> JM: “Heredia”, ob. cit., p. 172.

majestad de la naturaleza americana, como consecuencia también de ella (pues Martí creyó firmemente en la teluricidad del espíritu), discierne el ímpetu bolivariano: ese “modo de disponer como una batalla la oda”.<sup>45</sup> En el discurso dará un salto intuitivo mayor, aún más genial, y dirá: “Con Safo solo se le puede comparar, porque solo ella tuvo su desorden y ardor”.<sup>46</sup> Y descendiendo a sus poemas amorosos menores, será capaz de encontrar este rasgo cubanísimo: “Algo hay de nuestro campesino floreador en aquel amante desafortunado que dobla la rodilla y pone a los pies de su amada la canción de puño de oro”.<sup>47</sup> Pero es sobre todo la americanidad de Heredia lo que subraya, valiéndose incluso de la peregrinación americana de su vida, y blandiéndola en el discurso de 1889 (año de la Conferencia Internacional Americana) como escudo antimperialista: “que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, oh Niágara, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!”.<sup>48</sup>

Ahora bien ¿quiere todo esto decir que Martí vio a Heredia únicamente como símbolo y poeta intachable, desconociendo sus fallas? No solo las conoció sino que, por su misma excelencia, no las excusó. Ningún crítico al uso podría señalar más flaquezas que las enumeradas en el párrafo que comienza: “Ni todos sus asuntos fueron felices y propios de su genio, ni se igualó con Píndaro cuantas veces se lo propuso”, y en el cual, después de hacer la antología mínima esencial de Heredia, puntualiza: “Suele ser verboso. Tiene versos rellenos de adjetivos. Cae en los defectos propios de aquellos tiempos en que al sentimiento se decía sensibilidad: hay en casi todas sus páginas versos débiles, desinencias cercanas, asonantes seguidos, expresiones descuidadas, acentos mal dispuestos, diptongos ásperos, aliteraciones duras”,<sup>49</sup> añadiendo a párrafo continuo que esos defectos “no han de excusarse, a no ser porque estaban consentidos en su tiempo, y aun se tenían por gala: porque a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana: y bien pudo Heredia evitar en su obra entera lo que evitó en aquellos pasajes donde despliega con todo su lujo su estrofa amplia, en que no cuelgan las imágenes como dijes”.<sup>50</sup> En lo subrayado por nosotros está el esteta riguroso y siempre lúcido que hay dentro del crítico apostólico que quiso ser Martí. Muchas otras enseñanzas encierran este artículo y este discurso complementario, como su idea de que hay primero que “mirar en las raíces de cada persona poética” para atreverse después a hablar de “influencias”; y su conciencia dolorosa de

<sup>45</sup> JM: “Heredia”, ob. cit., p. 136.

<sup>46</sup> JM: “Heredia”, ob. cit., p. 173.

<sup>47</sup> Ídem.

<sup>48</sup> Ibídem, p. 175.

<sup>49</sup> JM: “Heredia”, ob. cit., p. 137.

<sup>50</sup> Ídem.

pertenecer, como Heredia, a “un país rudimentario”, sin derecho por ello a opinar en los temas universales a que aspiraba su genio: “A Heredia le sobobraron alientos y le faltó mundo”.<sup>51</sup> Pero lo decisivo de estas páginas es la captación, por participación de sumos quilates críticos, del mundo propio del poeta cuya voz erró de cadalso en cadalso “hasta que un día, de la tiniebla de la noche, entre cien brazos levantados al cielo, tronó en Yara”.<sup>52</sup> Lo decisivo de estas páginas es el amor como conocimiento.

Ese método único será el mismo que hallaremos en sus críticas de pintura, arte que conoció más a fondo que la música, aunque esta, en sus juveniles crónicas sobre White en México, le arrancó los mayores elogios: “El color tiene límites: la palabra, labios: la música, cielo. Lo verdadero es lo que no termina: y la música está perpetuamente palpitando en el espacio. [...] La música es la más bella forma de lo bello. [...] La música es el hombre escapado de sí mismo”.<sup>53</sup> Su conocimiento de la pintura, sin embargo, desde sus visitas estudiosas a los Museos españoles, no se movió en esos ámbitos especulativos sino que alcanzó base firme, concreta y variada. Como ya vimos en sus apuntes sobre Goya, tuvo pupila para lo sensual y lo espiritual fundidos en la gran pintura; conoció bien su historia y sus problemas expresivos. Por eso cuando habla de Madrazo o de Fortuny o de Detaille o de “El desnudo en el salón” o de “Los acuarelistas franceses”, lo hace con información y autoridad. Dos crónicas suyas son famosas: “El Cristo de Munkacsy” (1887) y “La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin” (1889). En las dos parte de una captación intuitiva central: el Jesús de Munkacsy es “el Cristo humano, racional y fiero”<sup>54</sup> que representa “el poder de la idea pura”;<sup>55</sup> la obra de Vereschagin se explica por el caos primigenio del alma rusa, de la que en el segundo párrafo de esta crónica hace una descripción inolvidable, y por el régimen de oprobio en que vivía aquel “pueblo espantado y deforme”, que le hace exclamar, en relámpago iluminador de sus jerarquías decisivas: “¡La justicia primero, y el arte después!”.<sup>56</sup> Más importante, por serlo también su tema, nos parece el artículo dedicado a la “Nueva exhibición de los pintores impresionistas”, publicado en *La Nación* el 17 de agosto de 1886. La luz, tan imperiosa como la música en la propia obra de Martí, es ahora el protagonista: “Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan brutalmente, la aprietan

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 138.

<sup>52</sup> JM: “Heredia”, *ob. cit.*, p. 169.

<sup>53</sup> JM: “White”, *Revista Universal*, México, 25 de mayo de 1875, OCEC, t. 3, p. 62.

<sup>54</sup> JM: “El Cristo del gran pintor Munkacsy”, *El Partido Liberal*, México, 21 de diciembre de 1886, OCEC, t. 25, p. 42.

<sup>55</sup> JM: “El Cristo de Munkacsy”, Carta sobre arte, *El Partido Liberal*, México, 28 de enero de 1887, OCEC, t. 25, p. 29.

<sup>56</sup> JM: “La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin”, *La Nación*, Buenos Aires, 3 de marzo de 1889, OC, t. 15, p. 433.

entre sus brazos”;<sup>57</sup> y dentro de la luz, los colores: “ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo”.<sup>58</sup> ¿No campean también los colores impresionistas en la prosa y el verso de Martí? Después de la primera impresión sensual, que espontáneamente nos recuerda líneas de las *Iluminaciones* de Rimbaud (“hay mares cremas; hay hombres morados; hay una familia verde”<sup>59</sup>); después de la admiración y la ternura que en él despiertan esos fraternos obreros de la luz y del color, pasa a precisar su filiación y su linaje:

Los pintores impresionistas vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas, — de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire. De Velázquez y Goya vienen todos, — esos dos españoles gigantes: Velázquez creó de nuevo los hombres olvidados: Goya, que dibujaba cuando niño con toda la ducedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa oscura a las entrañas del ser humano y con los colores de ellas contó el viaje a su vuelta. — Velázquez fue el naturalista: Goya fue el impresionista: Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduzcas una *Casa de Locos* y un *Juicio de la Inquisición* que dan fríos mortales.<sup>60</sup>

153

Únicamente en las crónicas de arte de Charles Baudelaire podríamos hallar una semejante autoridad crítica de raíz poética. Lejos estamos aquí de los metódicos pasos inculcados a más de una generación por la *Filosofía del Arte* de Hipólito Taine, cuya edición de 1872 nos consta que fue leída por Martí. Conocía desde luego la orientación sociológica de la crítica de arte, pero no lo practicó. Ante la pintura se situaba como poeta, como conocedor y casi diríamos como catador, pues tuvo esa especial voluptuosidad de la pintura que fue también característica de Baudelaire (recuérdense, por ejemplo, las páginas de este sobre Delacroix). Como poeta captaba intuitivamente la esencia y en cierto modo rescribía los lienzos; como conocedor, señalaba la genealogía, los paralelos y contrastes, los problemas; como catador, comunicaba la calidad del intenso placer que entraba por sus ojos. No faltaba nunca tampoco, en la síntesis de su visión, la filosofía propia, intrínseca, de la obra. En los impresionistas discierne enseguida su base epocal agnóstica, su naturalismo cósmico, su adoración del instante fugitivo de la luz: “Quieren pintar como el sol pinta, y caen”. Esa condición de “ángeles caídos del arte”

<sup>57</sup> JM: “Nueva exhibición de los pintores impresionistas”, Nueva York y el arte, *La Nación*, Buenos Aires, 17 de agosto de 1886, *OCEC*, t. 24, p. 91.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>59</sup> *Ídem*.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 93.

los lleva a simpatizar con “los ángeles caídos de la existencia”, y a pintar “con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes”.<sup>61</sup> ¿Quién en su época vio esta relación dialéctica entre los gloriosos vencidos de la luz y los miserables vencidos de la vida? Todavía hoy suele hablarse del impresionismo como de un movimiento meramente estético, es decir inmanente al arte. Martí sabía que “es, por esencia, trascendental el espíritu humano” y que “toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia”;<sup>62</sup> por eso es capaz de ver que “de esas mozuelas abrutadas, de esas madres rudas de pescadores, de esas coristas huesudas, de esos labriegos gibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo”.<sup>63</sup> Pero tampoco pretende, como pretendería el crítico demagogo, reducir todo el arte de los impresionistas a una denuncia social. Mucha delicia y júbilo del mundo hay también allí: “Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol: son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío”.<sup>64</sup> Muy sensible es Martí al desafío, al atrevimiento, a la fiera insolencia del creador: a ella responde personalmente, como en duelo en que vence el que más ama, el que más ve. “Hay un Seurat que subleva”,<sup>65</sup> y lo describe para vencerlo. Pero en medio de tanta audacia, tanta belleza y tanta sensualidad, descubre Martí el eje que siempre salva de la corrupción y la miseria: la presencia del hombre íntegro, “la figura potente del remador de Renoir”. Termina el artículo con este símbolo no declarado, típico de muchos finales martianos, prenda aquí de salud y esperanza en un mundo de trabajadores equivalentes al esplendor de la naturaleza:

Las mozas, abestizadas, contratan favores a un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, o desgranar las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de piedras preciosas, los restos del almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas, oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pecho, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, a un sol abrasante.<sup>66</sup>

Volviendo al plano literario, ¿qué decir de aquellas páginas en que, proyectándose irresistiblemente a través de la obra comentada, asumiéndola como punto de partida de su propio pensamiento, se le transfigura la crítica

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>62</sup> *Ídem*.

<sup>63</sup> *Ídem*.

<sup>64</sup> *Ídem*.

<sup>65</sup> *Ibidem*, pp. 94 y 95.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 95.

en inspiración y videncia, como en el “Prólogo al *Poema del Niágara*” de Juan Antonio Pérez Bonalde (1882), o en tratado completo de su propia Poética, como en el ensayo sobre las poesías de Francisco Sellén (1890)? Es el primero un texto visionario, destinado a revelar el sentido de “los tiempos de reenquiciamiento y remodelo”<sup>67</sup> y en que “el genio va pasando de individual a colectivo”,<sup>68</sup> de los tiempos dolorosos como de parto y anunciadores de un crecimiento espiritual ecuménico: texto que resume tumultuosamente el credo histórico trascendente de Martí (su fe en “la elaboración del nuevo estado social” planetario), proyectándolo además hacia la trascendencia metafísica y religiosa a partir de la poesía: “La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera”.<sup>69</sup> Por segunda vez el Niágara sirve a un cubano para su mayor confesión y catarsis, porque en estas proféticas páginas Martí no habla tanto del poema de Bonalde como del torrente mismo, en cuanto símbolo del “oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va a parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe”.<sup>70</sup> Y en el ensayo sobre Francisco Sellén — a quien parece que elogia desmesuradamente por lo mucho que lo quiere y lo respeta como hombre de la estirpe del sacrificio, pero a quien no deja de señalarle una sola de sus deficiencias o fallas formales — encontramos el Credo poético de Martí, e incluso el cuadro de sus rechazos literarios, expresados con singular franqueza y plenitud. Rechaza, en suma, lo insincero y vano; acoge y ampara, mayor o menor, lo que es fiel a la vida. Su idea fundamental ya la conocemos: la identificación viviente del poeta con su asunto, identificación íntimamente creadora de la fidelidad cambiante de la forma, es el mayor sello de excelencia artística y humana:

Cada emoción tiene sus pies, y cada hora del día, y un estado de amor quiere dísticos, y anapestos la ceremonia de las bodas, y los celos quieren yambos. Un juncal se pintará con versos leves, y como espigados, y el tronco de un roble con palabras rugosas, retorcidas y profundas. En el lenguaje de la emoción, como en la oda griega, ha de oírse la ola en que estalla, y la que le responde y luego el eco. [...] Cada cuadro lleva las voces del color que le está bien; porque hay voces tenues, que son como el rosado y el gris, y voces esplendorosas y voces húmedas. Lo azul quiere unos acentos rápidos y vibrantes, y lo negro otros dilatados y oscuros. Con una vocales se obtiene un tono, que quedaría con otras falso y sin vigor la idea; porque este arte de los tonos en

<sup>67</sup> JM: “El poema del Niágara”, Nueva York, 1882, *OCEC*, t. 8, p. 146.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 150.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 158.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 153.

poesía no es nada menos que el de decir lo que se quiere, de modo que alcance y perdure, o no decirlo.<sup>71</sup>

Vemos claramente en estas citas el paso de la emoción al arte, de la sinceridad del sentimiento a la fidelidad de la forma. Sinceridad, en este caso, implica participación. En cuanto a los recursos expresivos de la sinestesia, anunciados en Francia por la “Symphonie en blanc majeur” de Teóphile Gautier (1852), formulados en los sonetos “Correspondances” de Charles Baudelaire (1857) y “Voyelles” de Arthur Rimbaud (1871), expuestos como teoría por René Ghil en su *Traité du verbe* (1886-1888), ya Martí había revelado su asimilación en un pasaje de la *Sección constante* que escribía para *La Opinión Nacional* de Caracas (1881): “Entre los colores y los sonidos hay una gran relación. El cornetín de pistón produce sonidos amarillos; la flauta suele tener sonidos azules y anaranjados; el fagot y el violín dan sonidos de color de castaña y azul de Prusia, y el silencio, que es la ausencia de los sonidos, el color negro. El blanco lo produce el oboe”.<sup>72</sup>

Su especial referencia a las vocales en la crítica de Sellén nos recuerda desde luego el soneto de Rimbaud y también, en nuestras letras, una curiosa carta de José Silverio Jorrín a Vidal Morales, fechada en La Habana el 10 de octubre de 1889 y publicada en la *Revista Cubana* (Tomo X, 1889) con el título de “Sobre el uso eufónico de las vocales”. En ella dice Jorrín:

Entiendo que las vocales forman desde la *a* á la *u* una escala musical descendente... Creo también, que al par de los colores, pueden provocar con sus combinados y múltiples matices, todas las impresiones gratas o ingratas del oído y de la vista. Considero en fin, que no solo responden las vocales a la material sensación que causan en nuestro órgano auditivo, sino que con la diversidad de su timbre, despiertan en el ánimo, por no sé qué asociación misteriosa, emociones variadísimas. Así, por ejemplo, la *a* y la *i*, a fuer de melodiosas y resonantes, implican ideas de alegría, majestad y valor; la *o* y la *u*, pensamientos lúgubres u horribles; mientras la *e*, de suyo modesta y semivelada, se prodiga en todo lo apacible, dulce y sereno, o se mezcla con sus hermanas para modificar, suavizándolos, sus primordiales caracteres.

A continuación ejemplifica sus observaciones con vocablos, frases y fragmentos de Gil Polo y Juan Nicasio Gallego. De este modo, a sus 73 años, un hombre de la generación de Milanés viene a emparentarse con Martí en el

<sup>71</sup> JM: “Francisco Sellén”, *El Partido Liberal*, México, 28 de septiembre de 1890, OC, t. 5, pp. 191-192.

<sup>72</sup> JM: “Sección constante”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 22 de diciembre de 1881, OCEC, t. 12, pp. 102 y 103.

descubrimiento de una verdad estética tan vieja como el lenguaje de la poesía, pero que el simbolismo francés y el modernismo hispanoamericano pusieron de moda. Solo que en Martí, como en los otros verdaderos maestros de esos movimientos, no fue moda sino conciencia de un recurso que podía profundizar y enriquecer la expresión literaria, siempre en él al servicio del reino de las analogías universales, de la naturaleza humana como metáfora del cosmos.

La nómina de autores y artistas que pasaron por la palabra de Martí, es pasmosa. Ningún crítico cubano se le acerca siquiera en la cantidad de nombres, obras y temas barajados; y no vale decir que en muchos casos les dedicó solo una atención ocasional o de pasada, pues rara vez tocó un nombre sin iluminarlo con un juicio original, de los que pudiera hacerse nutrida y sorprendente colección. En cuanto a la intensidad y calidad crítica, menos admite paralelo. Su clave, ya lo vimos, no está en ningún método, en ningún sistema. Su secreto de crítico, como todos los otros, está en su corazón. Cuando Martí nos dice: “Amar: he aquí la crítica”,<sup>73</sup> parece señalarnos una nueva aplicación del camino spinoziano: un cierto “amor intelectual” dirigido a los hombres, ya que en el creador ve ante todo al hombre, a un cierto tipo especial de hombre que necesita un cierto tipo especial de amor, precisamente el “amor intelectual”, que es la esencia del alma, es decir, también spinozianamente, el conocimiento. Y nos recuerda la idea griega del amor, según la resume José Ferrater Mora: “En la concepción antigua, el amor es, en última instancia, lo que conduce a la justicia, esto es, lo que hace que cada una de las cosas sea lo que es dentro de la jerarquía del universo, lo que da a cada ser lo que le pertenece en verdad y en intransferible propiedad”.<sup>74</sup> Y no podemos desligarlo de la concepción cristiana del amor como caridad entre los prójimos y participación fraternal. Ese amor que es conocimiento, justicia y participación, es el secreto de la crítica martiana: crítica que, como su creación en palabras y en actos, muchas veces creación ella misma, hizo inspiradamente para nosotros, para que ganáramos grados en el ser de la cultura, para que aprendiéramos a asimilar el mundo y a ser fieles al genio de nuestras tierras, para que creciéramos en el culto de la libertad y la universalidad del espíritu.

<sup>73</sup> JM: “Propósitos”, *Revista venezolana*, Caracas, 1ro. de julio de 1881, OCEC, t. 8, p. 57.

<sup>74</sup> José Ferrater Mora: *Diccionario filosófico*, ed. cit., p. 66.

## CAPÍTULO VIII

### *Periodismo*<sup>1</sup>

158

**A**unque hemos considerado conveniente destacar los principios y algunos ejemplos de la crítica martiana, todo lo dicho en el capítulo anterior pertenece por derecho propio a una ejecutoria periodística que de 1881 a 1892 no tuvo parangón en las letras de Hispanoamérica. Por la lectura de una sola de las crónicas agrupadas bajo el título de “Escenas norteamericanas” escribió Domingo Faustino Sarmiento en 1887: “En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal”.<sup>2</sup> El mismo año de aquella crónica sobre la inauguración de la Estatua de la Libertad en Nueva York, 1886, la prosa periodística de Martí empezó a ser modélica para Rubén Darío, quien a raíz de su muerte lo llamaría “aquel prosista que siempre fiel a la Castalia clásica se abrevó en ella todos los días, al propio tiempo que por su constante comunión con todo lo moderno y su saber universal y políglota formaba su manera especial y peculiarísima”.<sup>3</sup> Cuando en este caso hablamos de prosa periodística debe entenderse también proteica, tan pronto ensayística como pictórica o poemática. En un esfuerzo por caracterizarla en sus vertientes principales, señaló Manuel Pedro González:

Desde 1881, la estilística martiana —ya en la etapa de su madurez— se divide en dos modalidades esenciales. De un lado está el estilo lacónico y apotégmico de ciertos ensayos como el magistral en que evoca la vida, el carácter y el

---

<sup>1</sup> Los múltiples contenidos del periodismo martiano aparecen en los capítulos I, II, V, VII, IX y XII de este libro. El presente capítulo se dedica a la caracterización estilística y doctrinal de sus diversas etapas.

<sup>2</sup> Domingo Faustino Sarmiento: “La libertad iluminando al mundo” (*La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1887), en *Obras*, t. XLVI, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900, p. 173-176.

<sup>3</sup> Rubén Darío: “José Martí” (*La Nación*, Buenos Aires, 1º de junio de 1895), en *Los raros*, Barcelona, Maucci, 1905.

pensamiento del bardo de Concord, Ralph Waldo Emerson (1882). El tono panegírico de Martí, muy admirador de Emerson, produce un estilo rítmico, musical y abundante en tropos de filiación idealista y dinámica. Del otro, tenemos el estilo barroco en que describe la celebración del centenario de Calderón (1881). Este es un barroquismo intencionado que remeda la modalidad de los culteranos españoles del Siglo de Oro. Otra manifestación consumada se da en la descripción de la exposición de flores que Martí presencié en Nueva York.<sup>4</sup>

Lo cierto es que, junto al más enarcado de sus discursos y el más íntimo de sus versos, cartas y diarios, el periodismo fue el principal vehículo del pensamiento martiano: un periodismo convertido por él en análisis, advertencia, poesía, visión. Solo un estilo tan inextricablemente unido al devenir como el de la "crónica", llevada a la intensidad participante y reflexiva de su palabra totalizadora, pudo convenir, en la madurez, a su condición de "veedor" de las conquistas y los peligros de la modernidad. Se trocó el periodismo, bajo su pluma, en método de conocimiento de lo real y lo posible. Hizo cátedra de la noticia; laboratorio, del suceso; de lo efímero, poema; extrajo de lo sucesivo, leyes. Expuso, con olor a tinta fresca y para siempre, su galería de retratos ejemplares. No desdeñó la célula ni el átomo noticioso,<sup>5</sup> microscópico protoplasma de la historia. Realizó un periodismo tan poemático como científico, es decir, exploratorio, en el que no faltan los tanteos, las hipótesis y conjeturas desechadas o confirmadas, propias de la investigación aliada a los riesgos del pronóstico. Si a la postre acertó siempre, fue por un acierto previo: el de los principios éticos en que fundó su vida.

Fina García Marruz y yo reunimos hace años, para obsequiársela a don Ezequiel Martínez Estrada, una selección de *Prosa poemática de José Martí*, la mayor parte procedente de su obra periodística. Algunas muestras, escogidas entre las más breves, pudieran dar quizás una imagen de la enorme riqueza a que aludo. Pero no: abreviar esas citas sería excesivo sacrificio. Invitamos al lector a recorrer, con tiempo gustoso, en las *Obras completas* de este a quien Guillermo Díaz-Plaja llamó "el primer creador de *prosa* que ha tenido el mundo hispánico"<sup>6</sup> los siguientes títulos o epígrafes: "Coney Island", "Las Pascuas y Christmas", "El centenario de Calderón", "Proceso de Guiteau" (1881); "Darwin ha muerto", "Emerson", "Longfellow", "Una pelea de premio", "Los bárbaros caminadores", "Un torero moribundo" (1882); "El puente de Brooklyn", "El

<sup>4</sup> Manuel Pedro González e Iván S. Schulman: *Esquema ideológico*, Editorial Cultura, México, 1961, p. 62.

<sup>5</sup> Como un verdadero "noticiero" puede considerarse la "Sección Constante" — *Historia, letras, biografía, curiosidades y ciencia*, redactada por Martí para *La Opinión Nacional*, de Caracas, aparecida en ese diario desde el 4 de noviembre de 1881 hasta el 15 de junio de 1882. Fue compilada y prologada por Pedro Grases en 1955. Cf. *OC*, t. 23, pp. 55-322.

<sup>6</sup> Guillermo Díaz Plaja: *Modernismo frente a Noventa y ocho*, Espasa-Calpe, Madrid, 1951, p. 305.

kalhidósopo de la vida norteamericana" (1883); "La vuelta de los héroes de la 'Jeannette'", "La procesión moderna", "Una novela en el Central Park" (1884); "La política de acometimiento", "Los indios, los soldados...", "Costumbres, procesiones, espectáculos", (1885). Entresaquemos aquí unas líneas:

Las calles parecen páginas de Thackeray. Esta sí que es gentil soldadesca. ¡Qué bravo viene el capitán, con su sable de hoja de lata recostado en el hombro, y banda tricolor sobre camisa blanca al cinto; y cachuchilla blanca, y polaina de cuero! El que lleva el tambor pesa ¡pero no más que el tambor! Son los veinte chicuelos de la cuadra, que pusieron a sus madres a coser, y se hicieron para hoy este uniforme, con el que van de calle en calle, echados los brazos por los hombros, acompañados de pífanos y trompetas; y seguidos de todo el Liliput del barrio, que como por ensalmo se entra en fila, y marcha a paso lento y grave detrás de los venturosos del uniforme! Pero ahora viene otra compañía, que es aún mejor. La debilidad enamora, aun a los niños crueles: pues ¿a quién han hecho el capitán de la farsa? Lleva un casco de felpa colorada, gabán que llega al suelo, polainas de estambre rojo, al hombro el sable en su vaina, y un respeto como de rey en torno suyo, porque sus tropas lo miran con ternura, y él, que no sonríe de puro orondo, tiene tres años. Bueno es acabar aquí el cuento de esta fiesta: ¡ojalá todo acabara en un niño!<sup>7</sup>

160

Culminación del periodismo poético martiano sería cuatro años más tarde, para los niños de América, *La Edad de Oro*. Continuemos ahora la nominación de este desfile que solo puede compararse, como imponente reverso real, con las "iluminaciones" de Arthur Rimbaud, y a veces toca sus bordes expresivos: "La vida del Oeste", "El terremoto de Charleston", "Fiestas de la estatua de la Libertad" (1886); "Henry Ward Beecher", "El monumento a la prensa", "Cleveland", "La guerra social en Chicago", "La convención de sordo-mudos", "Obreros", "El Arte en Nueva York", "Gran exposición de ganado" (1887); "El verano de los pobres", "Elecciones", "Un funeral chino" (1888), donde, en un ángulo maestro, se lee: "Los árboles, por hojas, tenían pilluelos. En el techo arruinado de un caserón vecino, unas actrices pelaban naranjas".<sup>8</sup>

Demos algunos pasos atrás para que el lector conozca enseguida el retrato de la vaca Jersey:

Pero a la Jersey ¿cuál pudiera vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa Eurotas, con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mullido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan por lo que la celan y complacen, a los

<sup>7</sup> José Martí: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1885, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 17, pp. 285 y 286. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

<sup>8</sup> JM: "Un funeral chino", *La Nación*, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1888, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 12, p. 82. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de Jersey, pulcra y regalada: ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave: ella sabe que es bella: es vaca de salón, de seda toda y hasta el color, que del aire padece, va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros, de negras ojeras; con su oreja menuda ribeteada de vello voluptuoso; con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos; con su cuello de onda y pies de cierva; con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas bien holgado como para que la ubre de delicados pezones, tenga libre juego; — allí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.<sup>9</sup>

Más allá de estas pequeñas, incesantes venturas, imprescindibles para entender la completez del humanismo martiano y su capacidad de sonriente disfrute, las “Escenas” contienen (literalmente) el empuje brutal y a veces grandioso de unos Estados Unidos aún en tiempos de convulsa gestación. De ello dan testimonio “Washington”, “Cómo entra y cómo sale un presidente en los Estados Unidos”, “Cómo se crea un pueblo en los Estados Unidos”, “El centenario americano”, “Muerte de un millonario” (1889), que termina con este epitafio: “Puso bancos, y los arruinó. Por acá y por allá hay una gota de sangre en su fortuna. Tomó tanto whisky como había vendido. Levantó un palacio donde no se ve del oro. Murió triste”.<sup>10</sup>

La última de sus crónicas hasta hoy recogida es la que *El Partido Liberal* de México publicó el 2 de mayo de 1892, y está fechada el 28 de abril. Asombra comprobar la cercanía de estas páginas, en el tiempo cronológico ya que no en el tiempo del alma, a las que iniciaron el periódico *Patria* el 14 de marzo del mismo año, en vísperas de la fundación del Partido Revolucionario Cubano.

Ya había sentenciado Martí en el segundo editorial de su *Revista Venezolana* que “Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje”,<sup>11</sup> pero aquí el cambio es tan brusco que solo ejemplificándolo podremos comprobar la insólita capacidad de mutación estilística, así como el alivio que sentimos en su palabra, cuando pasamos de un texto a otro.

Se refiere la crónica mencionada al banquete que la Cámara de Comercio de Nueva York ofreció al periodista del *Tribune* Whitelaw Reid, ministro de los Estados Unidos en París y posible candidato a la vicepresidencia por el Partido Republicano. Como tantas otras veces, y como si tuviera todo el

<sup>9</sup> JM: “Gran exposición de ganado”, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de julio de 1887, *OCEC*, t. 25, pp. 306 y 307.

<sup>10</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 30 de mayo de 1889, *OC*, t. 12, p. 198.

<sup>11</sup> JM: “El carácter de la *Revista Venezolana*”, *OCEC*, t. 8, p. 92.

tiempo del mundo para dedicárselo a aquel espectáculo tan brillante como efímero, la ocasión sirve al cronista para alzar una vívida estampa de aquel convite mundano hasta la médula, y caracterizar a los diversos oradores, incluyendo a su admirado Charles A. Dana, director del *Sun*, y para tipificar el trajinado “sense of humour” de la oratoria de sobremesa yankee. De quien ofrece el homenaje, el presidente de la Cámara de Comercio, concluye: “Y como rico que es, ríe entre ricos”. Lo dice sin acrimonia, como pintor fiel, o fotógrafo instantáneo, o anticipado cineasta. Y termina así la crónica:

Las mesas se vacían. Los maridos fieles no esperan a los discursos menores. Cual se lleva un mazo de banderines en el pañuelo de seda negra. Cual, de las cestas, se hace un ramo de violetas y rosas. Porter, ensanchado, derrama cuentos. Condert, fisgón, le pone una palabra a Cleveland. Con uno habla Dana español, y con otro francés, y con otro italiano. “¡Adiós, señor presidente, le ha salido bien la comida!”. A la puerta, envuelto en pieles, entra Whitelaw Reid en su coche tirado por dos magníficos caballos.<sup>12</sup>

162

¿Y cómo había empezado pocos días antes *Patria*? Como si de golpe nos quitáramos afeites, máscaras y cosmopolitismos de salón; como si volviéramos los ojos, de pronto, a la verdad y honradez de la vida en un rincón de limpieza y seriedad dentro de la urbe monstruosa, leemos:

Nace este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de Nueva York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las Islas, y su constitución republicana venidera; para mantener la amistad entrañable que une, y debe unir, a las agrupaciones independientes entre sí, y a los hombres buenos y útiles de todas las procedencias, que persistan en el sacrificio de la emancipación, o se inicien sinceramente en él [...] Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico.<sup>13</sup>

Y termina el primer número de *Patria* con “Tres notas” que parecen anunciar el tono de la próxima sección “En casa”, una de las lecciones tácitas del periodismo revolucionario martiano que más debemos atender, pues en la formación de un pueblo no solo obra la roturación y siembra de las grandes ideas liberadoras sino también lo que el propio Martí llamó “virtud modesta y extraordinaria”, que vive “en el mérito y las entrañas de la oscuridad”.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> José Martí: *Nuevas cartas de Nueva York*, investigación, introducción e índice por Ernesto Mejía Sánchez, Siglo XXI, México, 1980, p. 203.

<sup>13</sup> JM: “Nuestras ideas”, *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1892, OC, t. 1, p. 315.

<sup>14</sup> JM: A Sotero Figueroa, Nueva York, octubre de 1893, OC, t. 2, p. 404.

Y así en la última de dichas notas, a años luz del banquete de los ricos neoyorquinos, se nos cuenta esta pequeña fábula:

Un día, en un viaje reciente, llamó un hombre a otros más, en un pueblo de los dos que los cubanos han levantado sobre la arena, y los convidó a abrir una escuela para los pobres. Pobres eran, más que ricos, los reunidos. La casa en que estaban se la había fabricado, con su esfuerzo, y otras cinco, y su tienda, un cubano pobre. Se habló bravamente, se expusieron quejas viriles, se abrazaron los hombres de un color y otro. Un mes después volvía el iniciador por aquel pueblo de los corazones. La escuela tiene catorce maestros, ochenta discípulos, cuatro aposentos y una biblioteca. Los fundadores, pobres.<sup>15</sup>

Hablamos de un alivio de su palabra, precursor del más profundo de toda su persona cuando entró en los campos de Cuba libre, porque *Patria* fue para su pluma como volver a casa, después de un periplo en que el oficio periodístico, genialmente practicado, lo llevó a los colosales estrenos, las promesas y los *ínferos* de la modernidad capitalista. Las páginas de aquel periódico combativo, fundador y cariñoso, se convirtieron en el modesto hogar revolucionario que no solo la causa de la independencia cubana, sino también su alma, necesitaba para organizar las fuerzas destinadas al viaje definitivo. Y así leyéndolas hoy, cualesquiera sean los peligros y angustias que en ellas se reflejan, sentimos el confortamiento de un espíritu luminoso y sincero, demasiado tiempo lanzado como testigo al torbellino y pugilato de un mundo que él conoció como nadie, del que extrajo lecciones y arte sumos, y que, al tocarle el fondo, se le reveló sórdido y hostil.

Después del bautismo de fuego adolescente, en hojas fugaces en las que sin embargo se anunciaba su destino; después de las juveniles esgrimas en la prensa española, ejerció Martí en la *Revista Universal* de México, entre sus veintidós y veintitrés años, un periodismo doctrinario y consejero. Es entonces cuando, al calor de la redacción diaria de sus "Boletines de Orestes", editoriales sin firma, artículos, Correos de los Teatros e innumerables gacetillas, empieza a concebir y formular una teoría de la misión que a la prensa corresponde. "La prensa — escribe — no es aprobación bondadosa o ira insultante; es proposición, estudio, examen y consejo". No es su oficio "informar ligera y frívolamente sobre los hechos que acaecen, o censurarlos con mayor suma de afecto o de adhesión", sino "encaminar, explicar, enseñar, guiar, dirigir".<sup>16</sup> Si se releen atentamente muchas de sus colaboraciones, que a veces cubrían casi toda la revista, se nota en ellas, bajo el velo de la obligada discreción, la impaciencia de quien estaba previendo peligros y constatando errores, e incluso sugiriendo medidas que pudieran evitar el derrocamiento de la herencia juarista mantenida por el gobierno de Sebastián Lerdo de

<sup>15</sup> JM: "Tres notas", *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1892, OC, t. 1, p. 328.

<sup>16</sup> JM: "Boletín", *Revista Universal*, México, 8 de julio de 1875, OCEC, t. 2, p. 111.

Tejada. En aquel contexto político —el de una república bisoña, de corte liberal burgués, dividida por luchas partidistas que a su vez dividían la prensa en facciones— propugnó una prensa misionera, de raíz ética y educativa, repartida en dos ramas maestras: el examen lúcido de las cuestiones públicas y el consejo patriótico para su mejor solución o encauzamiento.

Aunque indudablemente las experiencias mexicana y guatemalteca echaron las bases del americanismo martiano, fue desde las estribaciones del Monte Ávila y desde el tumultuoso mirador neoyorquino que Martí continentalizó, por decirlo así, su prosa periodística, dotada ya en los años ochenta de una espacialidad, de un *pathos* de lo simultáneo y de una adhesión al torrente vital que únicamente encontramos en la poesía de Walt Whitman, de quien hizo por cierto el retrato que lo llevó en andas, triunfante, a la admiración hispanoamericana y española. Cuando en el Prólogo al *Poema del Niágara*, de Juan Antonio Pérez Bonalde, en 1882, Martí afirma que la vida es “el único asunto legítimo de la poesía moderna”,<sup>17</sup> está estableciendo el puente creador entre su verso íntimo y su prosa pública, la que inundaría miles de páginas de los más grandes periódicos de Nuestra América y algunos importantes de Estados Unidos. He aquí la nueva Poética que se ha apoderado de su pluma:

164

Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios, la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpagos, con alas.<sup>18</sup>

Estas son las perspectivas que van a permitir el mayor rango artístico a sus “Escenas norteamericanas”, las que frecuentemente van a trocar su periodismo en creación literaria y más aún, poética. En tiempos en que parnasianos, simbolistas y decadentes imponían la enemistad del arte frente a la vida, Martí sostuvo en verso y prosa que el arte mayor nace de la vida, está en la vida, de cuya inspiración provienen no solo sus temas sino también sus diversos estilos, el ajuste de fondo y forma. Es por eso que en la carta a Bartolomé Mitre y Vedia, director de *La Nación* de Buenos Aires, el diario que con *El Partido Liberal* de México y *La Opinión Nacional* de Caracas, entre otros muchos, recibirá el tesoro de su obra periodística de madurez, le dice: “Es mal mío [...] hacer los artículos de diario como si fueran libros”.<sup>19</sup> Es por eso

<sup>17</sup> JM: “El poema del Niágara”, Nueva York, 1882, OCEC, t. 8, p. 151.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 149.

<sup>19</sup> JM: A Bartolomé Mitre Vedia, Nueva York, 19 de diciembre de 1882, OCEC, t. 17, p. 353.

que en el 82 declara: “La prensa es Vinci y Angelo, creadora del nuevo templo magno e invisible, del que es el hombre puro y trabajador el bravo sacerdote”.<sup>20</sup> No oculta su admiración por los diarios neoyorquinos, por “la maravilla del *Evening Sun* que cuesta un centavo”, donde “todo palpita y centellea”. Y pregunta: “¿Hechos menores?”. A lo que responde significativamente: “¡pues si cada día es un poema! ¡cada número del *Herald* es, a su modo, un poema!”.<sup>21</sup> Y si no lo es del todo, si solo lo es como materia prima, él se encargará de completarlo y ofrecerlo bruñido con el arte de Cellini, que “ponía en un salero a Júpiter”,<sup>22</sup> o con el de los venideros muralistas, que ya avizoró en México. Y así tenemos estudios como los de Allen W. Phillips y Marcia Yoscowitz en los que se descubren las fuentes reporteriles de las que se valió Martí para elaborar prodigios como “El terremoto de Charleston”.<sup>23</sup>

Resumiendo, su periodismo se hizo artístico en la misma medida en que se hizo partícipe de la vida continental e incluso planetaria. Además de la mayor riqueza expresiva y creciente madurez del juicio, su situación ante la página diaria —aquella “sábana” de *La Nación* de que hablaba con estupor Darío— resultaba mucho más excitante. En México era el analizador escrupuloso, severo y preocupado, comprometido por espontánea simpatía con la posición liberal y progresista de un gobierno asediado. En Nueva York es el testigo metido en las entrañas que están pariendo los tiempos modernos. En cuanto él es un hombre de esos tiempos modernos, participa incluso estilísticamente en todo el inmenso suceso. En cuanto la versión norteamericana de la modernidad, cada vez más hegemónica, revela sus voracidades y peligros para la casa propia y para el mundo, se va poniendo en guardia y apresta en silencio, pero no tan “en silencio” como él mismo dijo, la “honda de David”.<sup>24</sup>

Cuando la sazón de los tiempos le permite fundar *Patria* y el Partido Revolucionario Cubano, Martí va accediendo, sin proponérselo y tal vez sin tomar plena conciencia de ello, a otra categoría: la de protagonista de su propio relato, de su propia entrañable corresponsalía. Un modesto periodista cubano, Ramón Becali, descubrió hace años, en su libro *Martí corresponsal*,<sup>25</sup> esos giros últimos que se van acentuando de la escritura de *Patria* a la del *Diario de campaña* y de las últimas cartas que lo complementan y que realmente

<sup>20</sup> JM: “Congreso de educadores”, Carta de los Estados Unidos, *La Nación*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1882, OC, t. 9, p. 326.

<sup>21</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 15 de julio de 1885, OCEC, t. 22, p. 120.

<sup>22</sup> JM: “Julián del Casal”, *Patria*, 31 de octubre de 1893, OC, t. 5, p. 221.

<sup>23</sup> Cf. Allen W. Phillips: *Estudios y notas sobre literatura hispanoamericana*, México, Ed. Cultura, 1965, p. 5-18; Marcia Yoscowitz: “El arte de síntesis e interpretación: Un estudio de “El terremoto de Charleston, de José Martí”, en *Cuadernos Americanos*, México, nov.-dic. 1968, pp. 135-148.

<sup>24</sup> JM: A Manuel Mercado, OC, t. 4, p. 168.

<sup>25</sup> Ramón Becali: *Martí corresponsal*, Editorial Orbe, La Habana, 1976.

son las de un corresponsal de guerra que es a la vez su agonista principal. Los destinatarios de aquellos mensajes recibían noticias, efusiones, directrices, envíos. Nosotros hoy, más enterados que ellos, los leemos como documentos prologales de una nueva época: la del imperialismo y el neocolonialismo yanqui en América Latina. El origen de estos fenómenos, descontadas sus causas económicas, lo vio Martí en la tendencia que llamó “política de acometimiento”, de la que hizo, con “su estilo de Goya”,<sup>26</sup> pintura insuperable. Contra lo que suelen hacer los ideólogos, Martí prefería corporizar a teorizar, y en todo caso sus enjuiciamientos se inclinaban a encarnar en formas plásticas y personales. Así del lado más brutal de la sociedad norteamericana de su tiempo sacó este aguafuerte terrible:

Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; [...] estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventruídos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos, acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene, de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, como soldados, como lacayos, y nunca vino; estos tártaros nuevos, que merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato, y, recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance.<sup>27</sup>

La misma pluma que trazó esta página fue capaz de elevar el magno elogio de Emerson como un astro girando en torno a una sola sentencia-eje: “En él fue enteramente digno el ser humano”,<sup>28</sup> capaz de hacer la más luminosa oración fúnebre para el predicador Henry Ward Beecher; capaz de escribir la más cariñosa biografía del anciano filántropo Peter Cooper; capaz, entre otras tantas muestras de reconocimiento a lo mejor de la cultura norteamericana, de caracterizar así la oratoria del abolicionista Wendell Phillips:

Y cuando sin mayor ira que aquella santa que tenía en sí en todo momento, concentrada, por arte en el discurso o riesgo en el auditorio se hacía menester actividad mayor de desdén o de cólera, —no era ya su elocuencia fino acero,

<sup>26</sup> Domingo Faustino Sarmiento, ob. cit., *Ibíd.*

<sup>27</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 4 de octubre de 1885, OCEC, t. 22, p. 226.

<sup>28</sup> JM: Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*, *La Opinión Nacional*, Caracas, 19 de mayo de 1882, OCEC, t. 9, p. 319.

sino tremenda y desatentada catapulta. Garra era de león, forrada en guante. Implacable era y fiero, como todos los hombres tiernos que aman la justicia.<sup>29</sup>

De sus varias manifestaciones sobre el “deber ser” del periodismo ninguna más sintética que esta: “El periodista ha de saber, desde la nube hasta el microbio”;<sup>30</sup> y ninguna más abarcadora que la contenida en el siguiente párrafo:

Que no haya una manifestación de la vida, cuyos diarios accidentes no sorprenda el diarista: eso es hacer un buen diario. Decir lo que a todos conviene. Y no dejar de decir nada que a alguien pueda convenir. Que todos encuentren en el diario lo que pueden necesitar saber. Y decirlo con un lenguaje especial para cada especie: escribiendo en todos los géneros, menos en el fastidioso de Bibeau, desdeñando lo inútil y atendiendo siempre lo útil elegantemente. Que un periódico sea literario no depende de que se vierta en él mucha literatura, sino que se escriba literariamente todo. El periódico ha de estar siempre como los correos antiguos, con el caballo enjaezado, la fusta en la mano, y la espuela en el tacón. Al menor accidente, debe saltar sobre la silla, sacudir la fusta, y echar a escape el caballo para salir pronto y para que nadie llegue antes que él. Debe, extractando en libros, facilitar su lectura a los pobres de tiempo. O de voluntad o de dinero. Hacer asistir a los teatros, como sentados en cómoda butaca, que este efecto hace una alineada y juiciosa revista, a los pobres y perezosos. Debe desobedecer los apetitos del bien personal, y atender imparcialmente al bien público. Debe ser coqueta para seducir, catedrático para explicar, filósofo para mejorar, pilluelo para penetrar, guerrero para combatir. Debe ser útil, sano, elegante, oportuno, saliente. En cada artículo debe verse la mano enguantada que lo escribe, y los labios sin mancha que lo dictan. No hay cetro mejor que un buen periódico.<sup>31</sup>

<sup>29</sup> JM: “Wendell Phillips”, *La Nación*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1884, *OCEC*, t. 17, p. 175.

<sup>30</sup> JM: Cartas de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 14 de junio de 1885, *OC*, t. 10, p. 235.

<sup>31</sup> Apunte dado a conocer por Gonzalo de Quesada y Miranda en su libro *Martí, periodista*, Rambla y Bouza, La Habana, 1929, p. 167. En el Apéndice de esta obra se registran 28 periódicos y revistas “para los cuales escribió Martí”, sin contar los que reproducían artículos suyos en países de Hispanoamérica.

## CAPÍTULO IX

### *Ciencia y Educación*

168

**E**l profundo y constante interés de Martí por los caminos de la ciencia tuvo tres motivaciones: una, desde luego, gnoseológica; otra, íntimamente relacionada con su concepto de la educación; otra, en fin, práctica, deseosa de contribuir a lo que hoy llamamos transferencia de la tecnología.<sup>1</sup> Todo ello en el contexto intencional de una modernización de Hispanoamérica que había tenido precursores cubanos de la talla del padre Félix Varela (1787-1853) y de José de la Luz y Caballero (1800-1862). Lo distintivo de estos próceres de nuestro pensamiento fue su búsqueda, dentro del diseño filosófico aportado por el racionalismo cartesiano y el iluminismo europeo, de una conciliación de ciencia y fe. “Les haré dar a entrambas —escribió José de la Luz— el abrazo estrecho y sincero que se debe dar a la verdad: el ósculo eterno de la paz”.<sup>2</sup> Por su parte Varela, continuando el valiente impulso del presbítero José Agustín Caballero (1762-1835) —propugnador de una filosofía crítica y “electiva” — asestó

<sup>1</sup> Desde su periodismo mexicano (1875-1876) todas las ramas de la ciencia interesaron a Martí. Se adelantó a preocupaciones ecológicas infrecuentes en su época. Especial conocimiento de la ciencia y técnica agropecuaria demuestra en “Gran Exposición de ganado” (OC, t. 13, pp. 490-502) y en cartas a Enrique Estrázulas (OC, t. 20, pp. 190-197). Sorprenden y deslumbran por su precisión científica y su belleza literaria, sus crónicas sobre la construcción del Puente de Brooklyn en 1883 (OC, t. 13, pp. 255-259) y sobre una exhibición de flores en 1891 (OC, t. 13, pp. 511-518). Nutridísima fue su divulgación de noticias científicas, de descubrimientos e inventos técnicos en *La América*, de Nueva York (1883-1887) y en la “Sección Constante” de *La Opinión Nacional* de Caracas (1881-1882). Véanse, de Josefina Toledo Benedit: *La ciencia y la técnica en José Martí*, Editorial Científico Técnica, La Habana, 1994; de Alexis Schlachter Antolín: “Un Martí desconocido: el crítico de las ciencias”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, mayo de 1995, pp. 91-98.

<sup>2</sup> José de la Luz y Caballero: *La polémica filosófica*, Editorial de la Universidad de La Habana, 1948, p. 35.

golpes definitivos a la retórica escolástica e introdujo a plenitud la Física y la Química experimentales en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, sin por ello desviarse un punto de la ortodoxia católica. Esto lo sitúa, no obstante sus intensas asimilaciones de la “ideología” sensualista francesa, en la tradición patrística de la *recta ratio* que desde san Justino y Clemente de Alejandría llega hasta san Alberto el Magno y santo Tomás de Aquino. Alejado ya de la Iglesia institucional, José de la Luz dirá: “Las ciencias — ríos caudalosos que conducen al Océano de la Divinidad”.<sup>3</sup> Y Martí, en un apunte de juventud, como heredero de esa estirpe cubana: “Por medio de la ciencia se llega a Dios”.<sup>4</sup>

Ya situado en el mirador neoyorquino, a sus 29 años, escribe en su gran crónica sobre la muerte de Darwin: “¡Y es que es loca la ciencia del alma, que cierra los ojos a las leyes del cuerpo que la mueve, la aposenta y la esclaviza, — y es loca la ciencia de los cuerpos que niega las leyes del alma radiante, que llena de celajes y doseles, y arrebola y empabellona la mente de los hombres! [...] La vida es doble. Yerra quien estudia la vida simple”.<sup>5</sup>

Su ditirambo crítico termina así:

Y hay verdad en esto: no ha de negarse nada que en el solemne mundo espiritual sea cierto, ni el noble enojo de vivir, que se alivia al cabo, por el placer de dar de sí en la vida, — ni el coloquio inefable con lo Eterno, que deja en el espíritu fuerza solar y paz nocturna; ni la certidumbre real, puesto que da gozo real, de una vida posterior en que sean plenos los penetrantes deleites, que con la vislumbre de la verdad, o con la práctica de la virtud, hinchen el alma: — mas en lo que toca a construcción de mundos, no hay modo para saberla mejor que preguntársela a los mundos. Bien vio, a pesar de sus yerros, que le vinieron de ver en la mitad del ser, y no en todo el ser, quien vio esto; y quien preguntó a la piedra muda y la oyó hablar; y penetró en los palacios del insecto, y en las alcobas de la planta, y en el vientre de la tierra, y en los talleres de los mares, reposa bien donde reposa: en la abadía de Westminster, al lado de héroes.<sup>6</sup>

Aquel mismo año 1882 había escrito en la “Sección Constante”, en *La Opinión Nacional* de Caracas, comentando el libro de Tito Vignoli titulado *El mito y la ciencia*:

Que cada grano de materia traiga en sí un grano de espíritu, quiere decir que lo trae, mas no que la materia produjo el espíritu: quiere decir que coexisten,

<sup>3</sup> José de la Luz y Caballero: *Aforismos*, Editorial de la Universidad de La Habana, 1945, p. 372.

<sup>4</sup> José Martí: “Juicios”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 19, p. 361. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

<sup>5</sup> JM: Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*, *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de mayo de 1882, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 11, p. 184. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 210.

no que un elemento de este ser compuesto creó el otro elemento. ¡Y ese sí es el magnífico fenómeno repetido en todas las obras de la naturaleza: la coexistencia, la interdependencia, la interrelación de la materia y el espíritu!<sup>7</sup>

Y un mes antes, el 19 de mayo de 1882, en el mismo diario, al centro de su antológico “Emerson”, resumió estas ideas nunca después desmentidas:

¿Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza: la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores mas a quien no se conocen superiores. El espíritu presiente; las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia, insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos, — ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el cielo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más que lo que sabe hoy el espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.<sup>8</sup>

170

Del mayor interés resultan sus crónicas sobre eventos científicos a los que puntualmente asistía en Nueva York, como la dedicada a la Asamblea anual de la Sociedad para el adelanto de las ciencias (1887) y la titulada “Un Congreso antropológico en los Estados Unidos” (1888). En la primera, como en otros escritos, se declaró partidario de la autoctonía del hombre americano; en la segunda, reitera y enriquece sus criterios, valiéndose incluso de opiniones menos divulgadas de Darwin. Allí leemos, siempre en la cuerda crítica y personal que le hacían resonar las polémicas antropológicas:

Cada paso de la ciencia novísima enseña que no solo lo tangible es cierto, ni lo mental y moral del hombre dependen, — como se creyó en la infancia de la ciencia contemporánea y mantienen mientras les dure la puericia mental los estudiantes noveles, — de tal conformación o tal deformidad del cerebro o del hueso. [...] Ya no se puede ser darwinista, de la izquierda Haeckel, como

<sup>7</sup> JM: “Sección constante”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 15 de junio de 1882, OCEC, t. 13, p. 88.

<sup>8</sup> JM: Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*, ob. cit., p. 329.

podría decirse en parlanza escolar, sino partidario honrado de lo que la naturaleza enseña en el desarrollo simultáneo y unido de lo corpóreo e incorpóreo del hombre, algo así como la derecha Shaafhausen.

“Darwin mismo, dijo Mann, no afirmó más sino que el hombre descendía de un tipo animal más bajo que él, muy antiguo y ya extinto. No vio Darwin en los tejidos ligados de la vida y en la ascendencia por la lucha, la demostración negativa del sentido religioso y espiritual del universo, sino prueba mayor y terminante de él. ¡No puedo creer sin angustia, dijo Darwin, que una fábrica tan lenta y laboriosa como la del mundo no tenga más objeto que la batalla de la vida, no pare en algo superior a ella!”. No puede deducirse de lo conocido y probable sino lo que desde la infancia observadora nota el niño, y es el orden ascendente en la semejanza de lo creado.<sup>9</sup>

“Infancia observadora” fue la del propio Martí. A ella alude más de una vez, como si recordara la opinión del padre Varela sobre las “primeras ideas” que se hacen los niños, las que “no son muy numerosas, pero sí tan exactas como las del filósofo más profundo”.<sup>10</sup> Al estímulo de esa capacidad científica innata en el hombre, y no solo a la necesaria transmisión de una imagen ya conocida del mundo, se dirigía la escuela concebida por Martí. Dos inevitables elementos polémicos alimentaron esa progresiva concepción: la crítica del sistema hispanoamericano, excesivamente literario, anacrónico y ajeno a las realidades de nuestros atrasados países, y la crítica del sistema norteamericano, excesivamente pragmático, atento solo al éxito y al lucro. De ambas críticas, fundadas en principios a la vez realistas y éticos, surgió la definitiva concepción educacional martiana, en la que ciencia, sensibilidad e imaginación se enlazan a través del vínculo directo, cognoscitivo y productivo con la naturaleza. “El verdadero maestro del hombre es la naturaleza”, dijo el padre Varela, y también que el objetivo esencial del maestro debe ser “enseñar al hombre a pensar desde sus primeros años, o mejor dicho, quitarle los obstáculos de que piense”.<sup>11</sup> Y José de la Luz — quien interpretó la duda metódica de Descartes como la necesidad de que cada hombre, con la ayuda indispensable pero desde sí mismo, levante el edificio del conocimiento — concibió la escuela cubana como “un plantel de ideas y sentimientos, y de método”, como una escuela “de virtudes, de pensamientos y de acciones; no de expectantes y eruditos, sino de activos y pensadores”.<sup>12</sup> Principios que, junto con el de la caridad (en su recto sentido), la utilidad y la modestia, informan el

<sup>9</sup> JM: “Un congreso antropológico en los Estados Unidos”, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1888, OC, t. 11, pp. 477, 479 y 480.

<sup>10</sup> José Ignacio Rodríguez: *Vida del presbítero Don Félix Varela*, Nueva York, Imprenta “O Novo Mundo”, 1878, p. 62.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 62 y 64.

<sup>12</sup> José de la Luz y Caballero, *ob. cit.*, p. 43.

ideario pedagógico —oreado por la poesía— de Rafael María de Mendive, cuyo discurso inaugural de la Escuela Municipal de Varones de La Habana en 1865 debió resonar hondamente en quien iba a ser su mejor discípulo.

Sirvan los siguientes extractos para resumir el ideario educacional y pedagógico de José Martí:

El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento, y en la dirección de los sentimientos. Un pueblo instruido ama el trabajo y sabe sacar provecho de él. Un pueblo virtuoso vivirá más feliz y más rico que otro lleno de vicios, y se defenderá mejor de todo ataque.

Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.<sup>13</sup>

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre esos primeros humildísimos libros de la escuela.<sup>14</sup> Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para vivir. En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada.<sup>15</sup>

Naturaleza y composición de la tierra, y sus cultivos; aplicaciones industriales de los productos de la tierra; elementos naturales y ciencias que obran sobre ellos o pueden contribuir a desarrollarlos: — he ahí lo que en forma elemental, en llano lenguaje, y con demostraciones prácticas debiera enseñarse, con gran reducción del programa añejo, que hace a los hombres pedantes inútiles, en las mismas escuelas primarias.

Alzamos esta bandera y no la dejamos caer. — La enseñanza primaria tiene que ser científica.

El mundo nuevo requiere la escuela nueva.

Es necesario sustituir al espíritu literario de la enseñanza, el espíritu científico. Debe ajustarse un programa nuevo de educación, que empiece en la escuela de primeras letras y acabe en una universidad brillante, útil, en acuerdo con los tiempos, estado y aspiraciones de los países en que enseña.<sup>16</sup>

Divorciar al hombre de la tierra, es un atentado monstruoso. [...] A las aves, alas; a los peces, aletas; a los hombres que viven en la Naturaleza, el conocimiento de la Naturaleza: ésas son sus alas.

Y el medio único de ponérselas es hacer de modo que el elemento científico sea como el hueso del sistema de educación pública.

<sup>13</sup> JM: “Educación Popular”, *OC*, t. 19, p. 375.

<sup>14</sup> JM: “Guatemala”, *OCEC*, t. 5, p. 284.

<sup>15</sup> JM: “Peter Cooper”, *La Nación*, Buenos Aires, 3 de junio de 1883, *OCEC*, t. 17, p. 81.

<sup>16</sup> JM: “Abonos. — La sangre es buen abono”, *La América*, Nueva York, agosto de 1883, *OCEC*, t. 18, p. 113.

Que la enseñanza científica vaya, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de la educación pública. [...]

Esto piden los hombres a voces: — ¡armas para la batalla!<sup>17</sup>

Educación es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es preparar al hombre para la vida.

Y no está la reforma completa en añadir cursos aislados de enseñanza científica a las universidades literarias; sino en crear universidades científicas, sin derribar por eso jamás las literarias; en llevar el amor a lo útil, y la abominación de lo inútil, a las escuelas de letras; en enseñar todos los aspectos del pensamiento humano en cada problema, y no — con lo que se comete alevosa traición —, un solo aspecto; — en llevar solidez científica, solemnidad artística, majestad y precisión arquitecturales a la literatura. ¡Solo tales letras fueran dignas de tales hombres!<sup>18</sup>

Ventajas físicas, mentales y morales vienen del trabajo manual. — Y ese hábito del método, contrapeso saludable, en nuestras tierras sobre todo, de la vehemencia, inquietud y extravío en que nos tiene, con sus acicates de oro, la imaginación. El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos. [...]

¡Oh! a oír nuestro voto, junto a cada cuna de hispanoamericano se pondría un cantero de tierra y una azada. [...]

Y detrás de cada escuela un taller agrícola, a la lluvia y al sol, donde cada estudiante sembrase su árbol.<sup>19</sup>

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros. La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina. [...]

¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones; como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!<sup>20</sup>

Desde el punto de vista ideológico o doctrinal, la escuela martiana es rigurosamente laica: ni religiosa ni antirreligiosa, pues no interviene en la intimidad de las conciencias, a no ser en cuanto las prepara para opciones libres. A este último propósito, comentando las sesiones educativas de “La Liga” de Nueva

<sup>17</sup> JM: “Educación Científica”, *La América*, Nueva York, septiembre de 1883, OCEC, t. 18, p. 141.

<sup>18</sup> JM: “Escuela de electricidad”, *La América*, Nueva York, noviembre de 1883, OCEC, t. 18, pp. 228 y 229.

<sup>19</sup> JM: “Trabajo manual en las escuelas...”, *La América*, Nueva York, febrero de 1884, OCEC, t. 19, pp. 101, 102 y 103.

<sup>20</sup> JM: “Maestros ambulantes”, *La América*, Nueva York, mayo de 1884, OCEC, t. 19, p. 188.

York, en la que él era el Maestro por antonomasia, habló de “los que traen en sí la marca propia donde el maestro, como sobre la luz, no osa poner la mano. Y artesanos o príncipes, éstos son los creadores. Epopeya es raíz”. Antes había dicho: “la epopeya renace con cada alma libre: quien ve en sí es la epopeya”.<sup>21</sup> Y no de otra épica está hablando sino del autodescubrirse y hacerse a sí mismo, que es a lo que el maestro tiene que ayudar. Por eso elogia a José de la Luz, que prefirió “sembrar hombres” a escribir libros,<sup>22</sup> y a Bronson Alcott, a quien imagina preguntándose: “Lo que estamos haciendo son abogados, y médicos, y clérigos, y comerciantes; pero ¿dónde están los hombres?”<sup>23</sup> ¿No dijo Martí de sí mismo que de todas las carreras prefería la de hombre?<sup>24</sup> Y así como en “Maestros ambulantes” advertía: “No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores”,<sup>25</sup> en la semblanza de Alcott “el platoniano”, sentencia:

Se debe enseñar conversando, como Sócrates, de aldea en aldea, de campo en campo, de casa en casa. La inteligencia no es más que medio hombre, y no lo mejor de él; ¿qué escuelas son estas donde solo se educa la inteligencia? Siéntense el maestro mano a mano con el discípulo, y el hombre mano a mano con su semejante, y aprenda en los paseos por la campiña el alma de la botánica, que no difiere de la universal, y en sus plantas y animales caseros y en los fenómenos celestes confirme la identidad de lo creado, y en este conocimiento, y en la dicha de la bondad, viva sin la brega pueril y los tormentos sin sentido, pesados como el hierro y vanos como la espuma, a que conduce aquel bestial estado del espíritu en que dominan la sensualidad y la arrogancia. ¡No sabe de la delicia del mundo el que desconoce la realidad de la idea y la fruición espiritual que viene del constante ejercicio del amor!<sup>26</sup>

174

Vamos viendo así, más allá de polémicas necesarias, la completez de la concepción martiana de la enseñanza, urgida de superar manquedades que no han hecho más que agravarse. Por eso apunta, en el agónico silencio de su soledad neoyorquina: “Faltan ideales: faltan goces verdaderos, delicados y profundos. Falta el conocimiento de sí, del que vienen alegrías supremas, dulces consagraciones y decoro. Falta confianza en la existencia futura. Falta ciencia y cultura espiritual”.<sup>27</sup>

<sup>21</sup> JM: “Rafael Serra.-Para un libro”, *Patria*, 26 de marzo de 1892, OC, t. 4, p. 380.

<sup>22</sup> JM: Cartas inéditas de José de la Luz, *El Economista Americano*, Nueva York, marzo de 1888, OC, t. 5, pp. 249 y 250.

<sup>23</sup> JM: “Bronson Alcott, el platoniano”, OC, t. 13, p. 189.

<sup>24</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 2, OC, t. 21, p. 78.

<sup>25</sup> JM: “Maestros ambulantes”, ob. cit., p. 187.

<sup>26</sup> JM: “Bronson Alcott, el platoniano”, ob. cit., p. 188.

<sup>27</sup> JM: “Otros fragmentos”, OC, t. 22, p. 322.

En cuanto a las funciones de la imaginación, si bien alertó, según vimos, contra su exceso inútil y “el caracolear con la mera fantasía”,<sup>28</sup> defendió “la imaginación, hermana del corazón” tanto como rechazó la “ciencia sin el espíritu”,<sup>29</sup> azote principal de nuestros tiempos. Sensibilidad, imaginación y ciencia se le presentaron íntimamente unidas. “Toda ciencia – dijo – empieza en la imaginación, y no hay sabio sin el arte de imaginar, que es el de adivinar y componer, y la verdadera y única poesía”.<sup>30</sup> Por ello, fiel a su idea del equilibrio como “la gran ley estética, la ley matriz y esencial”,<sup>31</sup> concluyó:

No hay que rebajar las condiciones que se tienen: sino que equilibrarlas por el realce o adquisición de las que no se tienen. Para dar a los pueblos de la América del Sur lo que les falta, no hay que rebanarles la hermosa imaginación, sino que levantarlos, dotarlos de razón en igual grado. Lo contrario sería mejorar perdiendo. El capital futuro es capital constante en las naciones. Y un pueblo pierde en caudal, no en relación a lo que gana ahora, sino a si lo que gana ahora le impide ser mañana lo que en el cultivo de sus naturales condiciones pudiera ser. Preservad la imaginación, hermana del corazón, fuente amplia y dichosa. Los pueblos que perduran en la historia son los pueblos imaginativos. Y cread el pueblo sumo, rico sin rival en naturaleza, rico sin rival en imaginación, rico sin igual razón, porque la imaginación es como una iluminadora, que va delante del juicio, avivándole para que vea lo que investiga, lo que ella descubre, y dejándolo atrás en reflexiones mientras ella, impaciente, parte a descubrir campiñas nuevas. La imaginación ofrece a la razón, en sus horas de duda, las soluciones que esta en vano sin su ayuda busca. Es la hembra de la inteligencia, sin cuyo consorcio no hay nada fecundo.<sup>32</sup>

175

En un apunte fundamental escribe:

Fundar la Literatura en la ciencia. Lo que no quiere decir introducir el estilo y lenguaje científico en la Literatura, que es una *forma de la verdad* distinta de la ciencia, sino comparar, imaginar, aludir y deducir de modo que lo que se escriba permanezca, por estar en acuerdo con los hechos constantes y reales [...] Nada sugiere tanta y tan hermosa Literatura como un párrafo de ciencia. Asombran las correspondencias y relaciones entre el mundo meramente natural y extrahumano y las cosas del espíritu del hombre, tanto que un axioma

<sup>28</sup> JM: “Fragmentos”, OC, t. 22, p. 142.

<sup>29</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 18, OC, t. 21, p. 382.

<sup>30</sup> JM: “Libro nuevo de José Miguel Macías”, *Patria*, 8 de septiembre de 1894, OC, t. 5, p. 240.

<sup>31</sup> JM: “Fragmentos”, ob. cit., p. 38.

<sup>32</sup> JM: “[Serie de artículos para la América]”, OCEC, t. 19, pp. 299 y 300.

científico viene a ser una forma eminentemente gráfica y poética de un axioma de la vida humana.<sup>33</sup>

Y a María Mantilla le confiará, el 9 de abril de 1895, desde Cabo Haitiano:

Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, – y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día.<sup>34</sup>

No en vano dijo querer fundar su filosofía en la etimología de la palabra “universo”: “*Versus uni*: lo vario en lo uno”.<sup>35</sup> Universo que se le llegó a presentar simbólicamente *hominizado*, como un inmenso, desconocido, hermoso, trabajador.

De todas estas alquitaras sucesivas de su pensamiento, ganoso siempre de servir bolivarianamente a su patria mayor, había surgido en 1889, para los niños de América, *La Edad de Oro*. Enviándole a Manuel Mercado quinientos ejemplares del primer número, le decía el 3 de agosto de aquel año que la nueva revista:

Ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.<sup>36</sup>

A lo que añade: “Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa”,<sup>37</sup> declaración complementaria de una anterior: “que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre”.<sup>38</sup> De los muchos proyectos editoriales que en su mayoría no pudo realizar, ninguno le dio gozo mayor: “Al pueblo

<sup>33</sup> JM: “Fragmentos”, ob. cit., p. 141.

<sup>34</sup> JM: Cartas a María Mantilla, 8, OC, t. 20, p. 218.

<sup>35</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 9, OC, t. 21, p. 255.

<sup>36</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, Nueva York, 3 de agosto de 1889, OC, t. 20, p. 147.

<sup>37</sup> Ídem.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 146.

más infeliz ha de llegar este mensaje de cariño”,<sup>39</sup> escribía también a Mercado; pero ya el 26 de noviembre del 89, habiendo publicado solo cuatro números, da cuenta de la cesación de *La Edad de Oro*, “a pesar del amor con que la comencé, porque, por creencia o por miedo de comercio, quería el editor que yo hablase del ‘temor de Dios’, y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias”.<sup>40</sup> Y agrega:

¿Qué se ha de fundar así en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo. Lo humilde del trabajo solo tenía a mis ojos la excusa de estas ideas fundamentales. La precaución del programa, y el singular éxito de crítica del periódico, no me han valido para evitar este choque con las ideas, ocultas hasta ahora, o el interés alarmado del dueño de *La Edad*.<sup>41</sup>

177

Con su minuciosidad característica, puntualiza de este modo las causas de una desavenencia que ha solido presentarse como conflicto entre irreligiosidad (Martí) y religiosidad (Dacosta Gómez), cuando fue todo lo contrario: conflicto entre una religiosidad verdadera (Martí) y una religiosidad falsa o superficial, cuando no interesada (Dacosta Gómez), lo cual viene a equivaler a verdadera irreligiosidad. Otra cosa es entender la discrepancia como planteada entre el laicismo religioso o el cristianismo libre de Martí, y el catolicismo institucional y dominante, al que sin embargo no quería “ofender de propósito [...] porque fuera abuso de confianza y falta de educación”: el choque, en suma, entre una religiosidad que afirma “la tolerancia y el espíritu divino” y una idolatría formal consistente en la repetición de “el nombre de Dios”, y en la que era lícito sospechar “miedo de comercio” o “interés alarmado”. Una vez más comprobamos que el anticlericalismo o anticatolicismo martiano, jamás fue el del ateo, sino el del creyente escandalizado, al margen de toda Iglesia. Y una prueba suplementaria la hallamos en la promesa que le hace a Mercado — y que es lástima no haya cumplido — de escribirle a Manuel Gutiérrez Nájera: “en justo castigo de las hermosuras que dice de mí sobre *La Edad de Oro*, una carta pública en la que le diga, con la alteza natural de las cosas en que esté su nombre, la causa de la cesación del periódico, y mi pensamiento religioso”.<sup>42</sup>

Con sus cuentos, versos, semblanzas y evocaciones, como jugando, *La Edad de Oro* quería ser, nada menos, una narración pedagógica del mundo y una invitación a mejorarlo. El entrelazamiento de ternura, ética, historia,

<sup>39</sup> *Ibídem*, p. 147.

<sup>40</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, 26 de noviembre de 1889, *OC*, t. 20, p. 153.

<sup>41</sup> *Ibídem*, pp. 153 y 154.

<sup>42</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, diciembre de 1889, *OC*, t. 20, p. 157.

imaginación y ciencia en que consiste su argumento, con ser tan precioso, no sería el milagro que es si no fuera por la gracia de la forma, a la vez conversacional y escrita de modo indeleble. Desde los “Tres héroes” (Bolívar, siempre, el primero) hasta “Un paseo por la tierra de los anamitas”, el universo se abre para el niño y el adolescente como la granada de la sabiduría. En cada grano distinto brilla la unidad del hombre. La fantasía ilustra a la historia; Pilar se despoja de “los zapaticos de rosa”; todo es lámina y lección; el Padre Las Casas contempla desolado “las ruinas indias”; los pueblos reunidos en la Exposición de París echan a andar como en un desfile, cada uno con su rostro único, hacia la coralidad unitiva del amor. Esta es, definitivamente, la pedagogía de la libertad americana.

Y cuando Martí ya está inmerso en su campaña patriótica por los humildes talleres de la emigración, no pide otro premio que ser maestro de “los pobres de la tierra”. Con este título publica en *Patria*, el 24 de octubre de 1894, un artículo cuyas palabras finales encierran el espíritu que él soñó para el magisterio cubano, desde las aulas de Meñique hasta la Universidad de Mella: el espíritu redentor, esencialmente misionero aunque viva en recintos escolares, de nuestra enseñanza revolucionaria:

¡Qué placer será —después de conquistada la patria al fuego de los pechos poderosos, y por sobre la barrera de los pechos enclenques— [...] entrarse, mano a mano, como único premio digno de la gran fatiga, por la casa pobre y por la escuela, regar el arte y la esperanza por los rincones coléricos y desamparados, amar sin miedo la virtud aunque no tenga mantel para su mesa, levantar en los pechos hundidos toda el alma del hombre! ¡Qué placer será la muerte, libre de complicidades con las injusticias del mundo, en un pueblo de almas levantadas!<sup>43</sup>

---

<sup>43</sup> JM: “Los pobres de la tierra”, *Patria*, Nueva York, 24 de octubre de 1894, OC, t. 3, p. 305.

## CAPÍTULO X

### *Diarios*

179

Cuando el 31 de marzo de 1894 publica Martí en *Patria* “Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití”, lo vemos en segura posesión de las verdades intrínsecas y diferenciales de aquellas tierras hermanas, que le suministran definitivos argumentos contra el temor, ya viejo y tenaz, al “peligro negro”, a la “guerra de razas”, y para enfrentar lo que llama “el problema inevitable de todos los pueblos”, a saber: “la minoría soberbia” de un lado, y del otro “la mayoría tratada con injusticia y desdén”, el fondo social de toda supuesta pugna de razas, y de todo conflicto de apariencia meramente política. Sacando una conclusión ilustrada en buena medida por la experiencia antillana, allí dice Martí: “Nada son los partidos políticos si no representan condiciones sociales”.<sup>1</sup> Y después de puntualizar las diferencias de dos procesos revolucionarios, el de Haití y el de Cuba, que desautorizaban todo intento de involucrar uno en el otro, se vuelve, fraterno, para alzar en lo que es y vale la tierra que lo acogerá con su misterio, su dolor y su secreta alegría en las angustias de su tercer y definitivo viaje a ella, en estos términos:

Haití es tierra extraña y poco conocida, con sus campos risueños como en la soledad de flores de oro del África materna, y tal gentío ilustrado, que sin que quemen los labios puede afirmarse que ese volcánico rincón ha producido tanta poesía pura, y libros de hacienda pública, jurisprudencia y sociología, como cualquier [...] república blanca hispanoamericana. Callarlo sería mentira, —o miedo.<sup>2</sup>

A la poesía haitiana, con mención agradecida de Oswald Durand y bordadas críticas de Tertulien Guilbaud y Edmond Héreaux, autor del libro que

---

<sup>1</sup> José Martí: “Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití”, *Patria*, Nueva York, 31 de marzo de 1894, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, t. 3, p. 104. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 106.

principalmente comenta, *Fleurs des mornes*, dedica una de sus últimas notas en la sección “En casa”, de *Patria*, el 15 de enero de 1895, la que termina: “En él, como en todos los poetas haitianos, los versos sobre la patria adorada, la patria que del cepo nació a la academia, la patria que lleva en la frente el bonete de doctor y en los tobillos aún la marca del hierro, tienen el temple y la luz de una espada encendida”.<sup>3</sup>

Nos estremecemos al leer estas líneas, recordando, junto a la terrible realidad evocada, que también él llevaba físicamente la marca del hierro, y lo que dice en un silencioso apunte, solemne y neto, escrito en inglés junto a otros relacionados con la ayuda de los negros de América a la liberación latinoamericana, y cuyo destinatario desconocemos: “I wear an iron ring, and I have to do iron deeds. The name of my country is in it, and I have to live or die for my country. No suffering as the black men in my country, and I come to honour you who justify your freedom and to work for their freedom”.

El apunte comienza: “As an unknown brother suddenly comes to his brothers, I come to you”.<sup>4</sup> Así, como un desconocido hermano, fue Martí para sus hermanos negros de Haití, de Santo Domingo, de Jamaica, de los Estados Unidos, de Cuba. El anillo hecho con hierro del grillete del *Presidio Político* no era una alianza solo con Cuba, era una alianza con todos ellos. Esa alianza, esa hermandad, esa toma de partido hasta la muerte, es lo que más nos interesa sustanciar, sin que por ello olvidemos sucesos tan decisivos como el difícil y necesariamente sinuoso auxilio prestado por el general Ulises Heureaux (*Lilis*) a los expedicionarios tan de cerca espiados por agentes españoles, en tierras dominicanas y haitianas. El relato de esos avatares, casi día por día, con aportes documentales de primera mano, que puede hallarse en el libro de Emilio Rodríguez Demorizi *Martí en Santo Domingo* (1953), promete una de las novelas más apasionantes de la literatura latinoamericana. Y sin embargo, fuerza es confesar que preferiríamos quedara, sin pagar la cuota obligada a la ficción, en la carne viva, más poética que literaria, de los sucesos desnudos, tal como aparecen al filo de heterogéneos testimonios, y con insuperable majestad cuando laten, con la potencia de lo tácito, en las palabras ya color de vísperas de José Martí.

Aquel “raudal de cariño, en que nos hemos sentido como unos con los dominicanos y haitianos y jamaiquinos”,<sup>5</sup> aquellas experiencias imborrables de los dos primeros viajes de Martí a las islas hermanas del Caribe, con sus rendimientos patrióticos tan útiles para la liberación de la patria isleña y para la concepción integracionista de estos ámbitos distintos de la gran *patria*

<sup>3</sup> JM: “Fleurs des mornes”, enero de 1895, OC, t. 5, p. 466.

<sup>4</sup> JM: “Fragmentos”, 184, OC, t. 22, p. 108.

<sup>5</sup> JM: “El delegado en Nueva York”, *Patria*, 1 de noviembre de 1892, OC, t. 2, p. 174.

latinoamericana, se fijan como imágenes poéticas, quiero decir, de realidad carnal suma, en los “Apuntes” del tercer y último viaje, escritos para las niñas Mantilla. Leyéndolos en el zigzagueante camino que va desde el 14 de febrero hasta el 8 de abril de 1895, percibimos cómo se le aguzan y agudizan los sentidos poéticos, que son y no son los otros, o son el *sentido* de ellos, cuando entra en Santo Domingo y Haití.<sup>6</sup>

De Santo Domingo, con la captación inmediata del habla “añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa”, se desprenden soberanos los retratos: Arturo, el “bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados”; Don Jacinto, vencido en su fiereza, más fiero y dulce que su vencimiento, entre sus trastos sacros de vida digna, pintado con pincel tan implacable como piadoso; Ceferina Chaves, matrona típica de nuestra “aristocracia de intemperie” que dijera Juan Ramón Jiménez, que “a la cerca se acoda, con unas hojas en la mano seca y elegante, y habla con idea y soltura, y como si el campo libre fuera un salón, y ella la dueña natural de él”. De Santo Domingo sale como río propio la plenitud bienhechora de la naturaleza universal y patria, lo que enseguida nos recuerda, por la fusión de hombre y paisaje — sin olvidar irreprimibles resonancias de pláticas con Gómez —, que fue a propósito de *La Revista Literaria Dominicense* que Martí escribió, en vísperas de su último viaje: “Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer”.<sup>7</sup> Y recordamos, porque son hilos del mismo tapiz, su carta a Federico Henríquez Carvajal, desde Montecristi, el 25 de marzo de 1895: “De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Ud. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Ud.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo?”.<sup>8</sup> Pero hay un fundamento, que es el que universaliza y fija: la naturaleza. Y ahora leemos:

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho del camino, era toda la naturaleza americana [...] Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus

<sup>6</sup> Todas las citas del *Diario* “De Montecristi a Cabo Haitiano” (del 14 de febrero al 8 de abril de 1895), en *OC*, t. 19, pp. 183-212. De estos apuntes, dedicados a “mis niñas” (es decir, a María y Carmen Mantilla, hijas de Carmen Miyares) dice Martí: “no fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds”. (Ver allí p. 185)

<sup>7</sup> JM: “La Revista Literaria Dominicense”, *Patria*, 26 de enero de 1895, *OC*, t. 5, p. 468.

<sup>8</sup> JM: A Federico Henríquez y Carvajal, Montecristi, 25 de marzo de 1895, *OC*, t. 4, p. 111.

penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre.<sup>9</sup>

Sin dejar de ser esto, en Haití, pasado el río Masacre, se le recortan las cosas, las criaturas, las luces, los colores, como en un lienzo tan suelto y animado que cada grupo o detalle nos suspende por su fragmentario hechizo, enlazado al centelleo y al rumor.

*Luces:* “Salimos con el oro de la tarde”. [...] “La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja, con los trajes planchados y vistosos”. [...] “Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo. A vagos grupos, planchados y lucientes, veía el gentío de la plaza los ejercicios de la tropa”.<sup>10</sup>

*Colores:* “Los soldados pasan [...] azules y desteñidos” [...] “y los mozos, de dril blanco, echan el brazo por la cintura a las mozas de bata morada. Una madre me trae, al pie del caballo, su mulatico risueño, con camisolín de lino y cintas, el gorro rosado y los zapatos de estambre blanco y amarillo”. [...] “Vuelvo riendas, sobre la tienda azul”. [...] “De un ojeo copio la sala, embarrada de verde, con la cenefa de blando amarillo, y una lista rosada en el borde”. Colores tiernos de un impresionismo criollo francés.<sup>11</sup>

*Centelleo y rumor:* “De lejos venía oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso”. [...] “Ante el listón de luz que sale de la puerta a medio cerrar recula y se me sienta mi caballo. —¿Es acá Nephtalí? —Oigo ruido, y una moza se acerca a la puerta. Hablamos, y entra ...*Bien sellé, bien bridé, pas commun...* Eso dicen, adentro, de mí. Sí puedo entrar; y la moza, con su medio español, va a abrirme la puerta del patio”. [...] “Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo. [...] El sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de *Patrie*, —y el grito de una frutera que vende *caï-mite*. Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo *le bon Dieu*, —y un bastón que se va apoyando en la acera”. [...] “Ya lo escuchan: un tambor, dos muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de perla, y bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y untoso. A los pies le corre, callada, el agua turbia. La vadea de un salto, con finos botines, una mulata cincuentona y seca, de manteleta, y sombrero, y libro de horas y sombrilla: escarban, sus ojos verdes”.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> JM: *Diario “De Montecristi a Cabo Haitiano”*, ob. cit., p. 192.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, pp. 196, 197 y 203.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, pp. 196, 197 y 198.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, pp. 201, 202 y 211.

Esos ojos forman parte principalísima del centelleo haitiano. Ese salto de instintiva y refinada elegancia natural, salvando con decoro la pobreza del país, es emblemático de Haití. “La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa”. La mujer es dominante en estas tierras, como lujo en sí de la hermosura genesiaca, que atraviesa tantas fealdades: ya sea “la moza quinceña”, a la que “el lienzo le coge el seno, por debajo de los brazos y no baja del muslo: de la cabeza menuda y crespuda, le salen, por la nuca, dos moños: va cantando”; ya sea la “mocetona, de andar cazador, con la bata morada de cola, los pechos breves y altos, la manta negra por los hombros, y a la cabeza el pañolón blanco de puntas”; ya sea la “vieja descalza, de túnico negro, muy cogido a la cintura, que va detrás del burro, con su sombrero quitasol”. Todas tienen vocación de reinas, y lo son. La más completa o redondeada por el Eros del rumor, el sol, el triunfo del andar, las brasas de los ojos, la bata pulcra del color caimito de Haití, es la que aparece definitiva el 6 de marzo: “Oigo un ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es. ¡Es! Es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante, quemando con los ojos, con su bata limpia de calicó morado oscuro, y la manta por los hombros”.<sup>13</sup>

Así llega, en su realeza femenina popular, Haití a Cuba; así llega, pobrísimo y triunfante, en la ola del fustán, por la avenida de cariño de este oído, de estos ojos, de este corazón peregrino, hospitalario. “¡Es!”, nos dijo, dice. Así llega su ser. Y con él llega su índole cantarina y risueña: “*Bon jour, commère*”, “*Bon jour, compère*”, la vecinería luminosa, los pobres soldados “con sandalias o con botines, el kepis a la nariz, y la bayoneta calada”, que “marchan y ríen”, y si un cenegal los desbanda, “rehacen la hilera alborotosa”; y llega su bondad de la raíz, la del “campesino dominguero” que salta de su burro para ayudar al peregrino en el remiendo del capote, y dice palabras entrañables, sabias: “¡Ah, compère! *N'en vous dérangez pas. – Pas ça, pas ça, ami. En chemin, garçon aide garçon. Tous sommes haïtiens ici. [...] Ah, oui!*, con el *oui* haitiano, halado y profundo: – *Quand vous parlez de chez un ami, vous parlez de chez Dieu*”. Y llega el puro gesto servicial de los más pobres, como el que lo guía de Ouaminthe a Fort Liberte: “De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujeta una rama, para que no dé contra ella”. Y la hospitalidad real de Nephtalí: “Para mí es el almuerzo oloroso, que el mocetín, muy encorbatado, se sienta a gustar conmigo: y Nephtalí y la hija me sirven: el almuerzo es buen queso, y pan suave, del horno de la casa, y empanadillas de honor, de la harina más leve, con gran huevo: el café es oro, y la mejor leche”. Misteriosa comida, manteles de *otro tiempo*. Faltar no puede la señora: “Madame Nephtalí se deja ver, alta y galana, con su libro de misa, de mantón y sombrero, y me la presenta con ceremonia Nephtalí”. Presentes los seres, ausente el dinero: “*Comment, frère? On ne parle pas d'argent*,”

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 206.

*avec un frère*. Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada". ¿Qué estaba sucediendo? Otra mirada lo envuelve, lo transparenta todo. Son ellos, es él, somos nosotros. Aquí hay una hermandad honda y levísima. Se está luchando por algo, pero lo ya alcanzado en ese tránsito, en esa agonía silenciosa, es mucho más que todo triunfo. Será el fundamento de toda victoria, o no habrá victoria. Los premios, por eso, no coinciden con el tiempo histórico. Morirá atrozmente en Dos Ríos, pero ya tuvo las "empanadillas de honor, de la harina más leve", ya tuvo el llanto de David, de las Islas Turcas, la encarnación más viva del amor que le fue dado conocer:

David, de las islas Turcas, se nos apegó desde la arrancada de Montecristi. A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin espera de paga mayor, ni tratos de ella, ni mimos nuestros, él iba creciéndonos con la fuga de los demás; y era la goleta él solo, con sus calzones en tiras, los pies roídos, el levitón que le colgaba por sobre las carnes, el yarey con las alas al cielo. Cocinaba él el "locrío", de tocino y arroz; o el "sanchocho", de pollo y pocas viandas; o el pescado blanco, el buen "*mutton-fish*", con salsa de mantequilla y naranja agria: él traía y llevaba, a "gudilla" pura, — a remo por timón, — el único bote: él nos tendía de almohada, en la miseria de la cubierta, su levitón, su chaquetón, el saco que le era almohada y colcha a él: él, ágil y enjuto, ya estaba al alba bruñendo los calderos. Jamás pidió, y se daba todo. El cuello fino, y airoso, le sujetaba la cabeza seca: le reían los ojos, sinceros y grandes: se le abrían los pómulos, decidores y fuertes: por los cabos de la boca, desdentada y leve, le crecían dos rizos de bigote: en la nariz, franca y chata, le jugaba la luz. Al decirnos adiós se le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara. — David, de las islas Turcas.<sup>14</sup>

Y tuvo, anticipadamente concertándose con la cubana "música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines", la música mágica y maravillosa de nuestro mar haitiano, de nuestro Mar Caribe unitivo y fundador:

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel, deja el timón a medio ir: "Bonito eso": "Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo": "Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito". Y luego se echa a reír: que los *vaudous*, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile *vaudou*, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán a hora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 210.

siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora, — más de una hora. — La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi.<sup>15</sup>

En Montecristi será la definitiva fundación histórica. Pero antes “como en ropa de música” se sintió envuelto el cuerpo. Manos haitianas lo asistieron, le apartaron ramas y peligros en la noche, lo alimentaron. Ojos haitianos lo miraron con cariño. La lengua haitiana le hizo llegar su son, le dijo palabras sabias. Él respondía como en un sueño que era total vigilia, él anotaba al instante, para siempre, lo real amado. Si escribía: “¡Ah, el eterno barbero, con el sombrero de paja echado a la nuca, los rizos perfumados a la frente, y las pantuflas con estrellas y rosas!”, es que a ese hombre le llegaba el suave rayo de la justicia. Nadie más amante cruzó los caminos de Santo Domingo y Haití. Los trajines más angustiosos dejaban milagrosamente en paz su mirada. Era el testigo de su pueblo. *Todos somos haitianos aquí*. A traición mordida por los perros, Anacaona, “de Haití la reina ponderada”, como en *Patria y libertad*,<sup>16</sup> es nuestra reina. Más allá de teorías que en Bachiller y Noda se peleaban,<sup>17</sup> es cierto que la lengua de los isleños aborígenes vino de Haití y de Cumaná. Ciertísimo es también que en la inalcanzable *Fascinación de Gulf* aparecen contados “con mitos semejantes a los de los indios de Haití, el nacimiento y población de los cielos escandinavos”.<sup>18</sup> A todos nos representa y nos ilustra esa visión última en que el hombre primigenio encarnado en su imagen unitiva resplandece: “De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña, de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. — El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza”.<sup>19</sup>

Estamos, coincidencia, llegando a la Semana Santa de 1895, en cuya noche del jueves al viernes será el salto de “dicha grande” a Cuba. El 7 de abril (Domingo de Ramos que él anota, en Cabo Haitiano) Martí oculto en casa propiciada por Ulpiano Dellundé, oye, o piensa, o así resuena en él lo que oye, a “un viejo elocuente [que] predica religión, en el crucero de las calles, a las esquinas vacías”. Pero él, oculto, lo oye, en él resuena y concluye: “Hasta que la civilización no aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará”, que es lo que hoy dice Leonardo Boff de la nueva evangelización que es urgente, aunque (o porque) tan tardía.<sup>20</sup>

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 205.

<sup>16</sup> *OC*, t. 18, pp. 129-151.

<sup>17</sup> *OC*, t. 5, p. 147. Antonio Bachiller y Morales, Tranquilino Sandalio de Noda: eruditos del siglo XIX cubano.

<sup>18</sup> *OC*, t. 5, p. 150. Llamamos “inalcanzable” a “*Fascinación de Gulf*” por no haber podido localizar el título ni su autor.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 207.

<sup>20</sup> Leonardo Boff: *Nueva evangelización*, Lumen, Buenos Aires, 1990.

Y termina Martí sus apuntes haitianos con sus lecturas, allí oculto, en la penumbra expectante, rodeado por el centelleo y el rumor de la calle Vaudreuil, en el Cabo, sus lecturas sobre indios, como si hablara de la nueva evangelización en el más amplio y abierto sentido: “Por el poder de *resistencia* del indio se calcula cuál puede ser su poder de *originalidad*, y por tanto de *iniciación*, en cuanto lo encariñen, lo muevan a fe justa, y emancipen y deshielen su naturaleza”. Y poco después llega el leve toque de Tom, como si el niño más querido de su infancia (“Tomás era para mí el Señor Tomás, el Sor. T., el Excmo. Sr. D.T., su Majestad Tomás, lo era todo para mí, era mi amigo”)<sup>21</sup> viniera anciano a despedirlo:

Entra Tom a mi cuarto escondido. — Tom, el negro leal de San Thomas, que con el siglo a espaldas sirve y ama a la casa de Dellundé. Con un doblez de papel en que pido libros, para escoger, a la librería de la esquina, la librería haitiana, le doy un billete de dos pesos, a que lo guarde en rehenes, mientras escojo. — Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda los libros, — y los dos pesos.<sup>22</sup>

186

En su primer trabajo sobre Martí, Fina García Marruz señaló la pausa ahondadora de esa coma y guion, de esas puntuaciones suyas del alma.<sup>23</sup>

Con esa sonrisa y reverencia lo despide Haití, abrazándolo.

.....

Del *Diario de campaña*, escrito ya en los campos de Cuba libre del 11 de abril al 17 de mayo de 1895, dije en 1957:

«Leer el *Diario* “De Cabo Haitiano a Dos Ríos” es como leer un texto sagrado. El estilo resulta mucho más rápido, más urgido, a puro apunte y cifra. Mundos del alma se acumulan en palabras sueltas, en pausas hondas. La despedida, en tres trazos: “Lola, jolongo, llorando en el balcón”. La llegada (la inmensa llegada) en dos: “Salto. Dicha grande.”

»Lo antillano (que desde lejos puede parecer lo mismo) no es igual que lo cubano. Ahora sentimos otra cosa. Menos ondulación y blandura en la atmósfera, en el paisaje, en el habla; ningún pintoresquismo; algo más ardiente, más velado, más seco y *despegado* sobre el fondo cariñoso. Es también la tensión, la fraternidad en el peligro, el fervor de la guerra.

»No se reposa este *Diario*, como el anterior, en escenas y cuadros aislables. La agitación de la marcha, la apretura del apunte, lo impiden. Comidas agrestes, medicina guajira, cuentos de la otra guerra, se agolpan y mezclan, en el libre y azaroso fluir de las jornadas, con rápidos esbozos humanos, y venturas del paisaje, y preocupaciones crecientes de Martí por el destino de

<sup>21</sup> JM: “Libros” OC, t. 18, p. 285.

<sup>22</sup> JM: *Diario* “De Montecristi a Cabo Haitiano”, ob. cit., p. 212.

<sup>23</sup> Fina García Marruz: “José Martí”, en *Revista Lyceum*, La Habana, mayo de 1952, pp. 5-41.

la Revolución. Su mirada es ya una centella. Lo ve todo, hasta el fondo: la solicitud cariñosa, el pudor de los hombres, la pena callada; y también la corrupción, la miseria, el recelo.

»Rara vez se le solaza la prosa. Pero en los vislumbres fúlgidos nos prende, y coge, como nunca antes, lo cubano en su plenitud natural y espiritual. Veamos algunos pasajes, sin perder detalle. Ya aquí todo (cada palabra, cada giro, cada pausa, cada signo de puntuación) es esencial.

»Primero, escenas de la marcha:

Luego, a zapato nuevo, bien cargado, la altísima loma, de yaya de hoja fina, majagua de Cuba, y cupey de piña estrellada. Vemos, acurrucada en un lechero, la primera jutía. Se descalza Marcos, y sube. Del primer machetazo la degüella. “Está aturdida”: “Está degollada”. Comemos naranja agria, que José coge, retorciéndolas con una vara: “¡qué dulce!” Loma arriba. Subir lomas hermana hombres.

187

»(Es tan absoluto su modo de *nombrar*, que ya las plantas parecen cuerpos gloriosos, llenas de otra luz radiante: “yaya de hoja fina”, “cupey de piña estrellada”. Enseguida aparece la jutía, y en el machetazo que la degüella, toda la intemperie cubana. Lo aforístico, la *ley* escondida en cada experiencia, salta natural). “Todos ellos, unos raspan coco, Marcos, ayudado del General, desuella la jutía. La bañan con naranja agria, y la salan. El puerco se lleva la naranja, y la piel de la jutía. Y ya está la jutía en la parrilla improvisada, sobre el fuego de leña. De pronto hombres: ‘¡Ah hermanos!’ . Salto a la guardia. La guerrilla de Ruen. Félix Ruen, Galano, Rubio, los 10. Ojos resplandecientes”.

»(El idioma, atestado de realidad. Estamos viendo ese “fuego de leña”, sus lenguas entrando ávidas en la luz. “De pronto” [todo sucede así, por apariciones y desapariciones súbitas], los otros carbunclos, el cargado y misterioso brillo fugaz [la *sed*, que él ve siempre] de los que llegan: “ojos resplandecientes”).

»Pronto llegan también, reproduciéndose un gesto inmemorial, las sagradas ofrendas:

Dormimos, envueltos en las capas de goma. ¡Ah! Antes de dormir, viene, con una vela en la mano, José, cargado de dos catauros, uno de carne fresca, otro de miel. Y nos pusimos a la miel ansiosos. Rica miel, en panal. Y todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! Miro del rancho afuera, y veo, en lo alto de la cresta atrás, una paloma y una estrella.

»(Hasta la gravedad del destino se transfigura entre nosotros como ingravidez dichosa, ligereza, aire.)

»Veamos ahora el retrato de un mozo, mínimo y magistral, con arte ávido: “El pájaro, bizambo y desorejado, juega al machete; pie formidable; le luce el ojo como marfil donde da el sol en la mancha de ébano”.

»Y el retrato de un espía. (¡Cómo ve siempre, secreta, la angustia! ¡Y cómo se le desborda, en vena que sin quererlo él nos regocija, la sobreabundancia de la expresión!): “Se fue a la centinela, y se escurrió. Descalzo, ladrón de monte, práctico español; la cara angustiada, el hablar ceceado y chillón, bigote ralo, labios secos, la piel en pliegues, los ojos vidriosos, la cabeza cónica. Caza sinsontes, pichones, con la liria del lechugo”.

»Y la *fragancia*, en la resonante soledad azul, de un tiroteo, con ese lindo diálogo ejemplar de Hispanoamérica, que ya, en el momento de producirse, parece legendario: “A las once, redondo tiroteo. Tiro graneado, que retumba; contra tiros velados y secos. Como a nuestros mismos pies es el combate; entran, pesadas, tres balas que dan en los troncos. ‘¡Qué bonito es un tiroteo de lejos!’ , dice el muchachón agraciado de San Antonio, un niño. ‘Más bonito es de cerca’, dice el viejo”.

»Y el retrato neto, con fino y ponderado elogio, de un jefe negro:

Victoriano Garzón, el negro juicioso de bigote y perilla, y ojos fogosos, me cuenta, humilde y ferviente, desde su hamaca, su asalto triunfante al Ramón de las Yaguas: su palabra es revuelta e intensa, su alma bondadosa y su autoridad natural: mima, con verdad, a sus ayudantes blancos, a Mariano Sánchez y a Rafael Portuondo; y si yerran en un punto de disciplina, les levanta el yerro. De carnes seco, dulce de sonrisa: la camisa azul y negro el pantalón: cuida uno a uno de sus soldados.

188

»Y la flor de la generosa hospitalidad de amplio gesto (con rápidos lienzos esbozados, y el ojo siempre agudo para la pena oculta):

El ingenio nos ve como de fiesta: a criados y trabajadores se les ve el gozo y la admiración: el amo, anciano colorado y de patillas, de jipijapa y pie pequeño, trae Vermouth, tabacos, ron, malvasía. “Maten tres, cinco, diez, catorce gallinas”. De seno abierto y chancleta viene una mujer a ofrecernos aguardiente verde, de yerbas: otra trae ron puro.

“Aquí tienen a mi señora”, dice el marido fiel, y con orgullo: y allí está en su túnico morado, el pie sin medias en la pantufla de flores, la linda andaluza, subida a un poyo, pilando el café. En casco tiene alzado el cabello por detrás, y de allí le cuelga en caudal: se le ve sonrisa y pena.

»Y el retrato formidable de otro héroe negro, que en su elogio casi alcanza talla homérica. (¡Y qué categóricos, absolutos, legendarios, suenan también los nombres en su prosa: Victoriano Garzón, Casiano Leyva! Diríase que, después de él, ya no hay nombres ni hombres así):

Veo venir a caballo, a paso sereno bajo la lluvia, a un magnífico hombre, negro de color, con gran sombrero de ala vuelta, que se queda oyendo, atrás del grupo y con la cabeza por sobre él. Es Casiano Leyva, vecino de Rosalío, práctico

por Guamo, entre los triunfadores el primero, con su hacha potente: y al descubrirse le veo el noble rostro, frente alta y fugitiva, combada al medio, ojos mansos y firmes, de gran cuenca; entre pómulos anchos, nariz pura; y hacia la barba aguda la pera canosa: es heroica la caja del cuerpo, subida en las piernas delgadas: una bala, en la pierna: él lleva permiso de dar carne al vecindario; para que no maten demasiada res. Habla suavemente; y cuanto hace tiene inteligencia y majestad.

»(La imagen del negro épico, como la de las ofrendas de la tierra — que tiene su origen en los presentes de los indios a Colón —, aparece ya en el *Espejo de paciencia*. Casiano Leyva es de la estirpe del heroico Salvador. La figura máxima de este linaje, desde luego, es Antonio Maceo.)

»Nos sobrecoge, como algo sagrado, el contacto de Martí en sus últimos días con la arcilla y el agua de su tierra (la tierra, por vez primera entre nosotros, del espíritu). Su fruición es filial, profunda, misteriosa: “La lluvia de la noche, el fango, el baño en el Contraamaestre: la caricia del agua que corre: la seda del agua”.

»A Rosalío, el vecino de Leyva, lo queremos como a David de las islas Turcas, porque en la última página de *Diario*, dos días antes de morir, escribe Martí: “Rosalío, en su arrenquín, con el fango a la rodilla, me trae, en su jaba, de casa, *el almuerzo cariñoso*: por usted doy mi vida”.

»El primer texto que conocemos de Martí, la carta a su madre cuando tenía nueve años (fecha en Hanábana, octubre 23 de 1862), habla de un río crecido, el Sabanilla. La última página de su *Diario* (mayo 17 de 1895) termina también con un río crecido: “Está muy turbia el agua crecida del Contraamaestre, — y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo”.

»El contacto directo con nuestra naturaleza, monte adentro y en la madurez de su mirada y su palabra, religa a Martí de un golpe con tradiciones poéticas cubanas que hasta entonces no lo habían tocado por modo apreciable. Y de un golpe también las lleva a su mayor belleza y sentido. Así ocurre con la *enumeración arbórea* y el *rumor*, que desde las primeras Lecciones venimos persiguiendo.

»Los árboles, tan ingenua e infatigablemente trabajados por nuestra poesía anterior, los coge ya en su categoría, en su ser completo. He aquí — ¡ah, ciegos precursores anhelantes: Pobeda, Iturrondo, *Cucalambé*...! —, al fin satisfactoriamente asumido y nombrado, no como simple paisaje, sino como fondo natural absoluto del destino, el bosque cubano:

De suave reverencia se hincha el pecho, y cariño poderoso, ante el vasto paisaje del río amado. Lo cruzamos, por cerca de una seiba, y, luego del saludo a una familia mambí, muy gozosa de vernos, entramos al bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa. Como por sobre alfombra van los caballos, de lo mucho del césped. Arriba el curujeyal da al cielo azul, o la palma nueva, o el dagame que da la flor más fina, amada de la abeja,

o la guásima o la jatía. Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes; el caguairán, “el palo más fuerte de Cuba”, el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua, de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, “vuelven raso el tabaco”, la caoba, de corteza brusca, la quiebrahacha, de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de las raíces, (el caimitillo y el cupey y la picapica) y la yamagua, que estanca la sangre.<sup>24</sup>

»Y al bosque nocturno, a la fiesta y delicia y misterio del rumor (ya anotado por Colón, según vimos), se dedica la página más poemática del último *Diario*, su fragmento de más libre poesía:

La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiquea, y su coro le responde: aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de *paguá*, la palma corta y espinada; vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima — es la miriada del son flúido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas?<sup>25</sup>

»Este *Diario* significa el primer contacto inmediato del espíritu, en el trance supremo del sacrificio, con nuestra naturaleza y nuestros hombres. Pero una cosa es lo que Martí gana para todos en el precioso testimonio de *sus* incorporaciones, y otra lo que su mirada transparenta como realidad distinta de él. Detrás de sus palabras y su fervor, palpita el *hecho cubano* a secas (no ya el *hecho martiano*) con tanta fuerza y legitimidad, que de ese trasfondo nos llegan nuevos rasgos para enriquecer la caracterización que venimos intentando.

»En medio de una naturaleza que no es nunca desmesurada, que tiene siempre la medida manual del hombre, que es puro destello y rumor, “festón y hojeo”, y vetas cambiantes del aire, los hombres comunes, oscuros, que nos pinta Martí (a veces de un solo trazo), están, rigurosamente hablando, a la intemperie. Sentimos que nada los abriga, que ningún escudo (llámese catolicismo, nacionalismo o simple regionalismo) los protege. Solo el misterio del calor humano les da un poco de sombra. Pero en sus relaciones, aún estrechadas por la tensión del peligro y la comunidad del ideal patriótico, percibimos un peculiar despego. El modo mismo de querer, de ser cariñoso, es en el fondo como cálida o suavemente huraño, como provisional, como despegado. El cubano es más tierno que el español, pero no tiene apego último. Esta

<sup>24</sup> OC, t. 19, p. 234.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 218.

contradicción es típica de su carácter. Puede ser cariñoso hasta el mimo, pero no se hunde ni enraíza en ese cariño; de pronto se desprende, sale, salta, va a otra cosa. Así en el *Diario* hallamos la ternura viril, la fineza natural en el trato, la devoción estremecida, la hospitalidad hermosa del cubano, pero sentimos también su fondo de despego ardiente (porque no se trata de frialdad o indiferencia), el rescoldo siempre vivo de su soledad ontológica. No una soledad individual, de la que seamos conscientes (pues este es rasgo universal del hombre), sino una soledad inconsciente, histórica, casi diríamos nacional, en la cual se reside. Porque el cubano, en cuanto tal, no se asienta en ningún dogma ni echa raíces en sus propias costumbres ni se aposenta profunda y realmente, como el español o el mexicano, en su ser de cubano. Claro que al no hacerlo, por eso mismo, toca la peculiaridad de su ser. En el momento del último *Diario* de Martí, por otra parte, hay dos fuerzas cohesivas tremendas que actúan sobre esos hombres que él nos pinta o nos transluce: el ideal de la patria libre y la presencia del propio Martí. Añádanse los trabajos comunes, el peligro que están corriendo juntos. El *Diario* está lleno de ojos que centellean, de gestos de fina y pudorosa reverencia, de cortesías recias y veladas. Pero en el machetazo que degüella a la jutía, está la intemperie cruda, destemplada y sin amparo de lo cubano. Si de Heredia a Zenea vimos su revelación como lejanía, ya aquí se nos abalanza como hiriente inmediatez. Y sabemos que cuando aquellos ideales pierdan su vigencia y este hombre maravilloso desaparezca, habrá que vivir a pulso, irguiéndose sobre la nada suave y creciente de los días».<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, Universidad Central de Las Villas, 1958, pp. 229-235. Todas las citas del *Diario* "De Cabo Haitiano a Dos Ríos", en OC, t. 19, pp. 215-243.

## CAPÍTULO XI

### *Cartas*

#### I. 1862-1881

192

**E**l género epistolar fue uno de los más intensa y eficazmente cultivados por Martí. En él volcó su fervorosa afectividad, y de él se valió cada vez más, a medida que avanzaba su vida política, como instrumento de captación y de organización revolucionarias. Entre las muchas originalidades de la obra martiana, no es la menor esa conjugación del género público por excelencia —la oratoria— con el camino silencioso e íntimo de las cartas. Tal conjugación es característica de la etapa de su vida que se inicia con el discurso del 10 de octubre de 1887 y se acrecienta febrilmente a partir de la fundación del Partido.

Sabemos que el texto aislado no existe, o dicho de otro modo, que todo texto pertenece a un contexto sucesivo que lo condiciona y a un contexto total que le confiere su más profundo sentido. Así resulta, por ejemplo, que solo podemos “imaginar” cómo fue la lectura hecha por la madre de Martí de la carta que su hijo de nueve años le escribió desde Caimito del Hanábana el 23 de octubre de 1862. Al leer nosotros, hoy, esa carta, inevitablemente la remitimos a un proceso y la integramos dentro de un conocimiento que, literalmente hablando, *no están* en dicha carta y que sin embargo son para nosotros inseparables de su significación. Se trata, para nosotros, de “la primera” de una serie que terminará con el mensaje al general Máximo Gómez el 19 de mayo de 1895. La vida y obra transcurridas entre ambas fechas constituyen, en nuestra lectura actual, el elemento semántico básico, el que ilumina retrospectivamente la carta del niño y la constela de asociaciones que forman parte de su escritura misma. Ello ha hecho posible que Fina García Marruz haya relacionado lo que en la referida carta dice el niño de su caballo —“ahora lo estoy enseñando a caminar enfrenado para que marche bonito” — con ideas de la madurez de Martí acerca de la conveniencia de embridar las pasiones sin suprimirlas, e incluso acerca del ajuste, la tensión y el garbo del

estilo.<sup>1</sup> Que la marcha enfrenada del caballo de la infancia pueda leerse como experiencia y metáfora anticipatoria de sustanciales concepciones éticas y estéticas, es prueba de que, ante su vida y su escritura, tenemos que habérnoslas con un solo texto a la vez sucesivo y simultáneo.

A la encantadora carta familiar y campestre de los nueve años, escrita con tan esmerada caligrafía de pendolista — por la que se filtra, hacia el final, la cristalina voz del niño: “y a Pilar dele un besito” —, suceden los recados del escolar adolescente a su maestro Rafael María de Mendive, recados cuyo mayor interés para nosotros no es todavía literario sino más bien caracterológico. La honda necesidad afectiva revelada en la última frase de la carta infantil — “su obediente hijo que le quiere *con delirio*” — se manifiesta en estos recados ya contrariada por los nacientes conflictos hogareños y tan natural como apasionadamente desviada hacia la imagen del “padre espiritual”, cuyo contraste con las asperezas e incomprendiones del padre carnal constituye el verdadero tema de tales mensajes, escritos entre los 15 y los 16 años. Ya Martí no es solo el discípulo y el “hijo” de Mendive, sino el autor del soneto *10 de Octubre* y de “Abdala”, textos cuyo contexto ya no es el hogar español estancado y angustioso, sino el Colegio patriótico, heredero de la eticidad cubana impulsada por el padre Varela, irradiada por José de la Luz, y de las ansias libertarias cantadas por Heredia, que recién habían estallado en La Demajagua. El subtexto ideológico de estos en apariencia ocasionales mensajes, llenos de una vehemencia que los sobrepasa, lo hallamos en el editorial de *El Diablo Cojuelo*: “O Yara o Madrid”,<sup>2</sup> que en lo íntimo desgarraba al adolescente con otra más entrañable y difícil disyuntiva: “O Mendive o don Mariano”, “O el hogar o la patria”. Ya sabemos la radical toma de partido del adolescente Martí alegóricamente expresada en “Abdala”, e incluso de Martí niño, por los mismos días de su primera carta conocida, en escena que evoca el poema XXX de *Versos sencillos*: la del “esclavo muerto, / Colgado a un seibo del monte”, frente al cual juró “Lavar con su vida el crimen”.<sup>3</sup> Conocemos además la esquila a Carlos de Castro y de Castro, enrolado en el Ejército español, calificado de “apóstata” por ser cubano y discípulo de Mendive: esquila cuyo evidente tono conspirativo nos lleva a pensar en actividades clandestinas que se desconocen, y que le valdría a Martí la

<sup>1</sup> Fina García Marruz: “Un domingo de mucha luz”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 11, 1988, pp. 269-270. La observación de la autora parte de las siguientes líneas de Martí en su artículo sobre Heredia: “no aquel [juicio] que consiste en ordenar las pasiones cautamente, y practicar la virtud en cuanto no estorbe a los goces de la vida, sino aquel otro que no lo parece, por serlo sumo, y es el de dar libre empleo a las fuerzas del alma — que con ser como son ya traen impuesto el deber de ejercitarse — y saber a la vez echarlas al viento como halcones, y enfrenarlas luego”; en *OC*, t. 5, p. 133.

<sup>2</sup> *OC*, t. 1, p. 32.

<sup>3</sup> José Martí: “Versos sencillos”, XXX, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, t. 16, p. 107. [En lo adelante, *OC* (N. de la E.)].

condena a seis años de presidio político. Pero los tres mensajes a Mendive que ahora nos ocupan, escritos entre enero y octubre de 1869, revelan de otro modo, mezclado a los quehaceres cotidianos, entre líneas o explícitamente, el conflicto de obediencia y rebeldía que desgarró a Martí en aquel año crucial de su vida. En el primero, donde parece que salta del texto la voz autoritaria y áspera, el rudo cariño del padre español —“no quiere que me presente a nadie como un marrano y ha de comprarme antes de irnos un sombrero y unas camisas” —, Martí cede a la impaciencia voluntariosa del padre carnal, forzándose a obedecerle de buen grado (“papá hace que me vaya y deseo ver a mi buena madre y vestirme de limpio”), pero enseguida se pone de nuevo a las órdenes de Mendive, cuyo Colegio ha estado cuidando y haciendo limpiar (“mande a su discípulo”), y añade significativamente: “que lo quiere como un hijo”.<sup>4</sup> Sin ningún subrayado patético, en esta especie de carta-escena, cuyos dos polos son, el Hogar y el Colegio, sentimos el carácter difícil de don Mariano, la seria y fina resistencia del muchacho minuciosamente atento a sus deberes inmediatos, la sensatez que muestra al poner en el otro platillo de la balanza el malhumorado cariño del padre y el gusto de volver a la bondad de la madre, pero también su libre, secreta elección de “otro padre”. Las relaciones con este “otro padre”, por lo demás, transparentan rasgos de hipersensibilidad relacionados sin duda con la descompensación emocional que sufre en estos meses. Así en el próximo mensaje leemos estas abruptas líneas que probablemente desconcertaron a Mendive tanto como nos sorprenden a nosotros, si bien ignoramos el incidente que las provocó: “Yo no sé que un padre generoso tenga que recordar a un hijo que le adora, sus deberes. Por eso me asombró tanto su recado, cuando a cada instante daría por V. mi vida que es de V., y solo de V. y otras mil si tuviera”.<sup>5</sup> Ya que los “deberes” que Mendive podía “recordar” a su protegido tendrían que ver presumiblemente, según se ve en las otras cartas de este grupo, con el cuidado del Colegio o diligencias personales, y dada la índole afable y realmente paternal de Mendive, la desproporcionada aunque hermosa reacción de estas líneas solo se explica en el marco de una situación emocional muy crítica. Varios meses después, en carta a Mendive en la que no faltan, a propósito de retratos suyos y de su esposa, entre bromas y veras, otras muestras de susceptibilidad afectiva, el propio Martí describirá con crudeza el *clímax* a que llegó esa crisis emocional en las relaciones con don Mariano:

Trabajo ahora de seis de la mañana a 8 de la noche y gano 4 onzas y media que entrego a mi padre. Este me hace sufrir cada día más, y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a V. con toda la franqueza ruda que Vd. me conoce que solo la esperanza de volver a verle, me ha impedido matarme. La carta

<sup>4</sup> JM: A Rafael María de Mendive, 1868, OC, t. 20, p. 244.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 245.

de Vd. de ayer me ha salvado. Algún día verá Vd. mi Diario, y en él, que no era un arrebato de chiquillo, sino una resolución pesada y medida.<sup>6</sup>

Se atribuye a esta carta, de la que no se conserva manuscrito, la fecha “octubre de 1869”. Mendive había sido desterrado, desde el 15 de mayo. El 4 de octubre fueron detenidos los hermanos Valdés Domínguez, Manuel Sellén y Atanasio Fortier, este último enseguida liberado, lo que hace decir a Martí: “Esta gente, que tiene tanto de sanguinaria como de cobarde, cree inocente a un francés y culpable a un criollo, que, caso de ser culpable, ambos lo serían”.<sup>7</sup> La carta, pues, fue escrita pocos días antes del 21 de octubre, en que el propio Martí fue detenido como consecuencia del hallazgo de la aludida esquila a Carlos de Castro en casa de Fermín. No obstante tantas desdichas y peligros, el tono es muy sereno —incluso juguetón cuando se refiere al intercambio de retratos—, lo que nos inclina a tomar al pie de la letra el párrafo transcrito. Por él nos enteramos de la existencia de un primer *Diario* que se perdió, y de una carta salvadora del “padre espiritual”, a quien el 15 de enero de 1871, dos horas antes de salir desterrado para España, dirige Martí el último testimonio que se conserva de su apasionada gratitud juvenil: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, solo a Vd. lo debo y de Vd. y solo de Vd. es cuanto de bueno y cariñoso tengo”.<sup>8</sup> Tuvo siempre Martí la pasión de agradecer, lo que explica sus frecuentes hipérbolos de afecto. La terrible experiencia del presidio, sin embargo, había puesto las cosas en su lugar, como una auténtica anagnórisis, entre el verdadero padre y el verdadero hijo, según lo testifica el párrafo de *El Presidio Político en Cuba* que Ezequiel Martínez Estrada consideró únicamente comparable con los más altos momentos de Shakespeare o de la tragedia griega.<sup>9</sup>

Escritas en la cárcel, solo se conservan dos cartas de Martí, una del 27 de octubre de 1869 a Pedro Mendive, en la que, como si fueran pocas las acusaciones que pesaban sobre él, pide que “sirva esta carta de acusación contra mí”<sup>10</sup> en el caso de que no fuera satisfecho el adeudo de 109 pesos a la Fábrica de Papel (¿por *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre*, o por algún otro proyecto editorial, quizás clandestino?), y su extremado sentido del honor lo lleva

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 246.

<sup>7</sup> *Ídem*.

<sup>8</sup> JM: A Rafael María de Mendive, La Habana, 15 de enero de 1871, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2009, t. 1, p. 49. [En lo adelante, OCEC (N. de la E.)].

<sup>9</sup> Ezequiel Martínez Estrada: *Martí revolucionario*, Casa de las Américas, La Habana, 1967, p. 32. El párrafo en cuestión es el que comienza: “Detalle repugnante, detalle que yo también sufrí, sobre el que yo, sin embargo, caminé, sobre el que mi padre desconsolado lloró”. (OCEC, t. 1, p. 71).

<sup>10</sup> JM: A Pedro Mendive, OCEC, t. 1, p. 43.

a decir que, si es necesario para exculpar a Alfredo (hijo del primer matrimonio de su maestro), consiente en declararse ladrón.<sup>11</sup> Asombra este puntillismo moral, este escrúpulo exhaustivo, en tales circunstancias, como asombran en un muchacho de 16 años, rodeado de presos, estas simples líneas en la carta del 10 de noviembre a la madre: “Papá me dio 5 o 6 reales el Lunes. — Di 2 o 3 de limosna y presté 2”. Se quedó, pues, con un real, o con nada. Ese autorretrato moral se completa con el siguiente párrafo:

Esta es una fea escuela; porque aunque vienen mujeres decentes, no faltan algunas que no lo son. — Tan no faltan, que la visita de 4 es diaria. — A Dios gracias el cuerpo de las mujeres se hizo para mí de piedra. — Su alma es lo inmensamente grande, y si la tienen fea, bien pueden irse a brindar a otro lado sus hermosuras. — Todo conseguirá la Cárcel menos hacerme variar de opinión en este asunto.<sup>12</sup>

El valor literario específico de este grupo de cartas es su ausencia de “adornos”, cualidad en verdad rara en todos los tiempos, tratándose de un adolescente amante de las bellas letras. Incluso la primera carta del niño carece de esa mimética retórica infantil que es la primera marca del mundo sobre la inocencia. Cada una de estas cartas está llena de cosas, de personas, de realidades, de sentimientos sinceros, y todo dicho, sin perder expresividad, matización ni fuerza, con la menor cantidad de palabras posibles, con escásima adjetivación, con predominio absoluto de nombres y verbos. No hay tropos, ni “figuras”, ni mucho menos “galas”. La tendencia al estilo llano, directo, no les quita su carácter de “escritura”, que en ningún momento se torna rígida ni autónoma, separada de la vida, aunque tampoco se confunde con ella. Tal escritura tiene otra vida, la vida (que hoy llamaríamos semiótica) del “mensaje”: a ella se ajustan, en estas cartas, sus palabras.

Grande es el vacío que en el epistolario martiano se abre por la pérdida de las numerosas cartas que debió escribir a sus padres, a sus hermanas y a Mendive durante su destierro en España, entre 1871 y 1874. De este período solo se conserva la que el 15 de abril de 1873 dirigió a Néstor Ponce de León, en Nueva York, remitiéndole ejemplares del folleto *La república española ante la revolución cubana*, para su distribución. Es este, que sepamos, su primer intento por establecer contacto con el mayor foco de la emigración revolucionaria cubana, el que años después será escenario de sus crecientes gestiones en pro de la independencia de la Isla, “la esfera real” donde aún, para tristeza suya, no podía moverse. Antes lo esperaban México, Guatemala, y, tan breve como dolorosamente, la Cuba del Pacto del Zanjón y del inicio de la Guerra Chiquita. En lo que toca a su epistolario, los días mexicanos

<sup>11</sup> Ídem.

<sup>12</sup> JM: A la madre, 10 de noviembre de 1869, OCEC, t. 1, p. 45.

le inspiraron, en alas del amor romántico, una profunda novedad: la melodía; y le sembraron, por el hallazgo de la amistad más firme y perdurable, la simiente de la confianza, de la catarsis, de la comunión. Vehemente melodía interminable, tantálica, anhelante, la de sus cartas a Rosario de la Peña, musa de los salones literarios, (“Tristezas como sombras me anonadan a veces y me envuelven”.<sup>13</sup>), que ya descubren la sabiduría de la posición estructural y musical de los sintagmas claves en un fraseo: “Porque vivir es carga, por eso vivo; porque vivir es sufrimiento, por eso vivo: — vivo, porque yo he de ser más fuerte que todo obstáculo y todo valor”.<sup>14</sup> Este hallazgo, de raíz oratoria, no caerá en el olvido, y así en el discurso conocido por *Madre América*, de 1889, la respuesta a la pregunta “¿A dónde va la América, y quién la junta y guía?”, ya de por sí trimembre, recibe la memorable respuesta lapidaria mediante parecido cambio de posición final de la palabra clave: “Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola”.<sup>15</sup> Y en el elogio del Liceo San Carlos, de Cayo Hueso, aparecido en *Patria*, dentro del mismo sistema estructural, prefiere situar el cambio en el segundo miembro: “Juntos se indignan: aclaman juntos: juntos lloran”.<sup>16</sup> La lectura de las cartas de Martí a Rosario de la Peña —cuyo asunto no es un verdadero amor sino la necesidad y sed de amar que lo devora a sus veintidós años—, si las comparamos con los recados adolescentes anteriores, nos dan el tránsito (interrumpido, como ya vimos, por un vacío) de la carta-mensaje a la carta-poema, a la carta-melodía, cuya larga onda versicular (“Yo no sé con cuánta alegría repito yo muchas veces este dulce nombre de Rosario”) parece anticipar, en los oscuros tanteos de las nuevas formas y modulaciones que se avecinan para la literatura hispanoamericana, el anhelante aliento acumulativo del “Nocturno” de José Asunción Silva. Pero el nervio de la palabra martiana, incapaz de abandonarse a una línea monocorde, no se conforma con ese movimiento de dilatación verbal del alma, sin oponerle el dique de las frases cortas, imperativas y sentenciosas, o del contrapunto trimembre apuntado, o del final abrupto que deja a la página temblando: “Y hace cuatro o seis días que tengo frío”.<sup>17</sup>

No fue verdad, ni mentira, aquel amor que empezó a desatar los nudos de su palabra íntima, de su palabra lírica, y que él mismo describió así: “a nadie he querido querer yo tanto como quisiera yo querer a Vd. —”.<sup>18</sup> Ni se consolidó, a la larga, el amor nupcial que lo comprometiera con Carmen Zayas Bazán en México. Por eso en los *Versos sencillos*, balance poético de su

<sup>13</sup> JM: A Rosario de la Peña, México, marzo-mayo de 1875, OCEC, t. 4, p. 396.

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 396 y 397.

<sup>15</sup> OC, t. 6, p. 138.

<sup>16</sup> JM: “En casa”, *Patria*, 16 de abril de 1892, OC, t. 5, p. 352.

<sup>17</sup> JM: A Rosario de la Peña, ob. cit., p. 397.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 394.

vida, dirá: “Si dicen que del joyero / Tome la joya mejor, / Tomo a un amigo sincero / Y pongo a un lado el amor”.<sup>19</sup> El amor de mujer fue quedando a un lado en el camino de su vida. De México llevaba, sin embargo, el otro tesoro, el inagotable: “un amigo sincero”. Y así cuando entramos, como en una honda, transparente y resonante morada confidencial que lo acompañará hasta la víspera de su muerte, en ese libro mayor de su vida que se inicia con la carta a Manuel Mercado fechada en Veracruz el 1.º de enero de 1877, se nos hacen evidentes las contracciones que cruzaban como corrientes eléctricas por sus cartas a Rosario de la Peña. Desconocemos las que debió escribir a Carmen durante el azaroso viaje y desde Guatemala; por lo que de ella dice a Mercado, debieron ser joyas, pero su misma pérdida, sin duda destruidas u ocultadas por la mano femenina que más hondamente lo hirió, nos hace pensar que, de haberse conservado, tendrían la patética belleza de los textos finalmente refutados por la vida. Con el epistolario a Mercado, en cambio, entramos en terreno firme, en roca de verdad. No es ya la expansión un tanto hiperbólica y la contracción un tanto crispada, sino la naturalidad de un vertimiento pleno, seguro de su destinatario y seguro de sus dones comunicativos. El ansia se ha vuelto ritmo; la melodía, armonía. Se siente ante todo el acorde dominante, el acuerdo del corazón. Por primera vez, y sin proceso visible — como se le dio todo en el mundo de la palabra, por silenciosa acumulación — aparece dueño de la escritura-habla de su lenguaje epistolar, porque ha encontrado sitio, alojamiento, morada, hospedaje amoroso, lo que no es ciertamente obra unilateral de la límpida y constante receptividad de Mercado, sino también de esa *imagen* suya que fue una ejemplar creación poética, y por lo tanto verídica, de su amigo desterrado y errante. Por eso este epistolario, en cuanto suceso espiritual, no comienza con las primeras líneas de Martí a Mercado, todavía en México, excusándose de que la fiebre le impida participar como orador en cierto acto público (probablemente un homenaje al dramaturgo José Peón Contreras), no obstante su significativo conmovedor inicio: “Yo iba a hablar esta noche porque V. me oyera. —”.<sup>20</sup> El amigo está ahí, entero y verdadero; falta la distancia, que se hará cada vez mayor e irreversible, que empezará a servir de fondo a la imagen del amigo lejano y entrañable, del silencioso destinatario y confidente absoluto, cuando desde Veracruz desnudamente escribe: “Mercado: Está la suerte desafiada”.<sup>21</sup> De tan sencillo modo, con esa súbita naturalidad ganada para siempre, comienza el epistolario íntimo más importante de Martí, el que llega a ser, durante los años más angustiosos de Nueva York, como un río catártico y secreto en su escritura, el que en su imponente conjunto ha de leerse como confesión, autobiografía y testimonio.

<sup>19</sup> JM: “Versos sencillos”, I, OCEC, t. 14, p. 300.

<sup>20</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, OC, t. 20, p. 15.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 16.

Del “género epistolar” no puede hablarse como de los otros géneros literarios, porque todos los poemas, dramas, novelas, etc., pertenecen, al menos por su intención, a la literatura mejor o peor, pero la mayoría de las cartas no son literarias. ¿Qué es lo que hay de común entre una carta literaria y una carta no literaria? Dicho de otro modo: ¿qué es una carta? Todos lo sabemos, pero cuando intentamos explicarlo nos percatamos de ciertas curiosas peculiaridades. Una carta es un texto que, a diferencia de todos los demás, está destinado a “viajar” en una determinada dirección, y que va dirigido a un solo lector: su destinatario. Su contenido puede ser variadísimo, pero, también a diferencia de los demás textos, supone a la vez una intención informativa, un ámbito reservado y un tono dialogante. Cuando, a partir de estos caracteres, por la singularidad, perfección o belleza de su estilo, esto es, por motivos estéticos, el texto epistolar *no se consume* en su inmediato destinatario personal o colectivo, sino que merece otro más vasto — el de múltiples, simultáneos, sucesivos lectores desconocidos por el autor de la carta, tan desconocidos que generalmente surgen después que él ha muerto —, estamos en presencia de un texto epistolar literario. Cuando ese tipo de texto constituye un *corpus* significativo, pasa a formar parte más o menos importante, incluso fundamental, de la obra del autor en cuestión. Es esto lo que constatamos ante las cartas de Martí a Mercado, que no por azar se publicaron como un libro.<sup>22</sup> De no haberse perdido las cartas de Mercado a Martí, este libro sería otro. Tal como es, las otras unidades afines de la obra martiana — sus versos, sus diarios, sus cuadernos de apuntes — no le aventajan en la virtud reveladora de su intimidad.

Ciertamente pudiera hacerse antología de los pasajes especialmente “literarios” o poemáticos de estas cartas. Ya en la que consideramos el verdadero inicio de este epistolario, como si Martí, al despedirse de México, quisiera regalarle a Mercado, en palabras, el óleo cuyo tema era “la salida de Orizaba” — el óleo equiparable al Valle de México pintado por Velasco y que Manuel Ocaranza nunca pintaría —, entre un proyecto, una efusión y una angustia, pictóricamente escribe:

Coronaban montañas fastuosas el pedregoso escirro y sombrío niblo; circundaban las nubes crestas rojas y se mecían como ópalos movibles; había en el cielo esmeraldas vastísimas azules, montes turquinos, rosados carmíneos, arranques bruscos de plata, desborde de los senos del color; sobre montes oscuros, cielos claros, y sobre cuevas tapizadas de violetas, arrebatadas ráfagas de oro. Gocé así la alborada, y después vino el sol a quitar casi todos sus encantos al paisaje, beso ardiente de hombre que interrumpía un despertar voluptuoso de mujer. El ópalo es más bello que el brillante.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> José Martí: Cartas a Manuel A. Mercado, prólogo de Francisco Monterde, Universidad Nacional Autónoma, México, 1946.

<sup>23</sup> JM: A Manuel Mercado, Veracruz, 1.º de enero de 1877, *OCEC*, t. 5, p. 15.

Lo estético, de inmediato, pasa a lo ético; la emoción, como siempre en él, desemboca en la sentencia. Y la idea de la analogía, quizás por primera vez expresada en México, vuelve a imponerse ante la grandeza del paisaje evocado y las hermosuras de la amistad: “Las grandes cosas son análogas, y yo pienso ahora en el cariño que le tengo, en cómo quiero a sus hijos, en las admirables virtudes de Lola, y en la vasta nobleza de su espíritu”.<sup>24</sup> Pero si hiciéramos colección de momentos de mayor inspiración o fortuna expresiva, además de convertir estas páginas en una suma de interminables citas y glosas que el lector puede suplir libremente, estaríamos traicionando el más esencial carácter literario de estas cartas en cuanto tales, que es precisamente la mezcla de lo informativo, lo efusivo y lo reflexivo; el tránsito conversacional de los encargos urgentes y las situaciones prácticas, a las batallas íntimas de la conducta y las encrucijadas agónicas de un espíritu siempre lastimado, cuando no desgarrado, por las asperezas de la realidad y la férrea decisión de cumplir minuciosamente los más contradictorios deberes. Tres son los sucesos fundamentales que ocupan a estas primeras cartas del magno epistolario: la boda con Carmen Zayas Bazán, que supone el tránsito por Cuba y el viaje a Guatemala; los altibajos y finalmente el fracaso de las ilusiones puestas en este país; el amargo retorno a Cuba después de la Paz del Zanjón. Como doloroso bajo continuo, la precaria situación de sus padres y hermanas. Como tema tan alto y constante que a veces *ni se oye*, tan por encima de las circunstancias y de la escritura vibra, lo que Carmen, en frase que la honra, llamara “este dolor de patria que tan grave es en las almas como la suya”.<sup>25</sup> Junto a este dolor, además de las necesidades, estaban las incomprendimientos familiares, aunque con una ganancia que ya hemos anunciado, patente en una línea de la carta de 30 de marzo de 1878, desde Guatemala: “Mi pobre padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón”;<sup>26</sup> y las incomprendimientos y mezquindades en la Guatemala de Justo Rufino Barrios: “Es una guerra de zapa en la que yo, soldado de la luz, estoy vencido de antemano”.<sup>27</sup> Al año sombrío — 1878 — espera que sucedan “otros años azules”, si bien presiente que no será así, por lo que exclama, insistiendo en el símbolo de “lo azul” que tanto atraerá a los modernistas seguidores de Darío: “¡Quién sabe si el permanente azul no es de la tierra!”.<sup>28</sup> Nada más lejos de esas vaguedades mentales, sin embargo, que el recio azul martiano, el azul del “soldado de la luz” que se debate entre las penas íntimas y la pena mayor de la patria, asumida por él desde el centro esencialmente heroico de su alma. He aquí, entre otros muchos citables, ese autorretrato

---

<sup>24</sup> Ídem.

<sup>25</sup> JM: A Manuel Mercado, Guatemala, 6 de julio de 1878, OCEC, t. 5, p. 314.

<sup>26</sup> JM: A Manuel Mercado, Guatemala, 30 de marzo de 1878, OCEC, t. 5, p. 288.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 289.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 290.

de aquel agonista silencioso, reducido a la impotencia: “¿He de decir a V. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿que llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad?”<sup>29</sup>

Contemporáneos de estas cartas a Mercado desde Guatemala deben ser los primeros poemas de *Versos libres*. La misma temperatura, la misma exasperación, ira y vergüenza de no emplear a fondo sus fuerzas, de no cumplir su destino magno, en esas cartas y versos de tal modo correspondientes que podemos pasar de unas a otros sin que parezca que salimos del mismo texto. Si no fuera por la presencia delata del metro, ¿cómo saber cuál es la carta, cuál el poema, en las siguientes líneas: “Oh, qué vergüenza!: —El sol ha iluminado/La tierra: el amplio mar en sus entrañas/Nuevas columnas a sus naves rojas/Ha levantado.//¿Creen que vuelvo a mi patria! Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido. Ya yo no tengo patria: — hasta que la conquiste. Voy a una tierra extraña.//Y yo, mozo de gleba, he puesto solo/Mientras que el mundo gigantesco crece,/Mi jornal en las ollas de la casa//¿Cómo podré vivir con todas estas águilas encerradas en el corazón? —Temo, amigo mío, que su aleteo me mate”.<sup>30</sup> Ninguna prueba mejor de la veracidad de la nota escrita al margen de “Media noche”: “A los 25 años de mi vida, escribí estos versos”.<sup>31</sup> Veinticinco años tiene cuando en la carta del 6 de julio de 1878, desde Guatemala, recuerda la introducción a un poema que empezó a escribir siendo “muy niño”, en la que un hombre era disputado por el Bien y el Mal, y después lloró “al ver que, poco más o menos, este era el pensamiento engendrador del *Fausto*”.<sup>32</sup> Y en la misma carta, no obstante tantos sombríos pensamientos y contradicciones, le dice a Mercado que “entiende” su deber, igual que le dirá, pero habiendo llegado ya a la “plenitud de su naturaleza”, desde el Campamento de Dos Ríos, en la última carta inconclusa, que “entiende” su deber y tiene “ánimos con que realizarlo”. Hazaña que sin duda era más difícil para él en las complejas y oscuras circunstancias de 1878, porque el deber entonces coincidía con el sacrificio de su vocación a lo menor e inmediato. Para todo tuvo fuerzas, pactando solo con su inflexible y amoroso corazón, nuestro *Fausto* americano. Y así termina esta carta, en que por vía de resonancia se nos revela la relación entre el fracaso de la Guerra del 68 y el inicio de los *Versos libres*, resumiéndole a Mercado su decisión de volver a Cuba: “Satisfecho de esta victoria que sobre mí mismo obtengo, la lloro con indecible amargura. —Deseo para mí mejores tiempos, que sí pueden venir; —pero no me desee

<sup>29</sup> JM: A Manuel Mercado, ob. cit., p. 311.

<sup>30</sup> Se combinan en el texto pasajes de “Media Noche”, en *OCEC*, t. 14, p. 137, y de la carta a Mercado de 6 de julio de 1878, en *OCEC*, t. 5, p. 312.

<sup>31</sup> *OCEC*, t. 14, p. 137.

<sup>32</sup> JM: A Manuel Mercado, ob. cit., p. 312.

mejor amigo que V. — que no puede venir ya —”.<sup>33</sup> Con lo que demuestra una vez más que las palabras pueden abrazar mejor y más hondamente que los brazos, cuando son palabras vivas, gestuales, almadadas.

De las cartas siguientes a Mercado, desde La Habana y Nueva York, hasta 1881, como de las escritas en el mismo período a otras personas — señaladamente, a Miguel F. Viondi desde Madrid y Nueva York —, mucho habría que aprovechar para un estudio biográfico, así como de sus proyectos literarios, el más importante de los cuales fue el que anunció a Viondi el 24 de abril de 1880: “Tengo pensado escribir, para cuando me vaya sintiendo escaso de vida, un libro que así ha de llamarse: *El concepto de la vida*. Examinaré en él esa vida falsa que las convenciones humanas ponen en frente de nuestra verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola, — y ese cortejo de ansias y pasiones, vientos del alma. — Digo esto porque me preparaba ya a escribirlo”.<sup>34</sup> Y dice también que empezaba a sentirse, por el cúmulo de amarguras, “escaso de vida”, pero la llegada de Carmen — de cuyo viaje de Puerto Príncipe a La Habana y de La Habana a Nueva York se había ocupado diligentemente Viondi — le ayuda a recobrar sus fuerzas, las que necesita para vivir, dice, “en un mundo, y contra un mundo, completamente nuevo”,<sup>35</sup> frase que, por lo que subrayamos, debe tenerse en cuenta a la hora de valorar los juicios sobre Estados Unidos estampados en la serie de artículos titulada “Impressions of America” (*The Hour*, julio-octubre de 1880); de igual modo que no deben olvidarse las siguientes líneas de otra carta a Mercado supuestamente de 1882: “Y en todas esas cartas [anteriores] iban filiales iras mías por la avaricia sórdida, artera, temible y visible con que este pueblo mira a México: ¡cuántas veces, por no parecer intruso o que quería ganar fama fácil, he dejado la pluma ardiente que me vibraba como lanza de pelea en la mano!”.<sup>36</sup> Por cierto que, volviéndose al plano íntimo, ya desde el 6 de mayo del 80 confiesa a Mercado: “Carmen no comparte, con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy”,<sup>37</sup> tareas que habían comenzado durante el período conspirativo en La Habana, que provocaron su segunda deportación, y continuaron en Nueva York hasta el fracaso de la Guerra Chiquita. No es nuestro propósito principal, sin embargo, hacer una lectura biográfica de las cartas, sino en lo posible, y sin descartar enteramente aquella, una lectura literaria.

Desde este punto de vista no podemos pasar por alto algunos pasajes de las cartas madrileñas a Viondi, por su anticipación al tono y estilo de las crónicas que sobre España escribiría Martí entre 1881 y 1882 para *La Opinión*

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 314.

<sup>34</sup> JM: A Miguel F. Viondi, Nueva York, 24 de abril de 1880, *OCEC*, t. 6, p. 204.

<sup>35</sup> *Ídem*.

<sup>36</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 11 de agosto de 1882, *OCEC*, t. 17, p. 340.

<sup>37</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 6 de mayo de 1880, *OCEC*, t. 6, p. 211.

*Nacional*, de Caracas. Baste como ejemplo el siguiente párrafo de la carta del 8 de diciembre de 1879.

¿Le he dicho ya que ha habido fiestas? Regias bodas, de Borbón con Austria; caras de corte asomadas por entre las ventanas de ébano u oro de coches vetustos, como gusanos aún vivos que se asoman por entre los agujeros de un cadáver ya mondado; intento inútil, fastuoso y bizantino, como todo lo que va a morir por vicio de esencia, y agonizando, se ase al fulgor del símbolo: — intento inútil por encajar en cuerpos de esta edad, huesos de otra. — Y toros, con caballeros en plaza, caballeros rejoneadores, que son galanes de burlas, y caricatura más que copia, de aquellos que alegraron en fiestas el coro de Madrid en los natales del rey moro de Toledo. Y recepciones en Palacio, donde han besado reverentemente la mano de Isabel los que la echaron de su trono en el 69.<sup>38</sup>

Es aún la escenografía de la España pintada en la segunda serie de los *Episodios nacionales* de Galdós, y es ya, incrustados en el discurso epistolar, la mirada crítica y el pulso pictórico de un género distinto: la crónica periodística, que será el cauce de la mayor prosa de Martí en la década del 80. También resulta de interés el comienzo de la carta anterior a Viondi, de 28 de noviembre, como antecedente del magistral artículo-retrato que Martí dedicaría, retrospectivamente, a Cristino Martos, en *Patria*, el 14 de febrero de 1893. Y no cabe olvidar nunca, en la carta a Viondi de 24 de abril de 1880, la siguiente declaración, sobrepasadora de su contexto inmediato: “Lo imposible, es posible. — Los locos, somos cuerdos”.<sup>39</sup>

Sin duda no hay carta suya, ni casi línea, por ocasional que parezca, que en su propio ámbito vital y textual no emita cautivadoras señales, más allá de la circunstancia que la provocó. En rigor Martí es siempre su propia circunstancia, no por tentación solipsista sino por absorción incesante de lo que no es él, o porque todo lo que toca lo satura de su voluntad, de su pasión y su destino. En sus cartas, rehechos por su lengua y su escritura, tenemos su México, su Guatemala, su Habana, su Madrid, su Nueva York. No olvidamos su Caracas, vibrando entera, como ardiente “cuna” de América, en las cartas a Fausto Teodoro de Aldrey, que recibió su bolivariano juramento: “De América soy hijo: a ella me debo”;<sup>40</sup> y a Diego Jugo Ramírez, y a Agustín Avelledo. Escribir sobre cualquier aspecto de la obra de Martí, nos obliga a una insólita ascesis: la de renunciar a reproducir los textos íntegros, por parecernos que en ellos está la savia que no puede traducirse a ningún otro lenguaje, y que en ellos están, fundidos en una sola pieza, su acto y su crítica mejor, su cuerpo y su sombra natural, su misterio y su explicación insuperable. Lo que

<sup>38</sup> JM: A Miguel F. Viondi, Madrid, 8 de diciembre de 1879, *OCEC*, t. 6, p. 129.

<sup>39</sup> JM: A Miguel F. Viondi, ob. cit., p. 205.

<sup>40</sup> JM: A Fausto Teodoro de Aldrey, Caracas, 27 de julio de 1881, *OCEC*, t. 8, p. 110.

puede parecer exagerado culto, devoción excesiva, procede sin embargo de una característica orgánica de su palabra: ella exige la misma participación que la constituye. Desde luego que puede el lector no participar en ella; pero entonces no entiende nada, y de nada le valdrán los análisis y las exégesis. Un solo ejemplo bastará para probarlo. ¿Qué examen crítico podrá suplir, ni añadir un ápice, a la lectura participante, como la que hace un buen músico de una partitura, de la carta escrita por Martí a su hermana Amelia, en Nueva York, en 1880, que comienza: “Tengo delante de mí, mi hermosa Amelia, como una joya rara y de luz blanda y pura, tu cariñosa carta”.<sup>41</sup> Lo que en ella dice, reducido a ideas, no puede ser más sencillo, como lo son los eternos consejos de los abuelos, los padres, los hermanos mayores. La entonación, la alteza, las modulaciones con que lo dice, solo pueden ser recibidas como una melodía, cuyos secretos vibratorios seguramente son asediados con métodos científicos, estructuralistas, fonológicos, matemáticos, pero el espíritu los recibe de inmediato, como explicación de sí mismos en la ternura vehemente y *unida* de su onda. Cómo suena la ternura, es lo que en verdad nos comunica esta carta.

Muy distante de su atmósfera familiar y penumbrosa, en la que otra vez Martí expresa delicadísimo la veneración que llegó a sentir por su padre, se halla la carta difícil y valiente dirigida al general Emilio Núñez el 13 de octubre del mismo año 80, pidiéndole que deponga las armas. Nunca tuvo Martí muchas esperanzas en el movimiento insurreccional encabezado por el general Calixto García, pero consideró su deber conspirar para su éxito, con Juan Gualberto Gómez y otros, en La Habana, lo que le costó su segunda deportación a España, y asumir después en Nueva York la presidencia del Comité Revolucionario Cubano, en cuya condición redactó comunicaciones oficiales y proclamas a la emigración, al pueblo de Cuba y al Ejército Libertador, firmadas estas últimas por el general García. Su verdadero estado de ánimo mientras realizaba esas tareas, se trasluce en los siguientes pasajes de la carta a Mercado del 6 de mayo de 1880:

Aquí estoy ahora, empujado por los sucesos, dirigiendo en esta afligida emigración nuestro nuevo movimiento revolucionario. Solo los primeros que siegan, siegan flores. Por fortuna, yo entro en esta campaña sin más gozo que el árido de cumplir la tarea más útil, elevada y difícil que se ha ofrecido a mis ojos. Me siento aún con fuerzas para ella, y la he emprendido. —Creo que es una deserción en la vida, penable como la de un soldado en campaña, la de consagrar —por el propio provecho— sus fuerzas a algo menos grave que aquello de lo cual son capaces. [...] Hago tristemente, sin gozo ni esperanza alguna, lo que creo que es honrado en mí y útil para los demás que yo haga. Fuerzas quiero, —que no premio, para acabar esta tarea. Sé de antemano que rara vez cobijan las ramas de un árbol la casa de aquel que lo siembra.<sup>42</sup>

<sup>41</sup> JM: A su hermana Amelia, Nueva York, 1880, OC, t. 20, p. 286.

<sup>42</sup> JM: A Manuel Mercado, ob. cit., pp. 210 y 211.

Por su escrupuloso sentido del deber y el sacrificio, Martí prestaba su concurso a un movimiento destinado al fracaso precisamente por no fundarse en los esclarecimientos políticos y en los principios revolucionarios expuestos con suma clarividencia en su discurso del 24 de enero de 1880, en Steck Hall. Frustrada aquella intentona con la obligada rendición del general García, le tocó a Martí la amarga misión de escribir la aludida carta, primera en que el tono de la responsabilidad histórica y revolucionaria se apodera totalmente de su estilo epistolar: primera de la larga serie que ha de articularse orgánicamente con las concepciones básicas de sus discursos y artículos fundadores. Desembarazado ya Martí de su voluntario compromiso con los jefes de un movimiento que no había estado en su mano detener, y que desde luego aspiraba a lograr la independencia — propósito que, según subraya más adelante, era el “*único honrado en Cuba*” —, le escribe al general Núñez, quien había reclamado instrucciones al Comité Revolucionario de Nueva York, autorizándole a deponer las armas:

Si todos los jefes de la Revolución no hallaron en los dos años pasados, manera de trabajar de acuerdo vigorosamente; si en pleno movimiento revolucionario, y durante un año de guerra, no fue este acuerdo logrado — no es natural suponer que ahora hubiera de lograrse, dominada de nuevo la guerra, presos o muertos sus mejores jefes, aislados y pobres todos.<sup>43</sup>

De este modo, sin ninguna experiencia militar, recién estrenado en los afanes organizativos de la emigración revolucionaria, Martí demuestra poseer ya una acumulada lucidez y una innata autoridad que le permiten comunicar naturalmente su criterio como una orden cuyo acatamiento no hiere a nadie porque tiene la virtud de situarlo todo en el nivel más alto.

Alfonso Reyes, en *El deslinde*, afirma: “La literatura expresa al hombre en cuanto es humano. La no-literatura, en cuanto es teólogo, filósofo, cientista, historiador, estadista, político, técnico, etc”.<sup>44</sup> Siendo esto así, ningún género más literario que el epistolar, destinado a satisfacer la necesidad más propia del hombre: la de comunicarse íntimamente de persona a persona; si bien, por otra parte, resulta el género menos propicio para cumplir con la definición que propone Reyes del fenómeno específicamente literario: “paraloquio de configuración semántico-poética inseparable”.<sup>45</sup> Ateniéndonos al vocabulario de Reyes, ningún género más “humano” (por lo tanto, más “literario”) que el epistolar, y ninguno más cercano al “coloquio” (por lo tanto, menos “literario”). En el caso de Martí, esa contradicción tiende a disminuir e incluso con frecuencia desaparece para ofrecernos pasajes o cartas enteras

<sup>43</sup> JM: A Emilio Núñez, Nueva York, 13 de octubre de 1880, *OCEC*, t. 6, p. 223.

<sup>44</sup> Alfonso Reyes: *El deslinde*, El Colegio de México, México, 1944, p. 26.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 235.

literariamente antológicas, por su fidelidad a la idea de “ajuste” que es básica en su concepción del estilo, y que se anticipa a la definición de Reyes: “El que ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada a la vaina, ése tiene estilo”.<sup>46</sup>

Hasta ahora, hemos visto cinco formas sucesivas de su lenguaje epistolar: la carta-mensaje (recados a Mendive), la carta lírica (envíos a Rosario de la Peña), la carta-confidencia (epístolas a Mercado), la carta familiar (consejos a su hermana Amelia) y la carta política (orden al general Núñez); y hemos constatado las tangencias de su epistolario con su oratoria, con su poesía y con su crónica. Volviendo a la citada observación de Reyes, debemos modificar su inevitable esquematismo teórico para entender que Martí, expresándose en cuanto político (como en la carta al general Núñez y en muchísimas posteriores) no deja de hacerlo “en cuanto es humano”; es decir que, siendo la humanidad, lo específico humano, la raíz misma de su concepción de la política revolucionaria, no se constituye esta, para él, en una carrera o especialización. En esa misma carta, por cierto, aclara: “No merecemos ser, ni hemos de ser, tenidos por revolucionarios de oficio”.<sup>47</sup> Sabemos que no quiso seguir otra carrera que la de hombre, y si fue orador, poeta, periodista, ideólogo, político y revolucionario, todo ello lo fue sin salir de su territorio integral de hombre. Por eso un mismo tono entrañable recorre y unifica las más diversas manifestaciones de su genio, y en él lo público y lo íntimo no constituyen ámbitos separados, sino orgánicos y resonantes el uno en el otro. Por eso no cabe considerar más ni menos “humano” ningún aspecto de su obra, pero sí cabe decir que el epistolario — en cuanto resulta naturalmente la porción más apegada a su intimidad, y por el vehemente esmero artístico con que lo cultivó y lo puso al servicio de su apostólica misión — es el centro nervioso de toda la escritura martiana.

## II. 1882-1888

Después de su estancia en Caracas, de enero a julio de 1881, presidida por su anagnórisis bolivariana y la súbita maduración de su estilo en verso y prosa, el regreso de Martí a Nueva York es el regreso a una verdadera prisión, de la que no podrá librarse, como del presidio político español, hasta que en la madrugada del 11 de abril de 1895 bese la tierra cubana. No en vano en la primera carta que se conserva del 82, enviándole al caraqueño Agustín Aveledo cien ejemplares de *Ismaelillo* declara silenciosamente, en el silencio de una soledad casi total, rodeado por el estruendo de la ciudad pujante: “Es que vivo muy solo, y las cartas que escribo me dan miedo, porque me recuerdan cómo vivo”,<sup>48</sup> y cinco meses después, el 21 de octubre, le pide a Gabriel de

<sup>46</sup> JM: “Mi tío el empleado”, *El Avisador Cubano*, Nueva York, 25 de abril de 1888, OC, t. 5, p. 128.

<sup>47</sup> JM: A Emilio Núñez, ob. cit., p. 223.

<sup>48</sup> JM: A Agustín Aveledo, Nueva York, 23 de mayo de 1882, OCEC, t. 13, p. 108.

Zéndegui que regañe a un amigo común “porque no me ha querido hacer mi sortija de hierro, que es la única que ajustará bien a mi dedo”,<sup>49</sup> sortija hecha con un pedazo del grillete del presidio político, la que aparece ya en su dedo anular izquierdo en el retrato que le hizo el pintor sueco Herman Norman dentro de su oficina de Front Street, dentro de su celda de forzado de la pluma. Es así como hay que verlo en estos años, oscuro empleado de comercio, fulgurante cronista de la turbia epopeya norteamericana, pintor genial de sus mejores hombres, “vaso de amargura” en la ciudad hostil, revolucionario en perenne vigilia de “la hora”, buscando en el refugio de las cartas amistosas el desahogo de su alma.

Como una prueba más de la organicidad de toda la obra martiana, y especialmente de su coherencia poético-política, es subrayable que a varios amigos, en diversas formas, diga lo que dice a Vidal Morales de *Ismaelillo*, siempre excusándose por dar versos en lugar de actos: “Fue como la visita de una musa nueva”,<sup>50</sup> mientras simultáneamente, en la primera gran carta revolucionaria que dirige al general Máximo Gómez el 20 de julio de 1882, la que empieza declarando su aborrecimiento de “las palabras que no van acompañadas de actos”<sup>51</sup> la idea de novedad llega a ser tan dominante como en los dos editoriales de su *Revista Venezolana*, en los que con razón se ha visto el umbral de la nueva literatura latinoamericana. Y en la carta a Gómez reitera, como *leit motiv*, ese adjetivo que viene a ser lo más sustancial de todo el mensaje: los “elementos nuevos”, “los problemas nuevos”, la “tarea nueva”, el “juicio nuevo”, la “nueva empresa”, “las nuevas esperanzas”, la “nueva obra”.<sup>52</sup> Novedad que, como en la dimensión literaria, no depende negativamente de un fácil iconoclasticismo, sino de una entrada real, desde la perspectiva de nuestra América y no de Europa ni de Norteamérica, en los planteamientos de una modernidad avizorada por los fundadores de nuestra acción histórica y de nuestro pensamiento, como Simón Bolívar, el cura Hidalgo, el padre Varela, José de la Luz. Una novedad que en lo histórico tiene para Martí tres pilares: la conjunción de acción y pensamiento, el antianexionismo y, como le dice en carta de igual fecha y *leit motiv* a Maceo, la preeminencia de la solución social sobre la política. Tales son las premisas del Partido Revolucionario Cubano, primera proyección de nuestra específica modernidad, de lo que debió ser la “nueva forma de nuestra obra”<sup>53</sup> en la inseparable unidad político-espiritual que Martí encarna en la soledad de estos años.

Esa soledad íntima se agrava dolorosamente, convirtiéndose en soledad “histórica”, cuando Martí decide separarse del llamado plan Gómez-Maceo, a raíz de una infortunada reunión con los dos prestigiosos generales, de la

<sup>49</sup> JM: A Gabriel de Zéndegui, Nueva York, 21 de octubre de 1882, OC, t. 20, p. 303.

<sup>50</sup> JM: A Vidal y Morales, Nueva York, 8 de julio de 1882, OCEC, t. 13, p. 112.

<sup>51</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Nueva York, 20 de julio de 1882, OCEC, t. 17, p. 326.

<sup>52</sup> *Ibidem*, pp. 326-330.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 325.

que hallamos severo testimonio en la carta a Gómez de 10 de octubre de 1884, cuyo elocuente resumen está en la famosa línea: “Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento”.<sup>54</sup> El tono doctrinal de las primeras cartas a Gómez y a Maceo, se torna aquí tajante y admonitorio, dentro de una línea ideológica de tan férrea secuencia que hace de estas cartas un solo documento fundador. En la segunda a Gómez sentimos el latir de una profunda herida, que no es solo a los principios inflexibles, pero de ella no habla como lo hará franca y desgarradamente el 13 de noviembre, en carta a Mercado: “¡a mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro, llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia! A nadie jamás lo diga, ni a cubanos, ni a los que no lo sean; que así como se lo digo a U., a nadie se lo he dicho: pero de ese modo fue”.<sup>55</sup> La gravedad de este desencuentro entre hombres de tal magnitud, volverá a hacerse sentir en la entrevista de La Mejorana, el 5 de mayo de 1895, cuyas peores consecuencias quizás fueron previstas por Martí en su carta a Tomás Estrada Palma (desde Montecristi, el 16 de marzo de 1895), cuando le escribe “al vuelo, y escondidas”: “Yo creo que al fin, podré poner el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella, se me echará, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno”.<sup>56</sup> Carta en que le pide que contribuya a “impedir que en Cuba se prohíba, como se quiere ya prohibir, toda organización de la guerra que ya lleve en sí una república, que no sea la sumisión absoluta a la regla militar”, y en la que reitera: “De mí, ya le digo, voy preso, y seguro de mi inmediato destierro: —y también de la utilidad para mi *patria* de este martirio”.<sup>57</sup>

De este modo, cada vez más, los contenidos íntimos e históricos se entrelazan en el epistolario martiano, como en la encrucijada natural de su destino. Con esto queremos subrayar el peso vivencial que hubo siempre en la gestación de sus ideas políticas. Así, por ejemplo, cuando se considera el proceso de su ideario antimperialista, suele concedérsele mayor o exclusiva atención a su análisis de los factores objetivos de la vertiginosa realidad norteamericana de la que fue testigo y cronista. Pero en sus cartas a Mercado está el reverso íntimo de un antimperialismo que no fue únicamente, como pudo serlo en el análisis leninista, el resultado teórico de un clarividente examen de los hechos. Ese reverso íntimo fue el de un sufrimiento personal en carne viva, y el sufrimiento fue para Martí, en todo tiempo y lugar, la más profunda vía de conocimiento. A Mercado le dice, desde el 85: “estoy donde todo, a nosotros los de alma ardorosa, convida al silencio, al decaimiento y a la muerte”.<sup>58</sup> Para advertirle: “De esta tierra no espero nada, ni para Uds.

<sup>54</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Nueva York, 20 de octubre de 1884, OCEC, t. 17, p. 384.

<sup>55</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 13 de noviembre de 1884, OCEC, t. 17, p. 394.

<sup>56</sup> JM: A Tomás Estrada Palma, Montecristi, 12 de marzo de 1895, OC, t. 4, p. 86.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>58</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 1884, OCEC, t. 17, p. 377.

ni para nosotros”,<sup>59</sup> no tenía que haber vivido en Nueva York; ya desde México, y aun desde España lo sabía; le bastaba ser un hijo de Bolívar. Pero otra cosa era “trabajar, con la hiel al cuello, entre hombres que parecen pezuñas”.<sup>60</sup> Otra cosa era el grito, literalmente, el silencioso grito de su alma, confiado al “hermano mejor”:

Y luego, ¡si U. me viera el alma! ¡si U. me viera cómo me ha quedado de coceada y de desmenuzada, en mi choque incesante con las gentes, que en esta tierra se endurecen y corrompen, de modo que todo pudor y entereza, como que ya no lo tienen, les parecen un crimen! A Ud. puedo decirselo, que me cree: muchas penas tengo en mi vida, muchas, tantas que ya para mí no hay posibilidad de cura completa; pero esta pena es la que acentúa las demás, y la mayor de todas. Ya estoy, mire que así me siento, como una cierva acorralada por los cazadores en el último hueco de la caverna. Si no caen sobre mi alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo me veo por dentro y sé que muero. —<sup>61</sup>

209

Del “gran quehacer” patriótico se había apartado dolorosamente (aunque en el fondo lo estaba realizando en incomprensida soledad); “la gran lluvia de amor”, si alguna vez le llegó, ya no sería la lluvia primaveral de su primera juventud; el hogar (“el eje de la vida”) estaba roto. El otro hogar, el de los padres y hermanas, le costaba más de la mitad de la vida. Y sin embargo, la tenacidad de su espíritu buscaba, en medio de la asfixia, respiros de ilusión, tareas periodísticas y editoriales, en las que Mercado al cabo lo ayudó, que le hacen escribir en la misma desesperada carta, con maravillosa humildad: “Lo de los libros es la cosa magna, y hoy, de pensarlo hacedero, he cantado y me he puesto a arreglar mis papeles. — Deme un estribo para echar a andar otra vez sobre la vida: porque el que nació conmigo, se me lo han comido”.<sup>62</sup> Pero de sus penas, “la mayor de todas”, por la que, dice, “el hielo me llega ya a la mano”,<sup>63</sup> no lo abandona en estos años de soledad inerme, luchando por salir de la oficina de comercio donde siente “en todo instante una pezuña sobre la frente, y la dignidad en un potro, y el alma entera en náusea”;<sup>64</sup> luchando por salvarse de “este contacto demasiado íntimo con los hombres”,<sup>65</sup> y precisa: “con los hombres en esta tierra, que no son, no, como los hombres

<sup>59</sup> JM: A Manuel Mercado, ob. cit., pp. 393 y 394.

<sup>60</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 22 de marzo de 1886, OCEC, t. 23, p. 180.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 181.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 182.

<sup>63</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 22 de abril de 1886, OCEC, t. 23, p. 189.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 187.

<sup>65</sup> *Ídem*.

en todas las demás”,<sup>66</sup> y entre los cuales vive “como acorralado y apaleado”,<sup>67</sup> teniendo que ser incluso, aunque no quiera, “instrumento”, así lo dice, de “la brutalidad, deshonestidad y sordidez que veo a mi alrededor”.<sup>68</sup> Las citas pueden multiplicarse: “Todo me ata a esta copa de veneno”.<sup>69</sup> “Morir de esta tierra, es justo, puesto que no la quiero”.<sup>70</sup> “Tanta gente cuadrada y cielo frío”.<sup>71</sup> “Esta abominable mujer americana”.<sup>72</sup> Todo ese cúmulo de amargas vivencias va a concentrarse en “el concepto ofensivo y desdeñoso en que la mayoría de esta gente, ignorante y acometedora, tiene a México, como a todos nuestros países”.<sup>73</sup> Las vivencias tienden a conceptualizarse, a revelar su valor cognoscitivo, a explicar lo que sucede objetivamente. La subjetividad, para el poeta, es el protoplasma de la objetividad. Ya en el 88, un año antes del comienzo de la Primera Conferencia Internacional Americana, ambos planos se funden cuando Martí le escribe a Mercado:

Solo por saber de Luisa hubiera podido yo escribirle hoy, que tengo el espíritu como mortal, por las serias noticias que ya salen a luz sobre el modo peligroso y altanero con que este país se propone tratar a los nuestros, — por los planes que veo que tienden, en lo privado y en lo público, para adelantar injustamente su poder en los pueblos españoles de América, — y por la declaración, ya casi oficial, de que intentan proponer a España la compra de Cuba. Cuando no se muere de ciertos dolores, o de este, la vida debe ser cosa de mucha fuerza. Ni sé yo, si sucediera, cómo podría quedar con vida. No hablo así por el arrebató de la sorpresa, porque esto lo he visto venir: sino por el

---

<sup>66</sup> Ídem.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 188.

<sup>68</sup> Ídem.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 191.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 192.

<sup>71</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 15 de mayo de 1886, *OCEC*, t. 23, p. 195. Con exasperado humor, raro en él, concluye en otra carta: “A este rinoceronte hay que buscarle las axilas”. (*OCEC*, t. 25, p. 328.).

<sup>72</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 17 de octubre de 1886, *OCEC*, t. 24, p. 356. Se refiere, desde luego, al “tipo” común, al “standard” resultante de la sociedad norteamericana, sin que por ello dejara de admirar y elogiar a mujeres como Helen Hunt Jackson, “una americana de nobilísimo corazón” que supo pintar, “con gracia de idilio y color nuestro, lo que padeció el indio de California, y California misma, al entrar en poder de los americanos”; “una escritora famosa — le añade a Mercado a propósito de su traducción de *Ramona* — entre los que más nos desdeñan”. (JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 8 de agosto de 1887, *OCEC*, t. 26, p. 234.).

<sup>73</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 8 de enero de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 328. Y lo que más le duele es la ignorancia de tanto hispanoamericano acerca de “todo lo feo y rugoso del interior de la vaina [yanqui], que tanto hambriento y desvergonzado rebruñen por de fuera a lamidos”. (*OCEC*, t. 23, p. 189.).

pesar de verlo probable, y con menos obstáculos de lo que parece. De otras penas me he levantado. Pero de esta, no sé cómo. [...] La acometida va a ser muy vigorosa. Y no veo la defensa. Ni entre mis mismos cubanos la veo, y aun son ellos los que, llevados de un amor ciego a la libertad, se prestan a servir de instrumentos a los que solo saben desdeñarlos. Yo me sonrío en todas mis tristezas; pero en esta, no sabré sonreír. Vine al mundo para ser vaso de amargura.<sup>74</sup>

Estos ejemplos ponen de manifiesto que las cartas de Martí a Mercado constituyen el lugar donde su experiencia histórico-social y su intimidad se entrelazan, se interpenetran, se funden, avisándonos de una relación entre *pathos* e ideología que tal vez encierra el mayor secreto estilístico de estas cartas y de todas las cartas confesionales de Martí. A medio camino entre la sensación, el sentimiento y el pensamiento, hay un punto que ni el poeta — decidido partidario del corazón — ni el orador, dominado por el Eros de la elocuencia, ni el ensayista o articulista doctrinario, pueden apresar. Su escribir “desde todo el hombre”, y dirigirse siempre a todo él, no implica desde luego ningún tono alegórico ni abstracto: se trata de “todo el hombre” que se da, precisa y únicamente, en lo específico de cada hombre, lo que nos recuerda, en el contexto de la discusión medieval sobre “los universales”, el término *haecitas*, propuesto por Duns Scoto, según el cual “lo universal posee en lo singular mismo un fundamento real, independientemente de todo acto intelectual, en suma, se presenta en él con la marca propia de la individualidad”.<sup>75</sup> O, dicho en otras palabras, que lo universal se presenta como individual, por lo que es inmediatamente captable por don intuitivo, anterior o independiente del concepto. Y así Martí capta el universal “hombre” enteramente encarnado (o aludido) en cada hombre particular y concreto, lo cual da fundamento a nuestras siguientes observaciones:

Cada carta suya es en cierta forma un retrato de la persona a la que va dirigida, o de la imagen que Martí se hacía de ella. Así, mientras la carta a Rosario de la Peña, como un vehemente solo de *cello*, es el envío arquetípico a la Esfinge romántica, la epístola paternal y cristalina a su hermana Amalia es el rafaelesco dibujo de la Doncella que pronto ha de tornarse Esposa, y la carta de despedida a Doña Leonor, decisiva, despojada, esencial como una inscripción funeraria, es la imagen misma del destino trágico de la Madre. Unas son las cartas fraternas, juguetonas, amigazas, a Fermín; otras las activas y tensas a Gonzalo; otras las graves, tiernas, entrañables a Mercado; otras las decidoras, artísticas y mundanas al cónsul Estrázulas; otras las delicadísimas a Poyo; otras las invisiblemente piadosas, como de mano de enfermero milagroso y natural, a Sierra, a Bonilla, a González, los hombres humildes de la emigración. / Por cada carta, en suma, se puede conocer a cada hombre. Y esto, que en el

<sup>74</sup> JM: Carta a Manuel Mercado, 10 de febrero de 1888, OC, t. 20, pp. 124 y 125.

<sup>75</sup> Cf. Jacques Chevalier: Histoire de la pensée, París, Flammarion, t. II, pp. 434-436.

epistolario martiano era un instinto cordial infalible, en su prosa pública era ya doctrina literaria desde su memorable aclaración sobre el estilo en el segundo número de la *Revista Venezolana* (1881): “Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje”. Con los hombres, desde luego, también.<sup>76</sup>

En el período que estamos considerando, contrasta especialmente el tono de las cartas a Mercado con el de las cartas paralelas, del 87 y el 88, a Enrique Estrázulas. Si al primero le escribe: “el verano me ha caído con furia sobre el hígado, y acabo de pasar como por una tempestad verde”,<sup>77</sup> al segundo le dice de Lisboa: “Yo me figuro aquello como una cesta de naranjas. Acá, ya V. lo sabe, llueven dardos, y se respira plomo. Ud. me hace falta, pero vale más que viva donde goza”.<sup>78</sup> El goce de su amigo le da goce, o por lo menos le alivia la carga. Su índole jovial, disfrutadora, artística, se refleja, o más bien se transparenta, en las cartas que le dirige a Lisboa o a París: “en esa vida alegre, — el Oriente en la sala, en el dormitorio bronce, el *Bon Mich* a la mano, e Italia en la cocina”, y por “esas cartitas locuelas y de sobremesa”<sup>79</sup> que su amigo le escribe. Por cierto que la sensibilidad para lo que pudiéramos llamar el “carácter” de una carta, puesta de relieve en los adjetivos citados, salta con punzante fulgor cuando le habla de la carta de un amigo común (Rivas): “una carta erizada, en que se le ven brillar los ojos”,<sup>80</sup> o de otro (Farini) que le escribió “una carta ultraseca y empingorotada”.<sup>81</sup> Las que él escribe a Estrázulas, incluso cuando parece que va a dar la nota del hondón del alma que solo a Mercado confía, prefiere la sonrisa pictórica: “Me siento desnudo y escurrido, como un monte deshelado o como un árbol sin hojas”;<sup>82</sup> o la alusión pudorosa, y a la postre animosa: “Por lo pequeño de la letra verá que el espíritu anda chico, y que tengo la mano helada; pero ya sabe que a mí no me acobardan ni los fríos ni las penas”.<sup>83</sup> En esta carta de 19 de febrero de 1888 es donde se alza la memorable confesión acerca de Goya: “Es de mis maestros, y de los pocos pintores padres”.<sup>84</sup> Porque con Estrázulas, pintor aficionado como él, habla mucho de pintura, y le dice, cuán dichosamente, que pintar

<sup>76</sup> Cintio Vitier y Fina García Marruz: *Temas Martianos*, ob. cit., pp. 98-99.

<sup>77</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 14 de junio de 1887, *OCEC*, t. 26, p. 224.

<sup>78</sup> JM: A Enrique Estrázulas, 9 de junio de 1887, *OC*, t. 20, p. 185.

<sup>79</sup> JM: A Enrique Estrázulas, Nueva York, 20 de octubre de 1887, *OCEC*, t. 27, p. 165.

<sup>80</sup> Ídem.

<sup>81</sup> JM: A Enrique Estrázulas, 25 de mayo de 1883, *OC*, t. 20, p. 196.

<sup>82</sup> JM: A Enrique Estrázulas, ob. cit., p. 165.

<sup>83</sup> JM: A Enrique Estrázulas, 19 de febrero de 1888, *OC*, t. 20, pp. 188-189.

<sup>84</sup> *Ibíd.*, p. 189.

“es uno de los pocos modos de asir la vida por las alas”,<sup>85</sup> alado apresamiento que es una de las dichas propias de su escritura, porque, ya lo dijo en la *Revista Venezolana*, “el escritor ha de pintar, como el pintor”.<sup>86</sup> Y aquí también le habla de su traducción de *Lalla Rookh*, de Thomas Moore, increíblemente perdida y tan a punto ya de aparecer impresa en esta fecha, con páginas de Bonalde y de Tejera, que le dice a Estrázulas: “Pronto va a salir, con ilustraciones magnas [...] Como me den dos ejemplares, le mando uno. El libro es de lo más rico que puede salir de prensa alguna, y las láminas de varias tintas, llevan al pie los nombres más famosos”. Y añade: “Las láminas será lo único que Vd. verá; ¡porque los versos...! Y tiene mucha razón; porque los estamos haciendo muy malos, y no con más jugo que sonoridad, que es como se deberían hacer. Bien puede desdeñarlos Vd. que tiene a sus hijos”.<sup>87</sup>

Esta última alusión a la pérdida creciente del propio, nos remite a las insistentes formulaciones de Martí, en este período, acerca de la letra y la vida, la expresión y el acto. Para entenderlas cabalmente, no debe olvidarse el alto aprecio que tuvo siempre por las virtudes de la expresión, que fue en él necesidad irreprimible y caudal sobreabundante, pero también agonía visionaria, fidelidad difícil, minucioso escrupulo. Así, a propósito de *Ismaelillo*, le escribe a Diego Jugo Ramírez el 23 de mayo de 1882: “Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. [...] No hay ahí una sola línea mental”.<sup>88</sup> Nótese que, si bien acaba de decir que su mente ha sido el “escenario”, no por eso considera que sus visiones y los versos que las copian sean mentales, sino, por ello mismo, extramentales, venidas de afuera, de un afuera que es exactamente lo que diferencia a la visión de la alucinación, o lo que en otro lugar hemos llamado la imaginización<sup>89</sup> espiritual, de la fantasmagoría mental, trascendente al yo la primera, la segunda, inmanente. Vimos que en otra carta hablaba de “la visita de una musa nueva”. Aquí aclara: “Pues ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen a mí sin que yo las solicite?”.<sup>90</sup> Parece como si se disculpara: “Yo no he hecho más que poner en versos mis visiones”.<sup>91</sup> Pero de lo que más se disculpa en todas las cartas sobre *Ismaelillo*, tácita o explícitamente, es de que parezca que le bastan, como

<sup>85</sup> Ídem.

<sup>86</sup> JM: “El carácter de la *Revista Venezolana*”, *Revista Venezolana*, Caracas, 15 de julio de 1881, OCEC, t. 8, p. 92.

<sup>87</sup> JM: A Enrique Estrázulas, 19 de febrero de 1888, ob. cit., pp. 189-190. Ver lo que dice sobre su traducción de *Lalla Rookh* en carta a Manuel de la Cruz del 8 de junio de 1890. (OC, t. 5, pp. 179-181).

<sup>88</sup> JM: A Diego Jugo Ramírez, Nueva York, 23 de mayo de 1882, OCEC, t. 13, p. 109.

<sup>89</sup> Cf. *Poética*: Imprenta Nacional, La Habana, 1961, pp. 99-100.

<sup>90</sup> JM: A Diego Jugo Ramírez, ob. cit., p. 109.

<sup>91</sup> Ídem.

le dice a Miguel F. Viondi, “estos pacíficos y secundarios quehaceres”;<sup>92</sup> o, como le explica más detalladamente a Mercado:

En mi estante tengo amontonada hace meses toda la edición, — porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que solo soy, como tantos otros, poeta en versos. — Y porque estoy todo avergonzado de mi libro, y aunque vi todo eso que él cuenta en el aire, me parece ahora cantos mancos de aprendiz de musa, y en cada letra veo una culpa. Con lo que verá Ud. que no escondo el libro por modestia, sino por soberbia. —<sup>93</sup>

No se trata, sin embargo, de modestia ni soberbia, sino de la batalla entre la expresión y el acto, que para Martí se replantea con especial violencia desde su estancia en Caracas, quizás precisamente porque la toma de contacto con la inspiración telúrica bolivariana aceleró la maduración de sus capacidades expresivas en verso y prosa, y la formulación teórica de sus deberes nuevos en nuestra América, al mismo tiempo que sus posibilidades de “poeta en actos”, después del fracaso de la Guerra Chiquita, se tornaban por el momento quiméricas o inalcanzables. Ya vimos cómo esta aparente frustración de lo que él consideraba su destino mayor, adquirió dimensiones dramáticas a raíz de su discrepancia con los generales Gómez y Maceo en 1884, y su consiguiente retiro de la esfera política. Pero hubo en Martí siempre, más allá de estos altibajos de las circunstancias, una ojeriza incurable hacia la carrera profesional de “hombre de letras”, no obstante serlo — y aquí está el nudo de la cuestión — en grado tan eminente e irrenunciable. A Gabriel de Zéndegui le dice algo en que se ha reparado poco: “no me ha parecido nunca prudente ni eficaz ponerme en esta tierra a profesar de letrado castellano”,<sup>94</sup> cosa que ciertamente pudo hacer con brillo y provecho, y que tantos han ido después a hacer, enredados en la astuta asepsia de la Academia universitaria norteamericana. Y al propio Zéndegui, le aclara “suavemente” su verdadera jerarquía de valores: “Dime que no soy bueno, o que no vivo enamorado del bien de los hombres, y me enojaré, porque sería injusticia; pero de cuanto yo escribo, dime cuanto te parezca cierto, y útil a mí, que yo sé que me quieres, y eres sincero, y me hará bien, y no me enojaré”.<sup>95</sup> Y a Nicolás Domínguez Cowan: “Podré, cariñoso amigo mío, de puro avergonzarme de esta pluma, hembra, dejar de escribir una carta u otra, bien porque me coma el afán de hacer, en vez del mero hablar, bien porque me dejen postrado al fin del día trabajos tan grandes en número como incompletos y estériles. Pero ¡dejar

<sup>92</sup> JM: A Miguel F. Viondi, Nueva York, 28 de julio de 1882, OC, t. 20, p. 300.

<sup>93</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, OC, t. 20, p. 64.

<sup>94</sup> JM: A Gabriel de Zéndegui, Nueva York, 14 de octubre de 1882, OCEC, t. 17, p. 348.

<sup>95</sup> Ídem.

de escribir lo justo de la obra de mi amigo!”.<sup>96</sup> Escribir “lo justo” es el único consuelo de escribir. Hay en el escribir una cierta culpa oscura, una especie de suplantación. Ni siquiera el género epistolar, el más alejado del rígido “paraloquio”, del hieratismo de la escritura, y que en él fue vía privilegiada de lo más espontáneo y desnudo de su alma, le parece en definitiva satisfactorio. Y así le dice a Mercado: “pero en cartas todas esas cosas llegan frías. Y escribir parece ficción. Solo el hablar es natural”.<sup>97</sup> Solo el hablar es natural; y solo el obrar, satisfactorio. Pero ¿no se obra también con la escritura, y más cuando se escribe “lo justo”, cuando se ponen el habla y la escritura, totalmente, al servicio de la justicia? Para ello lo primero es el respeto a la escritura misma, como el del guerrero por el arma que ha elegido, y a esa luz deben entenderse sus protestas por la plaga de las erratas, que desdichadamente han seguido encarnizándose en su obra:

Ud. —le escribe a Mercado el 20 de octubre de 1887— me habla de las erratas de *El Partido*. Por poca que sea mi vanidad, que me confieso con gusto que no es mucha, llegan a desesperarme de veras los errores esenciales e imperdonables con que aparecen mis cartas [se refiere a las crónicas tituladas “Cartas de Nueva York”], a tal punto que los párrafos que, impresos con cuidado, fijarían tal vez la atención por el cuidado de su pensamiento, resultan, por el cambio de una o más palabras capitales, una jerga ininteligible. Esto me apena más porque, como yo escribo lo que veo, y lo veo todo con sus adjuntos, antecedentes y razones, cuanto escribo resulta fácilmente enmarañado y confuso, si no me respeta el caballero cajista las palabras que puedan parecerle nuevas, y la puntuación propia que enriquece y realza los pensamientos. ¡Y yo que a veces estoy, con toda mi abundancia, dando media hora vueltas a la pluma, y haciendo dibujos y puntos alrededor del vocablo que no viene, como atrayéndolo con conjuros y hechicerías, hasta que al fin surge la palabra coloreada y precisa!<sup>98</sup>

<sup>96</sup> JM: A Nicolás Domínguez Cowan, Nueva York, 24 de febrero de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 335.

<sup>97</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 20 de octubre de 1887, *OCEC*, t. 27, p. 164.

<sup>98</sup> *Ibidem*, pp. 162 y 163. Este y otros muchos pasajes de las cartas a Mercado pudieran aducirse para demostrar lo que en ningún momento negamos: la profunda vocación literaria —y más exactamente aun: artística— de Martí, vocación que se le desborda irreprimible a cada paso, con cualquier pretexto. Baste señalar, en este período, las cartas del 26 de julio y el 14 de septiembre de 1888, la primera con sus opiniones sobre la rima (“que ni a sus artistas mejores permite poner entero en ella el pensamiento”, lo que iba a ser desmentido por los *Versos sencillos*) y su breve juicio certero sobre Gutiérrez Nájera: “Es de los pocos que está trayendo sangre nueva al castellano”; la segunda, con sus consideraciones sobre la crítica de los “afirmativos” (como Nájera) y los “negativos” (como Puga y Acal), en las que resalta un flechazo mayor, cuando dice de *Clarín*, como de pasada, “que dista de Larra, a quien lo asemejan, lo que dista en su pueblo un agudador de un duque”, si bien le elogia *La Regerta*, “aunque empiece hurtando a Thackeray, y debían distribuirla gratis los gobiernos —añade— en los pueblos católicos”. En materia literaria (más que en materia filosófica) se las sabía todas, y es lástima que generalmente

Tal es el rango, que para otros sería supremo, de estos “secundarios quehaceres” a los que dedicó tan apasionada y minuciosa atención, valorándolos en los otros mucho más que en sí mismo, porque se quería poeta de la estrofa que faltaba al “poema de 1810”, con todo lo que esa “estrofa nueva” (título esencial en los *Versos libres*) significaba para el ámbito espiritual de la historia hispanoamericana. No por ello dejó de valorar y agradecer profundamente los pocos elogios literarios dignos de él que recibió en vida, y entre ellos señaladamente el de su principal adversario ideológico, Domingo Faustino Sarmiento, de quien escribe al final de una carta a Fermín Valdés Domínguez, el 7 de abril de 1887:

Olvidaba decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba, por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables como las tuyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir.<sup>99</sup>

216

El 26 de octubre del año siguiente, muerto Sarmiento, escribe Martí a Estrázulas: “Se fue del mundo sin que le llegara noticia de mi agradecimiento. Pero contestarle sobre su estupenda celebración ¿no era parecer como que me creía merecedor de ella? Y entre vano e ingrato, preferí parecer ingrato, aunque no hay para mí cosa que haga más feo el mundo”.<sup>100</sup> A lo que añade otro argumento en pro de una idea constante suya: “No es verdad que las religiones se acaban, porque además de la constante y armoniosa que enseña la hermosura del mundo, siempre queda la de estas cosas dulces del alma”.<sup>101</sup> En lo que no creyó nunca Martí, aunque los tiempos eran ya propicios para ello, fue en la “religión” del arte, o de la literatura, o de la poesía, tal como empezaba a ser propuesta por los maestros del simbolismo y el esoterismo letrado. Creyó, sí, que en toda religión — y especialmente en la que llamaba “religión natural” o innata en el hombre — hay siempre sustantivos elementos poéticos, pero no en una cripta de “iniciados” poéticos, practicantes solitarios de una nueva “religión” cuyos misterios empezaban y terminaban

---

tuviera que moverse, por circunstancias amistosas y generosidad suya, entre literatos menores. Pero lo que no puede decirse de él, para captar el centro de su alma, es lo que él dice, exhaustivamente y como ajustadísimo elogio, de Gutiérrez Nájera: “Es un carácter literario”. No fue eso Martí, aunque compartiera con el que llamó “el hombre literario”, a más de los secretos del oficio, la pasión por “la pureza y beldad del pensamiento”. (*OC*, t. 20, pp. 128-129, 134-135). Pero en nuestros días, consecuencias de los tuyos, ¿suelen ser estos los valores apetecibles por “el hombre literario”?

<sup>99</sup> JM: A Fermín Valdés Domínguez, Nueva York, 7 de abril de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 344.

<sup>100</sup> JM: Cartas a Enrique Estrázulas, 26 de octubre de 1888, *OC*, t. 20, p. 201.

<sup>101</sup> Ídem.

en los signos de la escritura. Quiso que la escritura fuese comunicante, transparente, religiosa en el sentido de piadosa o curativa, fortalecedora: “Fortalecer y agrandar vías es la faena del que escribe”, declara a Mercado, en carta donde lo que se siente resonar, como suele sucederle con entera naturalidad, es la prosa espiritual del Siglo de Oro, no Mallarmé o Huysmans, sino Santa Teresa o San Juan de la Cruz, lo que en buena parte explica el enigmático *desconocimiento* de Martí por parte de los que son, hasta nuestros días, consecuencia de los primeros, no de los segundos. Y así en dicha carta leemos efusiones y finezas, de firme y sana raíz espiritual, que a los oídos de la versión francesa y anglosajona de la modernidad literaria deben sonar a prescindible anacronismo:

Va para años que no ve Ud. letra mía: y, sin embargo, no tiene mi alma compañero más activo, ni confidente más amado que Ud. — Todo se lo consulto, y no hago cosa ni escribo palabra sin pensar en si le sería agradable si la viese. Y cuente de veras conque si algo mío creyera yo que habría de desagradar a Ud. — no lo haría de fijo. Pero no se me ocurre nada, ni pongo en planta nada, que no vaya seguro, si obra de actividad, de su aplauso; — si pecado, porque soy pecador, por humano, — de su indulgencia. Este comercio me es dulce. Este agradecimiento de mi alma a Ud. que me la quiere, me es sabroso. Su casa es un hogar para mi espíritu. Todos los días me siento a su mesa, sin ocurrírseme que Ud. puede estar, por mi silencio aparente, enojado conmigo; ni que me recibiría Ud. frecuente. Y me parece que tengo derecho a Ud. — por el que doy a Ud. constante y crecientemente sobre mí.<sup>102</sup>

217

Lo que fue el prodigio de esta amistad constituye uno de los misterios gozosos de nuestra cultura espiritual, la que no encaja por ninguna parte en el modelo anglosajón de modernidad que se nos ha impuesto. Repasarlo es como rendir culto en un altar perdido. Por eso volvemos una y otra vez a esa imagen radiante de la casa de Mercado en el cariño agradecido, humilde y grave de Martí: “De viejo está Ud. sentado en mi alma de donde nadie lo ha de levantar [...] A Lola, dígame que no puedo pensar en ella sin pensar en su casa reposada; a discreta media luz, con el mantel resplandeciente, y el vaso de flores en la mesa. [...] Padezco, y suelo calmarme recordándolo. Andan manos en la sombra”.<sup>103</sup> ¿No es esa mesa el altar perdido? Y con ese “a Lola” podemos entrar por la puertecilla de los recados íntimos y las despedidas incomparables, tan inspiradas y a la vez como labradas con el arte del corazón:

A Lola — que aún me acaricia el perfume de aquellas florecitas de San Juan que me enviaba su mano piadosa a mi cuarto de enfermo. — A Manuel, que es de seguro un niño hidalgo, un abrazo apretado. Y a la gentil Luisa y a sus

<sup>102</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 11 de agosto de 1882, *OCEC*, t. 17, p. 339.

<sup>103</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, 13 de septiembre de 1888, *OC*, t. 20, p. 133.

hermanitas, un beso en la mano. — A Ud. toda el alma de su hermano / J. Martí.<sup>104</sup>

Dígame, dígame muy a menudo que no me olvida, y estrécheme contra su corazón. El mío le mando. / Su hermano / J. Martí.<sup>105</sup>

Bese la mano a Lola, y a toda su casa de árabes. Y quiérame. / Su hermano / J. Martí.<sup>106</sup>

De descontento, callo. / Bese la mano a Lola, y las mejillas a sus hijos, Carmen, buena: mi hijo, una copa de nácar: mis padres, en La Habana: y yo, de tal manera en mi interior, que solo a U. podría decírsela. — / Su hermano / J. Martí.<sup>107</sup>

Los amigos son mejores que los amores. Lo que estos corroen, aquellos lo rehacen. Y si son como U., se ganan el alma de / J. Martí.<sup>108</sup>

Le tengo que decir adiós. Mis gentes, madre y padre, me preguntan por Uds. Mi hijo monta a caballo, y reina en sus campos, en el Príncipe. Yo quedo aquí, comiéndome el cerebro, — sin ápice de exageración, — y suspirando por nuestros paseos de la Alameda — y por aquellos mismos palos amarillos! / Un coro de besos a su pequeñería: uno en la mano a Lola: y un apretón de manos al Sr. Don Manuel hijo. / Al padre, lo mejor de / J. Martí.<sup>109</sup>

Soy — no se me ría — como un rey salvaje. Déjeme callar, y en cuanto esté en su mano, póngame remedio: — todo el que haya, sí por Dios; pero si no hay otro, con su cariño basta!<sup>110</sup>

A Lola y Luisa diga que imaginen que todas estas palabras son violetas, para que adornen con ellas su ventana la tarde de Pascuas. / Enfadado con U., no le abrazo hasta que no reciba carta suya. / Su hermano / J. Martí.<sup>111</sup>

No menos fortuna tuvo Estrázulas durante su viaje a Europa de junio del 87 hasta abril del 89 en que recibió aquellos “papelitos azules” que tan pronto eran doctos tratados de ganadería como delicados comentarios de su pintura (“Es imposible que un hombre sincero como usted ponga en un acto que requiere muchos toques de la mano, condiciones distintas de las que posee el espíritu”),<sup>112</sup> como evocaciones de los actores que vio en París, entre las que sobresale, citada con profunda admiración de *connaisseur* por Alfonso

<sup>104</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 11 de agosto de 1882, ob. cit., p. 342.

<sup>105</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 30 de agosto de 1883, OCEC, t. 17, p. 368.

<sup>106</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 1884, OCEC, t. 17, p. 380.

<sup>107</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 13 de noviembre de 1884, OCEC, t. 17, p. 398.

<sup>108</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 1885, OCEC, t. 22, p. 317.

<sup>109</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 1886, OCEC, t. 23, p. 173.

<sup>110</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 22 de abril de 1886, OCEC, t. 23, pp. 193 y 194.

<sup>111</sup> JM: A Manuel Mercado, Nueva York, 9 de diciembre de 1887, OCEC, t. 27, p. 205.

<sup>112</sup> JM: A Enrique Estrázulas, 1887, OCEC, t. 26, p. 242.

Reyes, el retrato inolvidable de la actriz Jane Hading: “Es una cara dramática: los ojos húmedos; la nariz ancha y agitada; la boca blanda y fina; vasta y temible la cuenca del ojo: los pómulos de voluntad; la barba, de elegancia; ni un átomo de carne inútil en el rostro; los músculos secos y recios, como en caballo de raza; y el rostro todo una desolación de amor, un pastel de La Tour”.<sup>113</sup> Y ese tono siempre gentil, como de hermano un poco mayor y comprensivo, ese tono único, ese martiano *tono Estrázulas* absolutamente encantador: “¡Pero usted, mi señor, con el arte en casa, y arte por dondequiera que va, y arte en sí, sin más penas que las de la superioridad y la imaginación ¿no tiene la rodilla libre una hora al día para decirme, entre una seta y un taponazo, que acordarse de un amigo es tan grato como recibir un beso? O es que anda de calavera, y le da pena decírmelo. Para que se vea obligado a acusarme recibo le mando aquí papelititos azules”.<sup>114</sup> ¿Y las despedidas? “Vd. sabe quién tiene en / José Martí” / / “Nadie lo quiere más que su amigo” / / “Piénsese”.<sup>115</sup>

En el plano familiar, a más del indetenible deterioro de su matrimonio, dos sucesos tuvieron especial relevancia para Martí durante el período que examinamos: la boda de su hermana Amelia con José García y la muerte de don Mariano. Si recordamos nuestras observaciones sobre la melodía de la carta a Amelia del 80, volveremos a oírla, aunque no tan de principio a fin, en la carta del 28 de febrero de 1883, la que empieza: “Tú no me lo querrás creer, por estos odios míos, siempre crecientes, a poner en el papel las cosas íntimas del alma; pero el día en que supe tus bodas, como te creí dichosa, me sentí de fiesta. Hice visitas, canté un poco, y hablé algo más [que] de ordinario”.<sup>116</sup> El arco, sin embargo, no sigue unido a la misma cuerda porque otro tema premonitorio lo asalta: el de la próxima visita del padre, la que será posible por su traducción de las *Nociones de Lógica* de Stanley Jevons (“a pesar de tener yo por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles”,<sup>117</sup> aclara en paréntesis donde sentimos resonar las lecciones fundadoras de Varela). Y si recordamos también ahora los mensajes del 69 a Mendive, con aquellos exabruptos adolescentes relativos a las dolorosas relaciones con su padre, comprobamos el largo camino recorrido a partir de la mutua anagnórisis en *el Presidio político*. Así en esta fecha, recién cumplidos los treinta años, le dice a Amelia: “Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fue honrado, cuando ya nadie lo es. Y ha llevado la honradez en la médula, como lleva el perfume una flor, y la dureza una roca. Ha sido más que honrado: ha sido casto”.<sup>118</sup> Las palabras

<sup>113</sup> JM: A Enrique Estrázulas, ob. cit., p. 202.

<sup>114</sup> JM: Cartas a Enrique Estrázulas, 1888, OC, t. 20, p. 199.

<sup>115</sup> *Ibidem*, pp. 199, 202 y 205.

<sup>116</sup> JM: A su hermana Amelia, Nueva York, 28 de febrero de 1883, OCEC, t. 17, p. 363.

<sup>117</sup> *Ibidem*, p. 364.

<sup>118</sup> *Ídem*.

de pronto se le crispan, se le aborrascan oscuramente atraídas por el abismo de su doble drama familiar, el de su matrimonio y el de su casa indefensa: “Sangre invisible, me ha caído dentro del alma a torrentes. En mí hay una especie de asesinado, y no diré yo quién sea el asesino. Pero nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa”.<sup>119</sup> Cuatro años después, en carta a José García, que le comunicó la muerte de su padre, le escribe:

Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba, porque a nadie le tocó vivir en tiempos más viles ni nadie a pesar de su sencillez aparente salió más puro en pensamiento y obra, de ellos. ¡Jamás, José, una protesta contra esta austera vida mía que privó a la suya de la comodidad de la vejez! De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la serenidad; pero él tenía el orgullo. En mis horas más amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiese resistir y padecer.<sup>120</sup>

220

Y a Fermín Valdés Domínguez dos días después, el 28 de febrero de 1887:

Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí bajo su humilde exterior toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesan, y le premiaran en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba. Mi dolor, Fermín, es verdadero y grande; pero la bravura y nobleza de que acabas de dar muestra han podido consolarlo.<sup>121</sup>

Se refiere aquí a la vindicación de los estudiantes de Medicina fusilados el 27 de noviembre de 1871, la que fue llevada a cabo por su amigo, en acto memorable recogido por *La Lucha* del 19 de enero de 1887, mediante la demostración de la inocencia de sus compañeros. Resulta simbólico que en la misma carta en que Martí hace el entrañable elogio de su padre, que es el elogio de la mejor España, tenga que referirse al crimen de la peor España, y lo que le trae consuelo es que ese crimen es enfrentado “con moderación” y “sin cólera”, no siguiendo el fatal causalismo de los odios sucesivos sino con tan “singular elevación” que puede decirle a su amigo de la infancia: “Tú nos has dado para siempre, en uno de los sucesos más tristes y fecundos de nuestra historia, la fuerza incalculable de las víctimas. [...] ¡Feliz tú que has sabido domar la ira, y en una hora trágica y memorable dejar satisfechas

<sup>119</sup> Ídem.

<sup>120</sup> JM: A José García Hernández, Nueva York, febrero de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 332.

<sup>121</sup> JM: A Fermín Valdés Domínguez, Nueva York, 28 de febrero de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 336.

las sombras de tus hermanos!”.<sup>122</sup> Y en cuanto él, Martí, participa en esa superación del odio y restauración de la justicia, le rinde honores también a su padre español, tan inocente del crimen como los estudiantes asesinados. Y lo consuela saber que ni una gota de “parricidio” hay en su corazón revolucionario de hijo fiel a la sangre clara del ancestro y a la patria de los héroes y los mártires. Todo lo cual, a más de comprobarnos que lo íntimo y lo público están siempre en Martí en perpetua interrelación y mutua resonancia, tiene que ver con principios y convicciones expuestos en la carta abierta del 16 de mayo de 1888 a Ricardo Rodríguez Otero, donde está su observación de que, si bien no hay nada que esperar “de los españoles de España”, es lo cierto que “el español ha echado en Cuba raíces más hondas que en ninguna otra posesión de España; y que en país alguno de Hispanoamérica [...] había adelantado tanto en aquella conquista que no hay modo de reivindicar: la conquista de la familia”.<sup>123</sup>

El mayor peso en dicha carta, largamente citada en el Capítulo II, se va hacia una categórica argumentación antianexionista, en términos que no por conocidos pueden dejar de recordarse una y otra vez, subrayando ahora, desde el ángulo estilístico, su estructura musical iterativa, más oratoria que epistolar, con sus puntos de apoyo bien definidos: “Solo el que desconozca ... Pero quien ha vivido en ellos... quien ve que jamás... quien lee sin vendas... quien sabe de cerca... quien ama a su patria... ese no piensa”, como sustentación de arcos capaces de soportar mucha carga elocuente.

Con tan anticipada y minuciosa clarividencia no es fácil andar por los azarosos, confusos y seminconscientes caminos de la realidad. Esto, y el perenne vivir, según le dice a Emilio Núñez, “con el anhelo de los hechos, y avergonzado de las meras palabras”,<sup>124</sup> explica la angustia latente que se empieza a sentir en el epistolario martiano a partir de 1887, cuando parecen resurgir las posibilidades de organización revolucionaria, cuando parece que se acerca la presentida “hora”, la hora de la acción coincidente con las necesidades y esperanzas reales del país. Pero esas posibilidades, como en el caso de los planes fraguados por el general Juan Fernández Ruz (véase la carta de 20 de octubre de 1887), suelen disiparse como espejismos o como algo peor. Más fructíferos fueron, desde luego, los nuevos acercamientos de Martí, por una parte, a hombres claves de la emigración revolucionaria en Tampa y Cayo Hueso, como Juan Arnao y José Dolores Poyo; y de otra, con la temeridad que solo puede hacerse perdonar el amor, al mismísimo general Máximo Gómez, a quien Martí expone el 16 de diciembre de 1887 todo un plan de acción organizativa en cinco puntos, donde están ya las semillas del Partido Revolucionario Cubano, sin omitir por cierto lo que fuera tema

<sup>122</sup> *Ibíd.*, p. 337.

<sup>123</sup> JM: Carta abierta a Ricardo Rodríguez Otero, Nueva York, 16 de mayo de 1886, *OC*, t. 1, p. 194.

<sup>124</sup> JM: A Emilio Núñez, 1887, *OC*, t. 1, p. 205.

candente de la dolorosa carta del 84, pero ahora como envuelto en la melodía de una confianza que debe haber desarraigado el ceño del viejo militar: “Que Vd., como nosotros, no ayudaría la guerra con el fin impuro de dar la victoria a un partido vengativo y arrogante, sino para poner en posesión de su libertad a todo el pueblo cubano. — Bien sabemos que todo eso debe estar en el espíritu de Vd.; pero los pueblos no se cansan de ser tranquilizados. El corazón nos anuncia lo que Vd. ha de contestarnos”.<sup>125</sup>

No se equivocaba el corazón, sin duda, pero la misma transparencia de sus intenciones, reveladora a la par de una delicadeza infinita y de una rectitud implacable, dibujaba distancias que las palabras no podían cubrir. Sería necesario el acto, la conjunción o más bien comunión en el acto redentor, tal como queda gozosamente testimoniado en el *Diario de campaña*; y aún así... Tema largo sería este, ajeno al propósito de estas páginas, que sin embargo no han podido ceñirse a una valoración estrictamente literaria, porque si tuviéramos que resumir el valor “literario” de las cartas de Martí, diríamos que son espiritualmente ejemplares y políticamente creadoras, con lo cual querríamos decir que literatura, política y espíritu son en él un solo gesto de su alma. Y tratándose del género epistolar, fronterizo entre el coloquio del habla y el paraloquio de la escritura, lo indiscernible de esa mezcla se acentúa. Pueden sin duda separarse, como se ha hecho en las *Obras completas* y en varias antologías, las cartas íntimas, familiares o simplemente amistosas, de las cartas políticas. Lo que no puede es dejar de percibirse en cada una de ellas al mismo y único hombre que las escribió, un hombre de tal modo entregado al bien de los hombres, que parece escribir con tinta invisible, y cuando la revelamos, su mensaje esencial está secretamente dirigido a cada uno de nosotros.

222

### III. 1889-1895

Además de ser el año de “Vindicación de Cuba”, vibrante respuesta provocada por dos cínicos, agresivos y desdeñosos artículos anticubanos publicados en la prensa yanqui, 1889 fue el año en que comenzó la Primera Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington, a cuyos delegados procedentes de los países de América Latina dirigió Martí su concentradísimo y advertidor discurso “Madre América”. Estos sucesos, íntimamente relacionados en los desvelos cubano-americanistas de Martí, se reflejaron en sus cartas. Así, el 28 de marzo, le escribe a Néstor Ponce de León sobre “Vindicación de Cuba”: “No fui yo, sino mi tierra, que llevamos todos en el corazón, quien escribió la respuesta a la injuria”,<sup>126</sup> y a Enrique José

<sup>125</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Nueva York, 16 de diciembre de 1887, *OCEC*, t. 27, p. 223.

<sup>126</sup> JM: A Néstor Ponce de León, Nueva York, 28 de marzo de 1889, *OC*, t. 20, p. 344 y 345.

Varona, el 22 de mayo, proféticamente, a la vez que anticipa la imagen última del prócer: “Increíble es que nos esperen mayores desdichas; pero parece de veras que nos están reservadas humillaciones y angustias más terribles, por menos remediadas, de las que le tienen a Vd. atribulado el corazón, y a mí como un muerto en vida. ¡Qué alegría verlo a Vd. entre estas penas, como una flor de mármol!”<sup>127</sup> Pero antes se había apresurado a enviar el candente folleto, con típica magnanimidad, a José Ignacio Rodríguez, cuya tendencia anexionista no desconocía y en cuya buena fe y honestidad creyó siempre, a más de la gratitud que le guardaba por algunas memorias de niñez. Y es de ver la delicadeza con que, halagándolo noblemente, intenta atraerlo a la causa justa del país que, “sea cualquiera la suerte que [le] espere”, “con tenerlo a usted entre sus hijos, ya tiene material suficiente para su defensa”.<sup>128</sup> Lamentablemente José Ignacio Rodríguez, como se prueba por la torcida imagen póstuma que dio de él,<sup>129</sup> fue de los poquísimos hombres negados a su hechizo.

Y su hechizo — que no era, como pudo suponer Rodríguez, el de mago falaz o dominante que busca poder — únicamente seguía explayándose a sus anchas en las cartas a Mercado, porque allí estaba el espacio espiritual donde era recibido, que *le correspondía*, aunque siempre menos de lo que él necesitaba, porque la única flaqueza cierta de que se confesaba culpable era “la de anhelar que me tengan afecto”,<sup>130</sup> un afecto siempre deseoso, como la llama, de constancia y aumento, y no solo por sí mismo, por su ser individual, lo que fuera disfrazado egoísmo, sino por lo que él se sabía, llanamente y con natural alteza, representar: la defensa de la justicia. “Sin defender — le dice a Mercado a propósito de “Vindicación de Cuba” — no sé vivir. Me parecería que cometía una culpa, y que faltaba a mi deber, si no pudiese realizar este pensamiento”.<sup>131</sup> Ya en su primera carta-borrador a Máximo Gómez, desde Guatemala, en 1878, le decía: “puesto que escribo, es para defender”.<sup>132</sup> Escribir para defender: he aquí la definición de una literatura y de una vida, de una literatura en función de una vida. ¿Y lo que necesita defensa qué es, sino lo más desvalido, o lo más débil, o lo más desconocido, o lo más desdeñado? Año de grandes defensas fue 1889 para Martí: defensa de la patria, defensa de los niños, defensa de la “Madre América”. Es en este contexto que adquiere su mayor sentido el empeño de *La Edad de Oro*, que venía a poner en acto

<sup>127</sup> JM: A Enrique José Varona, Nueva York, 22 de mayo de 1889, OC, t. 20, p. 347.

<sup>128</sup> JM: A José Ignacio Rodríguez, Nueva York, 27-28 de marzo de 1889, OC, t. 20, p. 344.

<sup>129</sup> Cf. José Ignacio Rodríguez: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, La Propaganda Literaria, La Habana, 1900, pp. 280-285.

<sup>130</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, febrero de 1889, OC, t. 20, p. 137.

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>132</sup> JM: Al General Máximo Gómez, 1878, OC, t. 20, p. 263.

poético, como si fuera el aula de vanguardia americanista del Colegio del Salvador, de José de la Luz y Caballero, los principios formulados por el mayor discípulo del padre Varela, “el que nos enseñó primero a pensar”. Y quien dice a pensar, dice a sentir y a actuar, a vivir integralmente en la tierra propia.

Los acontecimientos que venía previendo desde años atrás (lo que en carta a Estrázulas del 15 de febrero llamó “la política conquistadora de los Estados Unidos, que ya anuncian oficialmente por boca de Blaine y Harrison su deseo de tratar de mano alta a todos nuestros países, como dependencias naturales de este, y de comprar a Cuba”),<sup>133</sup> se precipitaban para desembocar en la anunciada Conferencia Internacional Americana. Por eso en carta a Mercado, enviándole el discurso que hoy conocemos como “Madre América”, le dice: “Y era mi objeto, porque veo y sé, dejar oír en esta tierra, harta de lisonjas que desprecia, y no merece, una voz que no tiembla ni pide, —y llamar la atención sobre la política de intriga y división que acá se sigue, con daño general de nuestra América [...] Quiero libre a mi tierra, —y a mi América libre”.<sup>134</sup>

Ya por esta fecha, diciembre del 89, fungía Gonzalo de Quesada como Secretario de Roque Sáenz Peña, delegado de Argentina a la Conferencia Internacional Americana, y, en esa condición, fue destinatario de muy significativas y clarividentes advertencias epistolares de Martí, paralelas a sus crónicas memorables de aquellos meses. Así el 29 de octubre del 89, a vueltas de muy sabios y delicados consejos acerca de cómo conducirse en el nuevo cargo, le confía temores de esta magnitud: “Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo”.<sup>135</sup> Hasta el proyecto revolucionario quedaba en suspenso mientras no se despejase el “enigma” de la actitud de los Estados Unidos respecto a Cuba. Por eso le dice a Quesada que era necesario “saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesadamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil”.<sup>136</sup> Inútil, supone ahora, “por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos, ya que sin un crimen político, a que solo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre”.<sup>137</sup>

Parece como si en la soledad en que escribía esta carta, estuviese intentando pensar con la cabeza del enemigo, descifrar sus reservadas intenciones. La angustia de estas conjeturas solo puede liberarse afrontando su posibilidad

<sup>133</sup> JM: A Enrique Estrázulas, 15 de febrero de 1889, OC, t. 20, p. 203.

<sup>134</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, ob. cit., pp. 157 y 158.

<sup>135</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, Nueva York, 29 de octubre de 1889, OC, t. 1, p. 249.

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 250.

<sup>137</sup> *Ídem*.

peor: “Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella?”. Trata de salvar, una vez más, las buenas intenciones de José Ignacio Rodríguez, que era Secretario de la Comisión de Derecho Internacional de la Conferencia, pero desde luego rechaza su fórmula de una quimérica liberación de Cuba por los Estados Unidos mediante traspaso pacífico e indemnizado: plan que, concluye, “en sus resultados, sería un modo directo de anexión”, y vuelve al único punto seguro en medio de tan sombrías posibilidades: “El sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva”.<sup>138</sup>

Otras varias cartas a Quesada reflejan las angustiosas preocupaciones de Martí mientras duró la Conferencia. En la del 14 de diciembre del 89 aparece, ya no como conjetura sino como seguridad que tal vez tuviera su fuente en informaciones confidenciales, esta predicción asombrosamente aproximada a lo que realmente ocurriría:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: Ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses.<sup>139</sup>

Por lo demás, los tiempos no estaban solo para advertir peligros sino también para ir echando desde adentro, ya que los amagos imperiales no aconsejaban la preparación de una guerra inmediata, las raíces de la fundación de Cuba. Una de esas raíces tenía que ser el saneamiento definitivo del problema racial. Con ese fin, aunque así no se declarase públicamente, surgió *La Liga*, fraguada entre el 89 y el 90 al calor de la amistad entre Martí y hombres como Rafael Serra, Juan Bonilla y Manuel de Jesús González. En *Patria*, el 26 de marzo de 1892, Martí diría: “En *La Liga* se reúnen, después de la fatiga del trabajo, los que saben que solo hay dicha verdadera en la amistad y en la cultura; los que en sí sienten o ven por sí que el ser de un color o de otro no merma en el hombre la aspiración sublime; los que no creen que ganar el pan con un oficio, da al hombre menos derechos y obligaciones que los de quienes lo ganan en cualquier otro”.<sup>140</sup> En muy importante carta del 16 de noviembre de 1889 a Serafín Bello, partiendo de la premisa de que “lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes”, Martí expresa ideas que serán sustancia y nervio de artículos fundadores en *Patria*, y que empezará a poner

<sup>138</sup> *Ibidem*, p. 251.

<sup>139</sup> JM: Cartas a Gonzalo de Quesada, *OC*, t. 6, p. 128.

<sup>140</sup> JM: “Los lunes de *La Liga*”, *Patria*, 11 de junio de 1892, *OC*, t. 5, p. 252.

en práctica en las sesiones educacionales de *La Liga*, como estas sobre los trabajadores y los negros:

El corazón se me va a un trabajador como a un hermano. Unos escribiendo la hoja y otros torciéndola. En una mesa tinta, y en la otra, tripa y capa. Del tabaco solo queda la virtud del que lo trabaja. De la hoja escrita queda tal vez la razón de su derecho, y el modo de conquistarlo. Pero estas cosas no se deben decir, porque pueden parecer adulación. Se demuestra a su hora, que es mejor que decir las. [...] El hombre de color tiene derecho a ser tratado por sus cualidades de hombre, sin referencia alguna a su color: y si algún criterio ha de haber, ha de ser el de excusarle las faltas a que lo hemos preparado, y a que lo convidamos por nuestro desdén injusto. El obrero no es un ser inferior, ni se ha de tender a tenerlo en corrales y gobernarlo con la pica, sino en abrirle, de hermano a hermano, las consideraciones y derechos que aseguran en los pueblos la paz y la felicidad.<sup>141</sup>

En esta carta se ve clara, además, según apuntamos al comentar otra de fecha próxima a Gonzalo de Quesada, la causa del retraso o suspensión de las labores revolucionarias. “¿Por qué —le escribe a Serafín Bello— no he empezado la campaña activa?”. La explicación es de gran evidencia y amargura para él, si bien no para la mayoría de los cubanos, por ignorancia o confusión; y de hecho, que sepamos, hasta hoy mismo, únicamente Fina García Marruz ha relacionado el anuncio y desenvolvimiento de la Primera Conferencia Internacional Americana con la demora en llevar a cabo los trabajos preparatorios para la fundación del Partido Revolucionario Cubano.<sup>142</sup> En efecto, ¿qué sentido hubieran tenido esos trabajos, esa “campaña activa”, si se tenía la convicción y probablemente la información confidencial, de inminentes planes yanquis para comprar a Cuba? He aquí la prueba en el razonamiento mismo de Martí:

Tiene métodos muy sutiles la ambición poderosa, y sería preciso que estuviese Ud. aquí, y aun estando no lo vería acaso bien, para entender cuánto estrago hace, hasta en los más fieles, la esperanza funesta, y enteramente secundada por los mismos nuestros, por interés o fanatismo, de que a Cuba le ha de venir algún bien de un Congreso de naciones americanas donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al gobierno de los Estados Unidos a apoderarse de Cuba, que las que comprendan que les va su tranquilidad y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas.<sup>143</sup>

<sup>141</sup> JM: A Serafín Bello, Nueva York, 16 de noviembre de 1889, OC, t. 1, p. 254.

<sup>142</sup> Cf. Fina García Marruz: *El amor como energía revolucionaria en José Martí*, 1985, en *Albur*, Órgano de los estudiantes del Instituto Superior de Arte, La Habana, mayo 1992, pp. 57-250.

<sup>143</sup> JM: A Serafín Bello, ob. cit., p. 255.

De inmediato, leyendo estas líneas —en las que además precisa la necesidad económica de los Estados Unidos, “apurado por el proteccionismo”, de “sacar a plaza su agresión latente” y poner sus ojos rapaces “sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas” —,<sup>144</sup> recordamos la finalidad capital de la guerra tal como se define en la última carta a Mercado. Mas para llegar a ella era preciso esperar “la hora” justa, pues como vimos en la carta del 14 de diciembre a Quesada, otro plan alternativo yanqui, el más pérfido, era, no impedir sino precipitar la guerra, de modo que, sin logra el triunfo, provocara una situación tan confusa y crítica que justificase la intervención. Sabemos que el detonante final —la explosión del *Maine*— fue otro, imprevisible para Martí, pero la línea de su pensamiento iba en la dirección correcta, e incluso puede afirmarse que, ya alcanzada la deseable maduración ideológica mediante la obra del Partido y acopiados los recursos y pertrechos necesarios, el llamado “fracaso de La Fernandina” fue un golpe destinado a que la guerra abortara en las peores condiciones posibles. Volviendo a los años 1889 y 1890, en la soledad y angustia de que hay tantos testimonios epistolares y el definitivo del prólogo a los *Versos sencillos*, Martí debió esperar a que pasara la borrasca de la Conferencia para reiniciar sus proyectos revolucionarios, sin dejar de la mano sus sesiones con los hombres de *La Liga*, que formaba parte humilde y entrañable de aquellos proyectos. El 10 de enero de 1890, poco antes de inaugurarse oficialmente la asociación de “hombres de color” cubanos y puertorriqueños, en carta a José Ignacio Rodríguez (de quien no olvida nunca “las horas de ánimo y ternura que le debió en la niñez”),<sup>145</sup> se refiere a sus “excelentes amigos negros de *La Liga*, entre los que hallo más benignidad y virtud que en la mayor parte de los hombres”.<sup>146</sup> Por algo le dice esto precisamente a Rodríguez, como por algo el 2 de enero del mismo año le dice a Quesada: “Duerma con los ojos abiertos, porque ya sabe que en el mundo eso es necesario, y anda uno sobre trampas y redes; pero conserve esa pureza de corazón”.<sup>147</sup> A cada uno quiere ayudar, sin que lo parezca, en su posible flaqueza, exaltándole siempre lo mejor. Hay mucho en el epistolario martiano de cura de almas, de discretísima dirección espiritual, y este fue sin duda el mayor rendimiento de su presencia en *La Liga*, como es dable comprobarlo por un sintomático incidente ocurrido en septiembre del 90. Había establecido Martí la costumbre de que se le hicieran, por escrito, preguntas anónimas, a las que él daba respuesta y le servían de punto de partida para sus pláticas. Una noche las preguntas que encontró sobre su mesa fueron las siguientes: “¿Será posible una amistad íntima entre dos personas de distintos estados sociales? ¿No habría duda sobre la sinceridad de un hombre superior

---

<sup>144</sup> Ídem.

<sup>145</sup> JM: A José Ignacio Rodríguez, 1890, OC, t. 20, p. 367.

<sup>146</sup> JM: A José Ignacio Rodríguez, Nueva York, 10 de enero de 1890, OC, t. 20, p. 366.

<sup>147</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, Nueva York, 2 de enero de 1890, OC, t. 20, p. 363.

y un inferior? ¿No habría sospecha en el primero, juzgando los afectos del segundo, como necesidad de su poco valer? ¿No la habría en el inferior suponiendo fuerza de autoridad en el primero?"<sup>148</sup> Como se ve, no se podía ir más lejos, ni más hondo, con el escalpelo de una dolorosa y agudísima sensibilidad, que en el fondo era una llaga insondable. Desdichadamente desconocemos —aunque podemos presumirla en su conjunto, no en sus detalles y matices, que en un caso así vienen a ser lo más precioso— la respuesta de Martí, pero conocemos las que dio a los escrúpulos suscitados en los mismos preguntadores, noblemente preocupados por la situación embarazosa en que, a juicio de ellos, lo habían puesto. Por eso le dice Martí a Rafael Serra: "¿Adónde me notaron el embarazo y cómo no se me notó la complacencia y el contento?"<sup>149</sup> La complacencia y el contento serían porque, como le dijo antes, lo que pensó fue esto: "'he aquí un hombre que dice lo que piensa, y piensa como debe, porque esos temores son humanos y justos'. Y yo lo leí con cariño, y con orgullo, porque era hombre como yo, preguntador sincero, y contesté con amor de hombre"<sup>150</sup> El embarazo inicial, sin embargo, debió ser irreprimible, o transparente para los ojos de los que se sintieron, de inmediato o rumiándolo después, extrañamente culpables. A Manuel de Jesús González, en carta simultánea, también tiene Martí que tranquilizarlo, y véase lo que subrayamos: "¿Si entiendo que por abundancia de nobleza, y por la casualidad de tener puntos de contacto las preguntas famosas con mi situación en La liga, imaginase un hombre tan bueno como Vd. que yo pudiera creerlas dirigidas a mí? No, González, no las creí"<sup>151</sup> Pero, en todo caso, ¿cómo no sentir el secular abismo que de pronto se abría delante de él por aquella "casualidad", por aquellos "puntos de contacto", por aquella su "situación en *La Liga*"? Es en la carta a Serra donde con máxima valentía afronta la cuestión, yendo también él al fondo de la llaga:

Pues aunque me hubiera hecho Vd. las preguntas con toda intención como creí que estaban hechas, mi deber no era el de enojarme como un pavo real porque le pisan la cola, o como un virtuoso de profesión, porque le ponen en duda la virtud; sino tratar imparcialmente, y con deseo de iluminar, el caso humano, el caso de estudio, que se me proponía. ¿Y por dónde hemos de empezar a estudiar, sino por nosotros mismos? Hay que meterse la mano por las entrañas, y mirar la sangre al sol; si no, no se adelanta. Muy bien hechas estuvieron las preguntas, y estarán todas las que se asemejen. Yo no quiero

<sup>148</sup> JM: *Epistolario*, arreglado cronológicamente con introducción y notas por Félix Liza-so, Colección de Libros Cubanos, Cultural S.A., La Habana, 1930-1931, 3 v., t. III, p. 285.

<sup>149</sup> JM: A Rafael Serra, septiembre de 1890, OC, t. 20, p. 373.

<sup>150</sup> Ídem.

<sup>151</sup> JM: A Manuel de J. González, septiembre de 1890, OC, t. 20, p. 374.

hombres castrados. Y cuidado con que le vuelvan a entrar esos miedos, que yo conozco bastante el dolor del mundo para ser indulgente con todas las formas, y aun injusticias de él; y en las cosas del alma, soy como los médicos, que siguen curando al enfermo que les muerde la mano. Pues aun cuando muerda la mano ¿no es por enfermedad? La desconfianza, ¿no es una enfermedad, además de ser un deber?<sup>152</sup>

Tan refinada consecuencia, en los más altos niveles del espíritu, de lo que José de la Luz llamara “nuestro pecado original”,<sup>153</sup> no era por cierto ajena a la prédica y práctica revolucionaria martiana. A González, después de alabarle su condición de “hombre entero”, le asegura: “Ni la punta de un alfiler me rozó el corazón”, con lo que más bien parece quererlo que creerlo, y no porque le doliera que lo viesan como “un bailarín de virtud” o como “una torre de arena, que de un soplo de la verdad rueda por tierra”,<sup>154</sup> sino por el hecho mismo, la insoslayable situación misma, que provocó las preguntas y los apenados escrúpulos posteriores. No se remonta Martí a formulaciones abstractas, no se refugia en ellas, no olvida un minuto a los hombres concretos que tiene delante y dentro de su alma: “¿Qué levita se pondría Vd., Serra, que con estos ojos dolorosos míos no le viese yo debajo el verdadero corazón?”.<sup>155</sup> Tampoco olvida que con ellos, y con tantos como ellos, blancos y negros, se propone crear, o que ellos mismos creen, no solo una República nueva, sino también el viejo sueño de una inaudita novedad, que en su visión ya da por hecha: “Hombres estamos creando, y lo somos. Ya sé que en el mundo es una verdadera novedad”.<sup>156</sup>

Iniciado el periódico *Patria* el 14 de marzo de 1892, proclamado el Partido el 10 de abril en Nueva York, ya tenía Martí el vehículo idóneo para propagar su doctrina y la organización necesaria para ponerla en práctica. No por ello disminuyó la función política de su epistolario privado, antes bien, fue en este período de su vida cuando sus cartas llenaron un papel más decisivo, como si ellas constituyeran el sistema circulatorio de la sangre misma de la Revolución. No nos referimos solo a las cartas de especial trascendencia como las dirigidas a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, sino a todo el inmenso y minucioso tejido epistolar que abarca estos años<sup>157</sup> y que es sin duda la fuente

<sup>152</sup> JM: A Rafael Serra, ob. cit., p. 373.

<sup>153</sup> José de la Luz y Caballero: *Aforismos*, ed. cit., 1945, p. 13.

<sup>154</sup> JM: A Manuel de J. González, ob. cit., p. 374.

<sup>155</sup> JM: A Rafael Serra, ob. cit., p. 373.

<sup>156</sup> Ídem.

<sup>157</sup> Según Luis García Pascual, acucioso investigador del epistolario martiano, en un solo día, el 30 de mayo de 1894, Martí escribió “más de 50 cartas”. Cf. su cronología “Por la senda del Apóstol”, en *Anuario Martiano* 3, 1971, p. 296.

biográfica e histórica más segura para estudiarlos. No siendo este el objetivo fundamental de nuestro examen, y resultando ya imposible, por el vertiginoso aumento de la correspondencia martiana, seguirla paso a paso, intentaremos, por lo pronto, dar una idea relativa de su riqueza conceptual, afectiva, ética, psicológica, política, y desde luego de la dignidad y gracia natural con que improvisadamente surge de una honda acumulación interior, mediante la selección, siempre insuficiente, de expresiones útiles para el conocimiento de su sabiduría, su pasión, su carácter, su estilo. Léanse, pues, las siguientes muestras de su epistolario como rasgos que esbozan un autorretrato, y cada una lo es:

Y la vergüenza sería que confesáramos que no estaba en nosotros la luz del sol. No se vive para hoy, mi querido Juan, sino para mañana. Toda la vida es deber. Para esta vida es la espina, y para la otra será la masa del pescado.<sup>158</sup>

Un hombre que se cultiva, y se levanta por sí propio, es el más alto de los reyes; y puede mirar como a inferior a todos estos vanos encopetados que no hayan vencido tanto como él. Ese es mi evangelio, que yo mismo me he hecho, y con él he ido subiendo, en las cosas del alma, a la serenidad en que Vd. me ve, y que nada turba, ni altera en lo más mínimo, aunque la impotencia en que me veo para hacer todo el bien que pudiera me tenga a veces padeciendo, como ahora, de un apetito desordenado de la muerte.<sup>159</sup>

A ese amigo que lo vuelve loco, dígame que se acostumbre a perder libros. El alma vive de darse.<sup>160</sup>

¿Y dejaremos morir, Serafín, tanta hermosura? Acá estallan las almas, y nace aquí gente bíblica.<sup>161</sup>

En el corazón, el Evangelio; entre las cejas, la prudencia; los brazos, a cuantos los quieran, y el arma desenvainada.<sup>162</sup>

Quiérame. Hágamelo sentir: sígame con el buen deseo en la peregrinación que emprendo. No piense en mi enfermedad. A la bilis habría que temer; pero ya tengo mi retorta en el corazón, y allí endulzo lo amargo.<sup>163</sup>

Quisiera ser relámpago, y cubrirlo todo: — todo el deber — luego vendrán otros a la gloria".<sup>164</sup>

No creo que le he dicho la emoción grandiosa del último día de Tampa, cuando ante el Liceo desbordado, que se echó a la calle para oírnos, pasó la procesión

<sup>158</sup> JM: A Juan Bonilla, 8 de agosto de 1890, *OC*, t. 1, p. 261.

<sup>159</sup> JM: A Rafael Serra, marzo de 1891, *OC*, t. 20, p.385.

<sup>160</sup> JM: A Rafael Serra, 1892, *OC*, t. 20, p. 405.

<sup>161</sup> JM: A Serafín Sánchez, Nueva York, marzo de 1892, *OC*, t. 1, p. 310.

<sup>162</sup> JM: A Teodoro Pérez, Nueva York, abril de 1892, *OC*, t. 1, p. 403.

<sup>163</sup> JM: A José Dolores Poyo, 20 de abril de 1892, *OC*, t. 1, p. 406.

<sup>164</sup> JM: A Serafín Sánchez, abril de 1892, *OC*, t. 1, p. 407.

de españoles, cientos de españoles, que se declaraban por la independencia de Cuba. Se acercan los tiempos extraordinarios. Pasaban, en la sombra, con sus estandartes blancos. Fueron muchos los peligros de la ocasión, por el exceso de obrerismo, y alusión a cosas locales, y sus puntas anárquicas. Dije la verdad, atrevida e igual para todos, y fue aclamada. ¡Magnífica noche! Miles de almas; la ocasión solemnísimas, de las pocas que sacuden hasta la raíz el alma humana.<sup>165</sup>

Déjeme callar por hoy antes de entrar en batalla. Estoy como el viejo del cuento francés, muy galán en el salón mientras le duraba el colorín y los perejiles, y hecho una cáscara en su cupé en cuanto le pasaba la juventud del artificio.<sup>166</sup> Pero ¿Vd. no sabe, aunque le parezca de mi parte afirmación muy zancuda, que no hay en mi persona una partícula de egoísmo ni soberbia, ni de pensamiento y cultivo de mí propio — que es mi almohada la muerte, y Cuba mi único sueño — y que solo me tengo y uso para allanarle dificultades y para servirla? Gozo con que me amen; gozo con que Vd. me quiera, y los pocos hombres que valen lo que Vd.; gozo con la amistad y distinción de su noble casa; gozo con la virtud de mis paisanos; y yo, como un niño, me voy, limpio, a la tumba. No es que me muero, porque viviré mientras le sea útil a mi país. Pero siento que las pasiones se han desprendido de mí, como se desprenden al desnudarse, las ropas. No hay en mí un átomo de satisfacción ni de impureza. Yo me veo en el portal de mi tierra, con los brazos abiertos, llamando a mí a los hombres y cerrando el paso a los peligros. Pero así no más me veo; seguro de que me harán morder la tierra los mismos a quienes he ayudado a salvar. Pero sonreiré lo mismo que ahora. Y con esta alma, y seguro que de antemano me la conoce y entiende el bravo viejo, iré, con la firme sencillez de que ya él sabe, a ver al glorioso Gómez. Yo abriré así un cauce amoroso, y los que vengan detrás de mí tendrán que entrar por el cauce.<sup>167</sup>

A otros recordaré por esta o aquella virtud; a Vd. no lo recuerdo solo por lo centinela de su prudencia, por la hermosura y el peso de su palabra, por la realidad y valentía de sus convicciones, por la magnífica rebeldía de su alma criolla, que de la menor sombra se encabrita, y echa abajo al jinete, y sacude soberbias las crines, sino por la capacidad de amar, única que hace al hombre grande y feliz, por su patriotismo y callado regocijo en ver de cerca a un hijo de su tierra que no nació para la mentira ni la vanidad, sino para ponerse de yerba de los que padecen; por el tesoro de ternura que veía manar a mis ojos de un corazón fiero y ofendido que solo se rinde a la virtud.<sup>168</sup>

<sup>165</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, julio de 1892, *OC*, t. 2, pp. 69 y 70.

<sup>166</sup> JM: A Serafín Bello, agosto de 1892, *OC*, t. 2, p. 101. No faltan otros ejemplos de imágenes humorísticas en el epistolario de Martí, como aquel “señor Stephen, un verdadero garbanzo con capa inglesa”, en la carta del 15 de febrero de 1889 a Estrázula. (*OC*, t. 20, p. 203).

<sup>167</sup> JM: A Fernando Figueredo, 18 de agosto de 1892, *OC*, t. 2, p. 123.

<sup>168</sup> JM: A José Dolores Poyo, 18 de agosto de 1892, *OC*, t. 2, p. 127.

Así podríamos seguir escogiendo espigas sobresalientes de sus cartas, en las que la efusión y el pensamiento, entrelazados, campean siempre, o laten, sensibles, hasta en las más formales a los Presidentes de los Cuerpos de Consejo o de los Clubs revolucionarios, y en las más conspirativas a sus colaboradores, tejiendo los hilos ocultos, alertando, aconsejando, estimulando, sin tregua ni tasa — roto el hogar, menesterosos los padres y hermanas, la salud perdida. Una carta, sin embargo, no es una colección de expresiones recordables, sino un gesto — y en sus mayores ejemplos, un acto — comunicativo que no debe desligarse de su intencional unidad. Los fragmentos citados, como se ha visto, llegan solo hasta las vísperas del primer viaje de Martí a Santo Domingo, donde se entrevistaría con el general Máximo Gómez, a quien el 13 de septiembre de 1892, desde Santiago de los Caballeros, escribió una carta memorable, de las que se alzan más altas en su epistolario. Antes de comentarla, resulta indispensable referirnos a la primera de esa magnitud en este período, la que dirigió a Enrique Collazo el 12 de enero de 1892. Y aun antes, queremos dar ejemplos de las que pudiéramos llamar epístolas telegráficas, o cartas-relámpagos, que por su apretura y rapidez delatan la tensión eléctrica de su palabra, toda verbo, toda elipsis, toda acción, y testifican el vértice de angustia y júbilo en que vivió, agónico, desde que se le abrieron vías de fundación, hasta la muerte:

A Gonzalo de Quesada / Cayo Hueso, diciembre, 1891 / Gonzalo querido: En cama, muy mal. Mucho mérito en el pueblo y muchos corazones nobles. Desde la cama, junto. Aquí me tiene, rodeado de una guardia de amor. Pero no puedo escribir, ni me iré sino cuando todo esté en sazón. Ya Vd. está bueno, y su madre; y la fiesta, ¡qué hermosa! / ¡Qué diferente este Cayo de almas, y de abnegaciones que hacen llorar, del Cayo turbio que antes nos pintaban, y veo que apenas quedan restos! Y ¡qué bondad en el pueblo máximo y embanderado! / Su / J.M.<sup>169</sup>

A Serafín Bello / Marzo, 1892 / Amigo queridísimo: Sin brazo, del pulmón que no quiere servir. Hasta el sábado. Cuidado allá que se culebrea. Culebras de Cuba. Estamos para ordenar la guerra republicana — la república durable — y para servir, inmediatamente, a cuanto venga con buen fin, y por buen camino. Pero buen fin y buen camino. Aquí, inconvenientes mínimos: lea carta González. Emigración nunca tan espontánea. Fe de abajo, real y limpia. Yo tieso y queriendo mucho. / Su / J. Martí<sup>170</sup>

Desde sus grandes discursos conmemorativos del Diez de Octubre, comenzados en 1887, después de los años de retiramiento que sucedieron a su discrepancia con el plan Gómez-Maceo en el 84, el principal empeño revolucionario

<sup>169</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, Cayo Hueso, diciembre de 1891, *OC*, t. 20, p. 397.

<sup>170</sup> JM: A Serafín Bello, marzo de 1892, *OC*, t. 1, p. 311. Hay una errata: “independientes” por “inconvenientes”, subsanada en el texto.

de Martí fue hacer viable la continuidad de la Guerra del 68 en la guerra “nueva” cuya necesidad se avizoraba, y por lo tanto lograr la unión efectiva de los gloriosos combatientes de ayer con “los pinos nuevos”. Emocionalmente el empeño parecía fácil, pero en el fondo no lo era, fundamentalmente, por tres razones: porque la guerra “nueva”, según los designios martianos, quería ser una guerra “otra”, con métodos muy distintos y fines sociales más profundos, sin contar su callada e irrevocable proyección antimperialista; porque en la cultura cubana, a partir del Pacto del Zanjón, se había venido produciendo el distanciamiento de dos caminos: el interno de la Isla, intelectualmente dominado por el autonomismo y el positivismo, que era más bien un círculo vicioso, y el revolucionario de la emigración, encarnado finalmente en la persona de Martí, durante demasiado tiempo desconocido o silenciado por los voceros de la cultura isleña; y porque su creciente prestigio replanteaba la vieja polémica de militaristas y civilistas. No desconocía Martí la resultante de estos factores conjugados: la atmósfera de vago recelo o franca hostilidad en que se movían minoritarios pero tenaces mecanismos de resentimiento. Muy pocas veces habló con claridad de este punto, y una de ella fue en la carta de 24 de marzo de 1892 a Serafín Bello, en que le decía abiertamente: “Se desmigaja la guerra. Se la cogen los malos. Están allá y nos llevan la ventaja. Pero el espíritu está en nosotros, y nos llevamos todavía el país los de la guerra de veras, si llegamos a tiempo. Si no, los del 68 se la llevan, y tenemos lo de las primeras repúblicas americanas”,<sup>171</sup> que era precisamente uno de los grandes peligros a evitar.

Ante la respuesta de Martí a la carta de Enrique Collazo del 6 de enero de 1892, provocada a su vez por el pasaje de *Con todos, y para el bien de todos* en que enérgicamente se censura, sin nombrarlo, el efecto desmoralizador que podía producir el libro de Ramón Roa titulado *A pie y descalzo*, sentimos la presencia del *fatum* histórico. Más allá de los argumentos esgrimidos por ambas partes y de las circunstancias individuales y anecdóticas, aquel enfrentamiento era inevitable, y esa convicción tácita que es la sustancia misma, la sustancia inexpresable y más elocuente de la carta de Martí, se va proyectando sobre ella, a medida que avanza, como la sombra de su muerte en el campo de batalla. Porque de nada vale explicar, como es clásico en toda polémica, el verdadero sentido del texto en discusión; de nada vale apelar a los testimonios de encendido amor en los discursos dedicados a los héroes de la Guerra Grande; de nada, siquiera, el sacrificio de justificar la propia conducta, ni el velado desafío con que termina la carta, erguida toda ella a la altura del hombre que la escribe, viril y dolorido. Lo que le da el terrible valor sumo, revelando la ley de la cruz de las dos cartas, intuita por la cruz de caracoles que le regalaran a Martí las trabajadoras cubanas de Cayo Hueso, es la última oración del penúltimo párrafo: “Creo, Sr. Collazo, que he dado a mi tierra, desde que conocí la dulzura de su amor, cuanto hombre puede dar. Creo que

<sup>171</sup> JM: A Serafín Bello, 24 de marzo de 1892, OC, t. 1, p. 350.

he puesto a sus pies muchas veces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa".<sup>172</sup> Martí recibió el respaldo indignado de la emigración. Salvo con Roa, a quien siguió fustigando en cartas sucesivas y que a su vez se sintió incomprendido, con Collazo y los otros firmantes las cosas se arreglaron de buena forma. La marca y el presagio, sin embargo, quedaban.

Claro que si las emigraciones de Tampa y Cayo Hueso lo respaldaron en el lance, fue porque previamente, entre el 25 de noviembre del 91 y el 6 de enero del 92 Martí se las ganó por modo fulgurante y definitivo, como haría después con Ocala, Jacksonville y San Agustín, a donde fue a reverenciar los restos del Padre Varela, reuniendo la patria de los vivos y los muertos en un solo haz. "Las guerras van sobre caminos de papeles",<sup>173</sup> decía, y ya se sentía en guerra, también lo repite en sus cartas. Una de ellas, la del 5 de diciembre de 1891 a José Dolores Poyo, es un ejemplo de las muchas que debió escribir para tejer aquella finísima red, que llegó invisible a cubrir también la Isla, y obra maestra en el arte de hacerse llamar donde era tan necesario como la luz (porque era "la hora de los hornos", le dice a Poyo, "en que no se ha de ver más que la luz"),<sup>174</sup> usando la más seductora de las astucias, la que deja de serlo al mostrarse desnuda:

Pues aunque se muera uno de deseos de entrar en la casa querida, ¿qué derecho tiene a presentarse, de huésped intruso, donde no le llaman? Mejor pasar por seco, aunque se esté saliendo, de cariño tierno, el corazón, que pasar por lisonjeador o buscador o entrometido; que faltar con una visita meramente personal al respeto que debe a la independencia y libre acción de los cubanos. Pero mándeme, y ya verá cuán viejo era mi deseo de apretar esas manos fundadoras.<sup>175</sup>

¿Quién podía resistir, y más si el deseo, y la necesidad, de corresponderle ya estaba hondamente adivinada? Y así Poyo y *El Yara*, y Fernando Figueredo y todos los próceres y patriotas viejos y jóvenes de Cayo Hueso pasaron a ser sus lugartenientes, y el Cayo mismo, como le dice a Figueredo, "la yema de nuestra república".<sup>176</sup>

<sup>172</sup> JM: A Enrique Collazo, Nueva York, 12 de enero de 1892, OC, t. 1, p. 293. Cf. Luis Toledo Sande: "'A pie, y llegaremos', Sobre la polémica Martí-(Roa)-Collazo", en *José Martí, con el remo de proa*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1990, pp. 257-339.

<sup>173</sup> JM: A Ángel Peláez, enero de 1892, OC, t. 1, p. 297. Se lo dijo a Ángel Peláez, en carta de enero del 92, refiriéndose a la prensa, pero es igualmente aplicable a su epistolario.

<sup>174</sup> JM: A José Dolores Poyo, Nueva York, 5 de diciembre de 1891, OC, t. 1, p. 275.

<sup>175</sup> *Ibíd.*, p. 276.

<sup>176</sup> JM: A Fernando Figueredo, Nueva York, 15 de enero de 1892, OC, t. 1, p. 295.

Su otra empresa fundamental era ir a la conquista, o reconquista, de un baluarte insustituible: el general Máximo Gómez, para lo cual también le abrió un espacio propiciatorio el camino epistolar, camino en el que —si recordamos la carta del 20 de octubre de 1884— había que borrar amargas huellas sin por ello perder el rumbo incambiable. Asombra, en la carta a Gómez desde Santiago de los Caballeros, el 13 de septiembre de 1892, la firmeza y delicadeza con que ambos dispares objetivos se cumplen emocionada y armoniosamente. Se trataba de enamorar a un hombre menos sensible a las argumentaciones doctrinales —aunque en la carta no se descuida una sola— que a la tentación áspera del deber y al lenguaje directo del soldado. Por eso la flecha que más debió llegar a su corazón fue la que va en estas líneas: “Yo ofrezco a Vd., sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”,<sup>177</sup> predicción que en cierta medida no dejó de cumplirse después del término de la guerra.

Para llegar al otro baluarte indispensable, Antonio Maceo, halló Martí, durante su estancia en Jamaica en octubre del 92, un puente afectivo de natural eficacia: el conmovido conocimiento de la legendaria Mariana Grajales, madre de los Maceo, y de la esposa del general Antonio, María Cabrales. Así cuando meses después de su entrevista con Maceo en Costa Rica le escribe, el 15 de diciembre de 1893, ya en tono de fraterno entendimiento y colaboración activa, la aprobación de María asoma por una esquina de la carta y la evocación de Mariana, recién fallecida, cubre filialmente su final: “Este hombre, lo ama y lo conoce [...] Su María no se ha equivocado./ [...] Vi a la anciana dos veces, y me acarició y miró como a hijo, y la recordaré con amor toda mi vida”.<sup>178</sup>

En carta del 13 de julio de 1892, había dicho a Quesada: “¿Cuál es nuestra fuerza, sino la que hemos puesto en nuestras cosas de familia?”,<sup>179</sup> reflexión de mucha sugestión y hondura para entender lo que fueron las relaciones del hogar, la amistad y la política en una época en que suele suponerse a la mujer ajena a la llamada “cosa pública”. Salvo casos excepcionales de verdadera epicidad femenina, como el de Mariana, y el reconocido activismo de las mujeres de la emigración, su modo más profundo de intervenir en la “cosa pública” fue precisamente intimizarla, convertirla en “cosas de familia”, en darle ese calor de hogar que la enraizaba en el corazón mismo de la patria. Las guerras cubanas de liberación de nuestro siglo XIX pasaron siempre por los sabores familiares, y de ellos, secretamente, se nutrió muchas veces el heroísmo. Nostálgico de esa alianza que a él le fue negada, Martí la subrayó con vehemencia en sus relaciones epistolares y en la sección “En casa”, de *Patria*. No siempre, sin embargo, esos lazos ni todos los que su avidez amorosa utilizó,

<sup>177</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Santiago de los Caballeros, Santo Domingo, 13 de septiembre de 1892, OC, t. 2, pp. 162 y 163.

<sup>178</sup> JM: A José Dolores Poyo, Key West, 20 de diciembre de 1893, OC, t. 2, p. 460.

<sup>179</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, Cayo Hueso, 13 de julio de 1892, OC, t. 2, p. 67.

fueron suficientes para evitar desabrimientos como los que sobrevinieron con Maceo a partir del desastre de la Fernandina, cuando la mayor parte de los fondos y recursos de la Revolución fueron aviesamente confiscados por los yanquis. Para medir la magnitud de aquel descalabro basta comprobar la agonía con que esos fondos fueron acopiados, según lo testifican las desesperadas palabras de Martí en su carta del 27 de octubre de 1894 a Eduardo Hidalgo Gato, rico propietario de una fábrica de tabacos en Cayo Hueso.

Así, con estos sudores de sangre, se obtuvieron los recursos perdidos en La Fernandina, y con ellos la coordinación perfecta que hubiera dado inicio a una guerra sorpresiva con mayores posibilidades de rápida victoria. No menos grave fue otra consecuencia: la de que, en la precaria situación creada, impostergable ya el comienzo de la guerra en Cuba, los únicos dos mil pesos con que se contaba para el expedición de Maceo no le parecieron a él suficientes. Necesitaba seis o por lo menos cinco mil pesos, que no había, mientras Flor Crombet se ofrecía para llevar a cabo la expedición en las únicas condiciones posibles. Esto obligó a Martí, ya en Montecristi con Gómez, a confiarle a Flor la responsabilidad de traer la expedición en que vendría Maceo, como puede leerse en la difícil carta que le escribiera el 26 de febrero de 1895, donde se evidencia en parte la raíz del desencuentro, más que reencontro, de Maceo con Martí en La Mejorana el 5 de mayo de 1895.

Desde el punto de vista literario, a los “patrones” de cartas característicos de este período (doctrinales, de dirección espiritual, de polémica revolucionaria, de captación integradora, de relación con los jefes militares) hay que añadir el que pudiera llamarse “carta-despedida”, las que en algunas antologías se califican de “cartas familiares”, y las que resultan paralelas y complementarias de los últimos Diarios.

Cuando hablamos del tipo “carta-despedida” no nos referimos a todas las que escribió comunicando su partida de Nueva York o, después, de Santo Domingo o Haití hacia Cuba, sino a las que se saben y son, absolutamente y nada más, despedidas. En esa categoría solo situamos tres: las dirigidas a Rafael Serra el 30 de enero, a su madre el 25 de marzo y a su hijo el 1.º de abril de 1895. En común tienen el tono lapidario. En la carta a Sierra ese tono entra melodioso en la escansión trimembre (“hablo de Vd., hablo con Vd., espero en Vd., / coraza contra toda maldad, flor de toda ternura, y hermano mío. [...] No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar”<sup>180</sup>). En la carta a la madre el acento envía una imagen (“estoy pensando en usted”), argumenta amoroso, calla (“Palabras, no puedo”), sentencia, dulcifica, abraza a la familia perdida, consuela con un desgarrón de esperanza, vuelve, viril, a la infancia (“Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición”). Pero cuando ya se iba, vuelve para

<sup>180</sup> Por errata se lee en OC: “corazón contra toda maldad”, JM: A Rafael Serra, 30 de enero de 1895, OC, t. 20, p. 473. En *Temas Martianos* (1969, p. 112) presentamos esta carta versicularmente, como un poema.

amparar, imperioso de ternura, el último regaño: “Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca”.<sup>181</sup> Y finalmente, en el mensaje al hijo, es el padre quien reprocha (“salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado”), como si solo al hijo pudiera, a pesar de todo, mostrar la debilidad de una queja; pone en sus manos su reloj, el de su muerte, y, más que despedirse, lo despide hacia la vida: “Adiós. Sé justo”.<sup>182</sup> Mensaje, de los tres, el más desarmado, el más menesteroso, con parecer, y ser, tan severo.

Tesoro aparte forman las cartas de Martí a la familia Mantilla-Miyares, y especialmente las dirigidas a María Mantilla, a la sazón entre los trece y los catorce años: única “casa abrigada y compasiva”, la de Carmen Miyares en Nueva York, que conoció Martí durante sus últimos años.<sup>183</sup> Las cartas a María comenzaron con las que el 28 y el 29 de mayo de 1894 le escribió desde Waycross y Nueva Orleans, en gira de proselitismo y viaje hacia Costa Rica, y ya en ellas la entonación es la del puro cariño sin ningún resguardo, la del abandono de andar por casa (“¿Conque Fermín es queridísimo, y yo no soy más que querido? Así dicen tus cartas. Y me vengo de ti, queriéndote con todo mi corazón. Aunque tú y yo somos así, que callamos cuando más queremos. La verdad es que no estoy bravo contigo. [...] A Carmita, que me quiera, que se ría dos horas al día, y no más, y que pinte”),<sup>184</sup> pero a ese modo conversacional se unen, en la segunda carta, los primores de una vigilancia que es idéntica al mimo y a la ternura: “¿Ves el cerezo grande, el que da sombra a la casa de las gallinas? [María estaba entonces en Central Valley] Pues ése soy yo, con tantos ojos como tiene hojas él, y con tantos brazos, para abrazarte, como él tiene ramas. Y todo lo que hagas, y lo que pienses, lo veré yo, como lo ve el cerezo”.<sup>185</sup>

Como si a su ternura no le bastara el símil encantador por tan natural y próximo, inventa otro en el que la intervención, tan femenina, de los colores cambiantes de los vestidos que delatan el estado del tiempo, acentúa simpáticamente, sin alardes puritanos, la vigilancia moral de lo más íntimo:

Tú sabes que yo soy brujo, y que adivino los pensamientos desde lejos, y soy como los vestidos de esas bailarinas clavadas a un cartón que anuncian el agua, que cuando hay tiempo bueno tienen el vestido azul, y si el tiempo es malo,

<sup>181</sup> JM: A la madre, Montecristi, 25 de marzo de 1895, OC, t. 20, p. 475.

<sup>182</sup> JM: “A su hijo”, 1 de abril de 1895, OC, t. 20, p. 480.

<sup>183</sup> Acerca de las relaciones de Martí con Carmen Miyares y su familia, véase el borrador de una importantísima carta a Victoria Smith, dado a conocer en el número 12 del *Anuario del Centro de Estudios Martianos* (1989, pp. 19-20), precedido de una esclarecedora “Nota” debida a Luis Toledo Sande.

<sup>184</sup> JM: Cartas a María Mantilla, Waycross, Ga., 28 de mayo de 1884, OC, t. 20, p. 209.

<sup>185</sup> *Ibidem*, p. 210.

el vestido es de color de un golpe, de morado oscuro, y si hay tormenta, negro. Si piensas algo que no me puedas decir, de lejos lo sentiré, por dondequiera que yo ande, y me pondré oscuro, como el vestido que anuncia el mal tiempo.<sup>186</sup>

La tercera carta a María, escrita desde México en julio del 94, enlaza las dos casas más dichosas de su vida errante, pintándole la amorosa hospitalidad de los Mercado:

Son mujeres ya las tres hijas de Manuel Mercado, y para mí son como si fueran niñas. La casa parece una jaula de pájaros deshecha cuando llego. Me han puesto la mesa llena de rosas y nardos: me han hecho cada una con sus manos un plato finísimo, de comida o de dulce: cada una me ha preparado una sorpresa. A mí, a veces, se me llena de lágrimas el corazón. —Y me pongo a pensar, y me pregunto si tú me querrás así, y Carmita y Ernesto.<sup>187</sup>

Ya a Mercado, muchos años atrás, se lo había dicho: que su única flaqueza era su necesidad insaciable de afecto. Juega con María a ser celoso y a ponerla celosa de las hijas de Mercado (que de veras, en el cuadro de la carta, parecen más ángeles que los de la cocina milagrosa de Murillo), pero en el fondo de todo juego hay siempre algo más, y estos celos y ansias de más cariño, transparentes en todo el epistolario, cobran peculiar insistencia en las cartas a María.

Desde el barco del último viaje, el 2 de febrero de 1895, aparecen el tema del sufrimiento y los consejos a la vez espirituales y prácticos (una fusión típicamente martiana), detrás de los cuales asoma, velada, la posibilidad de una ausencia definitiva:

Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo para merecer que me vuelvas a abrazar y tú para que yo te vea siempre tan linda como te vi entonces. No tengas nunca miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, da juventud y hermosura. Mira a una mujer generosa: hasta vieja es bonita, y niña siempre, —que es lo que dicen los chinos, que solo es grande el hombre que nunca pierde su corazón de niño: y mira a una mujer egoísta, que aun de joven, es vieja y seca. [...] Quiere y sirve, mi María. —Así te querrán, y te querré.<sup>188</sup>

Su manera de quererla es sentir a toda hora su compañía, y la falta de ella, simultáneamente, como un vacío que fuera la compañía misma (“que no me levanto *sin* apoyarme en tu mano”), y vuelve a preguntar, reclamoso: “¿Y tú

<sup>186</sup> Ídem.

<sup>187</sup> JM: Cartas a María Mantilla, México, julio de 1894, OC, t. 20, p. 211.

<sup>188</sup> JM: Cartas a María Mantilla, 2 de febrero de 1895, OC, t. 20, p. 212.

me olvidarás, o te distraerás de mí, y querrás más a quien te quiera menos que yo?”. Como recordatorio suyo le propone “un trabajo de cariño”: el de estudiar en el *Larousse* los nombres de su viaje, desde el nombre del vapor, *Athos*, hasta el puerto de *Cap Haitien*. “No se sabe bien sino lo que se descubre”. Pero aun antes, como otra prueba de cariño de un refinamiento tan increíble como espontáneo en él, le advierte que a su vuelta sabrá si lo ha querido “por la música útil y fina que hayas aprendido para entonces”, entendiendo por “útil”, en contraste con la “hueca y aparatosa”, la “música en que se vea un pueblo, o todo un hombre, y hombre nuevo y superior” — primera vez, por cierto, que vemos íntimamente relacionadas las ideas de “música”, “utilidad” y “hombre nuevo y superior” —, concluyendo con sabio realismo: “Para la gente común, su poco de música común [...] Pero para uno, en su interior, en la libertad de su casa, lo puro y lo alto”.<sup>189</sup>

Y en la próxima carta, desde Santiago de los Caballeros, el 19 de febrero de 1895, vuelve a desconfiar, jugando, y no oculta sus celos, entre bromas y veras:

¿Cuántos días hace que no te acuerdas de mí? Yo te necesito más, mientras menos te veo. [...] Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas. — Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contentar.<sup>190</sup>

Contentarlo ¿cómo? Esta vez, haciendo “algo bueno cada día en nombre mío”.<sup>191</sup>

Los extremos de ternura y reclamo no cesan, incluyendo a Carmita (“Mis niñas ¿me quieren?”) y al “honrado Ernesto”, pero con decidida predilección hacia María:

¿Y cómo me doblo yo, y me encojo bien, y voy dentro de esta carta, a darte un abrazo? ¿Y cómo te digo esta manera de pensarte, de todos los momentos, muy fina y penosa, que me despierta y que me acuesta, y cada vez te ve con más ternura y luz? No habrá quien más te quiera; y solo debes querer más que a mí a quien te quiera más que yo.<sup>192</sup>

Hay también en esta carta desde Cabo Haitiano, además de una ilusión sorprendente acerca de “ese París, que veremos un día juntos, cuando los hombres me hayan maltratado, y yo te lleve a ver mundo antes de que entres en

<sup>189</sup> *Ibíd.*, p. 213.

<sup>190</sup> JM: Cartas a María Mantilla, ob. cit., pp. 213 y 214.

<sup>191</sup> *Ibíd.*, p. 213.

<sup>192</sup> JM: Cartas a María Mantilla, ob. cit., p. 215

los peligros de él”, una línea inolvidable, que parece tocarnos a todos, a cada uno: “Tú, cada vez que veas la noche oscura, o el sol nublado, piensa en mí”.<sup>193</sup>

La última y más extensa carta a María, dos días antes de desembarcar en Cuba, es también la más pedagógica, de esa pedagogía en estado de gracia que fue el secreto de *La Edad de Oro*, que por algo es evocada aquí a propósito del “español simple y puro”, del lenguaje bueno para los niños, con “sentido y música”, en que la escribió, y con el que le gustaría que ella tradujera, a “página por día”, *L’Histoire Générale*. El espíritu de su amada revista vuelve a inspirar ahora sus consejos y consideraciones sobre la poesía de la ciencia, sobre la verdadera elegancia, que es la del alma, y sobre la manera de organizar y animar una pequeña escuela para niñas.

Lo asombroso es la capacidad para mantener este ánimo hogareño en tales circunstancias, en pleno remolino de la acción, a punto de correr los mayores peligros, y para decirle a la niña: “Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica; y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil”.<sup>194</sup> Con la misma serenidad, metido en tales angustias, y como si tuviera todo el tiempo del mundo prosigue:

Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo. La elegancia del vestido, —la grande y verdadera,— está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. [...] Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor.<sup>195</sup>

En cuanto al proyecto de “escuela alegre y útil”, extenso y detallado, presidiendo por un aforismo que parece de José de la Luz: “Enseñar, es crecer”, y por un método que venía del Padre Varela: “la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y ésa es la única que le sirve”, culmina en líneas que parecen, literalmente, de *La Edad de Oro*: “Imagínate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coqueterías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas”. Pero el tiempo de la acción está palpitando como un oleaje grueso alrededor del murmullo de la pluma. Llega la hora de los últimos consejos, que no quieren ser adioses:

Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímalas, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo.

<sup>193</sup> Ídem.

<sup>194</sup> JM: Cartas a María Mantilla, Cabo Haitiano, 9 de abril de 1895, OC, t. 20, p. 219.

<sup>195</sup> Ídem.

Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro, el libro que te pido, —sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres.— Trabaja. Un beso. Y espérame.<sup>196</sup>

Por hermosas que sean también las cartas a Carmita, no llegan a este grado de efusión y hermosura espiritual. Las que escribe, ya desde los campos de Cuba, en conjunto, a Carmen Miyares (de la que dice a Carmita: “no he conocido en este mundo mujer mejor”)<sup>197</sup> y a todos sus hijos, tienen un carácter distinto, a medio camino entre la epístola y el diario, a cuyo tono cada vez se acercan más.

Antes de lograr, en medio de múltiples contratiempos y vicisitudes, salir en el viaje definitivo hacia Cuba, también tuvo tiempo Martí para escribir dos cartas que tradicionalmente se han considerado, con razón, testamentarias. Una es la dirigida desde Montecristi, el 25 de marzo de 1895 (la fecha de la despedida a la madre y del *Manifiesto*) al prócer dominicano Federico Henríquez Carvajal; la otra, la que escribió el 1.º de abril, todavía en la casa del general Gómez, a Gonzalo de Quesada y Aróstegui. Leyéndolas una tras otra, parece que se juntan las dos alas de su vida —la política y la literaria—, antes de emprender el vuelo definitivo. En el Capítulo II ya comentamos la primera.

“¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos?”, se dice Martí a sí mismo, más que decírselo a Quesada en la segunda; y poco después: “De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella: solo lo que vamos a hacer me parece digno. [...] Ya usted sabe que servir es mi mejor manera de hablar”.<sup>198</sup> Pocas líneas después, como si una interrupción o un súbito ensimismamiento, o ambas cosas, lo alejaran de la carta, parece estar haciendo una anotación en su *Diario*. Gonzalo de Quesada es aludido en tercera persona. Se sorprende de estar confiándole sus “emociones personales” relativas a los preparativos del viaje a Cuba, emociones que en la carta solo ha rozado como un sentimiento general de “angustia”. Pero esas emociones, sigue anotando, incluyen “las ajenas, y de eso no soy dueño”.<sup>199</sup> Agrega: “Son de grandeza en algunos momentos, y en los más, de indecible y prevista amargura”.<sup>200</sup> La carta está lejos, lo rodea un silencio

<sup>196</sup> *Ibíd.*, p. 220.

<sup>197</sup> JM: Cartas a Carmen Mantilla, Nueva York, 1895, *OC*, t. 20, p. 236.

<sup>198</sup> JM: Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Montecristi, 1.º de abril de 1895, *OC*, t. 1, p. 27.

<sup>199</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>200</sup> *Ídem.*

más hondo. Entonces escribe: “En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días”. Y añade, más inesperadamente aun: “Martí no se cansa, ni habla”. Extrañísima pausa, de la que sale, como de un doloroso sueño, preguntando. “¿Conque ya le queda una guía para un poco de mis papeles?”.<sup>201</sup>

De las muchas cartas escritas antes de salir de Cabo Haitiano hacia Cuba, destacamos dos, las últimas: a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada el 10 de abril, y a Bernarda Toro de Gómez el 11. En la primera leemos: “A mi alrededor, como van viendo, todo se encariña y unifica, y ese es alivio grande. Estos días han sido útiles, y me siento creído. No puede ser que pasen inútiles por el mundo la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad. Quiero, y veo con creciente ternura, el sacrificio pleno y sencillo que me acompaña”.<sup>202</sup> Por otra parte les advierte, refiriéndose al último número recibido de *Patria*, la necesidad de “extirpar, con mano firme, y es el tono burlón o jocoso de los comentarios sobre la guerra”,<sup>203</sup> con lo que salía al paso a una tendencia muy cubana que, sin que le faltara el sentido del humor que elogió en *Los poetas de la guerra*, nunca compartió: la tendencia a desjerarquizar y banalizar. Por eso añade: “La guerra es grave, y nosotros, y se espera de nosotros gravedad. Fue unánime alrededor mío el deseo de que se mudase el tono leve y novicio de los comentarios. Nos quita peso”.<sup>204</sup> El peso había que seguir poniéndolo en la doctrina revolucionaria de *Patria*, de la que vuelve a hacer rapidísimo resumen, puntualizando una vez más la “moderación y patriotismo del cubano negro, y certeza probada de su colaboración pacífica y útil”,<sup>205</sup> y el “afecto leal al español respetuoso – concepto claro y democrático de nuestra realidad política; y de la guerra culta con que se la ha de asegurar”.<sup>206</sup>

Modelo de solícita ternura es la carta a la esposa de Gómez, la entrañable Manana, de cuya casa feliz y hospitalaria Martí no podía olvidar el vacío y la angustia (pero también el renovado orgullo) que él había provocado. “Toda esa casa es mía”,<sup>207</sup> le dice, “y son mías sus obligaciones”,<sup>208</sup> como si la liberación de Cuba, desde la Guerra Grande, fuese la principal de ellas, y él no

---

<sup>201</sup> Ídem.

<sup>202</sup> JM: A Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, Montecristi, 1 de abril de 1895, *OC*, t. 4, p. 121.

<sup>203</sup> *Ibidem*, p. 122.

<sup>204</sup> Ídem.

<sup>205</sup> Ídem.

<sup>206</sup> Ídem.

<sup>207</sup> JM: A Bernarda Toro de Gómez, 11 de abril de 1895, *OC*, t. 20, p. 481.

<sup>208</sup> Ídem.

hiciera más que cumplirla de la mano del general: “Vamos cosidos uno a otro, el padre y yo, con un solo corazón, y la mayor amistad y dulzura que da la compañía cariñosa en las cosas difíciles”.<sup>209</sup> Con palabras sencillas la tranquiliza y la sitúa, sin grandilocuencia, en su destino: “habrá menos riesgos y agonía, y tardaremos mucho menos, que en los diez años de Vd., los diez años que dan tal dignidad, tal majestad, tal obligación, en la vida, a los hijos que le nacieron a Vd. del seno de ellos. El mundo marca, y no se puede ir, ni hombre ni mujer, contra la marca que nos pone el mundo”.<sup>210</sup> Vienen enseguida los tiernísimos recados a los hijos, y en primer término a Clemencia: “A Clemencia me le dice que en el lugar donde la vida es más débil, llevo de amparo una cinta azul, y que la hermanita va sentada a la cabecera de mi barco, mirándome y conversando”.<sup>211</sup> De inmediato, Francisco, de quien había hecho el mínimo retrato insuperable: “centelleante como luz presa, discreto como familiar del dolor”,<sup>212</sup> y dicho el mayor elogio: “No creo haber tenido nunca a mi lado criatura de menos imperfecciones”.<sup>213</sup> “A Pancho, que la pureza de su último beso me ha hecho un hombre mejor”.<sup>214</sup> Y así Máximo, Urbano, Bernardo, Andrés, y “la Mariposita, que me he traído pegada al corazón: cierro los ojos y la veo. ¿Y cree Vd. de veras, Manana querida, que cercada así el alma, va a sucedernos nada, ni al padre, con quien yo voy, y lleva así dos vidas?”.<sup>215</sup> Volvemos a recordar la pregunta a Quesada: “¿Cuál es nuestra fuerza, sino la que hemos puesto en nuestras cosas de familia?”. Sobre su corazón llevaba Martí el retrato de María y la cinta de Clemencia.

Lo del retrato lo sabemos también por él mismo, que ya en Cuba, desde la Jurisdicción de Baracoa, el 16 de abril de 1895, en carta a toda la familia de Carmen Miyares, para la que recogió en el camino “la primera flor” y a la que dice: “llegué al fin a mi plena naturaleza”, “solo la luz es comparable a mi felicidad”, escribe: “Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicina y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato”.<sup>216</sup> Se nota ya la tendencia de sus cartas a convertirse en relato, ampliación o complemento de las páginas correspondientes del *Diario de campaña*, lo cual se evidencia en la carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín

<sup>209</sup> *Ibidem*, p. 482.

<sup>210</sup> *Ídem*.

<sup>211</sup> *Ídem*.

<sup>212</sup> *Ídem*.

<sup>213</sup> JM: Al General Máximo Gómez, Nueva Orleans, 31 de mayo de 1894, *OC*, t. 3, p. 202.

<sup>214</sup> JM: A Bernarda Toro de Gómez, *ob. cit.*, p. 482.

<sup>215</sup> *Ídem*.

<sup>216</sup> JM: Cartas a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, *ob. cit.*, p. 225.

Guerra del 15 de abril. “Vds. anhelarán”, les dice, “conocer los detalles de nuestra llegada”, y allí está el relato pormenorizado de todas las vicisitudes hasta el desembarco:

Y el 11, a las 8 de la noche; negro el cielo del chubasco, vira el vapor, echan la escala, bajamos con gran carga de parque, y un saco con queso y galletas: y a las dos horas de remar, saltábamos en Cuba. Se perdió el timón, y en la costa había luces. Llevé el remo de proa. La dicha era el único sentimiento que nos poseía y embargaba. Nos echamos las cargas arriba, y cubiertos de ellas, empapados, en sigilo, subimos los espinares y pasamos las ciénagas.<sup>217</sup>

Solo una oración es casi idéntica en el *Diario*: “Llevo el remo de proa”. Pero en la carta dice: “Llevé”: han pasado cuatro días, la vivencia se torna relato, lo que da ventaja al *Diario*, por ejemplo, cuando leemos: “Salto. Dicha grande”,<sup>218</sup> tan superior a su amplificación epistolar: “La dicha era el único sentimiento que nos poseía y embriagaba”. Otros elementos, preciosos, aparecen solo en el *Diario*, como la emoción del Capitán del barco, la luna que “asoma, roja, bajo una nube”, y el Málaga que los conforta. Pero también la carta ayuda a completar el cuadro, enseñándonos la “gran carga de parque, y un saco con queso y galletas” bajando por la escala, y la precisión sobre el tiempo de peligro en la mar gruesa: “y a las dos horas de remar, saltábamos en Cuba”. Semejante paralelo puede hacerse con la versión del *Diario* y la epistolar del encuentro con la guerrilla de Félix Ruenes (“Ojos resplandecientes”, dice el *Diario*;<sup>219</sup> “Los ojos echaban luz, y el corazón se les salía”, dice la carta); del nombramiento de Martí como Mayor General: “¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años!”, exclama en la carta a Quesada y Guerra; y de la cura de los heridos después del combate en que murió Alcil Duvergier: “Sentí anoche — confiesa a Carmita, mientras en el *Diario* describe con realismo las heridas — piedad en mis manos”.<sup>220</sup> Porque donde las cartas, por su mayor tiempo y espacio, ganan un terreno que al *Diario* generalmente le está vedado, es en efusivas reflexiones como la siguiente, en la que, a juicio de Juan Marinello, “pocos días antes de la muerte en la manigua amada estalla el misticismo de Martí”:<sup>221</sup> “Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este

<sup>217</sup> JM: A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, ob. cit., pp. 125 y 126.

<sup>218</sup> *Diario de campaña*: Edición Facsimilar, Centro de Estudios Martianos, p. 3.

<sup>219</sup> *Diario de campaña*: ob. cit., 1985, p. 7.

<sup>220</sup> JM: Cartas a Carmen Miyares de Mantila y sus hijos, ob. cit., p. 226.

<sup>221</sup> Cf. Juan Marinello: *Dieciocho ensayos martianos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1980, p. 58.

reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio”.

Y sin embargo sus momentos más hermosos nos parecen los que recogen, más que transidos pensamientos, imágenes inolvidables, como esta:

¿Cuándo olvidaré el rostro de Gómez, sudoroso y valiente, y enternecido, cuando subía las lomas resbaladizas, las pendientes de breñas, los ríos a la cintura, con el rifle y revólver y machete y las doscientas cápsulas, y el jolongo al hombro? Y cuando a sus espaldas doy su jolongo al práctico, él me quita mi rifle, y sigue cuesta arriba con el mío y el suyo. Nos vamos halando, hasta lo alto de los repechos. Nos caemos riendo.<sup>222</sup>

Salvo por las múltiples instrucciones que da al Secretario y al Tesorero del Partido para llevar adelante la guerra, así son también las cartas a la familia Mantilla: subsidiarias o complementarias del *Diario de campaña*. Como aquella en que dice a Carmita que le han regalado “un caballo blanco”, en el que va a morir, y: “Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño”.<sup>223</sup> Testimonios en verdad sobrecogedores. Y a tal punto llega la intertextualidad *Diario*-cartas de estos días, que si tuviéramos que suplir las hojas arrancadas después de la entrevista de La Mejorana el 5 de mayo, colocaríamos allí los fragmentos que se conservan de la última carta a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, escrita en Altagracia, Holguín, el 9 de mayo de 1895, donde hace tan bello elogio de Maceo, y termina: “Todos duermen a mi alrededor; velo”.<sup>224</sup>

Ese perenne velar, esa clarividente vigilia, tiene su máximo ejemplo en la última carta a Mercado, escrita en el Campamento de Dos Ríos, un día antes de morir en combate, el 18 de mayo de 1895: documento histórico de magnitud suprema, ya comentado en el Capítulo II, que hacia el final recobra su tono familiar, reentrando de la intemperie histórica en la penumbra de la intimidad afectiva, esos dos planos siempre comunicantes en Martí: “Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que solo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece”.<sup>225</sup>

Por obra y gracia de esa viril e intensa ternura que fue el sello de su correspondencia con Mercado (excepcional incluso en hombre de tanta y tan

<sup>222</sup> JM: A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, ob. cit., p. 127.

<sup>223</sup> JM: Cartas a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, ob. cit., p. 228.

<sup>224</sup> *Ibidem*, p. 230.

<sup>225</sup> JM: Cartas a Manuel Mercado, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *OC*, t. 20, pp. 163 y 164.

constante vehemencia afectiva), imagina que su “hermano callado”, su “hermano silencioso”, como algunas veces lo llamó, le reprocha ahora el largo silencio desde su último viaje a México en julio de 1894, y que esos “regañones callados” se expresan así en los íntimos soliloquios del amigo lejano: “¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es este y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!”<sup>226</sup>

Finalmente, la carta se interrumpe cuando, como de puntillas, coincidiendo las palabras con la melodía silenciosa del “alma trémula y sola”, empezaba a adentrarse gustosa en sus predios más recatados, dejando no sabemos en qué aire esa última, única, eterna línea abierta del corazón a lo desconocido, con sus seis francas *aes* y sus cuatro *e* veladas y su exquisita *l* ondeando hacia el centro: esa línea de una dulzura solo por ella misma expresable: “Hay afectos de tan delicada honestidad”.<sup>227</sup>

El mensaje del 19 de mayo a Gómez no es carta, sino aviso. Ya no habrá, de la mano de Martí, “una carta más”. Es entonces cuando todas sus cartas, y toda su escritura, en espera del balazo final que venía silbando desde la carta a Collazo, se disponen para su resurrección definitiva.

No obstante algunas sorprendentes incomprensiones, incluso de índole gramatical, Miguel de Unamuno tuvo el inolvidable acierto de intuir, tanto en los *Versos libres* como en el estilo epistolar martiano, una especie de expresión “protoplasmática”, anterior a la escisión de verso y prosa, y de observar que “sus palabras parecen creaciones, actos”. Ambas observaciones, y todas las que apuntan a la fuerza poética y humana de este epistolario, indican en las glosas de Unamuno la profundidad de una lectura que le permitió valorar la carta de despedida a la madre como “una de las más grandes y más poéticas oraciones — en ambos sentidos del término oración — que se puede leer en español”.<sup>228</sup> Por su parte Gabriela Mistral, en carta a José de la Luz León, consideró la obra epistolar de Martí como “el documento máximo para estudiar a nuestro hombre”.<sup>229</sup> Partiendo de estos juicios magistrales, en la bibliografía sobre el tema se destacan estudios como los de Félix Lizaso,<sup>230</sup>

<sup>226</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>227</sup> *Ídem*.

<sup>228</sup> Cf. Miguel de Unamuno: “Sobre los *Versos libres* de Martí”, “Carta sobre Martí”, “Sobre el estilo de Martí”, “Cartas de poeta”, en *Archivo José Martí* 11, 1947, pp. 7-18. En el último artículo aparece el juicio sobre la carta de despedida a la madre, con una errata: donde dice “creaciones” debe decir “oraciones”. Los textos compilados son de 1919.

<sup>229</sup> Citado por Pedro López Dorticós en “Intimidad de Martí en sus cartas a Manuel A. Mercado” (*Archivo José Martí* 15, 1950, pp. 44-76). La cita corresponde a la p. 45.

<sup>230</sup> Ver nota 132.

Andrés Iduarte<sup>231</sup>, Pedro López Dorticós, Manuel Pedro González y el ya mencionado de Fina García Marruz. Abundando en la condición de “documento máximo” de este epistolario, Andrés Iduarte afirmó: “Si solo sus cartas hubiera escrito, o si se hubieran perdido versos, artículos y ensayos y dramas de manera definitiva, y nunca hubiera pronunciado un discurso, bastaría su epistolario para asegurarle ‘la segura inmortalidad’ de que habló Darío. Y es que Martí vale más mientras más a la vista deja las entrañas”.<sup>232</sup> A lo más entrañable del epistolario martiano dedicó López Dorticós su devoto y fino comentario “Intimidad de Martí en sus cartas a Manuel A. Mercado”, donde, no sin razón, pone énfasis en las que pudiéramos llamar efusiones nupciales y amorosas correspondientes a los años 1877-79, poniendo en su justo lugar lo que Carmen Zayas Bazán significó para Martí desde su compromiso y bodas hasta su segunda deportación a España, cuando ya, casi un año antes, había nacido su hijo en La Habana. También se fija López Dorticós en el “raro poder premonitorio” que es frecuente en sus cartas, tema central de la ponencia “Contenido profético del epistolario martiano” presentada en el Coloquio Internacional José Martí (Universidad de Burdeos, 1972)<sup>233</sup> por el profesor Manuel Pedro González, a quien también debemos una nutrida antología.<sup>234</sup>

En las páginas anteriores hemos intentado ilustrar —lo que pudiera hacerse mucho más abundantemente— los “patrones” o “cartas-tipo” característicos de cada período, acercándonos a cada uno de los ejemplos con el criterio de “lo literario” que en otros escritos y en las propias cartas de Martí se formula, y que de toda su obra se desprende, a saber: “lo literario” en cuanto comunicación verbal hermosa, con hermosura hija del natural ajuste de fondo y forma, tan inseparable de la vida como esta lo es de las *formas* de sentir, de pensar y de expresarse, y anhelando siempre equivarla como acto suyo.

A través de esta experiencia espiritual —nunca es o debe ser nada menos leer a Martí—, hemos sentido que entrar en el lenguaje de alma de sus cartas exige un estado de transparencia en el que la presumible o imaginada recepción del destinatario inicial forma parte de nuestra propia recepción, por lo que a cada lectura concurren, como a una cita diseñada cada vez por circunstancias nuevas, según el temple sucesivo de nuestro ánimo, tres personas

<sup>231</sup> Cf. Andrés Iduarte: *Martí escritor*, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La Habana, 1951, pp. 147-160.

<sup>232</sup> Ob. cit., p. 156.

<sup>233</sup> *En torno a José Martí*, Bordeaux: Editions Bière, 1974, pp. 13-41.

<sup>234</sup> Cf. *José Martí: Epistolario. Antología*. Introducción, selección, comentarios y notas por Manuel Pedro González, Editorial Gredos, Madrid, 1973.

dialogantes: el que escribió la carta y en cierto modo siempre la está escribiendo o haciéndola nacer a nuestros ojos; el que primero la recibió, a quien iba dirigida, pero no sabemos hasta dónde, en qué grado lo alcanzó, y pensar en esto ya es inseparable de recibirla uno mismo; y el que es “uno mismo”, que inevitablemente se siente otro por haberse situado en el ámbito y la dirección de un diálogo que lo saca de sí, de los límites de su propia costumbre. En el fondo se trata del encuentro de tres desconocidos, de los cuales uno explica, sencilla y deslumbrantemente, el sentido de la vida.

## CAPÍTULO XII

### *El legado martiano*

#### I

249

*Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas  
al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino,  
no preguntó dónde se comía ni se dormía,  
sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar.  
Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos  
y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua,  
que parecía que se movía, como un padre  
cuando se le acerca un hijo<sup>1</sup>*

**E**l hecho de que, durante su estancia en Caracas de enero a julio de 1881, José Martí haya escrito *Ismaelillo*, los dos números de la *Revista Venezolana* y las dos crónicas sobre el Centenario de Calderón publicadas por *La Opinión Nacional*, nos da la medida de la toma de posesión que su palabra hizo de sí misma en aquellos meses. Buscar explicaciones de este súbito enriquecimiento verbal con tan ardiente señorío empuñado, en el campo meramente literario, sería inútil. La crítica al uso queda perpleja. Ninguna nueva lectura, ningún nuevo impacto cultural, ni siquiera el regreso al ámbito hispanoamericano de quien ya había residido durante casi cuatro años en México y Guatemala, pueden dar razón de esta epifanía venezolana del lenguaje martiano. ¿Qué había sucedido? En algún lugar dijimos que las mayores influencias no las recibió Martí de los próceres de la palabra y el pensamiento, sino de los héroes y mártires de nuestra independencia; queremos decir, no solo el mayor legado ético y político, sino también el mayor impulso estilístico. Lo que cambia el estilo de Martí al llegar a Caracas tiene un solo nombre: Bolívar. Lo bolivariano, que a su juicio había hecho posible lo herédico, despierta

<sup>1</sup> José Martí: “Tres Héroes”, *La Edad de Oro, Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, t. 18, p. 304. [En lo adelante, OC (N. de la E.)].

las más profundas posibilidades de lo martiano, a tal punto, que desde que toca la tierra del Libertador su palabra está como en vela de armas y de almas, como en estado de incandescencia y de sobreaviso, presta a recibir tanto los mensajes telúricos de la historia como los centelleos más rápidos del corazón y las capacidades transmutadoras de la mirada americana. Por primera vez Martí, que es ya capaz de pintar como Velázquez, si este manejara también el pincel de Goya, todo el Madrid de los tiempos de Calderón, nos regala en “El carácter de la *Revista Venezolana*” un tratado en miniatura de su estilo, que pudiera tomarse como un manifiesto de la nueva literatura latinoamericana, siempre a condición de no olvidar el fundamental derecho que recaba para sí, la frase que lo remata y lo preside: “su derecho a lo grande”. Lo que bajo su pluma está naciendo entonces no es separable de la estrofa que faltaba al poema de 1810, lo cual en rigor significa que no es separable del Orbe nuevo por el que entra rífo y ávido el caballo emblemático de los *Versos libres*, Orbe ciertamente bolivariano tanto en los designios históricos como en los senos del alma, Orbe de la agonía de los fundadores que para el hombre de espíritu de nuestra América siguen siendo la pauta de lo que hay que hacer y lo que hay que decir. Y no porque ninguna Academia dicte la norma que espontáneamente nos dicta la especialísima criatura que somos —hombres de acción o no— los hijos de Bolívar y Martí. Los rasgos de esa criatura, la especificidad de sus más naturales inspiraciones, gestos y propósitos, constituyen el verdadero tema de todo lo que pensó, sintió, escribió y dijo Martí en aquellos seis preñados meses de su estancia caraqueña, que más que un estar fue un ser enarcado por el toque de la piedra ígnea de fundación.

Lástima grande que se perdiera, como si estuviese más destinado a nuestra imaginación y a nuestros más recónditos deseos que a los iconos de la tinta, el discurso de Martí sobre Moisés de que dieron deslumbrado testimonio sus amigos venezolanos. No pudo ser, sin duda, como no lo fue ningún discurso de Martí, un ejercicio retórico ni académico. Tuvo que ser, como todos los suyos, un discurso de profunda significación política en que la figura del profeta liberador de su pueblo debió arder como la zarza ardiente que no se consume, en toda la inagotable futuridad de su mensaje. Pero cuando leemos los fragmentos como de lava hirviente que nos han quedado del discurso del 21 de marzo de 1881 en el Club del Comercio de Caracas, nos parece que estamos oyendo también el discurso perdido, y que ya el orador no nos habla de un profeta, sino que él mismo es el profeta, cuya voz sigue vibrando visionariamente en el párrafo que empieza: “Y vi entonces, desde estos vastos valles, un espectáculo futuro en que yo quiero, o caer o tomar parte”;<sup>2</sup> en el párrafo o la estrofa donde pinta nuestra tierra prometida: “la inmensa tierra nueva, ebria de gozo de que sus hijos la hubiesen al fin adivinado, sonreía; todas las ropas eran blancas; y

<sup>2</sup> JM: “Fragmento del discurso pronunciado en el club del comercio”, Caracas, Venezuela, 21 de marzo de 1881, OC, t. 7, p. 282.

un suave sol de enero doraba blandamente aquel paisaje”;<sup>3</sup> en la estrofa del himno donde exclama: “¡Oh! ¡qué Calvario hemos de andar aún para ver hervir así la tierra, y correr, por entre nuestras manos, como el agua del río, el fuego del volcán!”;<sup>4</sup> y donde finalmente advierte:

Mas, como no ha de haber obra atrevida, que, a pesar de sí mismos, si oponerse a sí mismos se les antojara, no puedan realizar cumplidamente los hijos de Bolívar, sus primogénitos, sus herederos obligados, los ejecutores de su voluntad [...] bien haya ese calvario que así ha de dar espacio a probar la fortaleza de nuestros hombres, y la energía de nuestra voluntad. Basta, para ser grande, intentar lo grande. Y yo tomo mi cruz humildemente; y la rocío con las amargas lágrimas del desconocido, y ayudaré a este pueblo en sus trabajos...<sup>5</sup>

Otra vez aquí, tan humilde como inquebrantablemente asumido, el designio de lo grande, atributo que Martí confirma y demanda de los hijos de la gesta bolivariana, para cuya definitiva realización diseña un programa en el que las inflamadas imágenes no deben confundirnos acerca de su precisión y absoluta vigencia en los tiempos de “reenquiciamiento y remolde” en que todavía vivimos:

Hay que devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, que se heló en hora triste en la garganta de Netzahualcoyotl y Chilam; hay que deshelar, con el calor de amor, montañas de hombres; hay que detener, con súbito erguimiento, colosales codicias; hay que extirpar, con mano inquebrantable, corruptas raíces; [...] ¡hay que trocar en himno gigantesco esta cohorte gentil de estrofas lánguidas, desmayadas y sueltas, y todas desmembradas, porque las unas no se completan con las otras, que hoy vagan tristemente, pálidas como vírgenes estériles, por entre los cipreses que sombream el sepulcro caliente del pasado!<sup>6</sup>

He aquí el programa bolivariano y martiano de “lo grande” que todavía tenemos por cumplir: el programa proclamado por Martí cuando ya su verbo se estaba convirtiendo en un organismo cognoscitivo y generador que, más allá de la muerte del héroe, sería capaz de provocar, a partir de la generación de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, las semillas voladoras en el tiempo, de lo que pudiera llamarse “una cultura para una Revolución”, semillas que no siempre cayeron en tierra árida, y que cien años después del nacimiento del héroe se convertirían en los actos inaugurales de lo que pudiéramos llamar “una Revolución para una cultura”: la cultura que ahora estamos tratando de crear en nuestra *patria*. Pero la historia de aquel verbo, como de todos los verbos capaces de convertirse en actos, tuvo su raíz en ese

<sup>3</sup> Ídem.

<sup>4</sup> Ídem.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 285.

principio de todas las cosas que es para cada hombre su infancia y su tránsito a la adolescencia. Por eso Martí en Caracas evoca los días habaneros en que los triunfos libertarios del Continente llegaban como clandestinas noticias de encantamiento y gloria “a los esclavos antillanos, allá en los días perpetuos de la infancia” —perpetuos porque su hechizo y fecundidad no acaba nunca—, y cómo los versos y los periódicos “del continente grandioso” eran leídos a escondidas como un Evangelio, “y guardados con el alma en la fantasía maravillada”.<sup>7</sup> Por donde se ve que “la fantasía maravillada”, según lo ha observado y analizado Fina García Marruz, fue la atmósfera de la primera recepción por Martí de lo bolivariano,<sup>8</sup> que reenciende sus luces desde que el lastimado peregrino (lastimado por el fracaso de la Guerra Chiquita y por las borrascas matrimoniales que le alejaron el hijo) divisa la costa de Puerto Cabello y desembarca en la tierra desde niño soñada: “y tuve —nos dice— alegría febril de novio, como si en aquella luciente mañana me desposara con la tierra”;<sup>9</sup> y le parecía “el aire cargado de excitaciones y de voces; tendía la mano en el vacío, como para estrechar manos queridas, — y hablaba luengas cosas con seres que ya no oyen”.<sup>10</sup> Sin el juramento del Monte Palatino, no hay Bolívar. Sin el juramento ante el esclavo ahorcado en el Hanábana, no hay Martí. Sin la imantación de “la fantasía maravillada”, no hay Bolívar en Martí. En estos hombres que no tenemos que mitologizar ni humanizar, porque su humanidad fue su mitología y son ellos los que en todo caso pueden humanizarnos, la poesía desempeñó un papel semejante al que los griegos atribuyeron a la piedra de Heraclea entre los rapsodas, pero estos rapsodas lo son del poema de la historia, el que se escribe con la sangre.

Con sangre del espíritu empezó a escribir Martí las páginas en carne viva de *El Presidio Político en Cuba*. Después el destierro y los años de estudio en España, la obligada medida del periodismo mexicano, las susceptibilidades provincianas de la Guatemala de Justo Rufino Barrios, el tenso paréntesis cubano y los primeros esgarces con la áspera lengua del Norte, mediatizaron el impulso de una palabra que necesitaba, como el águila, el cielo libre, o como la mariposa, el rico jardín íntimo. Los dos espacios, el máximo y el mínimo, se le dieron sin reservas en Caracas, donde pudo ejercitarse como un atleta y maestro de la oratoria en el Colegio Guillermo Tell Villegas, según lo contaba Juvenal Anzola todavía estupefacto en 1903;<sup>11</sup> donde repasó el mural barroco

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 287.

<sup>8</sup> Cf. Fina García Marruz: “Venezuela en Martí, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 5, La Habana, 1982, pp. 26-77.

<sup>9</sup> JM: “Fragmento del discurso pronunciado en el club del comercio”, *ob. cit.*, p. 288.

<sup>10</sup> *Ídem*.

<sup>11</sup> Cf. Juvenal Anzola: “José Martí”, en *Revista Cubana*, número de homenaje a José Martí en el centenario de su nacimiento, La Habana, 1953, pp. 161-166. En este trabajo Anzola nombra entre los discípulos y oyentes de aquellas sesiones (en cuyo marco se produjo el discurso sobre Moisés y el pueblo de Israel) a Luis López Méndez, David Lobo, Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, César Zumeta, Víctor Manuel Mago, Andrés

del siglo de oro español con la poderosa y minuciosa pupila que le servirá para dar cuenta del multitudinario drama norteamericano; donde inició la galería de sus grandes retratos con el conmovido y a la vez marmóreo de Cecilio Acosta; donde pudo, en fin, coleccionar las dolorosas, encendidas mieles de *Ismaelillo*, en que la batalla del alma era traspasada por la luz de la “musa nueva”. Comenzaba así, desde la tierra del Libertador —mientras por sus propios caminos Rubén Darío iba zafando las ligaduras que enfardelaban el alma americana—, el desestancamiento de una expresión que no era, aunque a veces creyera serlo, únicamente materia literaria, producto artístico del cosmopolitismo y la modernidad, sino prólogo de una nueva corporización histórica cuyos más decisivos capítulos aún están por escribir en el indócil espacio de la realidad. Si no vemos así las cosas, si no vemos la relación cada vez más compleja y más profunda, por ejemplo, de Vallejo y Lezama con Martí, y de ellos y todos sus pariguales con el genio tutelar de Bolívar, nos quedaremos con una cultura a la medida de los *scholars*, con la neocolonizada cultura de los ideólogos de la contrarrevolución americana.

253

Lo que podemos llamar la teluricidad libertaria de nuestra América, que empezó por cambiarle el signo reaccionario o meramente causalista al romanticismo europeo, siguió transformando en igual dirección de futuridad los movimientos del fin de siglo concurrentes al modernismo y a los *ismos* de posguerra que nutrieron nuestra vanguardia. Mientras en Europa esas corrientes desembocan en realizaciones contemplables o se anulan en la sucesión, asilándose en las cátedras y los museos, entre nosotros sucede que, sin dejar de pagarle tributo a la gustosa detención o a la ceniza, las letras y las artes desde el romanticismo alimentan o delatan secretamente otros fuegos. Los que nunca vieron esto así, trasladando mecánicamente la estimativa europea de los valores artísticos y literarios a nuestra América, pueden asombrarse de ver al supuestamente afrancesado, y por más señas parnasiano, simbolista y decadente Rubén Darío, recibir en la Nicaragua sandinista los honores debidos a un libertador del espíritu y a un padre de la cultura revolucionaria. No menor sobresalto, aunque en menor escala, puede producir la desconcertante recepción de Martí como fuerza de “impulsión histórica”,<sup>12</sup> y no como precursor o maestro del modernismo ni como ejemplo de la voluntad de estilo, que hizo desde 1953 el supuestamente ahistórico, apolítico y evasivista José Lezama Lima, único poeta cubano que desde mucho antes había planteado distingos esenciales entre la nación y el estado, que lo llevaron a escribir en enero de 1956, evocando los comienzos de *Orígenes*: “Creíamos que cada forma alcanzada artísticamente tenía que lograr,

---

Alfonso, Ramón Sifuentes, Gonzalo Picón Febres, José Mercedes López y Elías Landines, y alude a “muchos otros, como los nombrados, conocidos ventajosamente por su ilustración y altas ejecutorias”.

<sup>12</sup> Cf. José Lezama Lima: “Secularidad de José Martí”, en *Orígenes*, no. 33, La Habana, 1953, pp. 3-4.

por una nobleza más evidente, una claridad para el estado, entonces, como ahora, indeciso, fluctuante, mediocrísimo”;<sup>13</sup> y que después del triunfo del 59 escribiría: “La revolución cubana no es otra cosa que la creación del verídico estado cubano. Albricias, aquí revolución es creación. No revolución dentro de un estado anterior, que nunca existió, sino creación de un nuevo ordenamiento estatal, justo y sobreabundante”.<sup>14</sup> Estos ejemplos extremos, el de Darío y el de Lezama, cada uno dentro de sus alcances y contextos, nos revelan la fundamental especificidad de los quehaceres literarios y artísticos en nuestra América, la que no depende por cierto de la prédica del intelectual “comprometido” que también nos vino de Europa, sino que es una necesidad ingénita y estructural de nuestra expresión. Por eso cuando Martí en un Cuaderno de apuntes venezolanos sentencia: “No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica”, no insinúa que las letras se sienten beatíficamente a esperar que “haya Hispanoamérica”, sino que indica el vínculo insondable e indestructible entre nuestra expresión y nuestro ser histórico, y está pensando bolivarianamente en el campo de batalla de la expresión, como se comprueba cuando añade: “Mas apenas se acercan los elementos del pueblo [latinoamericano] a la unión, acérquense y condénsanse en una gran obra profética los elementos de su Literatura”.<sup>15</sup>

Para que haya de verdad Hispanoamérica, o Iberoamérica, o sencillamente Nuestra América con todas sus lenguas y mestizajes, tiene todavía que cumplirse a nivel continental y caribeño el programa del discurso de Martí en el Club de Comercio de Caracas, el que descarnado de sus telúricas imágenes puede resumirse en estos puntos: rescate de los indios, redención de todos los oprimidos y explotados, antimperialismo militante, saneamiento radical de nuestras repúblicas, unificación efectiva de nuestros pueblos. Hace más de un siglo fueron propuestas estas metas en la cuna del Libertador, como consecuencia natural de su pensamiento y de su gesta. No ha sido un siglo inútil; visibles pasos de avance bolivarianos y martianos se han dado; mucho es lo que aún falta por hacer.

En otro apunte de 1881 escribe Martí: “En América, la revolución está en su período de iniciación. — Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: helo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes”.<sup>16</sup> Es como si hubiéramos tenido nuestra Revolución francesa, y algo o mucho de eso hubo, pero Martí sabía también que el torrente de fuerzas populares desatado por la lucha de liberación americana contra el poder

<sup>13</sup> José Lezama Lima: “Recuerdos: Guy Pérez Cisneros”, enero de 1956, original en la Biblioteca Nacional José Martí (BNJM).

<sup>14</sup> José Lezama Lima: “Triunfo de la Revolución Cubana”, original en la BNJM.

<sup>15</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 5, OC, t. 21, p. 164.

<sup>16</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 6, OC, t. 21, p. 178.

colonial español — en el hondón nutrido a su vez por las energías secularmente reprimidas en España —, aunque después soterrado por nuevas formas de dominación, había quedado latente como lava de futuras erupciones. De su gran amigo venezolano Arístides Rojas aprendió mucho de sismos y volcanes, metáforas naturales de la inspiración bolivariana y de la irrupción desde el subsuelo, desde las raíces de la tierra, como especificidad del estilo de la historia americana.<sup>17</sup> En esas fuerzas confiaba. Para que tengan esclarecidas razones en que apoyarse, escribió Martí dos textos cenitales: el discurso “Madre América” en 1889 y las tablas de la ley nombradas “Nuestra América” en 1891.<sup>18</sup>

Como si tanto fuera poco, desde Caracas vislumbró, según lo demuestran apuntes precursores de su magno prólogo a *El Poema del Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde, los problemas espirituales de una modernidad que en nuestros días ya está alzada con armas de desolación y banderas de nihilismo contra la utopía de nuestros fundadores. Asombra que, con tan ocasional pretexto, Martí pudiera escribir el prólogo de nuestro tiempo. El prólogo, el diagnóstico y los mejores avisos para una curación que solo puede consistir en sudar la calentura hasta que la fiebre agote sus luces falsas y encienda sus verídicas iluminaciones. Sabedor de que a la omnímoda realidad se entra por todos los flancos, Martí no vacila en entrar por las vías de un comentario crítico hasta la médula de la angustia contemporánea, y por cierto en el mismo Cuaderno donde están los apuntes aludidos, leemos este escalofrío: “Me siento como una angustia en la médula”,<sup>19</sup> pues lo que estaba diagnosticando no le era un mal ajeno, y su más profundo método de conocimiento fue la participación. El que escribe a solas, en Caracas, o recién llegado a Nueva York de Caracas, donde tuvo el encuentro con su Padre solar americano evocado en *La Edad de Oro*: “Nadie tiene hoy su fe segura. Los que lo creen, se engañan. Y a sus solas, dudan. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos tristes y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la Tierra. Y se ha sentado en todos los hogares. Y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras”,<sup>20</sup> ese esbozo del pasaje que provocará (según me dijo Juan Larrea en carta memorable) la primera gran imagen de la poesía vallejianiana en *Los heraldos negros*; el que tales mensajes recibe, repito, no es ajeno a la nocturna visita de esas furias “airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta”. Lo que no permite Martí es que tales fantasmas devoradores se adueñen de su pecho, donde sin embargo los recibe para conocerlos y ver que en ese “no saber lo que se desea”

<sup>17</sup> Cf. mi trabajo: “Una fuente venezolana de José Martí”, en *Temas martianos*, segunda serie, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1982, pp. 105-112.

<sup>18</sup> Ver, como anexo en la página 275 de este libro, mi edición crítica de este texto capital.

<sup>19</sup> JM: Cuaderno de Apuntes no. 5, *OC*, t. 21, p. 162.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 168.

se esconde también una “náusea del día que muere” (ah de la náusea sartreana que pretendió devorarlo todo) y por lo mismo supone un apetito del “deleite del alba” en la que el niño Ismaelillo, “Jacob, mariposa, árabe”, trastocó la polvorienta librería con un vibrante rayo de sol, con una prístina risa que en su cuello “gruesa onda hace”. Porque si de complejidades se trata, no vamos a renunciar a la otra dimensión de los tiempos nuevos, en que “todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento”, en que “el hombre pierde en beneficio de los hombres” y en que “se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos”. Verdad que hasta Dios parece que “anda confuso”; que la mujer (a la que Martí reconoció una función tan decisiva en los tiempos épicos y en las labores de la paz) está “como sacada de quicio y aturdida”; que “la vida personal, dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbélica” es el asunto principal de la poesía moderna, y a lo que la poesía dice, gústenos o no, hay siempre que atender. Martí atiende, con el oído puesto en el pecho del mundo y en su propio corazón; repasa sus convicciones estéticas y espirituales (“Solo lo genuino es fructífero. Solo lo directo es poderoso”. “Urge devolver los hombres a sí mismos”. “Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual”); argumenta su credo trascendente (“La tumba es vía y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. [...] La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra”.) Pero lo más importante no es coincidir o no con estas convicciones personales. Lo más importante, lo que Martí realmente nos propone en estas páginas que fueron la consecuencia más dinámica, más cargada de futuro, de su revelación del ser histórico americano en el paisaje natal del Libertador, es asumir hasta el fondo toda la problematicidad de los tiempos que en el suyo comenzaban y que a nosotros nos toca vivir a plenitud. Asumir esa problematicidad no significa someternos a sus aparentes fatalidades, acogernos a la tesis de que hay una “ciudad letrada” paralela o rectora de la ciudad real, o de que ya pasó el tiempo de las revoluciones, o de que estamos destinados a la desolación de un eterno retorno histórico, o de que nuestra historia no tiene ningún sentido, o de que seremos los eternos servidores y bufones de los que nos han desangrado, o todas las demás tesis enfiladas como fusiles, aunque no lo parezcan, fabricados en USA con el vano intento de matar definitivamente a Bolívar, a Martí, a Sandino, al Che y a todos nuestros libertadores que son también nuestros mayores poetas. Asumir, en suma, la modernidad, será demostrar que no es sinónimo de traición, de bastardía y de injusticia. Todo lo que en ella contribuya a la liberación integral del hombre, bienvenido sea, mientras no dejamos que se entibie en nuestro espíritu el amor hacia los hombres que dieron por nosotros – para decirlo lincolnianamente – “la más alta medida de devoción”, y seguimos la amorosa exigencia del más alto discípulo de Bolívar, calentándonos “a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos

en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto".<sup>21</sup>

## II

*Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro,  
como único derecho: "esto será nuestro,  
porque lo necesitamos".*

*Creen en la superioridad incontrastable  
de "la raza anglosajona contra la raza latina".*

*Creen en la bajeza de la raza negra,  
que esclavizaron ayer y vejan hoy,  
y de la india, que exterminan*<sup>22</sup>

La toma de conciencia antimperialista en Cuba, a nivel nacional y con la fuerza de una generación fundadora, surge en la que Juan Marinello llamara "la década crítica", entre el 20 y el 30, con los primeros jóvenes marxistas cubanos —Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, el propio Marinello—<sup>23</sup> que son al mismo tiempo profundamente martianos y dan desde el principio —siguiendo la pauta trazada por Sanguily y por Varona en sus discursos de 1895 y 1896— la lección de no negar ni ocultar, sino testimoniar y reconocer, no obstante sus propias convicciones materialistas, la espiritualidad trascendente de Martí. Dado el inmenso prestigio alcanzado en aquella década por Varona entre los jóvenes revolucionarios antimachadistas, mucho debió ser el ascendiente de su discurso "Martí y su obra política", donde termina comparándolo con "los Prometeos clavados en su roca, y los Cristos clavados en su cruz".<sup>24</sup> No es de extrañar que apreciaciones de ese género (reforzando sin duda la vivencia original de cada uno de aquellos jóvenes) sigan vigentes, por ejemplo, en la recepción de Mella cuando al inicio de sus *Glosas al pensamiento de Martí* (1927) afirma que ante él experimenta "la misma emoción, el mismo temor que se siente ante las cosas sobrenaturales".<sup>25</sup>

257

<sup>21</sup> Las citas de este párrafo luego de la nota 20 se pueden hallar en JM: "Prólogo al Poema del Niágara", *OC*, t. 7, pp. 223-238.

<sup>22</sup> JM: "La Conferencia Monetaria de las repúblicas de América", *La Revista Ilustrada*, Nueva York, mayo de 1891, *OC*, t. 6, p. 160.

<sup>23</sup> No olvidamos, entre otras manifestaciones antinjerencistas, el libro precursor de Julio César Gandarilla titulado *Contra el yanqui*, "obra de protesta contra la Enmienda Platt y contra la absorción y el maquiavelismo norteamericano", publicado en 1913.

<sup>24</sup> Cf. Enrique José Varona: *De la colonia a la república*, Cuba Contemporánea, 1919, pp. 83-94.

<sup>25</sup> Cf. *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, Editora Política, La Habana, 1978, pp. 11-18.

¿Qué quiso decir exactamente Mella, marxista-leninista convencido, con semejante declaración? Enseguida aclara que la misma emoción la sentía “ante otras grandes figuras de otros pueblos”, pero es evidente que se está adelantando a la acusación de chauvinismo, y en todo caso esas “otras figuras” quedan por el momento en la penumbra, mientras su corazonada martiana resplandece ante nuestros ojos con una luz deslumbradora. Y sin embargo, o más bien por eso mismo, nadie ha sentido más cerca a Martí que Mella, al punto de citarlo como si no lo citara, como si lo estuviese escuchando de viva voz, a veces incluso sin oírlo del todo, como nos sucede cuando hablamos apasionadamente con un amigo y el borbotón de sus palabras se cruza con las nuestras, y nos interrumpimos mutuamente para aclarar matices que nos parecen impostergables, y al final nos quedamos como viendo el vibrar de una espada que una mano arrebatava a la otra. Así es el diálogo de Mella con Martí en las pocas encendidas páginas que de él se conservan, y casi nos alegramos de que no haya escrito el libro que proyectaba, si el desarrollo de los temas esbozados iba a disolver ese fragmentarismo de hoguera que crepita con entrecortadas sílabas en un horno de amor. Porque amor es la única palabra que profundamente rima con ese temor que se siente “ante las cosas sobrenaturales”, las que sobrepasan a la común naturaleza humana y a la vez la iluminan y le señalan — no encuentro otra manera de decirlo — el camino hacia lo alto.

Con su inspirada y valiente confesión Mella no quiso, desde luego, endiosar a Martí, ni con su diálogo, a trechos polémico, quiso humanizarlo, porque en todo caso es él, Martí, según ya hemos dicho, quien puede humanizarnos, hacernos más hombres, criaturas más humanas o, como él decía, con “entrañas de humanidad”; y es él también quien puede ayudarnos a sobrepasar nuestra naturaleza hasta llegar a esa linde en la que el hombre, sin dejar de serlo, siéndolo más que nunca, puede re-crearse, re-nacer como hijo de sí mismo, como hijo del hombre, capaz de vivir y morir por los hombres. Y de todo ello resulta que Mella, fundador del Partido Comunista de Cuba, no teme escoger entre las sentencias ejemplares de Martí que propone para la formación política del pueblo de Cuba, esta: “En la cruz murió el hombre un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días”.<sup>26</sup> O esta: “Todas las grandes ideas tienen su Nazareno”.<sup>27</sup> Y haciendo de ellas una lectura actual y colectiva, desde México, en diciembre de 1926, se pregunta y responde: “¿Dónde están los ciudadanos que no aprendieron esto? Hoy tus compatriotas no mueren en las cruces. Pero sí clavan en ellas al pueblo”. Con lo cual anuncia una concepción, la del Cristo colectivo, que hallará su máxima expresión poética en la voz de otro marxista, César Vallejo, el agónico autor de *España, aparta de mí este cáliz*. Y todo ello lo glosa Mella sin olvidar un solo momento, como hilo conductor de su trabajo, el

<sup>26</sup> JM: A Gonzalo de Quesada, Montecristi, 1 de abril de 1895, OC, t. 20, p. 478.

<sup>27</sup> JM: “Castillo”, *La Soberanía Nacional*, Cádiz, 24 de marzo de 1871, OC, t. 4, p. 351.

ideario antimperialista, antirracista, internacionalista, concretamente revolucionario en lo político, lo social y lo económico, del hombre que echó su suerte con “los pobres de la tierra”.

La mayor enseñanza que a mi juicio puede sacarse de los apuntes de Mella sobre Martí, es resumible en esta sencilla formulación: No cabe desligar su ideario de su espiritualidad ni su espiritualidad de su ideario, si de veras queremos que siga viviendo con nosotros. Nótese que decimos espiritualidad, no espiritualismo, no porque no exista un espiritualismo martiano —cuya captación intuitiva es infinitamente más fácil que su definición conceptual—, sino porque de intento queremos apartarnos de toda disquisición filosófica. La espiritualidad de que hablamos —la que no hubo que explicarle a los obreros emigrados ni a los soldados más humildes de la tropa mambí—, es, en definitiva, la propia de los hombres superiores —a los que Martí llamó “acumulados y sumos” — de todos los credos, épocas y países, y en este aspecto es válida la aclaración de Mella acerca de las “otras grandes figuras de otros pueblos”. Ahora bien, cada uno de esos hombres magnos —“homagnos” — tiene su especificidad, y la de nuestro hombre superior —que lo es también a escala universal— consiste en haber sido simultáneamente un inmenso poeta y un político genial, un observador minucioso de la realidad y un visionario proyectado hacia el futuro, un excepcional analizador de los procesos históricos y un profeta del “mejoramiento humano”; tan dinámico en la captación de los hechos sucesivos y de su interrelación dialéctica como arraigado en sus principios e inmutable en sus fines; tan eficaz como organizador revolucionario cuanto seguro de la utilidad de las virtudes que parecen más débiles en el hombre porque son las más raras y delicadas; tan conocedor de las bajas pasiones y los intereses sórdidos como de las posibilidades más luminosas del ser humano; tan realista, en suma, como idealista, no en la acepción filosófica de estos términos, sino en el sentido que a través de centurias les ha dado el pueblo.

Lo propio de los guías naturales del hombre, la esencia común en todos ellos, reside en su convicción de que la vida y la historia tienen sentido, en la doble acepción de significado y dirección hacia una conquistable plenitud humana. Los credos pueden diferir, los caminos pueden separarse, pero a la larga los que Martí llamara en el primer artículo de las Bases del Partido Revolucionario Cubano, con su frecuente lenguaje bíblico, los “hombres de buena voluntad”, se juntan hombro con hombro en la lucha secular, áspera y dolorosa, por una liberación y una justicia crecientes. En esta premisa se funda la Revolución iniciada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, y si Martí es el “autor intelectual” de su última etapa —no como personalidad aislada sino como vocero de “la masa adolorida” que él dijo era “el verdadero jefe de las revoluciones” — es, ante todo, porque en él se articula el sentido, la organicidad y la dirección progresiva y ascendente —por muchas que sean sus vicisitudes, retrocesos y altibajos— de toda nuestra historia.

La frustración de los objetivos reales de la guerra del 95 por la intervención norteamericana, hizo pensar a la generación cuyo máximo líder fue Mella, que el único modo de echar a andar de nuevo la historia cubana, y de insertarla en la historia universal, era asumir, desde la interpretación de la historia más avanzada de su tiempo, el legado martiano. Esa misma convicción — con mayor o menor conocimiento del marxismo — animó a la llamada Generación del Centenario, a Fidel Castro y a sus jóvenes compañeros asaltantes del Moncada, a los fundadores del Movimiento 26 de Julio, a los expedicionarios del *Granma* y a los héroes y mártires de la Sierra y el Llano. Esa convicción es la columna vertebral de la Revolución, porque lo que Martí nos legó no fue solo, con ser tanto, un ideario personal en el que culminaron las más originales y creativas corrientes de nuestro siglo XIX, sino nuestra historia misma, desde los fundadores hasta el más lejano futuro imaginable. Y cuando decimos esto no estamos pensando que Martí llevó a cabo una artificiosa y falaz “lectura teleológica” de nuestra historia, la cual nos ha sido impuesta por la Revolución como una especie de superchería o fanatismo nacionalista, sino que su deslumbrante y humilde genio consistió en coincidir de tal modo con las más profundas aspiraciones de lo mejor del pueblo cubano, que tuvo el derecho de sentir, pensar y hablar en su nombre, como su más lúcido vocero y enviado a todas las gentes, que es lo que en verdad significa “apóstol”, y por eso así lo llamaron, con supremo instinto popular, primero que nadie, los obreros cubanos y puertorriqueños en Tampa y Cayo Hueso.<sup>28</sup>

Volviendo a la recepción de Martí por la generación de Mella, como otros ejemplos de esa original simbiosis que en justicia podemos llamar los inicios de un “marxismo martiano”, vale evocar el tono, el pulso, la temperatura de algunos de los más hondos y resonantes poemas de Martínez Villena, como “La pupila insomne”, “Insuficiencia de la escala y el iris”, “El anhelo inútil” y, sobre todo, “El gigante”, única resurrección del fuego espiritual de los *Versos libres*; o esa página en que Pablo de la Torriente Brau (que había aprendido a leer en *La Edad de Oro*) clamaba por un rescate revolucionario de la figura de Cristo,<sup>29</sup> rescate cuyo antecedente lo hallamos en las increpaciones del indio Martino al padre Antonio en el “borrador dramático” de Martí, *Patria y libertad*. Baste, finalmente, recordar de Juan Marinello, quien fue, de aquel grupo inicial, el que con más tiempo y constancia desarrolló una magistral exégesis martiana, su ensayo *Españolidad literaria de José Martí* (1941), donde se destaca el paralelo con Santa Teresa de Jesús en tres direcciones: el

<sup>28</sup> El propio Martí, en comunicación dirigida al presidente del Club Cayo Hueso, el 9 de marzo de 1893, escribió que vivía y actuaba “con la transparencia y la humildad de los apóstoles”. (JM: Al presidente del Club “Cayo Hueso”, Central Valley, 9 de marzo de 1893, OC, t. 2, p. 235.)

<sup>29</sup> Pablo de la Torriente Brau: “El sermón de la montaña”, en *Casa de las Américas*, n. 123, nov.-dic. 1980, pp. 158-162. Este cuento fue publicado por primera vez en *Ruta* (Xalapa, 3a. Época, n. 46-47, dic. 1936-en. 1937).

misticismo (que ejemplifica con pasajes de sus últimas cartas), lo que llamó “la senda de lo confidencial”, y las exigencias, para ambos heridoras, de la *praxis* de fundación.<sup>30</sup>

De este modo nuestro marxismo empezó alimentándose de un substrato original, no solo en función de las necesidades y esencias patrias, sino también permeado de una espiritualidad que le venía directamente de Martí. Así llegó también la fascinación de su persona y la excelsitud de su ideario, por su propia fuerza de imantación popular, a la humilde Escuela pública cubana; y a través de una creciente bibliografía de vario mérito, pero en conjunto sincera, ferviente y útil, se abrió paso en los círculos más ilustrados la magnitud de su obra política y literaria. Cuando suena, pues, la hora de lo que el propio Martí — como lo dijo en el *Manifiesto de Montecristi* — hubiera llamado “un nuevo período de guerra”, los jóvenes que reinician la Revolución están emocional y conceptualmente imbuídos de la doctrina martiana, son precisamente los jóvenes de la Generación del Centenario, y es a partir de esa raíz que, junto a los que ya lo eran, se irán haciendo marxistas. Sometidos al imperio de la acción, unidos esencialmente por el patriotismo, la búsqueda de la justicia y la eticidad revolucionaria, no se suscitan entre ellos polémicas filosóficas. Más de una vez, Haydeé Santamaría dio testimonio de cómo se sentían “naturalmente” martianos y marxistas. Esa naturalidad se mantuvo, se ha mantenido inalterable, después del triunfo. Es un hecho histórico. Es prácticamente un milagro histórico, sin duda el mayor suceso espiritual, la mayor originalidad de la Revolución cubana, sin cuyo conocimiento cabal no es posible entenderla de veras, y cuyas consecuencias distan mucho de haberse agotado.

Bastaría, desde luego, la fidelidad a un ideario patriótico presidido por el antimperialismo, sin que en él figurase ningún ingrediente específicamente marxista, para que los Estados Unidos hubiesen declarado guerra a la Revolución iniciada por la Generación del Centenario y encabezada por el Movimiento 26 de Julio antes de constituirse el nuevo Partido Comunista de Cuba. De hecho esa guerra se declaró a partir del convencimiento de que el triunfo del primero de enero de 1959, sin dilaciones ni vacilaciones, daba paso a una reestructuración justiciera del país en la que la explotación imperialista y la consecuente dependencia económica y política no tendrían espacio. Dicho en otras palabras, hubiera bastado que el proyecto revolucionario hubiese sido, como lo era en *La historia me absolverá*, única y exclusivamente martiano, para que los Estados Unidos no lo admitieran, como no lo admitieron al intervenir para mediatizar, mediante la apropiación de las mejores tierras, los mejores negocios y la imposición de la Enmienda Platt, la soberanía de la nueva República. Porque si algo sabían los Estados Unidos, aunque ignorasen a fondo las dimensiones más profundas del pensamiento martiano, era que quien se enfrentó con el Secretario de Estado James G. Blaine en la Conferencia Monetaria de 1891, y desbarató sus planes hegemónicos para las relaciones

<sup>30</sup> Cf. Juan Marinello: *Ensayos martianos*, Universidad Central de Las Villas, 1961, pp. 44-50.

financieras y comerciales de la América del Norte con la del Sur, no fue Carlos Marx sino José Martí. Durante la seudorrepública, los múltiples trabajos de Emilio Roig de Leuchsenring culminantes en su libro *Martí antimperialista* (1953) no dejaron resquicio para la duda: el autor de la última carta a Manuel Mercado, en que se revela definitivamente el sentido antimperialista de la guerra del 95, no fue Carlos Marx ni Vladimir Ilich Lenin sino José Martí. Por todo ello puede decirse que, así como José Porfirio Miranda afirma que “lo que motiva los rechazos occidentales antimarxistas es en realidad todo aquello en que Marx coincide con la Biblia”,<sup>31</sup> afirmación de la que nos ocuparemos más adelante, del mismo modo puede afirmarse, con pruebas objetivas, que lo que motiva la hostilidad de Estados Unidos hacia la Revolución Cubana es en realidad todo aquello en que su marxismo y su leninismo pueden articularse con el ideario político y social de José Martí, a saber: la toma de partido por “los pobres de la tierra”, el rechazo a las consecuencias humillantes del imperialismo como “fase superior del capitalismo”, el proyecto de una “República de trabajadores” e incluso, tal como se lee en el Manifiesto al *Nueva York Herald* del 2 de mayo de 1895, la clara advertencia contra “un poder extraño que se prestase sin cordura a entrar de intruso en la natural lucha doméstica de la Isla favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población matriz y productora”,<sup>32</sup> es decir, la intrusión de Estados Unidos en “la natural” lucha de clases prevista ya para la República, por Martí, en vísperas de su muerte. A todo ello no faltará quien oponga tres argumentos que deben considerarse: 1) que, pudiendo serlo, Martí no fue marxista ni nunca se declaró socialista; 2) su artículo sobre *La futura esclavitud*, de Herbert Spencer; 3) su profunda religiosidad cristiana.

Al primero de estos argumentos debe responderse que ciertamente no fue marxista, pero tampoco antimarxista, pues de lo contrario no hubiese admitido en su Partido a Carlos Baliño, ni hubiera hecho, como lo hizo, su reiterado elogio.<sup>33</sup> Precisamente esa admisión es una prueba inicial de la comunidad

<sup>31</sup> José Porfirio Miranda: *Marx y la Biblia; crítica a la filosofía de la opresión*, 12a ed., Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1988, p. 292.

<sup>32</sup> JM: “Al *New York Herald*”, 2 de mayo de 1896, OC, t. 4, p. 156.

<sup>33</sup> “Quiérame a Baliño, que es redondo de mente y de razón”, en carta a Ángel Peláez de enero de 1892, en OC, t. 1, p. 298; “Carlos Baliño, pluma y lengua de oro, es vicepresidente” [del Club de Tampa “Diez de abril”], en OC, t. 2, p. 201; “al escribir su primera frase en la ciudad nueva ese cubano de oro, ese levantado Baliño, he aquí lo que escribe” [y reproduce un largo y hermoso párrafo de Baliño sobre la fundación en Thomasville de una nueva colonia de emigrados afiliados al Partido Revolucionario Cubano], en OC, t. 2, p. 291; “Fortuna verdadera para Thomasville, y para Cuba, es que vayan allí hombres como Carlos Baliño, que sabe conciliar la libertad ardiente con la elevación que la acredita y asegura, que padece, angustiado, de toda pena de hombre”, en OC, t. 5, p. 68. Como es sabido, Baliño fundó con Mella y otros jóvenes el primer Partido Comunista de Cuba en 1925.

de ideales a que venimos refiriéndonos. Esos ideales comunes ya están consignados en el juicio sobre Marx con motivo de su muerte en 1883: el ponerse “del lado de los débiles”, el haber estudiado “los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases” y enseñarles a “los dormidos”, esto es, a los ignorantes o inconscientes, “el modo de echar a tierra los puntales rotos”, el haber sido, en suma, “hombre comido del ansia de hacer bien”, en quien fue todo “rebeldía, camino a lo alto, lucha”, eran sin duda los caracteres por los que merecía “honor”. Sus reparos consistían en que “no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño”, en que “se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde y espante”, y en que “anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa”:<sup>34</sup> prevenciones todas relacionadas, o relacionables, con los velados juicios desaprobatorios de Martí en torno a la Comuna de París, no por los fines justicieros que perseguía, sino por su inmadurez, precipitación y extremismo, que provocaron en Francia una reacción incontrastable. Son juicios que aparecen en sus crónicas europeas de 1881-82, muy poco antes de su valoración de Marx en mayo del 83. Resalta en ellas su rechazo del odio, no solo por razones éticas, sino porque “el odio no construye”,<sup>35</sup> y, de otra parte, su equivocada estimación de la figura de Thiers, a quien atribuyó, seguramente por la desinformación que ya empezaba a ser arma poderosa en manos de la burguesía, méritos y virtudes que estuvo muy lejos de poseer.<sup>36</sup> En cuanto a la lucha de clases, sin embargo, como vimos en la carta al *Nueva York Herald* más de diez años después (y se confirma en un pasaje esencial de la última carta a Mercado), Martí llegó a considerarla inevitable y previsible en la futura República cubana.

<sup>34</sup> JM: “Honores a Karl Marx, que ha muerto”, Carta de Martí, *La Nación*, Buenos Aires, 13 y 16 de mayo de 1883, OC, t. 9, p. 388 (Ver aquí todo lo entrecomillado de este párrafo, N. de la E.).

<sup>35</sup> JM: “Radicales y moderados”, Francia, *La Opinión Nacional*, Caracas, 1882, OC, t. 14, p. 496.

<sup>36</sup> He examinado largamente estos asuntos en un trabajo inédito titulado “Notas sobre Martí y la política francesa (1881-1882)”. Allí observo: “La información manejada por Martí acerca de las figuras de la política francesa, desde Thiers hasta Gambetta, y muy especialmente en el caso del primero, parece estar viciada por la propaganda oficial y oficiosa de la burguesía dominante en los órganos de publicidad de la época. Todavía hoy, si consultamos las Enciclopedias al uso, encontramos esa imagen de Thiers como gran estadista, gran patriota, salvador del territorio, historiador monumental, orador brillante, etc., con mínima o ninguna referencia a su responsabilidad en la brutal represión de la Comuna y a otras fechorías más ocultas, denunciadas por Marx desde 1871, como parte insoluble de su representación rigurosamente clasista y reaccionaria”. (Cf. Carlos Marx: *La Guerra Civil en Francia*, Imprenta Nacional de Cuba, 1962; Jean Bruhat, Jean Darity y Emile Tersen: *La Comune de 1871*, Editions Sociales, París, 1960.)

Acerca del socialismo, o más bien los socialismos que en su época se barajaban, hallamos notas indicadoras de un vivo interés por el tema en los Cuadernos de Apuntes, y sobre todo una muy significativa carta a Fermín Valdés Domínguez por su participación en las conmemoraciones del 1.º de mayo de 1894 en Tampa. Recordando quizás su propio comentario a *La futura esclavitud*, de Herbert Spencer, al que nos referiremos después, allí le dice Martí a su amigo entrañable:

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas, y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquel, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana.<sup>37</sup>

A lo que añade: “Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: — el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas, — y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados”.<sup>38</sup>

Y termina confiándole a Fermín: “Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla”.<sup>39</sup>

En esta cautela volvemos a sentir las prevenciones derivadas del ejemplo de la Comuna, pero es evidente que para esta fecha, a un año de su caída en combate, Martí no era ya el eterno temeroso de “la idea socialista” — no por ella misma sino por “la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia” y por “la obra negativa y reaccionaria de la ira” —<sup>40</sup> que pudo parecer en su prólogo y artículo sobre los *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael de Castro y Palomino, publicados el mismo año de su juicio sobre Marx. Cualesquiera que fueran los lineamientos (seguramente utópicos, según el criterio marxista) del socialismo en cuestión, las líneas transcritas de la carta a Fermín no son ciertamente las de un antisocialista ultranza, sino de alguien que prevé la necesidad que habrá, en la República independiente, de “explicar” con argumentos certeros la orientación “nueva” — y en esto insistió siempre — de la futura sociedad cubana.

Retrocediendo diez años atrás, examinemos el artículo de Martí sobre *La futura esclavitud*, de Spencer. Lo primero a notar es el método anunciado

<sup>37</sup> JM: A Fermín Valdés Domínguez, Nueva York, mayo de 1894, OC, t. 3, p. 168.

<sup>38</sup> Ídem.

<sup>39</sup> Ídem.

<sup>40</sup> JM: “Prólogo de Martí”, *Cuentos de hoy y de mañana*, OC, t. 5, pp. 101 y 102.

desde las primeras líneas. Advierte Martí: “Lo seguiremos de cerca en su raciocinio, acá extractando, allá supliendo lo que apunta; acullá, sin decirlo, arguyéndolo”.<sup>41</sup> Quiere decir que, según fue habitual en las crónicas martianas, en parte asumía como propias, incluso completándolas, las tesis del autor comentado, y en parte, tácitamente, lo sometía a discusión, a veces impugnándolo. El único modo honrado, pues, de leer estas páginas es distinguiendo las diversas operaciones que en ellas se verifican y se nos anuncian, si bien desde el principio Martí no oculta su criterio de que el autor procede en su estudio “a manera de ciudadano griego que contaba para poco con la gente baja” y teniendo como premisa el “desdén y señorío” típicos de la literatura inglesa. Es por ello que “todas esas intervenciones del Estado [a favor de los pobres: y de solo esto se trataba, no de poner los medios de producción en manos de los trabajadores] las juzga Herbert Spencer como causadas por la marea que sube, e impuestas por la gentualla que las pide, como si el loabilísimo y sensato deseo de dar a los pobres casa limpia, que sana a la par el cuerpo y la mente, no hubiera nacido en los rangos mismos de la gente culta, sin la idea indigna de cortejar voluntades populares”.<sup>42</sup> El punto clave de la crítica spenceriana, sin embargo, aparece expuesto por Martí compartiéndolo, y es el que se refiere a la aparición en el socialismo de “una casta nueva de funcionarios”. Gran acierto de Spencer fue el de señalar este peligro, este veneno interior que en buena parte ha sido causa del desplome del socialismo europeo; acierto al que se añade el de Martí al observar que con semejante casta de burócratas “claro está que el nervio nacional se pierde”, y al exclamar: “¡Mal va un pueblo de gente oficinista!”.<sup>43</sup> Asume, pues, con entera crudeza, la tesis de Spencer (“Todo el poder que iría adquiriendo la casta de funcionarios [...] lo iría perdiendo el pueblo. [...] De ser esclavo de los capitalistas, como se llama ahora, iría a ser esclavo de los funcionarios”<sup>44</sup>), para señalar enseguida el reverso de esa justificada preocupación por un mal futuro encubriendo la injustificada despreocupación por el mal presente, cuando sentencia:

Pero no señala con igual energía [...] los modos naturales de equilibrar la riqueza pública dividida con tal inhumanidad en Inglaterra, que ha de mantener naturalmente en ira, desconsuelo y desesperación a seres humanos que se roen los puños de hambre en las mismas calles por donde pasean hoscos y erguidos otros seres humanos que con las rentas de un año de sus propiedades pueden cubrir a toda Inglaterra de guineas.<sup>45</sup>

<sup>41</sup> JM: “Hebert Spencer”, *OC*, t. 15, p. 387.

<sup>42</sup> JM: “La futura esclavitud”, *La América*, Nueva York, abril de 1884, *OC*, t. 15, p. 389.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 391.

<sup>44</sup> *Ídem*.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 392.

Hecho así el balance de los peligros del socialismo denunciados por Spencer y de la necesidad urgente de curar o por lo menos aliviar las llagas de la injusticia social, Martí se atreve a concluir con palabras de una actualidad inesperada que nos obligan a repensar todo el problema: “Nosotros diríamos a la política: ¡Yerra, pero consuela! Que el que consuela, nunca yerra”.<sup>46</sup>

En cuanto a la religiosidad martiana como argumento contra la integración de su legado con los principios filosóficos del marxismo, ya vimos el reconocimiento de esa religiosidad por la primera generación de marxistas cubanos, al que habría que añadir testimonios posteriores como el de Carlos Rafael Rodríguez.<sup>47</sup> Por otra parte pienso que, más allá de sus ideas sobre el fenómeno religioso y de su juicio acerca de las relaciones entre el cristianismo original y la historia de la Iglesia, la religiosidad más profunda de Martí, la que se manifiesta en su conducta personal e histórica, tenía mucho que ver con la observación ya citada de José Porfirio Miranda acerca de las coincidencias de Marx y la Biblia como verdadero motivo de “los rechazos occidentales antimarxistas”. ¿En qué consiste esa coincidencia? Según *El Capital*: “en los anales de la historia real han sido la conquista, el esclavizamiento, la rapiña a mano armada, la ley de la fuerza bruta, las que han triunfado siempre”, y tales han sido “en realidad los métodos de la acumulación primitiva”.<sup>48</sup> Por lo tanto, observa don Porfirio, “la primitiva acumulación de capital, sin la cual el mecanismo capitalista no se establece en la historia, Marx la atribuye precisamente a causas como las descritas por Pablo en Rom 1, 28-31; 3, 10-17”. ¿Y qué dicen estos versículos, que no hacen más que resumir la secular denuncia profética y todo el mensaje evangélico en su contenido social? Dicen que los hombres, desconociendo la voluntad expresa de Dios, estuvieron siempre “atestados de toda injusticia” y de toda “perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades”, y que fueron “soberbios”, “altivos”, “inventores de males”, “sin afecto natural”, “implacables”, “sin misericordia”. Y más aun, que entre los hombres, judíos

<sup>46</sup> Ídem.

<sup>47</sup> “Y esta posición [idealista] está en José Martí vinculada también a una religiosidad evidente [...] el Martí contra la Iglesia, contra el Papado, contra las fuerzas del clero en todas las religiones, es el Martí respetuoso de la religiosidad practicante, de una tolerancia sin límites hacia la religiosidad auténtica, admirador de los religiosos que revolucionarizan la Iglesia, como el Padre McGlynn y, sobre todo, vinculado a los religiosos que asumen posiciones radicales. Y es aquí donde enlaza también el pensamiento martiano con la comprensión contemporánea de esas esferas de la izquierda religiosa, vocadas ahora contra el clero reaccionario, que constituyen la izquierda cristiana en general; de la cual habló tan precisamente el compañero Fidel en sus palabras chilenas”. (Carlos Rafael Rodríguez: “José Martí, contemporáneo y compañero”, 27 de enero de 1972, en *José Martí, guía y compañero*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1979, p. 80).

<sup>48</sup> Citado por José Porfirio Miranda según la edición mexicana de *El Capital*, III, 1968, en la página 291 de *Marx y la Biblia*, ed. cit.

o gentiles: “No hay un justo, ni aun uno; no hay quien entienda; todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz”. Por lo que afirma Miranda que “la totalidad y organicidad de la injusticia estructurada en civilización [lo que Martí, a propósito de la conquista española, llamó una “civilización devastadora”<sup>49</sup>] Pablo la constató dieciocho siglos antes que Marx”, y que “el hecho indudable de que Pablo denunciara desde el siglo primero esa totalidad civilizatoria del pecado y del desamor, objetivamente nos obliga a afirmar que el capitalismo denunciado por Marx es el desarrollo congruente de la civilización humana de la opresión, es la cultura de la injusticia y del aplastamiento de los hombres llevada a extremo perfeccionamiento y refinamiento sistemático. Con una capacidad tal de reabsorción, que logró recuperar y asimilar para su propio provecho y reforzamiento aun la fuerza misma del cristianismo embotando su filo mediante reducción a cosmovisión griega”.<sup>50</sup> Es esta cosmovisión griega injertada en el cristianismo la que puede llevarnos a subrayar una diferencia: que para Pablo ese *kosmos* del mal se debe a desobediencia del hombre a Dios, en tanto para Marx Dios no existe, solo hay leyes económicas. Nadie, sin embargo, se indigna contra una ley de la que nadie es responsable. Si Marx se indigna tanto como Pablo ante esa conducta secular de los hombres y no se resigna, como tampoco Pablo, a que se perpetúe, es porque de algún modo cree también en otra ley que no nombra, y que, según Miranda, incluso hace bien en no nombrar, porque el Dios de la revelación hebrea no existe ontológicamente, objetivamente, como el arquetipo del Bien platónico o el “motor inmóvil” aristotélico, sino que es una palabra viva que nos interpela, una voz que nos habla, y si no la oímos, si no le respondemos, de hecho para nosotros no existe, la hemos convertido en un ídolo abstracto que, desde luego, merece ser negado. La mayor coincidencia, pues, de Marx y la Biblia, la que los propios marxistas suelen desconocer y Occidente no les perdona, es que “el pecado y el mal, que después se estructuraron en sistema civilizatorio esclavizante, no le son inherentes a la humanidad y a la historia, comenzaron un día por obra humana y son, por tanto, suprimibles”. “Esta convicción —añade Miranda— ha sido relegada por Occidente entero al archivo de las utopías”. Ahora bien, “si Occidente llama utópico a Marx, lo primero que tiene que hacer es quitarse la máscara y llamar utópico al evangelio; y que los frentes se deslinden pasando la raya donde realmente está, y no se siga defendiendo a Occidente so pretexto de los valores eternos de la cultura cristiana”.<sup>51</sup>

<sup>49</sup> JM: “Los Códigos Nuevos”, OC, t. 7, p. 98.

<sup>50</sup> José Porfirio Miranda, ob. cit., pp. 294 y 295.

<sup>51</sup> José Porfirio Miranda, ob. cit., pp. 295-296.

A la luz de estas ideas, que están en la base misma de la hoy llamada Teología de la Liberación, la religiosidad cristiana de Martí, adivinada por la sensibilidad popular más que declarada por él públicamente, se inserta en la línea revolucionaria que le corresponde. Él fue, precisamente, uno de esos “subvertidores” que la misma injusticia imperante desde siglos inmemoriales engendra cuando está llegando a su propia *reductio ad absurdum*, cuando la humanidad empieza a “caer en la cuenta de la maquinaria infernal que ha montado y para liberarse definitivamente de ella”.<sup>52</sup> Como escribimos hace ya bastantes años: “Entre los profetas de los nuevos tiempos, de ese porvenir sintetizador de las facultades y necesidades humanas, ninguno encarna como José Martí el ejemplo del hombre futuro. Ninguno como él regó con su sangre la tierra verdadera del hombre: del hombre completo, carnal y espiritual, profano y sagrado, temporal y eterno. Del hombre íntegro que es, en la historia, nuestra única esperanza”.<sup>53</sup>

---

<sup>52</sup> *Ibíd.*, p. 295.

<sup>53</sup> Cintio Vitier: “Martí futuro”, 1964, en *Temas martianos*, en colaboración con Fina García Marruz, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969, pp. 139-140.

## ANEXO

### *Nuestra América* (Edición Crítica)

269

**C**ree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas,<sup>1</sup> y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo,<sup>2</sup> que van por

<sup>1</sup> “Los gigantes que llevan siete leguas en las botas”: Alusión a un personaje fabuloso de cuentos para niños (como *Pulgarcito*, de Charles Perrault), utilizado aquí para simbolizar la desproporción y el peligro de los países más poderosos (cuyo desarrollo es “siete veces” más rápido) en sus relaciones con los más pequeños y débiles. Ya en “Meñique”, en *La Edad de Oro* (julio de 1889), Martí había ilustrado para los niños de nuestra América, mediante el cuento de Laboulaye, la tesis de que “el saber vale más que la fuerza”. (*Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, t. 18, pp. 310-324. [En lo delante, OC (N. de la E.)]. En su última carta a Manuel A. Mercado (Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895) consagrará políticamente, a partir del relato bíblico (1 Samuel 17), la imagen del pastorcillo David como vencedor del gigante Goliat. (OC, t. 4, p. 168).

<sup>2</sup> “La pelea de los cometas en el cielo”: En su artículo “El hombre antiguo de América y sus artes primitivas” (*La América*, Nueva York, abril de 1884) Martí se refirió a una creencia indígena, la de “los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas [...]”. Según Arístides Rojas, gran amigo venezolano de Martí: “Los macusies, en la [...] región del Orinoco, llaman al cometa *copeeseima* que quiere decir *nube orgullosa*; y también *wocinopsa*, que equivale a *un sol castigando las luces que lo siguen*, mientras “el sol dormido”, entre otros idiomas americanos, según Humboldt, es la luna (“sol de noche”, “sol que duerme”), y “la montaña inmóvil” para los quechuas era Sirio, al que consideraban centro del Universo. (Cf. C.V.: “Una fuente venezolana de José Martí”, en *Temas martianos. Segunda serie*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, 1982, pp. 138-139). Toda la metáfora de los cometas que en su pelea “van por el aire dormidos [es decir, irresponsables] engullendo mundos”, debe relacionarse con el siguiente pasaje de la crónica titulada “Congreso Internacional de Washington” (*La Nación*, Buenos Aires, 19 y 20 de diciembre de 1889): “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué

el aire dormido[s] engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos:<sup>3</sup> las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final,<sup>4</sup> a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen, han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quiere[n] que le[s] llamen el pueblo ladrón,<sup>5</sup> devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.<sup>6</sup>

A los sietemesinos solo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el bazo de Madrid o de París, y dicen

---

han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?". (OC, t. 6, p. 57).

<sup>3</sup> "Los varones de Juan de Castellanos": Alude a las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589), escritas por Juan de Castellanos (1522-1607) en Nueva Granada, composición de 150 000 endecasílabos, cuyo influjo en algunos pasajes de nuestro *Espejo de paciencia* (1608), de Silvestre de Balboa Troya y Quesada, ha sido señalado por la crítica.

<sup>4</sup> "La bandera mística del juicio final": Entre otros pasajes bíblicos, puede referirse al siguiente de Isaías (18,3): "Vosotros, todos los moradores del mundo y habitantes de la tierra, cuando se levante bandera en los montes, mirad; y cuando se toque trompeta, escuchad".

<sup>5</sup> "Que les llamen el pueblo ladrón": En OC, t. 6, p. 15: "que les llame el pueblo ladrones", modificación que cambia el sentido.

<sup>6</sup> "Como la plata en las raíces de los Andes": Otro símil telúrico le sirvió a Martí para expresar una idea semejante en su carta a Federico Henríquez y Carvajal fechada en Montecristi, el 25 de marzo de 1895: "Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino". (OC, t. 4, p. 112).

que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles,<sup>7</sup> o vayan a Tortoni, de sorbetes.<sup>8</sup> ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delante un indio, de la madre que los crio, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios,<sup>9</sup> y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios,<sup>10</sup> y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres, y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington<sup>11</sup> que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia?

<sup>7</sup> “Vayan al Prado, de faroles”: Se refiere al Paseo del Prado, en Madrid. En cuanto a “ir de faroles”, “farolear”, según el *Diccionario de la lengua española*, significa “fachendear” (“Hacer ostentación vanidosa o jactanciosa”) o “papelonear” (“Ostentar vanamente autoridad o valimiento”). De acuerdo con el *Diccionario general de americanismos* de Francisco J. Santamaría (México, Edit. Pedro Robredo, 1942), en México se llama “farol” a un “sujeto de poca miga que presume de personaje y se da mucha importancia”. En el *Léxico mayor de Cuba* (La Habana, Lex, 1958), de Esteban Rodríguez Herrera, se registran “farol” como “embuste o mentira exagerada, con todas las características de un engaño”; “farolear”; “tirar o echar faroles o mentiras”, “fanfarronear”; y “farolero”: “persona amiga de tirar o echar faroles”.

<sup>8</sup> “Vayan a Tortoni, de sorbetes”: Por el sentido contextual, no parece referirse a “sorbetes” como refrescos congelados en forma cónica, sino a su acepción mexicana: “sombbrero de seda, de copa alta”, o “sombbrero de pelo, chistera” (*Diccionario general de americanismos*, ed. cit.). Tortoni era un famoso restaurante parisién.

<sup>9</sup> “América, que ha de salvarse con sus indios”: En “Arte aborigen” (*La América*, Nueva York, enero de 1884) escribió Martí: “O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha”. (OC, t. 8, p. 329) Y en “Autores americanos aborígenes” (*La América*, abril de 1884): “¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América”. (OC, t. 8, pp. 336-337).

<sup>10</sup> “La América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios”: Cf. “Los indios en los Estados Unidos”, publicado en *La Nación*, Buenos Aires, el 4 de diciembre de 1885. (OC, t. 10, pp. 319-327).

<sup>11</sup> “Washington”: Sobre George Washington (1732-1799), uno de los fundadores, libertador y primer presidente de los Estados Unidos, escribió Martí en varias ocasiones, señaladamente en su crónica “El centenario americano”, publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, el 21 de junio de 1889. (OC, t. 13, pp. 377-389).

¡Estos “increíbles”<sup>12</sup> del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América,<sup>13</sup> levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal,<sup>14</sup> porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irredimible<sup>15</sup> a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal<sup>16</sup> famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton<sup>17</sup> no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de

<sup>12</sup> “¡Estos ‘increíbles’ del honor”: Durante la Revolución francesa, bajo el Directorio, se llamó “increíbles” (“incroyables”) a los jóvenes de la oposición realista caracterizados por su gran afectación en el vestir, los modales y el habla, de la que suprimían las erres. El apodo les vino de la afectación con que repetían: “*c’est incoyable, ma paole d’honneu*”. A partir del origen anecdótico de la frase, es muy aguda la aplicación que de ella hace Martí.

<sup>13</sup> “Nuestras repúblicas dolorosas de América”: En el discurso conocido por “Madre América”, ante los delegados a la Primera Conferencia Internacional Americana, el 19 de diciembre de 1889, había dicho: “Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez”. (OC, t. 6, p. 134.).

<sup>14</sup> “Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal”: En su carta a Ricardo Rodríguez Otero, fechada en Nueva York el 10 de mayo de 1888, Martí dijo de la patria: “Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella”. (OC, t. 1, p. 196).

<sup>15</sup> “Irredimible”: En *El Partido Liberal* y en OC, t. 6, p. 16: “irremediable”.

<sup>16</sup> “Gamonal”: Según el *Diccionario “cacique”*, y en su segunda acepción: “Persona que en un pueblo o comarca ejerce excesiva influencia en asuntos políticos o administrativos”.

<sup>17</sup> “Hamilton”: Alexander Hamilton (1757-1804), nacido en la isla antillana de Nevis, estadista norteamericano, uno de los principales colaboradores de Washington. En su crónica sobre “Las fiestas de la Constitución en Filadelfia”, aparecida en *La Nación*, de Buenos Aires, el 13 de noviembre de 1887, Martí hace de él un retrato mínimo: “Allí

Sieyès<sup>18</sup> no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.<sup>19</sup> A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.<sup>20</sup>

---

el impetuoso Hamilton en quien la elegancia contenía el valor y la gracia el genio, sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y francesa; precoz, como nacido en zona cálida; fundador de la hacienda; hombre de arriba, de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo". (OC, t. 13, pp. 317-318).

<sup>18</sup> "Sieyès": Emmanuel-Joseph Sieyès (1748-1836), abate y político francés, famoso como teórico de la Revolución francesa, fundador del Club de los Jacobinos, miembro de la Constituyente, de la Convención, del Consejo de los Quinientos, director y cónsul. En vísperas de la Revolución publicó un célebre escrito sobre *El Tercer Estado*.

<sup>19</sup> "No se desestanca la sangre cuajada de la raza india": En el discurso pronunciado en el Club del Comercio de Caracas, el 21 de marzo de 1881, Martí había dicho: "hay que devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, que se heló en hora triste en la garganta de Netzahualcóyotl y Chilam; hay que deshelar, con el calor de amor, montañas de hombres". (OC, t. 7, p. 285).

<sup>20</sup> En su "Discurso de Angostura" (15 de febrero de 1819), síntesis de su ideario, Bolívar había dicho: "¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice el *Espíritu de las Leyes* que estas deben ser propias para el pueblo en que se hacen; que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra; que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!". (Simón Bolívar: *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho 1, 1976, p. 108).

Por otra parte, Julio Antonio Mella comentó la sentencia final de este párrafo: "El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país", con las siguientes palabras: "Puede ser. Pero donde no hay equilibrio, donde no hay *elementos naturales*" —no lo es nunca el rico capitalista aburguesado y opresor, o su amo, el imperialismo— donde no hay gobierno, donde no hay nada, es necesario eliminar los elementos no "naturales". (Cf. "Glosas al pensamiento de José Martí", en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1978, pp. 14-15. Existe una edición posterior de 1985).

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie,<sup>21</sup> sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno, y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

---

<sup>21</sup> “No hay batalla entre la civilización y la barbarie”: Refutación, aquí explícita, pero implícita en todo el texto, de la tesis mantenida por Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) en su obra más famosa: *Facundo o Civilización contra Barbarie* (1845), historia del caudillo riojano y alegato contra el tirano Rosas. No obstante su discrepancia, en su crónica “Un libro del Norte sobre instituciones españolas en los Estados que fueron de México”, publicada también por *El Partido Liberal* el 25 de noviembre de 1891, y abundando en criterios expuestos en “Nuestra América”, escribió Martí: “Saberse de memoria a Taine no vale tanto, para gobernar el territorio de Tepic, como conocer hombre a hombre y costumbre a costumbre el territorio. Ni con galos ni con celtas tenemos que hacer en nuestra América, sino con criollos y con indios. Lo que Sarmiento, el primero, hizo en la Argentina con su libro fundador, su famoso ‘Civilización y Barbarie’, lo hacía Justo Sierra hace un año en México. Es necesario conocernos para gobernarnos”. (OC, t. 7, p. 59). Por su parte Sarmiento —no sin disentir, como era previsible, de la actitud cada vez más crítica de Martí ante el “modelo norteamericano”—, pidiéndole a Paul Groussac la traducción de la crónica martiana sobre la inauguración de la estatua de la Libertad en Nueva York, había escrito en *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 de enero de 1887: “En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal”, y añadió: “Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya”. (Cf. *Obras completas de D.F. Sarmiento*, Buenos Aires, Imp. y Lit. Mariano Moreno, 1900, t. XLVI, pp. 173-176). Llegó el homenaje a Martí, quien el 7 de abril de 1887 escribió a Fermín Valdés Domínguez: “Olvidaba decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables como las tuyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir”. (OC, t. 20, p. 325). No obstante el mutuo respeto y admiración que se profesaron, las concepciones que tuvieron Sarmiento y Martí acerca de la “civilización”, la “barbarie”, las razas indígenas y el papel de los Estados Unidos en el desarrollo futuro de “nuestra América”, resultan inconciliables.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude, y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes<sup>22</sup> de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.<sup>23</sup> Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.<sup>24</sup>

---

<sup>22</sup> “Arcontes”: Magistrados a los que se confirió el gobierno de Atenas y otras ciudades en la antigua Grecia.

<sup>23</sup> “Pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”: Jean Lamore observa: “Es interesante notar el punto de vista similar de José Carlos Mariátegui, que escribía en “Aniversario y balance” (en *Ideología y política*, Lima, 1969): “No deseamos ciertamente que el socialismo en América sea una copia o un calco. Debe ser una creación heroica. Debemos dar vida, con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano”. (Cf. *José Martí: La guerre de Cuba et le destin de l'Amérique Latine*, París, Aubier Montaigne, 1973, nota 18, trad. por C.V., p. 273).

<sup>24</sup> “Que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”: Nótese, en esta recapitulación, la musicalidad del tema que vuelve como en un *ritornello*.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen<sup>25</sup> salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer<sup>26</sup> alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español,<sup>27</sup> a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España.<sup>28</sup> Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas.<sup>29</sup> Y como el heroísmo

<sup>25</sup> “El estandarte de la Virgen”: Se refiere a la Virgen de Guadalupe, cuya imagen, tomada por el cura Miguel Hidalgo Costilla (1753-1811) del Santuario de Atotonilco, fue bandera de su ejército en la guerra de liberación iniciada el 16 de septiembre de 1810.

<sup>26</sup> “Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer”: En “Tres héroes”, *La Edad de Oro* (n. 1, julio de 1889) Martí había escrito: “Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios”. (OC, t. 18, p. 306). En ambos casos alude al cura Hidalgo, a oficiales sublevados con él —como Abasolo, Allende y Aldama— y a la esposa del corregidor que Querétaro, Manuel Domínguez, la heroína Josefa Ortiz, a la que Martí proyectaba incluir en un estudio sobre las “Mujeres de América”. (Cf. OC, t. 22, p. 158).

<sup>27</sup> “Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa”: Probablemente se refiere (aunque no fue español, sino criollo) al canónigo Antonio José de las Mercedes Larrazábal (1769-1853), profesor de la Universidad de San Carlos, electo representante de Guatemala en las Cortes de Cádiz que proclamaron la Constitución liberal de 1812. En 1815 el gobernador José Bustamante y Guerra, por orden del rey, “mandó al Ayuntamiento que recogiera las Instrucciones dadas al diputado a las Cortes de Cádiz de 1812, canónigo Larrazábal, porque se inspiraban”, decía, “en las proposiciones de la Asamblea Nacional de Francia”. (Cf. Manuel Galich: *Guatemala*, Casa de las Américas, La Habana, 1968, p. 64). Otro canónigo —Juan Nepomuceno de San Juan— fue enviado a España por la capitania de Guatemala al restaurarse la Constitución de Cádiz en 1820, año en que se decretó la libertad de imprenta y empezó a publicarse *El Editor Constitucional*, dirigido por el doctor Pedro Molina, sin duda uno de aquellos “bachilleres magníficos” aludidos en el texto, que figura como personaje en el “borrador dramático” *Patria y libertad*, escrito por Martí en Guatemala, en abril de 1877, para conmemorar la independencia de ese país. (OC, t. 18, pp. 129-175).

<sup>28</sup> “Contra España al general de España”: Se refiere al capitán general de Guatemala, don Gabino Gaínza, convertido en jefe del nuevo gobierno de Centro América, separada de la corona española, por decisión de la Asamblea convocada el 15 de septiembre de 1821.

<sup>29</sup> “Uno, que no fue el menos grande, volvió riendas”: Alude al general San Martín y al desenlace de su entrevista con Bolívar en Guayaquil (26-27 de julio de 1822). En “Tres héroes” había escrito Martí: “Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes”. (OC, t. 18, p. 308), (Cf. “San Martín, Álbum de *El Porvenir*, Nueva York, 1891, en OC, t. 8, pp. 223-233).

en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos<sup>30</sup> no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, — entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.<sup>31</sup> El tigre, espantado del foganazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros — de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico

<sup>30</sup> “Bibliógenos”: neologismo por “nacidos o hijos de los libros”.

<sup>31</sup> “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”: Diez años antes, en el “Cuaderno de Apuntes no. 6” (1881), se halla un antecedente de este pensamiento central de “Nuestra América”. Es el apunte que dice: “En América, la revolución está en su período de iniciación. — Hay que cumplirlo. Se ha hecho la revolución intelectual de la clase alta: helo aquí todo. Y de esto han venido más males que bienes”. (OC, t. 21, p. 178).

de la raza aborigen,<sup>32</sup> — por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia<sup>33</sup> el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con el lanzón, se puede echar al lanzón atrás, porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide<sup>34</sup> “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación<sup>35</sup> que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha

<sup>32</sup> “La raza aborigen”: Preferimos aquí la lección de OC, t. 6, p. 19, aunque en *La Revista Ilustrada de Nueva York* y en *El Partido Liberal* se lee “aborigene”.

<sup>33</sup> “Como anunció Rivadavia”: Bernardino Rivadavia (1780-1845), político y prócer argentino, primer presidente de su país (1826-1827), bajo cuyo mandato se promulgó la Constitución unitaria, rechazada por las provincias. Perseguido por Rosas, se expatrió en Uruguay y más tarde en Cádiz, donde murió. No obstante sus errores, es una de las más altas figuras civiles de la Argentina. De él dijo Bartolomé Mitre: “adelantándose a su tiempo, enseñó que el hombre, libre por su naturaleza, no es el siervo perpetuo de la gleba, ni el feudatario de otros hombres constituidos en autoridad”. (UTEHA).

<sup>34</sup> “En la puerta del Congreso de Iturbide”: Agustín de Iturbide (1783-1824). Emperador de México, nacido en Valladolid, actual Morelia. Ascendió en la carrera militar peleando contra los insurgentes mientras gozaba de la confianza del Virrey Apodaca. Después de varios reveses sufridos frente al general Guerrero, intentó manipular el movimiento independentista y formuló el llamado Plan de Iguala. Consumada la independencia de México, el 18 de mayo de 1822 el sargento Pío Marcha lo proclamó emperador, acto que tuvo que ser ratificado por el Congreso a los dos días, y al cual alude el texto. Coronado el 21 de julio siguiente, la pugna con el Congreso y la oposición republicana encabezada por Santa Anna lo llevaron a abdicar el 20 de marzo de 1823. Fue condenado a muerte por el Congreso mientras estaba en Europa, y al regresar a México dicha sentencia se hizo efectiva, en Padilla, el 19 de julio de 1824. (Cf. el Plan de Iguala en: Jesús Silva Herzog: *De la historia de México, 1810-1938*, Siglo XXI, México, 1980, pp. 26-27).

<sup>35</sup> “El genio de la moderación”: En un ensayo inédito titulado “El amor como energía revolucionaria en José Martí”, Fina García Marruz ha observado la relación que establece Martí entre el heroísmo y la moderación dentro de la dinámica más profunda de “la capacidad de sacrificio”. La consideró virtud vinculada con “la armonía serena de la Naturaleza”, distintiva de los mejores hombres de “Nuestra América”, cuyo paradigma poético lo encontró en Heredia: “volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas”. (OC, t. 5, p. 136). Tan elogiosa como esperanzadamente se refirió varias veces al “heroísmo juicioso de las Antillas” y a “la moderación probada del espíritu de Cuba”, expresiones consagradas en el *Manifiesto de Montecristi*. (OC, t. 4, pp. 101 y 94).

sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio<sup>36</sup> en que se empapó la generación anterior, — le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.<sup>37</sup>

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre, y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor,<sup>38</sup> y el general, y el letrado, y el prebendado.<sup>39</sup> La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio,<sup>40</sup> y los países venían cada año a menos. Cansados del odio

<sup>36</sup> “La lectura de tanteo y falansterio”: Con esta alusión a los “falansterios” ideados por Charles Fourier (1772-1837), lugares donde debían habitar cada una de las falanges en que dividía la sociedad, Martí resume toda una corriente de utopismo social típica de la primera mitad del siglo XIX.

<sup>37</sup> “En estos tiempos reales, el hombre real”: En contraste con lo apuntado en la nota anterior, se destaca en este pasaje el característico uso martiano del adjetivo “real”, concentrador de todo lo verdadero, auténtico, desnudo, original y, por tanto, en última instancia, creador.

<sup>38</sup> “Nos quedó el oidor”: Quiere decir que la judicatura, en los países ya liberados de España, siguió la misma tradición formalista, retórica y burocrática de los “oidores” o ministros togados que en las audiencias del reino español oían y sentenciaban las causas y pleitos.

<sup>39</sup> “El prebendado”: Puede referirse, en el campo eclesiástico, a los canónigos o racioneros beneficiados con rentas; o, en términos generales, a todo tipo de parásitos sociales.

<sup>40</sup> “Se probó el odio”: La prédica martiana contra el odio, patente y constante desde *El Presidio Político en Cuba* hasta el *Manifiesto de Montecristi*, no tiene un sentido únicamente ético sino también político. En realidad, ambas instancias en Martí son indiscernibles. Por el lado político, sin embargo, se destacan sentencias o reflexiones como estas: “Los odiadores debieran ser declarados traidores a la República. El odio no construye”. (OC, t. 4, p. 496); “Por Dios que esta es guerra legítima, — la última acaso esencial y definitiva que han de librar los hombres: la guerra contra el odio”. (OC, t. 22, p. 210).

inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza como sin saberlo, a probar el amor.<sup>41</sup> Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución en Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear, es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillezca<sup>42</sup> y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado.<sup>43</sup> La prosa,

<sup>41</sup> “Se empieza como sin saberlo, a probar el amor”: El concepto martiano del amor no es únicamente afectivo sino también cognoscitivo. De ahí su memorable declaración: “Por el amor se ve. Con el amor se ve. El amor es quien ve. Espíritu sin amor, no puede ver”. (OC, t. 21, p. 419) En el ensayo inédito de Fina García Marruz citado en la nota 35, se estudia ampliamente esta concepción esencial en el pensamiento revolucionario martiano.

<sup>42</sup> “La melena zorrillesca”: Alusión metafórica al romanticismo retórico de José Zorrilla (1817-1893), autor al cual Martí había dedicado líneas de afectuosa simpatía en “Modern Spanish Poets”, crónica aparecida en *The Sun*, Nueva York, 26 de noviembre de 1880. (OC, t. 15, pp. 23-24).

<sup>43</sup> “Cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado”: Alusión al célebre chaleco (“gilet flamboyant”: chaleco llameante, según la descripción de Víctor Hugo) con que participó Théophile Gautier (1811-1872) en la llamada “batalla de *Hernani*” (1830), cuyo estreno simbolizó el triunfo del romanticismo en Francia. Entre ambos ejemplos —Zorrilla,

centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de cochero a una pompa de jabón: el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.<sup>44</sup> Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y solo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada solo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable,

---

Hugo — hay un tácito juicio de valor: mientras “la melena zorrillesca” debe ser “cortada”, “el chaleco colorado” es ya historia, pero historia perdurable, pues la poesía lo “cuelga del árbol glorioso”, del árbol que da la fama artística, del laurel.

<sup>44</sup> “Un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña”: El elemento de “desdén” en la actitud de los Estados Unidos hacia los pueblos de “nuestra América” fue claramente captado por Martí. Varias veces aludió a él, pero nunca, por necesaria cautela política (porque “en silencio ha tenido que ser”), de modo tan crudo como en su última carta a Manuel A. Mercado, cuando se refiere a las gestiones anexionistas e imperialistas del “Norte revuelto y brutal que los desprecia” [a nuestros pueblos]. (OC, t. 4, pp. 167-168) Pocas líneas después, en el texto, concluirá categóricamente: “El desdén del vecino formidable que no la conoce es *el peligro mayor* de nuestra América”. Ciertamente, agotando las previsiones de la buena voluntad, supone que el desdén puede ser efecto del desconocimiento, pero en el fondo sospecha — y en la carta a Mercado se trasluce con evidencia — que el desdén es *la causa* del desconocimiento. Por eso dice que es —ese “desdén” o “desprecio”— “el peligro mayor”.

que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele, y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería,<sup>45</sup> que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental.<sup>46</sup> ¡Porque

<sup>45</sup> “Las razas de librería”: Martí negó siempre el concepto divisor y discriminador de “raza”, tan manejado, con mayor o menor ingenuidad, por el cientificismo positivista de su tiempo. En el polo opuesto de su pensamiento sobre este punto — diáfananamente expresado también en “Mi raza” y otros textos — se sitúa el libro de Sarmiento *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883). (Cf. Fernando Ortiz: “Martí y las razas”, en *Vida y pensamiento de Martí*, La Habana, 1942, vol. II, pp. 335-367).

<sup>46</sup> “La unión tácita y urgente del alma continental”: Nótese que dice la unión “tácita”, y no de las naciones, sino del “alma continental”, lo que excluye la idea de una unión o federación política de los países de “nuestra América”, proyecto erróneo en el que, no obstante la reconocida y exaltada grandeza del Libertador, a su juicio incurrió Bolívar, “empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución”, en “desacuerdo patente” con “la misma revolución americana nacida con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia”, según se lee en el Discurso en honor de Simón Bolívar del 28 de octubre de 1893, donde insiste en que lo deseable era “la unidad de espíritu”, no la “unión en formas teóricas y artificiales”, y de nuevo apela a “la fuerza moderadora del alma popular”. (OC, t. 8, pp. 246-247).

ya suena el himno unánime; la generación actual<sup>47</sup> lleva a costas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí,<sup>48</sup> por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

*El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891, OC, t. 6, pp. 15-23.

<sup>47</sup> “La generación real”: Así en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, donde por primera vez apareció “Nuestra América” el 1.º de enero de 1891. En *El Partido Liberal* (México, 30 de enero de 1891), única fuente declarada en las *Obras completas*, después de “generación” no hay ningún adjetivo, seguramente por errata, lo que indica que la palabra “actual” se añadió desde la primera edición de *Obras completas* de Martí por Gonzalo de Quesada y Aróstegui (Vol. IX, *Nuestra América*, La Habana, Imp. y Papelería de Rambla y Bouza, 1910) y se reprodujo en las siguientes. Cabe la posibilidad (hoy inverificable) de que dicho primer editor conociera la enmienda escrita o indicada verbalmente por Martí. (Sobre el uso martiano del adjetivo “real”, ver la nota 37.).

<sup>48</sup> “Regó el Gran Semí [...] la semilla de la América nueva!”: En su artículo “Maestros ambulantes” (*La América*, Nueva York, mayo de 1884) había escrito Martí: “¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!”. (OC, t. 8, pp. 291-292). La imagen del Gran Semí (o Grande Espíritu) procede sin duda de la figuración mítica del Padre Amalivaca, propia de los indios tamanacos, sobre el cual da preciosas informaciones, seguramente conocidas por Martí, su amigo venezolano Aristides Rojas en *Estudios indígenas* (1878). Allí leemos —en relato a su vez extractado por Rojas del *Saggio di storia americana* (Roma, 1780-1784) del abate Filippo Salvatore Gilii— que, una vez aplacado el diluvio que destruyó la primera raza humana, los dos únicos sobrevivientes, Amalivaca y su mujer, “comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de estas salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra”. Otro aspecto del mito que debió impresionar a Martí es que Amalivaca les fracturó las piernas a sus hijas “para imposibilitarlas en sus deseos de viajar y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos”, señalando así a los indígenas el camino de la fidelidad a lo propio, de la autoctonía, que es para Martí el camino fundamental de América. Por otra parte —y esto nos remite de nuevo a la polémica tácita con Sarmiento— Humboldt consideró al Gran Semí evocador de Amalivaca como “el personaje mitológico de *la América bárbara*”. (Cf. C.V.: “Una fuente venezolana de José Martí”, en *Temas Martianos. Segunda serie*, ed. cit., pp. 105-113, 141-142) Todo el texto de “Nuestra América” puede leerse a la luz del criterio profundamente descolonizador según el cual para Martí, en la *praxis* histórica, *barbarie* “es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea”, según se lee en “Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos” (*La América*, junio de 1884). (OC, t. 8, p. 442).

## CRONOLOGÍA MARTIANA

284

### 1853

Nace en La Habana, en la calle Paula No. 41, el 28 de enero. Primogénito de Mariano Martí Navarro, sargento primero del Real Cuerpo de Artillería, natural de Valencia, y de Leonor Pérez Cabrera, natural de Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias. Es bautizado en la Iglesia del Santo Ángel Custodio el 12 de febrero, con los nombres de José Julián.

### 1857

Viaja con sus padres a Valencia, España. Por motivos de salud, su padre ha renunciado al cargo de Celador del barrio del Templete en La Habana.

### 1859

A mediados de este año regresa con sus padres de España. En julio su padre es nombrado Celador del barrio de Santa Clara, cargo del que será cesanteado en octubre de 1860.

### 1860

Estudia en el colegio San Anacleto de Rafael Sixto Casado, donde conoce a Fermín Valdés Domínguez.

### 1862

De abril a diciembre está en Caimito del Hanábana (sur de la provincia de Matanzas), ayudando como amanuense a su padre, que ocupa allí el puesto de Capitán Juez Pedáneo. Conoce de cerca los horrores de la esclavitud y jura, ante el cadáver de un esclavo ahorcado, "lavar con su vida el crimen" (*Versos sencillos*, XXX).

**1863**

Cesanteado su padre, viaja con él a Honduras Británica (hoy Belice).

**1866**

Cursa estudios de bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, bajo la protección de su maestro Rafael María de Mendive, quien ya lo había acogido desde el año anterior en la Escuela de Instrucción Primaria Superior de Varones.

**1868**

Cursa el segundo año de bachillerato en el colegio San Pablo, de Mendive, incorporado al Instituto de La Habana. Publica sus primeros versos en *El Álbum*, periódico local de la villa de Guanabacoa: "A Micaela, en la muerte de Miguel Ángel", composición dedicada a Micaela Nin, segunda esposa de Mendive. El 10 de octubre de este año Carlos Manuel de Céspedes inicia en su ingenio La Demajagua (provincia de Oriente) la guerra de liberación contra España.

285

**1869**

**Enero.** Primeros escritos patrióticos: el editorial de *El Diablo Cojuelo*; el poema dramático "Abdala" en *La Patria Libre*; el soneto "¡10 de Octubre!". en el periódico manuscrito estudiantil *El Siboney*. Trabaja como dependiente en la oficina comercial de Felipe Gálvez Fatio. **Octubre 21.** Ingresa en la cárcel acusado de "infidencia", por haberse encontrado en la casa de su amigo Fermín Valdés Domínguez una carta firmada por ambos en que llamaban apóstata a un condiscípulo alistado en el ejército español.

**1870**

**Marzo 4.** Es sentenciado a 6 años de presidio político, por asumir toda la responsabilidad de la carta hallada en el registro. (Valdés Domínguez, condenado a 6 meses de arresto mayor.) **Abril 4.** Trasladado a presidio, donde trabaja doce horas diarias en las Canteras de San Lázaro, con un grillete al pie. **Octubre 13.** Llagado, enfermo de los ojos, es conducido a Isla de Pinos a la finca El Abra, de José María Sardá, catalán amigo de su padre y dueño de las Canteras, quien obtiene su indulto.

**1871**

**Enero 15.** Embarca deportado para España y poco después publica en Madrid *El Presidio Político en Cuba*. **Mayo 31.** Comienza la carrera de Derecho en la Universidad Central de Madrid. **Septiembre 7.** Polemiza desde *El Jurado Federal* con *La Prensa*, en defensa de los cubanos residentes en Madrid.

## 1872

**Junio.** Se reúne con él su amigo Fermín Valdés Domínguez, desterrado por el proceso de los estudiantes, quien lo encuentra enfermo de un sarcocele producido por las cadenas del presidio, del que se opera tres veces sin curar totalmente. Da clases para vivir. Comienza su drama *Adúltera*. El 27 de noviembre Martí, Valdés Domínguez y otros cubanos ofrecen honras fúnebres a los ocho estudiantes de Medicina fusilados el año anterior, y reparten una hoja impresa redactada por Martí, quien pronuncia un discurso en casa de Carlos Sauvalle.

## 1873

**Febrero 15.** Con esta fecha publica en Madrid *La república española ante la revolución cubana*. A partir de mayo continúa sus estudios universitarios en Zaragoza en unión de Valdés Domínguez.

## 1874

**Enero.** Habla en una velada para recaudar fondos destinados a los familiares de los caídos en defensa de la República. **Febrero.** Termina en Zaragoza su drama *Adúltera*. **Abril 22.** Sus padres y cuatro de sus hermanas embarcan hacia Veracruz, con el propósito de residir en Ciudad México. **Junio 27.** Obtiene en Zaragoza el título de bachiller. **Junio 30.** Se gradúa de Licenciado en Derecho Civil y Canónico. **Octubre 24.** Se gradúa de Licenciado en Filosofía y Letras. **Diciembre.** Viaja de Madrid a París, donde conoce a Víctor Hugo y a Auguste Vacquerie. Embarca en Le Havre, vía Southampton, Liverpool y Nueva York, rumbo a México, para reunirse con su familia.

## 1875

**Enero 14.** Llega a Nueva York. **Enero 26.** Sale de Nueva York hacia México, vía Cuba. **Febrero 8.** Después de pasar por La Habana, sin desembarcar, llega este día a Veracruz de donde viaja a Ciudad México. Allí se reúne con su familia y conoce a Manuel A. Mercado. **Marzo 2.** Inicia su colaboración en la *Revista Universal*, donde el 7 publica un poema a la memoria de su hermana Mariana Matilde (*Ana*) fallecida el 5 de enero. Cinco días después comienza a publicar su traducción de *Mes fils*, de Víctor Hugo. **Abril 5.** Participa en los debates sobre materialismo y espiritismo en el Liceo Hidalgo. **Mayo 7.** Comienza a utilizar el seudónimo de "Orestes" para firmar los Boletines que publica en la *Revista Universal*. **Mayo-junio.** Polemiza con *La Colonia Española* y *La Iberia*. **Noviembre.** Enferma de las dolencias adquiridas en presidio. **Diciembre 19.** Estrena en el Teatro Principal su proverbio en un acto *Amor con amor se paga*, representado por Enrique Guasp y Concepción Padilla. Conoce a Carmen Zayas Bazán, con la que ha de comprometerse en matrimonio.

## 1876

**Enero 28.** Se incorpora a la directiva de la Sociedad Alarcón, de autores, actores y críticos dramáticos. **Enero 31.** Discurso en la Academia de Bellas Artes de San Carlos en homenaje al pintor Santiago Rebull. **Febrero 20.** Comienza a colaborar en *El Socialista*, órgano del Gran Círculo Obrero de México. **Marzo 5.** Colabora en *El Federalista*. Al caer el gobierno liberal de Lerdo de Tejada, derrocado por el general Porfirio Díaz, desaparece la *Revista Universal* y Martí decide abandonar México. **Diciembre 29.** Parte hacia Veracruz, con rumbo a Cuba.

## 1877

**Enero 2.** Embarca en Veracruz hacia La Habana con el nombre de Julián Pérez. Llega el 6. **Febrero 18.** Lee en casa de Valdés Domínguez en reunión de amigos su drama *Adúltera*. **Febrero 24.** Parte hacia Progreso, México, en dirección a Guatemala. **Marzo 29.** Llega a Zacapa. **Abril 2.** Llega a la capital de Guatemala. **Abril.** Es nombrado profesor de la Escuela Normal, dirigida por el cubano José María Izaguirre, en la cátedra de Literatura; escribe el “drama indio” *Patria y libertad*; pronuncia un discurso sobre Guatemala; conoce a María García Granados, surge entre ellos un idilio. **Mayo 29.** Es nombrado catedrático de Literatura francesa, inglesa, italiana y alemana, y de Historia de la Filosofía, en la Universidad. **Noviembre 29.** Sale hacia México para casarse. **Diciembre 20.** Contrae matrimonio con su prometida, Carmen Zayas Bazán, en el Sagrario de la Catedral de Ciudad México.

287

## 1878

**Enero.** Regresa a Guatemala con su esposa. **Marzo.** Se publica en México su folleto *Guatemala*. **Abril 6.** Renuncia a su cátedra en la Escuela Normal como protesta contra la arbitraria destitución de su director, el cubano José María Izaguirre, depuesto por Justo Rufino Barrios. **Mayo 10.** Muere María García Granados (“La niña de Guatemala”, en *Versos sencillos*, 1891). **Agosto 31.** Llega a La Habana con su esposa, acogido a la amnistía del Pacto del Zanjón. **Octubre.** Se une a actividades conspirativas relacionadas con el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York. **Noviembre 22.** Nace su hijo José Francisco.

## 1879

**Enero 15.** Es elegido secretario de la Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa, villa próxima a La Habana. Trabaja en el bufete de Nicolás Azcárate, donde conoce a Juan Gualberto Gómez. **Enero 22.** Pronuncia su primer discurso en Cuba, en el homenaje póstumo que el Liceo de Guanabacoa rinde al poeta Alfredo Torroella. **Febrero 8.** Discurso en la inauguración del Liceo Artístico y Literario de Regla. **Marzo.** Trabaja en el bufete de Miguel F.

Viondi, donde conspira con Juan Gualberto Gómez. **Marzo 7 y 14.** Participa en los debates sobre idealismo y realismo en literatura dramática, celebrados en el Liceo de Guanabacoa, defendiendo el primero. **Marzo 18.** Es elegido vicepresidente del Club Central Revolucionario de La Habana, al constituirse este en reunión secreta. **Marzo 21.** Vuelve a intervenir en los mencionados debates. **Abril 21.** Al hacer el brindis en el banquete-homenaje al periodista Adolfo Márquez Sterling, pronuncia un breve discurso oponiéndose al autonomismo. **Abril 27.** Discurso en el Liceo de Guanabacoa, en homenaje al violinista Rafael Díaz Albertini, escuchado con alarma por el capitán general Ramón Blanco. **Junio 21.** Conferencia en el Liceo de Guanabacoa sobre el teatro de José Echegaray. **Septiembre 17.** Es detenido por conspirar contra el gobierno español. **Septiembre 25.** Sale deportado a España. **Octubre 11.** Llega a Santander, en cuya cárcel es retenido dos días. **Noviembre 19.** Se entrevista en Madrid con el político español Cristino Martos. **Diciembre.** Sale hacia Francia. Conoce en París a Sarah Bernhardt. Embarca hacia Nueva York, desde Le Havre, el 20.

## 1880

**Enero 3.** Llega a Nueva York. **Enero 8.** Vive en la casa de huéspedes de Manuel Mantilla y Carmen Miyares. **Enero 24.** Lectura en Steck Hall: análisis de los problemas políticos y sociales de Cuba. Recaudación de fondos para sufragar las expediciones de los generales Calixto García, Ramón L. Bonachea y Carlos Roloff. **Febrero 21.** Aparece en *The Hour* su primer artículo en inglés: "Raimundo Madrazo". **Marzo 3.** Su esposa y su hijo llegan a Nueva York. **Abril.** Es vigilado por agentes de la Pinkerton's National Detective Agency y de la Davie's Detective Agency, contratados por el gobierno de España. **Mayo 13.** Como presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, se dirige a los cubanos anunciando el desembarco en Cuba de Calixto García, cuyas proclamas también redacta. **Julio 8.** Publica su primer artículo (sobre *Bouvard y Pécuchet*, de Flaubert) en *The Sun*, dirigido por Charles A. Dana. **Agosto 1o.** El general Calixto García depone las armas ante el enemigo. **Octubre 13.** En carta al general Emilio Núñez le aconseja que deponga las armas, ante la inutilidad de continuar la lucha solo. **Octubre 21.** Por desavenencias con Martí, su mujer parte hacia Cuba con el niño.

## 1881

**Enero.** Llega a Caracas, donde lo primero que hace es ir a la estatua de Bolívar. Da clases de gramática francesa y de Literatura en el Colegio Santa María, de Agustín Avelado. **Marzo 21.** Discurso en el Club del Comercio, sobre Venezuela y América. Da clases de Literatura en el Colegio Guillermo Tell Villegas, en el que establece una escuela de Oratoria. **Junio 15 y 18.** Empieza a colaborar en *La Opinión Nacional*, de Caracas, con los artículos titulados "El centenario de Calderón". **Julio 1o.** Aparece su *Revista Venezolana*,

en cuyo segundo número publica su elogio de Cecilio Acosta, que disgusta al presidente Guzmán Blanco, lo que determina la salida de Martí para Nueva York el 28 de julio. **Agosto 20.** Envía su primera correspondencia desde Nueva York para *La Opinión Nacional*, con el seudónimo M. de Z. **Octubre.** Aparece, sin firma, su primera colaboración en *La Ofrenda de Oro*, de Nueva York. **Noviembre 4.** Comienza la publicación de la "Sección constante" en *La Opinión Nacional*. **Diciembre.** Colabora en *La Pluma*, de Bogotá.

## 1882

**Marzo-Abril.** Publica *Ismaelillo*, dedicado a su hijo. **Julio 15.** Redacta su primera correspondencia para *La Nación*, de Buenos Aires, la que se publica el 13 de septiembre: "Muerte de Guiteau". **Julio 20.** Después de entrevistarse con el general Flor Crombet, escribe a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, en un intento por llevar de nuevo la revolución a Cuba. Trabaja como empleado de comercio y como traductor de la empresa D. Appleton and Company. En diciembre regresan su esposa y su hijo.

289

## 1883

**Febrero.** Termina de traducir para la Casa Appleton *Nociones de Lógica*, de W. S. Jevons. **Marzo.** Trabaja en *La América*, de Nueva York. **Julio 13.** Su padre llega a Nueva York. Vive un año con él. **Julio 24.** Pronuncia un discurso en la sala del restaurant "Delmónico", de Nueva York, ante el presidente de Honduras y diplomáticos latinoamericanos, en homenaje a Simón Bolívar por el centenario de su nacimiento. **Agosto.** Trabaja en las oficinas comerciales de Carlos Carranza y Co., en Nueva York. **Octubre.** La Casa Appleton publica su traducción de *Antigüedades romanas*, de A. S. Wilkins. Aparece en Nueva York *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael de Castro Palomino, con prólogo de Martí.

## 1884

**Enero.** Dirige la revista *La América*. Es nombrado miembro corresponsal en Nueva York de la sociedad Amigos del Saber, de Caracas. **Mayo.** Es cónsul general interino de la República de Uruguay durante la ausencia de Enrique Estrázulas. **Octubre.** Después de varias entrevistas con los generales Gómez y Maceo, decide separarse de sus planes. El 20 de octubre dirige al general Gómez una carta en que formula sus principios civilistas y republicanos. Este año aparece su traducción de *Antigüedades griegas*, de J. p. Mahaffy.

## 1885

*En marzo su esposa e hijo parten de nuevo hacia La Habana.* Publica en varias entregas de *El Latino Americano*, de Nueva York, su novela *Amistad*

*Funesta*, con el seudónimo de Adelaida Ral. Colabora en *El Avisador Cubano*, de Nueva York. **Junio 23**. Invita a los emigrados cubanos para el día 25, en Clarendon Hall, con el fin de responder ante ellos de su conducta política. **Octubre 9**. Invitado por la emigración cubana de Filadelfia para hablar en la conmemoración del 10 de Octubre de 1868, declina el honor, prefiriendo mantenerse en silencio mientras se desarrollan los preparativos del “plan Gómez-Maceo”. **Diciembre**. Termina de traducir la novela *Called Back*, de Hugh Conway, que titula *Misterio*, para la Casa Appleton.

## 1886

**Enero**. La Casa Appleton publica su traducción de la novela de Hugh Conway. **Abril**. Trabaja nuevamente en el Consulado de Uruguay. **Mayo 15**. Escribe su primera correspondencia para *El Partido Liberal*, de México. **Julio 8**. Envía su primera correspondencia a *La República*, de Honduras. **Octubre**. Establece su oficina en 120 Front Street, habitación 13. **Noviembre 24**. Fallece en La Habana su maestro Rafael María de Mendive. **Diciembre**. Fracasan las gestiones conducentes al “plan Gómez-Maceo”.

290

## 1887

**Febrero 2**. Muere el padre de Martí en La Habana. Desde este mes —y quizás desde fines del año anterior— colabora en *El Economista Americano*. **Abril 16**. Es nombrado Cónsul General del Uruguay en Nueva York. **Septiembre**. Termina el prólogo a su traducción de la novela de Helen Hunt Jackson, *Ramona*. **Octubre 10**. Discurso en el Masonic Temple de Nueva York, que señala el fin de su retraining político. **Noviembre 13**. Escribe la crónica “Un drama terrible” sobre la ejecución de los anarquistas de Chicago, que aparecerá en *La Nación*, de Buenos Aires, el 1.º de enero de 1888, y marca un hito en la evolución de sus ideas sociales. **Noviembre 22**. Su madre se reúne con él. **Noviembre 30**. Preside la Comisión Ejecutiva de cubanos revolucionarios. Durante este año más de 20 periódicos de América Latina reproducen gratuitamente sus artículos de *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México. **Diciembre 26**. Organiza con varios amigos una velada familiar por el 59 cumpleaños de doña Leonor el 17 de ese mes.

## 1888

**Enero 27**. Su madre regresa a La Habana. **Febrero**. Trabaja en la traducción del poema *Lalla Rookh*, de Thomas Moore, cuyos manuscritos se perdieron. **Julio**. Publica su traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson. **Octubre 10**. Discurso en Masonic Temple en conmemoración del 10 de Octubre de 1868. **Octubre 12**. Es designado representante en Estados Unidos y Canadá de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires. **Octubre 27**. Es nombrado socio corresponsal de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador.

Escribe totalmente el contenido de *El Economista Americano* correspondiente a este mes.

## 1889

**Marzo 25.** Publica “Vindicación de Cuba” en *The Evening Post*, como respuesta a la reproducción que este diario hizo del artículo de *The Manufacturer*, de Filadelfia, donde, tratando sobre la compra y anexión de Cuba por los Estados Unidos, se menospreciaba ofensivamente a los cubanos. Estos escritos fueron publicados en abril bajo el título de *Cuba y los Estados Unidos*. **Julio.** Aparece *La Edad de Oro*, revista mensual dedicada a los niños de América, enteramente redactada por Martí. Después del cuarto número se suspende en octubre su publicación por desavenencias con el editor. **Octubre 10.** Discurso en Hardman Hall en conmemoración del 10 de Octubre de 1868. **Noviembre 30.** Discurso en Hardman Hall en homenaje al poeta José María Heredia. **Diciembre 19.** Discurso en la Sociedad Literaria Hispano-Americana, en la velada ofrecida en honor de los Delegados a la Conferencia Internacional Americana. Se conoce como “Madre América”.

291

## 1890

**Enero 22.** Inauguración de La Liga, sociedad de instrucción para los emigrados cubanos y puertorriqueños de color, de la que Martí es fundador, con Rafael Serra, además de presidente honorario y maestro. **Marzo 14.** Viaja a Washington para observar de cerca el desarrollo de la Conferencia Internacional Americana, de la cual es cronista en *La Nación* de Buenos Aires. **Junio 16.** Discurso patriótico, para allegar fondos, en el Club Los Independientes, fundado por Juan Fraga en Nueva York. **Julio 24.** Es designado Cónsul General de la República Argentina en Nueva York. **Julio 30.** Es designado Cónsul del Paraguay en Nueva York. **Agosto.** Enfermo, va a reponerse a las Montañas Catskill, donde escribe *Versos sencillos*. **Octubre 1.º** Es nombrado profesor de español de Central Evening High School, en Nueva York. **Octubre 10.** Discurso en Hardman Hall. **Diciembre 6.** Es elegido presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana. **Diciembre 13.** Lee *Versos sencillos* a un grupo de amigos en la velada de homenaje a Francisco Chacón en su casa. **Diciembre 23.** Es designado por el gobierno de Uruguay su representante a la Conferencia Monetaria Internacional Americana que habrá de celebrarse en Washington.

## 1891

**Enero 1.º** Publica, por primera vez, su ensayo “Nuestra América, en *La Revista Ilustrada de Nueva York*. **Marzo 23.** Se le designa integrante de la comisión formada por los delegados de Chile, Brasil, Argentina y Colombia, para estudiar las proposiciones hechas por la delegación de Estados Unidos. **Marzo 30.**

Lee en español e inglés en la Conferencia Monetaria Internacional Americana, su Informe sobre bimetalismo. **Abril 23**. Discurso en honor a México en la Sociedad Literaria Hispano-Americana. **Mayo 20**. Se publica su última correspondencia en *La Nación* de Buenos Aires. **Junio 6**. Discurso en honor de Centroamérica en la Sociedad Literaria Hispano-Americana. **Junio 30**. Su esposa e hijo vuelven a Nueva York. **Agosto 27**. Su esposa lo abandona definitivamente, regresando a Cuba con su hijo. **Octubre 10**. Discurso en Hardman Hall, que suscita la protesta del Cónsul español en Nueva York por ostentar Martí la representación de tres países amigos. **Octubre 11**. En respuesta, renuncia a los Consulados de Uruguay, Argentina y Paraguay. **Octubre 30**. Renuncia a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana. También en octubre aparecen sus *Versos sencillos*. **Noviembre 25**. Invitado por el Club Ignacio Agramonte, llega a Tampa, donde lo espera una multitud de emigrados revolucionarios. **Noviembre 26**. En reunión con los Clubes de emigrados cubanos, obtiene la aprobación de unas "Resoluciones" que culminarán en la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Pronuncia por la noche, en el Liceo Cubano de Tampa, el discurso "Con todos, y para el bien de todos". **Noviembre 27**. Funda en Tampa La Liga, con los mismos fines que la de Nueva York. Pronuncia, en la velada conmemorativa del 27 de noviembre de 1871, su discurso "Los pinos nuevos". **Noviembre 30**. Regresa a Nueva York. **Diciembre 24**. Llega a Tampa enfermo. **Diciembre 25**. Llega enfermo a Cayo Hueso, donde lo espera en el muelle una multitud de cubanos emigrados. **Diciembre 30**. Los obreros de la fábrica de tabacos de Hidalgo Gato le obsequian un Álbum de pensamientos escritos por ellos.

292

## 1892

**Enero 5**. En el Hotel Duval, de Cayo Hueso, en reunión de presidentes de las agrupaciones de emigrados, da lectura y obtiene la aprobación unánime a las "Bases y estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano", que son aprobados también el día 8 por los emigrados de Tampa. **Enero 12**. Responde a la carta publicada por Enrique Collazo en *La Lucha* (La Habana, 6 de enero) en la que censuraba duramente a Martí por su alusión crítica al libro de Ramón Roa *A pie y descalzo*, hecha en el discurso del 26 de noviembre de 1891, en Tampa. Como consecuencia de esta carta, los emigrados reiteran su respaldo a Martí. Más tarde Collazo ha de reconocer su error. **Febrero 14**. Discurso en Hardman Hall sobre su último viaje a La Florida, conocido por "Oración de Tampa y Cayo Hueso". **Marzo 5**. Discurso en la Sociedad Literaria Hispano-Americana en honor a Venezuela. **Marzo 14**. Aparece el primer número del periódico *Patria*. **Abril 10**. Proclamación del Partido Revolucionario Cubano (PRC), por todos los emigrados cubanos y puertorriqueños en Estados Unidos. Martí, Delegado; Benjamín J. Guerra, Tesorero; Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Secretario. **Abril 17**. Discurso en la confirmación de la proclamación del Partido Revolucionario Cubano (PRC), en Hardman Hall.

**Junio 29.** Comunica a los Clubes revolucionarios que los militares miembros de los mismos deben elegir al Jefe del Ejército Libertador, elección que recaerá en el general Máximo Gómez. Durante el mes de julio realiza un viaje de propaganda por La Florida (Tampa, Cayo Hueso, Ocala, Jacksonville, San Agustín). **Agosto 17.** Discurso en la recepción ofrecida en su honor por los emigrados cubanos de Filadelfia. **Agosto 30.** Está en Nueva York. **Agosto 31.** Inicia su viaje a las Antillas. **Septiembre 11.** Entrevista con el general Gómez en su finca La Reforma, Montecristi, República Dominicana. En carta oficial, en nombre del PRC, ofrece a Gómez el mando supremo de la guerra. Viaja por Santo Domingo, Haití, Jamaica, donde continúa su propaganda y conoce a la madre y a la esposa de Antonio Maceo. **Octubre 23.** Informa en Nueva York de su viaje por las Antillas. Entre noviembre y diciembre realiza otro recorrido por La Florida. En Tampa enferma gravemente por envenenamiento. Regresa a Nueva York el 24 de diciembre.

293

## 1893

**Enero 15.** Discurso en Hardman Hall sobre su último viaje por La Florida. Continúa enfermo a consecuencia del envenenamiento sufrido en Tampa. Entre febrero y mayo realiza otros dos recorridos por La Florida. **Mayo 24.** Conoce a Rubén Darío al que llama “hijo” y a quien dedica, según el propio Darío, un “maravilloso exordio lírico”, antes de pronunciar su discurso en Hardman Hall sobre el fracasado levantamiento de los hermanos Sartorius en Holguín. **Junio 3.** Segunda entrevista con el general Gómez en Montecristi, Santo Domingo. Viaja por Haití y Panamá hacia Costa Rica. **Junio 30.** Llega a Puerto Limón, en Costa Rica, para entrevistarse con el general Antonio Maceo. **Julio 7.** Pronuncia en la Escuela de Derecho de San José de Costa Rica una conferencia sobre “El provenir de América y las poderosas influencias extranjeras bajo las cuales se desenvuelven y crecen los pueblos latinoamericanos”. De regreso en Nueva York, sale de nuevo para La Florida en septiembre. **Octubre 28.** Discurso sobre Bolívar en la Sociedad Literaria Hispano-Americana. **Noviembre 13.** Informa al Cuerpo de Consejo de Nueva York y a los cubanos de Filadelfia sobre el levantamiento de Las Villas, provocado por una orden falsa. En diciembre, nuevo recorrido por La Florida. Este año aparece en Nueva York *Los poetas de la guerra*, por Serafín Sánchez, con prólogo de Martí.

## 1894

**Enero 18.** Se encuentra en Tampa. Siguiendo sus instrucciones, el abogado norteamericano Horatio S. Rubens se hace cargo de la defensa de los obreros cubanos despedidos por la fábrica de tabaco *La Rosa Española* en Cayo Hueso.

**Febrero 24.** Discurso en el salón “Jaeger’s” de Nueva York en homenaje a Fermín Valdés Domínguez, reivindicador de la memoria de los estudiantes de Medicina fusilados el 27 de noviembre de 1871. **Abril 8.** El general Gómez, acompañado de su hijo Francisco Gómez Toro, llega a Nueva York para entrevistarse con Martí. **Abril 21.** El general Gómez parte para Santo Domingo, dejando a su hijo *Panchito* en Nueva York con Martí. Juntos hacen un recorrido por varias ciudades de Estados Unidos durante el mes de mayo, embarcando después en Nueva Orleans para Costa Rica, donde en junio Martí se entrevista con los generales Antonio y José Maceo y Flor Crombet, dirigiéndose después a Panamá y Jamaica para retornar a Nueva York, donde informa al Cuerpo de Consejo el 5 de julio. En julio 18 llega a México. Vive en la casa de su amigo Mercado. Viaja a Veracruz y regresa a Nueva York en agosto. En octubre realiza otra gira de organización revolucionaria por La Florida. **Diciembre 8.** Redacta y envía a Juan Gualberto Gómez, en La Habana, el *Plan de Alzamiento* que firman, junto con él, José María Rodríguez (*Mayía*) en nombre de Gómez y Enrique Collazo por los comprometidos en la Isla. **Diciembre 25.** Completa los detalles para el llamado Plan de Fernandina.

## 1895

**Enero 10.** Fracasa, por delación a las autoridades norteamericanas, el Plan de Fernandina, que consistía en invadir la Isla mediante tres expediciones al mando de Serafín Sánchez, Antonio Maceo y Martí, quien iría con Collazo y *Mayía* hacia Santo Domingo en busca de Gómez. **Enero 29.** Redacta y envía a Juan Gualberto Gómez en La Habana la *Orden de Alzamiento* que suscriben *Mayía* Rodríguez y Collazo. **Enero 30.** Embarca en Nueva York hacia Santo Domingo para reunirse con Gómez, acompañado por *Mayía*, Collazo y Manuel Mantilla, hijo. **Marzo 25.** Firma, en unión del general Gómez, el *Manifiesto de Montecristi*, máxima formulación de su doctrina revolucionaria. Escribe su carta a Federico Hernández Carvajal, considerada un testamento político, y la carta de despedida a su madre. **Abril 11.** Después de vencer múltiples dificultades, logra salir en el vapor frutero alemán Nordstrand, de Inagua hacia Cuba. Desembarca en un bote, en noche borrascosa, junto con Gómez, Francisco Borrero, Ángel Guerra, César Salas y el negro dominicano Marcos del Rosario, en un sitio de la costa sur de Oriente, municipio de Baracoa, llamado La Playita. **Abril 15.** Incorporado a las tropas cubanas, es nombrado Mayor General del Ejército Libertador en reunión de oficiales. **Abril 25.** Después de varias jornadas de marcha a través de montes espesos, penetran en la jurisdicción de Guantánamo, encontrándose con las fuerzas de José Maceo, que acaba de derrotar a tropas españolas. Martí cura a los heridos. **Abril 28.** Redacta y firma con Gómez la circular a los jefes *Política de guerra*. **Mayo 2.** Redacta la carta-manifiesto al director del *Nueva York Herald*, sobre los motivos

y principios de la guerra, entregándosela al corresponsal G. E. Bryson. **Mayo 5.** En el ingenio *La Mejorana* se verifica la reunión de los tres jefes: Martí, Gómez y Maceo. Hay discusión de criterios y se acuerdan las líneas generales de la campaña revolucionaria. **Mayo 12 y 14.** Firma, en unión del General Gómez instrucciones para los jefes y oficiales del Ejército Libertador. **Mayo 18.** Escribe su última carta (trunca) a Manuel A. Mercado, en que revela el objetivo antimperialista de toda su obra. **Mayo 19.** Después de arengar a la tropa, cae mortalmente herido en la acción de Dos Ríos, sin que los cubanos puedan rescatar el cadáver, que es conducido a Santiago de Cuba. **Mayo 27.** Es depositado en el nicho 134 de la galería Sur del cementerio de Santa Ifigenia.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Bibliografía activa*

#### 1- EN VIDA DE MARTÍ

296

*El Diablo Cojuelo*, La Habana, enero 19 de 1869, [Periódico de Fermín Valdés Domínguez, editorial de Martí].

*La Patria Libre*, Semanario democrático cosmopolita, La Habana, enero 23 de 1869, [Contiene "Abdala"].

*El Presidio Político en Cuba*, Imp. de Ramón Ramírez, Madrid, 1871.

*¡27 de Noviembre!* Madrid, s.i., noviembre, 1872, [Hoja suelta firmada por Pedro J. de la Torre y Fermín Valdés Domínguez, escrita por Martí].

*La República española ante la Revolución cubana*, febrero 1873, Imp. de Segundo Martínez, Madrid, 1873.

*Mis hijos*, de Víctor Hugo, trad. de José Martí, *Revista Universal*, Ed. especial, México, marzo 12 de 1875.

*Amor con amor se paga*, proverbio en un acto original de José Martí, representado con extraordinario éxito en el Teatro Principal la noche del 19 de diciembre de 1875, Imp. del Comercio, de Dublan y Cía., México, 1876.

*Guatemala*, Ed. de El Siglo XIX, Imp. de I., Cumplido, México, 1878.

*Rasgos biográficos de Alfredo Torroella*, discurso leído en la velada del 28 de febrero de 1879, del Liceo de Guanabacoa, para honrar la memoria del poeta, El Progreso, Guanabacoa, 1879.

*Asuntos cubanos*, lectura en Steck Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880, Nueva York, 1880.

*Revista Venezolana*, Imprenta de *La Opinión Nacional*, Caracas, julio 1ro. y 15 de 1881.

*Ismaelillo*, Imp. de Thompson y Moreau, Nueva York, 1882.

- Antigüedades griegas*, por J.H. Mahafy. Tr. del inglés por José Martí, D. Appleton y Cía., Nueva York, 1883. (Antigüedades clásicas, 1).
- Antigüedades romanas*, por A.S. Wilkins. Tr. del inglés por José Martí, D. Appleton y Cía., Nueva York, 1883. (Antigüedades clásicas, 2).
- Amistad funesta*, novela, por Adelaida Ral [seud.], *El Latino Americano*, Nueva York, 1885, 3 cuadernos.
- Misterio...* Novela original escrita en inglés bajo el nombre de *Called back* por Hugh Conway. Tr. al español y pról. por José Martí, Appleton y Cía., Nueva York, 1886.
- Nociones de Lógica*, por W. Stanley Jevons. Tr. del inglés por José Martí, D. Appleton y Cía., Nueva York, 1886.
- El Diez de Octubre en Nueva York, 1887*, discursos pronunciados ante los cubanos de Nueva York en Masonic Temple, por Enrique Trujillo, Serafín Bello, Rafael de Castro Palomino, Emilio Núñez, José Martí, The Bruno Publishing, Nueva York, 1887.
- Ramona*, novela americana de Helen Hunt Jackson. Tr. del inglés por José Martí, s.i., Nueva York, 1888.
- Cuba y los Estados Unidos*, *El Avisador Hispanoamericano*, Publishing Company, Nueva York, 1889.
- Discurso del señor José Martí pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispano-Americana el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los Delegados a la Conferencia Internacional Americana*, segundo Suplemento a *El Avisador Hispanoamericano*, Nueva York, diciembre 21 de 1889.
- La Edad de Oro*, publicación mensual de recreo e instrucción dedicada a los niños de América, nos. 1-4, jul.-oct., 1889, A. Da Costa Gómez, Nueva York, 1889.
- Heredia*, discurso pronunciado en la velada Heredia, el 30 de noviembre de 1889 en Hardman Hall, *El Avisador Hispanoamericano*, Nueva York, 1889.
- Discursos*, pronunciados en Tampa en las noches del 26 y 27 de noviembre de 1891 en las veladas políticas literarias ofrecidas por el Club Ignacio Agramonte, Tampa, 1891.
- Por Cuba y para Cuba*, Tampa, 1891.
- Versos sencillos*, Louis Weiss and Co. Impresores, Nueva York, 1891.
- Tampa y Cayo Hueso*, oración de José Martí en Hardman Hall, Nueva York, febrero 17 de 1892, suplemento al 1er. número de *Patria*, Nueva York, marzo 14 de 1892.
- Patria*, Nueva York, marzo 14 de 1892 a enero de 1895.
- Simón Bolívar*, discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, Nueva York, 1893.
- El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, Montecristi, República Dominicana, Marzo 25 de 1895, [Hoja suelta, s.i., firmada por José Martí y Máximo Gómez].

## 2- DESPUÉS DE SU MUERTE

## a) Obras completas

*Obras completas*, Washington, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, 1900-19. 16 t. [El lugar y la imprenta varían. El tomo XVI fue publicado por Gonzalo de Quesada y Miranda].

- Recopilación por Néstor Carbonell, 8 t, *La Prensa*, La Habana, 1918-20.
- Ordenación y pról. de Alberto Ghirardo, 8 t, Atlántida, Madrid, 1925-29.
- Ed. dirigida por Armando Godoy y Ventura García Calderón, 2 t, Excelsior, París, 1926.
- La Habana, Trópico, 1936-1953. 74 t. [Dirigidas por Gonzalo de Quesada y Miranda].
- Ed. conmemorativa del cincuentenario de su muerte. Pról. y síntesis biográfica por M. Isidro Méndez, La Habana, Lex, 1946. 2 v. [2a. ed., popular, en 4 v., 1948; 3a. ed. conmemorativa del centenario de su natalicio, 1953].
- Ordenamiento y notas de Francisco Baeza Pérez. Eds. dirigidas por Rafael Humberto Gaviria, 25 t, Tierra Nueva, La Habana, 1961. (Patronato del libro popular).
- Editorial Nacional de Cuba, 28 t, La Habana, 1962-73. Reimpresión: Editorial de Ciencias Sociales, 27 t, La Habana, 1991.
- Edición crítica, “Unas palabras a modo de introducción”: Fidel Castro Ruz, “Nota editorial”: Centro de Estudios Martianos, Centro de Estudios Martianos, Casa de las Américas, Tomo I, La Habana, 1983, Tomo II, 1985.

298

## b) Libros y folletos (selección)

*Flor y lava*, discursos, juicios, correspondencias, etc. Pról. de Américo Lugo, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorf, París, 1910.

*Páginas escogidas*, introducción de Max Henríquez Ureña, Garnier, París, 1919.

*Poesías*, estudio preliminar, compilación y notas de Juan Marinello, Cultural, La Habana, 1928, (Col. de Libros cubanos, XI).

*Ideario*, ordenado por M. Isidro Méndez, Cultural, La Habana, 1930, (Col. de Libros cubanos, XV).

*Epistolario de José Martí*, arreglado cronológicamente con introducción y notas por Félix Lizaso, Cultural, La Habana, 1930-31, 3 v. (Col. de Libros cubanos, XX-XXII).

*La Edad de Oro*, con una introducción de Emilio Roig de Leuchsenring, Cultural, La Habana, 1932, [Hay varias ediciones posteriores].

*Papeles de Martí*, (*Archivo de Gonzalo de Quesada y Aróstegui*) Recop., introd., notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda, El Siglo xx, La Habana, 1933-35, 3 v. (Academia de la Historia de Cuba).

- América*, tr. de l'espagnol par Francis de Miomandre; avec des préf. de Jorge Mañach, Juan Marinello et Félix Lizaso. Institut International de Coopération Intellectuelle, París, 1935, (Col. Iberoamericana).
- Ideario cubano*, recopilación y prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring, La Habana, 1936, (Cuadernos de historia habanera, 6).
- Apuntes de un viaje*, prólogo de M. Isidro Méndez, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La Habana, 1938, (Cuadernos de cultura, 4a. serie, 4).
- Nuestra América*, prólogo de Pedro Henríquez Ureña, Losada, Buenos Aires, 1939, (Grandes escritores de América, 3). [Hay varias ediciones posteriores].
- Páginas selectas*, selección, prólogo y notas de Raimundo Lida, Ángel Estrada, Buenos Aires, 1939, (Col. Estrada, 8).
- Versos sencillos*, estudio de Gabriela Mistral, dirección de Cultura de la Secretaría de Educación, La Habana, 1939, (Cuadernos de Cultura, 5a. serie, 1).
- Páginas escolhidas*, traducción de Silvio Julio, prefacio de Alfonso Hernández Catá, Río de Janeiro, 1940.
- Código martiano o de ética nacional*, ordenado por Carlos A. Martínez-Fortún y Foyo, Seoane, Fernández y Cía., La Habana, 1943.
- Estados Unidos*, prólogo, ordenación y notas de Dardo Cúneo, Americalee, Buenos Aires, 1944, (Col. Tiempo de América).
- Cartas a Manuel A. Mercado*, prólogo de Francisco Monterde, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1946.
- Escritos de un patriota*, selección y reseña de la historia cultural de Cuba, por Raimundo Lazo, W.M. Jackson Inc., Buenos Aires, 1946, (Col. Panamericana, 10).
- Ideario separatista*, recopilación y prólogo de Félix Lizaso, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La Habana, 1947, (Cuadernos de Cultura, 7a. serie, 4).
- Martí, documentos para su vida*, prólogo de M. Isidro Méndez, Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1947, (Publicaciones del Archivo Nacional, 14).
- Cartas a una niña*, prólogo de Félix Lizaso, Ucar, García, La Habana, 1950, (Col. de facsímiles, 1).
- Prosas*, selección, prólogo y notas de Andrés Iduarte, Unión Panamericana, Washington, 1950, (Escritores de América).
- Cartas a Néstor Ponce de León*, prólogo de Félix Lizaso, Ucar, García, La Habana, 1952, (Col. de facsímiles, 2).
- Poesía*, selección y estudio de Juan Carlos Ghiano, Raigal, Buenos Aires, 1952, (Biblioteca Juan María Gutiérrez, 2).
- The America of José Martí; selected writings*, tr. from the Spanish by Juan de Onís; with an introduction by Federico de Onís, Noonday Press, Nueva York, 1953.

- El Archivo nacional en la conmemoración del centenario del natalicio de José Martí y Pérez. 1853-1953*, prefacio de Jorge Quintana, Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1953.
- Cartas familiares*, selección, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario, La Habana, 1953.
- Cartas políticas*, selección, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario, La Habana, 1953.
- La clara voz de México*, prólogo de Raúl Carrancá Trujillo, compilación y notas de Camilo Carrancá Trujillo, Imp. Universitaria, México, 1953.
- Colección de discursos de José Martí*, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario, La Habana, 1953.
- Discursos revolucionarios*, prólogo de Raquel Catalá, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1953, (Col. del Centenario de Martí, 2).
- Obras escogidas*, selección, prólogo y notas de Rafael Esténger, Aguilar, Madrid, 1953.
- Pages choisies*, préface de Max Daireaux, Tr. de Max Daireaux, José Carner et Emilie Noulet, Nagel, París, 1953, (Col. UNESCO, no. 3).
- Pensamiento político, "Martí: síntesis de su vida"*, por Emilio Roig de Leuchsenring, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1953, (Col. del Centenario, 1).
- Poesías completas*, prólogo y notas de Rafael Esténger, Aguilar, Madrid-La Habana, 1953.
- La Edad de Oro*, prólogo de Fryda Schultz de Mantovani, Ministerio de Cultura, San Salvador, 1955.
- Sección constante; historia, letras, biografía, curiosidades y ciencia*, artículos aparecidos en *La Opinión Nacional* de Caracas, desde el 4 de noviembre de 1881 al 15 de junio de 1882, prólogo de Pedro Grases, Imp. Nacional, Caracas, 1955.
- Diarios, con un ensayo preliminar de Fina García Marruz*, Editorial Libro Cubano, La Habana, 1956.
- José Martí en la Comisión Internacional Americana*, ed. facsimilar, Banco Nacional de Cuba, La Habana, 1957.
- Origen y proceso del Manifiesto de Montecristi, según el borrador y el original que se conservan en el archivo de Máximo Gómez y en el de Gonzalo de Quesada*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1957.
- Borrador original de la constitución y estatutos del Partido Revolucionario Cubano aprobados en Cayo Hueso en 1892*, prólogo de Manuel I. Mesa Rodríguez, El Siglo xx, La Habana, 1958.
- Poesías completas*, prólogo de José Antonio Portuondo, Torres Aguirre, Lima, 1959, (Biblioteca básica de cultura cubana. Primer Festival del Libro Cubano, 3).
- Sus mejores páginas*, selección y prefacio de Jorge Mañach, Torres Aguirre, Lima, 1959, (Biblioteca básica de cultura cubana. Primer Festival del Libro Cubano, 2).

- Facsimil del original del Manifiesto de Montecristi, firmado por Máximo Gómez y José Martí, el 25 de marzo de 1895*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1961.
- Ideario pedagógico*, introducción por Herminio Almendros, Ministerio de Educación, La Habana, 1961.
- José Martí, esquema ideológico*, selección, pref., glosas y notas por Manuel Pedro González e Ivan A. Schulman, Editorial Cultura, T.G., S.A., México, 1961, (Universidad de Oriente).
- Diario de campaña*, ordenación y prólogo de Ezequiel Martínez Estrada, Editorial Nacional, La Habana, 1962.
- Versos*, estudio preliminar, selección y notas de Eugenio Florit, Las Américas Publishing Company, Nueva York, 1962.
- Escenas norteamericanas*, trad. y prólogo de Valeri Stolbov, Edición Estatal de Bella Literatura, Moscú, 1963, [Texto en ruso].
- La Edad de Oro*, Editorial Nacional de Cuba, Editora Juvenil, La Habana, 1964.
- Lezama Lima, José, *Antología de la poesía cubana*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, (Biblioteca básica de autores cubanos), 3 t.
- Páginas escogidas*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Editorial Nacional de Cuba, Editora Universitaria, La Habana, 1965, 2 t., (Biblioteca popular universitaria, 1), [2a ed., Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, 2 t.].
- Martí y México*, selección de Salvador Bueno, [La Habana, 1967], Publicaciones Sociedad Cubano-Mexicana de Relaciones Culturales.
- Sobre España*, introd., selección y notas de Andrés Sorel, [Ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1967], (Los clásicos, 6).
- Versos*, 2a. impresión revisada. Estudio preliminar, selección y notas, de Eugenio Florit, Las Américas Publishing Co., Nueva York, 1967.
- The America of José Martí: Selected writings of José Martí*, tr. de Juan de Onís. Funk & Wagnalls, Nueva York, 1968.
- Antología de José Martí*, prólogo y selección de Mauricio Magdaleno, Ediciones Oasis, México, 1968, (Pensamiento de América II, vol. 12).
- José Martí. Antología crítica*, selección, estudios y notas por Susana Redondo de Feldman y Anthony Tudisco, Las Américas Publishing Company, Nueva York, 1968, (Colección Clásicos Hispanoamericanos, 2).
- José Martí: En los Estados Unidos*, edición, prólogo y notas de Andrés Sorel, Madrid [Alianza Editorial, S.A., 1968].
- La Revolución de 1968*, selección y prólogo de Julio Le Riverend, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- Notre Amérique*, anthologie présentée par Roberto Fernández Retamar, Traduction d'André Joucla-Ruau, François Maspero, París, 1968.

- Primeros y últimos días; José Martí*, Gente Nueva, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- Lucía Jerez*, edición patrocinada por Manuel Pedro González, Editorial Gredos, S.A., Madrid [1969].
- Martí, joven revolucionario*, por Juan Losada, introducción por Rolando García, Comisión de Estudios Históricos de la UJC, La Habana, 1969, (Colección Cien Años de Lucha).
- José Martí, hombre apostólico y escritor. Sus mejores páginas*, estudio, notas y selección de textos por Raimundo Lazo, Editorial Porrúa, S.A., México, 1970.
- José Martí: une étude de Juan Marinello avec un choix de textes*, Editions Pierre Seghers, París, 1970, (Poètes d'aujourd'hui, 193).
- Versos libres*, edición, prólogo y notas de Ivan A. Schulman. State University of Nueva York, Editorial Labor, S.A., Barcelona, 1970, (Textos Hispánicos Modernos, 3).
- Escritos desconocidos de José Martí*, recopilación, prólogo y notas de Carlos Ripoll. Eliseo Torres & Sons, Nueva York, 1971.
- Antología mínima*, selección y notas de Pedro Alvarez Tabío, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, 2 t.
- Cuba, USA, América Latina*, introd. por Antonio Melis, La Nueva Italia, Bolonia, 1972.
- Diario de campaña de José Martí ("De Cabo Haitiano a Dos Ríos")*, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 1972.
- Ensayos sobre arte y literatura*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
- MARINELLO, JUAN: *José Martí*, Ediciones Júcar, Madrid, 1972, (Colección Los Poetas).
- Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Siglo XXI Editores, S.A., México, 1973.
- La guerre de Cuba et le destin de l'Amérique Latine*, Chronologie, choix de textes, traduction et introduction par Jean Lamore, prologue de Cintio Vitier, Aubier Montaigne, París, 1973, (Collection Bilingue).
- Páginas escogidas*, introducción Max Henríquez Ureña, Editora Nacional, México, 1973.
- Poesía mayor*, selección y prólogo de Juan Marinello, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, (Biblioteca básica de autores cubanos).
- VITIER, CINTIO: *José Martí; antología di testi e antología crítica a cura e con una introduzione di Cintio Vitier*, Edizione italiana diretta da Ferruccio Rossi-Landi, Traduzione di Elena Clementelli e Luisa Acerbi in collaborazione con la redazione de Ideologie, Edizioni di Ideologie, Roma, 1974.
- Escritos sobre educación*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
- Ismaelillo*, Edición facsimilar, introducción y notas por Ángel Augier, Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1976.
- Nuestra América*, prólogo de Juan Marinello, selección y notas Hugo Achúgar, Cronología Cintio Vitier, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.

- La Gran Enciclopedia Martiana*, Editorial Martiana, Miami, 1978, 14 t.
- José Martí: revolucionario y educador*, Laboratorio Educativo, Caracas, 1978.
- Obras escogidas*, prólogo Centro de Estudios Martianos, Editora Política, Ciudad de La Habana, 1978, 3 t. (Col. Textos Martianos), (2a. ed., *Obras escogidas en tres tomos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.).
- Obra literaria*, prólogo, notas y cronología Cintio Vitier, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.
- AGRAMONTE, ROBERTO: *Martí y su concepción de la sociedad 2: Patria y humanidad. Teoría general de la sociedad (1)*, Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, 1979.
- Ensayos sobre arte y literatura*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979.
- ARIAS, SALVADOR: *Acerca de La Edad de Oro*, selección y prólogo de Salvador Arias, Centro de Estudios Martianos, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- Nuevas cartas de Nueva York*, investigación, introducción e índice, por Ernesto Mejía Sánchez, Siglo Veintiuno, México, 1980, (Col. América Nuestra), (2a. ed., Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983).
- Poesía de amor*, selección, prólogo y notas por Luis Toledo Sande, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- Letras fieras*, introducción por Roberto Fernández Retamar, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- Teatro*, Editorial Letras Cubanas, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1981.
- En las entrañas del monstruo*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- Diario de campaña*, Edición facsimilar, Ediciones de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- El indio de Nuestra América*, Centro de Estudios Martianos, Casa de las Américas, La Habana, 1985.
- Poesía completa*, Edición crítica, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, 2 t., (Letras Cubanas, Siglo XIX), (2a. ed., 1993).
- ABEL, CRISTOPHER and NISSA TORRENTS: eds. *José Martí: Revolutionary Democrat*, The Athlone Press, London, 1986.
- El General Gómez*, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana, 1986.
- Ideario*, selección de Cintio Vitier y Fina García Marruz, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1987, (Palabra de Nuestra América).
- Un drama terrible*, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, La Habana, 1987, (Textos martianos breves).

- Political Parties and Elections in the United States*, Edited with introduction and notes by Philip S. Foner; translated by Elinor Randall, Temple University Press, Philadelphia, 1988.
- Ideario pedagógico*, selección y prólogo Herminio Almendros, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1990.
- Textos antimperialistas de José Martí*, selección, presentación y comentarios de Fina García Marruz, Editorial Pueblo y Educación, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1990, 2a. ed., 1996.
- YACOU, ALAIN: ed. *Bolívar et les peuples de nuestra América*, préface de Paul Verna, Presses Universitaires de Bordeaux, 1990.
- Con los pobres de la tierra*, selección y prólogo de Julio E. Miranda; notas de Cintio Vitier y Hugo Achúgar, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1991, (Colección Claves de América).
- Nuestra América: Edición crítica*, presentación y notas Cintio Vitier, Centro de Estudios Martianos, Casa de las Américas, La Habana, 1991, Edición facsimilar.
- José Martí en Venezuela y nuestra América*, Universidad de Los Andes, Cátedra Latinoamericana José Martí, Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres, Mérida, 1992.
- La Edad de Oro*, Edición crítica anotada y prologada por Roberto Fernández Retamar, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, 5 t.
- Revista Venezolana*, 1.º de julio de 1881 — José Martí — 15 de julio 1881 — Ramón Losada Aldana, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, Caracas, 1993, Edición crítica.
- Polvo de alas de mariposa*, prólogo de Luis Álvarez Álvarez, Centro de Estudios Martianos, Ediciones Artex, La Habana, 1994.
- Cuadernos Martianos*, selección de Cintio Vitier, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1995-1997, (I, Primaria; II, Secundaria Básica; III, Preuniversitario).
- Lo que dibujó Martí*, pról. de Adelaida de Juan, Pablo de la Torriente, La Habana, 1995.
- Poesía completa*, Edición de Carlos Javier Morales, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- TOLEDO BENEDIT, JOSEFINA: *José Martí y la naturaleza*, CITMA, La Habana, 1995.
- Diarios de campaña*, Edición crítica cotejada según originales, presentación y notas por Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, Casa Editora Abril, La Habana, 1996.
- Patria y libertad (Drama indio)*, contiene además: "Guatemala y José Martí", por Luis Luján Muñoz; "El teatro de Martí en Guatemala ayer y hoy", por Manuel Corleto, Departamento de Estudio e Investigaciones Socioculturales, Guatemala, 1996.

*Martí en la Universidad*, selección y prólogo de Cintio Vitier, Editorial Félix Varela, La Habana, 1997.

*Vers libres*, edition bilingue établie par Jean Lamore, prologue de Cintio Vitier, Edition UNESCO, París, 1997.

*Versos sencillos*, Félix de Guaranía, Ñe' Epotymi, Editorial Arandura, Asunción, Paraguay, 1998, versión en lengua guaraní.

## *Bibliografía pasiva*

### *(En libros, folletos y revistas)*

Academia Cubana de la Lengua: *Ciclo de conferencias en el Centenario de José Martí*, P. Fernández y Cía., La Habana, 1955.

ACOSTA, LEONARDO: *José Martí, la América precolombina y la conquista española*, Casa de las Américas, La Habana, 1974. (Cuadernos Casa, 12).

AGRAMONTE, ROBERTO: *Las doctrinas educativas y políticas de Martí*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1991.

AGUIRRE, MIRTA: "Los principios estéticos e ideológicos de José Martí", *Estudios literarios*, Letras Cubanas, La Habana, 1981.

ALBERT BATISTA, CELSA: *Las ideas educativas de José Martí*, Editorial Gente, Santo Domingo, 1992.

ALMANZA ALONSO, RAFAEL: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

ALMENDROS, HERMINIO: *A propósito de La Edad de Oro; notas sobre literatura infantil*, 2a. ed. corr. y aum., Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, (Gente Nueva).

*Nuestro Martí*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.

ÁLVAREZ ÁLVAREZ, LUIS: *Estrofa, imagen, fundación: La oratoria de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1995, Premio Extraordinario sobre José Martí.

*Anales de la Universidad de Chile*, "Homenaje a José Martí en el centenario de su nacimiento", Año CXI, No. 89, primer trimestre de 1953.

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: "La prosa poética de José Martí. A propósito de *Amistad funesta*", *Estudios sobre escritores de América*, Editorial Raigal, Buenos Aires, 1954.

*Anuario del Centro de Estudios Martianos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1978-1995/1996, 18 v., [Contiene Bibliografía anual por Araceli García-Carranza].

*Anuario Martiano*, publicado por la Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, Dpto. Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1969-77, 7 v., [Contiene Bibliografía anual por Araceli García-Carranza].

- ARCE VALENTÍN, REINERIO: *Religión: Poesía del mundo venidero: Implicaciones teológicas en la obra de José Martí*. Ediciones CIAL, Ecuador, 1996.
- Archivo José Martí*, Al cuidado de Félix Lizaso, Publicaciones del Ministerio de Educación, La Habana, 1940-1953, 22 t.
- ARMAS, EMILIO DE: *Un deslinde necesario*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978.
- "La modernidad de los *Versos libres* y la ética de la poesía", *Revista de Literatura Cubana*, ene.-jun., La Habana, 1990.
- ARMAS, RAMÓN DE: "Conflicto social, violencia y autoctonía en los Estados Unidos", "Consideraciones sobre el pensamiento social de José Martí durante los primeros años de la década del 80", *Revista Contracorriente*, no. 4, La Habana, 1996.
- "José Martí: la verdadera y única abolición de la esclavitud", Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1986, Separata del tomo XLIII del *Anuario de Estudios Americanos*.
- La Revolución pospuesta: contenido y alcance de la revolución martiana por la independencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- "La vanguardia antillana de la segunda mitad del XIX y la estrategia revolucionaria continental de José Martí", Separata de *Trocadero. Revista de historia moderna y contemporánea*, Universidad de Cádiz, no. 4, 1992.
- ARMAS Y CÁRDENAS, JOSÉ DE: "Martí", *Ensayos críticos de la literatura inglesa y española*, Victoriano Suárez, Madrid, 1910.
- ARROM, JOSÉ JUAN: "Raíz popular de los Versos sencillos de José Martí", *Certidumbre de América; estudios de letras, folklore y cultura*, Anuario Bibliográfico Cubano, La Habana, 1959.
- Asir*, "Homenaje a Martí", No. 30-31, Mercedes, Uruguay, mar.-abr. 1953.
- Atlas histórico-biográfico José Martí*, pról. Roberto Fernández Retamar, Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1983.
- AUGIER, ÁNGEL I.: *Acción y poesía en José Martí*, Centro de Estudios Martianos, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.
- BALLÓN, JOSÉ C.: *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*, Editorial Pliegos, Madrid, 1986.
- BAQUERO, GASTÓN: *La fuente inagotable*, Pre-Textos, Valencia, España, 1995.
- BAZIL, OSVALDO: *Vidas de iluminación, La huella de Martí en Rubén Darío. Cómo era Rubén Darío*, Julio Arroyo, La Habana, 1932.
- BECALI, RAMÓN: *Martí corresponsal*, Editorial Orbe, La Habana, 1976.
- BLANCH Y BLANCO, CELESTINO: *Bibliografía martiana 1954-1963*, Biblioteca Nacional José Martí, Dpto. de Colección Cubana, La Habana, 1965.
- Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*, "Homenaje a José Martí en el Centenario de su nacimiento", oct.-dic., La Habana, 1952.

- BUENO, SALVADOR: *Visión de Martí por cuatro autores españoles: Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Federico de Onís, Guillermo Díaz-Plaja*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1992.
- CAIRO BALLESTER, ANA: *Letras. Cultura en Cuba*, prefacio y compilación de Ana Cairo Ballester, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1989, 1990, 2 t.
- CANTÓN NAVARRO, JOSÉ: *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, [La Habana] Dirección Política de las FAR [1970], (2a. ed. ampliada. Editora Política, 1981).
- CASTAÑÓN, JOSÉ MANUEL: *José Martí. Fuego de amor*, Casa de Cultura "Teodoro Cuesta", Mieres, España, 1995.
- CASTELLANOS, GERARDO: *Los últimos días de Martí*, Ucar, García, La Habana, 1937.
- Martí, conspirador y revolucionario*, s.i., La Habana, 1942.
- Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí*, Alfa, La Habana, 1944.
- CASTRO RUZ, FIDEL: "En la conmemoración de los Cien Años de Lucha", (en: *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, Vol. XI, no. 4, oct.-dic., Santa Clara, Cuba, 1968).
- José Martí, el autor intelectual*, selección y presentación del Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana, 1983.
- CATALÁ, RAQUEL: *Martí y el espiritualismo*, Molina y Cía., La Habana, 1942.
- Centro de Estudios Martianos, *Encuentro Nacional de Estudios sobre José Martí*, La Habana, 1987.
- Jornada Varela-Martí*, s.e., La Habana, 1988.
- Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, Editora Política, La Habana, 1978, (Col. de Estudios Martianos).
- CEPEDA, RAFAEL: *José Martí. Perspectivas éticas de la fe cristiana*, Departamento Ecu­ménico de Investigaciones, San José, Costa Rica, 1991.
- Lo ético-cristiano en la obra de José Martí*, prólogo de Cintio Vitier y Fina García Marruz, Centro de Información y Estudio Augusto Cotto, Matanzas, 1992.
- COLLAZO, ENRIQUE: *Cuba heroica*, s.i., La Habana, 1912.
- COMITÉ CUBANO DE SOLIDARIDAD CON VIET NAM, CAMBODIA Y LAOS: *Un aniversario, dos forjadores: Ho Chi Minh y Martí*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, 4 t.
- CRUZ, MANUEL DE LA: "José Martí", *Literatura cubana*, Saturnino Calleja, Madrid, 1924. (*Obras*, III).
- Cuba sí*, París, no. 35-36, 1970-71, [Contiene trabajos de Juan Marinello, Noël Salomon, Paul Estrade, Charles Lancha y Jean Lamore].
- CHACÓN Y CALVO, JOSÉ MARÍA: *Las cien mejores poesías cubanas*, 2a. ed., Cultura Hispánica, Madrid, 1958.

- CHAILLOUX LAFFITA, GRACIELA: *Estrategia y pensamiento económico de José Martí frente al imperialismo norteamericano*, Centro de estudios sobre Estados Unidos, Universidad de La Habana, La Habana, 1989.
- DARÍO, RUBÉN: "José Martí", *Los Raros*, Maucci, Barcelona, 1905, [Apareció en *La Nación* de Buenos Aires, 1.º de junio de 1895. Hay varias reediciones].
- DE JUAN, ADELAIDA: *Pintar como el sol pinta. José Martí y la pintura impresionista francesa*, La Rueda Dentada, La Habana, 1996.
- DEULOFEU LLEONART, MANUEL: *Martí, Cayo Hueso y Tampa. La emigración*, Antío Cuevas y Hno., Cienfuegos, 1905.
- DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO: *Al filo del novecientos; estudios de intercomunicación hispánica*, Editorial Planeta, Barcelona, 1971.
- Martí desde España*, Selecta, La Habana, 1956.
- Modernismo frente a noventa y ocho*, Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1951.
- DIEGO, ELISEO: "La insondable sencillez", *Prosas escogidas*, Letras Cubanas, La Habana, 1983.
- DILL, HANS-OTTO: *El ideario literario y estético de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1975.
- DOMENECH, FRANCISCO: "Martí y las clases trabajadoras", *Obras*, vol. III, Editorial Hispano-Americana, La Habana, 1936.
- DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ, MARLEN A.: *Lengua y crítica en José Martí*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1989.
- En torno a José Martí*, Coloquio Internacional celebrado bajo los auspicios de la Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, la José Martí Foundation de Estados Unidos y el Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux III, Bordeaux, Éditions Bière, 1974.
- "*En un domingo de mucha luz*", *Cultura, historia y literatura españolas en la obra de José Martí*, Ediciones Universidad, Salamanca, 1995.
- ESCOBAR, FROILÁN: *Martí a flor de labios*, prólogo Cintio Vitier, Editora Política, La Habana, 1991.
- ESTÉNGER, RAFAEL: *Vida de Martí, con lecturas complementarias*, Eds. Mirador, La Habana, 1953.
- ESTRADE, PAUL: *José Martí, militante y estratega*, Editorial de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1983.
- José Martí (1853-1895) ou des fondements de la démocratie en Amérique Latine*, Editions-ns Caribéennes, France, 1987, 2 v.
- ETTE, OTTMAR: *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, UNAM, México, 1995, (Nuestra América, 45).
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: *El credo independiente de la América Nueva*, Casa Editora Abril, La Habana, 1992, (Ediciones pequeño formato).

- Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada*, Conferencia leída en Bahía Blanca, Argentina, el 15 de abril de 1993 en el Primer Congreso Internacional sobre E. Martínez Estrada.
- La imaginación revolucionaria y la creación intelectual: el ejemplo de José Martí*, The United Nations University, Tokio, 1981.
- Introducción a José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1978.
- Lectura de Martí*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972.
- "Martí en su (tercer) mundo", *Ensayo de otro mundo*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- "*Nuestra América*": cien años y otros acercamientos a Martí, prólogo de Cintio Vitier, Editorial Sí-Mar, La Habana, 1995.
- Para el perfil definitivo del hombre*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, 2a. ed. corregida y aumentada, 1995.
- Un periodista argentino llamado José Martí*, discurso pronunciado el 10 de septiembre de 1993, al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires.
- Sobre la crítica de Martí*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1973, (Cuadernos de Arte Latinoamericano).
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO; IBRAHÍM HIDALGO PAZ: *José Martí, semblanza biográfica y cronología mínima*, Editora Política, La Habana, 1983.
- FERRER CANALES, JOSÉ: *Acentos cívicos: Martí, Puerto Rico y otros temas*, Editorial Edil, Río Piedras, 1972.
- José Martí y Hostos*, pres. por Julio César López, Instituto de Estudios Hostosianos, Universidad de Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan, Puerto Rico, 1990.
- FONER, PHILIP S.: *The Spanish-Cuban-American War and the birth of American Imperialism, 1895-1902*, Monthly Review Press, Nueva York and London, 1972, 2 t.
- FRANCO, LUIS LEOPOLDO: *Sarmiento y Martí*, Lautaro, Buenos Aires, 1958, (Col. Pensamiento Argentino, 5).
- GARCÍA MARRUZ, FINA: "El amor como energía revolucionaria en José Martí", *Albur*, órgano de los estudiantes del Instituto Superior de Arte, Número Especial, La Habana, mayo de 1992.
- "Gracián y Martí", *Hablar de la poesía*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.
- "Modernismo, modernidad y Orbe Nuevo", *Recreaciones: Ensayos sobre la obra de Rubén Darío*, prólogo y edición de Ivan A. Schulman, Hanover, U.S.A., Ediciones del Norte, 1992.
- Temas Martianos* (con Cintio Vitier), Biblioteca Nacional José Martí, Dpto. Colección Cubana, La Habana, 1969.
- Temas Martianos*, Tercera serie, Centro de Estudios Martianos, Ediciones Artex, 1995.

- "Los Versos sencillos", *Casa de las Américas*, no. 200, jul.-sep., La Habana, 1995.
- GARRIGÓ, ROQUE E.: *América; José Martí*, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, s.a., La Habana.
- GÓMEZ, JUAN GUALBERTO: *Separatista y rebelde*, Editorial Cuba, La Habana, 1937.
- GÓMEZ, MÁXIMO: *Diario de campaña*, Comisión del Archivo de Máximo Gómez, Centro Superior Tecnológico Ceiba del Agua, La Habana, 1942.
- GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO: *Antología crítica de José Martí*, Editorial Cultura, T.G., S.A., México, 1960, (Universidad de Oriente).
- Fuentes para el estudio de José Martí*, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La Habana, 1950.
- Indagaciones martianas*, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1961.
- José Martí en el octogésimo aniversario de la iniciación modernista (1882-1962)*, Ministerio de Educación, Caracas, 1962.
- José Martí, epic chronicler of the United States in the eighties*, Introduction by Sturgis E. Leavit, Chapel Hill (Estados Unidos), The University of North Carolina Press, 1953, [2a. ed., La Habana Center of Studies on Martí, 1961].
- Notas críticas*, Instituto del Libro, La Habana, 1969, (Contemporáneos, Serie Arte y Literatura).
- Notas en torno al modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958.
- GONZÁLEZ PATRICIO, ROLANDO: *Cuba y América en la modernidad de José Martí*, Ediciones Capiro, Santa Clara, 1996.
- Diplomacia contra diplomacia. Martí y México en América*, Cámara de Diputados, México, 1995.
- "Nuestra América en la estrategia independentista del Delegado José Martí". *Cuba: la Revolución de 1895 y el fin del imperio colonial español*, Oscar Loyola Vega, coordinador, UMSNG, Instituto de Investigaciones Históricas, Morelia, Michoacán, 1995.
- GRIÑÁN PERALTA, LEONARDO: *Martí: líder político*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1970, (Centenario 1868).
- GUEVARA, ERNESTO CHE: "José Martí", *Obras, 1957-1967*, Casa de las Américas, La Habana, 1970.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL: "La Edad de Oro, de José Martí", *Crítica literaria I*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959, (Obras).
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX: "José Martí", *Breve historia del modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954.
- HERNÁNDEZ CATÁ, ALFONSO: *Mitología de Martí*, Club del Libro, Buenos Aires, 1939.
- HERNÁNDEZ-CHIROLDES, J. ALBERTO: *Los Versos sencillos de José Martí: (Análisis Crítico)*, Ediciones Universal, Miami, 1983, (Polymita).

- HERRERA FRANYUTTI, ALFONSO: *Martí en México. Recuerdos de una época*, prólogo de Pedro Pablo Rodríguez, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, D.F., 1996.
- HIDALGO PAZ, IBRAHÍM: *Incursiones en la obra de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- José Martí: cronología 1853-1895*, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- El Partido Revolucionario en la isla*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- Homenaje a José Martí: a cien años de residencia en Caracas 1881-1991*, Biblioteca Nacional/Nueva Sede, Caracas, 1991.
- IBARRA, JORGE: *Ideología mambisa*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
- IDUARTE, ANDRÉS: *Martí escritor*, Cuadernos Americanos, México, 1945, [2a. ed., Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, La Habana, 1951; 3a. ed., Editorial Joaquín Mortíz, México, 1982].
- JAMES FIGAROLA, JOEL: *José Martí en su dimensión única*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1997.
- JIMÉNEZ-GRULLÓN, JUAN ISIDRO: *La filosofía de José Martí*, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1960.
- JIMÉNEZ, JOSÉ OLIVIO: *José Martí, poesía y existencia*, Editorial Oasis, México, 1983.
- La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí*, Pre-Textos, Valencia, España, 1993.
- JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN: "José Martí", *Espanoles de tres mundos*, Losada, Buenos Aires, 1942.
- JORRÍN, MIGUEL: *Martí y la filosofía*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1954, (Cuadernos de divulgación cultural, 11).
- José Martí a cien años de "Nuestra América"*, coordinadores Jesús Serna Moreno, María Teresa Bosque Lastra, Universidad Nacional Autónoma, México, 1993.
- José Martí: Historia y literatura ante el fin del siglo XIX*, (Actas del Coloquio Internacional celebrado en Alicante en marzo de 1995), Carmen Alemany, Ramiro Muñoz, José Carlos Rovira eds., Universidad de Alicante, 1997.
- José Martí, hombre universal*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1992, contiene: "José Martí: hombre universal", Armando Hart Dávalos; "Algunas reflexiones en torno a José Martí", Cintio Vitier.
- José Martí 1895/1995. Literatura – Política – Filosofía – Estética*, 10.º Coloquio Interdisciplinario de la Sección Latinoamericana del Instituto Central (06) de la Universidad de Erlangen-Nürnberg, Edición a cargo de Ottmar Ette y Titus Heydenreich, Vervuert Verlag – Frankfurt am Main, 1994.

- José Martí. Obra y vida. Poesía*, Revista Ilustrada de Información Poética, no. 42, Ministerio de Cultura, Ediciones Siruela, España, 1995.
- José Martí: un hombre sincero*, Diputación de Cádiz, Centro de Estudios Martianos, Cádiz, 1991.
- LAMORE, JEAN: *José Martí et l'Amérique*, Editions L'Harmattan, París, 1986.
- LAVIANA CUETOS, MA. LUISA: *José Martí: la libertad de Cuba*, Ediciones Anaya, Madrid, 1988.
- LEBER, GISELA: *Die Bedeutung von José Martí, für die Ausprägung des Kubanischen Nationalbewusstseins*, (Tesis de grado), Rostock, República Democrática Alemana, 1966.
- LE RIVEREND BRUSONE, JULIO: *Bolívar y Martí, dos tiempos, una historia*. Separata tomada de: *Cuadernos de Historia* nov.-dic. 1983, trabajo presentado en el IV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano, Argentina.
- José Martí: historiador crítico del imperialismo norteamericano*, Seminario Internacional "Vigencia del pensamiento martiano", Seminario convocado por el ICAP y Asociaciones de Amistad con Cuba en el extranjero, t. 2, La Habana, 1982.
- José Martí: pensamiento y acción*, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana, 1982.
- LEZAMA LIMA, JOSÉ: *Antología de la poesía cubana*, t. III, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965.
- "A partir de la poesía", *La cantidad hechizada*, UNEAC, Contemporáneos, La Habana, 1970.
- "Influencias en busca de Martí", (I, II), *Tratados en La Habana*, Universidad Central de Las Villas, 1958.
- "Lectura", *Imagen y posibilidad*, Selección, pról. y notas de Ciro Bianchi Ross, Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- "Secularidad de José Martí", *Orígenes*, no. 33, La Habana, 1953, *Imagen y posibilidad*. Ed. cit.
- "La sentencia de Martí", *Tratados en La Habana*, Ed. cit.
- LIZASO, FÉLIX: *Martí, martyr of Cuban independence*, Translated by Esther Elise Shuler, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1953.
- Martí, místico del deber*, Buenos Aires, Losada, 1940, (Biografías históricas y novelescas), [2a. ed. 1946, 3a. ed. 1952].
- Posibilidades filosóficas en Martí*, Molina, La Habana, 1935.
- Proyección humana de Martí*, Raigal, Buenos Aires, 1953.
- LIZASO, FÉLIX y JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO: *La poesía moderna en Cuba (1882-1925)*, Hernando, Madrid, 1936.
- LÓPEZ DORTICÓS, PEDRO: *Intimidad de Martí en sus cartas a Manuel A. Mercado*, Conferencia, Academia Nacional de Artes y Letras, La Habana, 1950.

- LOYNAZ, DULCE MARÍA: "Influencia de los poetas cubanos en el Modernismo", *Ensayos literarios*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1993.
- LLAVERÍAS, JOAQUÍN: *Los periódicos de Martí*, imp. Pérez Sierra, La Habana, 1929.
- MALDONADO DENIS, MANUEL: *Ensayos sobre José Martí*, Editorial Antillana, Río Piedras, Puerto Rico, 1987.
- "Martí ante Bolívar: nota sobre un diálogo entre libertadores", en su *Bolívar, vigencia de su pensamiento en América*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, República Dominicana, 1983.
- MAÑACH, JORGE: *El espíritu de Martí*, presentación de Graciella Pogolotti, *Albur*, Órgano de estudiantes del Instituto Superior de Arte, Número especial, La Habana, mayo de 1992.
- Historia y estilo*, Editorial Minerva, La Habana, 1944.
- José Martí*, Ediciones Nuevo Mundo, La Habana, 1960. 2 t.
- Martí, el Apóstol*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933; Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1942 (Col. Austral, 252), 1944, 1946, 1952; Imp. Torres Aguirre, Lima, 1959 (2o Festival del Libro Cubano); prólogo de Gabriela Mistral, Las Américas Publishing, Nueva York, 1963; prólogo de Luis Toledo Sande, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- Martí, Apostol of Freedom*, tr. by Coley Taylor, with a preface by Gabriela Mistral, The Davin-Adair Co., Nueva York, 1950.
- Pasado vigente*, Editorial Trópico, La Habana, 1939.
- El pensamiento político y social de Martí*, Edición Oficial del Senado, La Habana, 1941.
- MARINELLO VIDAURRETA, JUAN: *Dieciocho ensayos martianos*, Centro de Estudios Martianos-Editora Política, La Habana, 1980.
- José Martí, escritor americano. Martí y el modernismo*, Editorial Grijalbo, México, 1958, (2a. ed., Imp. Nacional de Cuba, La Habana, 1962).
- José Martí*, Ediciones Júcar, Madrid, 1972, (Colección Los Poetas).
- José Martí: une étude de... avec un choix de textes, trente-cinq illustrations*, [Traductions de Max Daireaux, José Carner, Emilie-Noulet et M. Burguet], Editions Pierre Seghers, París, 1970, (Poètes d'aujourd'hui, 1963).
- Obras martianas*, selección y prólogo Ramón Losada Aldana, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1987.
- Martí: Aquel hombre solar*, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Derrama Magisterial, Lima, 1997.
- Martí en los Henríquez Ureña*, selección y prólogo de Yolanda Ricardo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1995.
- MARTÍNEZ BELLO, ANTONIO: *El temperamento de Martí*, (Ensayo de interpretación psicológica), Ed. Neptuno, La Habana, 1948.

- MARTÍNEZ DÍAZ, NELSON: *José Martí*, Ediciones Iuorum, Madrid, 1986.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL: *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, Siglo XXI, México, 1966.
- Martí revolucionario*, prólogo de Roberto Fernández Retamar, Casa de las Américas, La Habana, 1967, (2a. ed., 1974).
- MELLA, JULIO ANTONIO: *Glosando los pensamientos de Martí*, prólogo de Juan Marinello, La Habana, 1941.
- Memoria del Congreso de escritores martianos*, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, La Habana, 1953.
- MÉNDEZ, MANUEL ISIDRO: *Entraña y forma de los Versos sencillos*, Universidad de La Habana, La Habana, 1953.
- José Martí, estudio biográfico*, Agence Mondiale de Librairie, París, Madrid, 1925. (Los grandes escritores).
- Martí, estudio crítico-biográfico*, P. Fernández, La Habana, 1941.
- MEO ZILIO, GIOVANNI: *De José Martí a Sabat Ercasty*, Ed. El Siglo Ilustrado, Montevideo, 1967, (Colección Método).
- "José Martí (Tres estudios estilísticos)", Separata del *Anuario martiano n. 2*, Sala Martí, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1970.
- L'iterazione nella prosa di José Martí*, Estratto da *Le lingue straniere*, Anno XIV, no. 4 (luglio-agosto, 1965).
- Note di fonología letteraria intorno a un testo cubano*, Ponte Nuovo Editrice, Bologna, Italia, 1961, Separata de *Quaderni dell'Istituto di Glottología dell'Università degli Studi di Bologna*, V (1969).
- Mérida, Universidad de Los Andes, Cátedra Latinoamericana José Martí: *José Martí en Venezuela y Nuestra América*, Dirección de Cultura y Extensión ULA, Mérida, 1992.
- MESTAS, JUAN E.: *El pensamiento social de José Martí: ideología y cuestión obrera*, Editorial Pliegos, Madrid, 1993.
- MIRANDA CANCELA, ELINA: *José Martí y el mundo clásico*, Universidad Nacional Autónoma, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1990.
- MISTRAL, GABRIELA: *La lengua de Martí*, Dirección de Cultura de la Secretaría de Educación, La Habana, 1934.
- "Los Versos sencillos de José Martí", *Revista Bimestre Cubana*, mar.-jun., La Habana, 1938.
- MOLINA PARRADO, LUIS: *El pensamiento social de José Martí*, prólogo de Raúl Roa, Lex, La Habana, 1955.
- MORALES, CARLOS JAVIER: *La poética de José Martí y su contexto*, Editorial Verbum, Madrid, 1994.

- MORALES, SALVADOR: *Martí en Venezuela. Bolívar en Martí*, Ediciones Centauro, Caracas, 1985.
- MUNICIPIO DE LA HABANA: *Homenaje a Martí en el cincuentenario del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942*, Municipio de La Habana, 1942, (Cuadernos de historia habanera, 22).
- Vida y pensamiento de Martí*, Homenaje de la ciudad de La Habana en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano, 1892-1942, La Habana, Municipio de La Habana, 1942, 2 v.
- MURPHY, TONY T. COMP.: *A cien años de Martí*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1997, Textos de Fina García Marruz, Adelaida de Juan, Roberto Fernández Retamar y Cintio Vitier.
- NOLASCO, SÓCRATES: *Martí, el modernismo y la poesía tradicional*, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1955.
- NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, JOSÉ DE J.: *Martí en México*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1933.
- ONÍS, FEDERICO DE: *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1934.
- “José Martí: valoración”, “Martí y el Modernismo”, “Una canción popular sobre Martí”, *España en América. Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*, Madrid, Eds. de la Universidad de Puerto Rico, 1955.
- ORAÁ, FRANCISCO DE: “De la fuente con dos ramas. Contribución a una lectura ‘poética’ de *Versos sencillos*”, *Unión*, ene.-mar., La Habana, 1983.
- ORRILLO, WINSTON: *Martí, Mariátegui: literatura, inteligencia y revolución en América Latina*, Causachun, Lima, 1989.
- ORTIZ, FERNANDO: *Martí y las razas*, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario, La Habana, 1953.
- PERAZA SARAUSA, FERMÍN: *Bibliografía martiana, 1853-1953*, Ed. del Centenario, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario, La Habana, 1954.
- PIÑERA LLERA, HUMBERTO: *Idea, sentimiento y sensibilidad de José Martí*, Ediciones Universal, Miami, Florida, 1980.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO: *José Martí, crítico literario*, Unión Panamericana, Washington, 1953. (Pensamiento de América, 3).
- Martí, escritor revolucionario*, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, La Habana, 1982.
- Retratos infieles de José Martí*, Separata de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1968.
- La voluntad de estilo en José Martí*, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1953.
- POYO, GERALD E.: *Cuban Emigre Communities in the United States and the Independence of their Homeland, 1852-1895*, University of Florida, Florida, 1983.

- QUESADA Y MIRANDA, GONZALO DE: *Anecdotario martiano, nuevas facetas de Martí*, Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano, La Habana, 1948, (Eds. Patria, 1).
- Así vieron a Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, (Centenario de 1868).
- Facetas de Martí*, Trópico, La Habana, 1939.
- Iconografía martiana*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985.
- Martí, hombre*, Seoane, Fernández y Cía., La Habana, 1940, [2a. ed. Prefacio de Emil Ludwig, 1944].
- Martí, periodista*, Tip. Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1929.
- QUESADA Y MIRANDA, GONZALO DE, y ORLANDO CASTAÑEDA Y ESCARRA: *Fechas martianas. Tabla cronológica de la vida de Martí. Calendario martiano*, Ed. Patria, La Habana, 1960.
- RAMA, ÁNGEL: *La dialéctica de la modernidad en José Martí*, Editorial Universitaria, Río Piedras, 1974.
- "Indagación de la ideología en la poesía (los dípticos seriados de *Versos sencillos*)", *Revista Iberoamericana*, Estados Unidos, jul.-dic., 1980.
- RAMOS, JULIO: *Contradicciones de la modernización literaria en América Latina: José Martí y la crónica modernista*, Princeton University, 1986.
- Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, (Colección Tierra Firme).
- Revista Cubana*, "Homenaje a José Martí", "Los que conocieron a Martí", Volumen especial, jul. 1951-dic., La Habana, 1952.
- Revista de la Biblioteca Nacional*, Número dedicado al Centenario de Martí, 2a. serie, t. IV, no. 1, ene.-mar., La Habana, 1953.
- Revista Hispánica Moderna*, "José Martí: vida y obra", Nueva York, Hispanic Institute, ene.-dic., 1952.
- Revista Lyceum*, "El Lyceum y el centenario martiano", feb.-mar., La Habana, 1953.
- Revista Martiana*, publicación mensual, consagrada al estudio de la vida y la obra de José Martí, 6 t., La Habana, 1921-27.
- REXACH DE LEÓN, ROSARIO: *Estudios sobre Martí*, Editorial Playor, Madrid, 1985.
- REYES, ALFONSO: "Martí a la luz de la nueva Física", *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*, jul.-dic., La Habana, 1953.
- RÍOS, FERNANDO DE LOS: *Reflexiones en torno al sentido de la vida en Martí*, Conferencia en la Institución Hispanocubana de Cultura, Librería Martí, La Habana, 1953, [1a. ed., El Universo, La Habana, 1928].
- RIPOLL, CARLOS: *Archivo José Martí. Repertorio crítico. Medio siglo de estudios martianos*, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1971.

- Índice universal de la obra de José Martí*, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1971.
- José Martí: letras y huellas desconocidas*, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1976.
- ROA, RAÚL: *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto del Libro, La Habana, 1970, (Centenario 1868).
- ROCA, BLAS (seud.): *José Martí, revolucionario radical de su tiempo*, Páginas, La Habana, 1948.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL: *José Martí, guía y compañero*, Editora Política, La Habana, 1979.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO: *Martí en Santo Domingo*, Ucar, García, La Habana, 1953.
- RODRÍGUEZ, PEDRO PABLO: "La idea de liberación nacional en José Martí", *Pensamiento Crítico*, no. 49-50, feb.-mar., La Habana, 1971.
- "José Martí la identidad y la unidad latinoamericana", *Revista América Libre*, no. 7, Buenos Aires, julio de 1995.
- "Nueva York en Caracas, Las crónicas norteamericanas de José Martí para *La Opinión Nacional*", *Islas*, no. 112, Santa Clara, 1995.
- "El proyecto de José Martí: una opción ante la modernidad", *Casa de las Américas*, no. 198, La Habana, 1995.
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO: *Martí, antimperialista*, 2a. ed., Ministerio de Relaciones Exteriores, La Habana, 1961.
- Martí anti-imperialist*, Book Institute, Havana, 1967.
- Martí anti-impérialiste*, Institut du Livre, La Havane, 1967.
- Martí en España*, Cultural, La Habana, 1938.
- Martí y las religiones*, Capitolio Nacional, La Habana, 1960.
- La República de Martí*. 5a. ed., Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1961.
- La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895*, Municipio de La Habana, La Habana, 1941, (Cuadernos de historia habanera, 19).
- RONDA VARONA, ADALBERTO: "José Martí y el espejo del tiempo", *América Latina e Caribe, Desafíos do Século XXI*. PRDEALC, Brasil, 1995.
- "José Martí's Philosophic Ideas", *Cuban and North American Marxism*, B.R.-Amsterdam, 1984.
- "José Martí y la utopía en el tiempo histórico neoliberal", *Revista Contracorriente*, no. 5, jul.-ago.-sep., La Habana, 1996.
- ROSELL PLANAS, REBECA: *Las claves de Martí y el plan de alzamiento para Cuba, descifrados*, Prefacio de Joaquín Llaverías, Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1948.
- ROTKER, SUSANA R.: *Fundación de una nueva escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1991, Premio Casa de las Américas, ensayo.

- SALOMON, NOËL: *Cuatro estudios martianos*, prólogo de Paul Estrade, Casa de las Américas, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1980.
- SANGUILY, MANUEL: *Discursos y conferencias*, Rambla, Bouza, 2 t., La Habana, 1918-1919, (Contiene cuatro discursos sobre Martí).
- SANTI, ENRICO MARIO: "Ismaelillo, Martí y el modernismo", *Revista Iberoamericana*, oct.-dic., Pittsburgh, 1986.
- SANTOS MORAY, MERCEDES: *Martí a la luz del sol*, UNAM, México, 1996.
- SARABIA, NYDIA: *Noticias confidenciales sobre Cuba, 1870-1895*, prólogo Salvador E. Morales, Editora Política, La Habana, 1985.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO: "La libertad iluminando al mundo", (*La Nación*, enero 4 de 1887), Carta a Paul Groussac, "La mujer en los Estados Unidos" (Inédito), *Páginas literarias*, Mariano Moreno, Buenos Aires, 1900, (*Obras*, t. XLVI).
- SCHLACHTER, ALEXIS: *Martí en las ciencias*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1995, (Pinos Nuevos).
- SCHNELLE, KURT: *José Martí Apostol des freien Amerika*, Urania-Verlag Leipzig, Berlín, 1981.
- SCHULMAN, IVAN A.: *Génesis del modernismo. Martí, Nájera, Silva, Casal*, El Colegio de México, Washington University Press, México, 1966, [2a. ed., El Colegio de México, México, 1968].
- José Martí y el "Sun" de Nueva York: nuevos escritos desconocidos*, [Santiago de Chile], 1966, Separata de *Anales de la Universidad de Chile*.
- Martí, Casal y el modernismo*, Tres conferencias, Universidad de La Habana, 1969, (Cuadernos Cubanos, 11).
- Nuevos asedios al modernismo*, Taurus, Madrid, 1987.
- Símbolo y color en la obra de José Martí*, Editorial Gredos, Madrid, 1960, 2a. ed., Editorial Gredos, Madrid, 1970, (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos).
- SCHULMAN, IVAN A. y MANUEL PEDRO GONZÁLEZ: *Martí, Darío y el Modernismo*, prólogo de Cintio Vitier, Editorial Gredos, S.A., Madrid, 1969, (Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos).
- SCHULTZ DE MANTOVANI, FRYDA: *Genio y figura de José Martí*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires [c 1968].
- SERNA ARNAIZ, MERCEDES: *Estética e ideología: José Martí y España*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1989.
- SOREL, ANDRÉS: *El Libertador en su agonía*, Libertarias, Prodhufi, Madrid, 1992, Novela.
- SOTO-HALL, MÁXIMO: *La niña de Guatemala. El idilio trágico de José Martí*, Tipografía Nacional, Guatemala A. C., 1942.
- TEJA, ADA MARÍA: *La poesía de José Martí entre naturaleza e historia; estudios sobre la antítesis y la síntesis*, Marra Editore, Italia, 1990.

- TOLEDO BENEDIT, JOSEFINA: *La ciencia y la técnica en José Martí*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1994, (2a ed., Instituto Politécnico Nacional, Centro de Estudios Martianos, México, 1995).
- TOLEDO SANDE, LUIS: *Cesto de llamas*, biografía de José Martí, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- Ideología y práctica en José Martí; seis aproximaciones*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
- José Martí, con el remo de proa. Catorce aproximaciones*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- TORRES-CUEVAS, EDUARDO: *El alma visible de Cuba: José Martí y el Partido Revolucionario Cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, (Historia de Cuba).
- TRUJILLO, ENRIQUE: *Apuntes históricos*, Tip. El Porvenir, Nueva York, 1896.
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE: *Ensayos de identidad*, Letras Cubanas, La Habana, 1993.
- “José Martí y la identidad latinoamericana: siete tesis para un perfil”. *República de las letras*, no. 45, 2do. trimestre, Madrid, 1995.
- “José Martí y el proyecto emancipador cubano”, *Cuba Socialista*, 3ra. época, no. 2, La Habana, 1996.
- “Martí, Varona y la tradición clásica de pensamiento cubano”, *Casa de las Américas*, no. 196, julio septiembre, La Habana, 1994.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: “Sobre el estilo de Martí” (1919); “Notas estéticas. Cartas de poeta” (1919), *Archivo José Martí*, Ministerio de Educación, ene.-dic., La Habana, 1947.
- Universidad de Oriente: *Pensamiento y acción de José Martí*, Conferencias y ensayos ofrecidos con motivo del primer centenario de su nacimiento, Santiago de Cuba, Tip. San Román, 1953, (Universidad de Oriente).
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ: “Martí y su obra política”, *De la Colonia a la República*, Cuba Contemporánea, La Habana, 1919, [1a. ed. de este discurso, Nueva York, Imp. América, S. Figueroa, 1896].
- VELA, DAVID: *Martí en Guatemala*, Comisión Nacional de los Actos y Ediciones del Centenario, La Habana, 1953, [2a. ed., Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1954].
- Vigencia del pensamiento martiano*, Editorial CREART, La Habana, 1995, Textos de Cintio Vitier, Enrique Ubieta Gómez, Roberto Fernández Retamar, Joel James Figarola, Armando Hart Dávalos y Carlos Lage Dávila presentados en la Conferencia Internacional José Martí y los desafíos del siglo XXI, celebrada en Santiago de Cuba, mayo de 1995.
- VITIER, CINTIO: “La casa del alibi”, *Para llegar a Orígenes*, Letras Cubanas, La Habana, 1994.
- La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, prólogo y selección de Cintio Vitier, Biblioteca Nacional José Martí, Dpto. Colección Cubana, La Habana, 1970, t. II.

- Lo cubano en la poesía, "Séptima lección"*, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1958, [2a. ed., Instituto del Libro, Letras Cubanas, La Habana, 1970].
- Ese sol del mundo moral; para una historia de la eticidad cubana*, Siglo XXI, México, 1975, (2a. ed., Ediciones Unión, La Habana, 1995).
- Las imágenes en "Nuestra América"*, Casa Editora Abril, La Habana, 1991, (Ediciones Pequeño Formato).
- Lecciones cubanas*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1996.
- "Martí y Darío en Lezama", *Casa de las Américas*, 152, sep.-oct., La Habana, 1985.
- Poetas cubanos del siglo XIX. Semblanzas*, [Ediciones Unión, La Habana, 1969], (Cuadernos de la Revista Unión, 20).
- Temas martianos*, Segunda serie, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.
- VITIER, CINTIO y FINA GARCÍA MARRUZ: *Temas Martianos*, Biblioteca Nacional José Martí, dpto. Colección Cubana, La Habana, 1969, (2a. ed., Ediciones Huracán, Puerto Rico, 1981, (Col. La nave y el puerto; ensayo / crítica).
- VITIER, MEDARDO: *Las ideas en Cuba*, t. II, Trópico, La Habana, 1938.
- Martí; estudio integral*, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, La Habana, 1954, (Premio del Centenario).
- Martí, su obra política y literaria*, La Pluma de Oro, Matanzas, 1911.
- ZACHARIE DE BARALT, BLANCHE: *El Martí que yo conocí*, prólogo de Emeterio S. Santovenia, Trópico, La Habana, 1945, (2a. ed., Editorial de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1980).
- ZAMBRANO, MARÍA: "Martí camino de su muerte", *Gaceta de Cuba*, La Habana, 1994, Publicado originalmente en *Bohemia*, La Habana, 1ro. feb. de 1953.
- ZÉNDEGUI, GUILLERMO DE: *Ámbito de Martí*, Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario, Sociedad Colombista Panamericana, La Habana, 1954.

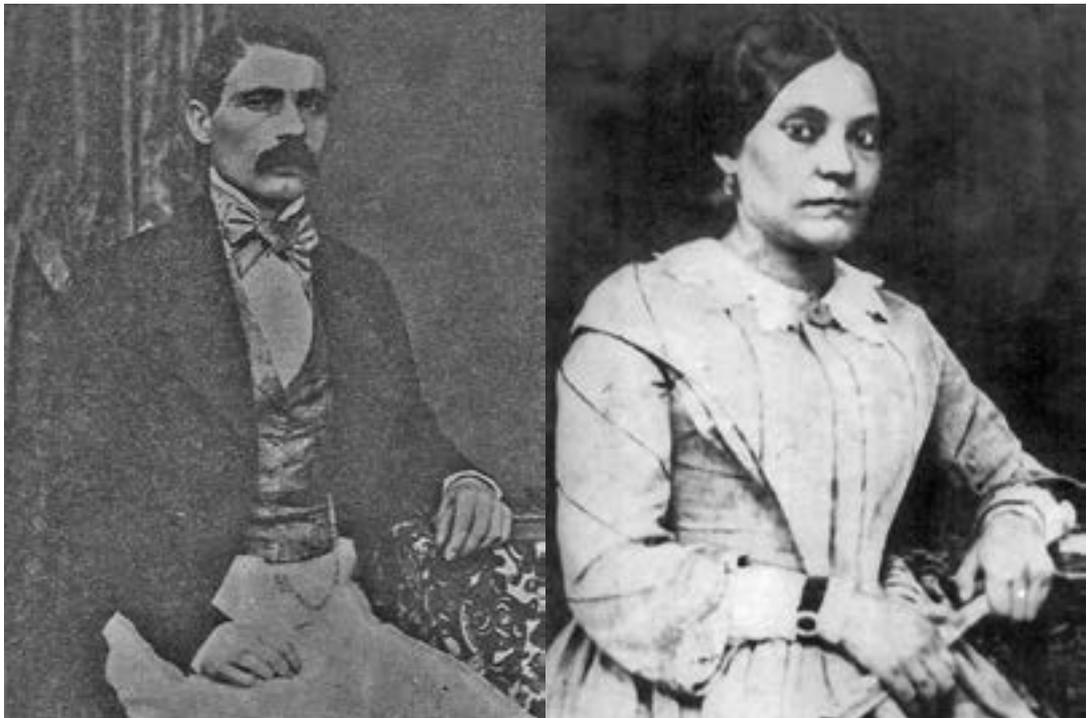
## **TESTIMONIO GRÁFICO**



*Casa natal de José Martí.*



*Primer retrato conocido de Martí, 1862.*



*Padres de José Martí: Mariano Martí Navarro y Leonor Pérez Cabrera.*



*a*



*b*



*c*



*d*



*e*

*Retratos de cinco de las siete hermanas de Martí.*

- a) Leonor Petrona,*
- b) Mariana Salustiana,*
- c) María del Carmen,*
- d) Rita Amelia,*
- e) Antonia Bruna.*



*Martí en presidio, 1870.*



*Con su amigo Fermín Valdés Domínguez, en Madrid, 1872.*



*Martí al llegar a México, 1875.*



*Carmen Zayas-Bazán,  
diciembre 1877, México.*



*Martí con su hijo José Francisco, 1879.*



*Vista Universidad de Zaragoza.*



*Martí con María Mantilla, 1890.*



*María García Granados.*



*Carmen Miyares de Mantilla.*



*Foto de María Mantilla adolescente.  
A su derecha, portarretrato con una copia  
de la foto que Martí se hiciera  
en Ciudad México, en 1894.*



*Con Gonzalo de Quesada  
y su esposa Angelina Miranda.*



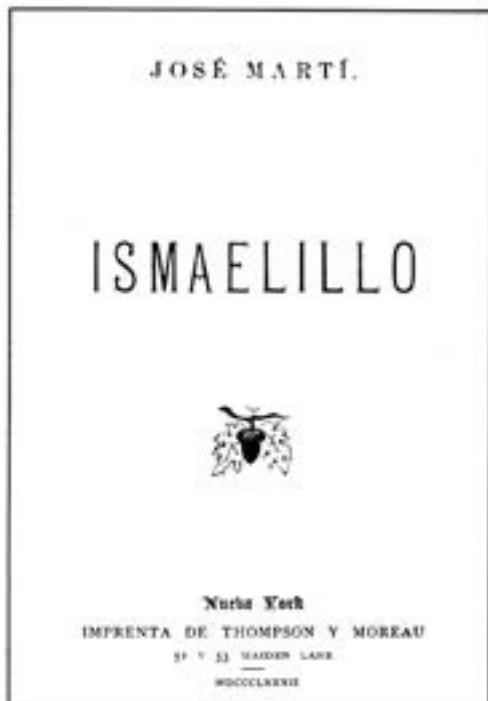
*Martí con los miembros del Comité Organizador  
de Cayo Hueso.*



*Martí con su hijo Pepito en Nueva York.*



*Martí en Nueva York en 1885.*



*Portada de Ismaelillo.*



*Portada de La Edad de Oro.*



*Portada de Versos sencillos.*



*Martí en Washington en 1891.*



*Martí durante su primera visita  
a Cayo Hueso, diciembre 1891*



*Martí en Jamaica en 1892.*



*Martí con un grupo de emigrados en Tampa, 1892.  
Fábrica de tabacos de Vicente Martínez Ibor.*



*Foto hecha en Sandy Hill, estado de Nueva York, en 1893, con la familia del pintor venezolano Juan Peoli, tío de Carmen Miyares de Mantilla. En esta aparece su hija, Carmen Mantilla, recostada al farol.*



*Foto hecha en Cayo Hueso, en 1894, en compañía de Fermín Valdés Domínguez.*



*Placa de la redacción del periódico Patria.*



*Facsímil del periódico Patria,  
con el retrato de Martí,  
25 de junio de 1895.*



*Martí con Fermín Valdés Domínguez  
y Panchito Gómez Toro, hijo  
de Máximo Gómez.*



*Martí con Manuel Mantilla,  
en enero de 1895, en Nueva York.  
Es el último retrato conocido  
de Martí en vida.*



*Mapa de Oriente. Con los trazos de la marcha de Martí y Gómez de Playita a Dos Ríos.*



*Casa donde se redactó el Manifiesto de Montecristi.*



*Foto de la tumba de Martí en el cementerio de Santa Ifigenia.*

La presente edición de *Vida y Obra del Apóstol José Martí* está dedicada al Centenario del natalicio de Cintio Vitier, su autor. Con ella se quiere rendir homenaje a quien ha sido uno de los cubanos más ilustres y quien nos dejó una obra de excelencia como la que ahora tiene en sus manos, que “no pretende ser biografía, ni pone su mayor acento en ella, sino en los rendimientos perdurables de una vida (la de Martí) entregada por entero a la liberación de la patria, a la realización histórica de Latinoamérica y a la causa universal del ‘mejoramiento humano’”.



**BIBLIOTECA  
DEL PUEBLO**

